

R
Complaint

DG
A

t 136432

CB 1170255

ANALES
DE
ESPAÑA

DESDE SUS ORIGENES HASTA EL TIEMPO PRESENTE,

POR ORTIZ DE LA VEGA.

—
TOMO IX.
—

MADRID,
LIBRERÍAS DE D. JOSÉ CUESTA,
Y DE D. A. SAN MARTÍN,
Y EN LA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
ADMINISTRACION DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO,
NÚMERO 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1859.

ANALISIS

ESPAÑA

POR ORDEN DE LA LEY

BARCELONA
ADMINISTRACION DE LA LEY
CALLE DE LA LEY
NUMERO 1. DE ORDEN DE LA LEY

MADRID
LIBRERIA DE LA LEY
CALLE DE LA LEY
NUMERO 1. DE ORDEN DE LA LEY

BARCELONA: Imp. de Tomás Gorchs, calle del Cármen núm. 38.—1859.



R. 102471

PRÓLOGO.

Habíamos deseado volver á escribir en todo ó en parte lo que de los Anales de España publicamos años ha: pero las enfermedades no nos lo han permitido, y desde el reinado de Cárlos Quinto estos Anales van tales como ya en otra ocasion se habian impreso para servir de continuacion á nuestras antiguas crónicas. En el reinado de Cárlos Quinto hay que atender á que la nacion no sabia bien si era alemana ó si era española, pues Cárlos era al mismo tiempo que rey de España emperador de Alemania: y seria difícil investigar en qué circunstancias fuimos satélites y en qué otras fuimos impulsores. Esta situacion indefinida no era del gusto de la Alemania ni de la España, porque las dos naciones estaban demasiado distantes para poder complacerse en confundir sus glorias y en darse la mano en sus quebrantos. La Alemania deseaba tener su príncipe en su casa, y la España el suyo en la suya; y no pudiendo conseguirlo mientras aquella union existiese, suspiraban por el divorcio. Lo mismo hubiera sucedido si Cárlos Quinto hubiese conseguido la union que tanto deseó de la España y la Inglaterra. Esta union estuvo á punto de obtenerse como ya se habia obtenido la de España y la Alemania: pero hubiera sido un mal casamiento, no preparado, que no hubiera tenido luna de miel ni otra expectativa que el divorcio. En la abdicacion de Cárlos Quinto da comienzo verdaderamente la dominacion de nuestra dinastía austríaca. Este tomo nono la comprenderá íntegra. En él se verá el estado en que recibió la España, y aquel en que la entregó á los Borbones. En el reinado de Felipe II presenciaremos el cumplimiento de uno de los mas ardientes votos de los moradores de la península: la union de todos sus estados en un solo

pueblo. Si entonces Lisboa, dicen algunos, hubiese sido declarada capital de España, tal vez los destinos de esta tierra hubieran sido muy otros de lo que medio siglo despues se manifestaron, rompiéndose una cadena cuyos eslabones parecian muy fuertes, y transformándose en una triste dualidad lo que antes prometia ser una unidad envidiable. Otros hacen responsable de esta gran desgracia ibérica al espíritu satírico que impelia á los castellanos á hacer el blanco de sus pullas á los lusitanos. El mal que de ahí se originó, dos siglos ha que se lamenta; y sus consecuencias será difícil que las haga desaparecer el tiempo. A la dinastía austríaca le cupo la gloria de haber consumado lo que podíamos llamar el complemento del bello ideal de nuestros anales; y á la misma deben serle atribuidos los desaciertos que destruyeron aquella obra incomparable. Repetimos que estos dos últimos tomos llevan en si la fisonomia de nuestra juventud, siendo asi que en los anteriores está nuestra edad madura. Al leerlos ahora de pruebas nos ha parecido las mas de las veces que no eran nuestros.



ANALES DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

FELIPE SEGUNDO.

CAPITULO I.—Principia el reinado de don Felipe. Guerra con el papa. Año de 1556.

Hasta el día 4 de febrero no fué publicada la tregua de Cambray, de manera que ántes pudieron los franceses tomar en el Piamonte la plaza de Gatinara, y los españoles apoderarse en territorio de Sena de las de Sarteano y Cetona. Felipe, ya rey de España, trasladóse á Inglaterra al lado de su esposa, y allí ensayó la severidad de que despues debia dar terribles ejemplos. Cranmer, el gefe de la reforma anglicana, fué condenado á ser quemado vivo. Puesto junto á la hoguera, cuando le pidieron que abjurase, prorumpió en invectivas contra el papa, llamándole el antecristo; alargó la mano derecha al fuego hasta verla carbonizada, golpeóse con la izquierda el pecho, cayó en la hoguera, y espiró. A su muerte siguieron otras: el cura Virtle, el caballero Green, tres artesanos y dos mujeres fuéron quemados vivos en la plaza de Smithfield de Lóndres; un hombre y cuatro mujeres lo fuéron en Cantorberi; dos mujeres en

Ipswich ; tres artesanos en Salisbury ; seis en Gloucester ; otros en Rochester ; y en la isla de Gernesey una mujer con dos hijas , una de ellas en cinta , la cual como diese á luz una criatura entre las llamas , y corriese un espectador á salvarla , los esbirros se la arrebataron , y la dieron por sepultura la hoguera que la sirvió de cuna. Ejecutáronse tan tremendos castigos y otros muchos contra el dictámen de las personas sabias , prudentes y verdaderamente cristianas , que opinaban con un santo pontífice no deber ser los hombres (ARMIS AD FIDEM COMPELLENDOS , SED BENIGNÉ , SACRA DOCTRINA , VERBI DIVINI PREDICATIONE , ET SANCTIS EXEMPLIS), ser compelidos á la fé con las armas , sino con la dulzura , la sagrada doctrina , la predicacion de la palabra divina y los santos ejemplos. Y no solamente á los vivos se castigó , sino tambien á los muertos. Los cadáveres de Fagio , de Bucero y de Pedro Mártir , fuéron desenterrados y quemados. Felipe parecia hallarse en su elemento , rodeado de aquella atmósfera de inflexibilidad , de frialdad y de dureza que formaban el fondo de su carácter. Pero hé aquí que , cuando esperaba haber merecido bien del Vaticano , equivocándose en los medios , recibe la noticia de que el pontífice Paulo IV , en vez de aprobar su celo sacrificador de víctimas humanas , le habia mandado formar proceso , y estaba á punto de poner en sus reinos entredicho. Felipe se puso fuera de sí , ciego de cólera , y escribió desde Londres , á dia 10 de junio , una carta que es la prueba mas manifiesta de que el hombre , abandonado al orgullo , por poco que en él le hieran , hace astillas sus propios ídolos. No todos aquellos á quienes Felipe consultó el caso , fuéron del mismo parecer. El maestro Cano opinó que la accion del papa era injusta ; el cardenal Silíceo fué de sentir que

era necesario obrar de manera que no se menoscabase el respeto debido al pontífice. Habia Felipe enviado á Roma á Garcilaso de la Vega en calidad de embajador extraordinario para que intercediese en favor de los Colonas, á quienes Paulo perseguia: pero le fué respondido que el papa hacia con sus súbditos lo que Felipe con los suyos, á saber, juzgarlos y castigarlos en su caso. Y cuando Paulo hubo tenido noticia de las treguas de Cambray, al momento envió á París al cardenal Carraffa para hacerlas infructuosas. Fué á la sazón interceptada una carta en cifras, que Garcilaso escribia al duque de Alba; indignado Paulo, sabiendo que se trataba de cogerle desprevenido, hace poner preso á Garcilaso, y reunido el congreso de cardenales declara á Felipe desposeido del reino de Nápoles por hacer armas contra los estados pontificios. Paulo, á pesar de sus ochenta años, tenia mas resolucion y entereza que Felipe terquedad, y que el duque de Alba energía. Puesta la cuestion en tan extremado punto, era inevitable decidirla por las armas. Alióse Francia con el papa y con Ferrara. Venecia, aunque vivamente instada, declinó todo compromiso. Octavio Farnesio, duque de Parma, se declaró por Felipe, siéndole restituida Plasencia y sus dependencias, por lo que Paulo le dió tambien por decaido de su ducado. El embajador ordinario de España en Roma, marqués de Sarria, se sale por una de las puertas de Roma con el pretexto de ir á caza, y se aleja. El duque de Alba reclama del papa la libertad de Garcilaso, y Paulo responde que le tiene arrestado por violador del derecho de gentes. Insiste Alba, y aun promete para los sobrinos de Paulo la investidura de Sena; pero el pontífice se niega á todo trato; por lo que las tropas de Nápoles se adelantan contra los estados pontificios en nú-

mero de doce mil infantes , ochocientos caballos y doce cañones , á dia primero de setiembre. Pontecorvo cae en poder de los invasores , Frosalon tambien y otros pueblos , diciendo el duque de Alba que los ocupaba en nombre del sacro Romano colegio. Veruli , Bauco , Piperno , Terracina y todos los pueblos de sus cercanías cayeron en poder de los españoles. Agnania fué combatida por espacio de tres dias , y luego , abandonándola de noche la guarnicion , fué entrada á saqueo. Los habitantes de Roma temieron ver llegar á sus puertas un nuevo Borbon , y aterrados pedian á gritos la paz; mas el anciano pontífice no se mostró descorazonado , hizo reconocer y aumentar las fortificaciones de su capital , y llamó de todas partes tropas para su defensa ; llegarónle de la Umbria mil quinientos hombres ; y recibió muy luego ocho mil trescientos mas de distintas partes. Alarmados sin embargo los cardenales á vista del peligro de un nuevo saqueo que á Roma amenazaba , pidieron al papa que tratase de un ajuste. Convínose en que el duque de Alba y el cardenal Carraffa se viesen en el monasterio de Grutaferrata ; pero el de Alba fué allá con una escolta de cuatrocientos caballos ; y , pareciéndole al cardenal que semejante escolta mas que intenciones pacíficas revelaba designios belicosos , se abstuvo de presentarse. Vicovaro cayó en tanto en poder de los invasores , los cuales hicieron á poco un amago sobre Veletri , pero hallándola prevenida se alejaron. Los pontificios hicieron una diversion sobre el Abruzo , con la mira de sublevar los pueblos , pero tuvieron que retirarse y aun perdieron la plaza de Malignano. Algunos creen que el duque de Alba debió haber caido sobre Roma ; pero , como buen militar , conoció que ni tenia treinta mil hombres como el duque de Borbon en 1527 ,

ni sus soldados eran bien probados como los de aquel gefe, ni el tímido Clemente podía ser comparado con el animoso Paulo. Contentóse pues con hacer embestir y ocupar las plazas de Tívoli, Frascati, Ripa del Papa, Albano y otras menores, y luego acometió la plaza de Ostia, y le fué forzoso dar repetidos asaltos para ocuparla. Entonces se interpuso el embajador de Venecia, y obtuvo un armisticio de cuarenta dias que empleó Alba en prepararse en Nápoles para el año siguiente, y Paulo en prevenirse para recibir un refuerzo de diez y seis mil hombres, los dos mil de caballería, que le enviaba el rey de Francia, cruzando los Alpes en mitad del invierno, y que se echaron sobre Valencia del Pó, mandados por el célebre duque de Guisa, la tomaron, y se encaminaron á la Mirándola para darse la mano con los pontificios. Durante los preludios de esta lucha desastrosa, murió en Roma, á dia 31 de julio, el famoso español Ignacio de Loyola, cuando ya casi habia llenado de su nombre y del de su Compañía la redondez de la tierra.

En África, perdida Bugía, y no aviniéndose Felipe á los medios que para recobrarla le fuéron propuestos, se echaron nuevamente los moros sobre la plaza de Oran, ansiosos de su reconquista. El argelino fué allá con armada, y desembarcó diez y siete mil hombres, cuyo número aumentaron luego veinte mil alabares. Puestas baterías empezaron á batir la plaza, aunque el conde de Alcaudete, que la defendia, no les daba vagar con continuas salidas; pero en lo mas recio del sitio se presenta un ministro del gran turco, y hace dar la vela á cuarenta galeras para oponerlas á Doria que andaba en corso por el Archipiélago; con lo que los sitiadores levantan las tiendas y se alejan, seguidos y

vivamente hostigados del conde de Alcaudete que les toma algunos cañones y diezma sus filas.

Extendióse este año de tal manera en Méjico la fama de las riquezas descubiertas en la Florida, que el virey, y casi al mismo tiempo el obispo de Cuba don Fernando de Orango, escribieron á España pregonando á una la conveniencia de llevar á aquella vasta comarca las armas españolas para ocuparla y reducirla.

De este año data asimismo el primer proyecto de formar una colonia en las islas Filipinas, descubiertas en los principios del reinado de Cárlos, y casi olvidadas por haber dado los portugueses en 1529 trescientos cincuenta mil ducados, garantidos sobre aquel grupo. Fué elegida Manila en la isla de Luzon, para capital del establecimiento, y al grupo entero se dió el nombre de Filipinas, en memoria del rey Felipe. Concediéronse privilegios á los españoles que fuésen allá á avecindarse; y permitióseles enviar á América géneros de las Indias orientales, y recibir en cambio metales preciosos de las occidentales: cosa que contribuyó poderosamente á abrir relaciones comerciales con los chinos, algo numerosos en aquellas islas. Desde esta época los envíos de flotas que salían de Callao, puerto de Lima en el Perú, comenzaron á partir de Acapulco.

A 10 de enero de este año fuéron refrendadas las ordenanzas de la audiencia de Sevilla, cuyo principio es el siguiente: «Ordenamos que de aquí adelante, por el tiempo que fuere nuestra voluntad, en la dicha audiencia haya un regente y seis jueces, los cuales conozcan, en grado de apelacion, de causas civiles que se interpusieren, de los jueces de la dicha ciudad y su tierra, é las puedan determinar en vista y revista en las cosas que hubiere lugar su apela-

cion, segun y en la manera que se ha acostumbrado ántes de la nueva órden.» Al pié de este notable decreto se ve aun la firma de Cárlos.

CAPITULO II. — Nueva guerra con el francés. Batalla de San Quintin. Paz con el papa.
Año 1557.

A los preparativos del papa y del francés respondió Felipe disponiendo en todos sus estados grandes levas de gente y de dinero. Habia entrado el año en la península con grande esterilidad y hambre, por lo que fué fácil reunir gente, y embarcarla, para Flandes una parte, para Italia otra. El dinero se allegó, no obstante la pública miseria, y se sabe que en Valladolid solamente se juntó millon y medio de ducados. Ni una ni otro se recobraron; y tras del hambre se extendió la peste, su ordinaria compañera. Por la parte de Flandes arremetió el francés ántes de dar por levantadas las treguas. Pensó sorprender de noche la plaza de Douay, cuando los flamencos estaban entregados al sueño y al vino; pero una vieja no dormia, y viendo centellear aceros al otro lado de la muralla, dió voces de alarma, y fué causa de que el francés se alejase: aunque se habia adelantado muy á la lijera. Amostazado el francés entró en el Artois á sangre y fuego, entregando la villa de Lens á las llamas. Enfurécese Felipe al recibir la nueva de esta invasion aleposa, trasládase á Inglaterra, y parte con ruegos, parte con amenazas de abandonar á la reina María, que estaba muy deseosa de tener hijos, recaba de ella que declare guerra á la Francia. Cincuenta mil infantes, los ocho mil ingleses, y los demás, parte tomados á sueldo de Alemania, parte italianos, flamencos y españoles, seguidos de trece mil caballos, y mucha artillería, reunió Felipe en las fron-

terras de Flandes , y puso al mando de Manuel Filiberto , duque de Saboya. Mientras juntaba los varios cuerpos , mostróse Filiberto vacilante , y al parecer deseoso de ocultar al francés sus verdaderos planes ; pero , puesto en orden aquel poderoso ejército , echóse sobre la plaza de San Quintin. Levántase esta plaza á mas de treinta leguas al norte de París , en la márgen del Saona , cuyas aguas forman junto á ella unos pantanos. Era ciudad de unos quince mil habitantes , y no parecia posible que resistiese mucho tiempo á tan numerosas fuerzas. El francés intentó socorrerla , para que , mientras durase su defensa , diese tiempo para reunir ejército capaz de competir con el de Felipe. La mayor parte de la nobleza de Francia estaba á la sazón en Italia. Sin embargo , pusiéronse á las órdenes del condestable hasta veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos. Ya el almirante Coligny habia entrado en San Quintin á la cabeza de seiscientos caballos y doscientos infantes , pero pedia con instancia mas gente. Adelantóse imprudentemente el condestable , con sus treinta mil hombres , nó para presentar batalla á los sesenta y tres mil del duque de Saboya , que hubiera sido temeridad inconcebible , sino para meter en San Quintin dos mil infantes ; enseñóle un buen guia un paraje vadeable de los pantanos , y , entreteniéndolo al duque de Saboya con la artillería , logró meterlos en la plaza. Llenado no sin peligro el principal objeto , y llevando mas reducido su ejército , necesitaba el condestable mucha pericia para retirar su gente ; no la tuvo ; y al momento de verle emprender la marcha mueve contra él el duque de Saboya toda su caballería , desordena y pone en fuga á la contraria , revuelve sobre la infantería francesa , asesta contra ella la artillería , la abre , la entra y atropella. En realidad el fran-

cés no presentó ni pudo presentar batalla ; pero dió al duque de Saboya campo para un señalado triunfo. Seis mil cadáveres quedaron en el campo. No menor fué el número de prisioneros, entre ellos el mismo condestable, varios cabos notables, y lo mas granado de la nobleza francesa. Todo el bagaje y la artillería, menos dos cañones, cayó en manos del vencedor, quien apenas habia perdido cien hombres. Tal fué la famosa victoria de San Quintin, conseguida á 10 de agosto, dia de san Lorenzo, y de la cual ha quedado un glorioso monumento votivo en el Escorial, fábrica suntuosa dedicada á aquel mártir. Los fugitivos se salvaron en La Fere, pocas leguas distante, admirados de que los dejaran en sosiego. Llegó hasta París el espanto de esta jornada, y fué necesario que la reina entrase en la ciudad para calmar los ánimos; recobrados entonces ofrecen los moradores trescientas mil libras para juntar gente, y se envian á todas partes comisarios para reunir tropas. De solo Suiza les llegan diez y seis mil mercenarios. Pero no tenia el francés necesidad de hacer tantos esfuerzos. El duque de Saboya perdió algunos dias esperando á don Felipe, quien llegó al fin con una brillante escolta, y recorrió el campo de batalla. Es fama que envió á preguntar á Carlos lo que debia hacer en aquel caso, á lo que el ilustre penitente respondió dando gracias á Dios por tan bello principio de reinado, y diciendo que buenos gefes tenia para tomar de ellos consejo; pero no está probado, ni es probable que preguntase si su hijo estaba en París, pues debia Carlos acordarse de que años ántes llenó tambien de terror á aquellos habitantes, y se detuvo en mitad de su marcha. Felipe determinó que ante todo San Quintin fuese tomada: pero Coligny, que la defendia, resistió diez y seis dias, me-

reciendo bien de su patria á la que salvaba. Dícese que por la primera y la última vez de su vida, Felipe recorrió las filas de sus soldados armado de punta en blanco, ante los muros de la ciudad sitiada, y mandó, bajo pena de muerte, que fuesen respetados los templos, los sacerdotes, las mujeres, los ancianos y los niños: hecho lo cual se dió el asalto, y fué ganada San Quintin el dia 16 de agosto. Todavía vaciló Felipe en internarse en Francia, y se contentó con apoderarse de Catelet, Ham y Noyon, y luego tomó cuarteles de invierno: verdad es que el espíritu de desunion habia entrado en sus tropas compuestas de muy extraños elementos. Los ingleses obedecian de mala gana á los gefes italianos y flamencos, y pedian ser restituidos á su patria, por lo que, y mas por noticias de que los escoceses hacian movimiento en las fronteras inglesas, fué necesario darles despido; los alemanes se quejaban muy alto de que se les habia faltado á la promesa de darles el saco de San Quintin, se alejaban del ejército por escuadrones, y muchos miles de ellos pasaron al servicio de la Francia: de manera que la campaña, con tan buenos principios abierta, dejó en sus fines postracion y desaliento.

Acababan de volver de Italia el duque de Guisa y la primera nobleza francesa. No habia dado de sí el de Guisa en los estados pontificios las muestras que de él sus admiradores esperaban. Las tropas del papa habian recobrado á viva fuerza las plazas de Ostia, Marino, Castel Gandolfo, Palestrina y Vicovaro, cuando el francés apareció en el Milanésado. Opinaban algunos que debia Guisa detenerse en él, y llamar hácia esta parte á los españoles, convirtiéndole en teatro de la guerra: pero sus instrucciones eran otras, y debió cumplirlas. El duque de Florencia guardó

neutralidad. El de Ferrara se quedó con sus tropas para hacer frente á las españolas de la Lombardía, y Guisa se adelantó con catorce mil infantes y dos mil caballos por el Abruzzo, combatió la plaza de Campola y la tomó, mas no pudo tomar la de Civitela, y se alejó de ella, dados tres inútiles asaltos. Por este tiempo el duque de Alba, reunidos veinte y dos mil hombres, se habia acampado en Julianova, y esperaba el momento oportuno para tomar la ofensiva. Diéronle ocasion desde el Milanesado echándose los españoles sobre el duque de Ferrara, y obligándole á pedir socorros al de Guisa; envióselos este, debilitando mas sus fuerzas, bastante inferiores ya á las de Alba. No bien vió este alejarse al francés de los muros de Civitela, entró en la plaza, alabó el entusiasmo con que sus moradores, hasta las mujeres, habian rechazado al enemigo, y, sin querer tentar la suerte de una batalla decisiva, se echó sobre Ancarrano, rindióla, y asaltó, saqueó y demolió la plaza de Maligno. Fuéle ya forzoso al de Guisa cubrir la ciudad de Roma, y pasó á Monterotundo; pero ya la campiña romana era talada, y cortados por el de Alba los víveres enviados á los franceses. Segni fué asaltada tres veces, y por fin entrada y dada al saqueo: pero, por mas esfuerzos que hicieron las tropas del duque de Alba no pudieron entrar en Paliano. Adelantáronse hasta cerca de Roma, y aun se dice que á 27 de agosto la asaltarán, á no impedirlo una fuerte lluvia. Mas el dia siguiente, llegada la nueva de la jornada de San Quintin, y recibido que hubo el duque de Guisa órden de volver con la nobleza á la defensa de su patria, varió enteramente el aspecto de la lucha. Los sobrinos del papa no se opusieron por mas tiempo á que se tratase de paz, y únicamente trabajaron para conseguir que no fuese quien

dictase las condiciones el duque de Alba, sino el mismo rey Felipe. Militar duro é inexorable el primero, ni aun ante el sentimiento religioso se inclinaba, y escribió á su monarca manifestándole que convenia mostrar con Paulo IV una grande energía; pero Felipe, en quien ante todo la propia voluntad era su norma, dió á entender al general que no necesitaba consejos, y le escribió «que en su mas tierna infancia, comenzando á vivir, Roma habia sufrido calamidades horribles; por lo que seria injusto que comenzando á reinar la hiciese sufrir otras semejantes.» Por lo que le mandó concluir la paz con condiciones que no deshonrasen á Roma, pues mas queria perder algo de sus derechos que perjudicarla. Amostazóse el de Alba, y en desquite llevó la condescendencia mas allá de donde la llevara sin duda el mismo Felipe, pues trocando el papel de vencedor por el de vencido, firmó en 14 de setiembre un tratado de paz en que decia que en nombre del rey pediria perdon al pontífice, quien le admitiria en su gracia, como á hijo obediente y digno de los favores que la santa sede concede á los príncipes sumisos. Prometió Paulo apartarse de la liga con Francia; las ciudades tomadas fueron restituidas; los Colonas y demás familias perseguidas quedaron en apariencia á la merced del papa, pero de secreto les fué concedida amnistía. Al duque de Ferrara se le incluyó en la paz. Al de Florencia le fué vendida Sena, menos dos puertos de esta república, Orbitelo y Puerto-Hércules. El duque de Alba fué recibido en Roma como en triunfo, para que se postrase ante el pontífice, y obtuviese su perdon y bendiciones. Los cardenales no acertaban á volver en sí del asombro de que un viejo octogenario hubiese podido humillar á la mas orgullosa raza conocida, y no pudieron menos

de confesar que Paulo IV acababa de sentar un gran precedente: pero el duque de Alba, ya lejos de Roma, no pudo ménos de decir que á ser él Felipe II, no le vieran pedir perdon, sino á sus piés implorándole al cardenal Carraffa.

Por este tiempo murió en Italia Fernando Gonzaga, ya libre del peso de las acusaciones que habian amargado los últimos años de su carrera, salpicada de muchos hechos brillantes, y de otros sospechosos.

En España se supo la muerte de Juan III de Portugal, y que entraba á reinar, bajo la tutela de su abuela, el príncipe don Sebastian, hijo de la princesa doña Juana, en estos tiempos gobernadora de España.

Tambien acabó sus dias el cardenal Siliceo, arzobispo de Toledo, y entró á sucederle fray Bartolomé Carranza y Miranda, destinado mas adelante á dar una estrepitosa caida.

Notables fueron este año las muchas prisiones que en varios puntos de la península, y especialmente en Valladolid y en Murcia, se hicieron de personas acusadas de luteranismo; nó de sabios solamente, tambien de artesanos, entre ellos buen número de mujeres. El santo oficio no se limitaba ya hacia muchos años á perseguir moriscos y judíos, sino que habia vuelto buena parte de sus familiares contra los herejes. En Inglaterra y en Francia, aunque no tenian santo oficio, quemábanlos vivos por docenas; para que no se dijese que los iberos les ganaban la mano en sevicia. A la verdad Felipe dió con fecha de 25 de febrero un decreto capaz de hacer brotar delatores de las peñas, pues les prometia la cuarta parte de los bienes del acusado, caso de ser condenado.

Tocante á las Indias Occidentales, su consejo, reconocida

la experiencia de don Luis de Velasco, virey de Nueva España, propuso al rey que se cometiese á su cuidado la conquista y la poblacion de la Florida. Conformóse Felipe, dispuso que la ejecutase prontamente, y mandó que los dominicos mejicanos nombrasen religiosos para la exploracion proyectada. Tambien fué decretado á 10 de abril que los indios no pagasen los diezmos á que les habia obligado dos años ántes un sínodo mejicano.

CAPITULO III.—Nuevas calamidades públicas. Campañas de Italia y de Flandes.
Tratos de Paz. Año 1558.

Abrióse el año de 1558 con una grande calamidad de peste que recorrió la península, y se cebó principalmente en las ciudades populosas, de suerte que los habitantes huían de ellas con azoramiento y se pasaban á los lugares pequeños mas ventilados y mas sanos, y fué notable que en algunas, mientras que los magistrados huían llenos de pavor, se daban bandos para que los médicos y los cirujanos no se ausentasen, so pena de privacion de sus profesiones é inhabilidad para honores concejiles: de dos de ellos se sabe que sufrieron la pena con pregon público en Barcelona, trasladada á Granollers la audiencia y el vireinato. En Valladolid, Palencia, Toro, Zamora, Cuenca, Murcia, Sevilla y otras ciudades, el contagio de las delaciones ponía no menor consternacion en los ánimos que el de la peste. En realidad los doctores Cazalla, Eguidio, Constantino y sus discípulos, habian derramado las doctrinas luteranas y puesto en los ánimos de las gentes la duda y la zozobra; pero las recompensas prometidas á la baja ralea de los delatores, y una ordenanza salida recientemente en que se imponía pena de muerte á los vendedores, á los compradores

y aun á los lectores de libros vedados, eran de una naturaleza propia para aclimatar en la península los sacrificios humanos, en Méjico anatematizados y proscritos. Ensancháronse las antiguas cárceles, levantáronse otras nuevas, triplicáronse los cadalsos, y se buscó plazas mas anchurosas para las públicas hogueras. De manera que antes de dar Cárlos el último suspiro á 21 de setiembre tuvo la satisfacción de saber que los protestantes, cuya enemistad y oposicion acérrima le habian impedido poner la corona de Alemania en las sienes de Felipe, colocándola en la de su hermano don Fernando, olvidados que á Cárlos debian la tolerancia de sus creencias, los ingratos, recibian en la península, en la persona de sus mas ardientes partidarios, los mas terribles castigos. Año fué este en que muchas personas augustas sucumbieron. Doña Leonor, hermana de Cárlos, reina viuda de Portugal, y de Francia, le precedió en la tumba, acabando sus dias el primero de febrero en Talaveruela, cerca de Badajoz, á tiempo en que volvía de Portugal, habiendo visitado allí á su hija la infanta doña Catalina. Á 18 de octubre, en Cigales, junto á Valladolid, no bien trascurrido un mes de la muerte de Cárlos, dió el postrer aliento su muy querida hermana doña María, reina viuda de Hungría. Á la sazón la armada turca derramaba sobre las costas del Mediterráneo el espanto. Las de Nápoles, las de Sicilia, las de la isla de Elba, Saona, Niza, Puerto Hércules y otros puntos de Italia, se habian puesto en buen estado de defensa, alarmados á lo sumo los moradores. Piali Bajá era esta vez el general de la flota otomana, compuesta de ciento treinta galeras. Cruzó el Faro de Mesina investigando las playas, codicioso de hacer presa; echó gente en tierra junto á Massa y á Sorrento; llevóse mil

quinientos cautivos , muchos de ellos niños , mujeres y religiosos ; y cayó sobre la isla de Prochita , entrególa á las llamas y envió á decir que le aprontasen treinta mil ducados si querian rescatar los cautivos. En las costas de Nápoles temió hacer desembarco viendo la tierra apercebida; desde Terracina manifestó que en los estados de la Iglesia no haría el menor daño , por tenérselo así prevenido el francés; se dejó ver de la Toscana , de la Córcega y de Mallorca , y á 2 de julio cayó sobre la isla de Menorca. Desembarcó , nó en Puerto-Mahon , sino en la extremidad opuesta de la isla , quince mil hombres , y puso sitio á la villa de Ciudadela. Defendíanla quinientos naturales de la poblacion , ciento diez venidos de Alayor y ciento de Mercadal , los cuales resistieron y rechazaron cinco asaltos , y en el último murieron seiscientos moros y trescientos menorquines. Ya no quedaban en la plaza mas que doscientos cincuenta defensores , los cuales pensaron en abandonarla , rompiendo por entre las líneas enemigas y trasladándose á Mahon. Pusieronlo por obra á 9 de julio , yendo á vanguardia los restos de Alayor y Mercadal , en el centro los viejos , los niños , los heridos y las mujeres , y á retaguardia los de Ciudadela. Pero el enemigo se echó sobre ellos con todas sus fuerzas , les mató cien hombres y los hizo encerrarse otra vez en la plaza. Ni aun así se rindieron aquellos bravos ; y á 10 de julio sostuvieron el último asalto en que fueron pasados á cuchillo , y la villa saqueada , y sus templos profanados. Dirigieron á aquellos héroes , en clase de capitanes , Bartolomé Arquimbau , Miguel Martorell , Juan Pons y el capitan Negret. Ferreras , Sabau y otros , desfiguraron esta hazaña , suponiendo que Ciudadela era un fuerte del puerto de Mahon , y nó una poblacion cu-

yos moradores tenian pundonor y valentía. Dió esta defensa mucho renombre á Ciudadela, y fué el origen de privilegios que la fueron concedidos.

Apagada la guerra en los estados pontificios, se encendió en el Milanesado. Disgustado el duque de Alba porque no podia exprimir de Nápoles todo el oro que necesitaba, pasó á Milan, y luego á Flandes. Quedó en Milan de gobernador don Lope de Acuña, y, desde Pontestura, llamó á sí la gente mandada por don Juan de Güevara, y con cuatro mil infantes, cuatro cañones y cien caballos se puso sobre Trevilla, batióla, entróla á cuchillo, saqueóla y la dió al fuego. Á poco la plaza de Cerecí le abrió las puertas; La-Mota, general de los franceses en el Piamonte, recobró por trato esta plaza, pero Acuña la reconquistó á la fuerza, voló sus defensas y luego se hizo dueño de Montalet y de Sar-rabo, y desde Pontestura envió merodistas á la comarca enemiga. Amostazado el francés mandó abrir un foso que contuviese á sus contrarios, mas estos se echaron sobre los que le abrian, los ahuyentaron, y llegando hasta Mont-contin entráronla, saqueáronla y se llevaron á Pontestura los principales moradores. Intentaron los franceses desquitarse sorprendiendo á San German, y lograron encerrar en la Ciudadela á sus defensores; pero acudieron los españoles al mando del capitan Mercado, llevaron en retirada al enemigo, le acosaron, alcanzáronle, y derrotándole le tomaron toda la artillería. En esto llegó de gobernador á Milan el duque de Sesa, y de virey á Nápoles el duque de Alcalá. La operacion primera del de Sesa fué juntar doce mil infantes y quinientos caballos, alejar á los franceses de Fosano y de Coni, tomar la plaza de Cental, entrar en Castel Esparavel y dismantelar sus defensas, ganar á Somarriba,

tomar posición en Asti , y concertarse con Lope de Acuña para caer sobre Valencia del Pó. Vióse con él don Lope , y determinaron caer ántes sobre Montcalvo. Batiéronla , abrieron brecha , y en un momento en que por comer el rancho se descuidaron los defensores , entraron por ella , y acorralaron á los franceses en el castillo en donde capitularon en breve. Con la noticia abandonaron tambien la plaza de Gabiano los que la ocupaban. Por fin cayó Sesa sobre Casale , y comenzó á batirla ; pero desistió de la empresa , segun es fama , porque un religioso dominico le manifestó que era querer tentar á Dios , el embestir con débiles medios una plaza de las de primera importancia.

La causa de haberse el duque de Alba retirado del Milanesado , y pasado á Flandes , fué porque vió que el verdadero teatro de la lucha eran las fronteras de los Países Bajos. Esta vez tomaron los franceses la iniciativa , mandados por el duque de Guisa , y ciertamente que pocos generales han sabido en momentos dados sacar tan buen partido de una guerra. En lugar de entretenerse en tomar alguna plaza fronteriza , de las que estaban por Felipe , elevó su genio militar á la altura conveniente , y cayendo de repente sobre la plaza marítima de Calais , ocupada por el inglés que decia guardar en ella las llaves de la Francia , la embistió con ímpetu , conquistóla y lavó en un día una afrenta nacional enmohecida por el transcurso de doscientos años. Encaminóse luego á Gius , entróla á saco y demolióla , echó de Francia los últimos restos de los ingleses que en una ciudadela se habian hecho fuertes , y tomó poco despues la plaza de Ham reciamente combatida. En tanto el duque de Nevers embistió la de Herbemont , y obligó á sus defensores á rendirse. Tal fué la campaña empre-

dida en lo mas riguroso del invierno. Tras de un descanso, llegada la primavera, juntó Guisa veinte mil infantes, cuatro mil caballos y sesenta cañones, y embistió la ciudad de Thionville, y despues de algunos asaltos vigorosamente rechazados entróla á cuchillo, dia 22 de junio. Entretanto, para distraer la atencion de las tropas de Felipe, talaron dos mil caballos del francés el Luxemburgo, y tuvieron que retirarse; y el mariscal de Termes entró en Flandes por la parte de la costa, tomó y saqueó la ciudad de Dunquerque, y se derramó por los contornos haciendo pesar sobre sus habitantes todos los horrores de la guerra. Pero el conde de Egmont le salió al encuentro, y dió con él junto al rio Aa, cerca de Gravelingas, cuando esperaba la marea baja para esguazar el rio con su gente. Egmont le tomó la delantera esguazando el rio mas arriba, en donde se ven una hora ántes los efectos de la marea baja, y acometió al francés con la mayor bravura. Recibióle Termes con la artillería, pero Egmont no le dió lugar á que con ella secundase, y cargándole con la caballería ahuyentó á la francesa á tiempo en que diez navíos ingleses, al decir de unos, vizcaínos en sentir de otros, sembraron en las filas de Termes el espanto. La caballería de este huyó á toda rienda; la infantería nó, que se dejó destrozár ántes que rendirse. Termes, bañado en la propia sangre, cayó prisionero. Todo el bagaje, la artillería y el botin hecho en los pueblos saqueados, cayó en poder de los españoles. Tres mil cadáveres se contaron en el campo, y el Aa arrastró dos mil en su corriente. Los habitantes de las cercanías se echaron sobre doscientos franceses que quedaron vivos; y las mujeres, á quienes habian robado la honra, los atormentaron á manera de furiosas salvajes, los hirieron, les chuparon la

sangre para que no dejase de manar , y les enseñaron el modo de portarse cuando vencedores , para no ser tratados á manera de lobos cuando vencidos. Animados ya los ingleses y los flamencos recorrieron con sus naves las costas enemigas , y hasta efectuaron un desembarco que no fué feliz , pues tuvieron que reembarcarse los ingleses con pérdida de seiscientos hombres.

En esto ambos reyes , acompañados de su nobleza , habían ya salido á campaña , y acampado Felipe en las orillas del Aucia , y Enrique en las del Soma. Pero los legados del papa iban de uno á otro campo para poner en paz á los combatientes , ayudándoles en su empresa la duquesa viuda de Lorena , animada de buenos deseos y con la esperanza de alejar de sus estados las calamidades de la guerra : de manera que á 15 de octubre , suspendidas las hostilidades , principiaron los tratos para la paz , concurriendo á las conferencias por España el duque de Alba , el obispo de Arras , el príncipe de Orange , Ruy Gomez de Silva , y Viglio de Zuichem. Conocióse desde luego que no seria difícil entenderse ; solo una grande dificultad se atravesaba , y era la pretension de los ingleses de que ante todo Calais les fuéese restituida , á lo que respondía el francés que se le pidiese cualquier sacrificio ménos el de despojarse de la mas brillante gloria de aquel reinado. Pero en esto á 17 de noviembre muere María , reina de Inglaterra , y toman las negociaciones un nuevo aspecto. María pereció llena de pesadumbres porque veia que Felipe descuidaba su trato , y habiéndola la tristeza acarreado una hidropesía , no la combatió creyendo ser preñado , y fué víctima de su error , casi el mismo dia que de unas cuartanas dobles fallecia el cardenal Polo , exclamando: «Salvad, Señor, nuestra igle-

sia , porque perecemos.» La fé católica pereció con ellos , porque subió al trono Isabel , hija de Ana Bolena , y , no pudiendo ser reconocida por los católicos sino como hija adulterina , se apoyó en los protestantes para reinar sin estorbos. Llena de talento , de gracia y de artificio , y siendo jóven de 25 años , ganóse muchos parciales , con buenas palabras á unos , con sonrisas á otros , con honores y mercedes á muchos. Al mismo Felipe túvole entretenido con esperanzas de darle la mano á él ó á uno de sus primos de Alemania ; y así se afirmó en el poder , de manera que cuando Paulo IV dió á la notificacion de su advenimiento una respuesta poco agradable , dijo ella : «el papa quiere perderlo todo , y hacer que yo lo gane,» y abrazó públicamente la reforma. Desde luego , temiendo ser víctima de la astucia de Felipe , hizo con el francés un trato de paz secreto por el que se obligaba Enrique á restituir las plazas de Calais , Guines y Oyes en el término de ocho años , ó bien á entregar quinientos mil escudos : que fué comprarlas estimadas en esta suma.

A la sazón el virey de Méjico armaba trece naves , y embarcaba en ellas mucha gente y todos los soldados que ya habian estado en las costas de la Florida , para volver á hacer asiento en aquella vasta comarca

CAPITULO IV. — Paz con el francés. Tercer matrimonio de don Felipe. Descontento en Flandes. Felipe vuelve á España. Sacrificios humanos. Córtes de Toledo. Año 1559.

Aclaradas las dudas que se suscitaron con motivo del advenimiento de Isabel al trono de Inglaterra , y visto que ella no aceptaba la mano de Felipe ni la de su primo , y aun divulgada la venta que de Calais habia hecho á Enrique de Francia , pasóse adelante en las conferencias para

la paz , inclinando á ella el ánimo del francés el mismo condestable vencido en San Quintin ; en vano el duque de Guisa se presentó á su rey , y manifestó que iba á entregar en un dia lo que en veinte campañas desgraciadas tal vez no perderia : Enrique estaba por la paz y la firmó. Publicóse á dia 5 de abril , y fué celebrada con regocijos públicos en la misma Francia , que por ella perdía cien ciudades. Sus condiciones fuéron : que Francia renunciaba á toda alianza con el turco y con los protestantes de Alemania , que favorecería la conclusion del sínodo tridentino y su ejecucion contra los herejes ; que restituiría á los genoveses las plazas y territorios que les habia tomado en Córcega ; que entregaría al duque de Saboya todo cuanto le tuviese ocupado en el Piamonte , ménos cuatro plazas que ocuparía la Francia por tres años mientras se decidía por ley el derecho del saboyano ; que Felipe restituiría las plazas recientemente ganadas ; que Enrique haría desocupar las de Toscana ; que se daría libertad á los prisioneros que desde diez y seis años á esta parte unos y otros retenian en cautiverio ; que se abrirían al mutuo comercio los puertos y fronteras ahora cerrados ; y por último que Margarita , hermana del rey de Francia , con dote de trescientos mil florines , casaría con el duque de Saboya , y que Isabel , hija del mismo rey , seria dada con dote de cuatrocientos mil florines en matrimonio á Felipe , rey de España. Esta última condicion era otra en los principios de las conferencias , pues la princesa Isabel estaba destinada al príncipe don Carlos , hijo de don Felipe , y aun se afirma haber sido enviado al mozo un precioso retrato de la hermosa novia ; pero la muerte de la reina de Inglaterra y la negativa dada por la reina Isabel de tratar matrimonio con Felipe , encen-

dieron en este los deseos de sustituir en aquella boda á su propio hijo : sustitucion que fué principio de recelos, origen de odios mal comprimidos , y pendiente resbaladiza para caer en grandes males. De Navarra no se habló en el tratado. De la restitucion de Metz , Toul y Verdun al imperio tampoco se dijo nada , aunque es cierto que , enviados por Enrique de Francia embajadores al emperador Fernando , díjoseles en alta voz que el imperio no consentiria jamás en la cesion de aquellas plazas , y por lo bajo se les manifestó que no serian reclamadas. Jurada esta paz , á la que los franceses dieron el nombre de maldita , y que en sentir de muchos , hiriendo en lo mas vivo el nacional orgullo , dió nacimiento á graves descontentos y parcialidades intestinas, casó la princesa Isabel en París á dia 24 de junio con el rey don Felipe , representado en la persona del duque de Alba. Una cruel desgracia vino á confirmar en opinion de los franceses el nombre de reprobacion que aquella paz les habia merecido. Para solemnizar la boda se abrieron justas , y quiso Enrique de Francia correr dos lanzas con uno de los capitanes de sus guardias , el conde de Montgomeri. Quebróse en el rey con el choque la lanza del conde , y una astilla le entró por debajo la ceja en el ojo derecho , á dia 30 de julio. Once dias estuvo postrado en cama sufriendo agudos dolores ; envióle Felipe desde Bruselas su propio cirujano Andrés Vesalio , muy celebrado ; pero Enrique dió el último suspiro á dia 10 de agosto. Sucedióle su hijo Francisco , mozo de diez y seis años , y fué regente mientras llegaba á la mayor edad su madre , la artificiosa Catalina de Médicis.

Felipe , firmada la paz , deseaba restituirse por mar á España , á donde debia trasladarse desde París por tierra su

tercera esposa. Antes de salir de Flandes quiso poner mano en los negocios de aquellas provincias. Eran por demás delicados; pero como la humana presuncion, aunque tenga constantemente en boca su propia debilidad y su flaqueza, se atreve osada á aplicar en las úlceras del cuerpo social remedios que juzga infalibles, sucedió que el monarca, creyéndose con mision superior para poner sosiego en el mundo, de modo que ninguna otra voz resonase en él mas que la del príncipe mandando, y la de los curas dados á místicos cantares, quiso convertir los Países Bajos en un claustro inmenso. Obtuvo de Paulo su division en tres arzobispados y trece obispados, en vez de los cuatro obispados que ántes habia. Los abades jurisdiccionales elevan al trono sus quejas, diciendo que aquella medida es su ruina: primer motivo de descontento. No atreviéndose Felipe abiertamente á zapar los privilegios de aquellos habitantes, quiere introducir entre ellos el santo oficio, cuyo inquisidor general puede en un momento dado recibir de su propia boca avivamiento de celo. Muestran una grande repugnancia á aquella institucion los habitantes y la rechazan: segundo motivo de descontento. Flandes estaba llena de tropas españolas, y de mucha nobleza de la península, envanecida de que el rey ya no consultaba á los flamencos sino á ella solamente; y uno de los privilegios de los flamencos era de que solo en tiempo de guerra podia ser ocupada con ejército la provincia; tercer motivo de público descontento. Y si á esto se agrega que los nobles de Flandes veian tras del santo oficio la pérdida de su preponderancia, que las ciudades columbraban que en pos de las tropas españoles venia la ruina total de sus franquicias, y que los aspirantes al gobierno de Flandes, á saber, el príncipe de Orange y

el conde de Egmont, se creyeron postergados viendo elegida á doña Margarita , hija natural de Cárlos , duquesa de Parma, y madre de Alejandro Farnesio , se podrá calcular el grande material combustible que estaba hacinado en los Países Bajos , y al que Felipe no vaciló imprudente en acercar la mecha destinada á producir un incendio que duró medio siglo. Los consejeros de Felipe en este fatal empeño que costó á la España incalculables tesoros y torrentes de sangre, fuéron principalmente el duque de Alba y el obispo de Arras. Antes de despedirse de los flamencos , dejándoles por legado una guerra sangrienta , reunió Felipe los estados en Gante , y le ofrecieron cerca de un millon de florines , pero se reservaron su distribucion para las necesidades de la provincia. Ofendióse Felipe , y guardó el resentimiento. Instalada en Flandes su hermana natural , y nombrados los principales gobernadores de las ciudades y plazas mas importantes , embarcóse Felipe en Zelanda á 20 de agosto , arribó á Laredo al cabo de nueve dias , y trasladóse á Valladolid en 8 de setiembre. Dicen que una de sus primeras diligencias fué trasladarse al monasterio de la Espina , y enviar desde allí por Luis Quixada , criado fiel que habia sido de Cárlos , quien llegó en compañía de un muchacho de unos trece años , que llevaba con mucha gracia el traje de labriego. Preguntó Felipe á Quixada si sabia de quién era hijo aquel muchacho ; á lo que respondió Quixada que su majestad cesárea se lo habia confiado , sin decirle mas de que cuidase de su educacion y crianza. Convencido Felipe de la discrecion de aquel servidor antiguo de su padre, llamó aparte al muchacho , y viendo en sus facciones los lineamientos de las del César , le preguntó si sabia quien era su padre , y ántes de que tuviese tiempo de dar respuesta abra-

zóle y le dijo , «el César fué padre mio y lo fué tuyo.» Llevóle á Valladolid , é hizo educar al niño , Juan de Austria , en compañía del principe don Carlos y de Alejandro Farne- sio , hijo de Margarita , gobernadora ya de Flandes.

Esta expansion tierna del pecho de Felipe hubiera hecho pronosticar mucho bien de su reinado , si muy luego unos acontecimientos dolorosos no hubiesen venido á anublarle. Las sevicias del santo oficio contra los luteranos acababan de dar de sí las mas terribles muestras. El inquisidor general don Fernando de Valdés , arzobispo de Sevilla , habia pedido y obtenido de Paulo cuarto un breve para que hasta contra los prelados sospechosos de herejía se procediese , prendiéndolos y enviándolos con el proceso á Roma. Habia Carranza , arzobispo de Toledo , publicado un Comentario al Catecismo , y sabiendo que era objeto de graves corolarios , no solo no trató de defender su obra , sino que sumiso convino en que su libro se pusiese en el índice de los vedados que habia hecho formar Paulo IV. Era sin embargo terminante la ley dada contra los espendedores de libros vedados. Consultó el inquisidor general con Felipe lo que debia hacerse con el primado de España ; y el monarca , en vez de echar con prudencia un poco de tierra sobre este asunto , en que el presunto reo se habia manifestado contrito , respondió á Valdés que obrase en justicia , aunque fuese contra el mismo heredero de la corona ; por lo que la gobernadora doña Juana envió á llamar á Carranza , y le hizo prender en Tordelaguna : que fué decir á los potentados , que en adelante anduviesen muy sobre sí , porque la justicia tomaba un nuevo carácter que á todos trataba por un igual y confundia. Ya en 21 de mayo se habia dado en la plaza mayor de Valladolid un espectáculo espantoso , en

medio de la mayor magnificencia , asistiendo á él el príncipe don Carlos y la princesa gobernadora doña Juana. Parecía que se renovaban aquellos tiempos en que se embruteció al pueblo romano haciéndole asistir, siendo presidentes los emperadores , á las luchas del circo en que eran entregados los hombres á las fieras. Mas de treinta personas salieron en este auto. Agustín Cazalla , dos hermanos suyos , el maestro Perez , algunas monjas , jóvenes y agraciadas , Sotelo , el bachiller Herrezuelo , y otros varios. Hasta los huesos de Leonor de Vivero , madre de Cazalla , fueron sacados de la tumba para ser expuestos á la pública afrenta. Algunos fueron condenados á penitencia. Quince lo fueron á las llamas. La grandeza , los hidalgos , los caballeros , la magistratura , lo mas notable de los habitantes del reino , el pueblo todo de muchas leguas á la redonda , se habia apresurado á asistir á un espectáculo honrado con la presencia de la córte. Cazalla murió como cristiano , esforzando y auxiliando á sus compañeros que , ménos animosos , daban lamentables gemidos ante aquellas llamas que iban á consumir sus miembros. Herrezuelo murió impenitente , echando aun desde la hoguera improperios y baldones contra los que presenciaban tan horrorosa escena. Sintió Felipe no haber disfrutado del espectáculo , y en cuanto estuvo en Valladolid significó al inquisidor general que tendria una grande satisfaccion de que se hiciese nuevo auto en su presencia. Apresuróse Valdés á complacerle. Á dia 4 de octubre la plaza mayor de Valladolid fué convertida nuevamente en circo para dar contento al monarca poderoso. Acudió el rey rodeado de su hijo , de su hermana , de los magnates , todos llenos de ricos atavíos , del pueblo entero ávido de sensaciones fuertes , y salieron á la plaza unos cuarenta reos ,

entre ellos varias religiosas, casadas y solteras. Los penitenciados fueron enviados á la cárcel. Los condenados á las llamas, entre ellos un hermano de Cazalla, y don Cárlos de Sesse, se adelantaron para hacer presenciar á los espectadores sus tormentos. Cárlos de Sesse, pasando junto al monarca, fuvo valor para volverse á él y decirle, que cómo dejaba de esta suerte quemar vivos á sus súbditos; á lo que respondió el rey que á su mismo hijo presentaria en holocausto y le entregaria á las llamas si cayese en la herejía. Fueron encendidas las hogueras, y en ellas perecieron los condenados entre horribles convulsiones, dando alaridos que no podian sofocar el estrépito de los clarines, ni el aplauso de la plebe. Desde este momento los sacrificios humanos entraron en moda.

Saliendo de presidir el auto, fué Felipe á Toledo, en donde reunidas córtes, hizo que le pidieran la confiscacion de los esclavos, que tenian los moriscos de Granada. Fué el pretexto que los inclinaban al islamismo; con lo que los esclavos no recobraron la libertad, sino que pasaron á manos de otro dueño.

Pensóse por este tiempo en arrebatár la ciudad de Trípoli á los africanos. Cincuenta y cuatro galeras se reunieron en Mesina, veinte y ocho navíos, dos galeotas, y treinta velas menores; catorce mil hombres se juntaron, incluso los malteses que quisieron concurrir á la empresa; pero la armada no podia dar la vela á causa de unos bravos temporales. Hízolo al fin, pero picando entre los soldados un contagio, por habérseles distribuido bizcocho corrompido, pasó la escuadra á Malta, y fué necesario levantar, nó cuarteles, hospitales para alojarlos. Dragut, en tanto, y los argelinos continuaban siendo el terror del Mediterráneo.

Habia en las mazmorras de Argel mas de diez y seis mil cautivos , la mitad españoles. El patron mallorquin Juan Cañete intentó contra los argelinos una hazaña casi temeraria, cual era la de entrar de noche en el puerto y quemar los buques que en él habia ; pero al efectuarlo entraron dos galeotas armadas , arremetieron con el bergantin que llevaba , y despues de un recio combate le rindieron.

Salió de Méjico este año una expedicion de mil quinientos soldados , para la conquista de la Florida. Pasó á Veraacruz, embarcóse , y al mes de navegacion , á 14 de agosto , tomó tierra en una buena bahía á que llamaron Puerto de Santa María. Seis dias despues un huracan hizo pedazos todas las naves en que habia ido allá la gente. El gefe Tristan de Luna envió gente á explorar la tierra , y no hallaron mas que desiertos páramos , hasta que á orillas de un rio caudaloso dieron con algunos indios , y un pueblo casi abandonado , al que llamaron , del nombre de los indios , Santa Cruz de Nanipacna. En pocos dias, trasladadas allá las tropas , fueron consumidos los víveres , y tuvieron que alimentarse de bellotas amargas muy molidas , y de hojas y tallos de los árboles. Pero despues tuvieron noticia de que mas adelante habia una provincia muy fértil , llamada Coza , y abrieron los corazones á la esperanza.

El papa Paulo cuarto , desterrados de Roma ántes de su muerte los propios sobrinos , feneció á 18 de Agosto. Desenfrenóse el pueblo romano contra su cadáver , de una manera espantosa , en odio de las nuevas facultades que á la Inquisicion habia concedido. Dió á las llamas las cárceles del santo oficio , y la casa del comisario ; soltó los presos , arrastró la estatua del pontífice , y obligó á sepultarle sin pompa. Cuatro meses vacó la santa sede ; y á 26 de diciem-

bre fué elegido papa el cardenal Juan de Médicis , que tomó el nombre de Pio cuarto.

CAPITULO V.—Expedicion deplorable de Zerbi. Viene de Francia la reina. Jura del príncipe. Año 1560.

La expedicion dirigida contra Trípoli , perdidos por enfermedades cuatro mil combatientes , volvió á dar la vela en 10 de enero desde el puerto de Marzajaloc. No era la estacion muy oportuna : alborotóse el mar , no fué posible surtir en Trípoli , y la armada hizo rumbo á la isla de Zerbi , llamada por otros de los Gerbes , ó de los Gelbes , y tambien Gerbech , sita junto al golfo de Kabes , y separada del continente africano por un canal estrecho en lo frontero de la Sicilia. Viéronse en el canal cuatro buques enemigos , y no siendo apresados huyeron á dar la alarma entre los turcos. Hizo aguada la expedicion á pesar de los esfuerzos que hacian los moros para impedirlo , y se supo que Dragut defendia la isla con once mil hombres. Por el temporal habian quedado en Malta diez y seis galeras , que luego pudieron dar la vela , y desembarcaron tropas en el punto llamado La Roqueta , mas no fueron afortunadas , pues perdieron ochenta hombres , entre ellos los capitanes Antonio Mercado , Pedro de Venegas , y Pedro Bermudez , sin embargo de los esfuerzos que hicieron don Luis Gil , don Pedro de Saavedra , y muchos otros. Junta ya toda la escuadra , saltó en tierra la gente en la torre de Valguarnera , recibida ántes la nueva de que Dragut se habia alejado de la isla con todas sus velas. Pasada muestra de la gente , se halló ser en número de once mil quinientos hombres. Mazano , gefe de los moros de la isla , intentó alejar de sí la invasion , diciéndose adicto al rey don Felipe ; pero , tratando el duque

de Medinaceli, general del ejército, de sentar su campo junto á unos pozos cerca de Esdrun, desde luego quiso impedirlo el moro á toda costa; y no pudiendo poner estorbo prefirió desocupar el castillo á 11 de marzo, y prometer que pagaria á los cristianos el tributo que ántes de ahora satisfacía á los turcos. Entró Medinaceli en el castillo; ensanchóle activamente ayudado por el sobrino de Doria, que iba en la expedición, y se hizo fuerte dentro de sus muros. Pero Dragut habia hecho llegar la alarma hasta Constantinopla, y saliendo la flota otomana, compuesta de ochenta y cinco galeras, mandada por Piali, cayó sobre la isla de Zerbi. Pocos generales se han visto mas turbados que el duque de Medinaceli en cuanto recibió la inesperada nueva de la aproximación de la flota enemiga. El sobrino de Doria le instaba á que embarcase sin confusión la gente en la armada; otros le decian que el mar es mal elemento para los acostumbrados á las luchas terrestres, y que no haria nada de los soldados tan repentinamente puestos en la armada; y mientras perdía en oír opuestos dictámenes un tiempo precioso, echóse Piali sobre la flota cristiana, dispersóla, eligió sus presas, entró en los buques á degüello, y destrozó, apresó ó echó á pique cuantos quiso: veinte galeras le quedaron por trofeo, diez y siete navíos con sus defensores hundió en las aguas. Medinaceli y Doria, dejando presidio en el castillo, á las órdenes de don Alvaro de Sande, huyeron de noche en dos naves veleras, puestas ántes al abrigo en una cala algo distante, y por Malta pasaron á Sicilia. Nueve galeras, restos de aquel terrible estrago, le quedaban á Sande, puestas al abrigo del castillo. Arremeten á ellas los moros, mas los españoles las defienden con denuedo, y rechazan á los turcos matándoles mil

hombres. Echa Piali gente en tierra y artillería, bate el castillo, y tambien es rechazado. Toda la entereza que le habia faltado al de Medinaceli, albergaba en su pecho don Álvaro de Sande. Para tener en continua animacion á los suyos, hace vigorosas salidas, y hasta llega á entregar las tiendas de los sitiadores al saqueo. Tres meses se defendieron aquellos restos de una expedicion desgraciada; abrasaba á la gente el calor, la sed y el hambre, y algunos hablaron de rendirse; pero Álvaro les dijo que tras de la rendicion no habia mas que un miserable y vergonzoso cautiverio, y poniéndose á la cabeza de los mas valientes embistió por entre los sitiadores hendiendo y matando, hasta que cayó con los suyos, ensangrentados y rendidos de fatiga, en manos de sus numerosos enemigos. Tal fué el resultado de una expedicion imprudente, confiada á manos inhábiles, que costó á la España grandes tesoros, á millares de personas la libertad ó la vida, y que dió al turco una pujanza incalculable. Las costas de España, de Nápoles, de Sicilia, y de la Italia entera, llenos de terror sus moradores, fueron puestas en estado de defensa, y cada vela que á lo léjos ondeaba, era indicada como avanzada de la temida flota otomana.

En tanto Felipe II recibia en Guadalajara á su tercera esposa, niña todavía, doña Isabel, hija de la harto famosa Catalina de Médicis, en cuyas manos estaban puestas los destinos de la Francia. Pasaron los recién casados á Toledo, en donde fuéron celebradas las bodas celebradas con grandes regocijos. Aguólos un tanto la enfermedad de viruelas benignas que sobrevino á la tierna reina; pero restablecida, continuaron, y aun á 22 de febrero aumentáronse con motivo de celebrarse la jura del príncipe don Carlos

como sucesor de la corona. Reunidos para la jura los grandes, los prelados, y los procuradores de las ciudades, creyeron algunos que seria conveniente solemnizar el acto con uno de aquellos espectáculos que tan terriblemente interesaban á las gentes: y se celebró un auto en presencia de toda la córte, á dia 25 de febrero, siendo penitenciados muchos reos por sospechas de luteranismo, islamismo, judaismo, bigamia y blasfemia; quemados unos en estatua, y otros en persona. No se cree que para la inocente hija de Catalina de Médicis esto fuese nuevo, como ha afirmado erróneamente alguno, al oír hablar de tan horrendas ejecuciones. En París, tres años ántes, muchas personas de uno y otro sexo, entre ellas varios domésticos de la reina, habian sido quemados públicamente por herejes. La civilizacion de ambos reinos era la misma; solo los nombres dados á los tribunales variaban. En Sevilla se hicieron tambien este año ejecuciones tremendas. El doctor Constantino Ponce de la Fuente, hombre de mucha elocuencia, predicador no muy bien visto de los dominicos, de quienes viéndolos en el templo solia decir desde el púlpito «que le robaban la voz aquellas capillas,» señalando con el gesto las de la iglesia, y con el pensamiento las de aquellos religiosos; acusado de sospechoso de luteranismo ó calvinismo, y de tener íntimas relaciones con monjas so color de tratos espirituales, habia sido preso con otras muchas personas; y en la cárcel, conociendo que en vano imploraria piedad de sus jueces, se quitó la vida. Pero á 22 de diciembre, la sentencia que no pudo ser hecha en sus carnes se ejecutó en sus huesos, como en los del doctor Juan Gil Egidio, aragonés, canónigo magistral de Sevilla, al mismo tiempo que en auto solemne se sacaban á la plaza pública una gran multitud de

reos para ser penitenciados, y cincuenta para ser quemados. A un mismo tiempo desgarraban el alma las voces de misericordia que daban algunos reos, las imprecaciones que sobre los presentes arrojaban otros, y los lamentos de las mujeres, mientras otros, convulsos ya y moribundos, exhalaban en medio de las llamas el desgarrador quejido post-trimero. Tal era la civilizacion dominante en las costumbres. La baja ralea de los delatores inquiríalo y escudriñáballo todo, y de la mas leve ampolla formaba un crimen espantoso. Una sola palabra, escapada por imprevision ó lijereza, ó mal comprendida, bastaba para perder á un hombre. Ya se habia visto que el mismo Juan de Ávila fué preso; tambien lo fué el armonioso y melancólico fray Luis de Leon, y tres veces fué perseguido el tierno y candoroso fray Luis de Granada.

A la sazón era elegida la villa de Madrid para residencia de los reyes por su proximidad á las sierras de Guadarrama, para poder dedicarse los príncipes á la caza: en Gerona se instalaba una universidad para los catalanes; eran erigidas en catedrales Segorbe en Valencia, y Albarracin en Aragon; y en algunas ciudades seguia picando, aunque mas benignamente, la peste. Antonio de Borbon, duque de Vendoma, con motivo de que en la paz con Francia no se habia hablado de la Navarra, pidió á Felipe que le restituyese aquel reino; y siendo desatendido hizo preparativos para entrar en él con gente, mas no pudo efectuarlo.

Hacia Felipe instancias con el nuevo pontífice para que volviese á abrir el ecuménico concilio. Pio IV, desde que subió al trono pontificio, manifestó el mas bello espíritu de paz, de humanidad y de templanza. Reconoció á Fernando por emperador de Alemania, restableció en Roma el so-

siego , perdonando al pueblo los desmanes cometidos en un momento de irreflexion airada , anuló las providencias de su antecesor que llevaban un sello de severidad harto profundo , estableció un órden de justicia mas benigno conforme á las prácticas no innovadas , abrió las cárceles á los meramente sospechosos , solo con los sobrinos de Paulo IV se mostró riguroso , trató de continuar y dar la última mano al concilio mucho ántes de que Felipe le insinuase sus deseos , y se mostró en una palabra digno tio del ilustre Carlos Borromeo. La nueva bula de convocacion del concilio es de 29 de noviembre, y fijaba la abertura para el 6 de abril siguiente.

En el Perú , despues de cinco años de vireinato , acabó en este (otros dicen que en el siguiente) sus dias don Andrés de Mendoza , que tuvo la gloria de haber sojuzgado á los bravos chilenos y araucanos. Habian estos vencido á los españoles en varios encuentros , por lo que Mendoza envió contra ellos á don García su hijo , por mar , y la infantería en cuatro navíos , mientras iba por tierra la caballería. En la Concepcion echó García en tierra su gente , sentó su campo y cercóle de trincheras ; Feniston y Tucapel , gefes de los araucanos , le acometieron al momento y á duras penas pudo rechazarlos ; iban á secundar cuando llegó con parte de la caballería el capitan Toledo , y tomando García la ofensiva , esguazado el Biobio , acometió á los indios y derrotólos. No por esto se dieron por vencidos , ántes , presentando nueva batalla , fué preciso echar con ellos el resto del esfuerzo para ganarla , dejando tendidos cuatro mil indios en el campo , y cogiéndoles ochocientos prisioneros. Todavía sostuvieron la lucha y la alargaron con continuos combates. Intentaron asesinar á don García , y lo consiguie-

ran á no descubrirlo el indio Colocolo , poco amigo de traiciones. Reinoso , uno de los capitanes de don García , tuvo que sostener otra batalla , y ganóla. Remon , Quiroga , Velasco y el buen Lasarte , llamado así por Ercilla, el cantor de estas jornadas , sostuvieron diariamente luchas encarnizadas ; hasta que Pedro de Avendaño venció y cautivó á Caupolican , gefe supremo de aquellos indios valerosos. Caupolican murió en un patíbulo , dicen que recibido ántes el bautismo. Parecía haberse domado ya la rebelion con este encarnizamiento , y mas si se atiende á que Caupolican era el gefe victorioso que ántes habia vencido á Villagran y á Valdivia , tomádoles bagajes y cañones : mas no fué así , sino que , reunidos catorce mil indios , hicieron contra los españoles el mas desesperado esfuerzo. Dignos eran de la independenciam tan valerosos combatientes , pero sus armas eran débiles comparadas con las de sus contrarios , y sucumbieron , nó sin haber inspirado á sus enemigos un sentimiento de asombro que rebosa en los metros de aquel cantor , poeta á un tiempo y soldado. Colocolo fué medianero para ajustar la paz.

En la Florida Tristan de Luna despachó desde Nanipacna doscientos hombres á fin de que se adelantasen hasta Coza para reconocer la tierra. Dieron primero con una tribu de indios que , para alejarlos de sí , noticiosos de que suspiraban por Coza , fingieron una embajada de este cacique para que pasasen adelante. Hiciéronlo , y al cabo de sesenta dias llegaron al pueblo de Coza , cuyo cacique les hizo muchos regalos de maiz , frutos y demás alimentos para que le ayudasen en una guerra que sostenia contra los napochés , tribu indiana que se negaba á pagarle un antiguo tributo. Ya los de Coza tenian recuerdo de los españoles por haber

cruzado por aquel país Hernando de Soto, y quedándose en la tribu un negro llamado Robles y un soldado por nombre Falco Herrado, muertos de enfermedad al poco tiempo. Alegráronse, pues, cuando les prometieron auxiliarlos contra los napochíes, fuéron juntos contra estos, hallaron abandonados sus pueblos, siguiéronles la pista, descubrieronlos en una isla del rio del Espíritu Santo, y cuando iban sobre ellos esguazando el rio, así que oyeron un tiro, se dieron por vencidos, y determinaron pagar tributo á los de Coza. Los españoles enviaron á Nanipacna doce hombres con la noticia; y solo hallaron un aviso de que se volvian á sus buques creyendo perdida la avanzada exploradora; llegaron á tiempo al puerto; Tristan de Luna queria inmediatamente pasar á Coza con toda la gente; mas esta le negó obediencia, clamó por la vuelta á Méjico, é hizo de manera que volviesen de Coza los doscientos. En esta coyuntura, encendidos los ánimos, el del gefe en rigores, y los de los soldados en indisciplina, surtieron en aquella bahía dos naves, procedentes de Nueva España, llenas de vituallas y refuerzos.

A 5 de diciembre murió Francisco II, rey de Francia, rayando en los diez y siete años; sucedióle su hermano Cárlos, nono de este nombre, de edad de diez años y medio.

CAPITULO VI.—Aprestos contra el moro. Crece en Flandes el descontento público.

Año 1561.

En nuestras costas seguía reinando la alarma por temor de los moros. Salió de Berbería una armada compuesta de veinte y dos velas, mayores y menores, hizo rumbo hácia Mallorca, y á 11 de mayo, ántes del alba, surtió á

alguna distancia de Soller , en un desembarcadero llamado Coll de la Illa. Bartolomé Valls , cautivo que iba con grillos al remo , para dar la alerta á los de Soller , su pueblo natal , dijo á voz en grito á los moros que diesen fondo si no querian estrellarse contra las peñas ; rasgo de amor á la patria que costó á Valls el mas duro tratamiento : mas no fué inutil , pues oyéndole los centinelas apostados , dispararon sus arcabuces para dar aviso á los de Soller y á los comarcanos. Mil setecientos hombres , divididos en dos escuadrones , echaron en tierra los moros ; mil de ellos , al mando del arraez Isuf , embistieron á Soller por la puerta del Mar ; setecientos se adelantaron á la callada hácia el puente de Binimaci , como prácticos del terreno , y entraron en la villa mientras Isuf llamaba á sí á los moradores con grandes gritos , y peleaba con ellos en el campo llamado de la Oca. Los pocos que habian quedado dentro de la poblacion , no pudieron impedir su saqueo. La puerta de la iglesia defendieron dos sacerdotes , por nombre Gaspar Miró , y Guillermo Rotger , mas no les fué dado ponerla á cubierto de la profanacion y del saqueo , y sí únicamente salvar el copon sagrado. Los de la villa , que con Isuf estaban peleando , oido el estruendo y voces que en Soller resonaban , sintieron partírseles el pecho , y vacilaron entre volver á sus hogares en defensa de sus hijos y de sus esposas , ó continuar luchando. Prefirieron lo postrero , y arremetiendo contra Isuf con nueva furia , le llevaron unos pasos en derrota ; mas se rehizo , hasta que Pedro Bisbal , seguido de Lorenzo Castañer y de Guillermo Soler de Binimaci , derribó á Isuf de una lanzada. En esto los moros , perdido el gefe , huyeron á tiempo en que acudió con perros alanos un trozo de gente , compuesta de bandidos que ha-

cia tiempo infestaban la isla, y aumentó su confusion y su estrago, pues dejados quinientos moros en el campo, se acogieron los demás á sus bajeles. Ya victoriosos los cristianos, volvieron contra los que quedaban en la villa y la habian llenado de espanto. Volvian ya de ella los moros, con toda la presa y los cautivos, cuando arremetieron á ellos los de de Soller con grande impetuosidad y gritería, derrotáronlos, y los siguieron hasta sus galeras, arrebatándoles la presa y los cautivos. Los bandidos, que tan á tiempo habian acudido á la comun defensa, fuéron indultados.

No estaban las costas de la península, bañadas por el Mediterráneo, mas seguras de invasiones, particularmente las del reino de Valencia, cuyos moriscos tenian frecuentes tratos con los argelinos y berberiscos, les daban noticias, ayudábanlos en sus nocturnos desembarcos, y les vendian sin riesgo niños y mujeres. En Barcelona, Nápoles y Sicilia, mostraban grande actividad los superintendentes construyendo á la vez buen número de galeras para remediar el daño que nuestras naves en las costas de África habian sufrido. En tanto muchos de nuestros prelados se disponian á pasar á Trento, instándoles Felipe, con la esperanza de poner remedio á las diferencias religiosas que, desbordadas de Alemania, inundaban ya las provincias de los Países Bajos.

Alarmante se hacia en efecto de cada dia mas el estado de Flandes. El obispo de Arras, Gravella, muy luego, por instancias de Felipe, revestido de la púrpura, ejercia en el ánimo de la gobernadora doña Margarita una influencia omnimoda, empleada nó en gobernar con prudencia y con dulzura, sino en emplear indistintamente cauterios para todas las heridas. Murmuraban los nobles, dejando ya entrever

envuelta en la queja la amenaza. Representaban las ciudades contra la ereccion de nuevos obispados cuyas rentas debian aprontar ellas, y contra el destino dado á tres canónigos de cada santa iglesia de que conociesen de las causas relativas á la fé, y decian que esto era poner entre ellos el santo oficio, y mantener el catolicismo, nó por la persuasion, el ejemplo y la doctrina, sino por medio de la fuerza. Los abades y priores de los monasterios clamaban diciendo que las nuevas reformas les arrebatában casi íntegras las rentas que sus fundadores les habian legado, y que habian poseido por espacio de muchos siglos. Agréguese á estas instancias y quejas, diariamente y bajo nuevas y de cada dia mas duras formas repetidas, la circunstancia de que el príncipe de Orange, á pesar de la oposicion hecha por su soberano, acababa de contraer matrimonio con una hija del duque de Sajonia, partidario de la secta luterana, y se tendrá una idea de la exaltacion de los ánimos, y de la emulacion y embarazos que al gobierno oponian los nobles, los monasterios y los pueblos: de manera que de un momento á otro se temía un estallido.

Una grande sequía affligió este año á los sevillanos, y se tuvo por grande carestía que una fanega de trigo valiese treinta reales, y que costase cuarenta y dos maravedises una libra de marrano, y sesenta una de carnero. Tratóbase entonces con ahinco de practicar la navegacion del Guadalquivir desde Córdoba á Sevilla, ántes realizada, pues en la confirmacion de los fueros del rey don Alonso, en el año 1252, se habla entre otras franquicias de quitar el derecho que pagaba el barco que iba y venia de aquellas dos ciudades: y el rey Felipe envió para hacer reconocimiento á Ambrosio Mariano, que era á la vez

soldado é ingeniero , y mas adelante fué carmelita descalzo.

En la Costanilla de Valladolid , sin saberse cómo , prendió un incendio espantoso que consumió cuatrocientas casas , el dia 21 de setiembre.

A Lima llegó el dia 17 de abril el nuevo virey don Diego Lopez de Zuñiga y Velasco , conde de Nieva , que no debía durar en el mando.

Es fama , y se encuentra en libros , que este año fuéron inventadas las pistolas ; y que cierto Nicot llevó de Portugal á España y á Francia una planta que de él se llamó nicociana , y mas generalmente tabaco.

En la Florida continuaba Tristan de Luna en disensiones con su maese de campo Juan Ceron , creyendo aquel que debía mandar á los soldados con el mismo teson que lo hiciera en la Habana , y respondiéndole éste y los suyos que el hambre desataba los vínculos de la superioridad , y que no era razon aferrarse en querer aplicar todo el rigor de la disciplina en aquellos á quienes era imposible dar el debido alimento y el vestido. Tristan declaraba rebeldes y traidores á los de la parcialidad opuesta , y los amenazaba con grandes castigos en cuanto llegase á la Habana. Por último uno de los religiosos puso en paz á los expedicionarios con una caridad digna de tener imitadores. Fué un domingo de Ramos , en el acto de concurrir todos al oficio solemne. Antes de consumir la hostia , vuélvese el religioso á Tristan , y le pregunta si cree que esté en ella el Dios vivo. Sí creo , responde el gefe. Insiste el padre preguntando si cree ser aquel Juez supremo que á todos ha de juzgar , y que lleno de misericordias bajó de lo alto para la salvacion de todos. Sí creo , responde Tristan ya enternecido. Pues si esto creéis , díjole

el padre , mirad si en vuestro corazon hay oculta una parte aunque pequeña de espíritu de venganza ó de vanidad ofendida que os induzca á sacrificar á tantos centenares de hombres , y ved si no fuera mejor que les abrierais los brazos. Levántase , oyendo esto , Tristan , y con sollozos pide perdón á todos los presentes si en algo por sobras de severidad pudo ofenderlos ; todos ellos se arrojan á sus piés ; los levanta , y los abraza. Padre Anunciacion se llamaba el religioso que supo mostrarse tan bellamente inspirado. A los dos días llególes á los expedicionarios , con refuerzo de gente y vituallas , don Ángel de Villafañe , quien viendo hambrientos á los soldados , y despoblada la tierra , embarcó cuanto pudo para la Habana ; y con la noticia de la pobreza del país dispuso el virey de Nueva España que se reembarcase tambien Tristan de Luna.

CAPITULO VII. — Alteraciones en Flandes. Pérdida de una escuadra. Enfermedad del príncipe. Año 1562.

No se habia reunido el año anterior el ecuménico concilio , y lo hizo en este á 18 de enero. En él se vió cuán pronto se desvanecen las honras y las preeminencias prestadas. Ya el embajador de España no se sentó en lugar preferente , pues tocaba de derecho al emperador de Alemania ; ni en el segundo , porque le ocupó la Francia ; y para no dar la antelación á esta potencia , se ideó que el representante del rey católico ocupase un sitio separado , junto al secretario del concilio. Entre los muchos prelados españoles que á él concurrieron , veíanse tres de los nuevos obispos flamencos , acompañados de sus teólogos. No se crea por esto que se hubiese disipado en los Países Bajos el público descontento , y que reinase tanta tranquilidad , que pudie-

sen sin riesgo los nuevos pastores alejarse de sus rediles ; ántes los flamencos todos llevaban muy á mal las trazas y las astucias de Granvella ; crecia por horas el número de los luteranos , y vagaban por la provincia partidas numerosas , que solo esperaban oír la voz de un gefe para formar ejército. No queria Felipe que los flamencos tuviesen comunicacion íntima con los franceses , en donde desde el edicto de Nantes , que sancionaba la tolerancia religiosa , iba en rápido aumento la division de los ánimos en punto á creencias. Mandó por tanto , previa confirmacion pontificia , abrir en Douay una nueva universidad , á fin de evitar que los jóvenes comarcanos fuésen á Paris para hacer sus estudios. Habíales ya ántes querido vedar todo trato con los alemanes protestantes , y no lo habia conseguido. La gobernadora y Granvella , dotados de brios para dictar órdenes , no tenian fuerzas ni energía para castigar á los infractores. Los enemigos de la adminastracion de Granvella llevaban en señal de hermandad una medalla con haces de saetas , y esto á la luz del dia , y con arrogancia manifiesta. Granvella , la gobernadora y el mismo emperador Fernando escribieron á Felipe manifestándole ser conveniente que se trasladase con prontitud á Flandes , para poner remedio á una situacion sobremanera espinosa. Ya por octubre del año anterior habian en Tournay hecho alarde de su fuerza los luteranos ; acudió Margarita á poner remedio , pero en Valenciennes demostraron ya mas osadía , y dieron á entender claramente , que si Felipe no cejaba en sus proyectos de medir á los flamencos con la misma sevicia que á los españoles , preciso les seria ventilar la cuestion en el terreno de la fuerza. El príncipe de Orange y sus partidarios pedian el congreso de los estados , y propusieron á Felipe , por

medio de un enviado , que alejase para bien de todos á Granvella de los consejos de la gobernadora doña Margarita. Pero Felipe habia conocido delante de San Quintin , que no habia heredado de su padre la marcialidad propia de los acampamentos , y , abandonando este cuidado á sus generales , habia pensado reservarse desde España la direccion política de los negocios públicos ; por lo que no se avino á pasar á Flandes ; ni tampoco quiso aflojar en su intento de hacer andar su poder apoyado en el báculo del santo oficio ; pareciéndole tal vez que lo de los Países Bajos sonaba mas de lo que era.

No dejaban de detenerle en la península graves atenciones. Habíase propuesto desarmar á los moriscos de Granada , porque mantenian relaciones con los africanos , é hizo llevar á efecto la providencia con sigilo tan grande , que en un mismo dia , situadas en distintos pueblos varias compañías , pudo efectuarse el desarme. Creyó entonces Felipe que podia hacer apurar á aquellos moradores todas las amarguras que les tenia destinadas , y no atinó en aquella sentencia de que las armas , que ni un átomo de valor añaden al que no le tiene , jamás les faltan á los hombres esforzados. Libre de este cuidado , entróle otro que reclamaba mucha actividad y entereza. El gran turco , que habia resistido á la España , cuando á las fuerzas de esta potencia estaban agregadas las del imperio , queria probar ahora contra ella sola sus brios , y , firmada paz con el emperador Fernando , con condicion de poner en libertad á los principales cautivos de la jornada de los Gerbes , dispuso que el rey de Argel aprontase contra Oran y Mazalquivir una expedicion numerosa. Súpolo Felipe , y mandó que en Málaga se embarcasen para Oran en veinte y cuatro galeras tres

mil y quinientos soldados á las órdenes de don Juan de Mendoza. Levántase de repente un temporal bravo y obliga á las galeras á buscar en el puerto de la Herradura un refugio; pero les fué fatal, pues encrespadas las olas y bramando furioso el viento, unas contra otras chocaron las naves, y se hicieron pedazos. Veinte y dos buques fueron sumergidos: cuatro mil hombres, Mendoza en su número, entre soldados y chusma, perecieron.

Otro pesar profundo tuvo este año el monarca católico. Había puesto en los estudios de la universidad de Alcalá al príncipe don Carlos, á don Juan de Austria y á Alejandro Farnesio. Era el príncipe ménos juicioso que sus dos compañeros, y algo atolondrado en sus juegos, holgándose en saltar y en correr, mientras aquellos guardaban grande compostura; y tuvo la desgracia de caer rodando por una escalera, y dar de cabeza en el suelo. Levantáronle sin sentido, y, no viéndole fractura, parecióles que seria una contusion lijera, cuando al reir el alba del día 11 de octubre, le entró al príncipe entre estremecimientos una gran calentura, con asomos de delirio. Avisaron al rey, que acudió presuroso, y halló á su hijo sin esperanza de vida. Había muerto en Alcalá un religioso, por nombre Diego, en olor de grandes virtudes; por lo cual el obispo de Cuenca, fray Bernardo de Fresneda, confesor del monarca, insinuóle, que toda vez que los médicos daban por muerto al príncipe, se probase la virtud que tuviese el cuerpo de aquel religioso. Vino en ello Felipe, pues era accion que halagaba sus creencias; trajeron el cadáver, le pusieron sobre la cama del príncipe, dijeron á este que se encomendase á Diego, y él, extendidas las manos hácia él, profirió algunas palabras que no pudieron ser bien entendidas; en-

tonces quitaron el frio lienzo que cubria el cadáver , y le pusieron sobre el inflamado rostro del mancebo , y luego restituyeron en procesion el cuerpo á su sepulcro. Es fama que le entró al príncipe un sueño tranquilo , y que al despertar dijo haber visto á Diego , llevando en la mano una cruz de caña , animándole y prometiéndole alivio. Como quiera , sanó en breves dias ; y el rey su padre promovió con ahinco la canonizacion del religioso conocido por Diego de Alcalá. Otro varon de grandes virtudes habia muerto á 4 de octubre en el convento de Arenas. Llamóse Pedro de Alcántara , y de él aseguró Teresa de Jesus , reformadora á la sazón en Ávila de las religiosas carmelitas , que , elevada en contemplacion , habia visto subir al cielo su alma candorosa.

En Sevilla se hacian públicas plegarias por la carestía que continuaba afligiendo á aquellos habitantes , azotados además de otras calamidades de que existen tristes memorias ; unos grandes temporales de viento arruinaron muchos edificios ; y á 23 de setiembre , en ocasion de estar dando carena á una nave , esparció el viento la llama , y de unos en otros , pasó el incendio á diez y ocho buques , á siete caravelas y otras barcas , con sumo quebranto de los que tenian embarcados géneros para las Indias occidentales.

En el Perú tuvo un fin trágico el nuevo virey don Diego Lopez de Zuñiga y Velasco , pues una mañana le encontraron muerto en su palacio , con todas las señales de haber sido violento su tránsito repentino. Sucedióle en el mando el licenciado Lope García de Castro.

En lá Florida , no fueron este año los españoles quienes hicieron entrada , sino los franceses , invadiendo un país que no les pertenecia. Dirigió la expedicion cierto Juan Ri-

baut, saliendo de Dieppe con dos navíos equipados por hugonotes, con objeto de disminuir el número de los que en Francia habia. Pero esta usurpacion no fué feliz, y la derrota de la costa oriental de la Florida, que los de la flota hicieron, es sobremanera confusa, pues á muchas lenguas de mar, medidas en la tierra, llama rios, prueba de haber sido muy somero el reconocimiento ejecutado.

CAPITULO VIII. —Dase principio á la fabrica del Escorial. Llamamiento de los principes alemanes. Gloriosa defensa de Oran, del fuerte de San Miguel, de Mazalquivir y de Melilla. Año 1565.

Habia Cárlos I, ántes de despedirse de su hijo, héchole el encargo de que erigiese para sus huesos y los de la emperatriz difunta un sepulcro digno de quien habia dado leyes á la Europa. El primer pensamiento al que debemos la suntuosa fábrica del Escorial fué, pues, la ereccion de un vasto mausoleo. Llevaba Cárlos en la mente esta idea; pero la falta de recursos, y las guerras que con todos sus tesoros acababan, le impidieron llevarla adelante. Pero Felipe, conseguida la victoria de San Quintín, obtenida el día dedicado por la iglesia á san Lorenzo, pensó en dar cumplimiento al encargo, haciendo levantar un inmenso edificio, cuya planta fué á manera de unas parrillas, y que á la vez pudiese llamarse convento, panteon de los reyes, y real sitio de recreo. Cuatro años ántes habia Felipe hecho venir de Nápoles al arquitecto español Juan Bautista de Toledo, que habia ganado allá nombre y riquezas, levantando edificios como los que adornan la calle ó «strada» de Toledo. En Puzoli habia tambien dirigido un magnífico palacio y unas graciosas fuentes. Cárlos le habia nombrado arquitecto suyo, y Felipe le confió el pensamiento que queria llevar ade-

lante, y que debía ser terminado por un amigo de Toledo, llamado Juan de Herrera. En efecto, recientemente una cruel desgracia y un quebranto de fortuna habian amargado la existencia de Toledo, y héchole perder aquel entusiasmo que alienta á los grandes artistas. Desde la córte dispuso la venida de su mujer y de sus hijas, que habia dejado en Nápoles, y á quienes habia confiado todas sus riquezas, fruto de los sudores de toda su vida. Todo pereció, personas y bienes, en una borrasca. Y para colmo de infortunio, armó pleito al artista su suegro de Nápoles, para que le devolviese la dote de su hija, sumergida en las aguas. Sin embargo, en el último declive de una existencia, cuyos anteriores goees habian sido trocados en acíbar, tuvo Toledo bastante inspiracion para dar principio á aquella fábrica y legar su ejecucion y complemento al ilustre Herrera. Habíase en un principio vacilado en la eleccion de sitio, dudándose entre las cercanías de Segovia y las de Guisando de Puertos; pero muy luego fijóse en paraje provisto de buenas aguas, y cercano á montes para la caza, y á dia 23 de abril parecióle á Toledo que era tiempo de comenzar la fábrica, y con grandes ceremonias fué asentada la primera piedra de aquel monumento en que hallaron distraccion y solaces el monarca, ocupacion y estímulo las artes. La primera piedra del templo no fué asentada hasta el dia 20 de agosto.

Comenzaba por entonces Felipe á saborear los tragos amargos de las humanas miserias. El príncipe don Carlos, su hijo, en quien tenia puestas sus esperanzas, no solo no habia adelantado en Alcalá lo que él quisiera, sino que de resultas de su caída daba de sí tales muestras de inconsecuencia, de irritabilidad y destemplanza, que hacia temer

no se reprodujese en su persona el triste ejemplo de su bisabuela. Conocía Felipe que era necesario un segundo milagro para dar á su hijo, nó ya la salud que habia recobrado en Alcalá, sino el aplomo, la cordura y los buenos modales de que á su lado daban tan bellos ejemplos Alejandro Farnesio y don Juan de Austria. Convenciósese, pues, de que el hijo, en quien debia fiar el porvenir de su trono, no era apto para afianzar en él los principios que deseaba ver bien asentados. Triste debió de ser este momento para el padre coronado. Y conociendo que si debian sucederle en la corona sus sobrinos, los hijos de su hermana doña María, casada con Maximiliano, hijo de Fernando, convenia llamarlos á España, para que se educasen en la península, en donde fuésen puestos á cubierto del luteranismo, escribió á Alemania para que cuanto ántes por Génova y Barcelona le enviasen los príncipes Rodulfo y Ernesto, hijos de su hermana la reina de Bohemia. Supo que vendrian pronto, y salió á fines de setiembre á recibirlos, celebrando de paso córtes en Monzon para donde tenia convocados los estados de Cataluña, Aragon y Valencia. Detúvose en Zaragoza, dando órdenes para limpiar los caminos de bandidos que los infestaban, y trasladado á Monzon oyó los clamores de los diputados que le pedian que atendiese con buena flota á la defensa de las playas del Mediterráneo, en las cuales los corsarios africanos no daban un momento de sosiego á los infelices costaneros. Respondióles que lo haria, y obtenido un cuantioso servicio, dispúsose á partir para Barcelona.

No eran infundadas las quejas de los diputados. Orgullosos los moros con las ventajas obtenidas en la isla de los Gerbes, y mas alentados con la nueva de las pérdidas que por los temporales habia sufrido la armada española, re-

corrian el Mediterráneo como vencedores , y recientemente acababan de hacer un furioso esfuerzo para arrebatár á España las plazas que en Africa tenia ocupadas. Oran y Mazalquivir habian sido el blanco de sus recias embestidas. Era rey de Argel el impetuoso Hascen , hijo del segundo Barbarroja , y congregados los jeques de Tenez , Asam , y varios capitanes aguerridos, juntó hasta treinta y seis gale-
ras en que embarcó tres mil soldados, gran copia de vituallas, pertrechos y cuarenta cañones , para que por mar se pusiesen á vista de Oran , mientras él con cincuenta mil hombres que pudo juntar iba á embestirla por tierra. Está Oran situada frontero de Cartagena , mediando el Mediterráneo, y á doble distancia de Argel que la que le separa de aquella ciudad española. Era gobernador de la plaza don Alonso de Córdova , conde de Alcaudete , varon de grandes brios , quien tenía á sus órdenes á su hermano don Martín , dotado de no menor capacidad y esfuerzo. No muy léjos de Oran , y mas afuera en el golfo , pero á distancia que podian cruzar los buenos nadadores , está la plaza de Mazalquivir , ó Mans-el-kebir , confiada al mismo conde como una dependencia ó avanzada de la primera , y á su vez amparada del fuerte de San Miguel , sito en una loma cercana, como atalaya á un tiempo y baluarte. Hechas por el conde las prevenciones oportunas , púsose Hascen á la vista de Oran con su numeroso ejército , y tomó por capitulacion la torre llamada de los Santos , un poco apartada de los muros. Amparó sus tropas tras del Cerro Gordo para que desde la plaza no pudiese ofenderlas la artillería , y estrechado el cerco para que en ella no entrasen víveres , pasó á embestir el fuerte de San Miguel que en su opinion era la llave de la plaza de Mazalquivir así como creia que esta lo

era de la de Oran. Hizo llenar de fagina el foso, y asaltar el fuerte. Defendíale don Francisco de Vivero, quien incendió con fuegos artificiales la fagina del foso, y rechazó á los contrarios con gran bravura, ayudado de don Martin de Córdoba que destacó de Mazalquivir cuatrocientos soldados que acabaron de poner en confusion á los sarracenos. Viendo Hascen la no esperada resistencia, hizo venir de Oran el grueso del ejército, dejando solo para el cerco veinte y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos, y determinó tomar aquel fuerte á toda costa. Conocido el intento por medio de renegados que todavía suspiraban por su patria, aunque habian preferido abandonar la fé ántes que sufrir un largo cautiverio, aumentó el conde de Alcaudete el presidio de Mazalquivir; y su hermano don Martin aumentó el del fuerte, haciendo entrar en él con una compañía al capitán Bartolomé Morales. En tanto ni dentro ni fuera de Oran no estaba ociosa la gente, pues el conde hacia continuas salidas, ya para recoger la cebada que segaban los sitiadores, ó para hacerse con rama y fagina, ya para alejar á los contrarios de algun punto harto cercano, y ya tambien para tenerlos en una incesante alarma. Transcurrido un mes en estas escaramuzas y varias alternativas, llególe á Hascen á primero de mayo la armada que esperaba, y desembarcada la artillería y la gente, batió con furia el fuerte de San Miguel, y arrasadas las defensas ordenó segundo asalto. Vivero, Morales y Gallarreta, capitanes los tres, le recibieron con no menor esfuerzo que la vez primera, disparando sobre los sarracenos alcancías, piedras, fuegos de artificio y bombas de mano con tal acierto, que los rechazaron con gran pérdida. Á la mañana siguiente jugó de nuevo la artillería mora, y volvieron sus huestes á

probar con mayor encarnizamiento un tercer asalto. Fueron con no menor furia rechazados. Fuera de sí Hascen da una hora de descanso á su gente, hace nuevamente jugar la artillería, y por cuarta vez asalta. Cuarta vez es rechazado con no visto estrago. Acude gente de refresco y dan el quinto asalto, á que corresponden los héroes españoles alejando nuevamente de los muros á los sarracenos. Llegada la noche, parecele á Hascen que aquellos bravos estarán rendidos, y ordena contra ellos la sexta y mas vigorosa embestida. Pero por sexta vez, Vivero, Morales y Gallarreta le repelen, y siembran de enemigos cadáveres aquellas cercanías. Pocos ejemplos ofrece la historia de tanto encarnizamiento y de tanta valentía. Era aquella para los moros una guerra, por cuyo medio debian arrancar de sus costas un padron de ignominia. Era para los españoles una demanda de honra, en la cual debian borrar los malos recuerdos de Bugía y de los Gerbes. Por la noche lleváronse á Mazalquivir y luego á Oran los heridos que en el fuerte habia, y fué reforzado su presidio con ciento treinta soldados de que era capitan don Pedro de Mendoza. Á 7 de mayo el mismo Hascen en persona quiso dar la séptima arremetida. Disparada la artillería, adelantáronse los moros mas animosos, y arrimaron al muro las escalas, y uno de ellos llegó á hacer ondear en la barbacana el estandarte del profeta. Dos horas duró aquella carnicería. En medio de un silencio pavoroso, comparado con el estruendo de poco ántes, esforzábanse unos en subir, y otros en derribarlos, y en arrojar al foso alquitran ardiente, y toda clase de proyectiles entonces conocidos: y al fin por séptima vez clamaron victoria los defensores del fuerte. Otras dos horas hubo de descanso, durante las cuales jugó la artillería ene-

miga ; y transcurridas , dióse el octavo y el mas mortífero asalto. Las huestes enemigas arremetieron con tal furia que no parecia que jamás hubiesen sido escarmentadas , y llegaron á plantar en el muro dos banderas. Llegóse á las picas , á las alabardas , á las espadas y á los chuzos. Jugaban á un tiempo la artillería mora , la de Mazalquivir y la del fuerte , y parecia ya indeciso el lance , cuando disparando á una los defensores gran copia de fuegos de artificio , sembraron entre los enemigos la muerte , y les obligaron á soltar la presa. Casi todos los defensores, incluso los capitanes , estaban heridos. Hascen hizo recoger los muertos y quemarlos , pues ya acudian nubes de insectos al olor de la sangre y de los cadáveres. Desmantelado el fuerte , abierto por todas partes , y reducido en su interior á escombros , fué abandonado , pasando á Mazalquivir sus denonados defensores. Solo habia en esta plaza trescientos setenta soldados en estado de acudir á la defensa , y ochenta vecinos. Á 9 de mayo comenzó á comba-tirla el impetuoso hijo de Barbarroja , desde la distancia de ciento diez pasos de la muralla , hasta el dia 21 en que intimó la rendicion á don Martin de Córdoba. Contestóle este como quién era , y se aprestaron los moros á dar el primer asalto. La coluna que iba delante fué recibida por la arcabucería y la artillería á quema ropa , quedando en la esplanada quinientos cadáveres ; mas no por esto los que la seguian dejaron de arrimar escalas al muro , llegando uno hasta plantar en lo mas alto el estandarte argelino ; pero si los de fuera eran valientes , no lo eran ménos los de dentro , cuyas filas recorrian don Martin , don Fernando de Carcamo , y los capitanes que ya en el fuerte de San Miguel habian ganado inmarcesibles lauros , ménos Gallarreta que

habia sucumbido. Desde Oran dispuso el conde una salida, y fué á tiempo en que un fuerte temporal de agua vino al socorro de los sitiados, y alejó de Mazalquivir á los sarracenos. No duró muchos dias el descanso, pues á 30 de mayo dieron un segundo asalto que tambien les salió desgraciado, por habérseles encendido la fagina del bastion que protegía con sus fuegos á los acometientes. Habia perdido Hascen la cuarta parte de su gente, y en ocho naves envió á Argel los muchos heridos que en el campo tenia: por lo que, sabiendo que algunas naves provistas de vituallas y pertrechos á favor de la oscuridad de la noche y de las nieblas habian penetrado hasta ponerse al abrigo de la plaza, y noticioso además de que en España se hacian grandes aprestos para salvarla, llamó á sus principales gefes á consejo, y en él decidieron hacer los últimos esfuerzos para ver si la rendian ántes que fuese socorrida. Á dia 2 de junio fué el tercer asalto, combatida esta vez Mazalquivir por mar y por tierra. Daban los moros grandes alaridos, y aunque al primer ímpetu cayeron setecientos, la mitad muertos, la mitad heridos, llegaron al fin hasta arrimar veinte y cuatro escalas al muro. Peleóse entonces con un furor indecible. proyectiles de todas clases, y hasta barriles de pólvora que al caer estallaban con grande estrago, fueron arrojados sobre los contrarios, que al fin se retiraron escarmentados. Pero al dia siguiente volvieron con no menor arrojo á la carga, y aunque muchos perecian, otros ocupaban su puesto con la mayor valentía. Al mismo Hascen viósele con el alfanje en la mano, descubierta la cabeza, arengando á los suyos: cinco horas duró esta sangrienta lucha, que fué para los de Mazalquivir la cuarta victoria. Á dia 6 de junio dió Hascen el quinto asalto, echando el

resto su gente en denuedo y en encarnizamiento: y tambien los españoles por quinta vez salieron vencedores. Todavía no escarmentado el moro con tantas infructuosas arremetidas , iba á dar otra mas porfiada é impetuosa , cuando de repente resuena en Oran y en Mazalquivir el estampido de una salva estrepitosa , el tañido de las campanas , y el son de músicas marciales. Los españoles ponian en las nubes grandes aclamaciones ; las galeras de Hascen venian fugitivas contra el viento , y hacian señas á los moros de tierra como si les diesen una voz de alarma. Muy luego pudo explicarse la causa de esta perturbacion extraordinaria. Ostentaban á lo léjos sus blancas velas treinta y cinco galeras españolas , que llevaban á los valientes el esperado socorro de la patria. Cinco galeras eran de Barcelona , cuatro de Nápoles , doce de Génova , cinco de Pascual Lomelin , tres de Sicilia , cinco de Malta , tres del duque de Saboya , y una del abad de Lupian. En ellas venian cuatro mil soldados , y muchos voluntarios. Don Nicolás de Rocafull en una fusta se habia adelantado á dar á los de Oran la grata nueva. Cinco galeotas y cuatro navíos de la armada sarracena cayeron en poder de los españoles ; las demás galeras huyeron hácia Argel á toda vela y remo. Hascen , inutilizada la artillería , levantó el campo , y se retiró tan precipitadamente , que no fué posible darle alcance. Los que de la armada desembarcaron , y los de la plaza , se abrazaban , dia 8 de junio , dándose el parabien de que algunos centenares de valientes hubiesen resistido y rechazado á tantos millares de hombres que en trece asaltos habian dado muestras de tanta bizarría. El conde de Alcaudete recibió en pago el vireinato de Navarra. Los nombres de don Martin su hermano , de don Pedro de Mendoza , de don Fernando

y don Juan de Carcamo , de los hermanos Morales , y de don Francisco Vivero , quedaron inscritos entre los que han dado glorias á la patria. Reparadas las fortificaciones , y reforzado el presidio , partió la armada para Cartagena , de donde pasó á Málaga. De aquí hizo rumbo á 22 de julio para el Peñon de Velez , con noticia de que los moros le tenían descuidado. Mas no fué feliz la empresa , pues perdida alguna gente , tuvo la armada que volver á Málaga. En Melilla tuvo lugar á la sazón una singular acometida ; y fué que un alfaquí , muy venerado entre los moros , dijo que encantaria á los de aquella plaza , de manera que no opusiesen resistencia , y sabiéndolo el gobernador dejó que se acercase y aun entrase el alfaquí con mucha gente , y cuando los tuvo dentro los destrozó muy á sabor suyo ; repitióse la tentativa , y tambien la prevencion de aquel gefe ; mas esta vez escarmentólos tan de recio que no volvieron á asomar por aquellas cercanías. Terminóse esta campaña contra el moro , haciendo Felipe grandes aprestos para la venidera que tenia proyectada.

Así como en el año anterior habia el monarca hecho desarmar á los moriscos de Granada , con iguales prevenciones hizo en este otrotanto con los del reino de Valencia , á quienes particularmente se quitaron muchas espadas.

Terminóse en los primeros días de diciembre el concilio de Trento , cuyas decisiones fuéron acatadas y recibidas en Portugal , Venecia , Sicilia , la Italia entera , y en España. En Francia no lo fuéron por la mucha oposicion contra ellas levantada , nó en lo referente á la doctrina de fé , sino en lo relativo á algunos puntos de mera disciplina. Uno de los graves asuntos que tocó el concilio , y sobre el cual procuró Felipe echar tierra , fué el ruidoso asunto de la prision del

arzobispo de Toledo, pues una de las comisiones pidió la causa de aquel primado, manifestando que solo el concilio ó el papa eran los jueces naturales; el mismo papa dió pasos con Felipe; pero éste, imbuido del arzobispo de Sevilla, se negó á aquella petición, aunque años adelante no pudo denegarse á la órden formal del enérgico y virtuosísimo Pio V.

En Milan hubo graves alteraciones por haber querido establecer allá el tribunal del santo oficio. Al pregonarse los nombres de los nuevos funcionarios resonaron por las calles alaridos de horror, entre vivas al monarca y mueras á los nuevos jueces, y fué necesario, en vista de la exaltacion de los ánimos, que el gobernador, duque de Sesa, representase al rey para que revocase el imprudente edicto. Mas serios alborotos habian tenido lugar en Nápoles por idéntica causa. Es verdad que en este reino se habian reunido en Montalto, ciudad de Calabria, hasta tres mil personas, dadas á las prácticas luteranas; pero el virey las hizo cargar con buen número de tropas, ahogó ó ahorcó á la mayor parte, condenó á otros á galeras, y dió soltura á los que quisieron abjurar el protestantismo.

No era mas lisonjero que este el aspecto que habian tomado los negocios en Flandes. Habian los principales señores escrito á Felipe en términos duros contra el cardenal Granvella, tildándole de ambicioso, soberbio, cruel, avaro y lujurioso, y diciendo que era tan aborrecido de la nobleza y de la plebe, que su solo nombre era capaz de promover en Flandes una sublevacion que daria incalculables resultados; pedian por tanto que le removiese y separase del lado de la princesa gobernadora doña Margarita. Esta misma señora escribió que creia llegado el caso de que Granvella

fué apartado del gobierno , pues hasta los mismos consejeros se negaban á alternar con él en el consejo: pero Felipe se mostró sordo por ahora á todos estos clamores , y aun procuró captarse la voluntad de los nobles flamencos , diciéndoles con estudiada blandura que pasasen á España para tratar con él de aquel asunto.

Respecto á las Indias Occidentales fué notable el solemne ofrecimiento que hizo Felipe de dar entero cumplimiento á la promesa del emperador su padre , empeñando para ello su fé y palabra real por sí y sus sucesores , de no enajenar de la corona los reinos , provincias , tierras é islas de aquel nuevo mundo ; para lo que fué despachada cédula , en que se dice que , cual si fué hecha en las córtes generales del reino , debia tener fuerza de ley y de sancion pragmática.

CAPITULO IX. — Aprestos contra el turco. Toma del Peñon de Velez. Revolucion de Flandes. Año 1564.

Los deseos de Felipe de tener á su lado á sus dos sobrinos fuéron prontamente cumplidos. Recibiólos en Barcelona , á donde se habia trasladado , y en cuya ciudad , aunque recibido con la magnificencia debida á un gran monarca , no lo fué como á conde ; si bien jurado luego y revocados los actos hechos ántes del juramento , llenó en breve los descos de aquellos moradores. Preparada nueva jornada , visitado el santuario de Montserrat , en donde á dia de la Purificacion asistió con vela á las ceremonias religiosas , dadas luego á don Álvaro de Bazan órdenes terminantes de poner embargo en todos los buques de las costas españolas desde Laredo á Málaga , para resistir al turco , revocadas las mismas á poco por saberse que ya la armada otomana no bajaba por ahora al Mediterráneo , dadas disposiciones

para conducir á Palamós muchos forzados que pusiesen á flote las trece galeras que allí se estaban construyendo , y habiendo por fin resuelto que todos los grandes aprestos marítimos que se estaban haciendo fuésen dirigidos á la toma del Peñon de Velez , púsose en camino por Valencia á Madrid , en donde habia dejado á su hijo en compañía de la reina. Empezaba ya á picar la peste en algunos pueblos de Aragon y Cataluña , y en la misma Barcelona se hizo sentir muy luego. Ya en el año anterior las cercanías de esta última ciudad estuvieron infestadas , de suerte que se tuvo que cortar comunicacion con ellas , y se hizo tan rígidamente que fué condenado á muerte un sepulturero de San Andrés de Palomar por transgresion del bando.

Considerables eran los preparativos hechos para resistir al turco , y encaminados ahora á la toma del Peñon de Velez. Contribuyó el portugués con un galeon , ocho carabelas , cuatro fragatas y mil quinientos soldados. De Nápoles y Sicilia vinieron tres mil soldados viejos ; del Milanesado otros tantos ; de Aragon y Castilla seis mil ; Malta ayudó á la empresa con cinco galeras , Nápoles y Sicilia con veinte y tres , Andrés Doria con doce , Florencia con diez , el duque de Saboya con tres , y el marqués de Este con cuatro ; y reunidas las de España formaron una armada de noventa y tres galeras , y sesenta velas de todas dimensiones , y que llevaban á bordo mas de trece mil soldados aguerridos , bien provistos de víveres , de pertrechos , de toda clase de armas vizcaínas , y de mucha gruesa artillería , una buena parte fabricada en Barcelona. Antes de hacerse la expedicion á la vela desde Málaga , los buques que se iban reuniendo ocupábanse mientras navegaban en ahuyentar y dar caza á los corsarios berberiscos. Andaban ellos con zozobra

procurando indagar el objeto de aquel grande armamento. El argelino hacia recorrer sus mejores plazas, aprovisionarlas y ponerlas en buen estado de defensa. Tocante al Peñon de Velez teníale por inexpugnable por estar situado en una eminencia escarpada, batida por las olas, y por haberle provisto bien para dar escarmiento á los expedicionarios. Á dia 31 de agosto dió la armada velas al viento desde Málaga, dirigidas al África las proas. A la verdad que parecia harto grande la expedicion para el objeto á que se dirigia, y que daba repugnancia ver que las fuerzas de España no eran consideradas para ello suficientes cuando se recorria al auxilio de extrañas potencias; y mas vibracion todavía causaba en los ánimos la idea de que intentada por los españoles y sus obligados hermanos los malteses la misma empresa, habia salido frustrada, y ahora se intentaba sin que la bandera nacional ondease sola en las tropas de los buques, y se tomase el desquite conveniente.

Surgió la armada en las playas africanas, y, ocupado el castillo de Alcalá que los moros dejaron desierto, comenzó á dirigir la empresa general don García de Toledo. Hízolo con la cautela conveniente, disponiendo que ninguno se separase del campo, que procuró poner á cubierto de toda sorpresa. Desembarcados los víveres, los pertrechos y parte de la artillería, pareció conveniente apoderarse de la ciudad de Velez ántes de acometer el fuerte. En efecto púsose en marcha el ejército á dia 3 de setiembre, nó sin mediar con los moros unas fuertes escaramuzas en que fué necesario poner en juego la artillería de campaña. Llegados á Velez los expedicionarios hallaron desocupada la plaza; y les vino bien, pues pudieron alojar en ella cómodamente los soldados. Disparaban desde el Peñon contra el ejército, mas no

hacian daño , y luego conocieron que todas las disposiciones iban dirigidas á cortarles todo camino de comunicacion con la tierra. Asestóse la primera batería contra aquel fuerte desde la orilla del mar , á unos doscientos cincuenta pasos de distancia. A la intimision de rendirse , contestó Ferret , gobernador del castillo , que tenia por inexpugnable la plaza , y que era inútil todo proyecto de embestirla. La batería hizo buen efecto , pues no solo desmontó tres cañones del Peñon , sino que derribó dos torres y desmoronó el lienzo de muralla que á ellas estaba pegado. Levantaban reparos los de dentro , mas luego eran destrozados y deshechos. Aun no contento el sitiador , hizo subir la batería á la cima de una peña , á mucha ménos distancia del contrario. Desde este momento entró el terror en el ánimo de los sitiados. Ni Ferret era capaz de animarlos , ni ellos se mostraron dignos de defender semejante fortaleza. Unos tras de otros fuéron descolgándose hasta la orilla del mar , y unos en un esquiſe que tenian oculto , y otros á nado , pasaron los mas á tierra , seguidos del comandante que no vaciló en dejar abandonados en el fuerte á los pocos que por no saber nadar se quedaron en él para hacer su entrega. Cuando Doria y los españoles supieron el caso , les pareció maravilloso , pues parecia imposible que pudiese sobrecoger el miedo á unos hombres que ni murallas necesitaban para la defensa , pues en la misma peña las tenian , ni por asalto podian ver tomada su guarida. Los pocos miserables que dentro quedaban , abrieron las puertas con la sola condicion de dejarles salvas las vidas. Ocuparon los españoles en la fortaleza diez y ocho cañones , una culebrina , muchas escopetas y otras armas , mucha pólvora y balas , y vituallas para algunos meses. Celebróse la conquista con salvas,

con fiestas navales, en que las galeras ostentaron su lijereza, y con músicas y danzas. Puesto el Peñon en formidable estado de defensa, y dejado en él de gobernador á Diego Perez Arnalte con presidio de trescientos soldados, pareció á algunos que seria bueno coronar el éxito cegando el rio de Tetuan para impedir que sirviese de asilo á los buques corsarios, como el Peñon servia á sus tripulantes de madriguera; pero, no conviniendo en ello los portugueses y los marinos por parecer que la estacion estaba ya harto adelantada, dejóse para mejor coyuntura; por lo que, desmantelada Velez, y hecho con prudencia el reembarque, volvió la armada á Málaga, á donde fueron trasladados los restos de don Luis Osorio, uno de los pocos hombres de cuenta que á manos de los moros habian perecido.

Grande fué la alegría con que recibió Felipe la nueva de aquel buen éxito. A don Francisco de Eraso, que se la dió el primero, indultóle de una pena en que habia incurrido, y le dió envuelta en el hábito de Calatrava buena cantidad de dinero. A don García de Toledo, gefe de los expedicionarios, nombróle virey de Sicilia, y le hizo conducir á Italia los alemanes que á la jornada habian asistido, y dejar en Córcega, para auxiliar á los genoveses que en aquella isla sostenian guerras sangrientas, un buen número de soldados españoles.

No concurrieron á esta empresa las galeras pontificias, porque Felipe habia mandado salir de Roma á su embajador Requesens con motivo de haber el papa dado el dia de Pentecostés la preferencia ó antelacion sobre el español al embajador de Francia. Pero Pio IV no por esto deseaba tener descontento al monarca católico; y se lo demostró en breve disponiendo que unos legados pontificios pasasen á

España, para juzgar la famosa causa intentada contra el arzobispo de Toledo; aunque no pudo tener efecto el juicio, porque los legados vieron que la atmósfera de la península estaba cargada de parcialidades que anublaban los sentidos de los mejores jueces. Nó porque el monarca se mostrase remiso en los asuntos religiosos, pues al contrario se creía en Italia que pecaba por exceso de celo y de sevicia.

Habia prescrito Felipe la observancia del concilio de Trento en todos sus estados, incluso los de Flandes. Muchas instancias le habían sido dirigidas para que tocante á los Países Bajos procediese con cautela, no adelantando un pié sin afirmar el otro, pero respondía con lo de que prefería no tener estados á verlos plagados de herejes. Pudo recabarse de él que cediese en punto á apartar de aquel gobierno al cardenal Granvella, pero no en punto á que aflojase en las órdenes terminantes que tenía dadas de hacer en los luteranos grandes escarmientos. Escribió al conde de Egmont que pasase á Madrid á conferenciar con él acerca de aquellas provincias. Hízolo Egmont, y le manifestó la conveniencia de que él mismo se trasladase á Flandes, y allí tomase consejo de los conocedores del país, pues si quería tratar á sus moradores como á los de la península, era necesario que antes destruyese y despoblase aquellas comarcas; representóle asimismo cuán conveniente sería que el consejo de Flandes tuviera superioridad sobre el de los demás estados contiguos, tomándose en él las resoluciones por la mayoría absoluta de los votos; y le indicó que eran muchos los que iban á optar por la sublevación si no se les permitía entera libertad de conciencia. Oyóle Felipe sin inmutarse, aunque en su interior sentiría inflamársele el pecho, y le dió cartas para su hermana natural doña Marga-

rita. Decíale en ellas resueltamente que pusiese en ejecución los decretos del tridentino. Leida la orden en el consejo de estado, pareció á la mayoría que era prudente por el pronto obedecerla y no cumplirla; pero muchos fueron los que, obtenida copia de ella, sacaron otras varias, y de ellas otras, de manera que circuló por la comarca con la celeridad del rayo. Oíanse do quier clamores de que se iba á plantear el santo oficio, de que se queria hacer entrar en los ánimos las creencias por los filos de las espadas, y los mismos católicos clamaron que se les queria poner un yugo al cual, aunque á él los iberos hubiesen doblado la cerviz, no era justicia que se quisiese hacer lo mismo con los que le rechazaban. En Breda, pueblo del príncipe de Orange, y en otras partes, formáronse juntas, con concurrencia de nobles, de caballeros, de abades, y de plebeyos, y en ellas se determinó arrostrar por todo antes que presentar el cuello á la coyunda. Por primer paso presentaron un memorial para hacer suspender las órdenes del monarca. Presentáronse á doña Margarita varios señores, en hábito miserable, para demostrar que si les concedia lo que pedian, defenderian á Felipe hasta verse reducidos al último extremo, pero de nó, harian lo propio en defensa de sus franquicias. Respondió Margarita que no podia suspender las órdenes, solo sí ejecutarlas con blandura. Pero ni esto pudo. En Amberes alborotóse la plebe, y arrancó de las manos de la justicia á un zapatero preso por hereje. Los nobles de Saintron, en Lieja, se juntan en número de trescientos, y escriben á los príncipes alemanes que les presten su ayuda. Á la sazón acababa de morir el emperador Fernando, y le sucedia en el imperio su hijo Maximiliano. El príncipe de Orange y el condé de Egmont manifestaron deseos de que se proce-

diese en la sublevacion con una suma prudencia : pero el impulso estaba ya dado ; no eran unos pocos los que estaban descontentos , era un pueblo en masa que se levantaba contra el que no queria dar acatamiento á otras leyes , á otros usos y costumbres , que lo que á su voluntad pluguiese : que así el humano orgullo , por querer parodiar al Omnipotente , siembra la confusion y el quebranto sobre la tierra.

Estuvo gravemente enferma este año la tercera esposa de don Felipe , y es fama que sanó encomendándose al religioso Diego de Alcalá.

En Sevilla , cuya opulencia iba de cada dia en aumento con las flotas procedentes de Indias , se acabó de perfeccionar la casa del ayuntamiento, cuya arquitectura, ostentando follajes y fantasías de excelente dibujo por el estilo plateresco , inclina al género llamado compósito. Con el ejemplo dado por Felipe encontraban los artistas en las grandes ciudades ocupacion y buena acogida.

Á dia 23 de setiembre entró en Lima el nuevo virey, licenciado don Pedro de la Gasca , encargado de abrir informacion sobre la muerte de don Diego Lopez de Zuñiga y Velasco; pero, dados los primeros pasos en el procedimiento, creyó prudente sobreseer en ellos , por temor de ver comprometidos á muchos nobles que le rodeaban , torciendo así la vara de la justicia receloso de males mayores.

A la Florida dirigieron los franceses una nueva expedicion compuesta de hugonotes , y esta vez descubrieron entre los salvajes á dos españoles y á cuatro españolas que hacia quince años moraban entre ellos , recogidos con humanidad despues de un mísero naufragio. El pelo les llegaba á los hombres hasta la rodilla ; las mujeres se habian casado en el pais y tenian hijos. En esta misma coyuntura , por no

andar muy acorde, en ciertos asuntos de honra, con los tribunales de Sevilla, acogióse Pedro Menendez, natural de Áviles, y excelente marino, á la generosidad de Felipe II, solo inflexible en puntos de creencia, y obtuvo de él que le permitiese ir á explorar aquellas vastas comarcas y no permitir que en ellas tomasen pié los franceses. Borneóse el debido asiento, buscó Menendez y obtuvo de sus amigos de Cádiz algunos fondos, y presentado el proyecto al monarca, aprobóle éste.

CAPITULO X.—Grande armamento del turco contra Malta. Socórrenla los españoles. La reina va á ver á su madre. Año 1565.

Á la expedicion hecha contra el Peñon, respondieron los turcos poniendo en la mar una armada de trescientas velas, embarcando en ella cuarenta y cinco mil hombres, y dando órdenes á Dragut y á Hascen de reunir entre Trípoli y Argel hasta sesenta velas mas, y seis mil soldados. Con esta nueva, llenáronse de terror las costas de Italia, Sicilia, España, y las islas del Mediterráneo. Habia Felipe hecho cerrar este año con grandes piedras sacadas del Puerto de Santa María, metidas en diez chalupas y barcas grandes de cona, y allí labradas y trabadas con betun, la boca del rio de Tetuan, cerrando de este modo á los corsarios una nueva madriguera: empresa que llevó á cabo don Álvaro de Bazan felizmente, hundiendo las naves mientras los portugueses de Ceuta hacian una salida para llamar la atencion de los moros, y consiguiendo hacer imposible por el pronto la entrada de buques en el rio. Sabida la noticia de los grandes aprestos, dispuso el monarca que desde Sicilia acudiesen los españoles á meter refuerzos y provisiones en La Goleta y en la isla de Malta, y mandó poner en buen estado de

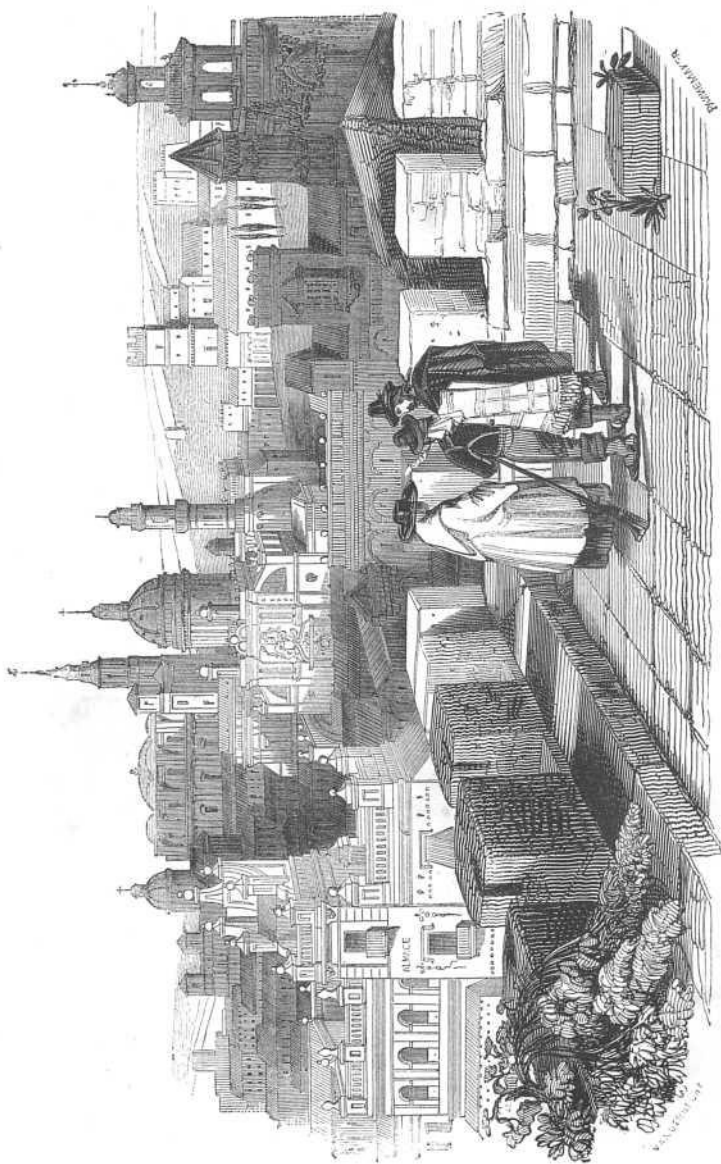
defensa las costas de Nápoles , mientras en España , en Génova y en los estados pontificios se prevenia gente y armada para acudir donde quiera que la presencia del turco lo reclamase. No tardó en saberse el blanco á que iban asestados los formidables aprestos de los otomanos. Era Malta una especie de centinela del Mediterráneo, y una avanzada de la cristiandad , de donde salian los continuos avisos recibidos de los menores movimientos que hacian los turcos: y Soliman mandó ocuparla á toda costa. Piali salió por gefe de la armada , y Mustafá por general de las tropas. Desembarcan estas, y las primeras escaramuzas indican que la lucha será encarnizada , y hará época en los anales europeos. Para embestir con éxito la plaza , debia Mustafá apoderarse primero del fuerte llamado Santelmo. Batido este vivamente , y recibidos los refuerzos que de Hascen y de Dragut se esperaban , puso en órden su ejército , compuesto ya de mas de cincuenta mil hombres. Acababa de llegar de Sicilia el caballero Salvago con refuerzos, y entre ellos una compañía mandada por el capitan español Miranda. El primer asalto fué dado al fuerte de Santelmo, el dia 6 de junio , y los moros , despues de una porfiada acometida, fueron rechazados con pérdida de seiscientos muertos, y mayor número de heridos. Los defensores perdieron cuarenta de los primeros, y muchos mas de los segundos, de suerte, que fué preciso hacer entrar en el fuerte al capitan Miranda , y confiarle su defensa. Tres dias despues tuvo ocasion de probar el nuevo gobernador su entereza , pues le acometieron los turcos y dieron segundó asalto al fuerte con doble número de gente. Mil quinientos hombres perdió el turco en esta jornada. Las proezas que los defensores hicieron son innumerables , y solo pueden calcularse por el denuedo , el

encarnizamiento de los enemigos , y el estrago que sufrieron. Seis dias estuvieron batiendo la plaza incesantemente con la gruesa artillería ; y transcurridos volvieron á dar tercero , cuarto y quinto asaltos , tan inútiles para ellos y tan mortíferos como los anteriores. Los sitiados tuvieron el dolor de ver caer muerto á uno de sus capitanes , el español Medrano , y de que fuese herido el héroe Miranda , que no por esto quiso retirarse , sino continuar en la defensa. A poco sufrieron los sitiadores una pérdida que les fué muy dolorosa. El terrible Dragut , espanto del Mediterráneo , cayó muerto de una piedra de resorte que le dió en la cabeza. No por esto dejaron de dar sexto y general asalto los turcos , el dia 22 de junio. Cinco horas duró la tremenda carnicería. Dos mil cadáveres turcos quedaron en el foso. Aterrados los demás , retrocedieron á vista de tan heroica defensa. Pero tambien sucumbieron la mitad de los defensores , entre ellos el capitan Miranda , de manera que no quedaban dentro cien hombres. Súpolo el gran maestro Lavalette , y envió allá un refuerzo de trescientos hombres , mas no pudo pasar , que los turcos habian abierto entre el fuerte y la plaza una profunda zanja. Séptimo asalto dieron , conocido el estado del fuerte , y entraron en él cuando ya el último de los soldados habia cumplido el juramento de morir en la defensa. Y no pudiendo los turcos cebarse en los vivos , hiciéronlo miserablemente en los cadáveres , enarbolando en picas las cabezas de los bravos. A la sazón , tras del quebranto que causó al gran maestro la pérdida de Santelmo , tuvo el consuelo de ver llegar á la isla seiscientos españoles procedentes de Sicilia , y avanzada del grande armamento que allí se preparaba. Parecióles á los turcos que era tiempo de ganar el fuerte de San Miguel , como lo

habian hecho con el de Santelmo , y le dieron el primer asalto. Rechazados bráivamente, dieron el segundo que duró cinco horas por mar y por tierra , perdiendo los de Mustafá cuatro mil hombres , incluso los que iban en nueve barcas grandes y bien armadas , que la artillería del fuerte echó á pique. No ménos encarnizado fué el tercer asalto ; pero ya la victoria comenzaba á salirles cara á los sitiados , pues habian perdido en el fuerte de San Miguel unos quinientos hombres. Nueve horas duró el cuarto asalto , intentado por los turcos con no menor porfía , y rechazado con grande carnicería de los acometientes , aunque con no ménos dolorosa pérdida de los defensores. Imposible parecia que ningun humano esfuerzo bastase á resistir tantos embates , con tan increíble furia repetidos , cuando en los primeros dias de setiembre resonaron en Malta grandes clamores de entusiasmo , echáronse á vuelo las campanas , y disparóse la artillería , no ya solo para daño de los turcos , sino tambien en expansion de una grande alegría. Mustafá , Hascen y los demás gefes , estaban asombrados. Piali se hizo á la mar con parte de la escuadra para descubrir si acaso se avistaba algun armamente de los cristianos ; y dando la vuelta á la isla , vió que en efecto se retiraba una armada con rumbo á Sicilia , con lo que conoció que ya se habia hecho el desembarco.

Y era así en efecto. La fama de la defensa de Malta habia resonado en toda Europa , y hecho latir muchos corazones. Don Juan de Austria , al saberlo , no pudo contener su ardor bélico , huyó de la córte , y á no haber enfermado en el camino , y sídole fuerza volverse , hubiérase presentado al gran maestre como mero voluntario. El mismo príncipe don Carlos quiso imitarle , aunque otros afirman que solo por

pretexto para de allí pasar á Flandes ocultamente , y ponerse á la cabeza de los descontentos. Roma reunia tropas , y clamaba porque Malta fuese socorrida. Génova , Florencia y las ciudades marítimas de la península esperaban tener nuevas del suspirado socorro. Al fin , hechos reforzar primero los presidios de Oran , Mazalquivir y la Goleta , y dispuesto que la Sicilia fuese el punto de reunion de todas las fuerzas , que para socorrer á Malta de todos puntos acudian , habíanse juntado en Mesina noventa galeras , cuarenta navíos , y doce mil hombres de desembarco ; y aprovechando el primer momento favorable , hizo don García de Toledo , virey de Sicilia , echar en Malta las tropas puestas al mando de don Álvaro de Sande. Al saberlo , entró la consternacion en el campo otomano , y retirada la artillería y deshechas las tiendas , volvióse Mustafá á su armada con grande confusion y desaliento. Pero pasado el primer miedo , y noticiosos los gefes de que no eran muy numerosas las fuerzas desembarcadas en la isla , corriéronse de haber abandonado tan pronto la empresa , y volvieron á desembarcar la gente. Luchaba esta ya con ménos brio , y así , al primer encuentro derrotóla don Álvaro de Sande , púsola en precipitada fuga , y obligóla á buscar en las naves un asilo. Don García de Toledo acudió con toda la armada , por si podia dar caza á la enemiga que habia dividido sus fuerzas , mas no pudo conseguirlo. El sitio de Malta habia costado á los turcos cuarenta mil combatientes , la mayor parte muertos con el hierro , la otra parte víctima de una enfermedad de cámaras que entró en el campo moro. De los sitiados , ocho mil hombres perecieron ; las defensas de Malta quedaron tan desmanteladas , que fué necesario volver á construir las casi por enteró ; y la órden de



JEREZ.

San Juan se vió reducida á un escaso número de miembros; aunque lo que perdió en número ganólo en renombre, que le alcanzó muy alto.

En tanto el papa procuraba tener contento al monarca español, enviando á Madrid un legado y jueces que entendiesen en la causa del ilustre Carranza, arzobispo de Toledo; pero luego conoció el cardenal Boncompagno, á quien se habia conferido aquella dignidad, que la córte de Madrid no era estrado demasiado limpio de influencias para dar un fallo bien hermanado con la justicia; y como á la sazón tuviese noticia de la muerte de Pio IV, abandonó apresuradamente la península para trasladarse á Roma. Con efecto, en la noche del 8 al 9 de diciembre, segun autores eclesiásticos autorizados, pasó á mejor vida aquel pontífice, teniendo la dicha de ser asistido en sus últimos momentos por dos varones eminentes en virtudes, á saber, Felipe Neri y Carlos Borromeo, ambos canonizados despues con aplauso de las gentes.

Cargada estuvo este año la atmósfera del gobierno. El descontento que entre los moriscos de Granada fermentaba, iba formando una nube, indicio de bravos temporales. Los asuntos de familia traian desasosegado al rey Felipe. La proyectada empresa del príncipe don Carlos, la fuga de don Juan de Austria, la relajada vida que el prior de Ocrato, príncipe de la sangre, llevaba en Portugal, eran todo motivos de inquietud y desazones. A vueltas de estos domésticos pesares, otros, sino de mas intensidad, de mayor bulto, le traian sumamente acongojado; pues, á pesar de haber hecho reunir en España concilios provinciales en Toledo, Granada, Salamanca, Zaragoza y Valencia, para proceder á la aceptacion del concilio tridentino, veia que

en Francia no era imitado, con lo que tomaban pié los flamencos para autorizar su rebeldía. Revolvía Felipe en su mente los planes mas terribles para remover todos cuantos embarazos le estorbaban el paso. Habia hecho pedir á los franceses el cuerpo de San Eugenio, solicitado por Toledo, por haber sido su primer prelado; y habiéndole obtenido, parecióle que una entrevista de su esposa, acompañada y aconsejada de don Juan de Manrique y del duque de Alba, con la regenta de Francia Catalina de Médicis, seria conveniente para concertar con gran sigilo las medidas que á su ver debian producir la completa ruína de los luteranos franceses. En Bayona tuvieron lugar las vistas, abierta comunicacion entre los aposentos que ocupaban las dos princesas. Diez y nueve dias duraron, sin que nadie pudiese traslucir lo que en ellas se dejó sentado, pues aunque de público se dijo que se trataba de casar al rey de Francia con doña Juana, hermana del católico, y al príncipe don Carlos con una hermana del cristianísimo, fueron solo planes aparentes, pues en realidad de lo que se trató fué de dar un golpe tremendo que cortase de raiz el luteranismo del vecino reino; y á la verdad, que para tal concierto no podia haberse elegido mejor consejero que el duque de Alba, inspirado por Catalina de Médicis, que era poner toda la dureza marcial en contacto con la mas refinada astucia. Estremeciéronse de ira los protestantes franceses al saberlo, y escribieron á sus amigos de Flandes que viviesen prevenidos.

Hacíanlo en tan alto grado los flamencos, que ya podian dar lecciones á sus propios maestros. Negábanse á pagar las contribuciones, aumentaban con nuevos prosélitos las filas de los luteranos, y formaban cada dia nuevas ligas, afir-

madas con graves juramentos. La gobernadora envió á España al conde de Egmont, para que representase lo intolerable de una situación semejante, y Felipe despidió al conde dándole buenas esperanzas, y encomendándole que llevase á la gobernadora su hijo Alejandro Farnesio, á quien proyectaba casar con una hija de un infante portugués; restituido Egmont á Bruselas, encontró á los descontentos mas animosos en sus planes, no ya de resistir al monarca aclamando sus antiguos fueros, sino de negarle vasallaje y obediencia. Las órdenes que dió Felipe fueron de que se llevase á efecto el tridentino, por medio de las sevicias del santo oficio. Fué en vano que los consejeros dijese que era imposible condenar á muerte en las llamas á cincuenta mil personas: el monarca se mantuvo inexorable en su tema de no tener vasallos, ántes que tenerlos herejes. Su entendimiento no le daba lugar para mayores alcances, ni le permitia variar la alternativa, por mas que le dijese que valia mas tener prudencia y esperar mejores dias, que enviar de golpe al ángel malo tantos miles de almas infestadas.

A Cuba pasó de gobernador este año don García Osorio.

En Lima, el licenciado Pedro de la Gasca decretó el establecimiento de una audiencia en Quinto.

Comenzóse á llevar á efecto el plan proyectado diez años ántes de establecer colonias en las islas Filipinas, las cuales, prosperando gradualmente, prometian adquirir un alto grado de comercial preponderancia.

La expedición de don Pedro Menendez á la Florida fué llevada adelante con conocimiento y entereza. En la primera reseña que pasó de su gente y armada, vió que se componia de un galeon de cerca de mil toneladas, y diez naves en que iban unas mil personas de mar y guerra, cua-

tro clérigos, y ciento diez y siete maestros de varios oficios. Recibidos luego algunos refuerzos mas, hízose á la vela, entrado el verano, para alejar de aquellas regiones á los franceses que las tenian invadidas. Avistó sus naves, y preguntó á la capitana, que de dónde era aquella armada; respondiéronle que de Francia; díjoles qué hacian allí; respondieron que llevaban artillería é infantería y vituallas á un fuerte que allí tenia el rey de Francia; insistió inquiriendo si eran católicos ó luteranos; dijeron que luteranos, y que quién lo preguntaba; á que respondió que lo preguntaba Pedro Menendez, general de la armada de Felipe II, que iba allá para ahorcar á todos los herejes; echáronse á reir, mas luego viendo el ademan de Menendez, huyeron á toda vela: y este fué el principio de una lucha que acabó con el total degüello de aquella colonia luterana, mudándole el nombre de Charlefort, ó Carolina, en el de San Mateo, por haber sido tomada á dia 21 de de setiembre, en que la iglesia hace memoria de este santo. Pero, á fines de año, cruzando Menendez por aquellas aguas, recibió cartas del rey en que le manifestaba como un luterano francés habia armado una expedicion para la Florida; y que á fin de que pudiese defenderse, le enviaba diez y siete navíos con muchas vituallas y pertrechos, y mil seiscientos infantes: por cuya novedad pasó Menendez á la Habana para esperar el socorro que debia ponerle en estado de hacer frente á las nuevas tropas luteranas, y de completar la conquista de la Florida.

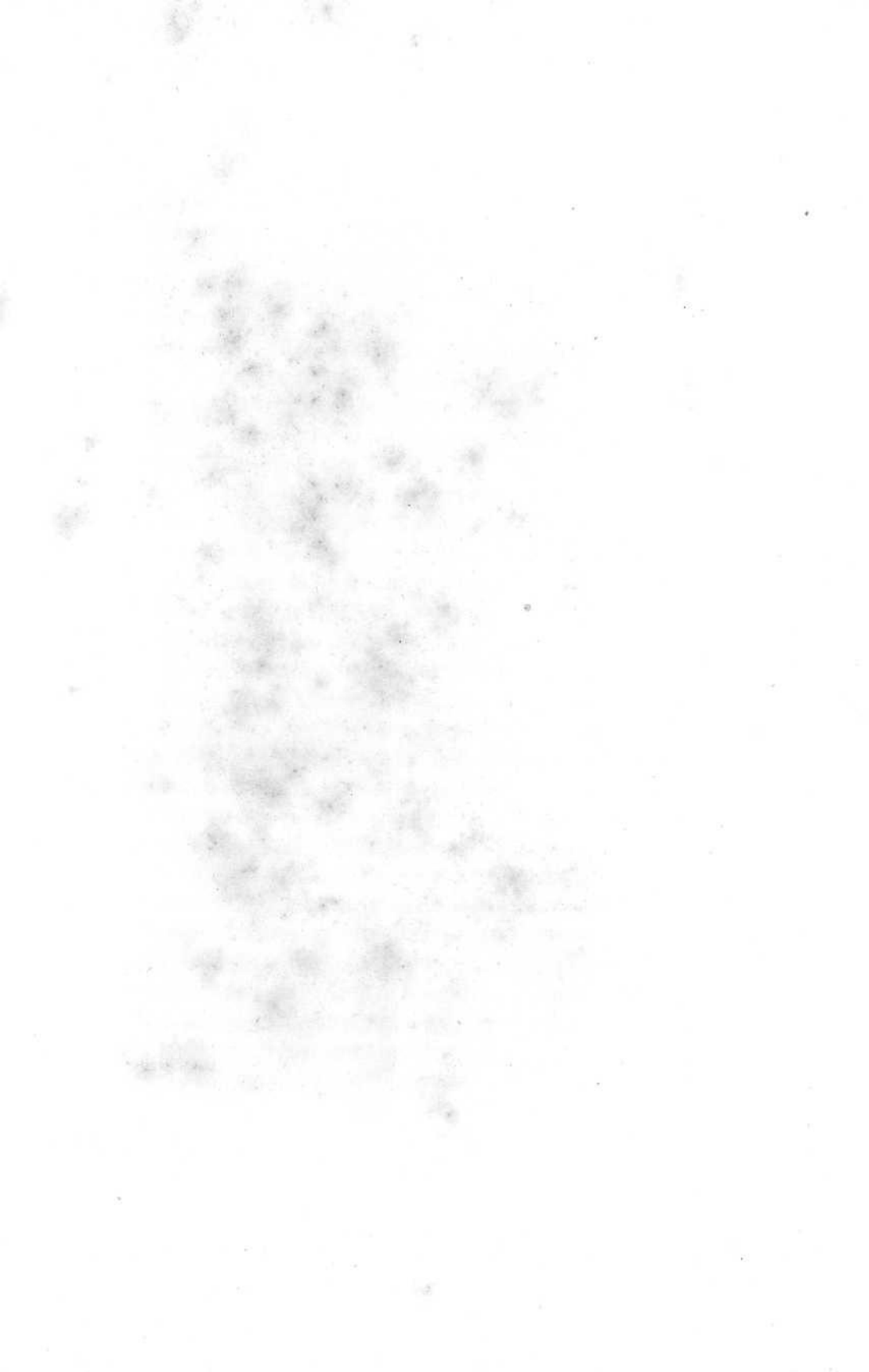
CAPITULO XI.—Apuestos contra Flandes. Cuestion de los moriscos. Piali en el Abruzzo.

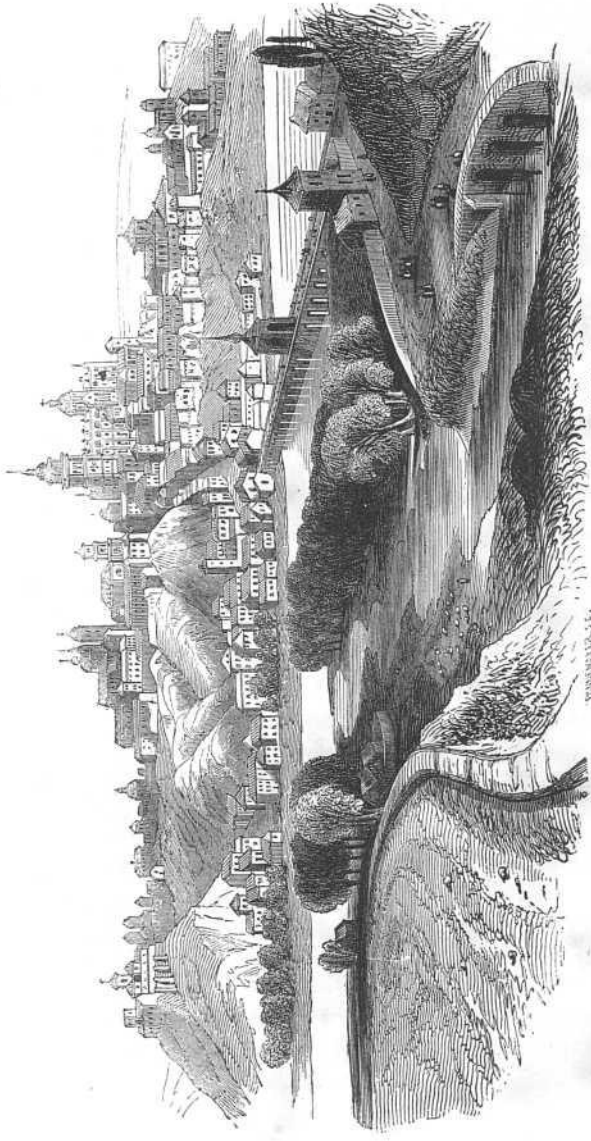
Año 1566.

Desencadenábase en Flandes la borrasca de una manera

espantosa. Formábanse cada dia nuevas ligas para rechazar el santo oficio, y pasando la exaltacion de unos en otros, hasta las mujeres se convertian en atizadoras diciendo que no debian dar al mundo seres humanos para que fuesen entregados vivos á las llamas. Reunidos en Breda los mas ardientes partidarios el dia 25 de marzo, determinaron ir en persona á presentar un memorial de agravios á la princesa gobernadora, residente en Bruselas. Dudó esta si recibiria á los diputados que venian en número de doscientos á caballo; pero el consejo de estado opinó que era conveniente no irritarlos mas en unos momentos en que no podian ser fuertemente reprimidos. Entraron, pues, en Bruselas bien armados, y apeáronse en las casas de compañeros suyos, y luego presentáronse á la gobernadora, arrogantes en las palabras, aunque en el porte y gesto pobres y sumisos. Un cortesano dijo por lo bajo á la princesa, que nada temiese de semejantes geusios ó pordioseros; y ellos, á cuyos oídos llegó, tomaron por timbre el dicterio, y reunidos en banquetes á que concurrieron algunos de los mismos consejeros de estado, determinaron, para halagar á los pequeños, tomar insignias miserables, y llamarse geusios. Alarmada la gobernadora con las ligas, banquetes públicos, y juramentos que hacian los descontentos, determinó enviar á España en clase de diputados al marqués de Berges y al señor de Montigni para que hablasen con el monarca, y le aconsejasen lo mas útil para poner en sosiego aquellas provincias. Adelantóse al de Berges el de Montigni, y se afirma, aunque lo dudan otros, que fué con ánimo de recabar del príncipe don Cárlos que se pusiese á la cabeza de los descontentos de los Países Bajos. Recibióle el monarca con muestras de aprecio; pero, recibida poco despues la nueva

de los grandes desórdenes acaecidos en Flandes , mandó prenderle , y queriendo Berges huir , dispuso que le ahorcasen. Instaba Felipe á su hermana de Flandes á que pusiese en rígida ejecucion los edictos ; pero consultados sus consejeros decian que no era posible , teniendo ya los conjurados repartidas armas para doscientos mil hombres ; y dando esperanzas de benignidad un dia , y echando fieros y amenazas otro , apremiada por Felipe , desconceptuábase la gobernadora , y hacia que el gobierno bambolearse en sus manos , zapado en los cimientos. Vínose muy en breve de las palabras á los hechos. En Bolduc , en Courtray , Ipres , Alost, Rusbec , Menin y muchos otros pueblos , fuéron entrados los templos , destruidas las imágenes como objetos de idolatría , entregados á la profanacion y al saqueo los vasos sagrados , y luego dados los edificios á las llamas. En la misma ciudad de Gante , siendo Egmont gobernador de ella , fuéron allanados los conventos , y las iglesias , se hizo befa y escarnio de las imágenes , y se entregó todo á la destruccion y al fuego. Los de Brujas no quisieron dar entrada á los enviados para sublevar la plebe. En Amberes , el dia de la Asuncion de la Virgen y en los posteriores , hubo una como batalla en el templo , y aunque se puso á salvo en el coro la imagen de aquella augusta Señora , arremetieron con ella y con todas las de la iglesia , las hicieron pedazos , y luego , inflamados los ánimos , se lanzaron los amotinados á reproducir en los demás templos otras no menos repugnantes escenas. La gobernadora escribió á Felipe que era llegado ya el caso de acudir á medios poderosos. Aquellas provincias debian ser conquistadas por las armas , y derramados los tesoros y la sangre de los españoles para aclimatar el santo oficio en lejanas tierras. Formidables fueron los





W. H. STUBBS DEL.

SALAMANCA.

aprestos que hizo Felipe para escarmentar á los flamencos. Dispuso que en Alemania fuesen tomados á sueldo trece mil soldados, los tres mil de caballería, que de Nápoles se sacasen los tercios hasta el número de ocho mil hombres; que en la Lombardia se juntase caballería, y la gente que una alianza con los suizos produjese; y que en la península se hiciesen considerables levadas para trasladar buen número de hombres por Génova y los estados del duque de Saboya al Milanesado, y de él por la Lorena, solicitados pases, á los Países Bajos. Entretanto, reunido consejo, pidió Felipe el dictámen de sus mas allegados. Eran unos de parecer que el monarca fué á Flandes con tropas y lo viese todo por sí mismo; opinó el duque de Alba que el mejor medio en estos casos era llevarlo todo á sangre y fuego; y como habia dado pruebas de que era capaz de llevar adelante su sistema y ponerle por obra con todos los acompañamientos de la mayor sevicia, eligióle el monarca para que en persona aplicase lo que decia ser infalible medicina.

A la sazón otra borrasca, mas temible todavía, por formarse en el corazón del reino, se levantaba en la hermosa vega de Granada. El arzobispo de esta ciudad, don Pedro Guerrero, se lamentaba continuamente de que los moriscos de su diócesis, si acudian á misa los domingos era solo por no incurrir en multa, pues luego encerrados en sus casas volvian al trabajo; y los viernes hacian sus zalás; bautizaban los hijos, y vueltos á casa los lavaban como para quitarles el bautismo, y los circuncidaban; confesábanse y comulgaban como por mofa; vestian traje de cristianos para acudir al templo á desposarse, mas luego celebraban las bodas á su modo á puerta cerrada con zambras y morisqueatas: en fin, que los moriscos, cristianos solo en el nom-

bre, eran en el corazon moros; dijéronle á esto los caritativos, que la culpa de tener los moriscos el corazon moro, seria de los que debian aplicarse á conocerle, tocarle é imbuirle de sanas doctrinas, y que velase en ello y obraria cuerda y santamente. Pero prefirió atraer sobre aquellos pueblos infelices todas las iras del poder supremo, que debian endurecer sus corazones en vez de ablandarlos. El marqués de Mondejar, capitan general del reino de Granada, recibió órdenes terminantes de hacer ejecutar con el último rigor los edictos contra los moriscos. Quejóse Mondejar de que en asunto de tanta trascendencia se hubiese pasado adelante disponiendo castigos horrendos por sola la instigacion de aquel prelado, sin tomar consejo, nó, como se hizo, de una junta reunida en la córte, sino de los que conocian la índole de aquellos habitantes, y la necesidad de juntar tropas siendo preciso acudir á la fuerza para reducirlos. Por toda respuesta le fueron mandados trescientos hombres, y órden para llevar adelante lo dispuesto. Pero como en la ejecucion tocan los ménos inteligentes las dificultades de una empresa, procuróse que el canónigo Orozco, á quien por su celo caritativo estimaban en mucho los moriscos, tratase con los principales de hacerles admitir á buenas lo que por caminos mas ásperos parecia no muy fácil que de ellos pudiese conseguirse: hizolo Orozco, y le respondieron que en ninguna manera admitirian de buen grado las reformas que se les proponian, de suerte que, vista su acituid, se creyó conveniente elevar á la corte una consulta.

Ya desde el 7 de enero ocupaba la sede pontificia un papa muy virtuoso, que debia su elevacion al esclarecido Cárlos Borromeo. Era conocido con el nombre de cardenal Alejan-

drino, ó sea Miguel Guislerio, obscuro por su nacimiento, pero eminente en caridad, en celo ilustrado, y en talento. No pudo recabar de él Felipe que la causa del arzobispo Carranza quedase en España, ni tampoco el presunto reo, pues el pontífice, con una energía digna de mejores tiempos, mandó destituir al inquisidor general Valdés, y que la causa y la persona de Carranza fuesen trasladadas á Roma. En lo de la persona pudo haber retardo, mas nó engaño; en lo de la causa pudo haber y hubo malicia en el cumplimiento, pues examinado en Roma el proceso, faltaron en él documentos los favorables á Carranza, citados en el contexto como existentes, y que evidentemente habian sido extraídos.

Tratóse por este tiempo de poner á Malta á cubierto de otra nueva tentativa de los turcos, aumentando las fortificaciones y poniéndolas bajo un pié respetable. A la verdad el turco no habia echado en olvido el anterior descalabro, ántes pensaba en tomarse un desquite riguroso; y aunque á la sazón habia encendido la guerra en Hungría, no por esto dejaba de hacer grandes aprestos marítimos que no podian ser dirigidos mas que contra las costas ocupadas por los cristianos en el Mediterráneo. Descargó la tempestad contra el Abruzzo en el reino de Nápoles. Allí Piali surgió con una armada poderosa, y, echada gente en tierra, unos tras otros dió al saqueo y á las llamas diversos pueblos, entre ellos Basto, Francavila, Ortona, Ripa de Cheti, Termole y San Vito, juntando un botín inmenso, y llevándose millares de cautivos. Súpolo el virey de Sicilia, García de Toledo, y fué en busca del turco, reunidas ochenta y cinco galeras bien armadas: pero ya se habia puesto en salvo.

Entrado el verano, y trasladada la corte á Balsain, lu-

gar cercano á Segovia, despues de algunos años de esterilidad, dió á luz la reina Isabel, á dia 12 de agosto, una niña, á quien se llamó Isabel del nombre de su madre, Clara del santo del dia en que nació, y Eugenia por ser su madre muy devota de San Eugenio. Fuerte competencia medió entre el obispo de Segovia y el arzobispo de Santiago, capellan del rey, acerca de quién tendria la honra de bautizar á la infanta; pero Felipe cortó la disputa haciendo que la bautizase el nuncio pontificio. Fueron padrinos el príncipe don Carlos, y doña Juana, hermana del monarca. Dábanse por entonces providencias oportunas, ya para la reforma de los conventos, á fin de que no se hallase relajacion y desórden en donde debian albergarse las virtudes, y ya tambien para impedir que el tiempo y el mal cuidado consumiesen los papeles de público interés, mandando construir en la fortaleza de Simancas unas salas á propósito para conservarlas.

En Sevilla reinó una general sequía que trajo muy apesadumbradas á las gentes. En Barcelona, á la plaga de la peste habia sucedido el recelo de incursiones de los moros, y se juzgó conveniente levantar en la misma boca del Llobregat una torre que sirviese de atalaya y de defensa.

Las islas Filipinas se iban poblando y prometian un porvenir risueño.

En el Perú, Enrique Garcés descubria las ricas minas de azogue de Guancabelica, mientras en Lima se trabajaba para establecer la casa de la moneda. De manera que sin las tristes cuestiones, en mal hora y con sobras de imprudencia promovidas, de Flandes y de los moriscos de Granada, la España descargada del peso de unas guerras interminables y arruinadoras, caminaba majestuosa, aunque en sus

movimientos comprimida, por una senda de adelantamientos sólidos.

En la Florida hacia Pedro Menendez continuas entradas, procurando destruir entre aquellos naturales las semillas del luteranismo que en ellos habian sembrado los franceses. Tuvo noticias de un cacique que tomó el nombre de Cárlos, por ser á su ver muy significativo de grandeza y poderío, habiéndole llevado un gran monarca. Adelantóse hasta las provincias de Orista ó Santa Elena, cincuenta leguas distantes de San Mateo ó la Carolina. Dió con el cacique Cárlos, receloso al principio, pero que luego le recibió bien. Quiso el cacique que tomase en matrimonio á una hermana suya, á quien Menendez vistió á la española, bautizó llamándola Antonia, y envió á la Habana para que allí la instruyesen separada de su lado, pues Menendez era ya casado. Maravilló mucho á los indios leyendo alabanzas de ellos, pues creían que el papel era un poder mágico que le decia lo que iba recitando. Encargóles que venerasen una cruz, símbolo del Dios de los cristianos: y mantúvolos unas horas embobados con el sonido de una música que no se cansaban de oír y que les parecia prodigiosa. Supo Menendez que los soldados que habia dejado en los fuertes de San Agustin y San Mateo andaban entre sí y con los indios revueltos en continuas luchas, y que además los diezmaron cruelmente las enfermedades del país, ántes de saber que la raíz del sasafrás rajada y cocida, y bebida la infusion, era contra ellas un remedio excelente. En vano procuró, mientras no le llegaban mas fuerzas y vituallas, calmar las alteraciones promovidas por el hambre. Fuése á Guale, en donde habian estado ya los franceses, y cuyo cacique sostenia guerra con los indios de Orista. Procuró imbuirle

ideas de paz , y recabó de él que le entregase dos indios cristianos que tenia prisioneros , y que de esta manera haria paces entre él y los de Santa Elena ; conseguido el objeto , llevóselos á Orista , y presentólos al cacique de la nueva tribu. Hízole el cacique oristiano una proposicion singular , y fué que hacia muchos meses que no llovía en aquellas tierras , y que obtuviese de su Dios una lluvia abundante , y toda la tribu se haria cristiana. Respondióle algo confuso Menendez , que era menester hacer muchas obras buenas para que los maizales y demás sementeras prosperasen , por lo que pedía que las hiciese , y oyese la voz de los misioneros. Arrodilláronse los indios delante de una cruz ; y tuvo la buena suerte Menendez de salir airoso del apuro , pues una abundante lluvia satisfizo los deseos de los indios , y puso entre ellos en muy alta opinion á los cristianos , á quienes dejaron levantar el fuerte de San Felipe. Otros reconocimientos y entradas en el país hizo Menendez , hasta que supo que de Francia habia salido , sin anuencia manifiesta de la regenta , aunque sí recatada , una armada compuesta de veinte y siete velas y seis mil hombres , dividida en tres escuadras , para acabar con los establecimientos de los españoles en la Florida. Pero entonces recibió Menendez la armada de refuerzo , con tropas aguerridas , que el año anterior le habia sido anunciada ; y tambien tuvo orden de poner en estado de defensa las Antillas , por si los luteranos franceses llevaban contra ellas algun designio. Hízolo , y dispuso y abasteció los fuertes de aquellas costas , preparándose para cualquier evento. A la india Antonia , ya bautizada é instruida , devolvióla intacta al cacique que se la habia entregado , y la hizo muchísimos regalos.

CAPITULO XII.—Pasa á Flandes el duque de Alba. El príncipe don Carlos. Continua agriada ya, la cuestion de los moriscos. Año 1567.

La gobernadora de Flandes, apurados todos los medios para hacer mudar de dictámen al rey su hermano, mandó que de ninguna manera fuése en aquellas provincias tolerado el protestantismo. Por tanto, ayudada de los mismos señores, poco ántes remisos y aun hostiles, hizo batir y luego ocupar la ciudad de Valenciennes, redujo á la obediencia á los de Maestrich; y á los predicadores luteranos, que pudo haber á manos, condenólos al último suplicio. Rotas las hostilidades, y concertados entre sí los flamencos, parecióles que debían ocupar alguna plaza fuerte de donde concentrados partiesen sus esfuerzos: entraron en Bolduc, en Amsterdam, y en Vosterveel, y dueños de ellas no dudaron en salir á campaña. Necesariamente no podían sostenerla, contra tropas aguerridas, unas compañías recién formadas y compuestas de gente bisoña; por lo que llevaron dos derrotas, una cerca de Valenciennes y otra casi junto á los muros de Amberes: y como al mismo tiempo se supo que el duque de Alba se adelantaba con un ejército numeroso y aguerrido, hubo en la comarca una dispersion espantosa. Emigraban las familias á millares, como en los dias de las grandes irrupciones de los bárbaros; y ántes que ser esclavas, prefirieron mas de cien mil personas buscar asilo en extrañas tierras. No eran luteranos solamente los que huían; eran católicos los mas que no querían vivir bajo una dominacion que quebrantaba las públicas costumbres, conculcaba los antiguos usos, y establecía con el hierro á la vez leyes y creencias. Si alguna nacion en el mundo ha sido digna de llamarse independiente, es seguramente la

que en los Países Bajos tuvo la audacia de echar el guante á una nacion valiente , cuando estaba en su mayor auge , regida por un monarca inflexible , y defendida por los mejores soldados del mundo acaudillados por capitanes de la mas encumbrada nombradía.

Contábase en su número el duque de Alba , caudillo que si á sus grandes talentos militares hubiese podido enlazar y unir las dotes de hombre de gobierno , fué debate reputado por uno de los españoles mas ilustres de que hablan nuestros anales. A dia 17 de mayo salió de Cartagena con treinta y siete galeras llenas de gente aguerrida , al mismo tiempo que Doria con otras recogia en Tarragona las compañías levantadas en Cataluña. La gente toda desembarcó en Génova. Alba lo hizo en Niza , pues iba ya achacoso de la gota , y pasó por tierra á juntarse con las tropas , y cruzar con ellas los estados del duque de Saboya. En el Milanesado aumentó su ejército con nueve mil infantes y cerca de dos mil caballos; y á 2 de junio se puso en marcha para pasar los Alpes, atravesar la Borgoña , y entrar por la Lorena en el Luxemburgo. Su ejército fué en todas partes alabado con un modelo de subordinacion y disciplina ; no hubo quejas de que un solo soldado se desbandase , ni de que nadie diese á los habitantes el menor motivo de queja : la voz del caudillo era la única que allí resonaba acatada , y capaz de convertir en un torrente impetuoso aquella majestad entonces admirada. En Lovaina se avistó el duque con la gobernadora , enseñóla los amplios poderes que llevaba , de que no recibió ella gran contento , y supo el estado de las cosas. Los primeros conatos de rebelion estaban sofocados ; Amberes ocupada ; y los sublevados habian buscado en los estados alemanes un asilo. De Alemania habian entrado las tropas que allí se

habian tomado á sueldo , de manera que al duque de Alba nada le quedaba por hacer tocante á la guerra , y si los negocios civiles quedaban reservados para la gobernadora , todo desde aquel momento eran ya disposiciones de gobierno que debian ser tomadas. Pero Alba manifestó á la gobernadora que aun para este caso llevaba marcados poderes, y escritas instrucciones , que le enseñó ; y preguntándole ella si todavía guardaba otras de reserva , díjola que sí y que en su caso las enseñaria : y oyéndole y viéndole pasar adelante en obrar sin consultarla , desechada Margarita escribió al monarca que le permitiese abandonar un gobierno en donde ya ni sombra era de gobernadora. El duque entró en Bruselas con sus tropas , y saliendo á saludarle Egmont y Horn , recibíólos bien , como Felipe habia recibido en España al primero , con la esperanza de atraer en el lazo al príncipe de Orange : pero este hermanaba con las prendas de un soldado la astucia de un diplomático , y supo mantenerse á tal distancia del duque , que no pudo ser habido. Visto lo cual , parecióle á Alba que era ya llegado el caso de publicar todos sus poderes. Resumíanse todos ellos en una sola palabra , la de exterminio. Felipe y su general no tenian devocion á los ángeles de la ternura , de la compasion , y de las lágrimas consoladoras : á los exterminadores solamente demandaban inspiraciones terribles. Dase principio á las prisiones ; Straelio y Bracheleel son arrestados ; Egmont y Horn , al salir del consejo de estado , son presos y conducidos á Gante : «Si me prende Alba para matarme, dijo Egmont , no faltará quien me vengue. » Y á la verdad que si no hubiese habido gérmén de sublevacion en Flandes, los actos atroces del duque de Alba eran capaces de hacerla brotar de las mismas piedras. El príncipe de Orange fué

llamado por edictos públicos, como reo de estado, y respondió haciendo levas de gente en Alemania y en Francia. A los habitantes de Amberes obligóles el duque á renovar las imágenes que en los templos habian sido destrozadas, y á levantar una ciudadela y fortificaciones que fuésen el padron de su servidumbre. De esta manera la política de Felipe y la de Alba, apagada ya la hoguera de la sublevacion, revolviéron y ventearon sus cenizas hasta conseguir que brotasen nuevas chispas que inflamasen otra vez los ánimos caidos.

Por este tiempo nació en Madrid, á dia 10 de octubre, la infanta doña Catalina. Pero el monarca tenia cerrado el corazon á las domésticas alegrías. Traíale lleno de pesadumbres el príncipe don Carlos. Desde la caída de Alcalá, de resultas de la cual el médico Andrés Basil habia tenido que abrirle el cráneo, para dar salida á mucha podredumbre, habian tomado mayor intensidad las dolencias y los arrebatos á que estaba ya sujeto aquel mancebo. Habia tenido la desgracia de no conocer á una madre tierna, que diese animacion y ensanche á su corazon, al mismo tiempo que luces á su mente; y léjos de su abuelo, y aun durante mucho tiempo de su padre, entregado á profesores y ayos, sus defectos habian crecido sin que nadie les aplicase un correctivo; y las buenas cualidades, cuyo gérmen, mas ó menos recóndito, en todos nosotros existe, en vez de desarrollarse se secaron. Si le llevaban de la caza gazapillos, entreteníase en verlos palpitar y fenecer. A sus criados tratábalos mal de obra y de palabra, y en sus arrebatos rompía y destrozaba el rico ajuar de su vivienda. Esto al principio pareció gracia, y muestra de energía; mas luego se vió ser la sevicia, que todavía no sabia tomar las máscaras acos-

tumbradas. Cuando en Toledo fué jurado por sucesor de la corona, insultó al duque de Alba porque no habia acudido á tiempo á rendirle homenaje: y aunque Felipe le mandó despues que le diese disculpas, ya no pudo correr con él amistosamente. Costóle mucho trabajo aprender la lectura y la escritura; y aun las pocas cartas que de él han quedado, prueban que no coordinaba sus ideas; era endeble, flaco, enfermizo, propenso á vivos dolores de cabeza. A su ayo, hermano del duque de Alba, tratóle tan mal un dia, paseando con él en el bosque de Ateca, que le obligó á huirse á Madrid, y hacer dimision de su destino. Al príncipe de Eboli, que sucedió á aquel en el empleo, faltábale continuamente al respeto, á pesar de su edad y de sus dignidades; á los criados que le servian dábales de bofetones al mas lijero descuido en que cayesen; á su gentilhombre de cámara, don Álvaro de Córdoba, porque no oyó la campanilla, ó tardó en presentársele, fuése á él furioso, levantándose de la cama, y forcejeó para arrojarle por una ventana, y lo hiciera á no haber acudido los criados, y avisado al rey, quien tomó para su cámara á don Alonso. No trataba mejor que á los hombres á los animales. Al mejor caballo de regalo de su padre, le tomó para sí, y en pocos dias dió de él tan buena cuenta, que murió de fatiga. Son muchos los actos que no es posible poner en duda, y que demuestran que el desgraciado príncipe no estaba en el lleno de todas sus facultades mentales. A un oficial que acababa de hacerle unos botines, que le venian estrechos, se los hizo tragar divididos en mil pedazos. Salia de noche, desarreglado é indómito en sus costumbres, para entregarse á placeres vergonzosos; y en una de ellas, porque de una casa le echaron inadvertidamente agua no muy limpia,

mandó á un guardia que fué á pegarla fuego y á degollar á sus moradores; por fortuna tuvo el enviado bastante travesura para volver diciendo que habia entrado en aquella habitacion el Viático, y le habia sido fuerza retirarse. Al presidente del consejo de Castilla don Diego de Espinosa, porque desterró de la córte al cómico Cisneros en ocasion en que debia representar en el cuarto del príncipe, buscóle puñal en mano, é insultóle diciendo: «Curilla, ¿os atreveis á mí no dejando venir á Cisneros? Pues por vida de mi padre que os he de matar;» y lo hiciera á no interponerse los grandes, y á no arrodillarse Espinosa, y pedirle perdones. Sentia el príncipe una impaciencia grande por entrar á ejercer el mando; y conociendo que al lado de su inflexible padre no podia esperar que se trocasen en poder sus sujeciones, deseaba trasladarse á Alemania para contraer allí matrimonio con su prima Ana, hija del emperador Maximiliano. Parecíale que su padre ponía retardos en este matrimonio proyectado; y odiaba de muerte á los que rodeaban al monarca, creyendo que le daban contra él consejos hostiles. Revolviendo en su mente tales pensamientos, formó el de pasar á Flandes, y llevar adelante su casamiento y sus miras de independencia ayudado de los descontentos de aquellas provincias. Los pasos que con este motivo dió, y lo poco que los cautelaba, llevaron al patíbulo al señor de Montigny, y acabaron en una cárcel con los dias del marqués de Berges. Y cuando supo que á Flandes iba con plenísimos poderes como á rey el duque de Alba, encendióse tanto en ira, que, al despedirse de él aquel gefe, le dijo que aquella jornada no pertenecia sino al heredero del trono, y queriendo el de Alba amansarle, no lo pudo conseguir, ántes le asestó una daga, diciéndole que iba á atravesarle el

pecho. Paró el golpe Alba, y para que no secundara abrazóse con él y levantó la voz hasta que vió entrar á los gentil hombres de la cámara. Era en suma tan arrebatado de ánimo el príncipe, que el nuncio apostólico escribió á Roma, pintando su carácter, y dijo que era soberbio, lleno de crueldad y de fiereza, débil de entendimiento, malo de corazon, y no enteramente libre de mentales enajenaciones. Por medio de su ayuda de cámara Garci Álvarez Osorio envió á pedir dinero á muchos caballeros, diciendo que necesitaba mas de medio millon de ducados para una grande empresa, sin decir cuál era. Algunos no se atrevieron á negarle lo que pedia, pero casi todos le respondieron, que lo hacian con tal que no intentase cosa que contra el rey su padre fuese encaminada, con lo que venian á creerle capaz de intentarla. Éralo en efecto; no porque á serlo le arrastrase el fabuloso amor que algunos han supuesto que tenia á su propia madrastra, sino porque su natural ferocidad, mal contenida, pugnaba por derramarse apoderada del supremo mando. Su padre era para él un estorbo. El dia 27 de diciembre preparáronse en Madrid para ganar un jubileo concedido por el pontífice. Confesóse el príncipe con fray Diego de Chaves y le fué negada la absolucion; llamó á otros religiosos, y tambien se la negaron; con lo que pidió al prior fray Juan de Tobar que al ménos para evitar escándalos le diese delante de la córte una hostia no consagrada. Alborotáronse los religiosos al oirle, y les pareció que el príncipe era un demente, ó un ser sumamente peligroso. Decíales á todos que no estaria tranquilo hasta haber dado muerte á un hombre, y cuando le pedian que le perdonase, respondia que le era imposible: y sin embargo, instaba para que le absolviesen, ó de nó, para que salva-

sen las apariencias de una manera extraña y capciosa. Llamóle aparte fray Juan de Tobar, y le dijo que le revelase el nombre de aquel á quien queria dar muerte, que tal vez así podria dispensársele algo. Entónces se escapó de los labios del príncipe la revelacion terrible, y dijo que era su padre. Contúvose el prior, y le dijo: «¿Pero vuestra alteza por sí solo le ha de matar, ó de quién piensa ayudarse?» Pero nada pudo recabar de él, y dejóle para ir á dar parte al monarca, residente por entonces en el Escorial. Manifestó el príncipe sus planes á don Juan de Austria, probando á ponerle de su parte, pero don Juan hizo lo mismo que sucesivamente habian estado haciendo los caballeros, los religiosos, y todos cuantos habian experimentado el carácter de don Cárlos, que fué dar inmediatamente parte de todo á Felipe. Éste, que no procedia con precipitacion en sus negocios, y cuyas sevicias no eran iracundas, sino reflexivas, consultó el caso con juristas y teólogos distinguidos, entre ellos al doctor navarro don Martin de Alpizcuenta, famoso por la defensa del arzobispo Carranza en que puso en muy alto punto la inocencia del acusado, y fueron todos de parecer que era llegado el caso de poner remedio á tan graves males. Pasaba esto á fines del año. Y ya que al paso hemos hablado del arzobispo Carranza, á quien Natal Alejandro llama varon religiosísimo inicuaente atropellado por el santo oficio ibérico, no será fuera de sazón añadir que á fines de abril habia llegado á Roma implorando justicia de sus rectos y naturales jueces.

Con ser tan graves los cuidados que acabamos de transcribir, no les iba en zaga por lo peligrosa la cuestion con los moriscos promovida. No bien se hizo público el edicto contra ellos sancionado, cuando se juntaron por los pueblos

en corrillos , y á una voz clamaron que sin duda traian engañado al monarca , pues de otra suerte no fulminara tales leyes ; por lo que eligieron á Francisco Nuñez Muley , hombre experimentado , hábil y mañoso , para que representase y dijese lo que habia de verdad en lo que á los moriscos se les imputaba , y en su repugnancia á obedecer lo que les parecia injusto y vejatorio. Hízolo Muley , y ante el presidente desmenuzó el edicto para probar la razon que á los moriscos asistia. Díjole que , tocante á los vestidos , ningun hombre de sentido comun puede decir que hagan ó deshagan religion , pues los mismos mahometanos en unas provincias visten un traje y en otras otros , ni mas ni menos que los cristianos de diversas regiones y comarcas ; y que en la misma Turquía eran tolerados millones de cristianos sin obligarles á mudar de traje ; por lo que tenian por vejatorio é injusto este artículo , que les obligaba á hacer grandes gastos , y mas tocando en las mujeres , dignas de respeto , y que si andaban con la faz cubierta era por recato , como tambien en muchas partes de Castilla se estilaba. Respecto á las músicas y zambras dijo ser tan ajenas de significar religion , sino únicamente expansiones del pecho y alegrías , que los mismos curas y los obispos no se desdeñaban de que les saliesen á recibir con ellas. Tocante al idioma árabe , indicó claramente que era una grande aberracion del espíritu vedarle como significativo de islamismo , pues en tal caso equivaldria á decir que los árabes no podrian en ningun tiempo ser cristianos , siendo así que los habia y muchos que lo eran , y nadie podia creer que se desdeñase Dios de oir alabanzas en un idioma capaz de expresar los mas tiernos afectos : y si se decia que los curas no le entendian , bien les estaria el aprenderlo , como apren-

dian el vascuence , para adoctrinar á los vizcaínos. Y de este modo iba desvaneciendo los demás artículos , pues estos eran los capitales ; y llegado á la prohibicion de los baños , dijo que le parecia imposible , que ningun hombre de clara razon dijese , que rechazaba la religion á la limpieza , pues solo por limpieza se tomaban , como entre los pueblos mas cultos , nó con indecencia salvaje al aire libre y en la playa , sino con recato , en retretes resguardados , separados los hombres de las mujeres , sin mezcla de ceremonias religiosas , pues hasta entonces nadie habia probado que en los baños se hiciese nada que repugnase al catolicismo. Respondió el presidente que lo pesaria , y representaria al monarca. Los moriscos dieron entonces cuantos pasos les sugirió el deseo de evitar alteraciones para que en la córte les fuese hecha justicia. Escribieron al marqués de Mondejar , y diputaron á don Juan Enriquez para que instasen vivamente á su favor ante el soberano. Mondejar , Enriquez , y don Antonio de Toledo , prior de Leon , hicieron presente al monarca que atendiese mucho á aquel negocio , pues los moriscos estaban puestos ya en el último linde de las vejaciones , y que era necesario permitirles una respiracion mas sosegada , ó bien acabar con ellos por las armas si esto parecia conveniente en aquellos tiempos ya harto borrascosos. Á lo que respondió el monarca que el guante estaba ya echado , y que la pragmática debia ser llevada á entero cumplimiento ; que fué decir que se preparasen muchos caballeros á la muerte , porque así convenia á su servicio.

En Lima fué establecida este ano definitivamente la casa de la moneda. Fueron asimismo instalados los jesuitas.

En la Florida continuaba Menendez recorriendo las costas , impidiendo que en ellas surgiesen los corsarios france-

ses, y haciendo entradas en el país para reconocerle. Descubrió la tribu de Tocobaga, en donde dejó una casa fuerte como otras que había levantado en Is, en Tequesta y en Cárlos, puso refuerzos y víveres en los fuertes de San Felipe, de San Agustín y San Mateo, sosegó á los indios que le decían que tenía dos corazones, uno para ellos y otro para sus enemigos, y se vino á España para activar desde la córte nuevos armamentos, dado que si hasta entonces había burlado los planes de los franceses y de sus expedicionarios, ya se sabía que un tal Gourgues de Mont-Marsan había armado tres bajeles, embarcado en ellos doscientos hombres, entrado en la Florida, y puéstose de acuerdo con algunas tribus de indios para hacer á los españoles una guerra á muerte. El sasafrás de la Florida se trajo este año á Sevilla para cultivarle. También fué descubierta en aquellas tierras una raíz, semejante á la galanga, muy medicinal, larga, á modo de sartas de cuentas, pues cortada una porción quedaba redonda, negra por fuera, blanca por dentro, seca, fuerte y de corteza dura. La yerba daba tallos cortos, ramas rastreras, hojas anchas de un verde subido: crecía en sitios húmedos, y era excelente específico contra el dolor de ijada y mal de orina, pues hacía arrojar las piedras aunque fuesen muy grandes. Á sus raíces, llevadas á modo de cuentas de rosario, llamaron de Santa Elena.

CAPITULO XIII.—Prision y muerte del príncipe don Cárlos. Muerte de la reina Isabel de la Paz. Lo que de estas muertes se opina. Crueldades del duque de Alba: rebelion de Flandes. Edicto en que se provoca á los moriscos: rebelion de los mismos. Año 1568.

Garci Álvarez Osorio había vuelto de Sevilla con ménos desaliento que de otras partes, pues trajo al príncipe don Cárlos ciento cincuenta mil ducados, y además la promesa

de que en pólizas le mandarían á donde dijese hasta los seiscientos mil que deseaba. Con la nueva fué al Retamar para manifestar á don Juan de Austria las esperanzas que tenia de poder efectuar muy luego su viaje; y recibidas de su tío natural esperanzas de que le acompañaría, volvió á Madrid y mandó á don Ramon de Tasis, correo mayor, que tuviese á su disposicion ocho caballos. Tasis le respondió que no podia darle caballos porque todos servian aquel dia; y como el príncipe secundase la órden, sacó Tasis todos los caballos y fuese á dar parte el rey. Tambien se lo dió Diego de Córdoba, á cuya mujer confió el caso el confesor de Carlos, Diego de Chaves. Sábado, dia 17 de enero, llegó el monarca á Madrid, y al otro dia fué á misa con el príncipe y sus primos alemanes Ernesto y Rodulfo. Dice una relacion de aquellos tiempos que don Juan fué muy triste á ver á su sobrino, quien le recibió de modo que le obligó á empuñar la espada para defenderse; y dando voces el austriaco vinieron criados y los separaron. Despechado echóse el príncipe en la cama, y no se levantó hasta las seis, en que puesta una ropa larga cenó, y antes que diesen las diez volvió á acostarse. No habia transcurrido una hora, cuando bajó Felipe con casco y armado por debajo, seguido del duque de Feria, capitan de guardias reales, y de don Antonio de Toledo, hermano del duque de Alba: y llegados á la recámara del príncipe, al ruido dijo este: «Quién está ahí?»—El consejo de estado, le respondieron el de Feria y Toledo llegándose á la cama y tomando al príncipe la espada, la daga y arcabuz cargado con balas. Y como el príncipe se levantase, intentando echar mano de las armas, entró su padre.—«Qué me quiere vuestra majestad?» preguntóle don Carlos.—«Ahora lo vereis», respondió el pa-

dre. Hizo clavar Felipe las puertas y las ventanas, y mandó á su hijo que no se moviese hasta que otra cosa le fué mandada. Al duque de Feria díjole, que se encargase del príncipe y le tuviese y guardase. A don Luis Quijada, á don Rodrigo de Mendoza y al conde de Lerma, que tambien habian acudido á cierta distancia, díjoles que sirviesen y regalasen al príncipe con tal que no hiciesen nada de cuanto les mandase sin darle á él parte primero; y que le guardasen bien bajo pena de traidores.—«Máteme vuestra majestad, dijo el príncipe, y no me prenda, pues será grande escándalo para el reino, y sino yo me mataré.»—Respondióle Felipe que no hiciese tal, porque era cosa de locos. Y repuso el príncipe:—«No lo haré como loco sino como desesperado, pues vuestra majestad me trata mal.»—Otras razones pasaron, pero el rey salió; y el duque de Feria, tomadas las llaves de las puertas, despedidos todos los ayudas de cámara y demás criados del príncipe, puso en el retrete cuatro monteros y cuatro alabarderos, y en la otra puerta otros ocho hombres; los escritorios y los cofres del príncipe se subieron al rey; velaron desde este día dos caballeros que cada seis horas se relevaban, sucediéndose en el cargo, además de los mencionados que asistieron á su captura, Juan de Borja, Rodrigo de Benavides, Gonzalo Chacon, Francisco Manrique, don Juan Velasco y don Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli. La comida se le entraba partida, sin cuchillo. Ni misa se dijo hasta pasado un mes y medio, que fué día de la Candelaria, que desde entonces la hubo. Terminado el acto el lunes, 19 de enero, juntó el rey todos los consejos, y dicen que con lágrimas dió cuenta á todos de la prision ejecutada, por convenir, les dijo, al servicio de Dios y de la monarquía. Al otro

dia , que fué mártes , 20 , tuvo reunido ocho horas el consejo de estado. Abrióse informacion siendo secretario don Pedro del Hoyo y asistiendo el rey al exámen de los testigos ; la reina y la princesa doña Juana lloraban , don Juan se presentó de luto , pero el rey le riñó y mandóle que vistiese como ántes. A los pocos dias fuése el monarca para ir á activar en el Escorial sus obras favoritas.

Un suceso de tanto bulto llenó de asombro á la córte y á todos los pueblos. Unos le tomaban á mala parte , otros le aplaudian , y todos le reputaban misterioso. Participóle el rey á muchos monarcas y á todas las ciudades. Es conveniente leer y pesar la carta que á estas les fué dirigida , que dice así : «Habiendo nos mandado recoger la persona del serenísimo príncipe don Cárlos nuestro hijo en un aposento señalado en nuestro palacio , y puesto tan diferente órden en su servicio, gobierno y trato, siendo esta mudanza de la calidad que es, nos ha parecido hacéroslo saber, para que entendais lo que se ha hecho , y que la determinacion que en esto habemos tomado , ha sido sobre fundamento tan justo y por causas tan urgentes y precisas , que cumpliendo con la obligacion que tenemos , no lo habemos podido excusar el tomar este medio , teniendo como tenemos por cierto , que será el mas conveniente al servicio de nuestro Señor y beneficio público ; y no embargante el dolor y sentimiento que con el de padre podreis bien considerar tenemos de este caso , habemos querido preferir el satisfacer á la obligacion en que Dios nos puso , por lo que toca á su servicio y al dicho bien público de estos reinos , y súbditos vasallos de ellos ; y porque á su tiempo y cuando sea necesario entenderéis mas en particular las dichas causas y razones de esta nuestra determinacion , por ahora no hay mas

que advertiros.» Las ciudades contestaron no diciendo nada; nó así los príncipes. El emperador Maximiliano intercedió en favor del príncipe, y envió para ello al archiduque Carlos, con instrucciones al mismo tiempo para que solicitase mas humanidad en favor de los flamencos, y la destitucion del duque de Alba, pues temia que las crueldades de este gefe inflexible promoviesen en aquellas provincias una guerra interminable. Todo fué inútil; ni el príncipe obtuvo alivio, ni en lo de Flandes se dió un paso atrás, ántes contestó Felipe, que lo que se hacia allá era poco para restablecer completamente el catolicismo en los Países Bajos. La carta del monarca á las ciudades revelaba bien á las claras que á don Carlos se le estaba formando sumaria, pues no admiten otro sentido las palabras de que «á su tiempo y cuando sea necesario» sabrán las ciudades todas las causas y razones. No las supieron. No llegó el tiempo ni la necesidad de dar sentencia ni de ejecutarla, ó á lo ménos de publicarla. El velo del misterio cubre las verdaderas causas, tanto mas cuanto los historiadores españoles debieron encubrir la frase al mencionar estos hechos, ó únicamente dijeron lo que á los potentados les convenia. Cuentan que el desgraciado príncipe, en vez de buscar medios que hiciesen mas llevadero su infortunio, daba rienda suelta á su dolor y á su despecho. Dos dias, dicen unos, once afirman otros, se mantuvo sin comer tomando solamente agua de nieve. Su irritacion era tal que recorria su cuerpo un ardor febril que le devoraba; ponía nieve en el calentador y refrescaba así la cama; levantábase y recorria el aposento descalzo y casi desnudo; no se le permitió ver ni á la reina su madrastra ni á su tia doña Juana; dos visitas le hizo su padre, una porque supo que no queria probar alimento, y

le indujo á que lo hiciese ; obedeció , mas fué para arrojarse al extremo contrario , dándose completamente por algunos dias á la destemplanza ; afirmase que por mas ruegos que le fuéron hechos no quiso en ninguna manera cumplir con el precepto de la pascua. El único facultativo que le visitó fué el protomédico Olivares ; y es fama que le entraron al príncipe unas tercianas dobles malignas , una disentería de mal aspecto , y unos vómitos biliosos muy fuertes. Añádese que la sumaria estaba sustanciada en los primeros dias de julio , y que el licenciado Diego Briviesca de Muñatones informó al rey de que la resultancia era de pena capital , pero que el monarca se hallaba en el caso de juzgar si las leyes generales hablaban tambien contra los primogénitos de los reyes ; á lo que respondió el rey que su corazon le aconsejaba la dispensa de la ley , pero que su conciencia le indicaba que la mayor calamidad que podia caer sobre la España , era la de que él la legase un monarca feroz , vicioso , ignorante y sin virtudes ; y que era bien dejar las cosas en aquel estado , en atencion á que los desarreglos del príncipe hacian presagiar su muerte natural , condescendiendo con todos sus apetitos ; y solo era necesario darle á entender que no tenia remedio su mal y que mirase por la salvacion del alma. El presidente Espinosa , recientemente nombrado cardenal , y el príncipe de Eboli , conocidas y pesadas las palabras del monarca , hablaron con el protomédico Olivares , quien á dia 20 de julio recetó una purga que don Carlos tomó y que no hizo efecto , de manera que , juzgada mortal la dolencia , Olivares desahució al enfermo y le dijo que se dispusiese á morir como cristiano. Luis Cabrera en la Historia de Felipe II lo dice así ; y un escritor flamenco , tambien de aquella época , añade que Olivares « le purgó ,

sin buen efecto , mas nó sin órden ni licencia , y que pareció luego mortal el mal. » Flamiano Estrada duda si hubo ó si no hubo fuerza en la muerte del príncipe. Conociendo Cárlos que era llegada su hora , ablandó su condicion enteramente , y el dia 21 de julio recibió los sacramentos , é hizo pedir perdon á su padre , quien se lo dió por medio del confesor que se lo habia pedido. Ni aun así en aquella hora suprema se inmutó nada de todo lo referente á la prision del príncipe ; no le fué dado un público desagravio ; preso entró en la agonía , y estertóreo ya y lívido , fué á verle el monarca , le dió su bendicion sin que la oyese el moribundo , y á las pocas horas espiró á las cuatro de la mañana del dia 24 de julio. La carta dirigida á las ciudades , en que Felipe dió noticia de la muerte del heredero de la corona , es como sigue : « Sabed que el sábado por la noche , que se contaron 24 de julio , fué nuestro Señor servido de llevar para sí al serenísimo príncipe don Cárlos , mi muy caro y muy amado hijo , habiendo recibido tres dias ántes los santos sacramentos con gran devocion : su fin fué tan cristiano , y de tan católico príncipe , que me ha sido muy gran consuelo , por el dolor y sentimiento que de su muerte tengo , pues se debe con razon esperar de su misericordia , le ha llevado para gozar de él perpetuamente ; de que he querido advertiros como es justo , y encargaros que hagais hacer en esa ciudad las honras , obsequias y demostraciones y sentimientoós que en semejantes casos se acostumbran , que en ello me servireis. » Las honras se hicieron con la mayor magnificencia , pues ya Felipe , muerto el príncipe , le llama su hijo muy caro y muy amado , cuando en la carta primera le llamaba simplemente « nuestro hijo. »

A esta muerte , transcurridos dos meses , siguió otra que

ha dado tambien asunto á las plumas para espaciarse. La reina estaba en cinta de cinco meses , y los médicos , á pesar de haber visto que á una esterilidad de seis años habia sucedido la fecundidad , pues en dos años habia dado á luz dos niñas , la dieron en decir que estaba opilada , y rece-tándola purgas y sangrías , obligáronla á malparir un niño: y entrándole luego una fiebre maligna , acabó con ella el dia 3 de octubre.

El vulgo enlazó estas dos muertes , é hizo de ellas un drama terrible. De él han tomado inspiraciones los poetas dándole unos colores que dicen ser tomados de la historia , aunque ningun documento los atestigua. Es verdad que el príncipe de Orange en documentos públicos acusó á Felipe de haber dado la muerte á su hijo y á su esposa , pero no hizo ni pudo hacer de los dos dramas uno solo. Ni Carlos amó á su madrastra , ni era creible que amándola hubiese sido correspondido. Fray Luis de Leon , en el epitafio célebre que hizo para don Carlos , dice , que sus restos dejaron miedo en el corazon , llanto en los ojos. Los escritores españoles contemporáneos no pudieron decir mas de lo que les fué permitido , y si pudieron por rodeos , que escapaban á la perspicacia de los censores , apuntar algun hecho , hicieronlo de tal manera que necesita corolarios. Extendiéronse sin embargo tanto como quisieron en recopilar hechos , que demostrasen que Carlos era feroz y poco ménos que demente : á esto ningun obstáculo opuso la censura. ¿Fuéron publicados con estudio los cargos? ¿se trató de hacer pasar por loco al príncipe para que no se dijese que en él se habia ahogado un gérmen dotado de brios y de entereza , que se mostraba enemigo del órden existente , y que tomaba por cosa de juego las mas santas? Los historia-

dores extranjeros, nó en sus traducciones españolas, sino en los originales, están conformes en que Cárlos murió víctima de las sevicias de su padre. No son protestantes los que admiten esta opinion, son católicos muy respetables. Natal Alejandro, historiador eclesiástico de mucho criterio, menciona la muerte de don Cárlos por veneno y no la contradice. Mezeray, historiador francés acreditado, llama á don Cárlos príncipe intratable y muy peligroso, y dice que su padre le quitó la vida. El Diccionario Histórico de Moreri, en los artículos de Cárlos é Isabel, admite la violencia de entrambas muertes. El mismo Mezeray, hablando de Isabel de la Paz, añade que Felipe la hizo envenenar por celos junto con el fruto de sus entrañas, y que lo comprobó la reina Catalina de Médicis su madre, por medio de informaciones secretas que hizo tomar, y por las deposiciones de los domésticos de aquella señora, tomadas en cuanto volvieron á Francia. ¿Fuéron todo ello puras invenciones? ¿Dió márgen, tocante á don Cárlos, á que se pensase mal de Felipe II, la circunstancia de que este hubiese dicho repetidas veces, que si su hijo fuese culpable de herejía, le entregaria á las llamas? ¿Fué un calumniador el príncipe de Orange? Los lectores en este punto adoptarán la opinion que les parezca consecuente con los hechos, porque en casos dudosos el historiador no es el juez que da el fallo, sino el actuario que instruye el proceso, para que los demás juzguen con completo conocimiento de causa. Es fama que ocho años ántes de su muerte hizo Felipe entregar, cerrado y sin llave, al archivero de Simancas, un cofre verde que contenia una memoria justificativa suya, en lo tocante á la causa formada al príncipe, y asimismo al proceso original, contra él sustanciado.

No bien hubo muerto su tercera esposa , cuando sin esperar que transcurriese un año , pidió Felipe en matrimonio á su sobrina doña Ana de Austria , hija del emperador Maximiliano , y se dieron los pasos oportunos para obtener de Roma la dispensa. Tambien estaba Ana destinada para el infortunado príncipe don Cárlos. A la sazón pasaba á mejor vida el arzobispo Valdés ; la ilustre Teresa de Jesús llevaba adelante la reforma de su religion , y la extendia á los carmelitas descalzos ; y acababan de ser sacados de Huesca , nó sin disgusto de sus moradores , una porción de las reliquias de los Santos Justo y Pastor , para ser depositadas , parte en Alcalá de Henares , y parte reservadas para el Escorial , que se estaba construyendo.

Por este tiempo comenzó á dar de sí las mas brillantes muestras don Juan de Austria. Nombrado general de las galeras destinadas contra los argelinos y los berberiscos , embarcóse en Cartagena , y se hizo á la mar para cruzar por el Mediterráneo , y perseguir en él á los corsarios. Dióle al principio grandes recelos una armada de cien galeras que habia juntado el turco , y se decia iba á caer sobre la Italia , pero muy luego se supo que habia vuelto las proas á Constantinopla. Con veinte y dos galeras comenzó á cruzar don Juan recorriendo las aguas de Málaga , Gibraltar , Cádiz , el Peñon de Velez , y en la costa africana tuvo la fortuna de recobrar de los moros una nave que poco ántes habian apresado , y de tomarles una galeota ; que fué disiparle el apetito para cosas mayores. Visitó los presidios de Oran y de Mazalquivir , el golfo de Valencia , dió vuelta á las Baleares , presentóse á la vista de Barcelona , y fué tomando el liento á los recursos náuticos en medio de las veleidades de los vientos , y de las bravezas de las olas.

Mozo de alma elevada, y de pensamientos grandes, navegando unas veces con todo trazo, otras á vela y remo, ya con viento en popa cerrado, ya á punta de bolina, unas veces con la mar, otras contra viento y marea, bien por derrota y altura, bien al abrigo de la tierra y con la sonda en la mano, hizo buen aprendizaje de lo que es el mando, y debió de conocer cuán lleno de alucinaciones andaba su hermano Felipe cuando á una sola norma queria ajustar la tierra.

En vano le decían al monarca que Flandes no era la España; y que si en la península habia echado hondas raíces el santo oficio, era porque habia aparecido como el natural auxiliar y protector de los cristianos contra los desmanes de los sarracenos: el monarca, aferrado en su tema, que es una enfermedad muy comun en los potentados, respondia que aun Alba andaba remiso en los castigos. Suposicion muy fuera de camino, pues el implacable duque atendia mucho mas á levantar patibulos que á gobernar los pueblos con moderacion y templanza. Habia instituido un tribunal compuesto de doce personas que diariamente llenaban las cárceles, y las vaciaban luego para dar ocupacion al verdugo. Si alguna dilacion se notaba en una sumaria, era para entretenerla con maña, al intento de que la demora fuese como torcedor para negros fines. Y la muerte de centenares de reos no cortaba las tramas de esta obra de exterminio, ántes parecia formar nuevas marañas y laberintos en que iban á perderse, eslabonadas unas de otras, numerosas víctimas de todas condiciones y estados. Á aquellos doce hombres, ávidos de ejecuciones y de carnicería, llamáronlos el tribunal de la sangre; y los pueblos, en vez de mostrarse sumisos ante el terror, huian á bandadas, der-

ramábanse por los bosques, buscaban en los montes un asilo, y juraban tomar venganza de aquel feroz tirano. Los príncipes allegados, vista la torpeza con que el duque, en vez de captarse el amor de los súbditos, inflamaba de cada dia mas sus iras, echaron el sello á su mala voluntad con dar los mas eficaces auxilios á los flamencos oprimidos. Juntábanse estos en donde tenian esperanzas de que se les armase: y sus confidentes esparcian entre ellos órdenes secretas en que se les manifestaba el sitio á donde debian acudir si querian tener patria, y no doblar la cerviz á la coyunda. Algunos, ántes de poder armarse, eran acometidos y destrozados; otros llegaban salvos al punto de reunion, y se entregaban al entusiasmo por ver que ya les era dado respirar con holgura. Luis y Adolfo de Nasau, hermanos del príncipe de Orange, reunido un cuerpo de ejército, entraron en territorio de Croninga, y ocuparon las plazas de Breda, Dinan, y alguna otra. Al momento envió contra ellos el duque de Alba á don Gonzalo de Bracamonte, y al conde de Mega y al de Aremberg con gente escogida. Luis de Nasau atrajo á sí al conde de Aremberg con su gente, hizo ademan de querer cargarle con la caballería, y luego se retiró como temeroso animándole á que le siguiese. Cayó el de Aremberg en el lazo, y metido su cuerpo de tropas en unos cenagales, parte rindió las armas, parte sin poder moverse pereció miserablemente. Encendióse el duque de Alba en ira al saber esta rota tan funesta en los principios de la campaña, y mandó allá con buena infantería al marqués Chapin Viteli, y con mil seiscientos caballos al duque Enrique de Brunswick para contener á los vencedores; mas no se atrevieron con ellos, ántes rehusaron batalla, esperando á que se entibiase el entusiasmo que los animaba. El

único desquite que por el pronto se tomó sin peligro el duque de Alba, fué levantar nuevos cadalsos en Bruselas, é inmolar en ellos á treinta nobles y caballeros, y luego hacer venir de Gante á los condes de Egmont y de Horn, y degollarlos, presenciando la ejecucion y asegurándola algunas compañías de españoles. Desde luego pudo verse el efecto de esta villana venganza. El pueblo en masa, no bien se retiraron las compañías, acudió á mojar pañuelos en la sangre de aquellas víctimas, y los besaba con transporte diciendo que llevaban empapado el honor de los mas esclarecidos mártires: que de esta suerte la ferocidad de un hombre sirvió para crear una nacion independiente. El espíritu público estaba ya formado, y por mas que la guerra tuviese sus vaivenes, Flandes, amamantada en los pechos de los flamencos, y cobrando por momentos en sus corazones mayores brios, existia ya como patria divorciada de los que aspiraban á convertirla de amiga en esclava. Alba tuvo que salir en persona con todo su ejército para hacer frente al conde Luis de Nasau. Viendo este á su contrario, superior en número y en la calidad de las tropas, levantó el cerco que habia puesto á Croninga, cruzó el rio Amasis, y procuró situarse en parajes fuertes por la naturaleza. Pero si el duque de Alba para gobernador era nulo, nó así para geje de un ejército, en cuyo mando era sobresaliente: como si en él el hombre de gobierno no sirviese mas que para enmarañar los negocios, y dar con ello campo al hombre de las lides. De posicion en posicion, sin perder gente, anduvo acosando á Luis de Nasau, llevóle en retirada, y á 19 de julio alcanzóle en Jeminga, cargóle reciamente, entróle y puso en completa dispersion su ejército. Pero como si conociese que esta sonrisa de la fortuna era pasajera, al volver á

Groninga se ocupó en levantar un castillo para asegurarse la posesion de la plaza. Derrotado un hermano, se presenta otro en campaña. En las márgenes del Rhin, auxiliado el príncipe de Orange por los alemanes, habia juntado unos veinte mil hombres, la tercera parte de caballería, y se preparaba para cruzar el Mosa y entrar en Flandes. Aprés-tase el duque para impedirselo; levanta nuevas tropas, coloca las bisoñas en las plazas, pone en campaña las veteranas, en Utrech y en Boisleduc hace alarde de su gente, y toma posicion junto á Maestrich para desconcertar los planes de su enemigo. Diez y seis mil infantes, cinco mil quinientos caballos, y mucha artillería, formaban el ejército del duque de Alba cuando supo que el príncipe de Orange se habia acercado á Carpin, cuatro leguas distante de aquella plaza. Media ba entre ambos ejércitos el Mosa. Orange, para cruzarle, pidió paso al obispo de Lieja; y, no obteniéndole, ayudado de los concedores del país, y puesta la caballería á manera de dique que cortase la rapidez de la corriente, esguazó el rio mas abajo de Maestrich, con asombro del duque de Alba, que creia por aquella parte imposible el paso, aunque habia hecho guardar otros vados reconocidos. Entonces se vió lo que dá de sí el talento de dos grandes generales. Acercábanse los dos caudillos, se observaban, atisbábanse mutuamente, se daban falsas llamadas, hacian amagos con intencion segunda, ofrecia batalla el que ocupaba mejores posiciones, rehusábala el que deseaba mejorarlas, avanzaban, retrocedian, se seguian, trababan escaramuzas, armábanse celadas, y unos y otros las evitaban y huian. En el pueblo de Chase pudo el duque de Alba caer sobre un cuerpo de tropas enemigas y desalojarlas con alguno pérdida. Pero en San Janguay se rehi-

zo Orange recibiendo un refuerzo de tres mil infantes y ochocientos caballos que le llegaba de Francia; y en Binch tomó desquite rechazando y dispersando al mismo cuerpo de tropas españolas que en Chase, bajo el mando de Sancho de Ávila, se le había aventajado. Con todo, no había Orange podido apoderarse de ninguna plaza fuerte para desde ella tomar pié en los Países Bajos, por lo que pensó que no se hallaba en el caso de sostener la campaña en el rigor del invierno, sino que le convenia licenciar sus tropas, y darlas cita y punto de reunion para el año siguiente. Dificil era efectuarlo sin que con la retirada llamara sobre sí los desastres de una fuga; por lo cual tomó de repente la ofensiva con todas sus fuerzas, y cayó sobre el castillo de Cambresis, al que puso cerco y batió con veinte cañones. De esta suerte llamó la atencion del duque de Alba, y atrajo todas sus tropas al socorro de aquel castillo; y viendo el príncipe de Orange libre el paso que deseaba, cruzóle, y por San Quintin entró en Francia, en donde licenciadas las tropas, y repartido el botin sacado de las iglesias y de los conventos miserablemente saqueados, volvióse á su segura guarida, la Alemania. El duque de Alba tomó cuarteles de invierno, satisfecho de haber con la prudencia hecho abandonar el campo á un rival peligroso, dotado de grandes alientos, de mucho saber, y de una sangre fria inalterable en los lances mas difíciles.

Abierta esta lid, y con ella pasto á los ardores bélicos para medio siglo, parecióle á Felipe que aun le sobraban á la monarquía fuerzas bastantes para arrostrar con una nueva lucha, religiosa tambien, encarnizada, y acaso mas llena de inquietudes por su carácter de intestina. El metropolitano de Granada, que no había exprimido de su corazon la

conveniente caridad y ternura para atraer al buen carril por el cariño á sus ambiguos feligreses, mandó á los curas, á tenor de la pragmática por él solicitada, que matriculasen á los hijos de los moriscos desde los cinco á los quince años, á fin de obligarles de buen grado ó sin él á concurrir á las escuelas para aprender en ellas junto con la moral el habla castellana. Parecióles á los moriscos que esto de arrebatár á los hijos de los brazos de sus padres para infundirles contra ellos y sus costumbres desapego, y contra las propias madres desamores, era un yugo mil veces mas penoso que la muerte, y determinaron perecer en la demanda, ó sacudirle. Farax Aben Farax, descendiente de los abencerajes y vecino del Albaizin, Aben-Juagar, vecino de Cadiz, Diego Lopez Abenaboo, residente en Mecina de Bonvaron, y algunos otros que con ellos agenciaban negocios en la chancillería de Granada, con pretexto de la fundacion de un hospital en los afueras de esta ciudad, obtenida licencia del arzobispo y del presidente de la chancillería, enviaron á todos los pueblos de aquel reino algunos comisionados con mision aparente de reunir limosnas, mas en realidad para explorar los ánimos de los moriscos de las Alpujarras, contar los que entre ellos fuesen capaces de manejar las armas, y reconocer al propio tiempo los puertos por donde pudiesen recibir socorros de los berberiscos. Salieron los comisionados, y en cada pueblo, introducidos entre los moriscos mas influyentes, pintábanles con los mas vivos colores el mísero destino que les estaba deparado, arrancados del seno de las madres los hijos, reprobados los usos que les legaran sus mayores, profanado el pudor de sus esposas y de sus hijas, condenados por falta de baños á la suciedad y á la podredumbre, y reducidos en fin, nó al estado de es-

clavos, á quienes al ménos se da habitacion y alimento, y cuyas fuerzas para ser utilizadas son nutridas, sino al de fieras aborrecidas, incesantemente acosadas, y cuyos bellos despojos excitan la codicia. Decíanles que difícilmente podía presentárseles mas propicia coyuntura para sacudir de sí el peso de tanta ignominia, dado que ahora Felipe habia encendido en Flandes una guerra sangrienta, y el turco habia grandes armamentos marítimos contra la España. De esta manera, inflamados los ánimos de los moriscos, ya ninguno dudó en acometer una empresa de la que se prometian ver salir restaurada la antigua libertad perdida: y aumentaba sus brios la circunstancia de que una profecía, entre ellos popularizada, les hacia esperar un dia de reparacion de todos los agravios padecidos. Contáronse los oprimidos, y hallaron ser ochenta y cinco mil familias las empadronadas, y cincuenta mil los hombres capaces de manejar las armas. Enviaron diputados á África en demanda de auxilios, y aunque solo les trajeron buenas esperanzas, determinaron dar de mano al alzamiento con todo el sigilo imaginable. Fijáronle primero para dia de jueves santo, pero aplazáronle, vistas ciertas prevenciones de parte de los cristianos, que indicaban no solo sospechas, sino tambien medidas de represion aventajadas. En la iglesia de San Salvador del Albaizin, el conde de Tendilla, hijo del marqués de Mondejar, arengó desde las gradas del altar mayor á los moriscos reunidos para oír misa, y les indujo á que permaneciesen tranquilos, pues no se trataba de arrebatarles los hijos, sino de imprimir en sus corazones las buenas doctrinas. Esto pasó el dia 5 de abril. En la noche del siguiente vivian tan sobre sí los cristianos de Granada, que cundió entre ellos una grande alarma solo por haberse vis-

to algunas luces en los vecinos campos. El marqués de Mondejar salió apresuradamente de la corte, para fijar en aquella ciudad su asiento y residencia. Ya el cielo se iba encapotando. Los monfies, ó bandidos, que se abrigan en las sierras de las Alpujarras, se hacian mas numerosos, y mas osados. Á los moriscos se les llamaba públicamente infieles á Dios y desleales con el rey; y se les hizo tales. De unos en otros corria entre ellos la voz de que por Navidad debian apoderarse de Granada, y recobrar con ella sus pasadas grandezas. Dos mil hombres de la Vega, al oir dos disparos en la Alhambra, debian acudir contra la ciudad de sus mayores. Ocho mil moriscos debian en una noche cruzar la sierra, tomarla, y pasar á los cristianos por el filo de la espada. Eligen y aclaman por rey á don Fernando de Valor, descendiente de los Abenhumeyas, quien vuelve á tomar el nombre de sus antepasados. Los monfies, con su gefe Pastal, prometen cooperar á la empresa, y en prueba de su fidelidad entregan las cabezas de cincuenta soldados cristianos sorprendidos en Cadiar y degollados. La ciudad de Granada estaba en inminente riesgo de perderse, pues en cuanto apareciesen los moriscos de la otra parte de las sierras, debian los del Albaizin cooperar con ellos y regar las calles con sangre cristiana. Fortuna grande fué para ella que en la noche destinada para el degüello descargase sobre la comarca un recio temporal de viento, agua y nieve; que así se libró de la saña de sus mas implacables enemigos. Solo ciento y ochenta hombres pudieron cruzar la sierra, y penetrar en el Albaizin; pero los moradores de este barrio les dijeron que venian pocos para tanta empresa, y tuvieron que volverse despechados: y como al mismo tiempo los de Granada, aunque oyeron rumor en el

Albaizin , no dispararon ningun tiro , tampoco los de la Vega se movieron , y declinó de sí la ciudad una horrenda catástrofe. El marqués de Mondejar salió en persecucion de los que en el Albaizin habian penetrado , mas se volvió sin haber podido darles alcance. Pero si aquellos moradores se salvaron , nó así los cristianos que habitaban en poblaciones ménos numerosas. Fernando de Valor , ya Abenhumeya , habia dado órden de pasar á cuchillo á todo cristiano de diez años arriba que no abjurase sus creencias , y su órden fué llevada á cabo con extremada sevicia. En Sotujar , en el partido ó Taa de Poqueira , en Burboron , Conchar , Ferreira , Portugus , Mecina de Fondales , Pitres , Jubiles , Narila , Alcutar , Aleugerio de Berchul , Berchul , Mecina de Bonvaron , Yequen , Zator , Valor alto y bajo , Taas de Cheles , Jorairata , Murtas , Laroles , Bayarcal , Jopron , Canjayar , Iniza y muchos otros pueblos , las casas de los cristianos fuéron saqueadas , allanadas las iglesias , destrozadas las imágenes , pisada la Eucaristía , y dados al fuego , á la abominacion y las profanaciones los objetos del culto. Casi en todas partes , despavoridos los cristianos acudian á los templos ó se hacian fuertes en las torres de los mismos ; y en ellos , acometidos con hierro y fuego , si no se entregaban perecian en las llamas , y si se rendian mandábaseles abjurar , y por no hacerlo sufrían el martirio. Los que tenían fuertes rescates que dar , eran por el pronto perdonados : las doncellas eran á un degradante cautiverio reducidas. Los curas , los beneficiados y los sacristanes , ántes de acabar con ellos , eran cruelmente apostrofados diciéndoles que porqué no llamaban á su Dios , y que ya no tendrían poder para imponerles multas si no acudian á la misa , ni irían á sus casas á sacar de ellas los hijos de sus

entrañas. Muchos centenares de cristianos perecieron con ánimo esforzado, entre ellos Baltasar de Torres, Gerónimo de Mesa y su anciana madre, Francisco Cerbilla, Juan Palomo, algunos niños, entre ellos Gonzalo de Valcazar de once años, y Melchor de trece, los cuales á sus mismos verdugos asombraron. En Mairena, Nechit, Dalias y Lanjaron, fuéron horrendas las atrocidades cometidas con los sacerdotes y con todos los cristianos. En Santa Cruz fué martirizado el gobernador Blas de Biezma. En Canjayar dirigió á los sublevados el morisco Fernando de Mendoza. En Gergal hizo el levantamiento el propio gobernador, morisco disimulado y mañoso, don Francisco de Portocarrero. Los pueblos de Picena, Alcuria, Paterna y Cobda vieron derramarse públicamente la sangre mas pura de sus moradores. Los moriscos de Oañez ni aun á las doncellas cristianas guardar quisieron, y martirizaron á veinte y cinco de ellas cruelmente. Los sacerdotes Sebastian Cueto y Ginés Espin en Seron y Tijola, Juan y Martín Lorenzo en Andarax, murieron á manos de los moriscos, sufridos ántes grandes tormentos. Los moradores de Padul, Adra la Vieja, Salabra, Marbella, las Guajaras, Abra y Lauricena, presenciaron unas no ménos crueles escenas. En Murtas fué proclamado Mahoma entre los gritos de: Solo Dios es grande, y Mahoma es su profeta. En Ujicar, recibidos algunos avisos, se habian los cristianos hecho fuertes en tres torres, y viendo á lo léjos al capitán don Diego Gasca con cuarenta caballos, hicieronle señas para que acudiese á su socorro, mas no se atrevió á hacerlo, porque los moriscos estaban apoderados del pueblo. Unos en pos de otros tuvieron que capitular la rendición los de las torres, como los dejasen salir con escolta; pero, exasperados en el momento de cumplirla, y encendido por algunos

improperios el furor de sus enemigos, todos ellos perdieron la vida entre tormentos. Abenhumeya, sobre regueros de sangre y montones de cadáveres, fué nuevamente jurado por rey en Andarax y en Ujicar. En donde fueron los moriscos menores en número, ó inferiores en esfuerzo, abandonaron sus viviendas, y se subieron á las sierras. El marqués de Mondejar, con la noticia de que era general el levantamiento, no trató por el pronto mas que de poner á Granada á cubierto de un golpe de mano; en Durcal puso dos compañías, y en Tablate otras dos, como en guarda del paso de las Alpujarras á Granada. En Tablate no pudo hacerse fuerte el capitán don Diego de Quesada, y fué necesario limitarse á tener avanzadas en Durcal y en Veznar. Don Juan de Zapata, con ciento cincuenta ballesteros, no pudo hacerse fuerte en Juagaras del Pondon, ni aun defenderse mucho tiempo en la iglesia, pues acometido en ella, pegado fuego al templo, y desplomado el techo, él y sus soldados perecieron. El capitán Diego Grasca hizo á Granada un buen servicio procurando que los pastores cristianos se recogiesen á ella con numerosos ganados. En Orguiva el alcalde Gaspar de Saravia, pertrechado en una torre, hizo contra los moriscos una brillante defensa, inutilizando cuantos esfuerzos hicieron para rendirle. En breve la nueva del levantamiento se difundió tomando creces, como si la orgullosa Granada, rotas las losas que la sujetaban, cárdena y ensangrentada, hubiese salido de la tumba para sembrar entre sus dominadores el espanto.

Notable fué tambien este año por la expedición inglesa mandada por Juan Hawkins, que intentó hacer asiento junto á San Juan de Ulloa en las Indias Occidentales. Consentida unos días por los españoles, mientras esperaban refuerzos,

fué poco despues el blanco de su furia, y la obligaron á abandonar aquellos mares, perdidos tres navíos, y las cinco sextas partes de los expedicionarios. Mientras esto pasaba en las costas mejicanas, el francés Gurgio sublevaba en la Florida á los indios contra los españoles, tomaba á estos algunos fuertes, entre ellos el de San Mateo y el de la Carolina y á todos los prisioneros los hacia ahorcar de los árboles cercanos, puesto un letrado que decia: «nó por españoles, sino por traidores y por homicidas,» en venganza del que decian que habia puesto Menendez cuando mandó ahorcar á los hugonotes, diciendo: «no por franceses, sino por luteranos.» Consumada la venganza, volvióse Gurgio apresuradamente á Francia, donde aunque públicamente fué buscado como á perturbador de las buenas relaciones que entre españoles y franceses existian, sin embargo, no fueron tan eficaces las pesquisas que pudiese ser habido. Menendez, recibidos doscientos mil ducados para ayuda de costas, embarcóse en San Lúcar nuevamente para la Florida, y surgido en sus puertos, en vista de los estragos hechos por los franceses, parecióle oportuno ir á la Habana á esperar mejores dias.

En Sevilla el arquitecto Fernan Ruiz acrecentó en cien piés la altura de la antigua torre de la catedral, desde las campanas hasta el último remate de la Victoria ó figura de Fé, vulgarmente llamada Giralda. Costó la añadidura cincuenta mil ducados, la Victoria tiene catorce piés, y pesa veinte y ocho quintales, la bandera cuatro, y la pluma dos: es de bronce dorado y carga sobre un globo de cinco piés de alto. La parte antigua, obra del árabe Geber, tiene doscientos cincuenta piés de alto.

CAPITULO XIV.—Continúan las alteraciones de los moriscos. Negocios de Flandes.
Año 1569.

En pocas palabras podria reasumirse la lucha con los moriscos del reino de Granada promovida. Eran muy numerosos, y se pensó en minorarlos; muy ricos, y fuéron presa vivamente codiciada; muy apegados á sus usos y costumbres, y se deseó su exterminio. Ni los argelinos, ni los berberiscos, ni los turcos pudieron auxiliarlos eficazmente; y por tanto su levantamiento, luego de nacido, pareció destinado á una muerte prematura: la misma sangrienta furia con que se sublevaron, estaba diciendo á voces que en ella llevaban gastado lo mas ardoroso de sus brios. La rebelion, cundiendo de pueblo en pueblo, habia en todos ellos tomado el carácter de una implacable venganza. En Istan, el dia primero de año apellidaron independendia, cometiendo los mas repugnantes desmanes. Contra ellos una jóven cristiana, auxiliada solo de su criada, se defendió en una torre hasta que de Marbella acudió á salvarla Bartolomé Serrano con trescientos infantes y treinta caballos. En Sierra Bermeja juntáronse muchos moriscos, y resistieron el primer ímpetu de un cuerpo de cuatro mil hombres reunido en Marbella para sujetarlos; mas luego cayeron sobre ellos nuevas tropas venidas de Monda, Alhora, Cartama y otros lugares, los derrotaron, y no dieron cuartel mas que á los viejos, á los niños y á las mujeres, que fueron reducidos á dura servidumbre. Algunos moriscos hubieran permanecido sumisos; pero los cristianos, tratándolos como enemigos, les obligaron á declararse tales. Ciento cincuenta soldados salidos de Málaga entraron en la Junquera, y cautivaron á los moriscos pacíficos que en aquel pueblo habitaban; y aunque se les obligó

á soltarlos, el daño estaba ya hecho, y de todos los pueblos acudian aquellos á las Alpujarras, buscando en sus fragosidades un asilo. Tenian pocas armas y municiones, y ninguna artillería ni caballería; iban cargados con todas sus alhajas y tesoros, y con sus padres, sus esposas y sus hijos, como en las emigraciones de los pueblos apellidados bárbaros; su ira era grande, pero su táctica ninguna.

Abrió contra ellos el marqués de Mondejar la campaña, saliendo en su persecucion con dos mil infantes, y cuatrocientos caballos, con cuya fuerza á dia 3 de enero se trasladó á Padul. Pero mientras ocupaba este pueblo, cayeron los moriscos sobre el de Durcal, y pusieron en grande aprieto su presidio; mas á poco, creyendo que acudia Mondejar con caballería, se internaron en la sierra. El conde de Tendilla procuraba que estuviesen bien provistas las tropas del marqués, tanto de vituallas como de pertrechos; y así el 10 de enero puso sus tropas en movimiento contra los moriscos, cruzó venciendo alguna resistencia el puente de Tablate, hizole reparar, pues los enemigos le tenian casi arruinado, y entró en el pueblo de Tablate: pero hubo de contener el ardor de los suyos que querian acosar inconsideradamente á los fugitivos, y fueron con vigor escarmentados. Adelantóse mas Mondejar, puesta la gente en orden, y salvó á los valientes que por espacio de diez y siete dias estaban defendiendo una torre en Albacete de Orguiva. El dia 13 de enero, aumentado su ejército con refuerzos que de Córdoba llegaron, encaminóse al partido ó Taa de Poqueyra; y hallándose acampado en el llano de Farax-Alí, de repente cae sobre él el grueso de los moriscos, y hace penetrar en sus filas el desorden; mas fué momentáneo, pues muy luego, rechazados los acometientes, dejaron en

el campo mas de cuatrocientos cadáveres. Acosa Mondejar á los fugitivos, entra en Rubion, sube tras ellos á la sierra, rescata mas de cien cautivas cristianas, y reduce á su vez á cautiverio á muchas mujeres y niños de los moriscos. Pero era esta una lucha en la que el general, adelantándose, no hacia mas que romper y separar las olas para que luego cayesen á sus espaldas y volviesen á juntarse con estruendo. Así pues, en tanto que Mondejar se internaba arrollando obstáculos, los moriscos se le echaron de golpe á retaguardia, y cayendo sobre Tablate, pasaron la guarnición á degüello, y se volvieron á la sierra. Granada, que creia á Mondejar completamente triunfante, tembló de espanto y de ira. Pero el marqués no cayó en desaliento, ántes sabiendo que Poqueyra era el depósito de las riquezas de los moriscos, fué allá y dió á sus soldados coyuntura para repartirse un botín considerable. Pasó á Portugus, salvó á los cristianos que estaban encerrados en la torre de la iglesia, y tuvo el dolor de ver los cuerpos de cinco cristianos y de un niño de tres años martirizados; y en Pitres, arrollados los contrarios, rescató ciento cincuenta cristianas cautivas. Veian los moriscos que les faltaban recursos para resistir á sus perseguidores; y algunos, entre ellos Fernando el Zager, trataron de rendirse si se les daba salvaguardia: á lo que respondió Mondejar, esquivando lo del salvoconducto, que si se rendian seria para ellos ante el rey su medianero. No fué del gusto de los moriscos la respuesta; y sacando de su desesperacion mayores brios, echáronse junto á Pitres sobre unos soldados desprevenidos, pasáronlos á cuchillo, y luego acometiendo con denuedo á los que dentro estaban, solo con mucho esfuerzo fueron rechazados. No por esto dejó el marqués de ir en pos del

grueso de los enemigos, trabó con ellos vivas escaramuzas, y obligóles á buscar en la sierra una guarida, el dia 17 de enero, cuando toda ella estaba cubierta de nieve. En vano el Zaguer solicitó de nuevo un salvoconducto para sí y para Abenhumeya; en vano soltó á muchas cautivas cristianas, para que hablasen á Mondejar en favor suyo: ni el general dió la salvaguardia, ni las cautivas hablaron en favor de los moriscos, ántes sí apellidaron contra ellos las venganzas de los soldados, pintándoles las privaciones y el mal trato que de los enemigos habian recibido. En cambio, Mondejar recibia bien á los moriscos sencillos que se le presentaban sumisos; por lo que, huyendo de Jubiles el grueso de los contrarios, los trescientos hombres y dos mil mujeres que en el pueblo quedaban acudieron á él para someterse. De las mujeres puso mil en la iglesia, y no cabiendo las otras, dejólas en la plaza guardadas por soldados. De una asió con torpes fines uno de estos, y salió á su defensa un morisco disfrazado de mujer: lo que fué la señal para una horrenda carnicería. Unos á otros los soldados se disputaban la presa como fieras, hasta que las mil cautivas sucumbieron: que en todas las historias de todas las naciones y de todos los siglos, las glorias humanas van juntas y mezcladas con rasgos de ferocidad abominables. El Zaguer no pensó ya en rendirse; hizolo con intencion segunda, y obtuvo salvoconducto, Diego Lopez Aben Aboo, primo de Abenhumeya. Los Rojas, aliados por casamiento con Abenhumeya, habian intentado entregarle á Mondejar; pero, descubierta la trama, fueron blanco de la saña de aquel jefe. Entra Mondejar en Cadiar y en Uxijar; en la cuesta de Iniza, reunidos seis mil moriscos, probó Abenhumeya á entretener al marqués dándole esperanzas de someterse; pero Mondejar

queria una sumision completa , y sin pararse arrolló á los moriscos , cautivó sus mujeres , entre ellas la madre y hermanas del caudillo Abenhumeya , y rescató ciento cincuenta cristianos. En Paterna tomó á los moriscos un buen depósito de víveres , y dió órdenes para que los cristianos no cautivasen á los contrarios sometidos , sino solo á los que caian en sus manos en la guerra. Ya en esto le pareció al marqués que la persecucion de los moriscos no hacia necesario el mantenimiento de un ejército , sino solamente de cuadrillas que los acosasen sin descanso ; y lo escribió así al marqués de los Velez ; mas este , con quien no terciaba bien en los negocios , fué de dictámen enteramente contrario. En breve pudo conocer Mondejar que todavía no estaba tan sazónada la reduccion de los moriscos que bastasen á completarla algunas cuadrillas ; pues desde las Guajaras , á retaguardia suya , bajaban de la sierra , atisbando las partidas sueltas , los caminantes y los ganados , para echarse sobre presas seguras y volver con ellas á sus guaridas. Tómalo el marqués por punto de honra , vuelve contra las Guajaras , arrolla á los que le hacen frente , hace buscar á unos un asilo en las Alpujarras , y á otros los cerca en Guajar el alto , nó sin alguna pérdida sufrida por la gente del capitan Florez , y por Juan de Villarroel que intentó asaltar el Peñon ántes de tiempo. Recibidos de Granada mil quinientos infantes y cien caballos de refuerzo , da al Peñon un recio asalto. Fué sin fruto por el pronto , pero puso espanto en los moriscos , y les obligó á entrarse de noche en una vereda que tenian bien conocida y que les abria paso para las Alpujarras. Solo dejaron en el Peñon á los viejos , á los niños y á las mujeres , que clamaron por rendirse. Súpolo Mondejar , y montado en cólera por verse burlado de los

que creia ya tener en su poder como presa segura , manda pasar á cuchillo á aquellos míseros rendidos. Trasládase en fin á las Alpujarras , y á su paso se le someten los pueblos , de manera que puede creer que la rebelion está ya enteramente sofocada. Todavía el Zager , Dalay y Abenhumeya , seguidos de los moriscos mas infatigables , continuaron sus correrías abrigados de las asperezas de los montes , y alguna vez se atrevian á esconderse de noche en los pueblos ; pero sus expediciones habian perdido ya el carácter alarmante con que principiaron.

Por su parte el marqués de los Velez , reunidos cinco mil infantes y quinientos caballos , habia sostenido la campaña con dureza. Fué contra Guecijar , tomóla , y sus soldados se desbandaron para saquear los lugares de Boladuy de la Marchena , y enriquecerse por medio de una fácil victoria. Pasó luego contra Filix , en donde le esperaban tres mil moriscos que le hicieron frente con la mayor bravura ; las mismas mujeres se metian entre la caballería y procuraban dar muerte á los caballos por cuantos medios podian. Setecientos moriscos quedaron en el campo de batalla ; el botin recogido enriqueció á los soldados , que por segunda vez se desbandaron. A poco llegaron de Murcia al campo cristiano quinientos infantes y cincuenta caballos , y con este refuerzo fué Velez en busca de los enemigos que le esperaban en una loma de Sierra-Nevada. Trabóse una sangrienta refriega ; á ningun hombre se dió cuartel ; mil moriscos perecieron defendiendo sus vidas ; mil quinientos niños y mujeres cayeron en cautiverio ; lo que hacen ahora los reyes negros de las costas de África , pelear para tener cautivos y venderlos , hacian entonces los caballeros cristianos: el botin enriqueció tambien á los soldados.

En Almería habíanse sublevado los pueblos del rio Almanzora sin poder impedirlo el gobernador de aquella plaza; y aun estuvo el mismo á punto de ser sorprendido, y lo fuera á no haber sorprendido él ántes y derrotado á los moriscos reunidos para acometerle. Lo mismo hicieron los de Guadix que salvaron primero la fortaleza de la Calahorra acometida por los moriscos, y luego hicieron una salida, y mataron al enemigo cuatrocientos hombres, cautivaron mil quinientos niños y mujeres, y tomaron mil bagajes que se repartieron. Don Francisco de Córdoba, nombrado por Felipe capitan general de los expedicionarios de Almería, reunida la gente armada de esta ciudad, y trescientos soldados de las galeras surtas en el puerto, acometió á los moriscos atrincherados en el Peñon de Inox. Defendiéronse una y otra vez bizarramente, mas al fin fueron vencidos dejando en el campo cuatrocientos muertos, y en poder de los cristianos dos mil trescientos niños y mujeres, y un botin estimado en medio millon de ducados, en cuya reparticion hubo grandes dificultades y contiendas.

Las consultas elevadas al monarca acerca de la reparticion de los despojos de los vencidos, son un monumento de la civilizacion dominante en aquellos dias. Decidió Felipe que todos los moriscos presos en campaña fuesen esclavos, menos los niños menores de diez años, y las niñas menores de once; y que lo que los moriscos habian quitado á los cristianos, y que por los soldados habia sido recobrado, no fué debate devuelto á los primitivos dueños, sino que quedase en poder de los bravos campeones. Las mil moriscas, resto de las dos mil de Jubiles, habian sido devueltas como en depósito á sus padres y á sus esposos, y, en virtud de la decision del monarca, fuéron arrebatadas de los brazos

de sus naturales protectores , y vendidas en pública almoneda como despojos de la guerra pertenecientes al soldado. Y este , ni aun así se daba por contento , sino que , retardándosele el sueldo , desbandábase y procuraba él mismo cobrárselo de los infelices moradores. Fuerza es confesar que , aunque estuviese terminada la guerra , semejantes providencias debian provocarla nuevamente y encenderla. En Mecina de Bonvaron fué abierta violentamente de noche la casa de Aben Aboo por saberse que en ella dormian el Zaguer , Dalay y Abenhumeya ; ninguno de los tres pudo ser habido ; pero se puso á Aben Aboo á cuestion de tormento en la parte mas delicada y mas vergonzosa del cuerpo , y en medio de los mas acerbos dolores no se le pudo arrancar ni una palabra que agravase su posicion , y solo exclamaba : «yo muero , yo muero.»

Los lectores sensibles , los que sufren al ofrecérles el cuadro de los humanos padecimientos , y de las aberraciones del espíritu , hagan punto aquí , y busquen en otras páginas alguna gloria mas tersa , y ménos acompañada de atrocidades horrendas. El escritor sufre al historiar estos hechos tanto como ellos al leerlos , y se apresura á dar mas lijereza á la pluma para que cruce con rapidez esos charcales.

La mayor parte de los pueblos reducidos á la obediencia habian recibido salvaguardia para no ser molestados ; pero de nada les servia. Bernardino de Villalta , que estaba de presidio en Veza , cayó con tres compañías sobre el pueblo de Laroles , mató cien moriscos , cautivó sus mujeres y sus niños , saqueó sus casas , y entregó el pueblo á las llamas , sin embargo de que tenia salvaguardia. Villalta fué en verdad preso , pero tambien fué soltado y no llevó castigo. En vano llenos de desesperacion se echaron sobre él algunos

moriscos para hacerle abandonar la presa: despechados hubieron de abandonar su intento, recorriendo como furiosos los pueblos comarcanos, y diciendo á voces que ya no podia darse fé á las palabras de los cristianos. En Granada habia presos ciento diez moriscos, y columbrando la suerte que les esperaba, intentaron escaparse; acuden tropas, y á arcabuzazos los matan en la cárcel misma. De la misma ciudad salieron ochocientos soldados con intento de sorprender á Abenhumeya en Valor de Abajo. Habia dado el soplo cierto Abenzaba. De camino se juntó con aquella fuerza una cuadrilla de soldados que por capricho acababan de poner á saco el pueblo de Murtas, y encendieron en los otros su saciado apetito. Abenzaba sale á recibir á los soldados; pero le matan de un tiro de arcabuz, se meten en el pueblo, y en vez de buscar á Abenhumeya, entran á degüello contra los moriscos, y reducen á cautiverio á los niños y á las mujeres. Salen echando cuentas sobre lo que les valdrá la presa, y llaman perros y traidores á los ancianos que viniendo en pos de ellos les pedian que soltasen las prendas de su cariño, pues el pueblo tenia salvaguardia. Viendo que eran infructuosos los ruegos, juntáronse los moriscos comarcanos, apellidando guerra, cayeron sobre la retaguardia de la columna, mataron al capitan Antonio de Ávila y á treinta soldados, continuaron hostigando por todas partes el grueso de la tropa, diezmándola á cada paso, diéronla segunda arremetida, matando cincuenta soldados y recobrando trescientas mujeres; por tercera y cuarta vez la embistieron, y al fin recobraron el botin y los cautivos, dieron muerte al capitan Álvaro Flores, destrozaron sus compañías, y pasaron á cuchillo á casi todos los soldados, pues únicamente unos sesenta se salvaron huyendo á Adra. Vic-

toriosos los moriscos escribieron al marqués de Mondejar la traicion que con ellos habian usado los soldados , la manera como los habian castigado , y le dijeron que estaban prontos á devolver las armas ganadas , y á continuar obedientes y sumisos. El pueblo de Turon , que tambien tenia salvaguardia , no habia querido abrir las puertas , ántes habia rechazado á unos soldados que intentaron saquearle. Súpolo Diego Gasca , gobernador de Adra , fué allá con buena escolta , entró diciendo que iba en busca de gente sospechosa , quiso maltratar á un morisco , y le mataron ; por lo que sus soldados pusieron la poblacion á saco , degollaron á los varones , cautivaron á los niños y á las mujeres , y entregaron sus viviendas á las llamas. El pueblo de Baparcaya sufrió la misma suerte ; tambien el de Mulvizar ; del de Picena se llevaron los soldados mil quinientos cautivos entre niños y mujeres , pero los moradores circunvecinos se levantaron furiosos , cayeron sobre los soldados , pasáronlos á cuchillo , y recobraron el botin y los cautivos. No era posible que tales actos fuésen consumados sin que se renovase la guerra con saña y encarnizamiento mayores. Sublévase de nuevo los pueblos , y esta vez lo hacen tambien los de la ribera del Boloduy , los de Baza , Ronda , Jarquía de Málaga , y los de la sierra de Bentomiz. Abenhumeya esperaba socorros de Constantinopla , y aunque solo recibió de Argel un refuerzo de cuatrocientos soldados , bastó esto para reanimar el entusiasmo de los suyos. Decian los moriscos que la guerra no podia serles ya mas funesta que la paz , tratando con quien faltaba á sus mas sagrados juramentos.

No es posible pintar con toda su natural viveza de colorido , la manera como eran recibidas en Granada tales no-

vedades. Existian en la ciudad dos partidos; el de los cristianos verdaderos, cuyo norte fué la caridad en todos tiempos, que decian ser necesario proceder con tino, no despertando instintos sanguinarios y devastadores, á que har-to propenso está el hombre por desgracia, y procurando no convertir las Alpujarras en un desierto, exterminando á sus ricos y laboriosos moradores; á cuyo dictámen se oponia el de los cristianos solo en el nombre, idólatras en los hechos, quienes clamaban incesantemente porque se sacrificasen víctimas ante el odio, la saña, la ferocidad y la implacable venganza, ídolos no ménos brutales que los del paganismo. Estas diversas opiniones llegaban á la córte recomendadas, y puesto en ellas el antifaz conveniente; y segun á cual de ellas se atendiese, creíase que se menoscababa el bien público, ya por falta de rigores, ya por sobras de ferocidad y de sevicia. Aconsejábanle á Felipe que fuéase allá en persona, ó enviase á don Juan de Austria, para dominar y acallar la rivalidad que entre el marqués de Velez y el de Mondejar mediaba, y para adoptar de una vez y con franqueza, bien el sistema de la cordura y del buen gobierno, bien el de la atrocidad y el exterminio. Pero Felipe, que se habia negado á ir á Flandes á lidiar con los herejes, ménos deseaba ir á las Alpujarras á pelear con los moriscos, y en realidad se sentia mas inclinado á activar las obras de San Lorenzo, y á preparar su cuarto matrimonio con una linda y jóven sobrina. Determinó pues nombrar á don Juan de Austria para que en calidad de teniente suyo fuéase á Granada, y viese el estado de las cosas: bien que no le dió grandes poderes, y le hizo gefe solo en el nombre, pues debia consultarlo todo, y escribir á la córte ántes de dar un paso y dictar alguna providencia. Todavía

se detuvo don Juan algunos dias , por haber dado en la caza una caída la infanta doña Juana , mas al fin á dia 10 de abril púsose en camino. No bien lo supo el marqués de Mondejar cuando pasó á Granada , dejando en Orguiva dos mil infantes y cien caballos , y entró en aquella ciudad como en triunfo , arrastrando las banderas ganadas á los enemigos , diciendo en cierto modo que se le quitaba el mando cuando ya habia triunfado. Llegó don Juan á Granada , y al momento se le presentaron los moriscos del Albaizin , diciéndole que con motivo de los alojamientos con que se les gravaba no tenian seguros sus bienes , ni el honor de sus hijas y de sus esposas , y pidiéndole un remedio para mal tan grave : á cuyas quejas no pudo el príncipe dar mas que esperanzas que él mismo no tenia. Reunió sus consejeros , y les pidió dictámen acerca de las circunstancias y del remedio que hubiese para tantos males. Habló primero el marqués de Mondejar , como consejero , diciendo tocante al remedio por las armas que le parecia conveniente tomar las sierras y arrojar los enemigos en el llano para destruirlos , ó bien poner presidios en los pueblos , ó aumentar sus tropas , dándole mil arcabuceros y doscientos caballos sobre la gente que tenia para poder talar todas las Alpujarras. Habló despues otro consejero , el presidente de la chancillería de Granada , y dado un barniz á las palabras expresó el pensamiento de que convenia ganar en lo cruel y sanguinario al enemigo , castigarle con el tormento , con el hierro y con el fuego , arrojar de sus moradas á los vecinos del Albaizin , y á los habitantes de la Vega , y hacer terribles escarmientos en todos los moriscos , comenzando por el pueblo de Albuñuelas. Don Juan no pudo hacer mas que oír á sus consejeros , y dar parte á Felipe de sus dictámenes para

que el monarca decidiese. En tanto dedicóse á recoger ganados, y á juntar gente, dinero, pertrechos y vituallas. Felipe optó por el dictámen del presidente, y mandó que fuese severamente castigado el pueblo de Albuñuelas por haber dado asilo á algunos moriscos sublevados. Los varones fueron pasados á cuchillo; mil quinientas personas, mujeres y niños, fueron cautivadas y vendidas en pública almoneda. Unas con otras las cautivas produjeron cien ducados cada una, y el dinero fué entre los soldados repartido. Tambien optó Felipe por el consejo del presidente, mandando que fuesen expulsados los moriscos del Albaizin y de la Vega, y trasladados á otros pueblos. Juntóse á los infelices por parroquias; se les dijo que se hacia para su bien, pues los magistrados no tenian fuerzas ni prestigio para impedir que los cristianos los robasen y los pasasen á cuchillo: así pues era necesario que el gobierno los despojase y redujese á miserable servidumbre. Pocas veces han presenciado los pueblos unas mas horrendas abominaciones, y un mas desgarrador espectáculo. Los que no habian querido faltar á la fé jurada, fueron tratados como á traidores. Perdidos los bienes, fueron esclavizados y obligados por la fuerza á dar el último adios á la patria de sus mayores. Solo fueron exceptuados los niños, los viejos escuálidos, los oficiales necesarios para algunos talleres, y los que pudieron comprar por oro una sonrisa.

No por esto mejoró el estado de los negocios. En lo mas alto del puerto de la Rúa habia el marqués de los Velez enviado un fuerte destacamento para proteger la construccion de un castillo que asegurase el transporte de víveres entre Granada y Guadix. Acuden los moriscos, desalojan á los soldados, matan de ellos sesenta, y ahuyentan á los de-

más que vuelven á Guadix desarmados. Don Juan conoció que era necesario enviar refuerzos á Orguiva, y lo hizo desde luego. Ya el solo nombre de morisco valia tanto como el de enemigo encarnizado. Los de la sierra de Bentomiz, ántes tranquilos, ostigados por el alcalde de Velez que por algun desman habia puesto algunos de ellos á tormento, se levantaron contra los cristianos. Los de Caniles sitiaron á su alcalde y á los cristianos en el castillo, pero alejados los moriscos por medio de una falsa alarma, fué socorrido el castillo por los de Velez, y reforzado su presidio. En tanto los moriscos de Competa y los de los demás lugares de la sierra se levantaron en masa diciendo que preferian morir todos juntos en el campo, ántes que unos tras otros en la horca. Nombraron por gefe á Fernando el Darra, digno de serlo, pues su primera disposicion fué no permitir que se hiciese á los cristianos el menor daño, sino que fuesen conducidos á Velez sanos y salvos: y tampoco permitió que en nada se tocase á las casas ni á las iglesias. Puso su campo en el Peñon de Frigiliana. Zuazo, corregidor de Velez, salió contra los del Peñon con ochocientos infantes y cien caballos, número aumentado luego con ciento sesenta soldados de Almuñecar; pero volvió escarmentado y con graves pérdidas. A la sazón habia llegado á aquellas costas don Luis de Requesens. Salido de Nápoles con doce compañías de soldados viejos, sufridos ántes recios temporales que habian sumergido cuatro galeras de las veinte y cuatro que llevaba, las otras habian surgido en Cartagena, y luego pasado á Adra, á Almuñecar y á Velez. Obtuvo Requesens autorizacion de don Juan de Austria para ir contra aquel Peñon; y reunidos cinco mil hombres, los tres mil gente de Málaga, Velez y Antequera, y los dos mil soldados de Italia

muy aguerridos, y reconocida ántes aquella posicion, hízola embestir por cuatro partes. Era fuerte el lugar por la naturaleza; pero fué dada la acometida tan á tiempo y con ímpetu tan grande, que aunque hicieron los moriscos mucha resistencia matando cuatrocientos cristianos, é hiiriendo á ochocientos, perdieron el Peñon con muerte de dos mil hombres. Tres mil cautivas quedaron en manos de los vencedores: y el botin ganado enriqueció á los que habian tomado parte en la empresa. Terminada la refriega, llegaron al campo cristiano ochocientos hombres de Loja y otros puntos, y saqueando las casas de los moriscos recogieron todavía mayor botin que los que habian combatido.

En otras circunstancias y en otra guerra una accion tan sangrienta hubiera sido decisiva, sembrando entre los vencidos el espanto. No fué así en el reino de Granada. Aben-humeya sublevó los lugares de Peza y Fiñana; Guejar, Cuentar y Dudar imitan el ejemplo. Los moriscos de Monachil, Pinas y otros pueblos fueron arrancados de sus hogares por los cristianos, nó sin grandes extorsiones y desórdenes. En la venta de Tejada perdieron los cristianos un convoy numeroso, que los de Guadix pudieron recobrar á duras penas. El mismo marqués de los Velez, que ocupaba con sus tropas el pueblo de Verja, fué acometido por el grueso de las fuerzas enemigas, y nó sin grandes precauciones y esfuerzos pudo rechazarlas matándolas mil quinientos hombres. Algunos soldados se habian mostrado en el combate poco animosos, y por todo castigo les hizo Velez amontonar los muertos y quemarlos, diciendo que así perderian el miedo que les inspiraban los vivos. No por esto dejó el marqués de trasladarse con sus dos mil quinientos hombres á Adra, como punto mas seguro. Los lu-

gares del río Almanzora se alteraron también terriblemente. De algunos, saqueadas las casas y las iglesias de los cristianos, fuéronse en masa los moriscos á las Alpujarras. En Seron, Diego de Mirones no quiso rendir el castillo. Los demás pueblos, Utula, Tabalí, Cantoria y otros, ménos Oria y Cuevas, dieron el grito de rebelion contra los opresores. Para ganar el castillo de Seron envió Abenhumeya cinco mil hombres. Mirones necesitaba un pronto socorro; don Juan de Austria dispuso que pasase allá un cuerpo de tropas al mando de Carvajal, mas dió contraórden sabiendo que don Felipe habia dispuesto que corriese á cargo del marqués de los Velez la empresa: y uno por otro nadie hizo nada. Solo de Baza salieron quinientos hombres, pero se volvieron derrotados con pérdida de doscientos muertos. Mirones se hallaba en el mayor conflicto, pues estaban sedientas sus tropas; sale de noche con treinta soldados en busca de agua y de socorros; pero los moriscos le matan catorce hombres, y á él mismo le prenden, y le prometen que tendrán los del castillo salvas las vidas si se entregan. Hizo que los defensores se entregasen, fiados en las promesas de los moriscos; pero léjos de cumplirlas estos, pasaron á cuchillo á ciento cincuenta cristianos, y cautivaron á los niños y á las mujeres. Consumada la rendicion y la alevosía, llegó el ya inútil socorro. El castillo de Oria no pudo ser tomado, y los moriscos del pueblo se fueron á las Alpujarras. Velez Blanco recibió de los cristianos un presidio numeroso. Abenhumeya habia llegado al apogeo de su pujanza; y por medio de un cristiano se atrevió á escribir á don Juan de Austria proponiendo entregarle ochenta cristianos en cange de su padre y de su hijo, presos en Granada. No le respondió don Juan, mas hizo que le respon-

diese su propio padre, y esta correspondencia, nacida de los afectos mas íntimos, y reputada misteriosa, tomóronla á mal los moriscos, y comenzó á labrar la ruina del nuevo potentado. Deseaba Abenhumeya caer sobre Almería, para poner un pié en las aguas del Mediterráneo, pero Villaroel, gobernador de aquella plaza, sorprendió á su gente en Guecijar, tomóles mucho botin y ciento treinta cautivas, y aunque vivamente acosado, volvió entero á Almería, y dió á entender á los moriscos que no era fácil que le cogiesen desprevenido.

Mezclados iban con los adversos los prósperos sucesos. Don Antonio de Luna desde Granada, y el capitán Céspedes, hijo de otro Céspedes celebrado por su estatura y fuerzas colosales, fuéron con tres mil quinientos hombres contra el lugar de Pinillos del Valle, acusado de connivencia con los moriscos. Temerosos del castigo abandonaron los vecinos sus hogares; pero cuando las tropas se volvian, cargaron sobre ellas los comarcanos y dieron muerte al capitán Céspedes y á muchos soldados, sin que Luna pudiese, ó segun otros quisiese, auxiliarle. Otra expedicion salió de Granada con solo el objeto de apoderarse de las mujeres é hijas de algunos moriscos que estaban escondidas en unas cuevas: esta fué afortunada, aunque tan escasa de gloria. Pero casi al mismo tiempo una escolta de cristianos que iba de Padul á Tablate, fué sorprendida y pasada á cuchillo, de manera que fué preciso trasladar el presidio de Tablate á Zequíá. En suma, á mediados de julio presentaba el desgraciado reino de Granada uno de los mas repugnantes espectáculos ofrecido por la historia: el de dos razas, dominadora una, dominada otra, que en ochenta años de amalgama no habian podido ser asimiladas, y de las

cuales la primera, quitado el antifaz, manifestaba claramente sus deseos de exterminar con el hierro y con el fuego á la segunda.

Pedia con instancias refuerzos el marqués de los Velez para dirigir contra los moriscos alguna importante empresa. Entregósele la gente que Requesens trajo de Italia, y además un cuerpo de mil catalanes armados de arcabuz y dos pistolas, recién llegado al mando de Antic Sarriera. El día 26 de julio salió de Adra el de los Velez, con diez mil infantes y setecientos caballos. Llegó á Verja, y en ella se detuvo tres dias; y sabiendo que Abenhumeya habia reunido cinco mil hombres para hacerle frente, fué contra él tomando la vuelta de Uxijar. En la primera escaramuza mató á los moriscos cincuenta hombres, y obligóles á retirarse á los pueblos de Uxijar y de Valor. Ya era un ejército el cuerpo de cristianos que se adelantaba contra los defensores de aquellas sierras. Iba á vanguardia Pedro de Padilla; seguia Velez con la caballería y los bagajes; en pos de él iba el marqués de la Fabara con su gente, un cuerpo de Sevilla y los murcianos; y á retaguardia iban don Juan de Mendoza con sus compañías, y Antic Sarriera con los catalanes. Hacía un calor insoportable. Algunos moriscos creyeron que este formidable armamento iba á dar por tierra con el naciente reino de Abenhumeya: Fernando el Zaguero trató de retirarse con sus tesoros á Berbería, mas en el momento de ir á ejecutarlo, murió víctima de una aguda enfermedad, y Abenhumeya se declaró su heredero. Adelantábase pausadamente el ejército cristiano. Debía pasar por un peligroso barranco, y lo hizo, tomadas todas las precauciones; pero cayeron en él, y se hicieron pedazos muchas acémilas cargadas de pertrechos; de suerte, que

fué necesario que los soldados se repartiessen las balas y la pólvora, con el descontento natural en quien reputaba ser ya muy sobrada carga las armas, bajo los rayos de un sol ardiente. El ejército entró sin grandes obstáculos en Lucainena, y luego en Uxijar; acometió á los moriscos, y aunque los animaba Abenhumeya, montado en un caballo blanco, se desordenaron y huyeron. Furioso el morisco, hizo matar á Diego de Mirones y á otro alcaide cristiano que tenia en su poder y no habia querido apostatar, desjarretó su caballo, y buscó á pié su salvacion en la sierra. Pero en el momento mismo en que Velez habia obtenido esta ventaja, su falta de prevision le condenó á una inaccion funesta. Faltábanle víveres. Envió por ellos á Guadix, á Baza y á Granada; de Guadix le llegaron doscientas acémilas, que fué un socorro para pocos dias. Pasó á Valor, y dió al fuego las casas de Abenhumeya; ocupó algunos cerros en busca de un ambiente mas fresco, pero las tropas enfermaron; bajó á la Calahorra, y hostigados del hambre sus soldados, desertaron á bandadas. Así inutilizó una coyuntura preciosa. Perdiéronle los soldados el respeto, visto que sobre tener un carácter desabrido no les daba botin, ni gloria ni sustento. A un hijo suyo le hirieron gravemente, porque, queriendo replegarse en masa cuatrocientos soldados, los apellidó traidores, y cargó sobre ellos dando el grito de Santiago como si arremetiese contra los moros. Llegó la desercion á tal punto, que de un ejército de once mil hombres, no le quedaron en breve al marqués mas de tres mil, sin que apenas hubiese combatido. Cuando le llegó á Felipe la nueva de este desórden, no balló otro medio para atajarle, que dictar las disposiciones siguientes que merecen ser archivadas como un monumento de las cos-

tumbres de aquellos tiempos. Todo cuanto los soldados tomasen á los moriscos, fuesen personas, alhajas ó ganados, era suyo sin deduccion de quinto para la corona. La paga de los infantes fué aumentada, y se dijo que correria á cargo de la real hacienda; tambien lo fué la de la caballería, pero debian pagarla las ciudades y los consejos. Solo con estas condiciones pudo conseguirse que los capitanes no quedasen sin soldados; pues la guerra contra los moriscos no se hizo popular, sino poniendo sus bienes, sus tesoros, sus hijos y sus mujeres á la merced de los que los acosasen.

Inutilizado aquel esfuerzo hecho por los cristianos, pareció que la victoria habia quedado por Abenhumeya, segun fueron los ánimos que cogió su gente. Desde Albuñuelas y Salares, mil moriscos interceptaban los convoyes que de Granada y de otras partes iban á Orguiva. En vano Pedro de Vilches fué contra ellos de noche, les armó una emboscada, y les mató doscientos hombres: habian cobrado tanto ánimo los moriscos, que un descalabro no hacia en ellos mas que avivarles el deseo del desquite. A la sazón habíanles llegado de Argel en ocho naves algunos refuerzos de gente armada y de pertrechos de guerra; y de Tetuan acudieron tambien á su defensa muchos moros y judíos; con lo que les entró tal seguridad como si hubiesen reconquistado ya el reino de sus mayores; y volvieron á labrar las tierras, y á tener en los pueblos unos mercados abundantemente provistos. Abenhumeya nombró alcaldes para los pueblos y los partidos, é hizo que uno de los turcos pasase revista de sus tropas, diciendo que daria parte de todo al sultan para los efectos oportunos. Del rey de Fez no pudo Abenhumeya obtener mas que palabras amistosas, por mas que le instó para que le socorriese.

Tomaban ya los moriscos la ofensiva. Arrojáronse sobre Padul, cuyos moradores habian sido trasladados á Gojar con sus muebles y sus familias, saquearon el lugar, mataron treinta y seis cristianos, y les cogieron treinta caballos. Los demás soldados, recogidos en el fuerte, hicieron una defensa heróica. En una casa de los afueras, defendióse tambien con solo siete hombres don Martin Perez de Arostegui. Los moriscos, puesto en salvo el botin, retiráronse sabedores que de Granada y Otura acudian tropas contra ellos. En Albacete de Orguiva, en medio de grandes dificultades para procurarse agua, pudo á duras penas sostenerse el presidio, que en él los cristianos tenian puesto. En Lorca túvose noticia de que los moriscos querian armar empresa contra Vera, y levantóse gente para socorrerla. Y salió cierta la nueva, pues Abenhumeya á fines de setiembre, reunidos diez mil hombres, y llevando dos cañones de bronce, puso sitio á Vera. Acudieron de Lorca mil infantes, y hasta ochocientos caballos, segun dicen; y luego de Murcia fueron allá tres mil infantes y trescientos callos; pero, aunque salvaron á Vera, no intentaron nada contra los moriscos por altercados entre la gente de Lorca y la de Murcia, sobre saber á quién tocaba la vanguardia. Trasladóse Abenhumeya á Luffar de Andarax, cuyo pueblo debia ser su sepulcro. Habia llegado el mancebo al apogeo de su pujanza. Fermentaba contra él entre los moriscos un vago descontento por los castigos hechos en las personas de los Rojas, y por su correspondencia con las autoridades de Granada. Una mujer le despeñó en la desgracia. Tomó por dama á la prima de un Diego Alguacil, y éste y ella juraron su ruina. Habia Abenhumeya encargado los turcos y los berberiscos á Aben Aboo, y escribió á éste mandando que con ellos fuese á Albuñue-

las. Diego Alguacil y Diego de Arcos, según unos, ó Diego de Rojas, según otros, interceptaron la carta, y fingieron otra, en que se mandaba á Aben Aboo pasar los turcos á degüello. Asombrado Aben Aboo al recibir la misiva, enseñóla á los turcos, y con ellos y con Alguacil y Arcos, determinó acabar con quien era capaz de dar órdenes tan atroces. Brindaron los conjurados con el mando á Huscein y á Caracax, jefes de los turcos, pero rehusaron admitirle, y fué elegido el mismo Aben Aboo. Trasladáronse á Andarax, prendieron á Abenhumeya, enseñáronle la carta, y aunque negó que fuese suya, Alguacil y Arcos le dieron muerte violenta, atado un cordel en la garganta. Alguacil recobró su prima, que así de tan ruines principios nacen los grandes trastornos. Así pereció el desgraciado Abenhumeya, de quien dicen los españoles que no supo ser rey, ni moro, ni nazareno. Y añaden que en su postrer hora dijo que moria contento por haberse vengado de todos sus enemigos. Otros alaban su valor, su entereza, la constancia con que sufrió los azares de la guerra durante la campaña del marqués de Mondejar, y el esfuerzo con que supo poner espanto en los cristianos, tenerlos á raya, y probarles que todavía quedaban bríos en el corazón de los moriscos para sacudir de sí la mas repugnante tiranía.

Aben Aboo le sucedió en el mando, y obtenida de Argel la confirmacion de su poder, tomó el nombre de Muley Abdala, rey de los andaluces. Todos los alcaldes, escepto dos, le reconocieron, merced á la cooperacion de los turcos y de los berberiscos. Nombró gefes militares, y creó un cuerpo de cuatro mil arcabuceros, de los cuales mil debian componer por turno su escolta y su guarda. La primera expedicion del nuevo rey fué dirigida contra la plaza de Or-

guiva. Ochenta soldados salidos de ella cayeron en una emboscada, y fuéron pasados á cuchillo. Diez mil hombres juntó Aben Aboo para poner sitio á la plaza; y aunque acababan de entrar en ella de refuerzo seis compañías de infantería, y dos de caballería, todos cuantos salian de las murallas caian en poder de los moriscos ó volvian á ella escarmentados. Francisco de Molina era el gefe de los sitiados, y rechazó con bravura el primer asalto que le dieron los moriscos. Por cuatro partes minaron los sitiadores la muralla; en dos hallaron peña viva, en las otras dos por medio de contraminas fueron rechazados. Dieron segundo asalto los moriscos, tan impetuosamente, que tomaron parte de la poblacion, y plantaron en el fuerte dos banderas; pero de nuevo fuéron desalojados y vencidos. Apoderados de unas casas sin techo, arrojaron desde ellas un diluvio de piedras sobre los cristianos, mas estos se las devolvieron animosos. Entonces determinaron rendir á los defensores por la sed y por el hambre. Molina pidió socorros á Granada por medio de emisarios que salieron de noche de la plaza. Al momento dispuso don Juan de Austria que el duque de Sesa fuése á socorrerle con gente de guerra escogida. Hízolo y llegó hasta Acequia, en donde supo que Aben Aboo, levantado el sitio, habia tomado posiciones en Lanjaron para atajarle el paso. En Granada pareció necesario que el punto de Orguiva fuése abandonado, y se escribió á Molina que estuviese dispuesto, pues vendrian por él y por su gente. Pero el duque de Sesa no se atrevió á internarse en país enemigo, hasta que á unos moriscos les fuéron cogidas varias cartas dirigidas á los alcaides de los pueblos; y venido de Granada un intérprete, pues estaban escritas en árabe, se supo que eran órdenes para que allegasen

nuevos refuerzos para los moriscos ; adelantóse Sesa contra ellos con cinco mil seiscientos infantes y trescientos caballos. Recia fué la acometida , pero tambien fué denodada la defensa. Dos emboscadas armaron los moriscos á los cristianos , y cogiéndolos entre dos fuegos , obligáronles á retroceder con pérdida de cien muertos y bastantes heridos. Molina, viendo que no llegaba el duque de Sesa, tomó el partido de evacuar de noche la plaza y trasladarse á Motril, en donde prestó con su gente algunos servicios saqueando los pueblos moriscos de aquellas cercanías : Sesa se volvió á Granada. Aben Aboo habia sido afortunado en su primera campaña.

El resultado moral de la preponderancia de los moriscos se hizo sentir en muchos pueblos. En Galera tenian los cristianos un presidio de setenta arcabuceros , y los moriscos en connivencia con los vecinos trataron de pasarlos á cuchillo. Un monje descubrió la trama , pero los cristianos de Huescar se vieron precisados á ir á Galera , sacar el presidio , y abandonar el pueblo al enemigo. Vueltos á Huescar quisieron poner á saco las casas de los moriscos que allí moraban , y únicamente se les pudo sosegar , diciéndoles que , unidos con los cristianos de Bouteruela , volviesen contra Galera , y apagasen su sed de botin en ella. Fué tambien con ellos don Antonio Enriquez con algunos caballos ; mas los de Galera les cerraron las puertas , y les dijeron que ya para ellos no habia otro rey que Aben Aboo , ni otro profeta que Mahoma. Enfurecidos los de Huescar embisten con denuedo , y logran penetrar en el pueblo ; mas luego cargan sobre ellos los habitantes y los rechazan con estrago. Vuelven los cristianos á Huescar , y quieren otra vez vengarse sin peligro en los moriscos desarmados : pero

el gobernador Pecellin se opone con entereza á su saña , y salva á los moriscos que luego fuéron internados.

La fortaleza de Oria , que ocupaban los cristianos , escitaba la codicia de sus enemigos , y mas sabiendo que faltaban víveres en ella. Los de Baza pudieron abastecerla ; los de Velez Blanco fuéron allá con vituallas , pero una vez entrados no se atrevieron á salir , y pidieron á los de Lorca auxilios. Dióselos Lorca enviando allá ochocientos infantes y cien caballos , que reunidos con la gente salida de Alumbres , Librilla y Totana , pusieron en la fortaleza de Oria pertrechos y víveres , y sacaron de ella los niños , las mujeres y la gente inútil para la defensa. Parecióles á los de Lorca que no era bien que volviesen sin botin á su tierra , por lo que fuéron contra Cantoria , y aunque no pudieron tomar el fuerte que en el pueblo tenian los moriscos , les destruyeron una fábrica de pólvora , y les quitaron dos mil cabezas de ganado. En vano quisieron los moriscos recobrar la presa , y para ello acometieron con furia á los de Lorca en un sitio llamado el Corral : aquellos defendieron su presa con el mismo denuedo con que la habian ganado , derrotaron á los moriscos matándoles cuatrocientos cincuenta hombres , y volvieron á Lorca triunfantes dia 13 de noviembre votando una fiesta anual á San Millan , en cuyo dia habian ganado la victoria.

Los de Galera en tanto iban sacando los moriscos de Orce , de Castilleja y otros pueblos , los llevaban á su poblacion , y trataron de ponerla en buen estado de defensa. No pudieron tomar el fuerte de Orce , ni entrar en Huescar por mas esfuerzos que hicieron , reunidos para ello cinco mil hombres ; pero tampoco el marqués de los Velez , aunque fué contra Galera con cuatro mil infantes , doscientos caba-

llos , seis cañones y dos bombardas , pudo ya nada contra ella. Habíase Velez poco ántes trasladado á Baza por órden expresa del rey don Felipe. A la verdad que á muchos tenia el marqués muy disgustados. Desde Guejar los moriscos tenían en continua alarma la Vega de Granada , y habiéndose mandado al de los Velez que fuése á tomar aquella plaza , no le pareció conveniente , y se excusó de hacerlo ; ántes con dos mil ochocientos infantes y trescientos caballos tomó á su cargo sin consultar á nadie , la empresa de caer sobre los lugares del Boloduy , y cautivar las mujeres ocupadas en recoger aceitunas. La expedicion fué feliz : muchas mujeres habian sido arrebatadas á sus esposos , y muchas hijas á sus padres ; pero padres y esposos fuéron contra los raptos apellidando guerra , recobraron una parte de las cautivas y encendieron en el ánimo de los moradores la sed de la venganza. Los de Guejar se atrevieron con cuatrocientos hombres á llegar hasta el cerro del Sol junto á Granada , y aunque salió contra ellos Tello de Aguilar con arcabuzeros y caballería , les mató cincuenta hombres y les tomó algun ganado , acudieron de todas partes muchos moriscos contra él , le hicieron frente , le acosaron , y llevándole en retirada hasta cerca de Granada , arrebatáronle parte de la presa.

Fernando el Darra , que , perdido el Peñon de Frigiliana , habia pasado á las Alpujarras , volvió á la sierra de Bentomiz , penetró en los casi desiertos lugares , incendió las iglesias , mató á los cristianos , cautivó sus mujeres , tomóles mucho ganado , puso sitio á la fortaleza de Caniles de Aceituno , obligó al marqués de Comarés á asegurarla y socorrerla con mil hombres , amenazó á la misma ciudad de Velez , y llegó á reunir hasta siete mil hombres bajo sus ór-

denes. El pueblo de Alfarnatejo le entregó á las llamas. En Torrox sorprendió la fortaleza cuando sus defensores estaban en el campo, cautivó las mujeres y destruyóla. Al pueblo de Competa, que los moriscos querian poner en estado de defensa, fuéron los cristianos de la ciudad de Velez, mandados por el corregidor Zuazo, en número de mil seiscientos infantes, y ciento sesenta caballos, y le saquearon y destruyeron.

Vista la preponderancia que habian alcanzado los moriscos pidió don Juan de Austria á su hermano que le diese amplios poderes para hacerles la guerra, y salir contra ellos á campaña. Vino en ello Felipe, y mandó que se formasen dos cuerpos de ejército, uno que al mando de don Juan penetrase por el rio Almanzora en país enemigo, y otro que á las órdenes del duque de Sesá ocupase las Alpujarras. Hiciéronse nuevas levás; formáronse nuevas compañías; reformáronse las ya existentes, y cuyos gefes no inspiraban confianza; pidióse gente á muchas ciudades, y la aprestaron; y acudieron voluntariamente muchos caballeros para combatir bajo el mando del jóven príncipe. Antes de abrir la campaña, parecióle conveniente á don Juan desalojar á los moriscos de la plaza de Guejar, desde donde tenian la Vega en una alarma continua. Habia en ella un presidio de quinientos arcabuceros; y los moriscos habian cortado y atrincherado el camino que á ella conducia. Hizo don Juan reconocer el terreno, y se vió que habia otros dos caminos para ir á Guejar, sin el cortado; de estos dos, tomó el príncipe el mas largo, con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos; y el duque de Sesá el mas corto, con cuatro mil de los primeros, y trescientos de los segundos. El duque, aunque caminaba despacio, llegó pri-

mero á la vista de Guejar , cuando ya amanecía , y como algunos moriscos diesen la voz de alarma , corrieron tras ellos los soldados , y entraron en Guejar á tiempo en que los enemigos la evacuaban , recogido el bagaje y las mujeres , y tomaban la vuelta de Sierra Nevada. Cuarenta moriscos y treinta y cinco soldados cristianos quedaron en las calles ; la presa fué poca , y solo consistió en algun ganado , en víveres y ropa. Cuando asomó por la sierra don Juan de Austria , ya era inútil su presencia , y dióse por sentido de que Sesa no le hubiese esperado ; mas el duque se escusó con que las circunstancias y el ímpetu natural de los soldados lo habian hecho todo. Dejó don Juan buen presidio en la plaza , á las órdenes de don Juan de Mendoza , y volvió á Granada aquel mismo dia , que era 24 de diciembre. Así acabó el año , encendida la guerra vivamente , sostenida por cristianos y moriscos con encarnizamiento , y llevada á un punto que hacia necesario el desarrollo de formidables fuerzas , y el empleo de grandes talentos para dominarla.

En Flandes continuaba el duque de Alba despreciando todos los consejos de la humana prudencia , y concitando contra los españoles la exasperacion pública. Quiso tener un fondo de reserva para los gastos públicos , y mandó á todos los propietarios que pagasen el uno por ciento sobre todos los bienes muebles y raices por una sola vez , y el diez por ciento de todos los muebles que se vendiesen , y el veinte por ciento de los réditos de todos los bienes raices anualmente. Clamaron los estados diciendo que la primera contribucion sobre ser extraordinariamente onerosa era injusta , pues tendia á matar el capital y nó los intereses ; que la segunda era exagerada y opresiva ; y que la tercera reducía á los terratenientes á meros administradores del fisco : pero

Alba contestó que necesitaba dinero y mas dinero; y los flamencos le dieron, en vuelto en él, odio y mas odio, el cual no cayó sobre la cabeza de aquel hombre implacable, sino sobre el corazon de la España, que por los instintos sanguinarios de uno de sus hijos tuvo que exprimir de sí y sepultar en Flandes oro por oro y sangre por sangre. En vano Viglio, presidente del consejo, al que sometió por fórmula el duque sus proyectos, dijo que eran irrealizables por enormemente exagerados; que existia una diferencia grande entre la España y Flandes, pues si aquella por su fértil suelo podia soportar gravámenes excesivos, esta por su arenoso terreno necesitaba para subsistir que se diese la mano á la industria y al comercio, y no se les ahogase con insostenibles tributos, que reducirian al pueblo á la mayor miseria. Indignado el duque se levantó diciendo que necesitaba dinero, y que obedecer, nó discutir, era la obligacion de los fieles súbditos. Y en efecto, para los inobedientes tenia prevenido el patíbulo.

Al Perú pasó este año de virey el conde de Oropesa don Francisco de Toledo, de quien hablan con variedad las historias, y á quien debió el país sabios reglamentos para la explotacion de las minas. El lunar que no ha podido borrarse de su administracion fué la muerte de Tupac Amaru, último vástago de los poderosos incas, segun veremos en el capítulo siguiente.

A Méjico acababa de llegar el cuarto virey don Martin Enriquez de Almanza, que redujo la tribu salvaje de los Chichimechas ó Huachichiles, estableció la alcabala en Nueva España, fundó la ciudad de San Felipe, junto á las minas de San Luis de Potosí, y estableció los presidios.

En la Florida trabajaba sin descanso Pedro Menendez en

la conquista del país, y en hacer desaparecer de las cercanías de los fuertes las ruinas que había sembrado el francés Gurgio. Al mismo tiempo que él ponía en buen estado las fortalezas, los padres jesuitas Rogel y Antonio Sedeño se dedicaban á la conversion de los indios. El primero aprendió en seis meses el idioma de los naturales, y con una paciencia admirable los instruía en la doctrina cristiana. Escuchábanle atentamente, y algunas veces le hacian en su sencillez las mas originales preguntas, como la de que si Dios tenia mujer, á las cuales no podia ménos de contestar con una sonrisa. Creia Rogel haber adelantado algo, pero venida la cosecha de la bellota quedóse sin discípulos. Pertenecian estos indios á la tribu llamada de Cárlos. El padre Sedeño fué á la provincia de Guale. El obispo de Cuba Juan del Castillo le habia hecho entregar mucho maiz para socorrer con él á los indios y atraérselos. Acudieron estos con mucha puntualidad á oír sus pláticas, y terminadas, les hacia distribucion del maiz: pero acabado el maiz se fuéron los oyentes. Únicamente siete indios quisieron recibir el bautismo; los cuatro eran niños, los tres le recibieron cercanos á la agonía. El papa escribió á Menendez loando sus designios, y manifestándole que no habia cosa que mas importase para la conversion de los indios é idólatras, que procurar con todas fuerzas que no fuesen escandalizados con los vicios y las malas costumbres de los que pasaban del occidente de la Europa á aquellas apartadas regiones: «Esta es, le decia, la llave de este santo negocio.»

CAPITULO XV. — Fin de la guerra social provocada contra los moriscos. El rey Felipe pasa á cuartas nupcias. Año 1570.

Dejó don Juan de Austria en Granada la mayor parte del

ejército , y fué con tres mil infantes y cuatrocientos caballos por Hiznaleuz , Guadix y Goor á Baza , á donde llegó dia primero de año. El marqués de los Velez , levantado el sitio que tenia puesto á Galera , pasó á Huescar , y entregó á don Juan el mando de las tropas , por parecerle que no le estaba bien ser segundo cabo en donde habia sido primero. A Huescar dirigió el príncipe setecientos carros y doble número de acémilas con pertrechos ; y llamando á su lado á don Francisco de Molina , el defensor de Orguiva , mandóle que con diez compañías de infantería fuése á tomar posicion en Castilleja. Reunidos prontamente refuerzos y víveres , tomó don Juan la vuelta de Galera con doce mil hombres ; acompañándole don Luis de Requesens , don Luis Quijada y otros jefes. Defendian aquella plaza tres mil moriscos ; entre ellos algunos turcos y argelinos. No tenia murallas , ni otras defensas que un castillo , la iglesia , las mismas casas y las tapias levantadas en las bocacalles. Púsola cerco don Juan y levantó contra ella tres baterías , venida de Huescar la artillería y los pertrechos. Dióse contra la iglesia la primera acometida , y fué ganada , no sin mucha pérdida , y pasados los defensores á cuchillo. El esfuerzo de los sitiados era grande , y subia de punto cuanto mayor era el ímpetu de los sitiadores. Don Juan tuvo que poner su cuartel general al arrimo de un cerro , y abrir trincheras y caminos cubiertos para que por ellos pasase de una á otra parte su gente sin peligro. Hizo levantar dos nuevas baterías , de seis cañones una , de diez otra ; y abiertos grandes postillos en las casas mandó dar un furioso asalto. Arremeten los soldados , se acercan á Galera , suben por las ruinas de las casas , y penetran en ellas ; pero los moriscos caen sobre ellos con heróico denue-

do, los detienen, luchan con encarnizamiento, acaban con los mas valientes, y rechazan á los demás con mucha pérdida. Don Juan, visto el descalabro, hace abrir una mina que por debajo de las casas llegue hasta el mismo pié del castillo, y abierta da á los sitiados una falsa alarma, los atrae sobre la mina, y prepara cuatro mil arcabuceros para dar un nuevo asalto. Estalla la mina; vuelan hechas pedazos las peñas y las casas, y sepultan seiscientos moriscos bajo los escombros. En medio de la turbacion y del espanto de los sitiados, dan los cristianos un impetuoso asalto, con la esperanza de caer sobre unos defensores ya por el terror medio rendidos. Se engañaron, porque léjos de mostrarse arredrados los moriscos, acudieron á la defensa hombres y mujeres á porfía dando furiosos alaridos, cerraron el portillo que la mina acababa de abrir en el fuerte, se echaron sobre los cristianos, y los rechazaron con admirable bravura. Parecia imposible que una miserable aldea diese de sí tan arrogante muestra, y tanta gloria. Mucho mas encarnizado y sangriento fué el cuarto asalto. Los terrados de las casas fueron convertidos en campos de batalla; las calles eran las trincheras; los campeones de una y otra parte llegaban á las manos y al arma blanca, se abrazaban furiosos, luchaban, y no pocas veces caian desplomados en aquellos estrechos y profundos fosos. Muchas horas duró esta recia y extraña pelea; mas al fin fueron tambien rechazados los cristianos con pérdida de nuevecientas bajas, la mitad heridos. No fué menor la de los moriscos, y mas sensible por cuanto no tenían esperanzas de rehacerse, perdidas las dos terceras partes de la gente. No por esto perdieron el entusiasmo, ántes sabiendo que los sitiadores abrian dos nuevas minas, hicieron una vigorosa sa-

lida y pelearon con esfuerzo hasta que cargó sobre ellos el grueso de los cristianos. Asestáronse nuevas baterías contra aquellos escombros, y dia y noche se hacia un fuego incesante que no daba vagar á los sitiados. El dia 10 de febrero se dió fuego una tras otra á las dos nuevas minas, y estallaron con tal estruendo que pareció un terremoto y una erupcion volcánica, saltando y desplomándose peñas y casas con estrago horrendo, sepultada la mitad de la poblacion bajo las ruinas. Pasados unos momentos de un silencio pavoroso, fué el capitán Lasarte á reconocer el estrago, y siguiéndole los soldados al ver que nadie le hostilizaba, fueron ocupados aquellos escombros, y pasados á cuchillo dos mil quinientos habitantes varones. Hasta á los niños y á las mujeres mandó don Juan que los alancease la caballería, y lo hizo matando cuatrocientos; pero clamando el ejército que aquello era arrebatarse á los soldados el fruto de la victoria, obtuvo la codicia lo que la humanidad no alcanzara; cesó la carnicería y quedaron cautivas cuatro mil quinientas mujeres y niños. El botin en oro, plata, seda, aljófara, muebles y alhajas, fué riquísimo. El rey Felipe habia bajado á Córdoba, con pretexto de tener córtés, para estar mas cerca del teatro de la guerra, y sabida la mucha sangre que habia costado la toma de Galera, no quiso que por ella se hiciesen demostraciones de público regocijo. Los escombros de Galera fueron allanados; sus restos demolidos, y su asiento sembrado de sal; ninguna inscripcion se puso sobre aquella moderna Astapa, y sepulcro de héroes.

Hecho esto envió don Juan ciento sesenta lanzas y cincuenta arcabuceros á reconocer el pueblo de Seron; mas se extraviaron, y sin haberle reconocido volvieron por otro camino, lo que fué su salvacion, pues en el primero

esperaban su vuelta emboscados los moriscos. Don Juan quiso entonces ir al reconocimiento con dos mil arcabuceros y doscientos caballos. Acompañáronle los mejores gefes del ejército, Requesens entre ellos y Quijada. Adelantáronse, tomadas las mejores precauciones, mas en llegando á Seron hallaron abandonado el pueblo; y ganosos del saco los soldados se metieron en él en busca de botin y de cautivos. Mas fué á tiempo en que de los cerros cercanos bajaba Mallec con seis mil moriscos, y cayendo sobre los cristianos que andaban sin órden y dispersos, mató seiscientos, entre ellos á don Luis Quijada, amigo de la infancia de don Juan de Austria, y llevó á los demás en derrota un buen espacio. El mismo don Juan estuvo á punto de perder la vida, y la perdiera á no llevar una fuerte celada, pues en ella recibió de lleno un arcabuzazo. Escribió al momento á Felipe pidiendo refuerzos de gente; y desde Córdoba dispuso el monarca que de Úbeda, Baeza y Jaen le mandasen dos mil hombres, y el duque de Sesa los que pudiese de su cuerpo de ejército.

No estaba Sesa en disposicion de desprenderse de soldados. Habia puesto numerosos presidios en Acequia, en Padul, Albuñuelas y las Guajaras; habia sabido que Aben Aboo, solicitados auxilios de Argel y de Constantinopla, habia enviado contra don Juan á Fernando Abaqui, y á los pasos de las Alpujarras á Rendati y Macox, y que él se habia situado en Andarax con ánimo de interceptar los víveres á los cristianos. Por disposicion de Sesa habia don Antonio de Luna juntado en Caniles de Aceituno hasta cinco mil hombres, y con ellos recorrido los pueblos de Competa, Zalia, y Nerja; mas le habian abandonado los soldados en cuanto vieron que el país estaba desierto, y sin saco en que hacer

presa. Prestósele gente de Almuñecar á ir contra el pueblo de Lantegi; fuéron, le saquearon y dieron á las llamas; pero repartida la presa, los de Almuñecar se volvieron.

No podia don Juan echar tierra sobre la rota pasada; y, reunidos algunos refuerzos, volvió contra Seron con ocho mil infantes y quinientos caballos. Salióle Abaqui al encuentro con siete mil infantes moriscos y ochenta caballos, pero fué rechazado con pérdida de siete banderas, y ocupada Seron, dieron los cristianos sepultura á los cuerpos de sus compañeros que desde el anterior desastre yacian insepultos. Recibidos algunos víveres, fué don Juan contra Tijola, y la puso cerco.

A la sazón, visto el denuedo con que se defendian los moriscos, y que la guerra contra ellos emprendida era mas ruinosa y encarnizada de lo que creyeran los insensatos que habian obligado á Felipe á abrir en la península una honda sima de horrores, dióse por primera vez en la cuenta de que tambien eran españoles unos hombres que tan bizarramente se defendian; y se trató de conquistarlos no tanto por medio de las armas como por la dobléz y simulada dulzura. Habló Sesa para obtener la reduccion de los moriscos por concordia con don Alonso de Granada y Venegas y con el capitan don Juan Carvajal. Hízose escribir una carta en árabe, y esparcir de ella muchos ejemplares entre los moriscos: en ella se les decia cuán grande era el poder de Felipe, cuán temerario pensar en resistirle, y cuánto podia esperarse de su clemencia, pues á los moriscos del Albaicín les habia dado en otras partes bienes para resarcirse de los que perdieran. Recibidas instrucciones, hizo don Juan de Austria que don Francisco de Molina pidiese al morisco Abaqui una entrevista. Obtenida, pactaron por lo alto que se

diese buen trato á los prisioneros, en vez de ahorcarlos como se hacia; y por lo bajo, mientras bebian y comian dos turcos que acompañaban á Abaqui, dijo á este Molipa, que el rey Felipe hacia buenas mercedes á los que bien le servian, y que seria un buen servicio hacer que los moriscos abandonasen las fortalezas que ocupaban en el rio Almanzora, y concentrados en las Alpujarras se les persuadiese á que implorasen del monarca olvido y clemencia, que no les faltaria: á lo que respondió Abaqui que en lo de las fortalezas serviria de manera que se viese clara la voluntad, y que en lo demás exploraria la voluntad de Aben Aboo y de sus allegados. Lo mismo prometió en otra entrevista tenida pocos dias despues con don Francisco de Córdoba, obtenidos de don Juan de Austria muchos ofrecimientos y promesas de buen trato.

La conquista de Tijola fué el primer fruto de la traicion de Abaqui. Habia éste dado á entender á los defensores de aquel pueblo que no podria socorrerlos, y que partiesen para las Alpujarras; hiciéronlo de noche, mas oliendo los cristianos la marcha, cayeron sobre Tijola, pusieronla á saco, cautivaron los niños y las mujeres, y pasaron á cuchillo á la mitad de los moriscos fugitivos: de manera que no les hubiera costado mas sangre una heroica defensa de la que les costó una afrentosa fuga. De Purchena huyeron tambien los moradores; los de Cantoria abandonaron pueblo y fortaleza, y aparecieron luego unas bandas de moriscos seguidos de sus hijos y de sus mujeres, á ponerse á la merced de los cristianos. En esta coyuntura y cuando el doble trato de Abaqui empezaba á dar de sí sus resultados, mandó Felipe que en todas partes los moros de paz fuesen internados con sus familias. Don Juan representó diciendo

que cuando se trataba de reducir á los contrarios por medio de la concordia, le parecia aquella providencia muy inoportuna; por lo cual cedió Felipe en lo tocante á los moriscos de Guadix y de Baza. Mas no cedió respecto á los de la Vega de Granada, excepto en los poderosos y de lealtad probada, que en los demás la triste escena del Albaicín fué renovada con creces. Los moriscos de Otura, Chuariana y Uxijar alto y bajo, á Alcalá Real fueron trasladados; los de Albolote, Armilla, Vellicera, Atarle y Pinos, lo fueron á Jaen y la Mancha; y á Montiel lo fueron los de Alhendin y Gavia la Grande: presos por parroquias todos ellos tuvieron que hacer almoneda de sus bienes; el ejército necesitaba su trigo, su cebada y sus ganados, y se apoderó de ellos por su precio.

El duque da Sesa en tanto con diez mil infantes, doce cañones y quinientos caballos habia salido á campaña para penetrar en las Alpujarras. Fué primero á Beznar, luego á Lanjaron, que halló abandonada, y en seguida, rotos ántes los moros en varias escaramuzas, á Albacete de Orguiva en donde levantó un fuerte capaz para mil hombres de presidio. Aben Aboo tomó posicion en Poqueira, y procuró con continuos amagos traer siempre desasosegado á su enemigo. Destacó Sesa mil infantes y doscientos caballos contra el fuerte de Benaudalla, y juntándose con esta fuerza quinientos arcabuceros y la gente de Salobreña, cercaron el fuerte y plantaron contra él una batería: pero de noche los moriscos compraron los soldados cristianos que tenian mas cerca, y abandonado el fuerte salieron de él con las mujeres, los niños y los bagajes. El presidio de las Guajarras hizo en esto una incursion sobre Lentexi, y cautivadas algunas moriscas volvióse con un botin considerable. Aque-

jábale á Sesa la falta de víveres, y envió quinientos arcabuceros para proteger un convoy que venia de Granada, por Padul y Acequia. Súpolo Aben Aboo é hizo emboscar dos mil moriscos para interceptarle, mientras él, apoyado en la sierra, entretenia á Sesa con escaramuzas. Constaba el convoy de dos mil quinientas acémilas, que ocupaban una legua de camino. Cortáronle por el centro los moriscos, y tomaron una buena parte; y la otra volvió á Acequia. A poco pareció don Martin Padilla con unos seiscientos hombres que enviaba Sesa, y cargando á los moriscos recobró una parte de la presa. La restante fué llevada á Aben Aboo, que habia reunido doce mil hombres para defender contra Sesa el paso de Poqueira. Adelantóse contra él el duque con ocho mil infantes, doce cañones, seiscientos caballos, mil quinientos bagajes, los voluntarios y los erizados de los caballeros. Tomó otro camino de aquel que Aben Aboo tenia cortado, y nó sin encontrar una viva resistencia, y sosteniendo sangrientas escaramuzas, cruzó el rio Cadiar, ganó á los moriscos un cerro en donde se habian hecho fuertes, y pasó á Castares por la loma de la sierra. Aben Aboo hizo movimiento primero hácia Jubilés, y Luego á Mecina de Bonvaron, pues su intento era cansar al duque, y no darle campo para una fácil victoria. Los cristianos lo talaban y saqueaban todo á su paso. Algunos pueblos, entre ellos Poqueira, sintieron todo el peso de su saña. Al mismo tiempo se esparcian cartas en idioma árabe para obtener de buen grado la reduccion que tan difícil se hacia por la fuerza.

Hernando el Darra fué el primer jefe morisco que vió el mal sesgo que tomaban los negocios, desde que por impotencia de las armas se acudia á una doblez mañosa. Reunió

sus amigos y su familia, y trasladóse á Tetuan con ellos y sus tesoros.

Don Juan de Austria hacia por su parte lo que el duque de Sesa por la suya. Hizo ocupar el pueblo de Tahalí, reconocer el de Xergal, talar el país hasta donde alcanzaban sus fuerzas, y recoger en todas partes el ganado, el trigo y la cebada. Era de ver como ninguno de los combatientes parecia haber olvidado las tradiciones de sus pasados acerca del modo de hacerse la guerra moros y cristianos. Seguian los tratos con Abaqui, y llegado don Juan al Pago de Rioja, publicó de órden del monarca un bando en que se prometia vida salva á los moriscos que se presentasen dentro de veinte dias; y vida y libertad á los que probasen haber sido violentados para rebelarse, ó matasen á algun turco, berberisco, ó gefe de los moriscos, ó bien que trajesen armas, si tenian de quince á cincuenta años, en cuyo caso quedarian tambien libres dos personas de las que con ellos viniesen: y los que no compareciesen dentro de veinte dias en demanda de indulto al campo de don Juan ó al de Sesa, llevando puesta una cruz en el hombro izquierdo, serian muertos ó esclavos. Mientras se esperaba el resultado de éstas providencias mandóse suspender las operaciones militares, á bien que ya no consistian mas que en talas y destrucciones. A Abaqui fuéronle devueltas sus parientas cautivas, y por salvar apariencias se recibieron de él doscientos ducados. A don Antonio de Luna, que habia vuelto á Competa y Nerja, y dejado en estos pueblos algun presidio, se le mandó pasar á la Serranía de Ronda para despojarla por sospechas que infundian los moriscos que la habitaban: que de esta suerte las aberraciones de los potentados iban convirtiendo en desiertos las mas bellas comarcas.

Continuaba el duque de Sesa talando la sierra, entrando sin resistencia en Jubiles, en Uxijar, y otros pueblos que hallaba despoblados, y casi incomunicado por todas partes, pues Aben Aboo se dedicaba únicamente á interceptarle los víveres. Envió por ellos á la Calahorra todos sus bagajes con una escolta de mil infantes y cien caballos. Iban en los bagajes las mujeres, los enfermos y los heridos. Aben Aboo hizo emboscar en el camino quinientos arcabuceros, quienes pasada la vanguardia, cayeron á la vez sobre ella por retaguardia, y sobre la retaguardia por el frente, y desordenadas las tropas, echáronse sobre los bagajes, é hicieron un grande estrago. Ochocientos soldados, entre ellos los enfermos y los heridos, perecieron; trescientas cristianas quedaron cautivas; y trescientos bagajes quedaron en poder de los moriscos. El golpe era terrible. La misma destruccion que iban sembrando los cristianos, les era mortífera, y ya sentian hambre. El duque, hecho primero un movimiento sobre Valor, determinó trasladarse á Adra; y al efectuarlo tuvo que detenerse á cada paso para luchar en la retaguardia. La expedicion habia fracasado. Los cristianos, que habian ido á derramar la plaga de la carestía, abandonaban las sierras hostigados por el hambre. Llegaron á Adra lívidos y desfallecidos. Algo nutridos en aquella poblacion y rehechos, volvieron desde luego á sus instintos, talando el partido de Dalías, y la sierra de Gador, hasta que con noticia del bando y del plazo de los veinte dias, tomaron un descanso. Y fué en coyuntura en que de Berbería llegaron á aquellas playas tres galeotas berberiscas con trigo para los moriscos, y siete galeotas argelinas con cuatrocientos turcos de refuerzo, y sabiendo los tratos y los cohechos en que la gente andaba, se hicieron otra vez á la

mar, aunque nó sin haber perdido los primeros algun trigo y algunos libros árabes, entre ellos muchos ejemplares del Alcoran; que dejaron en la playa.

El mismo empeño que habian puesto los cortesanos en provocar la guerra, le ponian ahora en terminarla sin reparar en los medios. Parecíales ya el mayor desatino abrir en la misma España un camino para nuevas invasiones de turcos y de africanos; é hicieron que en 8 de abril don Alonso de Granada escribiese á Aben Aboo directamente pidiéndole que no se aconsejase de la temeridad, ántes enviase diputados para tratar de la reduccion que á todos seria conveniente. Estaba Abaqui con el rey morisco en Mecina de Bonvaron cuando este recibió aquella misiva; y consultado aquel gefe, respondió Aben Aboo que la culpa de tantas desgracias la tenian los malos consejeros del monarca, pero que, conociendo que era natural buscar un remedio, mediando un salvo conducto del rey ó de don Juan de Austria podia tratarse del asunto en Guadix, toda vez que allí se principiό, ó en donde mas oportuno pareciese. Cristianos y moriscos, ménos Abaqui que obraba por sus intereses, no buscaban en los tratos mas que un letargo para sus enemigos; y así no dejaban de mano las armas para dar en tiempo y sazón golpes contundentes. Los moriscos de Finix, ayudados de los turcos y berberiscos, hacian en aquella comarca contínuas correrías: contra ellos envia don Juan dos mil infantes y una compañía de lanzas; cien moriscos son acuchillados, cuatrocientas mujeres caen cautivas, el pueblo de Finix es saqueado, y contentos los cristianos con el botín, las cautivas y mil cabezas de ganado, se alejan de la comarca sin esperar á los moriscos que se juntaban en la sierra. Trasladó don Juan su campo á Ter-

que, y para dar algun color de justicia á aquel saqueo, publicó una aclaracion del bando, en que le destruia, diciendo que no se entendiese por él que se daba un respiro á la guerra, sino que esta cesaba solo para los rendidos, lo que no necesitaba aclaracion ni bando para ser sabido. De Terque pasó á Padul, en cuyas cercanías descubrió una banda de moriscos metidos en unas cuevas cuya entrada entre riscos era sobremanera escarpada; hízoles intimar que se rindiesen, y diciendo que preferían recibir la muerte dándola, fueron exterminados haciendo uso de la artillería, del plomo y de las llamas. Otra expedicion de mil doscientos arcabuceros y cien caballos ordenó don Juan contra los moriscos de las sierras de Raza y Filabre, en donde sorprendidos los moriscos perdieron cuatrocientos hombres, muertos al filo de la espada; y fuéronles cautivadas cinco mil personas, mujeres y niños, y tomado el bagaje y los ganados; pero vueltos en sí los moriscos, apellidaron la tierra, siguieron á los invasores, los acosaron, mataron á muchos y recobraron gran parte de la presa, y cuatro mil cautivos.

Por su parte el duque de Sesa habia ido contra Castil del Ferro perteneciente á su señorío, y ganado el fuerte redujo á cautiverio á los turcos que le defendian, puso en manos del santo oficio á los moriscos, que fué entregarlos á las llamas; y sus esposas y sus hijas repartiólas entre los soldados como manjar exquisito torpemente apetecido. En tanto, por ausencia del gefe, abandonaron los soldados el ejército para convertirse en merodistas y caer en manos de sus implacables enemigos. Cuando Sesa volvió á Adra, desertaban aquellos por compañías, porque no se les permitia el pillaje, ni se les daba mantenimientos, de manera que

de diez mil hombres no quedaban ya cuatro mil bajo las banderas. Trasladóse Sesa á Dalias para mejorar de aguas y procurarse víveres, y luego pasó á Verja para asegurar los convoyes entre Padul y Adra. Enfermaron aquí los soldados y murieron muchos. Los moriscos amigos de Abaqui se presentaban para reducirse; los demás estaban furiosos contra los reducidos tanto como contra los cristianos. Un espía morisco se dió tal maña que hizo desertar media compañía de soldados cristianos, y llevándolos á una emboscada, en ella quedaron muertos ó cautivos. Otros moriscos, en número de trescientos, viendo el mal sesgo que tomaban sus negocios por la division que sembraban los cristianos y Abaqui, embarcáronse en unas canoas turcas y pasaron á Berbería. A la sazón don Juan de Austria y el duque de Sesa tuvieron una entrevista en el cortijo de Juan Caballero, y de resultas el segundo fué con el resto de sus tropas á juntarse en el Padul con el primero.

En esto recibióse aviso de Abaqui, en que decia que en Fondon de Andaraz tenia reunidos muchos moriscos y hasta mil arcabuceros dispuestos á rendirse, por lo que juzgaba conveniente que se mandasen allá diputados para tratar de la concordia. Fuéron, y oyeron las demandas de los moriscos que consistian en que á los turcos y berberiscos se les dejase volver á su patria, y á los moriscos alejados del reino de Granada se les permitiese restituirse á sus hogares, y mediando un general olvido se volviese todo al ser y estado antiguo: y ellos soltarian sin rescate á todos los cristianos que retenian cautivos. Dióse parte á don Juan, y oido por este el dictámen de su consejo, respondió que de todo ello extendiesen un memorial en súplica, obtenidos poderes de Aben Aboo y de los demás gefes que solicitaban rendir-

se. El día 22 de mayo Abaqui y los demás gefes volvieron al fondon con los poderes solicitados, y aquel extendió los memoriales dictándolos á su manera don Juan de Soto, secretario de don Juan, enviado para ello expresamente; y hecho, pusiéronse á cenar alegremente, mientras los escritos eran llevados al campo cristiano. Habia Abaqui escrito al capitan de caballería don Pedro de Castro, perteneciente al cuerpo del duque de Sesa, que no forrajease fuera de ciertos lindes, para no poner estorbo á la concordia; pero Castro, que ignoraba tal vez la trama ó no podia avenirse á que se tradujese un odio en melosas palabras, contestó con arrogancia y con desprecio. Indignado Abaqui, y pareciéndole que aquello era una mala correspondencia, iba á dar al traste con todos los tratos y matar á los diputados cristianos, cuando acertó á llegar Hernan Valle de Palacios con respuesta de don Juan, favorable á los memoriales; por lo que, depuesto el enojo, ratificóse la concordia, cuya suma fué: que Abaqui, en nombre de Aben Aboo y de los demás gefes, iria á echarse á los piés de don Juan, depondria armas y banderas y pediria clemencia; que don Juan en nombre del rey concederia un amplio perdon, y haria que nadie molestase á los moriscos; que estos abandonarían las Alpujarras y serian trasladados á otros puntos; y que á Aben Aboo, á sus allegados y á Abaqui se les harian ciertas mercedes que eran el alma del negocio. En cumplimiento de lo dicho fué Abaqui á Padul, y recibido solemnemente entre filas de soldados y con salva de arcabucería, pidió clemencia, rindió la espada que le fué devuelta diciéndole que con ella sirviese al monarca, y le fueron confirmadas las antedichas promesas. Con la ratificacion fuése á dar cuenta de todo á Aben Aboo, mientras don

Juan de Austria trasladaba á Cobda de Andarax su campo.

La translacion de los moriscos á otros puntos era lo que se deseaba llevar á todo trance á cabo. Al efecto mandóse á don Antonio de Luna que, reunidos cuatro mil infantes y cien caballos, recogiese todos los moriscos de la Serranía de Ronda. Tomó Luna sus disposiciones para que en un mismo dia se juntasen los moriscos por iglesias. Mas no bien entendieron aquellos desgraciados que se trataba de arrojarlos de sus hogares, huyeron á la sierra, y los soldados se cebaron frenéticos en los niños y en las mujeres, robando, acuchillando y saqueando. Los fugitivos de algunos pueblos, viendo cebados á los cristianos, cayeron sobre ellos, los derrotaron, pasaron á cuchillo y recobraron parte de la presa. Solo mil quinientos soldados, de los cuatro mil, volvieron con vida; y del botin, del ganado, de los niños y de las mujeres, se hizo feria en Ronda. Los moriscos, dada muestra de su bravura, representaron diciendo que les fuesen devueltos sus bienes, sus hijos y esposas, y permanecerian sumisos como hasta entonces lo habian sido. Aquella guerra social, por unas necias potestades provocada, habia transformado en fieras á los mas timoratos moradores. Los cristianos de Málaga fuéron á Tolox para recoger los moriscos en la iglesia, mas viéndolos huir pusieron la villa á saco y dejáronla desierta. Encamináronse en seguida á la sierra en busca de ganado y de cautivos; mas los moriscos cayeron sobre ellos, destrozáronlos, y vueltos á Tolox dieron á las llamas las casas de los cristianos y el templo.

Mientras de tales horrores era teatro la Serranía de Ronda, celebraba don Juan de Austria en su campo con magnificencia la fiesta del Corpus, asistiendo á la procesion el ejército, y oyendo un sermon en que el orador daba gra-

cias al Dios de las misericordias infinitas porque aquella guerra tocaba ya á su término. Vuelto Abaqui al campo cristiano trajo la concordia ratificada por Aben Aboo, por los demás gefes, y por los mismos turcos, y para ponerla en ejecucion quedó concertado que los turcos y los berberiscos serian trasladados á Berbería, que los moriscos serian repartidos por la Andalucía y Castilla la Nueva, apartados de las costas, y que Abaqui se esforzaria en reducir á los moriscos de la Serranía de Ronda recientemente levantados. Nombráronse comisarios que recibiesen á los reducidos, apuntando la edad, las armas, y el lugar que para residencia les convenia, y facultando á los moriscos para vender los muebles, ó trasladarlos á sus nuevas residencias. Don Alonso de Granada y Venegas, para activar la reduccion, fué á Alcolea, en donde habló con los moriscos, y mandó que al ser trasladados de domicilio se les diese buena escolta, pues de otro modo serian presa de los monfies; pasó en seguida á Cadiar, y tuvo una entrevista con Aben Aboo, quien se le mostró animado del mejor sentido, pero le insinuó que no hiciese público el bando hasta estar embarcados los turcos y los berberiscos; y don Alonso á su vez manifestó al gefe morisco que la necesidad de dejar la tierra no se entendia con él ni con sus allegados que nombrase: con cuyas nuevas vuelto don Alonso al campo de don Juan, manifestó á este que todo estaba en buen estado, pero que convenia no dejar que los turcos y los berberiscos llevasen consigo moriscos, ni moriscas, ni cristianos, sino rescatarlos con el mejor partido que se pudiese.

Al poner en ejecucion lo pactado, atravesáronse dificultades nacidas de la grande inmoralidad en aquellos dias dominante. Los presentados eran recogidos y entregados á va-

rias escoltas : y una vez puestos en camino , echábanse los soldados sobre las moriscas , y las cautivaban ; de manera que fué preciso castigar á muchos de aquellos agresores con el último suplicio , y ni aun así pudo ponerse remedio á mal tan grave . A los no reducidos perseguíaseles á sangre y fuego . Seiscientos infantes que volvian de Guadix á Granada , sorprendieron en Valdeinfierno á muchos moriscos , les quitaron el ganado , y cautivaron ciento trece niños y mujeres . En Pinillos del Rey fuéron acometidos otros y se les cautivaron ochenta mujeres . Un morisco llamado Mueden fué sorprendido en una cueva de la sierra de Minjar , é intimándole que si se rendia tendria salva la vida , hízolo ; y quedando cautivas su mujer y sus hijas , á él le ahorcaron de órden del presidente de la chancillería de Granada . Preveníanse naves para trasladar á África á los turcos y á los berberiscos ; mas algunos de ellos dijeron que no querian pasar el mar en naves de cristianos , y andaban por el Cabo de Gata esperando naves berberiscas para no perder cincuenta cautivos cristianos que llevaban consigo . Súpolo don Juan , y mandó á Villarroel , gobernador de Almería , que los destruyese , quien fué sobre ellos , perseguiólos , mató algunos , hizo ciento diez y ocho cautivos entre hombres y mujeres , y recobró cuarenta y tres cautivos cristianos , pues á los siete habian dado muerte los turcos . De esta manera , á medida que veian mas despejado el terreno , iban los cristianos poniendo en olvido las promesas hechas á Abaqui . En Castil de Ferro embarcáronse en dos naves algunos turcos , con salvoconducto , llevando consigo los cristianos que no habian sido rescatados ; y no bien habian salido á la mar cuando fueron contra ellos algunas galeras reales , y arrebatando los cristianos , fueron reducidos los turcos á

duro cautiverio. Viendo esto Abaqui, cuidó de que los turcos y los berberiscos soltasen los cautivos, y embarcólos á todos para Berbería; pero sucedió que casi al mismo tiempo desembarcaron procedentes de África doscientos turcos y berberiscos, fuéron en busca de Aben Aboo, le hicieron esperar socorros del gran turco, cuya escuadra se presentaba para hacerse señora del Mediterráneo, y diéronle á entender que con los cristianos convenia solo ir ganando tiempo. Súpolo Abaqui, y avistándose con don Juan de Austria, díjole que si le confiaba quinientos arcabuceros cristianos traeria preso á Aben Aboo. Dióle don Juan ochocientos ducados de oro, pareciéndole que este metal era la única recompensa digna de tales servicios; y Abaqui fué á Berchul con ánimo de levantar por dinero algunos moriscos que fuésen contra Aben Aboo, y atrevióse á decir públicamente que atado á la cola de su caballo traeria al gefe moro si á buenas se negaba á reducirse. No faltó quien trasladase á Aben Aboo estas palabras, por lo que hizo que los turcos y moriscos de su guardia prendiesen al imprudente y le llevasen á su presencia. Echóle Aben Aboo en cara su traicion y su perfidia, pues miraba por sí, y nó por los moriscos, y le hizo ahogar y sepultar en un muladar secretamente, de modo que hasta pasados treinta dias nadie lo supo. Es probable que los cristianos le hubiesen dado el mismo pago, pues las dádivas á la traicion debidas solo con reservas se admiten, y únicamente á un alevoso pago dan derecho.

Disimulando Aben Aboo lo ejecutado, escribió á don Fernando Barradas, que tambien habia andado en los tratos, que se viese con él para llevarlos adelante; y Barradas contestó preguntándole que porqué tenia preso á Abaqui; á lo

que respondió Aben Aboo en otra misiva, que lo habia hecho porque traia engañados á los cristianos y á los moriscos, y se preparaba para pasar á Berbería. Y pasados unos dias, viendo que Barradas no respondia ni comparecia, escribió á don Alonso de Granada ponderándole lo mucho que convenia que pusiese la mano en el negocio de la reduccion, para no frustrarle. Trazas todo para ir ganando tiempo. Y como Hernan Valle de Palacios fué á verle para rastrear lo que habia sido de Abaqui, supo en Valor Alto, por boca de un primo de Abenhumeya, la verdad del caso, las largas que buscaba Aben Aboo, las esperanzas que en él los turcos habian infundido, y la gente armada con que contaba, que estaba reducida ya á unos cinco mil hombres: á pesar de cuyas nuevas pasó á Mecina de Bonvaron á verse con Aben Aboo, y oyó de su boca que los tratos estaban rotos, y que aunque quedase solamente Aben Aboo entre los moriscos, viviria y moriria en la ley de Mahoma, pues era de corazon mahometano. Todavía, dada esta respuesta, probó á entretener á los cristianos con promesas para que no penetrasen en las sierras, pero ya no fué posible: la obra de exterminio debia llevarse adelante con una furia irresistible. Ya no es una campaña lo que queda por contar de esta desesperada lucha, sino un acosamiento incansable. Tratábase de perseguir, de fatigar, de estrechar á los moriscos, y de acabar con ellos por mas sangre que costase el derramar la suya. Galipe, hermano de Aben Aboo, habia marchado con doscientos arcabuceros para proteger á los sublevados de la Serranía de Ronda; perdió el guia, y tomando por tal á un cazador cristiano, llevóle esta á Alhora, y metido entre el fuego de los cristianos de este pueblo, y el de una columna de Málaga que recorria aquellos cerros, pere-

ció con casi todos sus soldados: que fué para Aben Aboo un gran contratiempo. Del precio de los moriscos cautivos levantaron los de Alhora la ermita llamada de la Vera-Cruz. La misma noche, en los cerros de junto á Tolox, fueron pasados á cuchillo muchos moriscos reunidos que estaban esperando á Galipe: segundo y trascendental descalabro para el gefe morisco. Tambien los moriscos de la Serranía de Ronda, en número de tres mil, esperaban al hermano de Aben Aboo, y seiscientos de ellos fuéron desde Tolox contra Alozaina; pero los cristianos de este pueblo se acogieron al castillo y en él rechazaron tres asaltos. Fué notable el valor con que la doncella María Sagredo, muerto á sus piés su padre, tomó sus armas y desde el muro se defendió con el mayor denuedo, matando á un morisco é hiriendo á otros. Mas adelante, cuando se casó, fué premiada esta heroína dándola unas haciendas tomadas á los moriscos de Tolox. Sabida la rota de Galipe, y confiada la pacificación de la Serranía al duque de Arcos, que tenia en ella una buena parte de sus estados, no hubieran tardado en reducirse aquellos moriscos, si uno de ellos muy autorizado, por nombre Melqui, no se hubiese opuesto diciéndoles que los cristianos prevenian ya cordeles para las gargantas de los reducidos: cosa que la experiencia confirmó en breve, pues habiéndose presentado á indulto unos moriscos de Benaviz, la escolta cristiana que les dieron, bien se dejase llevar de la codicia, ó bien tratase de estorbar la reduccion que pondria término á aquella guerra fecunda en botín, pasólos á cuchillo. En vano el duque de Arcos se mostró justiciero, haciendo ahorcar á unos y condenando á galeras á otros de la escolta cristiana: la desconfianza tenia echadas entre los moriscos hondas raíces, y fué necesario

agotar contra ellos la fuerza. El duque, reunida gente y víveres de Ronda, salió á 16 de setiembre con mil infantes y cincuenta caballos contra el fuerte de Arbrotó, sito en lo mas alto cerro de la Serranía; y despues de una lucha porfiada que duró tres horas, tomó posicion en el rellano que formaba la loma, y sitió el fuerte. Reforzóle á poco Arévalo de Zuazo con la coluna de Málaga compuesta de cien caballos y dos mil infantes; y llevados estos de su ardimiento dieron tan repentina y furiosa arremetida, que los moriscos tomaron la fuga lanzándose por aquellos despeñaderos, y dejaron en poder de los cristianos quinientos cautivos, mujeres y muchachos. Conseguida esta ventaja despidió el duque á la gente de Málaga, y con la suya fué á Instan, á tiempo en que el morisco Melqui derrotaba junto á Monda, en el cerro de Aborno, al capitan Murillo, sin que Pedro de Mendoza, enviado por Arcos para darle ayuda, se atreviese ó pudiese socorrerle. La misma suerte que Murillo tuvo el capitan don Francisco Ascanio, salido de Monda con direccion á Hongen; y otra igual le cupo á un destacamento de cien hombres que escoltaban un correo que el duque de Arcos enviaba al rey don Felipe. Inútilmente el duque, reunido mayor número de gente, y hasta ochocientos soldados sacados de las galeras, recorrió la sierra, y puso presidios en Calaluy, Instan, Monda y otros pueblos: los moriscos, dado el golpe, parecian haberse sepultado en la tierra, y no dejaban de sí rastro ninguno. En el interior del país sublevado, una vez introducida la division entre los moriscos, cebáronse en ellos los cristianos con grande encarnizamiento. En Cobda de Andarax levantóse un fuerte en que se metieron doce compañías de infantería, y una de caballería, que tenian en continua alarma á los moriscos.

El monarca, viendo que la reduccion se retardaba, y conociendo que era buena coyuntura para acometer á los moriscos aquella en que la indecision los minaba en sus cimientos, mandó que dos ejércitos, uno por la parte de Granada, al mando de don Luis de Requesens, y otro por la parte de Guadix, penetrasen en las Alpujarras, talando el país y devastándole hasta juntarse bajo el mando de Requesens entrambos. Salido este de Granada á 3 de setiembre con cinco mil hombres, fué á Padul, Acequia, Lanjaron, Orguiva y Pitres, en cuyo último punto levantó un fuerte, y talando uno tras otro los partidos de Poqueira, Ferreira y Jubiles, llevando la desolacion y el espanto á donde alcanzaba su brazo, fué á Cadiar á juntarse con tres mil hombres y trescientos caballos que allí habia enviado desde Guadix don Juan de Austria, puestos al mando de diferentes cabos. Requesens dió muestras de una actividad asombrosa. Sin dar descanso á los soldados, excitando en ellos la codicia que los arrastraba á vencer los mayores obstáculos y á arrostrar con todo linaje de privaciones y fatigas, hizo recorrer el país en todas direcciones en la estacion mas conveniente, y dió á las tropas carta blanca para la tala, el saqueo, el incendio y el degüello, y para reducir á misero cautiverio á los vencidos. En pocos dias varios destacamentos salidos de Cadiar para Orguiva, Tucainena, Adra, Trevez y Cehel recogieron numerosos ganados, un botin considerable, mil y cien esclavas, y pasaron quinientos moriscos á cuchillo. Los cortijos y casas de labranza eran entregados á las llamas. De todos los pueblos se sacaban las vituallas para amontonarlas en los fuertes. Los tercios que recorrieron el partido de Dalías mataron ochocientos moriscos, y cautivaron doscientas esclavas, y unos cuatrocientos

cincuenta de los primeros. Pero si el filo de la espada habia perdonado á estos en la sierra, nó así en el campo del caudillo cristiano, pues cuatrocientos fuéron degollados, y treinta y seis fuéron ahorcados. En Cadiar, Mecina de Bonvaron, Jubiles, Berchul y Cujurio, se levantaron fuertes para hacer desde ellos incesantes correrías, y recorrido lo visible de la sierra fuéron escudriñadas sus entrañas en busca de botin y de cautivos. Esta horrenda cacería emprendida contra los hombres debia traer á la memoria lo que los antiguos libros nos refieren de las atrocidades de los bárbaros de los siglos cuarto y quinto, que al caer sobre una comarca lo hacian con la furia de un torrente, no contentándose con la mera dominacion de las gentes, sino arrebatándolo todo, haciendas, libertad, patria, familias, y la luz del dia: en una cueva de Mecina de Bonvaron se habian recogido trescientos ochenta moriscos; los cristianos pegan fuego á la boca de la caverna; ciento veinte perecieron; los demás, casi ahogados y moribundos, salieron implorando misericordia. En las de Castares, Tiar y otras partes, pasaron escenas á esta muy parecidas. En una profunda cueva de Berchul ninguno de los que en ella moraban quiso rendirse; sesenta personas perecieron; casi todas pertenecian á lo mas granado del campo morisco. Aben Aboo estaba en ella con su familia. Su mujer y sus dos hijas perecieron; él y dos amigos pudieron á duras penas escapar con vida por una secreta y estrecha salida. Si los moriscos huyendo de un destacamento iban á otra parte á entregarse como reducidos, acudian los perseguidores y los reclamaban como presa suya: así lo hizo Tello de Aguilar que, saqueada Finix, iba en pos de sus moradores fugitivos, quienes fuéron á Almería á acogerse al indulto, vi-

niendo su persecuidor tras ellos; y fué necesario que un juez entendiese en el asunto para decidir si aquella caza humana pertenecía de derecho á quien la habia levantado. Registráronse nuevas cuevas en las sierras; en una se rindieron cien moriscos y treinta berberiscos, y quedaron cautivas trescientas personas, niños y mujeres; en otras varias fuéron muertos al pié de mil quinientos moriscos, y cautivadas tres mil esclavas é inocentes criaturas; en una de Murtas fuéron presos tres parientes de Aben Aboo, entre ellos Francisco de Córdoba, que con Abaqui habia andado en los tratos, y en premio fué condenado al remo. De las moriscas y sus hijos se hacia pública almoneda como vil rebaño; que fué un cuadro lastimoso y miserable. Todavía algunas partidas recorrian la sierra, se escondian entre las breñas, y armaban emboscadas en una de las cuales cayó con su gente don Diego de Leiva, y murió de las heridas en ella recibidas.

Jamás los desvaríos de las humanas potestades dieron al mundo un espectáculo mas repugnante que el que ofreció el desventurado reino de Granada el dia primero de noviembre. En todos los pueblos eran recogidos en las iglesias los moriscos reducidos, exterminados ya casi todos los insubmisos, y allí en masa primero, y á manadas luego eran llevados á lejanas tierras. Los últimos restos de los moriscos de Granada, de la Vega, y del valle de Lecrin, en número de mas de seis mil hombres, fueron repartidos entre Extremadura y Plasencia; los de Guadix y el marquesado de Cenete, entre la Mancha y el reino de Toledo; los de Baza, recogidos con engaño prometiéndoles campos y bueyes para cultivarlos, fueron trasladados á Montiel. Las del rio Almanzora y los del Boloduy, ántes que pasar por tanta

ignominia, prefirieron huir á la sierra, ó buscar la muerte, dando penetrantes alaridos. Los de junto á la sierra de Baccares se enfurecieron con los soldados que los escoltaban, lacharon con ellos, mataron é hirieron á muchos, y dejando doscientos compañeros tendidos entre los cadáveres de sus enemigos se subieron á la sierra de Baccares: y los que pudieron ser habidos de esta comarca, embarcados en Adra, fueron trasladados á Sevilla unos, á Llerena otros. Los de Ronda, Marbella y Bentomiz, que los soldados pudieron juntar en las iglesias, fueron reunidos con los de Granada y de la Vega. Las representaciones del arzobispo de Granada habian surtido todo su efecto; reinaba en las Alpujarras una quietud imponente; ningun cuidado ni zozobra podia dar el gobernar las peñas; ya no moraban allí ni buenos ni malos cristianos, sino únicamente los finados; algunos míseros restos, perdonados por el hierro y el fuego, mas bien que pueblo y habitantes, lívidos esqueletos parecían que andaban errantes porque no cabian en las tumbas.

El Morisco Melqui, que mantenía en agitacion á los moriscos de la Serranía de Ronda, fué muerto en una batida que dió el duque de Arcos. El dia 5 de noviembre don Luis de Requesens habia vuelto á Granada; y seis dias despues entró don Juan de Austria acompañado del duque de Sesa, y á poco se dirigió á la córte, seguro de que ya no quedaban en las Alpujarras elementos para continuar la guerra, sino únicamente para formar cuadrillas de foragidos. Esta lucha sangrienta llevó marcado con indelebles señales el espíritu entonces dominante en la península. Fortuna fué para esta que los turcos no protegiesen el levantamiento con su natural eficacia, pues á hacerlo, era muy de temer que la obra de los reyes Católicos hubiese naufragado. Los moris-

cos, como españoles que eran, habian desplegado el mayor heroísmo. Frustrados los planes del marqués de Mondejar, desconcertados los del marqués de los Velez, malparado el duque de Sesá en su campaña de las Alpujarras, y opuesta á don Juan de Austria una resistencia que no esperaba, solo acudiendo á la corrupcion, y viéndolos por ella desunidos, pudieron ser exterminados por don Luis de Requesens y don Fernando Hurtado de Mendoza. El fin de esta guerra encarnizada fué para los cristianos de aquellos tiempos un auto de fé inmenso.

Mientras ellos y los moriscos derramaban á torrentes la sangre, concertaba el rey don Felipe sus cuartas nupcias con su sobrina la archiduquesa Ana de Austria, obtenida nó sin grandes dificultades del papa Pio quinto la dispensa. Habia Felipe pasado á Córdoba para obtener de las córtes de este reino eficaces servicios contra los moriscos, y terminadas trasladóse á Sevilla en donde á caballo y llevado bajo de palio hizo entrada solemne el dia primero de mayo. En esta ciudad fué, á solicitud de un embajador pontificio, ajustada entre España, Venecia, Génova y Roma, una liga contra el turco que amenazaba la isla de Chipre, reunido un armamento marítimo formidable. El reino de Portugal, diezmado á la sazón por la peste, se excusó de entrar en la alianza. El dia 16 de mayo, obtenido de la ciudad de Sevilla un donativo de seiscientos mil ducados, salió de ella Felipe, y por Ecija y Jaen volvióse á la córte. Casado ya en Alemania por poderes, su nueva esposa doña Ana fué entregada á dia 15 de agosto al duque de Alba; embarcóse á 24 de setiembre, recibida ántes una visita de un almirante inglés que á nombre de su reina le ofreció los puertos de Inglaterra; surgió en Santander á los pocos dias; por Burgos

y Valladolid fué á Valverde; en todas partes festejada; y el día 14 de noviembre llegó á Segovia, en donde la esperaba el monarca, y ratificado el matrimonio, pasaron á Madrid á 19 de noviembre.

Dadas las órdenes convenientes para hacer eficaz la liga contra los turcos, cuarenta y nueve galeras españolas, en que se embarcaron tres mil españoles y dos mil italianos, fuéron, mandadas por Andrés Doria, genovés, al socorro de los venecianos, y juntándose con la armada de esta república, formaron una escuadra de ciento ochenta y una galeras, un galeon, once galeazas, y varios navíos de transporte. La flota turca constaba solo de ciento treinta y tres galeras. La de la liga fué en su busca, pero con la noticia de que Nicosia había caído en poder de los turcos, divididos los pareceres de los jefes cristianos, se volvieron estos sin hacer cosa de provecho.

En Flandes continuaba el duque de Alba exasperando á aquellos moradores con exacciones violentas, levantando ciudadelas, y dando á entender á los flamencos que él era el único árbitro de sus haciendas y de sus vidas. En medio de la plaza de la ciudadela de Amberes hizo levantar una estatua suya, teniendo á sus piés á los estados de Flandes, representados por un cuerpo que tenia dos cabezas y seis brazos. Perdióle esta vanidad, no solo á los ojos de las personas sensatas, sino á los del mismo monarca, que creyó ver en aquel acto menoscabado su poder, y pensó ya en nombrar por sucesor de Alba al duque de Medinaceli.

En el Perú las sevicias del virey don Francisco de Toledo dieron márgen á conmociones y levantamientos, en que los tumultos tomaban por bandera el nombre de los descendientes de los incas. El virey procuró conjurar la tempestad

con la perfidia , y llamando á su lado á los miembros de esta antigua familia , hízolos ahorcar sin mas motivo que porqué circulaba en sus venas la imperial sangre. Dicen que al volver Toledo de su vireinato , le desterró de su presencia Felipe diciéndole que le habia mandado al Perú para ser virey y nó verdugo : palabras muy bellas pero que no se avienen con el carácter del monarca que habia enviado á Flandes y á las Alpujarras nó magistrados , sino exterminadores.

Algunos analistas muy concienzudos , al historiar los acontecimientos de este año pertenecientes al vireinato de Méjico , dicen haber llegado á él por este tiempo las primeras bulas ; y que se obligó á todos los indios tributarios y á los propios de encomiendas , desde la edad de once años , á tomarlas , abonando por ellas cuatro reales , y que asimismo fueron obligados á pagar otros cuatro reales por la misa que oian en los dias de precepto : y añaden que estas imposiciones produjeron una renta anual de tres millones de ducados de oro. Negáronse los indios á tomar bulas por cabeza , y solo las querian por familias ; de ahí nacieron graves alteraciones ; y para castigar á los mejicanos les fué vedado , dice Hacklhuyt , el cultivo de la vid y el del olivo.

En la Florida , por mas refuerzos que allá se mandaban confiados á don Pedro de Menéndez , y por mas regalos de maiz que los religiosos hacian á los indios , ni en la reduccion civil ni en su conversion se adelantaba cosa. El padre Rogel tuvo que abandonar la comarca de Orista , pues los indios le escucharon en cuanto les habló con dulzura de las misericordias divinas , del amor que Dios nos tiene , y de la veneracion con que debe ser enaltecido : pero en llegando á inculcarles el odio que al demonio y á sus hijos los vicios

debe tenerse, enfureciéronse diciendo que no querian tener odios, y le abandonaron.

CAPITULO XVI.—Muerte de Aben Aboo. Don Juan de Austria es nombrado general de la liga formada contra los turcos. Batalla de Lepanto. Año 1571.

Todavía de entre las cenizas del antiguo reino de Granada saltaba alguna chispa. El duque de Arcos reemplazó á con Luis de Requesens para revolver aquella vasta hoguera, y extinguir el escaso combustible que en ella existir pudiese. Entre Berchul y Trevezal andaba de cueva en cueva, con unos cuatrocientos hombres divididos en cuadrillas, el desgraciado rey de los moriscos. Seguíanle Abu-Amer y un famoso monfí ó foragido, llamado por unos Seniz y por otros Xeniz. Rodéanle por todas partes la desolacion y la muerte; y la traicion que habia aniquilado sus ejércitos, destruido sus pueblos, y convertido en cadáveres ó en esclavos á sus moradores, llamaba otra vez á sus puertas. Francisco Barredo, platero granadino, escribió por medio de un morisco indultado al efecto, á Abu-Amer, pidiéndole una entrevista para pensar en los medios de acabar con Aben Aboo, y sus restos miserables. Llegó la carta á manos de Seniz, y como buen bandido brindóse á entregar á Aben Aboo, vivo ó muerto, si recibia perdon de sus horrendos crímenes. Dióse maña Barredo, y logró que el duque de Arcos y el presidente de la chancillería de Granada prometiesen á Seniz el indulto que solicitaba. Hubo de rastrear Aben Aboo una parte de aquella trama, y fué á sorprender á Seniz en la cueva donde moraba; pidióle cuenta de sus pasos, á lo que respondió con algun desentono el bandido; y trabados de palabras, acudieron seis moriscos parientes de Seniz, se echaron sobre dos que habian acom-

pañado á Aben Aboo, y ocupada la entrada de la cueva, mataron al uno, ahuyentaron al otro, volvieron contra su rey, le sujetaron mientras Seniz le daba en la cabeza con la culata de su arcabuz derribándole sin sentido, y muerto ya le arrojaron desde una alta peña. Sacáronle despues los intestinos, llenáronle de sal el vientre, y asegurado sobre unas tablas, de manera que parecia vivo, le llevaron á Granada para recibir la recompensa prometida. Fué recibida esta repugnante comitiva con un júbilo indecoroso, entre salvas de arcabucería y de artillería; y las autoridades mandaron que el cadáver fuese arrastrado vilmente por las calles, y despues descuartizado. Su cabeza, metida en una jaula de hierro, la pusieron sobre la puerta del rastro que vá á las Alpujarras. Despoblada la tierra y destruida, fué necesario buscar quién se encargase de las haciendas de los moriscos; muchos se atrevieron á cargar con ellas, y muy pocos á cultivarlas y hacer allí asiento, temerosos sin duda de que nuevas quejas del arzobispo, si la poblacion nuevamente prosperaba, hiciesen otra vez necesaria la muerte de veinte mil soldados cristianos, y el degüello de cien mil habitantes, por los delitos de bañarse, tocar dulzainas, hacer zambras, y no aprender la doctrina.

—Ajustáronse en tanto en Roma las condiciones de la liga contra el turco, y consistian en poner en la mar doscientas galeras con cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos, y que la mitad de los gastos corriesen por cuenta de la España, tres octavos por cuenta de Venecia, y un octavo por la de Roma. Para general de la liga fué elegido don Juan de Austria. Habia esta alianza sido promovida por Venecia que veia lanzarse sobre ella toda la furia de la potencia otomana, cebada ya en la isla de Chipre. Pio quinto la habia

abrazado segun todos visos con el entusiasmo que animó á los promovedores de las cruzadas en la edad media. Adoptó Felipe, cediendo á las instancias pontificias y á sus concesiones, tales como la bula de la cruzada, el subsidio y otras gracias, y animado de la idea de ser entre los príncipes cristianos el primero : y tuvo el feliz pensamiento de no confiar ya á los genoveses el mando de las galeras españolas, como habia venido haciendo el emperador su padre en las mas importantes ocasiones, sino de ponerlas bajo el mando de los marinos de estos reinos. Portugal se negó á formar parte de la liga ; Francia hizo lo mismo, porque no veia en ella mas que el interés de Venecia que habia dejado tomar creces á la marina turca, mientras pudo ser aliada de Constantinopla, y solo aspiraba á aniquilarla ahora que la veia apellidarse mortal enemiga suya. La Inglaterra, que no tenia intereses que defender en el Mediterráneo, veia con indiferencia la lucha en que Roma tomaba una tan activa parte. Algunos príncipes italianos prometieron aportar juntos hasta doce mil infantes y dos mil caballos. Mas no lo hicieron todos, pues de la muestra que pasó la liga solo resultaron unos veinte y dos mil hombres. Mientras se negociaban las condiciones de la liga, instó el pontífice á Felipe para que arreglasen tambien ciertas cuestiones de jurisdiccion que en Nápoles y en el Milanesado eran controvertidas ; mas Felipe declinó la demanda, respondiendo que cederia en ellas, siempre que pudiese sin menoscabo de sus regalías.

A dia 6 de julio salió don Juan de Austria, seguido de muchos gentilhombres y caballeros. Fué á Zaragoza, al santuario de Monserrate, y el 16 del mismo mes hizo entrada en Barcelona. Los archiduques Rodulfo y Ernesto

fuéron tambien á esta ciudad, dejando en Madrid á sus hermanos pequeños, Alberto y Venceslao, que habian venido acompañando á la reina doña Ana, debiendo aquellos volver por Génova á Alemania. El 20 de julio, reunida en Barcelona mucha infantería, embarcóse con don Juan en cuarenta y siete galeras, y á los seis dias surgieron en Génova, en donde no fué recibido el príncipe con sumo contento, ya porque la liga se habia hecho en favor de Venecia, rival de Génova aborrecida, ya porque hacia medio siglo que los genoveses se creian los directores y el alma de los armamentos marítimos que la España hacia: fuera de que no podian mirar sin zozobra, atendido el carácter del rey don Felipe, la permanencia en su puerto de unos tercios aguerridos. Don Juan salió de Génova el dia primero de agosto, y desembarcó el 10 en Nápoles, y á los cuatro dias recibió de manos del cardenal Granvela el baston de mando y el estandarte de la liga: veíanse en el centro de este las armas pontificias, á la derecha las de España, y á la izquierda las de Venecia. Otro cardenal enviado por el pontífice dijo á don Juan que no vacilase en acometer á los turcos, pues Dios por quien peleaba le daria la victoria. Supo el sultan Selim, ganada ya Nicosia en la isla de Chipre por sus generales, y puesto sitio á Famaugusta, la liga que contra él habia anudado Venecia, y para resistir á la armada cristiana, puso en el mar doscientas ochenta galeras con veinte y cinco mil combatientes al mando de Alí Bajá y otros gefes, entre ellos Aluch-Alí ó Uchalí, descendiente de los Barbarrojas, con órden de acometer á los cristianos en donde quiera que los encontrasen.

Don Juan llegó á dia 23 de agosto á Mesina, punto de reunion para la armada de la liga, y fué recibido con salva

general de las galeras venecianas, pontificias, genovesas y españolas, reunidas ya allí en su mayor parte. Había en la armada de los españoles tres hombres en quienes es conveniente parar la atención un momento; y eran, don Juan de Austria, don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y don Luis de Requesens. Representaba el primero, dotado de ancho pecho para acometer difíciles empresas, á la juventud entusiasta, ardiente, ávida de luchas y de gloria. Era el segundo un marino de grandes bríos, y no menor fiereza, que siempre había protestado contra la especie de tutela que sobre nuestras naves se arrogaba Génova, y aspiraba á probar que la España se bastaba á sí misma, como poder marítimo, escudriñados sus recursos, para dar asombros al mundo. Y el tercero, á la vez general de mar y de tierra, era también un hombre de mundo que sabía vivir bien con todos, obrar enérgicamente en las ocasiones, y dormir á tiempo en otras, gran conocedor de las gentes y de sus flaquezas; tenía ganada la voluntad del monarca, quien le confiaba su verdadero santo y seña, y así le había enviado á dar á la guerra de las Alpujarras el deseado remate, y ahora le colocó al lado de don Juan para dar á éste dirección y rumbo determinado. Tales eran los tres jefes que estaban encargados de sostener el nombre y el honor de la española monarquía, y que muy luego dieron á conocer que eran muy dignos de llevar sobre sus hombros tan grave peso. Súpose que Famaugusta había sucumbido, y reunidos los generales en consejo, Requesens, Bazan y don Juan opinaron con Doria que era conveniente ir en busca de la armada turca. Hechos los aprestos necesarios, mandóse que no fuesen admitidas en los buques las mujeres, y se impuso pena de muerte contra los blasfemos: tan general y arrai-

gado estaba en aquel siglo ese repugnante vicio, que hizo necesario tan fuerte correctivo. Embarcáronse algunos religiosos que obtuvieron cargos espirituales, publicóse jubileo, ayunóse durante tres días, y dispúsose una procesion á la que asistió don Juan con todos los jefes. El jóven general revistó la armada, y hallando que las galeras venecianas estaban mal provistas de municiones y de gente, puso en ellas los pertrechos que faltaban, y aumentó sus soldados con dos mil quinientos españoles y mil quinientos italianos, encomendando una grande moderacion á las tropas para que unos con otros no se agriasen los que pertenecian á distintos pueblos.

El dia 16 de setiembre salió de Mesina la armada compuesta de doscientas ocho galeras, seis galeazas, provistas de gruesa artillería, y cincuenta y siete fragatas, sin contar algunos navíos enviados á Corfú con algunas galeras, para tomar lenguas y conservar la llave del Adriático. Tenido ántes un consejo, en él fué muy escuchado y atendido del príncipe el famoso Doria que habia acudido con las galeras genovesas; y, para que no hubiese en la armada, en ningun tiempo ni evento, confusion ni embarazo, extendióse y se circuló á los oficiales una instruccion minuciosa acerca del órden que debia seguirse en navegar y en acometer al enemigo. Iba á vanguardia Andrés Doria con cincuenta y cuatro galeras en que ondeaban banderolas verdes; seguia el cuerpo principal en que iban don Juan de Austria, Requesens, el general pontificio, el veneciano, y otros príncipes, con setenta y cuatro galeras en cuyos topes flotaban banderolas azules: en la galera de don Juan aparecia el estandarte de la liga, y á su derecha navegaba la capitana pontificia, y á su izquierda la de Venecia; formaban el tercer

cuerpo cincuenta y cinco galeras con banderolas amarillas, al mando del veneciano Barbarigo; y cubria la retaguardia don Alvaro de Bazan con treinta galeras y blancas banderolas. Doria en el momento del ataque debia formar el ala derecha, don Juan y Requesens el centro, Barbarigo la izquierda y Bazan un cuerpo de reserva para socorrer al que mas estrechado apareciese. Primero se habia mandado que Bazan tuviese á su cargo la derecha, y Cardona la reserva, mas luego despues se mudó la órden, y fué como queda dicho. Navegando así la armada, dejóse ver Gil de Andrade que con ocho galeras habia salido á la descubierta, y trajo la nueva de que los turcos ocupaban el punto de Prevesa, y uno de los golfos septentrionales de la antigua Acarnania; y oidas sus nuevas mandóle don Juan que volviese con cuatro galeras á hacer otro reconocimiento.

Habíanse en esto adelantado los turcos hácia la entrada del mar interior que se ha dado en llamar golfo de Patras, el cual conduce á la angostura en donde está la poblacion de Lepanto, que es atalaya y defensa del golfo de su nombre, llamado tambien golfo de Corinto. Delante de la entrada del golfo de Patras hay otra especie de mar interior, formado por varias islas, la de Zacintos ó Zante, la de Cefalonia ó Samos, distinta de otra Samos asiática, la antigua Ítaca, la de Leucadia, famosa por el templo de Apolo y promontorio Leucate, hoy llamada isla de Santa Maura, y otras pequeñas islas mencionadas en las historias de la celebrada Grecia. El estrecho que separa la Leucadia de la Acarnania conduce á la nombrada ACTIUM, en donde los romanos se disputaron tambien los destinos del mundo. Campo de batalla era este muy digno de presenciar los esfuerzos que hacia la media luna para hacerse señora del Mediter-

ráneo, y los que hacían España y sus aliados para atajar sus progresos, y destruir la reputación de invencibles que en la mar tenían los otomanos. Ha parecido oportuna esta descripción sucinta del teatro de la lucha, porque hay dudas acerca de si se dió á la batalla naval de Lepanto un nombre impropio, pues en realidad no entraron ni era prudente que entrasen los cristianos en el golfo de Lepanto, ni se acercaron de mucho á su boca, ántes todas las relaciones antiguas atestiguan que don Juan surgió en Cefalonia con la armada cristiana á día 4 de octubre, y haciéndose á la vela el día 6, descubrió el 7 á la armada turca, hácia la isla de Santa Maura, ó Leucadia, y al momento presentó la batalla. Las costas pues de Ítaca, de Leucadia, de la Acarnania desde la boca del Aehelois, y las de las islas Echinidas ó Cuzolares, mas nó las de la Fócide, ni las de la Acaya, ni las de la Etólide antiguas, fueron el anfiteatro en donde la cruz y la media luna vinieron á las manos.

No bien avistó don Juan la armada turca, dispuso que la cristiana tomase el orden prescrito para la batalla; y pasando á una galera de dos órdenes de remos, llevando en la mano un crucifijo, recorrió la línea exhortando á los cristianos á esperar únicamente la muerte ó la victoria. Por otra parte el general pontificio y don Luis de Requesens siguieron una por una las galeras, para asegurarse de que se había dado cumplimiento á las disposiciones circuladas. Publicóse el jubileo pontificio, absolvióse á los soldados que iban á morir en defensa de la cruz, y enarbolado el estandarte bendecido por el papa, dieron los tambores y las trompetas la señal del combate. A la sazón los turcos habían formado una media luna, mandada la parte derecha por el general Farta, que tenía á su cargo ochenta galeras; el cen-

tro por Alí Bajá que mandaba ciento treinta; la izquierda por Aluch-Alí, ó Uchalí, con cincuenta y tres; y á retaguardia y de reserva Hascen y el gobernador de Trípoli con veinte y dos. Es de saber, que hasta entonces no se habia practicado en la mar otra manera de hacerse la guerra, que la de batirse los buques formando línea, acercarse unos á otros, y subir al abordaje hasta quedar uno ú otro buque victorioso. Juan de Austria hizo otra cosa. Disparado un cañonazo de la capitana turca, y otro de la cristiana, adelantáronse luego seis galeazas provistas de artillería de grueso calibre, y rompieron un vigoroso fuego contra la línea de los turcos, quienes para neutralizar el efecto de tan recia acometida, abandonaron su formacion primera, y cayeron con viento en popa redondo sobre la armada cristiana, con cuyas galeras quedaron las suyas enlazadas. De esta manera no pudieron secundar las galeazas su mortífera descarga, y comenzó el combate cuerpo á cuerpo, galera con galera. Barbarigo en la izquierda de los cristianos sostiene una recia acometida de la derecha turca; Doria en la derecha de aquellos y con las galeras de Malta, recibe una terrible embestida dada por Aluch-Alí, y don Juan vió venir sobre sí con grandes ímpetus al general de los turcos. Al estruendo de la gruesa ertillería sucede el de la pequeña, el de los mosquetes y la arcabucería, y el silvido de las flechas. Cesa de repente el viento, y el poco que sopla lleva el humo á la retaguardia turca, dejando libre y despejada vista á la reserva cristiana, pues el sol daba tambien de cara á los otomanos. Superaban estos á aquellos en el número, y así, trabado de galera á galera el combate, les sobraron muchas que se agruparon contra las principales naves de la liga. Por tanto, Alí Bajá pudo arremeter con siete galeras á la de don

Juan de Austria, que tenia solamente dos para su escolta. No desmayó por esto el príncipe, ántes encaminó la proa de la suya al abordaje de la capitana enemiga; dos veces con grande intrepidez los españoles penetraron en la nave turca, pero otras tantas fueron rechazados con estrago. Este fué el instante crítico de la jornada. Don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, jefe de la reserva cristiana, correspondió por su golpe de vista, y por su admirable sangre fria, á la fama de su nombre. Vió el peligro, acudió al socorro del príncipe, metió en su galera doscientos españoles de refuerzo, diseminó la escolta de Alí, y volvióse impávido á su puesto. La galera de don Juan asestó entonces su artillería contra la popa de su contraria, destrozóla, puso al descubierto su plaza de armas, á la cual hicieron blanco de sus tiros los cristianos, y despues de un nutrido fuego, los capitanes Miguel de Moncada, Lope de Figueroa y Bernardino de Cárdenas, seguidos de sus soldados, penetraron en la galera de Alí, mataron á este de un arcabuzazo, y se apoderaron de la capitana. El estandarte del profeta es arrancado del palo mayor, y en su lugar se enarbola una imágen del Dios de los cristianos; y en la punta de una alta pica es colocada la cabeza de Alí, dando al viento los soldados un tremendo grito de victoria. Y vista de las galeras mas próximas aquella mudanza, y oido el formidable clamoreo, pasando la voz de una á otra nave, cobraron aliento los cristianos, perdiéronle los turcos, y subiendo aquellos al abordaje, y soltando á los cautivos cristianos que iban al remo, comenzaron á hacer en los otomanos una espantosa carnicería. Aunque de edad muy tierna, los hijos de Alí, desesperados viendo la cabeza de su padre, intentan hacer presa en la capitana pontificia; pero

Luis de Requesens la socorre, y apresa la de los contrarios, y en ella cautiva á aquellos muchachos, de los cuales rayaba uno en los diez y siete años, y el otro en los trece.

Del centro pasó á las alas el grito de triunfo. La derecha turca habia hecho en la izquierda cristiana lo que Alí con don Juan de Austria, y fué cercar con cincuenta galeras la del general veneciano Barbarigo, y ponerla en un grave conflicto. Pero don Álvaro de Bazan, que habia salvado al austríaco, salvó tambien al veneciano, pues acudiendo contra los que le rodeaban, puso en confusion y en huida las galeras enemigas, de manera que los turcos desampararon muchas, arrojándose á nado por estar aquella ala mas próxima á la tierra; y visto el desastre, quince galeras y diez galeotas turcas que llevaban apresada una galera veneciana, por nombre Sorranzo, se metieron en el golfo de Patras, para ir á buscar un asilo bajo los muros de Lepanto, en la boca del golfo de su nombre. Mas no todos los turcos huyeron, ántes viendo que Bazan obtenida la ventaja volvía á su puesto, embistieron otras galeras á Barbarigo, quien tuvo la desgracia de que una flecha le entrase por el ojo derecho. Retiróse del combate, pero otras galeras venecianas sostuvieron el honor de su bandera; y fué á tiempo en que cundió la nueva de la victoria en el centro obtenida, y enardecidos los cristianos, apresaron ó echaron á pique muchas naves enemigas, y obligaron al general otomano Farta á meterse en una fragata y huir seguido de algunas galeras por entre las islas Cuzolares y las Jónicas: algunas de las naves fugitivas vararon en aquellas playas; otras mas felices dieron vuelta á la Morea, y surgieron poco despues en la antigua Eubea ó Negroponto. Rotos y destrozados quedaban, pues, el centro y la derecha de los turcos.

Aluch-Alí ó Uchalí fué el que sostuvo con gloria en la izquierda turca el honor de la media luna. Echóse con ardimiento sobre las galeras de Doria y las de Malta, llevólas en derrota, siendo fama que Doria no aumentó su reputacion brillante, aisló á la capitana de Malta, embistióla, hizo en sus defensores grande estrago, tomóla al abordaje, púsolá á saco, prendió al general Pedro Justiniano, y ganó el estandarte de la órden ilustre de San Juan de Jerusalem. Acudió don Juan de Cardona con las galeras de Nápoles y de Sicilia; y la galera napolitana llamada Guzman cortó el cable con que era llevada á remolque por Aluch-Alí la capitana maltesa. Entonces vió Aluch-Alí que en el centro iban en derrota los turcos, y luego en el ala opuesta; pero sin arredrarse, no intentó buscar su salvacion volviendo las proas, sino metiéndose con furia por entre las galeras de don Juan de Cardona. Puso á este en un apuro, y estuvo á punto de arrebatár á los cristianos la victoria. Arremetió contra una galera pontificia, llamada Florencia, y apresóla; otra llamada San Juan, iba tambien á caer en sus manos, pero acudieron los cristianos vencedores del centro, y de la otra ala, Requesens, la capitana pontificia, la veneciana, y por fin, el infatigable Bazan, que echó en esta memorable jornada el resto de su heroísmo. Conoció Aluch-Alí que era llegado para él aquel momento supremo en que las combinaciones enmudecen, y en que solo el genio ordena y ejecuta: vió separadas del grupo de sus contrarios cuatro galeras genovesas, embistiólas, destrozólas, y rompiendo por entre las naves cristianas, se abrió un camino para la fuga. La sangre de los Barbarrojas circulaba por las venas de este indomable marino. Doria, que durante el combate le había sido inferior en brios, tampoco le igualó

ahora en lijereza, y tuvo que cebarse en las galeras rezagadas que le seguian. Algunas tomó; á otras persiguió Bazan para hacerlas estrellar contra las peñas. El príncipe de Parma que iba en una galera genovesa, apresó otra de las de Aluch-Alí. Don Martin de Padilla con las cuatro que mandaba, apresó otras tantas de las enemigas. Y con todo, débese á Aluch-Alí el lauro de haber luchado hasta el último extremo, y de haber salvado entonces una buena parte de sus galeras, con las cuales dió la vuelta al Peloponeso, hizo rumbo hácia la Propóntide ó mar de Mármara, y mereció del sultan Selim, en cuyas manos puso los trofeos conquistados á los malteses y á los romanos, que le nombrase general de su escuadra. Esta fué la memorable batalla llamada impropriamente de Lepanto, cuyo horrisono estruendo debió de llegar hasta el monte Olimpo, en la Grecia tan famoso, y de eco en eco recorrió la tierra. Dicen que principió la lucha á las seis de la mañana, y anduvo indecisa y muy reñida hasta las nueve, en que se declaró la victoria en favor de la liga, siendo desde entonces hasta el anochecer la batalla una horrenda carnicería. Las naves y las olas se vieron salpicadas de sangre. Embravecióse el mar á la caída de la tarde, y fué preciso pensar en salvar de su furia la armada y la presa. Segun los autores italianos, que siguen á Turriano, quien asistió á la batalla, buscóse para la armada vencedora aquella misma noche un asilo en un seno del continente, frontero á Corfú, que fué llamado Real Fuente.

Pocas batallas navales han sido mas sangrientas. De los vencedores murieron siete mil hombres, y salieron heridos otros tantos, de los cuales á los pocos dias tres mil mas sucumbieron asimismo. Diez y siete galeras echó de menos la

armada cristiana, parte echadas á fondo, parte apresadas por los otomanos fugitivos. Lleváronse estos algunos centenares de cautivos, en su número al general de las galeras de Malta. Entre los heridos, lo fué en el pecho y en la mano izquierda el soldado español Miguel de Cervantes Saavedra, que rayaba entonces en sus veinte y cuatro años, y aunque enfermo, quiso pelear en la galera de Doria, llamada la Marquesa. Nótese bien que Cervantes, testigo de la jornada, afirma como muy sabido que Aluch-Alí ó Uchalí se salvó con toda su escuadra. Nótese igualmente, que hablando de don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, le llama rayo de la guerra, padre de sus soldados, venturoso y jamás vencido. Quince mil cristianos cautivos recobraron la libertad en aquel día. Treinta mil turcos perecieron, dicen las memorias de aquel tiempo; pero seria entre turcos y chusma, pues del parte que dió don Juan de Austria, que se conserva en Simancas, aparece que solo llevaba la armada turca unos veinte y cinco mil soldados; diez mil cayeron en manos de los vencedores, y de ellos murieron sin duda mas de dos mil, pues consta que solo unos ocho mil fueron repartidos. Mas de doscientas galeras perdió la armada otomana, de las cuales solo ciento setenta y ocho fueron repartidas, y cuatrocientos veinte y tres cañones, grandes y pequeños. Escogió Juan de Austria entre los cautivos los hijos de Alí, de los cuales el mayor murió de tristeza, cuarenta y siete mas á su gusto, y luego le asignaron setecientos veinte cautivos mas, y diez y seis galeras. A los españoles les tocaron ochenta y una galeras, doscientos cuarenta y ocho cañones, y tres mil seiscientos cautivos, sin lo que á don Juan le cupo: á Venecia cincuenta y cuatro galeras, ciento veinte y ocho cañones, y dos mil cuatrocientos

tos cautivos; y al papa veinte y siete galeras, cuarenta y siete cañones, y mil doscientos cautivos. Es de presumir que el reparto seria en globo, y generosamente por parte de don Juan, sin detenerse en inspeccionar con minuciosidad el estado de las galeras, y las probabilidades de vida de los prisioneros heridos; así fué que Roma llevó mas del octavo que le pertenecia. Las disposiciones dadas ántes de la batalla, y las tomadas en el momento decisivo, fuéron dignas de los gefes que en esa lid terrible combatieron. Expediente acertado fué el hacer batir, comenzada la batalla, la línea de los turcos, con la artillería gruesa de las galeazas. Providencia salvadora fué la de colocar al mejor marino de la armada á la cabeza de una reserva imponente, que salvó á don Juan, y llevó la victoria al centro cristiano, socorrió á los venecianos y destrozó la derecha turca, y por fin reanimó á Cardona, á los sicilianos, á los malteses y á los genoveses cuando el formidable Uchalí los habia puesto á todos en el mayor conflicto. Los apartados diez y seis y diez y ocho de la relacion de la jornada escrita por el secretario de don Juan de Austria, que se conserva en el archivo de Simancas, hacen á Bazan la debida justicia, diciendo que socorrió el cuerpo diestro y siniestro y á la galera real cuando estaba mas apretada y embestida por proa y popa. Contribuyó algun tanto á la victoria la circunstancia de que las galeras de los turcos eran mas altas que las de los cristianos, y presentaron mayor blanco á la artillería.

Hecho el reparto, intentó don Juan apoderarse de la ciudad de Leocadia, sita en la isla de Santa Maura, y al efecto la hizo reconocer por Ascanio Corneo; y vista, dijo este que no podia ser conquistada de paso y á la lijera, por lo que don Juan determinó pasar á Corfú, para recoger los

navíos que á aquella isla habia enviado : y despedido de sus aliados , volvióse con la armada española y con la presa á Mesina. Mucho se ha hablado de lo que pudo hacerse despues de la victoria , y de lo que discurrieron los generales para sacar de ella todo el partido apetecible : que es achaque comun llevar siempre al extremo así las esperanzas como los temores. Dicen que el general pontificio , á cuyo parecer se inclinaba el austriaco , creyó que la armada podia hacer rumbo contra Constantinopla ; mas le atajó el consejo diciéndole , que ántes era preciso tomar los Dardanelos , muy fuertes por la naturaleza y por el arte , y que si la toma de Leocadia habia parecido arriesgada , mucho mas debia parecerlo la ocupacion de aquel paso peligroso. Entonces opinó don Juan , que tal vez seria conveniente tomar los dos castillos que defienden la entrada del golfo de Lepanto , á donde habian ido á buscar un asilo veinte y cinco naves enemigas ; mas se le opuso la misma dificultad que para el anterior proyecto , y la verdadera fué , que ni los españoles , ni los pontificios , ni los genoveses estaban dispuestos á trabajar por sola la cuenta de Venecia , á cuya república debia pertenecer todo cuanto en el Peloponeso fuése conquistado. Por otra parte , la resistencia de los turcos habia sido denodada , la victoria se habia conseguido á costa de diez mil valientes , y de millares de heridos , es decir , de la mitad del ejército cristiano ; y muchos opinaban , que , obtenido á tanta costa un favor de la fortuna , era conveniente no levantar los dados solicitando mayor venganza. Y en realidad la opinion de los que creen que este memorable triunfo pudo tener por inmediata consecuencia la conquista de las principales ciudades ó provincias turcas , no se aviene bien con lo que nos refieren las historias respecto

á las consecuencias de las victorias marítimas, en que casi siempre los vencedores quedan quebrantados, y no tienen aquellas otras consecuencias por el momento, que la dominación de los mares. Don Juan de Austria hizo, pues, lo natural y conveniente, volviendo á Mesina para poner en salvo el botín, dejar en tierra los heridos, y repararse. El día primero de noviembre entró en aquella ciudad, que le recibió en triunfo, y le hizo un regalo considerable, que él distribuyó entre los heridos y los mas valientes.

El rey don Felipe recibió la nueva á tiempo en que estaba en el Escorial rezando vísperas en compañía de los religiosos. No se inmutó, y sin parar en el rezo, llamó á uno de los padres y le dijo que terminadas las vísperas debía cantarse un Te Deum: y luego, enterado de los pormenores, añadió que don Juan su hermano habia vencido, pero que por haberse expuesto demasiado se puso en peligro de sufrir una derrota. Con mas entusiasmo fué recibida la noticia en otras partes. El pontífice al saberla aplicó á don Juan aquellas palabras de la Escritura: «Hubo un hombre, enviado de Dios, que se llamó Juan.» La iglesia romana dispuso que en la cristiandad fuese celebrado anualmente aquel triunfo el primer domingo del mes de octubre.

Aumentó la alegría de los españoles el nacimiento de un príncipe, llamado Fernando, que la reina dió á luz el día 4 de diciembre. Y para colmo de felicidades, surgieron este año en los puertos peninsulares con prósperos vientos y sin quebrantos varias flotas de las Indias Occidentales, llenas de ricos cargamentos.

En el Milanesado, su gobernador tomó posesion de la ciudad y puerto de Final con el pretexto de impedir que los hugonotes franceses hiciesen asiento en él, como deseaban;

y esta fué la última cosa en que puso mano el duque de Alburquerque, pues murió á poco, sucediéndole don Luis de Requesens en el gobierno del Milanesado.

Notable fué la disposicion tomada á 27 de junio, mandando establecer un tribunal ambulante de la inquisicion para las escuadras.

Otro decreto mandó que la inquisicion fuese tambien establecida en la Nueva España.

En la Florida el padre Juan Bautista Segura con algunos compañeros se fué á la provincia de Axacan, guiado por un indio que habia pasado algun tiempo en España, y en quien tenia puesta grande confianza; mas le fué traidor, y reuniendo algunos indios acabó con aquel religioso y con todos sus compañeros, menos con un mozo llamado Alonso, que pudo contar el hecho, y refirió la circunstancia de que queriendo tres indios abrir una caja que encerraba un crucifijo, cayeron muertos: así, dando interés á su historia, alejó de sí indagaciones serias sobre el motivo de haber sido él el único que se salvase de entre aquellos cristianos. Otros de Santa Elena fuéron á Axacan para indagar el paradero de aquellos padres; y ántes de desembarcar parecióles ver á lo léjos á aquellos suspirados compañeros, mas no vieron á ellos por mas que los llamaron; y fué que los indios se habian cubierto con los trajes de los difuntos para atraerse nuevas víctimas, y decian á los del buque: «Ved á los padres como los tenemos bien regalados y servidos, bajad que haremos lo mismo con vosotros.» Con lo que conocido el ardid se recelaron los españoles y aun prendieron á dos de los indios mas osados que llegaron hasta la nave; uno de los cuales pudo arrojarse al agua y ahogóse.

En Flandes hizo publicar Felipe una amnistía general

para todos los flamencos , excepto para los luteranos y los que con ellos hubiesen tratado , y los que hubiesen destruido imágenes ó allanado templos , y los que hubiesen entrado en alguna asociacion en pro de las franquicias públicas , y los que hubiesen tenido parte de los desórdenes , ó manifestado inclinacion á ellos , y los católicos que hubiesen prestado algun servicio á los que no lo eran : que fué decir con sarcasmo que ningun flamenco podia aspirar á ser perdonado. Publicado este irónico indulto , se puso en ejecucion la cobranza del impuesto llamado de la décima. Las provincias de Utrech y de Brabante se negaron á satisfacerla , y ofrecieron cien mil florines al año por espacio de seis , y siéndoles esta oferta despreciada , se obligaron á sostener un cuerpo de dos mil cuatrocientos hombres. La respuesta del duque de Alba fué , mandar formar causa á todos los moradores , acusándolés de que quince años ántes habian permitido que en una iglesia de la provincia tuviesen sus juntas los protestantes , y condenándolos á todos sin distincion á la pérdida de todos sus derechos y á la confiscacion de todos sus bienes : como si les dijese que en cuerpo y alma se pasasen á los herejes , pues de todos modos queria exterminarlos. Hiciéronlo , y enviaron á decir al príncipe de Orange , el cual de Francia habia pasado al condado de Nasau , que podia contar con los flamencos en todo y para todo : que por estos senderos el frenesí de un mal gobernador iba creando la independencía de un nuevo estado.

CAPITULO XVII.—Segunda campaña marítima contra el turco. Nuevas y mas sangrientas alteraciones en Flandes. Año 1572.

Fácil habia sido al abrir la anterior campaña dar unidad á las operaciones de la liga contra el turco ; pero ya fué di-

ffcil en la segunda , pues la España deseaba llevar la guerra al África , Venecia á la Morea , y Roma á Constantinopla. Don Luis de Requesens fué á verse con el papa ántes de tomar posesion del gobierno del Milanesado , y trataron muy largamente de lo que convenia á la liga , mas no pudieron convenir en nada. Por otra parte muchos habitantes de la Grecia , la Albania y la Macedonia ofrecieron secretamente á don Juan de Austria que serian vasallos suyos si iba allá con suficiente ejército : de lo cual dió don Juan noticia al monarca su hermano ; mas éste , conociendo que la ambicion henchia ya el pecho del príncipe , respondió que no era conveniente para no excitar los celos de Venecia. Selim en tanto enviaba un embajador á Francia , y obtenia de ella que favoreciese á los descontentos de Flandes para dar una diversion á la España , y que trabajase para apartar á Venecia de la liga ; y el francés correspondió á la embajada enviando otra á Selim , encomendada al obispo de Aix , quien á su paso por Venecia preparó los ánimos en el sentido que el turco deseaba.

Mal presagio fué tambien para las armas de la liga la muerte de Pio V , acaecida el dia primero de mayo , y á quien sucedió en el pontificado el cardenal Boncompagno , que tomó el nombre de Gregorio XIII. Habia hecho aquel santo pontífice muy grandes esfuerzos para aunar los de la cristiandad entera , y encaminarlos contra un comun centro , y continuaba haciéndolos mayores para que de él no declinasen ; mas su obra , faltando él , corria peligro de naufragio. Desde luego escribió Felipe á don Juan su hermano , que no saliese para levante sin expresa orden suya ; y motivó el mandato diciendo que en Flandes se ponía muy negro el horizonte. De esta manera la victoria de Lepanto,

que pareció deber humillar para siempre á los turcos , fué convertida en una estéril y pasajera ventaja. Selim habia conquistado la isla de Chipre , y los cristianos no habian hecho mas que destruirle una armada , que ahora renovaba el turco con una actividad asombrosa : y por esto decia que habia cortado á los venecianos una pierna , y ellos no habian hecho mas que dejarle para medio año sin pelo en la barba. No bien transcurridos los seis meses habia en efecto Aluch Alí juntado una nueva armada de doscientas galeras , y recobrado la Grecia , para ponerla en buen estado de defensa. Venecia y Roma se alarmaron nuevamente , é instaron á los españoles para que volviesen á juntar su armada con la de la liga. El mismo monarca español conoció que era necesario aunar esfuerzos contra un poder que tan formidable armamento despues de tan terrible descalabro presentaba , y dió órdenes para que su hermano saliese de Mesina con toda la escuadra , dejando en Palermo á Doria con cuarenta galeras para la defensa de la Sicilia. Ya en esto los venecianos y los pontificios habian hecho una tentativa contra Castel-Novó , y vístose obligados á levantar el sitio ; y junto al cabo de Santángel por dos veces se habian cañoneado con los turcos sin acabar de llegar con ellos á las manos.

El dia 31 de agosto volvió á juntarse la armada de la liga , y lo hizo esta vez en Corfú. Hizo don Juan de Austria un reconocimiento de todas las naves , y viendo que en las venecianas faltaba gente , como habia sucedido tambien la vez pasada , quiso que en ellas fuésen recibidos soldados españoles , como fué hecho en la anterior campaña ; mas esta vez se negaron á hacerlo , pretextando la aversion con que á aquellos miraban los venecianos ; y fué necesario

que los pontificios reforzasen las galeras venecianas , y los españoles las pontificias, para salir del paso. Dispuso en seguida don Juan la armada como sigue : ocupó él el centro con setenta y cinco galeras en que ondeaban banderolas amarillas ; confió la derecha á don Álvaro de Bazan con otras setenta y cinco , y banderolas verdes ; la izquierda formáronla los venecianos con otras setenta y cinco , y banderolas azules ; la reserva don Juan de Cardona con treinta galeras , y banderolas blancas ; la vanguardia ocho galeazas ; la retaguardia los navíos , las galeotas y los bergantines. Puesta en órden la armada, salió en busca de la de los turcos. Aluch Alí se aprestaba para defender la Morea, á donde Selim envió ocho mil caballos de su guardia ; y situóse en Modon , de donde salió con ochenta galeras como en ademan de querer desafiar á los cristianos ; mas disparada toda su artillería , volvióse entre el humo á su asilo. Tuvieron los cristianos necesidad de hacer aguada en aquella costa , y la primera vez que desembarcaron para ello , fuéron desalojados de la playa , pero volviendo á la carga , hicieron la aguada felizmente. Y viendo don Juan que la escuadra de Aluch Alí tenia cerrado el camino para volver á Constantinopla , envió á la isla de Zante por el resto de los navíos , pertrechos y dos mil quinientos hombres que en ella dejó á su paso. Recibido este refuerzo , parecióle conveniente tomar la plaza de Modon , en lo que habia mas peligro y mas gloria ; mas no siendo los aliados del mismo parecer , volvió sus armas contra la de Navarino , y la puso sitio , desembarcados cuatro mil hombres. Entonces vió que no era tan fácil sentar el pié en las ciudades de los turcos , como destruir en la mar sus galeras. Veinte y dos mil hombres acudieron al socorro de Navarino , y ningun cristiano

de la Morea se levantó contra sus tiranos. Los descendientes de los antiguos griegos, ó no comprendieron la libertad que Roma, España y Venecia les ofrecian, ó hallaron que á ella era preferible la servidumbre entre los turcos. Don Juan tuvo que abandonar el sitio de Navarino. Entonces, lleno el pecho de aquel noble ardor que con los contratiempos crece y se aviva, propuso en consejo pleno ir á acometer á la armada turca, aunque situado bajo el amparo de la artillería de Modon, pareciéndole que una vez mezclados los buques, ó de la plaza no dispararian, ó el mismo daño cristianos y turcos sufrirían, y en tal caso el valor daría el triunfo. Y á la verdad esto mismo estaban temiendo los turcos, de quienes dice Cervantes que tenían ya preparada su ropa y pasamaques para la fuga. Pero la mayoría del consejo apinó que era cosa peligrosa, por lo que indignado don Juan se despidió con cualquier pretexto de los venecianos y de los pontificios. Pero al volverse dejó una galera rezagada por si podía cebar á los turcos; y saliendo en efecto para ella Amet Bey, descendiente de los Barbarrojas, con la famosa galera llamada la Presa, echóse encima Bazan con la suya, llamada Loba, combatióla, entróla al abordaje, y pasó á los turcos á degüello, auxiliado por doscientos veinte cristianos que en la Presa venían cautivos al remo, los cuales cogieron al aborrecido Amet Bey y le dieron muerte violenta. Hecho lo cual dirigióse don Juan á Corfú y luego tomó la vuelta de Mesina, sin que tuviese mayores resultados la campaña de este año.

Mas sangrienta y llena de incertidumbres fué la de los Países Bajos. Herman de Ruitter estuvo un momento apoderado de la ciudad de Loevestein, y aunque perdió la vida en esta empresa, reveló con su temeridad que aquellos mo-

radores estaban dispuestos á arrostrar por todo ántes que sufrir la española tiranía. Los mercaderes para no pagar los nuevos pechos cerraron las tiendas, hasta en la misma ciudad de Bruselas. El duque de Alba manda al momento levantar diez y siete horcas delante de las casas de los principales mercaderes; pero se turba y da contraórden al saber que los flamencos desterrados han hecho un desembarco en la isla de Voorn y apoderádose de Brilla. Habíase Alba quejado á la reina de Inglaterra porque permitia que de sus puertos saliesen corsarios flamencos contra la marina de los Países Bajos; por lo que la reina Isabel habia mandado que saliesen de los puertos de Inglaterra los flamencos, y no se les diese en ellos asilo. Desesperados viendo que ningun refugio les quedaba, habian equipado veinte y seis naves, salido de Douvres, apresado dos navíos españoles ricamente cargados, caido sobre Brilla, y tomado pié en su amada patria. Acudieron los españoles con ánimo de desalojarlos; pero La Marek, gefe de los flamencos, hizo una salida, rompió una esclusa, inundó el campo de los españoles, de los cuales la mayor parte perecieron, y quemó ó echó á pique su escuadra. Bossut, que mandaba á los sitiadores, huyó á Dordrech, y viendo que los habitantes le cerraban las puertas, pasó á Rotterdam y degolló por las calles á trescientos moradores. Un grito de reprobacion resuena en toda la Holanda. Flesigna se subleva, arroja de sí á los españoles, y pudiendo haber á las manos á don Pedró, sobrino del duque de Alba, le ahorca. La flota, tripulada por holandeses, se subleva tambien contra los españoles. Conociendo Alba que su sistema de gobierno, que consistia en que todos, ménos el gobernador, fuesen esclavos, no habia hecho mas que convertir en fieras á los moradores,

envió su dimision al monarca, precisamente á tiempo en que este, muy descontento, le enviaba por sucesor al duque de Medinaceli con cincuenta naves y dos mil españoles de refuerzo. La mitad de estas naves cayeron en manos de los holandeses. Habian cobrado grandes alientos los sublevados, y ya se atrevieron á poner sitio á Tergoes, llave de la ciudad de Midelburgo y de la Zelanda entera, y la rindieran á no haberla socorrido de una manera heróica el gefe español Mondragon, á la cabeza de tres mil soldados que no vacilaron en cruzar con agua hasta las rodillas una lengua de tierra que hacia cuarenta años estaba sumergida. No por esto dejó de rebelarse toda la Zelanda, Amsterdam exceptuada. A la sazón Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, entró en Flandes por Francia, y apoderóse de la ciudad de Mons. Alba volvía á estar en su elemento, que era la conduccion de grandes masas de soldados. Antes de embestir las plazas marítimas, mientras llegaba su sucesor, quiso recobrar la de Mons. Juntó para ello un ejército compuesto de veinte y cuatro mil alemanes, los seis mil de caballería, cincuenta compañías de españoles, y ciento cincuenta de valones y flamencos. Un cuerpo de hugonotes franceses que acudia al socorro de Mons fué derrotado. En tanto el príncipe de Orange se puso por otro lado en campaña, entró á degüello en Ruremonda para tener libre el paso del Mosa, y se hizo dueño de muchas ciudades, Malinas entre ellas, Lovaina, Diest, Nivella, Lichem, Tirlmont, Oudenarda y Dendremonda. La noticia del degüello de San Bartolomé, aconsejado por el duque de Alba, llenó á Orange de asombro. Ya no podia contar Flandes con los socorros de la Francia, y era preciso que con solas sus fuerzas sostuyese la lucha con la nacion entonces mas

poderosa del universo. Los cristianos, de quienes dice San Cipriano que deben ser dulces de corazón, pacíficos y sencillos en sus palabras, dieron al mundo, entregados á la ira, aquel abominable espectáculo. El príncipe de Orange se encaminó á Mons con ánimo de hacer levantar el sitio; pero el duque de Alba atrincherado entre dos fosos profundos, uno hácia la ciudad, y otro hácia Orange, se limitó á rechazar las embestidas de entrambas partes sin dar margen á una acción decisiva: de suerte que el príncipe tuvo que retirarse á Holanda descalabrado. Mons capituló saliendo la guarnición con armas y bagajes. Encaminóse entonces Alba sobre Malinas, que habia abierto sus puertas á Orange, y á pesar de que los habitantes pedian misericordia, entraron los soldados á sangre y fuego, sin perdonar las iglesias, ni las sagradas formas, ni el honor de las vírgenes dedicadas al Eterno. Imitóse este ejemplo en otras ciudades, y dijo Alba en un manifiesto ser este un merecido castigo. La desgraciada Flandes estaba destinada á ser una nueva edición de la lucha de las Alpujarras, dándose á la guerra un carácter social para ofrecer un abundante botín á los soldados. Las ciudades de Holanda y la Zelanda, viendo que á los rendidos se daban tales tratos, eligieron por Estatuder ó gobernador al príncipe de Orange, y le enviaron trescientos mil florines, con promesa de mayor socorro para que fuése á tomar entre ellos el mando, y á abrir una nueva campaña. Pasó allá, convocó los estados, condenó toda persecución por motivos religiosos, é hizo desterrar al conde de la Marck que se mostraba tan furioso protestante como Alba frenético tirano. Adelantáronse los españoles, y aunque entraron por rendición en Naerden, degollaron á los moradores y entregaron el pueblo á

las llamas. La ciudad de Harlem, embestida luego, no se mostró espantada por la ruina de Naerdem, y juró antes que ser española sepultarse en sus escombros. Rechazó un terrible asalto; recibió de Orange un refuerzo de quince compañías con vituallas y pertrechos; si los españoles minaban, los harlemeses contraminaban; si los sitiadores abrían cada día nueva brecha, ellos levantaban detrás nuevas murallas. Dieron los españoles segundo asalto, y también fueron rechazados con gran pérdida. Entonces don Fadrique de Toledo, gefe de los sitiadores, escribió á su padre el duque de Alba, diciéndole que no era fácil tomar la plaza por la fuerza. «Tómala por hambre» respondióle el duque.

El día 31 de mayo habia sido jurado en Madrid el príncipe don Fernando, puesto en una cuna, y al entonarse el Te Deum, rompió en llanto; por lo que auguraron muchos, entre ellos el duque de Cardona, que no llegaria á reinar; y en efecto murió niño: que tan poca cosa se necesita para acreditar oráculos.

A día 25 de julio murió don Rui Gomez de Silva, duque de Pastrana, y esposo de la princesa de Melito, los dos muy amigos de don Felipe, y mas particularmente la princesa.

El 5 de setiembre pasó á vida mejor el presidente de Castilla, don Diego de Espinosa, no muy llorado, por su condicion altiva. Sucedióle en la presidencia el sabio jurisconsulto don Diego de Covarrubias, obispo de Segovia.

Por fin á 30 de setiembre fué el tránsito del duque de Gandía, tercer general de la orden de los jesuitas, á quien hoy veneramos con el nombre de san Francisco de Borja.

En Flandes se procedió á la nueva edicion de la Biblia

Complutense, confiada al esclarecido don Benito Arias Montano, quien, además del latín y del griego, poseía perfectamente el hebreo, el caldeo y el siríaco. Esta edición, costeada por el monarca, fué llamada Biblia Regia.

En Sevilla abrióse el 15 de enero un sínodo diocesano en que se hicieron varias constituciones, se dió principio á la colecturía general de misas, y fué aumentada la limosna de estas, lo mismo que todos los derechos eclesiásticos.

A la Florida volvió este año Menendez en la flota de Tierra Firme, de la cual en el golfo de las Yeguas se incendió el galeon San Felipe sin salvarse vidas ni haciendas. Halló Menendez los presidios en un triste estado. Pasó á Axacan para castigar los asesinatos allí cometidos el año anterior, é hizo ahorcar á ocho indios á quienes ántes el padre Rogel suministró el bautismo. Quería este celoso padre volver á hacer asiento entre aquellos naturales, mas no le dejó exponerse Menendez. Volvió este á la Habana, dejando los negocios de la Florida al cuidado de su sobrino don Pedro Menendez Marquez.

CAPITULO XVIII.—Rendicion de Harlem. Requesens va de gobernador á Flandes. Don Juan de Austria entra en Tunez y desobedece á su hermano. Año 1575.

La ciudad de Harlem en los Países Bajos continuaba defendiéndose con el mayor denuedo, y sus defensores hacian vigorosas y sangrientas salidas, en una de las cuales, cayendo sobre un cuerpo de alemanes, le destrozaron completamente, y le tomaron muchos cañones. Pero Orange intentó en vano socorrer la plaza. Primero probó á hacerlo por mar, pero sus naves fueron destrozadas; despues envió por tierra cuatro mil hombres, y acometidos por los sitiadores, dos mil de ellos perecieron, y los demás huyeron

desbandados. Llegó el caso de que los que resistieron impávidos al hierro, ya no pudieron, transcurridos muchos meses, resistir al hambre; y con arrogancia significaron al sitiador que le abrirían las puertas si les dejaba salir con los honores militares y no entregaba la ciudad al saqueo. Negóse á tal demanda don Fadrique de Toledo, por lo que los ciudadanos determinaron salir de la plaza á un tiempo hombres, niños y mujeres, y abrirse paso por entre los sitiadores, aunque pereciesen todos en la demanda. Llegó á noticia de Toledo esta resolución desesperada, y temiendo que, dado que venciese, perdería sus mejores soldados, ofreció á la ciudad vidas y haciendas salvas, si se le entregaban doscientos mil florines, exceptuando empero del indulto á cincuenta y siete personas que nombraba. El día 13 de julio abrió Harlem sus puertas, y á poco llegó el duque de Alba, y de su orden fueron pasados á cuchillo novecientos habitantes; y luego, amotinada la soldadesca, so pretexto de que no se la permitía saquear la ciudad, viendo que no se respetaba lo estipulado tocante á las vidas, tampoco quisieron respetar lo perteneciente á las haciendas, y entrando en la ciudad por pelotones, iban exigiendo, recaudando y repartiéndose considerables sumas. Fatal fué para la España la gloriosa defensa de Harlem, pues merced á ella el príncipe de Orange pudo hacer grandes preparativos, y varias ciudades se pusieron en un formidable estado de defensa. La de Alcmár fué embestida por los conquistadores de Harlem, quienes la dieron un impetuoso asalto: pero fueron rechazados con pérdida de novecientos hombres, y llenos de espanto los soldados se negaron á dar una segunda acometida. En tanto los habitantes de Horn y de Enchusen, equipada una flota, cortaron á

Amsterdam el tráfico; y acudiendo contra ellos el conde de Bossut con doce bajeles españoles, cuya capitana era la mayor nave entonces conocida, tripulada por trescientos hombres y armada con treinta y dos gruesos cañones, no solo le hicieron frente; sino que, sostenido un combate que duró veinte y ocho horas, echaron á pique uno de los bajeles españoles, hicieron varar y apresaron tres, y luego embistieron á la capitana, y la rindieron cuando solo le quedaban vivos á Bossut quince hombres. A esta ventaja siguió otra conseguida en Geertruidenberg, de cuya ciudad se hicieron dueños los holandeses, pasando á cuchillo un regimiento de valones que en ella estaba de presidio. Ya por este tiempo el duque de Medinaceli habia llegado á Flandes, mas conociendo que aquel cargo era harto pesado para sus hombros, dimitióle, y en su lugar vino nombrado don Luis de Requesens, y se presentó á fines del año á tomar el mando. Entrególe el duque de Alba aquel gobierno en un estado muy diferente de como le habia recibido de manos de la duquesa Margarita de Parma; alterados los principales y el pueblo, rotos y desbaratados los fundamentos de la paz y de la justicia, y trocada la quietud en tiranía y en trastornos miserables. Se ha dicho que los protestantes sintieron que se marchase el duque de Alba, pues con su sevicia servia mas á su causa que no lo hiciera un numeroso ejército. Pero el príncipe de Orange no pudo ménos de confesar que el duque, aunque mal gobernador, era como militar un enemigo formidable.

En los primeros meses de este año habia don Juan de Austria hecho en Sicilia grandes armamentos marítimos, aunque Génova pudo ayudarle poco, andando á la sazón

muy temerosa de revueltas intestinas ; pero luego supo que Venecia , por intervencion de un embajador francés , habia ajustado paz con los turcos : por lo que quitó de su capitana el estandarte de la liga , y enarboló el de España. Indignése el papa al saber la defeccion de Venecia ; nó así el rey don Felipe que la recibió con semblante sereno , y en la respuesta que dió á los venecianos , vino á decirles que para el turco se bastaba la España.

Supo don Jnan que la escuadra otomana se situaba en Prevesa , como antes de la jornada de Lepanto , y mientras procuraba ponerse al corriente de sus movimientos , recibió de Fatima Cadem , hija del general Alí , muerto en aquella batalla , un presente , y una demanda de libertad para los dos hermanos suyos , hijos tambien de Alí , que habian caido prisioneros. El mayor habia muerto de tristeza. El menor hizo don Juan que fuese devuelto á su hermana : accion que en Constantinopla fué muy celebrada , como prenda caballerosa de muy buen quilate. Cierito que sabia obrar don Juan como descendiente de reyes ; pero lo es tambien que ambicionaba ya una corona , estimulado á lo que se dice por su secretario don Juan de Soto , quien le tenia imbuido que , toda vez que por mandatos del monarca don Felipe no habia podido aceptar la diadema de la Grecia , era razon que su hermano le diese la de Túnez. Súpolo el rey , y ascendió al secretario á proveedor general de la armada , que fué separarle del lado de don Juan sin que pudiese este quejarse , y le dió por secretario á don Juan de Escobedo. Pero , sea que el estímulo no viniese de los secretarios sino de la propia índole del príncipe , ó sea que una vez puestos en ejercicio atendiesen mas al afecto que don Juan les inspiraba que á las instrucciones del monarca , no tardó Escobedo en

ser acusado de que imbuía al príncipe ideas todavía mas peligrosas que las atribuidas á don Juan de Soto.

Reunidos en consejo los jefes de la armada, discutieron acerca de la empresa que mas conveniente seria, toda vez que estaban hechos los mas crecidos gastos de la campaña. Opinaron unos que debia la armada ir en busca del turco para probar al mundo que no era necesaria Venecia para vencerle; dijeron otros, Bazan el primero, que aquella era la ocasion propicia para acabar con Argel, borrando así de la historia de España una página de mala lectura; don Juan entendió que debia ser conquistada la ciudad de Túnez: y no pudiendo acordarse los pareceres, esperóse la decision del monarca. Mientras esta llegaba, hicieron los turcos un amago sobre la Calabria con solas cincuenta galeras, y acudiendo contra ellas otras cincuenta de la armada española, volvióse á Constantinopla toda la armada turca. Vino luego la resolucion del rey, y fué que se hiciese la jornada contra Túnez, y que se demoliese la ciudad, y se pusiese el fuerte de la Goleta en el mejor estado de defensa. Por tanto hizo don Juan reconocer un puerto en la costa africana, junto á Marsala, y fué allá á fines de setiembre con ciento cuatro galeras, cuarenta y cuatro navíos, veinte y cinco fragatas, veinte y dos buques menores, y doce de transporte; la fuerza armada consistia en veinte mil infantes, cuatrocientos caballos, setecientos gastadores, y mucha artillería. El dia 7 de octubre fué á la Goleta, de donde sacó dos mil quinientos veteranos, y metió otros tantos soldados bisños. La ciudad de Túnez no opuso la menor resistencia; abandonada de sus moradores, solo quedaron dentro algunos viejos, niños, y mujeres que abrieron de par en par las puertas. Un buen acopio de vituallas y pertrechos, y cua-

renta y cuatro cañones fueron el fruto de esta jornada. Pero á don Juan le pareció que no debía demoler la ciudad y abandonarla, segun el rey tenia mandado, ni permitir que fuesen esclavizados los moradores; ántes los trató con dulzura, atrajo á los fugitivos, y á insinuaciones del papa y estímulos de su secretario, desatendió las reclamaciones del duque de Sesa, y de otros jefes que le impelian á que obedeciese los mandatos del rey don Felipe. Al contrario, mandó construir un fuerte capaz de contener un presidio de ocho mil hombres, y dejó en Túnez al general de artillería Cerebellon con dicho número de soldados y órden de levantar la ciudadela; y declarando caido del trono de Túnez á Muley Amida, proclamó por tal al hermano del mismo, Muley Mahamet, á la sazón refugiado en Sicilia por sevicias de aquel monarca. La ocupacion de Túnez, aunque poco sangrienta, sonó mucho en toda la Europa, y en África fué difundida con espanto. Biserta, distante veinte leguas al oeste de Túnez, arrojó de su seno á los turcos, declaróse por don Juan, y admitió un presidio de trescientos soldados españoles mandados por don Francisco de Ávila. En la Goleta puso don Juan de gobernador á don Pedro Portocarrero, buen caballero, aunque alguno le haya acusado de inexperto y de poco pecho para tan grave carga. Hecho lo cual, volvióse á la isla Fabiana, y á Palermo, en donde supo que el rey su hermano le daba licencia para ir á la córte, que era como un mandato para que fuése allá sin tardanza. Tampoco se mostró esta vez muy obediente, pues se dirigió á Nápoles, desde donde envió á Roma á su secretario con instrucciones, á fin de que el papa intercediese con don Felipe para obtener de él la deseada corona de Túnez. El rey respondió al pontífice que nadie mas que él habia puesto en buen ca-

mino á su hermano , y mirado por sus adelantos; pero que en lo de Túnez era necesario esperar el resultado de los grandes aprestos que hacia el turco para recobrar aquella plaza.

En Galapagar á 12 de agosto , cuando se encaminaba la reina á Madrid , dió á luz un infante á quien se llamó Carlos , y que tampoco llegó á ocupar el trono.

En el Escorial á 8 de setiembre acabó sus dias la princesa doña Juana , hermana del rey , encomendando á éste que amparase á don Cristóbal de Moura , el cual desde que quedó viuda en Portugal la habia estado sirviendo lealmente. Aquel real sitio y monasterio era en estos tiempos la pasion dominante del rey don Felipe. Acabábale de enriquecer con preciosas reliquias , entre ellas unas de San Lorenzo , y poco tardó en ver terminadas las régias sepulturas , á las cuales hizo trasladar los restos de su abuela , los de sus padres y tias , los de don Carlos su hijo , y los de doña Isabel de Valois , su tercera esposa.

En la Florida el sobrino de Menendez , con cuatro navíos tripulados por ciento y cincuenta hombres de mar y guerra , hizo un prolijo reconocimiento de la costa oriental de aquel país , hácia el norte; y restituido á Santa Elena vió que habian llegado nuevos religiosos enviados por su tio , que quedaba persiguiendo á los varios corsarios franceses , ingleses y negros cimarrones que infestaban las costas de Tierra Firme.

CAPITULO XIX. — Pérdida de Túnez y de la Goleta. Pérdida del Midelburgo. Infructuoso sitio de Leide. Año 1574.

Confirmada la nueva de los grandes aprestos marítimos que hacia el turco , dióse orden á los vireyes de Nápoles y de Sicilia de que proveyesen abundantemente las

plazas de Túnez y la Goleta; pero temerosos de que el nublado descargase sobre las provincias que les estaban mas particularmente encomendadas, no lo hicieron, atentos únicamente á la conservacion y guarda de sus virreynatos. Solo don Juan de Cardona, por especial mandato de don Juan de Austria, llevó á aquellas plazas de África algunos refuerzos y pertrechos; pero luego, recibidas órdenes de don Felipe, volvió allá segunda vez en compañía de don Bernardino de Velazco, y fué para reducir el presidio de Túnez á cuatro mil hombres, á dos mil el de la Goleta, y para sacar de Biserta, nó sin gran sentimiento de los moradores, el presidio español y la artillería. En la Goleta dejó además algunas barcas y doscientos remeros para que por el lago hubiese entre ella y Túnez comunicacion asegurada. A poco recibió Gabrio Cerbellon, gobernador de Túnez, aviso de que abandonase esta plaza, y fué con toda su gente á la defensa de la Goleta, pero le pareció la órden estemporánea ya y poco conveniente, y se preparó para la defensa del puesto que don Juan le habia confiado. Las fuerzas con que venian los turcos sobre Túnez y la Goleta eran formidables; consistian en doscientas treinta galeras, treinta galeotas, cuarenta naves de transporte y cuarenta mil soldados: y además iban compareciendo nubes de árabes, de argelinos y de tunecinos, que formaban un numeroso ejército. A dia 13 de julio efectuó Sinan Bajá, gefe de los turcos, el desembarco. Cuatro dias despues dió á Túnez un asalto general que fué rechazado. Pero Cerbellon conoció que le era imposible, con la poca fuerza que tenia, defender aquel vasto recinto, y abandonada la ciudad se encerró en el fuerte que por mandato de don Juan de Austria habia sido levantado. Instábale á todas horas Portocarrero

á que le enviase refuerzos, y lo hizo mandándole cuatro compañías. Los turcos, Sinan por tierra, y Aluch Alf por mar, batian y estrechaban la Goleta, levantando con sacos de arena altísimas trincheras desde las cuales no dejaban parar á nadie en las murallas. Volvió á instar Portocarrero por mas gente, pues era innumerable la chusma que le apretaba; con lo que á 10 de agosto le envió Cerbellon setecientos hombres. Merced á este refuerzo pudo Portocarrero rechazar un general, largo y muy sangriento asalto que le dieron los turcos. Con el escarmiento procuraron estos asegurar el éxito del segundo asalto, y batieron la plaza con toda su artillería, de tal suerte que solo escombros en ella se veian; por lo que Cerbellon envió á la Goleta un nuevo refuerzo de cuatrocientos setenta hombres. A dia 24 de agosto, las murallas de la Goleta eran una continuacion de brechas practicables; y dando por todas ellas un nuevo asalto los turcos, penetraron en aquel recinto, pasaron á cuchillo á los defensores que quedaban, ménos algunos que con Portocarrero quedaron cautivos. Este gefe desgraciado murió de pesadumbre cuando le llevaban á Constantinopla. Tomada la Goleta fué todo el ejército turco contra el fuerte de Túnez. Abierta una mina, diéronla fuego á 6 de setiembre, y convertido en ruínas uno de los ángulos, subieron al asalto, y pelearon por entrar el espacio de seis horas: pero fuéron rechazados. Minaron otra vez, y volado otro ángulo, dieron segundo asalto con encarnizamiento y furia mayores; pero Cerbellon le sostuvo, y rechazólos. Indignados viendo que un puñado de hombres se atrevia á hacer frente á todo el poder de la Turquía, dieron el 12 de setiembre un tercer asalto; tampoco fué feliz, aunque consiguieron reducir el número de los sitiados á solo trescientos,

si bien la muerte de un héroe les costaba la pérdida de una compañía. Y conociendo que apenas quedaba gente en aquellos muros, dieron el día siguiente el cuarto y último asalto. Seis horas duró esta postrera acometida, durante las cuales doscientos setenta españoles perecieron, y solo treinta hombres quedaron vivos, y fueron convertidos, Cerbellon con ellos, en esclavos: que pocas veces arrastraron cadenas varones mas dignos de ceñir laureles. Don Juan de Zanoquera, que defendia el fuerte llamado del Estanque, viendo perdidas Túnez y la Goleta, capituló con la condicion de salir libre con su gente; pero solo á él y á cincuenta soldados la cumplieron.

Al saber don Juan de Austria el desembarco de los turcos, desde Vejeben en el Milanesado, á donde habia ido por orden del rey don Felipe para conocer mas de cerca las disposiciones de los genoveses que andaban muy alterados, pasó á Nápoles y á Mesina con ánimo de juntar galeras y salir en persona contra el turco; pero como su anterior desobediencia no habia podido ser del agrado de su hermano, en todas partes halló dificultades y retardos; y cuando los hubo vencido, y juntada alguna armada fué á Palermo, pareció que los temporales tomaban contra él todas sus bravezas, para frustrar sus designios: estuvo á punto de naufragar, hubo de hacer picar los palos de sus galeras para salvarlas, y tuvo el dolor de saber que estaba perdido su suspirado reino, sin que hubiese podido acudir á su defensa. El rey su hermano llegó á temer que era llegada la hora de que España perdiese sus presidios africanos, por lo que hizo reconocer las plazas de Oran y de Mazalquivir, y dispuso que la guarnicion de la primera pasase á la segunda, que fué juzgada mas propia para hacer en ella una buena

defensa. Pero la muerte de Selim, acaecida el día 9 de diciembre, y la subida al trono de su pacífico hijo Amurat tercero, dieron á los ánimos tranquilidad, y á las tendencias belicosas una tregua.

En Flandes, al abrir don Luis de Requesens la campaña, trató de socorrer á Mondragon que estaba defendiendo la ciudad de Midelburgo; pero los holandeses le apresaron ó echaron á pique la mitad de la escuadra con que contaba para aquella operacion importante; y Mondragon tuvo que capitular saliendo de la ciudad de Midelburgo con armas y bagajes. De repente, á la excitacion que en los Países Bajos dominaba, sucedió un período de gobernacion templada, poco agradable para el príncipe de Orange, quien llegó á temer que lo que no pudo conseguir Alba por medio del terror y los cadalsos, lo obtuviese Requesens por el camino de la dulzura. Pero Luis de Nassau, reunidos en Alemania y en Francia siete mil infantes y tres mil caballos, dió nuevo interés á la lucha, cruzando el Rhin y el Mosela, y poniéndose en las márgenes del Mosa. Al momento Requesens envió contra él un cuerpo de tropas al mando de Ávila á Maestrich para impedirle que cruzase el Mosa. Consiguiólo Ávila, y obligó á Luis de Nassau á ir á darse la mano con su hermano el príncipe de Orange; pero Ávila pudo interponerse entre los dos hermanos, acometió á Luis de Nassau, destrozóle, matóle cuatro mil quinientos hombres, incluso el mismo gefe, y obligó á Orange á buscar en Holanda un refugio. Hubiera Ávila podido sacar gran fruto de esta victoria; mas los soldados, acostumbrados á sublevarse aun bajo el mando del duque de Alba cuando les faltaban las pagas, se acordaron de su costumbre, y obtenido el triunfo, subleváronse, fuéron á Amberes, y para apaciguarlos fué

necesario que los habitantes les repartiesen cien mil florines, y que Requesens los indultase. Esta sublevacion lamentable dió tiempo á los holandeses para acabar con el resto de la flota española que cruzaba por aquellas aguas. Orange se situó en la isla de Bommel, en la confluencia del Rhin y del Mosa, sin que de ella fuese posible desalojarle. A la sazón don Luis de Requesens publicó una amnistia que no hizo el menor efecto, porque imponia á los protestantes la obligacion de abrazar el catolicismo. Así fué que la ciudad de Leide, aunque falta de presidio, se defendió contra los españoles por solo el esfuerzo de sus habitantes. Era Leide una ciudad fuerte, rica, cruzada por el Rhin, y á manera de Venecia sembrada de canales. Mandaba á los moradores el ciudadano Douza. Era gefe de los sitiadores el general Valdés, quien hizo levantar sesenta fuertes enlazados entre sí, de manera que nadie podia entrar ni salir de la plaza. El príncipe de Orange no halló otro medio para socorrer á los de Leide, que abrir las esclusas del Mosa y del Isel, inundar los fuertes bajos de los españoles, y obligar á estos á trasladarse á los altos. En seguida juntó una escuadrilla de doscientos barcos chatos, llenólos de víveres y de pertrechos, y los hizo penetrar en Leide á tiempo en que los habitantes sentian ya el escozor del hambre. Valdés levantó el sitio; y los soldados que se habian sublevado contra Ávila despues de una victoria, hicieron lo mismo contra él despues de este descalabro, le prendieron y no se seogaron hasta que les repartió dinero. Por este tiempo, viendo el sesgo imponente que tomaban los negocios, brindóse el emperador Maximiliano á ser medianero entre el rey don Felipe y los holandeses, y el monarca español accedió á sus deseos.

Veia Felipe exhausto su erario. Habfale concedido el papa

la gracia de poder vender hasta cuarenta mil ducados de renta de los vasallos y jurisdicciones eclesiásticas; pero el mal habia echado raíces hondas y no podia curarse fácilmente. Todas las rentas estaban en manos de los contratistas. Consultados los reinos, para pedirles un aumento de contribuciones, concedieron otra décima de alcabala; y el rey hizo de manera que le aconsejasen suspender los pagos á los contratistas, pasar cuentas con ellos, descontarles los intereses como á usurarios y los giros como á excesivos, y entregarles el resto; hizolo así, y esta bancarrota impune, hecha á mansalva, acarreó la quiebra de muchas casas de comercio nacionales y extranjeras. Viendo algunos que los gastos públicos traian tan mal paradas las rentas, solicitaron el establecimiento de una órden militar llamada de la Espada Blanca, bajo la invocacion de la Virgen, en que solo podian ser admitidos los cristianos viejos, y cuyos fundadores prometian defender á su costa la España en paz y en guerra; pero pedian exencion de jurisdiccion secular y eclesiástica, y un inquisidor privativo: por lo que, consultado el caso, no creyó conveniente don Felipe el constituirse en esclavo de tan generosos defensores.

El rey de Portugal don Sebastian començaba á desplegar contra los moros africanos el espíritu guerrero que tan fatal debia serle. Cárlos nono de Francia acabó sus dias, dejando el trono á su hermano Enrique tercero.

En Santander á 17 de setiembre acabó sus dias el adelantado don Pedro Menendez de Aviles, quando el rey iba á confiarle el mando de una armada de trescientas velas, allí reunida, y veinte mil hombres para acabar con los corsarios de las Indias Occidentales, y apropiarse la pesquería del banco de Terranova.

CAPITULO XX.—Pretensiones de don Juan de Austria. Un monstruo marino. La galera el Sol, en que iba Cervantes, es apresada. Campaña de Flandes. Año 1575.

A pesar de que no se sentia el nuevo sultan animado del espíritu guerrero que caracterizó á su padre, parecióle conveniente al monarca español poner en buen estado de defensa las plazas de Melilla y el Peñon en África, y lo mismo las costas de Nápoles y de la Sicilia. A Italia envió seis galeras con refuerzos, pertrechos y trescientos mil ducados; pero un temporal furioso las sumergió junto á Niza, y fué ménos mal que el naufragio acaeciese junto á la playa, pues sosegada la mar, los buzos pudieron sacar el dinero. A la sazón las alteraciones de la república de Génova habian tomado mal sesgo, y para que los Dorias no perdiesen en ella la influencia que el rey don Felipe explotaba, fué necesaria toda la presión moral y aun el alarde de las fuerzas que mantenía España en el Milanésado. Para esto fué muy oportuna y eficaz la presencia de don Juan de Austria. Habíansele frustrado á este jóven caudillo sus mas halagüeños deseos, y contenia á duras penas la expresión de su disgusto. Fermentaban en su clara mente altos y acaso atrevidos pensamientos, y en su ancho pecho albergaba esperanzas grandes. En uso de la real licencia que tenia para pasar á la córte, trasladóse á ella por Génova y Barcelona; y llegado á la presencia del monarca, que podia dirigirle cargos fundados, y de quien creia él á su vez tener quejas sentidas, puso un velo á lo pasado formulando dos pretensiones importantes. Solicitó primero el tratamiento correspondiente á un infante de España; y luego el nombramiento de vicario general del monarca en Italia, con mando supremo sobre los vireyes y los gobernadores. Res-

pondió Felipe, tocante al primer punto, que no habia ejemplo en España de que un bastardo hubiese sido declarado infante; y respecto al segundo, significó á su hermano que cuanto ántes partiese para Italia, en donde recibiria órdenes suyas. Ninguno de los dos quedó contento del otro, conociendo don Juan que era inútil esperar de su hermano lo que deseaba, y andando turbada la imaginacion del monarca con recordar que la historia de Castilla daba ejemplos de que no rechazaban los grandes ni el pueblo á los príncipes bastardos. Lleno de tristeza fué don Juan á posar unos dias entre los religiosos del Escorial, en donde se daba ya comienzo á la fábrica de la iglesia, y se reunian muchos libros para la biblioteca; y luego se encaminó á Valladolid para visitar á doña Magdalena de Ulloa, á quien llamaba su tia, y en cuya casa habia pasado los mas placenteros dias de su infancia, libre de ambicion y de sinsabores. Pero aquellos serenos dias ya no existian; ni era posible que volviesen por mas suspiros que al pecho arrancase su memoria, y por mas que el corazon, perdidas todas las ilusiones en los palacios de los príncipes, volviese á demandarlas á las moradas de los humildes. Por Barcelona volvióse á Italia, y llegó á Nápoles dia 18 de julio.

Sonó mucho á la sazón la aparicion de una enorme ballena, cachalote tal vez, á quien de un navío dispararon un cañonazo, y vino á morir dia de Corpus, á las playas de Valencia. Sus quijadas fueron llevadas al Escorial; y se habló y aun escribió bastante acerca de ese monstruo marino, como dieron en llamarle, celebrándose como un triunfo su entrada en el Mediterráneo, por cuanto algunos habian dado por inverosímil lo que del profeta Jonás se lee en los sagrados libros.

Mientras navegaba don Juan la vuelta de Italia, la reina doña Ana dió á luz dia 12 de julio, un niño, que fué llamado Diego Félix, tres dias despues de haber perdido al infante don Cárlos.

Por el mismo tiempo los turcos mandados por Aluch Alí, recorridas ántes las costas de la Morea, se acercaron á la Calabria, echaron gente en Esquilache, saquearon este y otros pueblos, é intentando hacer lo mismo con el de Trovisaquia, fueron rechazados y se volvieron á Constantino-pla. El infatigable don Álvaro de Bazan, sabida la novedad, hizose á la mar con las galeras españolas en busca del turco; y no pudiendo darle alcance echóse sobre la isla de los Huerquenes, desembarcó alguna gente, y ganado algun botin y cautivos para el remo, volvióse á Mesina de donde habia salido. Los argelinos tampoco permanecieron inactivos. Por mandato del sultan fuéron contra Muley Mahamet, rey de Fez y de Marruecos, le derrotaron en tres batallas, y conquistado el reino de Fez entronizaron en él á Muley Moluc, tio de Mahamet, y se prepararon para arrebatár tambien á este la corona de Marruecos. No por esto descuidaban los argelinos la guerra de corso que venian sosteniendo contra los cristianos. A 26 de setiembre acometió el argelino Mamí con tres galeotas á la galera española el Sol, que navegaba por las costas de España, entróla al abordaje y rindióla. En ella fué cautivado Miguel de Cervantes Saavedra. Del trato que en Argel le dieron, él mismo nos ha dejado noticias; mostrábanse los moros poco tiranos con sus esclavos, y hasta les permitian el ejercicio de su culto, lo que formaba un vivo contraste con la intolerancia de los cristianos para con los moros cautivos.

En Flandes la mediacion del emperador Maximiliano no

habia dado ningun fruto. Reunióse á la verdad en Breda un congreso ; mas los españoles pedian que licenciasen los holandeses sus tropas y abjurasen el protestantismo ; y los holandeses , que el ejército español saliese de Flandes , y que en punto á religion nadie tiranizase las conciencias : por lo que , visto que para una composicion no habia términos hábiles , hizo Requesens acometer la ciudad de Buren , que le abrió sus puertas , las de Vude y Water , que fueron ganadas y pasados sus moradores á cuchillo , y las de Schoonhove y Crimpen que al momento se rindieron. A la Zelandia no podia Requesens acercarse por mar , pues los holandeses tenian una flota muy superior á la suya ; y era muy arriesgado por entre las aguas del Mosa y del Escalda , cruzar las lenguas de tierra siempre inundadas que conducen á las islas en donde están situadas Midelburgo y Ziric-Zee : sin embargo , los soldados españoles tentaron esta difícil empresa y la llevaron á cabo con esfuerzo. Al capitán Pacheco , uno de los que fueron heridos en el paso , querian llevarle en hombros sus soldados , mas no lo consintió , diciendo que le dejasen y cumpliesen con su deber , que aquella era su gloriosa sepultura : y quedó sumergido en las olas. Llegados aquellos valientes á una de las islas , dieron dos asaltos al fuerte de Bommene y le rindieron. La ciudad de Ziric-Zee resistió con la mayor bravura , y sostenido un sitio que duró nueve meses , solo por capitulacion y rendida por el hambre abrió sus puertas cuando todo el ejército español se habia concentrado en torno suyo.

El marqués de Viteli , uno de los buenos caudillos del ejército , acabó sus dias bajo las banderas.

CAPITULO XXI.—Muere Requesens, gobernador de Flandes. Es nombrado por sucesor suyo don Juan de Austria. Muerte del arzobispo Carranza. Vistas del rey con don Sebastian de Portugal. Año 1576.

La desgraciada Flandes continuaba dando al mundo un miserable espectáculo: ejemplar pavoroso del grado de exaltacion que pueden alcanzar las humanas iras, una vez rota y depuesta la prudencia que tanto enaltece á las potestades de la tierra. Los conquistadores de Zirc-Zee se sublevaron otra vez por falta de pagas, destituyeron á sus gefes, nombraron otros, encamináronse furiosos al Brabante, intentaron aunque infructuosamente entrar por sorpresa en Bruselas y en Malinas, entraron en Alost á escala vista, pusieronla á saco, é hicieronla capital de su nueva bandera. Idos á Maestrich reprodujeron las escenas de Alost, sin que en ellos hiciesen mella amenazas ni halagos. Animados los holandeses viendo tales alborotos en el campo de sus contrarios, pusieron sitio á la ciudadela de Amberes y á Gante. Nabares, gefe elegido por aquellos soldados sublevados, supo infundir en ellos algunos brios generosos, envueltos en deseos de enriquecerse á costa de la opulenta Amberes. Fuéron allá, acometieron á los sitiadores de la ciudadela, penetraron en la ciudad, pasaron siete mil habitantes á cuchillo, saquearon la poblacion por espacio de tres dias y tres noches, redujeron una parte de ella á cenizas, y se repartieron diez y seis millones de florines. Los que van á caza de abominaciones en las historias, hallarán en estas guerras de Flandes una abundante cosecha. Si algun estímulo era necesario para acabar de decidir á los flamencos á que arrojasen de su seno á los españoles, el de Amberes era suficiente. Redoblaron los holandeses sus es-

fuerzos, apoderáronse de Gante, y formaron en 8 de noviembre la confederacion de aquellas provincias, exceptuada la de Luxemburgo, conocida con el nombre de alianza de Gante, para acabar con los españoles, restablecer la constitucion primitiva, anular los edictos de Cárlos primero, y echar los cimientos de su libertad religiosa. A la sazón estaban los españoles sin gefe. A 5 de mayo le habia sobrevenido á Requesens la muerte. No habia don Luis de Requesens como el duque de Alba soplado el fuego para darse el gusto de apagarle : fué sí un hombre de gran punto, que tenia determinado obrar primero con maña y buenas obras, y luego echar el resto para amansar el orgullo de los nobles flamencos.

Parecióle esta ocasion propicia al rey don Felipe para sacar de Italia á don Juan de Austria su hermano, y darle que hacer en desenredar aquella madeja. Nonbróle pues gobernador de Flandes. Conocido el nombramiento, envió don Juan á Madrid á su secretario Escobedo para que le procurase dinero é instrucciones; y como lo primero no andaba muy abundante, y el secretario anduviese demasiado vivo en elevar memoriales por conducto de don Antonio Perez, para lo segundo, enfadóse el monarca, é hizo decir á Escobedo que no le molestase y que atendiese mucho al estilo y forma de sus escritos. Viendo don Juan que su secretario tardaba mucho, hizo rumbo á Barcelona, desde donde escribió al rey su hermano, y pasó á la córte. Temeroso Felipe de que don Juan volviese con sus pretensiones al tratamiento de infante, fuése al Escorial con la reina, sus hijos, el duque el Alba, el marqués de los Velez y don Antonio Perez. Recibió al bastardo dándole un abrazo, y adelantándose luego don Juan para besar la mano al prin-

cipe don Fernando , hirióle inadvertidamente en la frente con la contera de la vaina de su espada. Rompió el niño en llanto , y hubo alguna turbacion entre los presentes. Pero Felipe dijo que á Dios gracias no habia sido nada. Y cuando lo fuera , respondió don Juan , ventanas hay por donde echarme. A lo que repuso Felipe que aunque hubiese sido cosa de cuidado , no pasara de ser una desgracia. Tuvieron lugar nuevas juntas para dar instrucciones al nuevo gobernador , y se le dijo que por punto general obrase conforme á su arbitrio y á su prudencia , con tal que por ningun estilo concediese libertad de conciencia , pues ántes queria Felipe perder la corona y ver convertidos sus reinos en desiertos , que consentir en semejante cosa. Despidióse don Juan , y salió del Escorial á 22 de setiembre , y de incógnito cruzó la Francia , llegó al ducado de Luxemburgo , y conocido el estado de los negocios pudo decir con verdad que para ser gobernador le era forzoso conquistar su gobierno. Fuera de la provincia del Luxemburgo ninguna otra le obedecia. Escribió al consejo de estado diciendo que no iria á Bruselas sin recibir rehenes y sin tener autoridad completa sobre las tropas de mar y tierra , y que á todos trataria bien si eran sumisos vasallos y fieles católicos , y de nó les haria encarnizada guerra. El consejo de estado consultó con el príncipe de Orange la respuesta que á semejante misiva convenia , y le pareció que era lo mas conveniente reunir entre Bruselas y Namur un ejército y pedir socorros á los príncipes vecinos. La reina de Inglaterra no se hizo de rogar y envió cuarenta mil libras esterlinas , y esperanzas de mayores auxilios si la alianza de Ganté era sostenida. Habia poco ántes fenecido el emperador Maximiliano , sucediéndole en el imperio su hijo mayor Rodulfo ,

y por esta parte los flamencos no podían prometerse eficaces auxilios; por lo que determinaron escuchar las proposiciones y promesas que don Juan les hiciese, salvo el poder rechazarlas si no les convenían.

Dióse fin este año en Roma á la famosa causa del arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, mandándole á 14 de abril abjurar diez y seis proposiciones, nó sacadas sino deducidas de su Catecismo, y suspendiéndole por espacio de cinco años de su arzobispado, con reclusion en el convento de Orbitelo. Pasados diez y ocho años de prision, y llegado á los setenta y tres de su edad, estaba Carranza achacoso y era natural que no viese de su reclusion el término. Y fué así, pues no sobrevivió á la sentencia diez y ocho dias. Este venerable anciano, en quien se habían ensañado terribles enemigos, al recibir el Viático en su última hora, manifestó con entereza que aunque nada tenía que decir contra la sentencia que le abrumaba, podía sí afirmar que jamás albergó en su pecho contra el catolicismo los errores que le acumulaban; pero que perdonaba á todos cuantos le hubiesen armado asechanzas. Es fama que el santo pontífice Pio V, se negó constantemente durante su pontificado á dar contra Carranza la sentencia que el gobierno español solicitaba. La emulacion y la envidia se habían conjurado contra el prelado, y sabida su muerte, el mismo Gregorio XIII no vaciló en llamarle varon esclarecido.

Los argelinos anduvieron ocupados en acabar de arrojar de Marruecos á Muley Mahamet, y sentar en el trono á Muley Moluc. El destituido hizo solicitar del rey don Felipe que le repusiese por armas en su trono, que así se constituiría en vasallo suyo y le cedería algunos puertos de las costas del Atlántico. Negóse el monarca español, y Maha-

met acudió entonces á don Sebastian, rey de Portugal, quien le prometió amparo. En vano los consejeros de este ardiente mozo le quisieron apartar de aquel designio; lo único que de él pudieron recabar fué que lo consultase con el rey don Felipe su tío, y le pidiese auxilios, y al mismo tiempo la mano de una de sus hijas. Eran las infantas de España de edad muy tierna, por lo que Felipe dió largas á lo del casamiento, y en órden á auxiliar al rey don Sebastian contra los moros africanos, le fué respondido que podrian para ello los dos reyes tener vistas en Nuestra Señora de Guadalupe. Tuvieron lugar las vistas á mediados de diciembre, acompañando á Felipe el duque de Alba y otros caballeros. Inútiles fueron todos cuantos medios tentaron Felipe y el duque de Alba para disuadir al jóven monarca; pintáronle la infidelidad de los moros, lo seco y arenoso de la Mauritania, los grandes gastos, el peligro de que los turcos diesen la mano á Muley Moluc, y cuán aventurado era poner en confusion el reino de Portugal, faltando él ó muriendo en la demanda ántes de tener sucesion directa: ninguna reflexion pudo hacer mella en su espíritu; y para no disgustarle enteramente, prometióle el rey don Felipe auxiliarle con cincuenta galeras y cinco mil hombres, si el turco no tomaba cartas en la contienda. Con lo que se despidieron.

En la Florida, muerto Menendez, fué en disminucion la poblacion de los fuertes, y dieron bastante que hacer los corsarios. Ya á la sazón estaban empeñados algunos en buscar, al norte de aquella comarca, un paso que de las Indias Occidentales llevase á las Orientales.

En las Filipinas daban mucho cuidado algunos corsarios chinos, de los cuales uno, por nombre Limaon, fué preso y ajusticiado.

CAPITULO XXII.—Tratos con los flamencos, y nueva maraña. Concordia con Marruecos. Treguas con el turco. Procura Felipe frustrar los proyectos de Portugal. Año 1577.

Estando don Juan de Austria en tratos con los flamencos sublevados, de promesa en promesa vino en concederles mas de lo que podía cumplirles; primero, que saliesen de las provincias los soldados no naturales de ellas; segundo, un olvido completo; tercero, el asentimiento á los capítulos de la concordia ó pacificación de Gante; y cuarto, que los estados entenderian en los edictos relativos al culto. Comenzóse por lo primero, que fué alejar de aquellas provincias á los soldados españoles y á los italianos; y luego entró don Juan en Bruselas á dia primero de mayo, con tales aclamaciones que pareció ser aquello una paz verdadera. Pero el héroe de Lepanto tenia hechas para sí sus reservas, y parece que llevaba hecho el propósito de traer en palabras á los flamencos, para venir luego contra ellos como cosa de promesa simple, en cuanto pudiese sujetar las riendas del poder con mano firme. Por tanto, como alejados de Flandes los españoles y los italianos, quedaban todavía los alemanes, que eran mas en número, retúvolos por bajo cuerda, aunque de público daba órdenes para que dejasen las provincias. Atendidos los procedentes, era la de don Juan una posicion poco segura, y ántes causadora de nuevos bullicios, como en efecto lo fué, pues careciendo el nuevo gobernador de la impassibilidad y sangre fria necesarias, á lo mejor daba salida á sus secretas esperanzas envueltas en sarcasmos ó en ira, ayudándole en este desborde muy mucho los que le rodeaban. Fuése pues con un pretexto á Namur, y allí, diciendo que se armaban asechanzas contra su vida, apoderóse de aquella ciudad, de Mariemburgo y

Charlemont, y envió á Madrid á su secretario Escobedo con cartas para el rey, en que le decia que solo por medio de las armas, y con cauterios, era posible restablecer en Flandes la autoridad real si debía ir acompañada del catolicismo. Ya que vieron á don Juan sin antifaz, quitáronse tambien el suyo los flamencos, eligieron por jefe al príncipe de Orange, y luego los mas autorizados entraron en tratos secretos con el archiduque Matías, hermano del emperador Rodulfo, y le confirieron el mando supremo, cosa en que él no se hizo de rogar, ántes al momento partió allá de incógnito, y nombró por su segundo á Orange: naciendo de ahí una extraordinaria maraña, pues Rodulfo acababa de recibir de su tio el rey de España una solemne embajada de enhorabuena por su advenimiento al imperio, y le fué necesario excusarse con él repetidas veces, y con temor de no ser creído, diciendo que el archiduque Matías habia obrado contra su voluntad y sus mandatos. A otro entropozamiento dió márgen la mal aspada madeja de Flandes, y fué que los tercios españoles é italianos que de aquellas provincias salieron, y por la Lorena pasaron á Italia, situáronse en los contornos de Génova, huyendo de la peste que picaba en el Milanesado; por lo que hubo entre los genoveses una grande alteracion, que subió de punto con la aparicion de algunas galeras españolas que hacian rumbo al puerto; y pareció oportuno que estas navés fuésen á surgir en Puerto Especie. Ya los genoveses estaban sentidos, porque España no restituia el marquesado de Final á su antiguo dueño; y les parecía además muy fuera de orden que teniendo los españoles un puerto para llevar y sacar tropas del Milanesado, todavía aspirasen á hacer del de Génova un uso tan peligroso para la independenciam de esta repúbli-

ca. Mas con las nuevas de las vias de rompimiento á que don Juan y los flamencos habian llegado, los tercios desandaron por la Lorena otra vez á Flandes, tranquilizando á los genoveses, que en verdad tenian fundamento para ponerse sobre sí. En pos de los tercios fué á Flandes, en calidad de lugarteniente de don Juan, el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, compañero inseparable de aquel gefe en sus mocedades, y con quien le tocaba ahora compartir los peligros y la gloria.

Engolfado el monarca español en tan indomable piélagos, veía naufragar los fondos públicos de una manera espantosa, y acudia como su padre á todas partes en demanda de dinero. Del papa obtuvo una bula para vender señoríos del arzobispado de Toledo; con el nombre de juros tomó cantidades adelantadas sobre las rentas, debiendo estas ir respondiendo anualmente hasta la extincion de la deuda; dobló la alcabala; estancó varios artículos, en especial los naipes; y por fin devolvió á la corona los diezmos de mar de que estaba hacia tiempo en posesion el condestable de Castilla. A la sazón el papa, á ruegos del rey, concedió el capelo al archiduque Alberto; á Venceslao le cruzaron en la órden de San Juan para que pudiese suceder en el priorato de Consuegra á don Antonio de Toledo. Otros varios sucesos importantes hay que mencionar por estos tiempos: Soria aspiró á tener obispo propio, y negóselo don Felipe; á 21 de julio una centella cayó en una de las torres del Escorial, y costó mucho trabajo apagar el incendio que de ella sobrevino; y á 27 de setiembre pasó en Madrid á mejor vida el sabio jurisconsulto Diego de Covarrubias, obispo de Segovia y presidente de Castilla.

Habia el rey enviado al capitán Francisco Aldana en ca-

lidad de embajador cerca del nuevo rey de Fez y Marruecos, Muley Moluc, como quien tiende una espía. Vuelto Aldana, dió exacta cuenta de lo que habia visto, y dijo haberle parecido Moluc un príncipe poderoso con quien era temible estar en guerra. Oido lo cual, Felipe, aunque excelente católico, hizo con Moluc lo que algun dia le pareció feo que lo hiciese la Francia con el turco; y fué ajustar con el moro buena amistad y correspondencia, por mas que supiese que contra él iban á estar en guerra los portugueses. Tampoco se desdeñó de tomar por medianera á Venecia para sentar treguas por tres años con los turcos y aun procuró hacer entrar al portugués en sus miras; y para infundirle desaliento envióle al capitan Aldana bien instruido: mas fué inútil, pues el rey don Sebastian se mostró mas purificado católico que su tio el rey don Felipe, y no quiso transigir con los enemigos del nombre cristiano. Buscó dinero; procuró levantar gente en Italia, y viendo que don Felipe se lo embarazaba, envió por ella á Alemania; juntó los grandes y les dió á conocer su designio, nó como quien espera un consejo, sino como quien da órdenes; al capitan Aldana le hizo prometer que le acompañaria á África; y enviándole don Felipe al duque de Medinaceli para que le desaconsejase, no pudo salir con la suya: en suma vióse en el rey don Sebastian á un hombre de resolucion y brios, aunque porque fué vencido hayan dado en llamarle temerario. Veia que para el reino de Portugal, ceñido por la España, no habia otro porvenir que el África, ó las inmensidades del Atlántico: y tomó su partido. Siete años ántes no habia querido aliarse contra el turco, y en verdad no podia dar aquella lucha ningun buen resultado para sus súbditos: mas ahora aspiraba inflexible á tener influencia en Fez y en

Marruecos, y hacer ondear en los puertos africanos del Océano las banderas portuguesas.

En Nueva España encendiéndose este año entre los indios tan gran peste, causada por el hambre, y acrecentada con lluvias continuas desde abril á noviembre, que murieron mas de dos millones de aquellos infelices moradores.

CAPITULO XXIII.—Dos mil españoles acompañan al portugués en su jornada a Africa.

Fin desastrado de la expedicion. Campaña de Flandes. Asesinato de don Juan de Escobedo. Muerte de don Juan de Austria. Año 1578.

Llamaba la atencion pública en la península la expedicion que don Sebastian, rey de Portugal, venia preparando contra el nuevo rey de Marruecos con una tenacidad inflexible. Muley Moluc le hizo proponer que si desistia de su intento le daria diez millas de tierra junto á los presidios portugueses; y como don Sebastian le pidiese las plazas de Tetuan, Larache y Cabo de Alger, juzgó Moluc que valia bien cada una de ellas la pena de ser defendida. Habia Felipe prometido al portugués un cuerpo auxiliar de cinco mil hombres, pero solo le envió dos mil infantes mandados por don Alonso de Aguilar, á quien poco despues siguió el capitán Aldana. Embarcóse don Sebastian á dia 24 de junio, seguido de quince mil doscientos hombres, en cincuenta navíos, cinco galeras, y muchas naves de transporte llenas de vituallas y pertrechos. Fué al Algarve, detúvose cuatro dias en Puerto de Lagos, y ocho en Cádiz, y desembarcó en Tanger con alguna escolta, disponiendo que el resto de la armada tomase la vuelta de Arcila. Sabido el desembarco de los cristianos salió Moluc á campaña contra ellos á la cabeza de setenta mil infantes y cuarenta y cuatro mil caballos, dejando en Fez á un hermano suyo llamado Muley

Hamet. El rey don Sebastian y Muley Mahamet, el rey desposeido, fuéron á juntarse con los portugueses ya surtos en Arcila, y despues de varios movimientos y amagos, el dia 3 de agosto se acercó Moluc á una legua de Alcazarquivir, situándose junto á un vado por donde el rey don Sebastian debia esguazar el rio Luco. El portugués habia discutido en consejo si era preferible ir por mar á Larache, ó acometer por tierra la plaza de Alcazarquivir, y fué acordado lo segundo por estar acorde con la opinion del monarca, aunque nó con la de Muley Mahamet, que veia en lo determinado un manifesto peligro, por quanto habian sido muy pocos los moros que hasta aquel dia se habian pasado á sus filas. Tomadas, pues, las disposiciones convenientes, trabóse en dicho dia y en aquel vado una sangrienta batalla. Muley Moluc venia gravemente enfermo, y solo tuvo tiempo de ordenar sus tropas, colocada en el centro la infantería y en las alas la caballería; y metido en su litera, tendióse en ella y dió el último suspiro. De suerte que si espera el rey don Sebastian un dia mas á dar la batalla, entraba la division en el ejército moro, y se disolvia, ó una buena parte de él se pasaba á su desposeido soberano. Todavía mas; si hubiese sido conocida la muerte de Moluc, era posible que hubiese cundido el desaliento entre los suyos; pero un eunuco, que servia á Moluc, tuvo bastante audacia para dar órdenes durante la batalla como si las recibiese de Moluc, á cuya litera se asomaba de tiempo en tiempo: y de esta manera la serenidad de un hombre influyó extraordinariamente en los destinos de un imperio. Los moros fuéron extendiendo las alas, y envolviendo á los cristianos, hasta acometerlos por retaguardia. El rey don Sebastian se portó como un héroe de los antiguos tiempos,

demostrando que si le faltaban las prendas propias de un general, nó así las que enaltecen á un soldado. Acudió con bravura á todas partes, matáronle dos caballos, animó con él ejemplo á sus soldados para que hiciesen en los moros un grande estrago, y al fin, declarada adversa la fortuna, rotos sus escuadrones y pasados á cuchillo sus leales portugueses, ciñóle por todas partes un enjambre de moros, le apretaron, dejáronle sin movimiento, y entrando ellos mismos en disputas sobre quien le habia hecho prisionero, uno de los soldados le quitó la vida. Muley Mahamet pereció en las aguas del Luco intentando salvarse: de suerte que los tres reyes que en esta batalla se disputaron la posesion de un imperio, perecieron todos. Acertó á llegar Muley Hamet, terminado ya el combate, con un refuerzo de diez y ocho mil caballos, y recogió el fruto de la jornada, pues fué proclamado, sobre un lago de sangre, rey de Fez y de Marruecos.

Diez y ocho mil moros quedaron tendidos en el campo. El ejército cristiano, entre muertos, heridos y prisioneros, quedó enteramente destruido. Muy pocos soldados por varias fortunas volvieron á Tanger ó á Arcila. Esta decisiva batalla ha ejercido una inmensa influencia en los destinos del imperio de Marruecos, y ha venido siendo hasta nuestros dias su memoria el paladion de su independenciam. El cuerpo del infortunado rey don Sebastian fué reconocido por su ayuda de cámara y muchos nobles, á quienes Muley Hamet permitió que le guardasen y diesen sepultura. Sin embargo algunos no creyeron en su muerte; y fué que unos fugitivos se presentaron de noche ante Arcila y se hicieron abrir las puertas diciendo que entre ellos venia aquel monarca; y abriendo y no viendo al rey los echaron: de don-

de nació y se propagó la voz de que don Sebastian andaba oculto, retraido, y como avergonzado de su rota. Recibida la nueva del desastre, dispuso don Felipe que don Álvaro de Bazan saliese con las galeras de España á impedir que los moros se apoderasen de las plazas portuguesas en África; y luego hizo estudiar la cuestion de la sucesion del vecino reino, en donde veia el fruto que la España podia sacar de aquella terrible catástrofe.

Tambien tuvieron lugar en Flandes graves acontecimientos. El archiduque Matías habia llegado por enero á Bruselas. Don Juan de Austria, reunidos diez y seis mil infantes y dos mil caballos, y llevando por teniente suyo al jóven de grandes esperanzas Alejandro Farnesio, fué en busca de los flamencos, acometiéndolos hácia Gemblurs, los derrotó y les hizo perder seis mil hombres. Las plazas de Gemblurs, Lovaina, Tirlemont, Limburgo, Nivelá y otras varias fueron el fruto de esta gloriosa jornada, en la que ganó Alejandro Farnesio sus primeros laureles. Flandes era entonces en opinion de los potentados vecinos un país que no tenia dueño, y le necesitaba. Uno de los hermanos del rey de Francia, á ejemplo del emperador Rodulfo, aspiraba tambien á obtener su soberanía, y fué allá con tropas. La reina de Inglaterra se obligó á sostener á los flamencos con hombres y con dinero, y al mismo tiempo escribió al rey don Felipe diciendo que lo hacia para impedir que Alemania ó Francia se apoderasen de los Países Bajos. La ciudad de Amsterdam entró á formar causa comun con los sublevados, quienes juntaron diez mil hombres, y confiaron su mando al conde de Bossut. Atrincheróse este cerca de Rimenant, sabiendo que las fuerzas de don Juan, superiores á la suyas, iban en su busca. Aconsejaba Alejandro



Farnesio á don Juan que no acometiese al conde, quien ocupaba una posicion muy fuerte; pero don Juan creyó que siendo superiores en número sus tropas, é iguales al ménos en denuedo á las contrarias, saldrían vencedoras, y ordenó el ataque. Retiráronse al principio los holandeses, y siguiéndolos imprudentemente los españoles hasta donde no lo aconsejaba la prudencia, volvió caras el holandés, y á no haber sido por la sangre fria de Alejandro Farnesio, acababan con don Juan y su ejército. Mil ochocientos hombres perdió don Juan en esta acometida. Mantúvose entonces á la defensiva, y fué una fortuna para él que fuesen muchos los que aspiraban á la soberanía de Flandes, pues encendida la rivalidad entre los ingleses, los franceses y los alemanes, sin embargo de que llegaron á contar con cuarenta mil hombres, no hicieron nada.

Don Juan se sintió malo. Aquejábale un vivo dolor de estómago, y le consumía la tristeza. Quejábase de que el rey su hermano le tenia abandonado y no le enviaba los refuerzos repetidas veces prometidos. Habíale afectado sumamente la nueva de que á 31 de marzo unos asesinos habian muerto en Madrid á su secretario Escobedo, suceso que sonó mucho entonces y que ha dado despues ocupacion á muchas plumas. Es fama que los embajadores españoles en Roma y Francia habian escrito al rey don Felipe diciéndole que era Escobedo un hombre peligroso, pues primero intrigó para casar á don Juan con la reina de Escocia y luego con la de Inglaterra, y que era posible que le impeliese á levantarse con el gobierno de Flandes. Ya don Antonio Perez, secretario de Estado, habia intentado envenenar á Escobedo, quien se salvó por no haber comido en su casa aquel dia, y su mujer lo pagó por él llegando á la

muerte, en cuyo asunto se echó tierra prendiendo y ahorcando á una inocente esclava de aquel temido secretario. Y se afirma que despues, determinado el caso en consejo secreto, mandó el rey que Escobedo fuese muerto sin forma de proceso; por lo que Perez dispuso que viniese de Aragon el duelista Insuasti, acompañado de Miguel Bosque y otros cuatro; y llegado á la córte, Insuasti se hizo enconradizo con Escobedo, y le pasó de una estocada. Ello fué que los asesinos pasaron á Nápoles, y en vez de castigo recibieron ascenso por recompensa. Esta noticia habia llevado al último término el descontento y la melancolía de don Juan de Austria. Desvanecidas sus mas acariciadas esperanzas, disipados los sueños de felicidad que se forjara, y tal vez víctima de algun mal guisado, como dice Flamiano Estrada, entróle al fin una fiebre maligna, acompañada de suma postracion y languidez, y junto á Namur, en un miserable cortijo, dióle un gran delirio, y metido en cama, comenzó á dar voces como si mandase escuadrones, y arengase á los soldados, y diese órdenes para una acometida. Si pronunciaban junto á él los nombres de Jesús y María, calmábase, y parecia que los repetia con lengua balbuciente. Así dió el último suspiro en los primeros dias de octubre. Llevado á la catedral de Namur en hombros de los mejores cabos del ejército, en ella le dieron sepultura. Dejó dos hijas naturales, en Madrid una, en Italia otra, de dos diferentes damas; una hija murió religiosa, otra llegó á celebrar bodas tardías. No hizo testamento, diciendo que no tenia de qué hacerle. Píntante sus contemporáneos noble, generoso, valiente, liberal, propenso al enojo, lleno de atractivos, de ambicion y de altas miras. En la jornada contra los moriscos de Granada, viendo que las armas eran

impotentes, le hizo su hermano tomar consejo de la doblez y del engaño. En Lepanto dió expansion á todo el ardimiento de que era capaz su alma. Aquella victoria hinchó su corazón de grandes esperanzas, y por estos senderos vino á caer en algunos extravíos. Por aspirar al trono de Túnez desobedeció á su hermano; aspiró luego á ser infante de España, vicario general del rey en Italia, y por último dicen que rey de Escocia y de Inglaterra. Era natural que Felipe le temiese. Nególe el reino de Túnez, el tratamiento de infante y el vicariato de Italia, y es probable que no anduvo muy solícito en enviarle refuerzos y dinero á Flandes; y de estas premisas se dedujo que Felipe había llegado con él á mayores, consumando la venganza en Escobedo comenzada: ilaciones que el corazón rechaza, aunque confunden el entendimiento.

Este mes de octubre tuvo que señalarle con piedra negra el rey don Felipe. A 18 del mismo murió en Madrid el príncipe don Fernando, quien era todas sus esperanzas, aunque apenas rayaba en los siete años. Poseído de tristeza el monarca escribió á las ciudades del reino una carta en que les decía que no lamentasen semejante pérdida, sino que desenojasen á Dios que se mostraba indignado: que fué expresar noblemente la intensidad de su amargura. Y fresco este dolor, sucumbió también seis días después en los brazos de Felipe el archiduque Venceslao, su sobrino, mancebo arrogante y agraciado, ya entrado en los diez y seis años. A 14 de marzo había la reina dado á luz al infante don Felipe, destinado en los arcanos del porvenir á suceder en el trono á su padre.

En el de Portugal había sucedido al desgraciado don Sebastian el cardenal don Enrique, cuyas opiniones en orden

á la sucesion de aquel reino procuró hacer sondear el rey don Felipe, y no obtuvo otra respuesta sino la de que era asunto reservado á las córtes del reino. Tambien envió Felipe una embajada al nuevo rey de Marruecos para infundirle aversion á los turcos, temibles por su poder, y brindarle á entrar en alianza con la España para evitarlos: de lo que se desprende que si Felipe no queria por súbditos mas que á los católicos, en punto á aliados no se desdeñaba de tener por tales á los musulmanes. No disgustó á Muley Hamet el ofrecimiento, y en prenda de sus buenas disposiciones dió libertad á algunos cautivos, y devolvió el cuerpo del rey don Sebastian que Felipe hizo entregar á los portugueses.

CAPITULO XXIV.—Cuestion sobre la sucesion al trono de Portugal. Alejandro Farnesio en Flandes. Prision de Antonio Perez. Año 1579.

Era el nuevo rey de Portugal un anciano lleno de achaques, mas no fué obstáculo esto para que muchos nobles del reino le instasen á que tomase mujer, obtenida ántes la dispensa pontificia. No se hizo de rogar el monarca, ántes hízolo muy contento: de que se originó un movimiento inusitado entre los diplomáticos del rey don Felipe. Ya no se contentaba este con ser sucesor de don Enrique, sino que queria serlo forzoso, y así escribió al papa pidiéndole que no concediese aquella dispensa, pues seria un escándalo permitir á un sacerdote, arzobispo y cardenal por añadidura, pensar siquiera en casarse. Pero el papa lo tomó con mas calma, y dijo que era una cuestion de peso, y que lo consultaria. Parecióle á Felipe que era oportuno enviar al rey don Enrique un misionero que le inculcase los grandes deberes de su estado eclesiástico, que parecia querer echar

en olvido, y escogió para ello un fervoroso religioso dominico, el maestro fray Fernando del Castillo: mas el portugués respondió, que ni sus deberes pasados, ni sus actuales de príncipe reinante olvidaria. Y viendo el monarca español, que el papa se mostraba frío, y el cardenal rey muy amante de su cetro, envió á Lisboa de embajador al duque de Osuna, en demanda de que fuese don Felipe declarado inmediato sucesor á la corona portuguesa: á lo que respondió don Enrique, que luego, con vocadas córtes, se decidiría esta cuestion, sobremanera erizada de dificultades. Muchos pretendientes tenia aquella corona; el duque de Saboya, el de Parma, el mismo rey de Francia, el papa como á feudo que decia ser suyo el reino lusitano; y los verdaderos, que eran tres: Felipe, como hijo de doña Isabel, hija mayor del rey don Manuel; la duquesa de Braganza, hija del infante don Duarte, hijo del mismo rey don Manuel; y don Antonio, prior de Ocrato, bastardo de la rama portuguesa: el primero de los tres muy poderoso, el segundo muy legítimo, y el tercero temible por revolvedor y bullicioso. Convocadas las córtes lusitanas, pidió el reino dispensa pontificia, para que el rey cardenal pudiese tomar esposa, habiendo ántes en Lisboa andado muy alterada la gente; porque á 10 de febrero un mendigo hizo correr la voz de que en Almerin habia visto al rey don Sebastian, nó difunto. Las córtes presentaron á don Enrique una lista de quince personas para que de ellas eligiese cinco, que, faltando él, gobernasen el reino, y discutiesen y juzgasen quién tenia mejor derecho para suceder á la corona. La duquesa de Braganza y su esposo juraron que estarían á lo juzgado; Ocrato imitó su ejemplo; pero Felipe no juró, sino que hizo allegar veinte mil hombres, y los

fué acercando al vecino reino, y al mismo tiempo dió órdenes para que de Italia viniese armada y gente. Don Enrique no pareció que se asustaba, ántes hizo reconocer los lindes terrestres de la Lusitania, y comprar en Alemania veinte mil arcabuces, y pasó adelante en el nombramiento de las cinco personas que debian ser jueces en órden á la sucesion del reino. El prior de Ocrato se daba mucho movimiento, y presentó testigos en fé de que no era bastardo, sino muy legítimo; mas se le convenció de haber comprado por oro aquellos testimonios; y en seguida, mostrándose insumiso, y recorriendo el país en busca de prosélitos, fué declarado rebelde, y como á tal condenado á privacion de honores y dignidades, á la desnaturalizacion y al extrañamiento del reino. Las principales naciones tenian fija la vista en lo que en Portugal pasaba; Inglaterra prometió á esta potencia gente y dinero, si no se entregaba á la España; Francia hizo lo mismo; el papa tenia humores propios, y declaró por nulo lo hecho por el portugués contra el prior de Ocrato, en lo que dió disgusto á don Felipe y al cardenal rey, y aumentó la complicacion del ya harto enmarañado negocio. El clero se mostró contrario á las pretensiones de don Felipe, de manera, que los religiosos desde el púlpito incesantemente clamaban contra la union de los reinos de Portugal y de España, diciendo que seria una calamidad pública, y dar mayor corpulencia á una fiera. Ni descuidó Felipe el entrar en convenios con el duque de Braganza y el prior de Ocrato; el primero, aunque tambien se revolvia, mostrábase conciliador pacífico; el segundo pedia riquezas, poder y rehenes excesivos. Y así andaba el reino, próximo á zozobrar, por ser muchos los que aspiraban á tomar su gobernalle.

Ya Felipe, mirando el porvenir, habia llevado adelante su paz y alianza con Muley Hamet, y fué firmada, prometiéndolo los moros entregar el puerto de Larache, y Felipe auxiliarlos contra quien quiera que los acometiese, y los dos favorecer á los respectivos súbditos, acogerlos en los puertos, y asegurar á unos y otros el tráfico; y aunque muchos extrañaron semejante amistad, otros creyeron que hacia bien Felipe en doblar ante su interés aquella su encomiada fiereza religiosa.

En Flandes no se echó ménos á don Juan de Austria: tales muestras dió de sí su digno sucesor Alejandro Farnesio. Educado este en la escuela del duque de Alba, mostróse su igual como militar, y dejóle muy en zaga como á político y dueño de sus iras. Reunidos quince mil infantes y cuatro mil caballos, mantúvose cuerdamente á la defensiva, atrincherando sus posiciones, mientras los flamencos le fueron superiores; pero viéndolos diseminados, hizo ademan de echarse sobre Amberes, y luego cayó sobre Maestrich con todas sus fuerzas. Defendiéronse los habitantes con el mayor denuedo, rechazaron furiosos asaltos, y al cabo de cuatro meses de sitio y continuas embestidas, fuéron sorprendidos el dia 29 de junio, y pasados diez y ocho mil moradores á cuchillo. Dado este golpe, trabajó Farnesio para que los flamencos católicos, en particular los del Artois y del Hainaut, volviesen á la obediencia, prometiéndoles olvido y conservacion de sus franquicias, y consiguió en gran parte su designio, al paso que por las armas conquistaba las plazas de Villebrock y de Malinas. Promovió la reunion de un congreso para ver de pacificar los Países Bajos, y recabó del hijo del conde de Egmont que se declarase por los españoles, y aun hizo que el rey Felipe prometiese al príncipe

de Orange restitucion de bienes , honores y dignidades , si volvía á la obediencia. Pero la tenacidad de Felipe , tocante á la cuestion religiosa , dió á Orange ancho campo y fuerzas suficientes para luchar y resistir con esperanzas ; y mientras los flamencos se apoderaban de la Frisia , y de las ciudades de Wenterg y de Groninga , él echaba los cimientos de una confederacion poderosa , llamada la union de Utrech , entre las provincias del Brabante , Flandes propia , la Frisia , Gueldres , Holanda , Utrech y Zelanda. Obligábase todas ellas á ayudarse estrechamente sin esclavizarse , á dar su contingente á los estados generales en hombres y dinero , en levantar las fortalezas necesarias para la comun defensa , en recibir las guarniciones convenientes , en permitir á los ciudadanos el libre ejercicio de su culto , sin recurrir persecuciones ni mandatos opuestos á la manse- dumbre de la fé cristiana , y en formar matrícula de todos los habitantes capaces de llevar las armas : principio todo y fundamento de la república de las Provincias Unidas.

En Sevilla fuéron este año trasladados á una nueva y suntuosa capilla los restos venerados de don Fernando el Santo , y los de otros reyes y príncipes , cuyos despojos mortales conserva aquella ciudad esclarecida. La procesion , que al efecto se hizo , fué muy celebrada. Para ella la ciudad distribuyó en velas mil arrobas de cera blanca.

El cuerpo de don Juan de Austria fué trasladado al Escorial , y depositado junto al de su padre.

A la sazón los inquisidores tuvieron que castigar en la córte á un navarro que se vendía por profeta , y empezaba á ser el oráculo del pueblo.

Pero el asunto que mas llamó la atencion de los cortesanos , fué que el rey de improvisó , estando en el Escorial ,

se trasladó á Madrid , é hizo prender á su secretario de estado , don Antonio Perez. Sonó públicamente por causa la muerte dada á don Juan de Escobedo ; pero á media voz se daba por verdadera el haberse sabido que Perez tenia grande intimidad con la princesa de Eboli , que tambien fué arrestada : naciendo de ahí que el ruin vulgo diese por sentido lo primero , y que los mas entendidos presumiesen ser una venganza del rey , por no haber sido respetada su combleza : que , aunque buen católico , incurrió Felipe en algun desliz , por demasiada inclinacion á la carne. El confesor del rey intentó matar el asunto con prudencia ; y Perez , que en la prision cayó enfermo , obtuvo permiso para ir á su casa á curarse , y en ella se le visitó : cosa que á muchos pareció una complicaciou extraña , sin saberse qué cosa era lo principal , qué lo accesorio , si la profanacion de unos repugnantes secretos de estado , ó la lijereza de unas faldas , entre cuyos pliegues se hallaron extraviados.

Renovóse este año la instruccion para los que navegaban á Indias ; y á los que iban á la Florida , se les previno que registrasen la costa oriental desde el cabo de los Mártires , hasta el cabo Romano , y los bajíos de las islas de Bimini , el canal viejo de Bahama , los Roques y otras islas. La inquisicion tuvo que castigar en Nueva España á un cura que difundia el espanto entre las gentes , diciendo que recorria ya la tierra el Antecristo.

Pasó á Filipinas de primer obispo fray Domingo Salazar , que habia trabajado mucho en la jornada que á la Florida hizo años atrás don Juan de Luna.

CAPITULO XXV.—Ocupacion del reino de Portugal. Año 1580.

El rey cardenal habia abierto nuevas córtes en 11 de

enero, divididas en tres brazos; el eclesiástico se componia del alto clero cuya benevolencia habia tenido medio de captarse el rey de España; el de la nobleza era tambien adicto á don Felipe; pero el estado llano, ó tercer brazo, le era enteramente contrario, y decia pertenecer en aquel caso á las ciudades la eleccion del heredero de la corona. Pero mientras el rey de Portugal se esforzaba en recomendar á sus súbditos la urgencia de la declaracion de sucesor al trono, manifestando terminantemente que la duquesa de Braganza era hija de su hermano don Duarte, y el rey don Felipe lo era solo de su hermana doña Isabel, sobrevinole la muerte á los 31 del mes de enero, dejando el reino afligido por tener encima dos plagas, el hambre y la peste, y venírsele encima una tercera, las alteraciones públicas. Los procuradores de las ciudades, separados del brazo eclesiástico y de la nobleza, habian pasado á Santaren, é instaban para que las plazas fuésen puestas en estado de defensa contra el rey don Felipe. El prior de Ocrato revolviase á todas partes, recorria los pueblos, hizo una excursion á Lisboa, y se preparaba para ser tratado como á soberano. Escribió al Brasil, á la India y á las islas Terceras que estuviesen por él, solicitó de las ciudades una proclamacion inmediata, y á todos iba inculcando que el papa habia anulado la sentencia que le declaraba ilegítimo.

Conociendo don Felipe que en las controversias de estado siempre tiene mas razon el que dispone de mas fuerzas, habia juntado un numeroso ejército y una formidable escuadra, creyendo que serian los mejores letrados en defensa de su causa. Para mandar la armada tenia al digno don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; mas no sabia á quien confiar el mando del ejército; nó porque le faltasen buenos

generales á quien encomendarle, sino porque su mayor confianza la tenia puesta en el duque de Alba, y á la sazón estaba justamente indignado con él y le tenia desterrado de la córte. Porque Alba, aunque muy amigo de tratar á los demás con tiranía, ni del mismo rey recibia desapegos, y hasta insoportable y fuera de lugar le parecia la justicia, si contra él encaminaba sus mandatos; y así, habiendo su hijo seducido á una dama de palacio, y héchole arrestar el rey para que cumpliese con ella la palabra empeñada, el duque le sacó de Tordesillas, lugar de su arresto, le llevó á Alba y le casó allí con una hija del marqués de Villafranca: dejando al rey muy sentido, y su autoridad muy lastimada. Mas conociendo ahora el monarca que aquel general le convenia, obró con grandeza de alma deponiendo la ira, y enviándole á decir si podia contar con él para que tomase el mando del ejército. Respondió el duque que le serviría como fiel vasallo, y le fué mandado á fines de febrero que fuése á Barajas, donde le envió órdenes el rey para que pasase á Llerena en donde se juntaban las tropas: y no quiso verle, que fué decirle que debia hacer algo para volver enteramente á su gracia.

Quiso el mismo rey acercarse á Portugal, y ántes hizo jurar por sucesor al infante don Diego, á dia primero de marzo; y salió el dia 4, aunque la reina estaba muy adelantada en su embarazo, pues el 21 dió á luz una infanta, á quien se puso por nombre María. Detúvose Felipe algunos dias en Nuestra Señora de Guadalupe, á donde los gobernadores de Portugal le enviaron al obispo de Coimbra y á don Manuel de Melo para decirle que no pasase adelante, sino que esperase la decision de los jueces á quienes estaba encomendada la declaracion de sucesor á la corona.

Felipe habia ya consultado el caso con teólogos cuya opinion le era conocida, y le habian dicho que el reino de Portugal era patrimonio suyo; por lo que respondió á los enviados que no necesitaba ninguna declaracion para tomar lo que era suyo, para castigar á los rebeldes, y para librar de la opresion de los malos á los buenos que le recibiesen sumisos: y los portugueses, viéndose sin fuerzas, no pudieron hacer mas que escribir á Roma, á Francia é Inglaterra, pidiendo amparo. Las tres potencias estaban lejos. Roma envió un legado para intimar á don Felipe que esperase la decision pontificia; pero el rey, oliendo el mandato, le hizo detener en las ciudades de su tránsito, dándoles suntuosas fiestas, que ni para escribir le dejaban tiempo, de manera que cuando pudo ver al rey, ya estaba el negocio consumado: y no falta quien cree que, dejándose festejar, y dándose un aire satisfecho, obraba el legado no ménos diplomáticamente que el monarca. El rey recibió de África en esta coyuntura á un hijo del duque de Braganza que habia caído cautivo, y en prenda de buena amistad le envió á sus padres. Andaban los portugueses metidos en gran bullicio, procurando á toda prisa armar galeones y navíos, y poniendo presidios en las plazas y en los puertos; mas les faltaba dinero, y enviaron nueva embajada á don Felipe para que no pasase adelante. Pero éste no hacia caso, ántes restablecida ya la reina, la hizo venir á Badajoz con los infantes, y allí á su presencia hizo que Alba, con quien se iba ya desenojando, pasase muestra de todo el ejército. Constabá este de treinta y dos mil quinientos infantes, dos mil caballos y ochenta cañones. Al mismo tiempo en Puerto de Santa María estaba ya reunida la armada compuesta de noventa y una galeras, treinta navíos, se-

senta transportes , diez y siete fragatas , y otras barcas con gente , pertrechos y artillería. A dia 15 de junio pasó el ejército otra muestra á presencia de los reyes , y se abrió la campaña. Era necesaria una fermentacion general para que Portugal hiciese frente á tan numeroso ejército , y no la hubo. A 18 de junio el gobernador de Yelves , intimado , envió las llaves de la plaza ; Olivenza , Portalegre y Campo Mayor imitaron su ejemplo. El prior de Ocrato , reunida en Santaren mucha gente de las cercanías , logró que le nombrasen defensor del reino ; y como uno levantase una bandera y le aclamase por rey , los demás hicieron lo mismo : pero faltó aquel entusiasmo , hijo de la unanimidad de sentimientos , que da vida á un pueblo , y le hace invencible. Los gobernadores portugueses se refugiaron en Setubal con el duque de Braganza , el cual tardó poco en reconocer á don Felipe. Únicamente el prior de Ocrato salió á la defensa de la independencia de su patria. Reunidos dos mil infantes y ciento cincuenta caballos fué á Lisboa , y tambien le proclamaron. Setubal sintió la conmocion , y huyendo los gobernadores , la poblacion se declaró por Ocrato. Entretanto el duque de Alba iba sojuzgando los demás pueblos. Villaviciosa y Villabuín se le entregan. La plaza de Estremoz vacila un momento , y luego abre las puertas. El castillo de Montemayor hace lo mismo. En los cortijos y en los caseríos plantaban los habitantes delante de las puertas unos palos con lienzos blancos , significando que se sometian. De Evora tuvo que ladearse el ejército , porque dentro picaba la peste ; pero luego Evoramonte , Arroyolos , Vimiero , Pavía , Hiebra y Montemayor el Nuevo se rindieron. Hizo Alba reconocer el país hasta la orilla del mar para darse la mano con la armada ; Alcocer de Sal duda en entregar-

se, abre las puertas, vuelve á cerrarlas, mas por fin las deja abiertas. A 16 de julio se presentó Alba delante de Setubal. Defendíanla veinte y cinco naves de guerra, tres galeones y cuatro banderas de gente. Los habitantes habian huido á Lisboa, pero los de las cercanías se habian metido dentro. Preparóse Alba para batir la plaza, mas viendo sus defensores el apresto, subieron á las naves de noche y se fuéron á Lisboa; y los habitantes, abandonados á sí mismos, abrieron las puertas. Costóle mucho trabajo á Alba el impedir que la plaza fuése saqueada, aunque no pudo evitar que sus arrabales, quintas y caseríos lo fuesen, dia 18 de julio. Allí cerca Palmela y el castillo de Otan no quisieron rendirse, y fué por la vez primera necesario emplear las armas. Batióse primero el castillo de Otan en cuyo puerto habia tres galeones y un navío portugueses. Ya la armada española, salida de Cádiz á 8 de julio, y apoderada sin resistencia de Castro Marin, Faro, Villanueva de Portima, Lagos y el Fuerte de Sacres, habia surgido en Setubal, de donde vino á Otan y se le entregó al momento uno de los galeones. Bazan fondeó con la armada junto al castillo. Los de Palmela que lo vieron, enarbolaron bandera de paz, y fué á tiempo que los españoles colocaron en lo mas alto de un cerro alguna artillería con que batieron los muros de Otan, desmoronándolos en pocas horas; y visto el estrago los de Otan abrieron al marqués de Santa Cruz las puertas. Conseguidas en tan breve tiempo tan grandes ventajas, hizo Alba un amago sobre Santaren para llamar hácia allá la atencion de Ocrato, y luego embarcó apresuradamente el ejército con rumbo á Cascaes. Dos leguas mas allá de esta plaza echó en tierra la gente, aunque pelearon los portugueses para impedirlo, á dia 30 de julio. Rechazados de la playa

los portugueses con pérdida de nueve cañones, quisieron meterse en Cascaes, pero los habitantes se lo impidieron y enviaron al duque de Alba las llaves. El castillo de Cascaes resistió un día, pero batido luego se rindieron á discrecion sus defensores, y en castigo de su efímera audacia, hizo Alba ahorcar al gobernador del castillo, degollar á otro gefe, y poner al remo á los soldados. La conquista se iba haciendo á paso de carga. La villa de Cintra y el pueblo de Colares se entregan, y aun ayudan á los españoles para ahuyentar á los soldados de Ocrato. Recibido por mar un convoy de vituallas y pertrechos, encamínase Alba la vuelta de San Juan de Hueras, cuya villa es entregada al saqueo, y cuyo castillo es batido y responde al ataque. Acude al socorro un trozo de caballería portuguesa, y es rechazado. El alcaide de San Juan de Hueras mostraba grande entereza, y hasta á admitir mensajes se negaba; pero Alba tuvo medio de hacerle decir por dos mujeres que si cedia seria bien tratado, ó de nó, puesto en una horca; á lo que respondió Tristan Vaez de la Vega, alcaide, que se rendiria si se le concedian todos los honores de la guerra. Concediósele Alba, viéndole tan resuelto, deseoso de llegarse á Lisboa, y acabar de un golpe la campaña. Aquella capital quedó estremecida, y sus magistrados escribieron á Ocrato que viese de defenderla, ó de alejar de sus muros á los españoles. A 13 de agosto la armada española entró en el Tajo, y pasada la barra de San Miguel se puso en órden de batalla frontero á la armada portuguesa, sita junto á la torre de Belen. El mismo Ocrato se sintió poseido de espanto; diez mil hombres habia sacado de Lisboa, y la mitad habian vuelto temblando á sus hogares; hizo pues pedir una cita al duque de Alba: mas no acudió á ella el portugués,

pues solo queria ganar tiempo; por lo que Alba hizo pasar en la armada todo su ejército á la parte de la torre de Belen, y asestando la artillería contra la escuadra enemiga, obligóla á alejarse. La torre de Belen no hizo mas bella defensa que los otros fuertes hasta entonces conquistados. Rendido á discrecion, imitaron su ejemplo Almada, Villafranca, Torres y otros pueblos que formaban una especie de anfiteatro en torno de aquellas aguas, por donde se abrian paso los conquistadores hasta el corazon del reino. El prior de Ocrato era la última esperanza de los portugueses. Habíase situado en una altura para defender las cercanías de Lisboa, con veinte y cinco mil hombres atrincheros en la otra márgen del Alcántara, entonces seco, mientras la armada portuguesa se preparaba para hacer frente á la española. A dia 25 de agosto, el duque de Alba, á la cabeza de diez y ocho mil infantes aguerridos, y de mil ochocientos caballos, embarcado en la armada el resto de las tropas, acometió á Ocrato en sus trincheras. Dióse la primera embestida contra el puente que cruza el Alcántara, y los españoles fuéron rechazados; dióse la segunda, y lo fuéron asimismo; parecia que aun tenían patria los portugueses, segun el denuedo con que se resistian; pero á la tercera embestida cedieron, y se retiraron tras de las trincheras. Corren á estas los españoles, las asaltan y tambien son rechazados, pero viendo los portugueses que la caballería española daba la vuelta á sus trincheras, cayeron de ánimo y tomaron el camino de Lisboa. La antigua Lusitania sucumbia. Viendo los de la ciudad aquel tropel de gente fugitiva, cierran las puertas, y la obligan á dar la vuelta ó á acogerse en la armada. Tres mil portugueses habian quedado en el campo; otros muchos estaban heridos. El duque

de Alba intimó á la ciudad la rendición , amenazándola de nó con el saqueo , y el ayuntamiento le abrió las puertas , que el duque hizo guardar , cerrándolas de noche , para impedir que los soldados entrasen la ciudad á saco. También la armada bajó el pabellon. Habíase Alba situado en Belen , y permitió que por espacio de tres dias saqueasen los soldados aquellos arrabales y las cercanías. Ocrato en tanto habia cruzado la ciudad de Lisboa para soltar los presos y los forzados , y dirigiéndose á Oporto en donde tuvo que entrar por asalto. Sabida la entrada de Lisboa entregóse Santaren é imitáronla muchos otros pueblos; y á 12 de setiembre en aquella capital se hizo la solemne jura y proclamacion del rey don Felipe. Apenas podian dar crédito á sus ojos los que habian hecho la conquista , y sin embargo los buques pertenecientes á Italia pudieron ya volverse , y los tercios españoles recorrieron el país en todas direcciones sin obstáculo. Torres Vedras , Leiria , Montemor el Bello , Coimbra , Aveino , Rifana de Santa Maria y Feria se rindieron á don Sancho de Ávila. Ocrato , reunidos en Oporto nueve mil hombres , hizo quemar las barcas de aquellas cercanías para que Ávila no cruzase el Duero desde el arrabal de Villanova á Oporto ; pero el capitan Serrano con actividad y varias industrias juntó hasta veinte barcas , y con ellas Ávila , ocupado el castillo de Villanova , y entregado este arrabal al saqueo ; embarcó su gente , cruzó el Duero , desbarató la gente allegadiza de Ocrato , y consiguió que Oporto levantase pendones por el rey don Felipe: con lo que quedó todo el reino sojuzgado. Algun tiempo se mantuvo Ocrato escondido , y nadie le presentó , aunque daban por su cabeza ochenta mil ducados : prueba de que los portugueses tenian en mas que el oro la fama.

Mientras los españoles le ganaban un reino, estuvo su rey muy malo en Badajoz, del catarro que corrió por toda España. Doña Ana, cuarta esposa del monarca, murió de él á los 26 de octubre, cuando contaba apenas treinta y un años.

En Flandes no se hizo cosa que sonase, reducido Alejandro Farnesio á la inaccion por falta de gente.

A Cuba pasó de Gobernador el licenciado Gaspar de Torres.

CAPITULO XXVI.—Los estados de Flandes declaran desposeido al rey Felipe. Entra este en Portugal. Descalabro en la isla Tercera. Año 1581.

Incansable el príncipe de Orange, no se daba vagar en los Países Bajos para que no decayese el espíritu público y continuasen los flamencos sosteniendo la guerra contra la España; é hizo circular un manifiesto en que proponia que don Felipe fuese declarado caido del poder, y que en su lugar fuese elegido nuevo soberano. En vano los católicos protestaron diciendo que Felipe era el descendiente de sus antiguos reyes, y que no le hacian á él la guerra sino á sus consejeros y al santo oficio: los protestantes declararon desposeido de la soberanía á aquel monarca, y eligieron por sucesor suyo al duque de Anjou hermano del rey de Francia. Asombrada la Europa á vista de tanta audacia, estuvo atenta á ver si Felipe, que acababa de conquistar un reino, dejaria sin castigo á los que le arrebataban otra de sus coronas. Las operaciones militares no dieron por el momento pábulo á la espectacion pública, como si los combatientes tomasen aliento para empresas mayores. Sin embargo La Nue, uno de los generales flamencos, derrotó al conde de Egmont y á su hermano y los hizo prisioneros;

pero los españoles hicieron á su vez prisionero á La Nue, á quien Alejandro Farnesio no quiso cangear por aquellos dos gefes, diciendo que no podia dar por dos ovejas un toro. Renneberg, otro gefe flamenco, se pasó á los españoles diciendo que los católicos no podian militar bajo las mismas banderas que los protestantes. Sabida del rey don Felipe la declaracion de los flamencos, quejóse al rey de Francia de que un hermano suyo hubiese sido elegido por gefe de los sublevados; á lo que contestó el francés lo que años ántes habia contestado al emperador de Alemania, á saber, que su hermano obraba sin su consentimiento y contra su voluntad expresa. Felipe hizo blanco de sus iras al príncipe de Orange, que era en efecto su mas temible é implacable enemigo, y puso á un precio grande su cabeza. Orange respondió con otro manifiesto en que justificaba su conducta, y fulminaba acusaciones graves contra su antiguo soberano. Al mismo tiempo recabó de los holandeses que hiciesen en el Haya una nueva y solemne abjuracion de la obediencia prestada á aquel monarca. El archiduque Matías, visto el nuevo aspecto que tomaban los negocios, dejó un gobierno en cuyo desempeño habia dado muestras de una grande indolencia, y obtenida de aquellos estados una pension de cincuenta mil florines, entróse en Alemania. Al tiempo de su salida, pareció por un momento que la lucha se reanimaba. Los españoles se apoderaron de Breda por sorpresa; Alejandro Farnesio puso sitio á la plaza de Cambray; pero acudió el duque de Anjou con doce mil hombres y le obligó á levantarle; la posesion de Chateaux-Cambresis fué el fruto de esta ventaja conseguida por los flamencos. Mas Anjou necesitaba dinero para continuar las operaciones, y su hermano el rey de Francia no le daba

mas que buenas esperanzas para que no desmayase ; fué, pues , á Inglaterra con cuya reina deseaba contraer matrimonio , y fué recibido con la mayor magnificencia : y aunque en órden al matrimonio únicamente obtuvo palabras melosas , volvió á Flandes con gente , con pertrechos y dinero.

A la verdad ni Inglaterra ni Francia habian visto con buenos ojos la incorporacion de Portugal á la España ; y por lo mismo daban á los súbditos rebeldes del rey don Felipe todos cuantos auxilios estaban en su mano. A Ocrato , fugitivo de Portugal , acogieronle benignas y le aprestaron armada para que pudiese llevar la guerra á su patria. No le faltaban en ella elementos para sostener una guerra. Quejábanse los portugueses de que los soldados y los gefes españoles miraban su reino como cosa conquistada , y se entregaban á los mayores desmanes. Felipe mandó que pasasen allá dos jueces para que inquiriesen en ello y pusiesen remedio ; mas los soldados se alborotaron diciendo en alta voz , si era este el premio que se les daba por haber ganado con su sangre un reino ; por lo que para calmarlos no hubo mas remedio sino decir los jueces que no habia en quién ni para qué hacer escarmientos.

Habia el duque de Alba aconsejado al rey que fué á Portugal para captarse el afecto de sus nuevos súbditos , y accediendo el monarca convocó córtes portuguesas , mandando que se reuniesen en el convento de Tomar , y dispuso jornada para aquel reino. Fué primero á Yelves , luego á Villaboin , en donde visitó á su prima la duquesa de Braganza , y á dia 15 de abril llegó á Tomar , rodeado por política de consejeros portugueses. Las córtes le juraron por rey , y tambien juraron por sucesor á su hijo don Diego ; y

Felipe, en manos de los arzobispos de Braga, Evora y Lisboa, juró la observancia de las leyes, de las costumbres y de las franquicias de aquel reino, y gobernarle en paz y con justicia: aunque en su mente debió reservarse la condicion de que todo lo dicho respetaria siempre que con ello su voluntad, que reputaba ser la ley de las leyes, corriese en armonía. Publicó un indulto general muy semejante al que á los flamencos años ántes habia concedido, es decir, que perdonó á todos los portugueses, excepto á Ocrato, á cincuenta y dos personas que señalaba el edicto, y á los que en algo hubiesen delinquido. Concedió á los portugueses y á sus mercaderías libre entrada en los reinos de Castilla. Pasó á Santaren á dia 2 de junio, embarcóse ocho dias despues en la escuadra que continuaba al mando de don Álvaro de Bazan, fué al castillo de Almada, y á 29 de junio hizo en Lisboa una entrada solemne, pasando por debajo de muchos arcos de triunfo. Faltóle en aquel momento la llama del genio que inspira al hombre empresas grandes y duraderas. En el dia parece inconcebible que Lisboa, con su situacion comercial magnífica, y con su puerto inestimable, no hubiese parecido á Felipe la natural y verdadera capital de la España, y cuya eleccion como á tal aseguraba la union de la península.

En Lisboa dió Felipe las órdenes convenientes para que una escuadra al mando de don Lope Figueroa, fuése á la isla Tercera que se habia declarado por el prior de Ocrato. Y mientras Figueroa aprestaba sus naves, pasó allá don Pedro Valdés con algunos buques y gente, llevando orden de no hacer nada hasta la llegada de Figueroa, si los isleños no se mostraban pacíficos. Llegado á la Tercera, creyó Valdés que la isla fácilmente se rendiria, y echó su gente

en tierra ; mas no fué afortunado , pues acudiendo dos mil portugueses le derrotaron , le quitaron algunas banderas y le mataron cuatrocientos hombres. Fresco el descalabro , acertó á acercarse á la isla un convoy procedente de las Indias portuguesas , mas no quiso su comandante don Manuel de Melo juntarse con los de tierra , ántes hizo rumbo á Lisboa , y participó al rey que sabida la ocupacion de Portugal , le habian aclamado á una en aquellas colonias. Cuando don Lope de Figueroa llegó á la Tercera , ya los isleños se habian fortificado , y le fué forzoso volver á Lisboa , para esperar sazon mas oportuna , llevando preso á Valdés cuyo arrojó habia dado tan triste resultado. Poco tardó en saber lo sucedido el prior de Ocrato , y pareciéndole que tenia en la Tercera un pié para recobrar su perdido trono , envió á ella algunos refuerzos.

A la sazon la emperatriz viuda de Alemania , doña María , escribió á su hermano el rey don Felipe los deseos que tenia de venir á acabar sus dias en España ; por lo que el monarca dió órdenes para su vuelta por Génova y Barcelona , y para que saliese á recibirla don Rodrigo de Castro obispo de Cuenca , nombrado luego para el arzobispado de Sevilla entonces vacante.

En Valencia , á primero de octubre , en el convento de Predicadores , pasó Luis Beltran , varon esclarecido por sus virtudes , canonizado ahora , á la vida eterna.

Al Perú , en relevo de don Francisco de Toledo , conde de Oropesa , fué de virey don Martin Enriquez , hijo del marqués de Alcañices , dejando el vireinato de Nueva España.

Don Juan de Céspedes , gobernador de Puerto Rico , acabó sus dias en 11 de agosto.

CAPÍTULO XXVII.—Tentativa de asesinato contra el príncipe de Orange. Derrota don Alvaro de Bazan la armada del prior de Ocrato. Reforma del calendario. Año 1582.

Vuelto de Inglaterra á Flesinga el duque de Anjou , escollado por cincuenta buques de guerra , pasó á Amberes y fué recibido como á soberano por los protestantes. Los católicos , que no quisieron reconocerle , fuéron desterrados. Por este tiempo un asesino quiso en Flandes ganar los ochenta mil ducados que el rey don Felipe habia prometido á quien le trajese la cabeza del príncipe de Orange ; pero no pudo consumir el atentado , ni hacer mas que herir al príncipe , quien en realidad continuaba siendo el verdadero campeon de la independencía de los Países Bajos. A la sazón hubiera su muerte sido fatal á su patria , pues don Felipe , conquistada ya la Lusitania , habia aumentado su ejército de Flandes hasta el número de sesenta mil infantes y cuatro mil caballos , cuando Anjou solo habia podido reforzar el suyo con ocho mil hombres. Las plazas de Chateau-Cambresis , Minobe y Geibéc se rindieron á Alejandro Farnesio, y Anjou y Orange tuvieron que concentrar las tropas confederadas en las cercanías , manteniéndolas á la defensiva , mientras los españoles disminuian sus fuerzas para poner presidios en aquellas plazas y en otras ménos importantes. Por entonces el prior de Ocrato habia juntado en Nantes y en Burdeos , obtenidos socorros de Inglaterra y de Francia , hasta sesenta naves en que embarcó seis mil aventureros , é hizo rumbo hácia las costas portuguesas. Desembarcó primero en la isla de San Miguel á 15 de julio , en donde derrotó un cuerpo de tropas que le opuso resistencia, y cercó á los demás en el castillo. Pero á 22 de julio vino en su busca la armada española mandada por don Álvaro

de Bazan , y compuesta de cuarenta navíos , los veinte recién contruidos en Vizcaya, de doce galeras, y de otras naves menores en que iban seis mil hombres aguerridos. Trabaron las dos armadas una sangrienta batalla que duró cinco horas , al fin de las cuales se declaró la victoria por los españoles , y perdieron sus contrarios cuarenta y dos naves , y tres mil seiscientos hombres , los trescientos prisioneros ; de estos , los nobles fueron degollados , los demás ahorcados , como piratas salidos de una nacion amiga para llevar la guerra á un país con quien ella no la tenia. Conseguida esta ventaja , y rehecha su armada , hizo Bazan otra expedicion para asegurar la vuelta de la flota de las Indias , y tambien obtuvo un feliz resultado. De la fuga del prior de Ocrato durante la batalla , y de su llegada á la isla Tercera, hablan los españoles con negros colores , pintando al prior como mucho mas cobarde, mas sañudo, vengativo y entregado á desordenados apetitos que el rey don Felipe : ley que naturalmente pesa sobre los caidos. El prior , aumentado con quinientos hombres el presidio de la Tercera , se volvió á Francia , con ánimo de preparar nuevo armamento.

Permanecia el rey don Felipe en Portugal para contrarrestar sus maquinaciones y sus esfuerzos. Mostrábase los portugueses sumamente descontentos , pues por el aire que se daba con ellos la castellana altanería , decian parecer gente conquistada , llevada á mal traer por un príncipe que no sabia ser generoso ni en las mercedes ni en el olvido. Éralo sí en los castigos. A muchos clérigos y religiosos que habian seguido el partido del prior de Ocrato los hizo matar en las cárceles, y arrojar al Tajo sus cadáveres , por mas que dijese muchos que semejantes muestras de arbitrariedad ni aun entre las tribus mas salvajes

se veian. Habia pensado Felipe en encomendar sus iras á su hermana doña María, emperatriz viuda de Alemania, nombrándola gobernadora de la Lusitania. Dicha señora habia desembarcado en Barcelona á 6 de enero, y recibido de la ciudad para el viaje un donativo de doce mil ducados, pasado al Escorial, y luego á Lisboa: pero, enterada de los deseos de su hermano, debióle de parecer su sistema de gobierno algo repugnante, y se volvió á España, desistiendo Felipe de aquel pensamiento. Traia desazonado á este la cuestion de las recompensas que era necesario dar á los duques de Braganza, en cumplimiento de las promesas y de las esperanzas que se les habia hecho concebir si renunciaban á sus derechos á la corona. Pedia el duque los maestrazgos de Santiago y de Avis; y la duquesa solicitaba que el príncipe don Diego casase con su hija mayor, y que la fuesen entregadas las joyas de la madre del rey don Sebastian; y además algunos lugares y jurisdicciones, como Guimaraes, Moura y Serpa. Parecióle á don Felipe despues de la conquista, que era mucho pedir, lo que ántes le habia parecido poco; y para alejar de sí toda nota de inconsecuencia, consultó el caso, y en virtud de la consulta limitóse á estimar en setecientos cincuenta mil ducados la aquiescencia de los duques de Braganza, quienes tuvieron que avenirse mal su grado.

El príncipe don Diego, con quien pretendia casar su hija mayor la duquesa de Braganza, murió á 21 de noviembre. De todos sus hijos varones, no le quedaba al monarca mas que uno, el débil y enfermizo infante don Felipe. El catarro continuaba haciendo estragos en muchas poblaciones de la península, y en todas partes se hacian públicas rogativas para que cesase aquel azote que arrebatava las víctimas á millares.

En el convento de Alba de Tormes, á 4 de octubre, pasó á la bienaventuranza de los justos la ilustre Teresa de Jesús, reformadora de los carmelitas, dejando fundados treinta conventos, diez y seis para religiosas, los demás para religiosos; por lo que dijo un cardenal de su tiempo que con pocas santas como la esclarecida Teresa de Jesús, costaria poco de gobernar la España, pues toda ella seria un claustro inmenso. Los escritos de aquella española, que es una de las glorias de la patria, respiran amabilidad, discrecion é ingenio en todas sus páginas, y nos demuestran cuán justa fué la veneracion que aun en vida tuvieron á su autora los hombres mas eminentes de aquel siglo.

La reforma del calendario llamó este año la atencion de las gentes. Desde la que hizo en sus tiempos Julio César, aunque corregido un error grave, habia quedado otro en el hecho de suponer que el año solar era mas largo once minutos y nueve segundos de lo que lo es verdaderamente; resultando que cada ciento treinta y tres años se adelantaba un dia. Por lo que Gregorio trece, consultados los astrónomos mas distinguidos, determinó quitar diez dias al mes de octubre de este año, de manera que despues del dia 4 se contase quince, y para el porvenir estableció que cada cuatrocientos años se quitasen tres bisextiles, ó se perdiesen tres dias. Los países católicos, la España entre ellos, admitieron la reforma. El emperador Rodulfo de Alemania se negó al principio, pues la dieta le dijo que el mundo no duraria lo bastante para que la Navidad cayese por San Juan, y que luego Dios pondria fin á todo, estableciendo un nuevo calendario eterno: pero al cabo de un año, Rodulfo, vuelto sobre sí, admitió la reforma. Ciento diez y ocho años tardaron en prohibirla los protestantes alemanes, y aun die-

ron á la reforma otro giro por no parecer que la tomaban de Roma. Solo con la misma precaucion la admitió Inglaterra ciento setenta años despues de sancionada. Los rusos y los cristianos griegos no han querido admitirla, como obra de los pontífices romanos á quienes detestan aferrados en su cisma.

CAPITULO XXVIII.—Nuevas alteraciones entre los confederados flamencos. Muerte del duque de Alba. Conquista don Alvaro de Bazan la isla Tercera. Año 1585.

Combatida de nuevas alteraciones, estuvo á punto de quedar sumergida la independenciam de las provincias flamencas. El duque de Anjou, tomando gusto en el mando, intentó ejercerle sin cortapisas, y esclavizar á los confederados, ó acaso venderlos á los españoles. Con tales intentos, fué ocupando las primeras plazas, Dunquerque, Dixmuda y otras; y queriendo hacer lo propio con la de Amberes, sublevóse el pueblo, matóle mil quinientos soldados, y le hizo dos mil prisioneros. Los estados pasaron por una crisis terrible, y fué necesaria toda la prudencia del príncipe de Orange para calmar la popular irritacion, y llevar adelante un concierto con Anjou, á fin de que este devolviese algunas plazas, y en cambio recobrase los prisioneros y su bagaje. Pero el pueblo tomaba á mala parte las medidas conciliadoras de Orange, y veia hasta en su mas brioso campeón motivos de recelo; por lo que tuvo que refugiarse el príncipe á la Zelanda. Entretanto no perdia Alejandro Farnesio tan favorable coyuntura; hacia frente á los franceses mandados por Biron, y sucesivamente se apoderaba de Erdoxa, Diest, Westerlo, Durquerque, Dixmuda, Menin, Ipres, Alost, el país de Waes y de Rupelmonda, Zutphen y Brujas. La confederacion parecia desmoronarse minada en sus ci-

mientos ; los franceses que la habian defendido , la entregaban á sus mortales enemigos ; algunas plazas , como Güeldres , Gante y Dendermonda se salvaron , descubierta á tiempo la traicion de sus gobernadores ; y los confederados se aprestaron á sostener con nuevo ardor la lucha.

El famoso general que la habia encendido , acababa de exhalar en Lisboa el último suspiro. A dia 12 de enero , cumplidos sus setenta y cuatro años , visitado en su lecho de muerte por el monarca á quien amaba , abandonó la mansion de las iras don Fernando de Toledo , duque de Alba , grande en todo , en talentos militares , en defectos , en entereza y en sevicia (1). Tambien murió , de una cox de su caballo , el excelente general Sancho de Ávila , quedando el ejército huérfano de los dos caudillos que habian llevado en breves dias á término la conquista de la Lusitania. Parecióle ya cargada é insoportable al rey don Felipe la atmósfera portuguesa , y haciendo depositar en el monasterio de Belen los cuerpos de veinte personas reales , entre ellos los de los reyes don Sebastian y don Enrique , apresuróse á hacer jurar por heredero del trono al infante don Felipe , y á 11 de febrero , acompañado de algunos nobles portugueses , se puso en camino para Castilla , y por Guadalupe , Talavera y San Gerónimo de Guisando , llegó al Escorial á 24 de marzo. Visitó sus obras favoritas , sintió ensanchársele el pecho contemplando los adelantos que durante su ausencia se habian hecho , y lo enseñaba todo á los portugueses sumamente satisfecho. De vuelta á Madrid , mostróse contento de que hubiesen echado un puente sobre el

(1) El duque de Alba fué hijo de don Garcia , muerto en los Gelves , y nieto de don Fadrique , primo hermano de don Fernando el Católico , por parte de madre. Este don Fadrique fué hijo de otro don Garcia , primer duque de la familia , y nieto de don Fernando Álvarez de Toledo , primer conde de Alba de Tormes.

Guadarrama , conforme á sus instrucciones. En Portugal quedó de gobernador el archiduque cardenal Alberto.

A la sazón el prior de Ocrato habia enviado desde Francia á la isla Tercera dos mil quinientos hombres con artillería y pertrechos. Con esta nueva , la armada española , compuesta de treinta navíos , los trece de Guipúzcoa , seis pataches , doce galeras , dos galeazas y cuarenta y siete buques menores , en que iban diez mil hombres , mandados por don Álvaro de Bazan , salió de Lisboa á 23 de junio , y diez dias despues dió vista á las Azores. Hechos los oportunos aprestos , fué contra la Tercera , dió fondo en sus aguas á 24 de julio , cuatro leguas al este de Angra , y reconocidas las costas , echó en tierra cuatro mil hombres en el puerto de Muelas. Guarnecian la isla seis mil hombres entre portugueses y franceses ; pero en vano se opusieron al desembarco , pues perdidas las trincheras , tuvieron que buscar un asilo en la espesura del monte. Por espacio de tres dias anduvieron los españoles saqueando todo cuanto encontraban , aunque el gefe Bazan cuidó de poner guardia en las iglesias y monasterios para que no fuésen profanados ; tal era en aquel siglo la relajacion de las costumbres , que para los soldados no habia nada que creyesen sagrado , ni siquiera respetable. Adelantóse Bazan con el ejército á Angra , mientras la armada hacia rumbo al mismo punto. Treinta y un navíos fuéron apresados en su puerto ; la ciudad , cuyos moradores se habian alejado , fué dada al saqueo , y en ella se hicieron mil seiscientos esclavos , y se encontraron trescientos diez cañones y muchas municiones y pertrechos. Publicó Bazan un pregon , en que decia á los fugitivos que podian volver libremente á sus hogares , y casi todos lo hicieron , quedando solos en el monte los

franceses, con ánimo de capitular si eran atendidos. No costó mayor trabajo la reduccion de las demás islas que estaban por el prior de Ocrato. La del Cuervo y la Graciosa, hecho un simple alarde de fuerza, se rindieron. Tres mil seiscientos hombres fueron embarcados en cincuenta y dos naves, para obtener la reduccion de las restantes. La de San Jorge entregóse al momento; la del Pico hizo lo mismo; solo la toma de la de Fayal necesitó algun desarrollo de fuerza, y fué forzoso tomar por asalto la villa de Orta; mas al fin los defensores de la isla se rindieron, salvas las vidas, y con las mismas condiciones con que lo hiciesen ó lo hubiesen hecho ya los franceses de la Tercera. Por espacio de tres dias fué entregada la isla al saqueo. La condicion con que capitularon los franceses de la Tercera, fué la de ser puestos en Francia, entregadas las armas y banderas, mas nó las espadas. A 12 de agosto embarcáronse en tres navíos de Guipúzcoa mil doscientos franceses, quedando los demás en rehenes hasta la vuelta de los navíos. Todavía anduvo unos dias oculto en el monte el gobernador portugués don Manuel de Silva; pero descubierto por una negra, cayó en manos de Espinosa, soldado de caballería, quien no quiso soltarle, aunque le prometió diez mil ducados, y le llevó adonde le degollaron. Poco ántes habia Silva hecho ajusticiar por traidor á un Melchor Alonso, y exponer su cabeza en la punta de una pica; y pidiéndole la mujer del Alonso que la dejase quitar la cabeza, no lo consintió, diciendo que únicamente lo haria al ponerse allí la suya. Y en efecto, quitada la de Alonso, pusieron la de Silva. Siguiéronse á este escarmiento otras castigos; impúsose pena de muerte á doce personas; otras fuéron condenadas á azotes y remo; muchos religiosos fuéron presos y

conducidos á España ; á 19 de agosto , dejando en la isla dos mil hombres de presidio , embarcóse Bazan para España , y surgió en Cádiz á 15 de setiembre.

El día 4 de agosto habia fenecido en Madrid la infanta doña María , aumentando la larga lista de las sensibles pérdidas que en su familia habia sufrido don Felipe.

El ayuntamiento de Barcelona elevó este año un recurso contra el consejo real , por haber quebrantado este la potestad suprema de que aquel gozaba en materias sanitarias , y mandado al capitan de un galeon , procedente de Cerdeña , que no se detuviese en los mares de Cataluña , porque en aquella isla picaba peste.

En el Perú acabó sus dias el virey don Martin Enriquez.

Don Antonio Espejo , salido de Nueva España con cien caballos y algunos arcabuceros , descubrió un país , al que llamó Nuevo Méjico , separado del Canadá por altísimas montañas. Al mismo tiempo los ingleses hacian asiento en la Florida , y en ella levantaban un fuerte ; y otra expedicion suya penetraba en Terranova. En Méjico sonó mucho una real cédula , en que mandaba el rey que los clérigos fuesen preferidos para los curatos á los religiosos ; mas diéronse estos tan buena maña , que obtuvieron la derogacion el mismo año.

CAPITULO XXIX.—Muerte del principe de Orange. Sitio de Amberes. Jura del principe don Fernando. Año 1584.

Henchido el pecho de deseos y de desengaños , murió el duque de Anjou dejando libres del compromiso que con él contrajeron á los estados confederados. Alejandro Farnesio en tanto habia ido ocupando los márgenes de los rios y de los canales , é interceptando el comercio de muchas ciuda-

des hasta conseguir que algunas de ellas, muy importantes, le abriesen las puertas para evitar una completa ruina. Bruselas, en su número, Gante y Malinas volvieron á la obediencia mediante un perdon completo, la conservacion de sus franquicias, la exclusiva para el catolicismo, un plazo de dos años para que los protestantes pudiesen vender sus bienes y trasladarse á otros puntos, y la fijacion de cierta cantidad que debian dar como indemnizacion de los gastos hechos por el rey don Felipe para sostener la guerra. No fué este el único golpe que recibieron este año las Provincias Unidas. En Delft fué asesinado el príncipe de Orange, y acabó sus dias á 10 de julio. El asesino, cuyo nombre importa poco para la historia, no pudo ir á cobrar del rey don Felipe los ochenta mil ducados, sino que fué habido y ajusticiado. El dolor y la consternacion se difundieron y derramaron entre los confederados. Valiente en el campo, prudente en el consejo, dotado de grandes talentos para la guerra, ambicioso, astuto, disimulado, sufridor de injurias, amante de la equidad y de la justicia, tan sereno en los temporales benignos como impávido en los bravos, hombre de mundo y de gobierno, afable y penetrante, aunque enemigo implacable de los españoles, es forzoso hacerle la justicia de llamarle digno rival del gran duque de Alba, del prudente Requesens, del fogoso don Juan de Austria, y del esclarecido Alejandro Farnesio: campeón de la independenciam de su patria, y de la tolerancia contra el exclusivismo, si bien no pudo ver consumada su obra, dejó echados los sólidos cimientos de un nuevo reino. Sabida su muerte, brindó Alejandro Farnesio con la paz á los confederados, mas no le dieron oidos, ántes eligieron por almirante y gobernador de la Holanda, la Zelanda y Utrech, al

príncipe Mauricio de Nassau, hijo del de Orange, aunque apenas contaba diez y ocho años, dándole por teniente hasta su mayor edad al conde de Hohenloe.

No habia querido la ciudad de Amberes imitar el ejemplo de Bruselas, de Gante y de Malinas, y contra ella dirigió Farnesio el grueso de sus tropas. Situada Amberes sobre el Escalda, recibia por este rio todo cuanto necesitaba. Púsola cerco Farnesio, é hizo embestir dos fuertes sitios una legua mas abajo en una y otra márgen de aquella corriente. El de la izquierda fué tomado fácilmente. Del de la derecha, aunque Mondragon le asaltó con denuedo, fué rechazado con gran pérdida. Entonces Farnesio hizo levantar á una y otra márgen del Escalda dos fuertes para dominar el rio; y viendo que aun así pasaban de noche algunas naves, echó sobre el rio un puente compuesto de treinta y dos navíos, anclados á veinte piés uno de otro, y colocados gruesos maderos para pasar de uno á otro, formando baterías en que colocó mucha artillería: magnífico puente flotante de mas de dos mil doscientos piés de largo, por cuyo medio el sitio pudo llevarse adelante con el mayor empeño.

A la sazón en el convento de San Gerónimo de Madrid, convocadas córtes de los reinos de Leon y Castilla, se reunieron para jurar por heredero del trono al príncipe don Felipe. Juróle primero su tia y abuela la emperatriz doña María; y luego sus hermanas las infantas doña Isabel y doña Catalina, y en seguida el alto clero, la grandeza y los procuradores de las ciudades. La infanta doña Catalina habia sido pedida en matrimonio por el duque de Saboya, en cuyo enlace consintió Felipe aplazándole para el año siguiente, con tal que el duque viniese á celebrarle á Zaragoza.

Preparóse pues jornada para el reino de Aragon á fines de este año.

Por setiembre se habia puesto en el Escorial la última piedra, terminada la soberbia fábrica á los veinte años de comenzada.

Fué nombrado este año virey del Perú el conde de Villardon Pardo, don Fernando de Torres y Portugal.

A Cuba pasó de gobernador don Gabriel de Lujan; y por cédula de 28 de setiembre, se mandó que los situados para los presidios de la Florida saliesen en adelante de la Habana, y nó de Veracruz, para evitar una parte de los riesgos marítimos.

En nueva España, el arzobispo de Méjico, don Pedro Moya de Contreras, visitador general de aquellas provincias, fué nombrado virey por muerte del conde de Coruña, para que pudiese ejercer la visita con entera independenciam; y así lo hizo, castigando á muchos oficiales reales por falta de fidelidad en sus destinos, y suspendiendo de oficio á varios oidores; y como tenia poder supremo, secular y eclesiástico, todos sufrían sumisos los golpes que les daba, y callaban.

CAPITULO XXX.—Cortes de Monzon. Alteraciones en Portugal y en Nápoles. Rendicion de Amberes. Año 1585.

A primeros de febrero se puso el rey en camino para Aragon, acompañado del príncipe, de las infantas y de muchos grandes, é hizo en Zaragoza entrada solemne el dia 24 de febrero. Ya el duque de Saboya por Génova habia pasado á Barcelona en las galeras de Doria, y á 18 de dicho mes habia sido recibido con magnificencia en la capital del principado. El virey del mismo le acompañó hasta Lérida,

de donde pasó en breve á Zaragoza. Efectuó su enlace con la infanta doña Catalina entre fiestas, justas, saraos, juegos de cañas y suntuosas mascaradas. Dió Felipe el toison á su yerno y á algunos nobles; y el duque dió la orden de la Anunciacion á siete grandes. Los castellanos que habian venido acompañando al rey, se volvieron de su orden á Castilla; y él con su yerno, el príncipe y las infantas se encaminó á Barcelona, en donde entró de noche á 7 de mayo, cansado de solemnidades y de ceremonias. A 22 de junio embarcóse el duque de Saboya con su esposa para Niza, en las naves de Doria, en que fué tambien un tercio de españoles que por el Milanesado y la Lorena debia dirigirse á Flandes.

Hemos visto que el rey venia cansado de ceremonias. En realidad dábale enfado el tener que respetar usos y costumbres, y sujetarse á las prescripciones de las antiguas leyes. Habia convocado córtes de Aragon, Cataluña y Valencia, que debian juntarse en Monzon, y fué allá para hacer jurar por heredero del trono al príncipe su hijo, aunque distaba mucho de los catorce años. Vista la insistencia del monarca, le dieron gusto las córtes, y se hizo como él lo deseaba. Los procuradores catalanes y los valencianos, no solo en esto, sino en todo, procuraron secundar los deseos del príncipe, y algunos no se mostraron muy cuidadosos, por lo que á su vuelta fueron apremiados; y como, apartándose los guardadores de las leyes un punto de su observancia, de paso en paso van alejándose de ellas los potentados, vino á desear el rey que el poder llamado gran monarquía, apartándose de la prudencia de don Fernando el Católico, en vez de encaminar y dirigir las voluntades inferiores, las anulase, para lo cual era necesario

tratar á las córtés de la coronilla como lo hizo el emperador con las de los castellanos. Y como los aragoneses, que no creían en la máxima de que mas resiste al huracan la caña que se dobla que el roble inflexible, aferrados en sus fueros, pusieron embarazos y buscaron dilaciones, debió de jurar Felipe en su mente que muy pronto acabaria con unas libertades que así sujetaban su voluntad de hierro. Y de estas aguas tomaron principio los lodos de que mas adelante hablaremos.

Fastidiado el rey, tomó pretexto de que picaban en Monzon por los calores algunas enfermedades, y se fingió malo; otros dicen que del disgusto llegó á estarlo; mas, convalenciendo luego, salióse de Monzon, cuyos aires le parecían bochornosos, sin dar término á las córtés, que fué para Aragon un gran desaire; y aunque se le pidió que volviese, negóse; por lo que para cerrarlas fuéron los tres Brazos á Binefa, pueblo escaso, y en él, de prisa y como cosa de teatro, levantóse un dosel y diéronse por fenecidas las córtés. En Monzon habia nombrado Felipe para ayo del príncipe su hijo al sabio doctor García de Loaisa, arcediano de Guadalajara. Para no volver á Madrid por Zaragoza bajó al Ebro; y embarcóse en él para Tortosa, de donde se trasladó á Valencia.

Las nuevas que recibió de Portugal no fueron de su gusto. Cerca de Alburquerque habia corrido la voz de haberse visto á un caballero que andaba escondiéndose, y como muchos portugueses estaban persuadidos de que el rey don Sebastian no habia muerto en África sino que ántes de recobrar la corona, nuevo Nabucodonosor, debia hacer penitencia por haber ocasionado la muerte de tantos portugueses, dieron muchos en creer que era aquel caballero su

príncipe. Y tanto se lo dijeron, que llegó á suponerse tal; y acompañado de dos, que uno se fingió su caballerizo y el otro se llamó obispo de la Guardia, dióse aires de soberano. Sabida en Lisboa la novedad, se dió orden de prenderle, y así se hizo, y se supo que el supuesto don Sebastian era un mancebo de Alcazoba, que habia sido lego, luego ermitaño, y ahora muy íntimo de una devota, viuda de un caballero muerto en África; y que hacia su agosto prometiéndole mercedes para cuando recobrase la corona. Paseáronle en Lisboa sobre una cabalgadura, y á poco le ahorcaron con su amigo el supuesto obispo; al otro le pusieron al remo. Visto que el gobierno tomaba el asunto por lo serio, afirmóse mas el vulgo en su creencia de que el malogrado don Sebastian no habia muerto. Y sucedió que otro ermitaño, llamado Mateo Álvarez, natural de la Tercera, vivia recogido en una ermita, á milla y media de Ericeira, cuando dieron los comarcanos en decir que él y no otro seria el monarca por quien suspiraban. Y por mas que lo negaba, insistian; hasta que viendo tanta persistencia, mareado ya, dijo que sí, que era el tal don Sebastian; y dándose ínfulas de príncipe, despachó cartas selladas, y se hizo aclamar por soberano. Perseguido luego, huyó á los montes de Torresvedras. Juntáronse algunos centenares de hombres crédulos; entró en Ericeira y otros pueblos: escribió al archiduque gobernador de Portugal diciéndole que se saliese de palacio y viniese á rendirle obediencia; al juez y al escribano de Torresvedras, y á tres mas hizo quitar la vida; y ayudado de un labrador activo, llamado Pedro Alonso, apellidó libertad para la Lusitania, que era el verdadero blanco de la trama. Preciso fué llegar con él á las manos. Sostuvo un choque contra doscientos arcabuceros, y perdió ochenta

y tres hombres. Acudieron tambien otros partidarios suyos y tambien fueron dispersados con muerte de ciento y cincuenta hombres, aunque hicieron una tenaz resistencia. El mísero ermitaño fué preso con dos compañeros, y montados en borricos los entraron en Lisboa á 12 de junio, para ahorcarlos y descuartizarlos. Pedro Alonso, su teniente, vendido por un compañero, fué tambien ajusticiado; otros muchos sufrieron la misma pena; los demás fueron condenados al rémo.

Tampoco fueron halagüeñas las noticias de Nápoles. Reinó hambre, y por falta de pan encendióse en ira el pueblo, alteróse, mató y arrastró, saqueada su casa, á Juan Vicencio Estarache, encargado del abastecimiento, y saciado su furor calmóse con la promesa de que no faltaria pan en las tiendas. Quedó la ciudad en sosiego, pero á los dos meses, recibidas órdenes del rey don Felipe, fueron presos setenta de los que anduvieron á gritos por las calles, ahorcáronlos, y pusieron sus cabezas en la plaza pública, pareciéndole al rey que solo así quedaba su autoridad completamente vindicada.

Por este tiempo habia salido de Alicante la embajada que enviaban los reyes de Bungo, Arima y Omura, convertidos al cristianismo, al sumo pontífice, para rendirle homenaje. Ya el año anterior habia sido muy obsequiada del rey, cuando por Lisboa pasó, la embajada á la córte; y ahora, obtenidas del mismo recomendaciones para Roma, se embarcaron sus individuos, llegaron allá á 22 de marzo, y recabaron audiencia del papa. Gregorio XIII estaba ya en la orilla del sepulcro, y bajó á él á siete de abril, sucediéndole en el pontificado el famoso Sixto V. Despidió este á los embajadores, haciéndoles mercedes; y de Roma fuéron á

Venecia , Bolonia , Ferrara , Mantúa , Milan y Génova ; objeto en todas partes de la curiosidad pública. A 9 de agosto se embarcaron para Barcelona. Visitaron el monasterio de Monserrate , fuéron á Monzon para despedirse del rey , y volvieron á Lisboa para reembarcarse en demanda de su patria. Todavía tardaron cinco años en volver á su seno. Puede decirse que esta embajada fué la única alegría que dió el Japon á los cristianos europeos , pues mas adelante tuvo allí lugar una reaccion terrible á favor de la idolatría , y en ella todos los nazarenos perecieron. En Flandes continuaba la lucha con nuevo ardor por ambas partes sostenida. Al cabo de seis meses de trabajos incesantes , ayudándole en la empresa una escuadra de cuarenta y dos navés , puso Farnesio á los defensores de Amberes en duro aprieto. La flota de los confederados no cumplió con su deber , por lo que su gefe fué destituido. Los sitiados , por industria de un italiano , construyeron unos brulotes largos , llenos de pólvora y proyectiles , para destruir el puente que los españoles habian echado sobre el Escalda. Viéronse descender por el rio , á dia 4 de abril , dos brulotes , cuya marcha lenta y vaga llamó la atencion de los ribereños. No se veia á nadie en aquellos buques misteriosos ; uno de ellos encalló mucho ántes de llegar al puente , otro llegó á él y estalló con la detonacion mas espantosa. Horrendo fué el estrago ; seis buques quemados y destrozados , quebrantados otros , y dispersados los restantes ; muertos ochocientos españoles , y otros tantos heridos : no hubiera ocasionado mayores quebrantos una batalla. Farnesio se mostró superior á la desgracia , animó á los españoles con la voz y con el ejemplo , y en pocos dias hizo reparar el puente. Los sitiados habian tambien construido un monstruoso bu-

que , á manera de ciudadela flotante , y tenian puesta en él tanta confianza que le llamaron el Fin de la Guerra : pero puesto á flote les sirvió muy poco. Viendo pues que no podian destruir el puente , intentaron cortar el dique del Escalda , y el contradique de Cubestein para inundar el país , y abrirse por agua otro camino. Pero Farnesio se les habia anticipado tomando posesion del contradique. No obstante , á 26 de mayo , embistieron los sitiados á los españoles , y los desalojaron de aquella posicion codiciada. Acudió Farnesio al socorro de los suyos , pero tambien fué rechazado ; hizo un nuevo esfuerzo , y al fin recobró la posesion del contradique. Habia hecho Amberes el postrer esfuerzo , y tuvo que capitular ante el vencedor afortunado. Hízolo con la condicion de que los protestantes tendrian cuatro años para vender sus bienes y alejarse , de que Amberes pagaria cuatrocientos mil florines , y de que se concederia un completo olvido , del que solo seria excluido Santa Aldegonda , gefe de los sitiados. La rendicion de Amberes fué para los confederados un golpe terrible. Parecióles que debian buscar para su independenciam un protector poderoso , y brindaron con su soberanía á Enrique III , rey de Francia. Vaciló este , y al fin no quiso admitir , aunque á la sazón el rey de España se habia metido en los asuntos de la Francia , firmando liga secreta con el duque de Guisa , gefe del partido católico , para impedir que el príncipe Enrique , llamado rey de Navarra , pudiese jamás ocupar el trono. Los holandeses volvieron entonces los ojos á la reina de Inglaterra , que no se hizo de rogar , y los atendió benigna , mas no quiso admitir su soberanía , sino hacer alianza con ellos , enviándoles cinco mil infantes y mil caballos , al mando del conde de Leicester , con la condicion

de que hasta terminada la guerra no le pagarian los gastos, aunque la darian en rehenes las plazas de Flesinga, Brilla y Rammekens; y tambien dijeron los holandeses que no harian paz con Felipe, ni innovacion política ó religiosa, sin consentirlo la reina de Inglaterra. Isabel tomó en esta ocasion francamente su partido, y no hizo como el rey de Francia, que no era católico sino á medias, ni sabia ser regulador de los partidos; ella por el contrario, visto que Felipe se constituia en paladin del catolicismo, aun en la misma Escocia y en Irlanda, declaróse protectora del protestantismo, cimentando la influencia que desde entonces ha venido ejerciendo la Inglaterra en el centro de la Europa. Hizo, pues, una declaracion de guerra á la España, y no se descuidó en descargar tras de la amenaza el golpe. Salido de los puertos de Inglaterra el célebre Drake con una fuerte armada, hizo en Galicia un infructuoso desembarco, y luego otro no ménos inútil en Canarias, y al fin uno en Cabo Verde, en donde puso á saco la isla de Santiago.

Este año, en prueba del reconocimiento á los servicios que el duque de Parma Alejandro Farnesio prestaba en Flandes, dispuso Felipe que saliese de Plasencia el presidio español que durante muchos años tenia ocupada aquella poblacion importante.

En Nueva España, el visitador, virey y arzobispo don Pedro Moya de Contreras convocó en Méjico un concilio provincial á que concurrieron seis obispos, y en él se trataron cosas muy justificadas, de las cuales dicen graves autores que fuéron confirmadas algunas el siguiente año por Sixto V; pero Torquemada, en su Monarquía Indiana, afirma con toda certidumbre que ninguna de ellas fué confirmada, ni llegó tampoco á su debido cumplimiento. Hubo tambien

concilio provincial en Lima, formándose decretos tomados ó deducidos de los del tridentino para los americanos que habian abrazado la fé católica.

CAPITULO XXXI.—Pragnática sobre los tratamientos. Drake en las Indias Occidentales. Campaña de Flandes. Año 1586.

El rey don Felipe, muy dado á recoger reliquias, se habia procurado en Aragon un hueso de la cadera de san Lorenzo, y luego la cabeza de San Hermengildo, con cuyos venerados restos, pasado el rigor del invierno en Valencia, en donde fué muy obsequiado, pasó á Madrid donde entró á primero de marzo, y luego al Escorial en donde los dejó depositados. Tuvo á la sazón algunos sinsabores con motivo de una pragmática sancionada sobre los tratamientos que los súbditos estaban obligados á dar á los ministros, á los grandes, y á los prelados, con que se remediaba la grande confusion y variedad que hasta entonces venia reinando. Pero se levantó de parte del clero alguna polvoreda, y hasta de parte del nuevo sumo pontífice, muy amigo de mostrarse entero con propios y con extraños. Mostró Sixto V mucho desagrado, porque se mezclaba la autoridad civil en el tratamiento correspondiente á los eclesiásticos. Mas Felipe, tan imperativo como su padre en punto á no permitirse otras influencias que aquellas que él mismo se labraba, se mostró firme en querer impedir que una bula bastase para dar á un prelado el mismo tratamiento que á un príncipe. No era este el primer roce en que en su mutua tirantez se rechazaban las voluntades tercas del pontífice y del soberano. Sixto habia manifestado que no se contentaria con meras ceremonias acerca del feudo que decia serle debido por los estados de Nápoles y Sicilia, y deseaba poder

tratar este asunto con un hombre maduro; pero Felipe le envió de embajador para cumplimentarle el condestable de Castilla, á la sazón muy jóven, por lo que preguntó Sixto si estaba tan escaso de súbditos el rey de España, que tuviese que enviarle uno barbilampiño, y sabiéndolo el condestable dijo que si Felipe hubiese calculado que la barba era en un embajador cosa de esencia, un cabron y nó un gentilhombré enviado hubiera. Pero muy en breve, apagados estos leves desvíos, el papa y el rey se entendieron ante unas consideraciones mas graves y trascendentales.

A la rivalidad del anterior reinado, existente entre Carlos V y Francisco I, habia sucedido en el presente la ojeriza con que se miraban el rey Felipe y la reina Isabel de Inglaterra, que parecian los opuestos polos de la Europa civilizada. Habíase constituido el primero en campeon del catolicismo, y la segunda habia identificado su causa con la de los protestantes. Y si se habia creído á Felipe capaz de firmar la sentencia de muerte de su propio hijo, únicamente para evitar en el porvenir la ruina de su sistema de gobierno, juzgábase que la inglesa tendria tambien la suficiente dureza de nervios para deshacerse de la heredera de su trono, la desgraciada reina de Escocia María Estuardo, á quien hacia diez y ocho años retenia cautiva, nó por tanto hermosa y agraciada, como algunos han cándidamente supuesto, sino por católica pura y creída capaz en su día de devolver á Roma la Gran Bretaña. Isabel, descubierto el rostro y la ira, daba la mano á los súbditos rebeldes del contrario aborrecido. Felipe no perdonaba medios para zappar el trono de Inglaterra, dar libertad á la real cautiva, y para hacer triunfar en aquellas islas el catolicismo. Es lo cierto que por este tiempo estaba muy avanzado en Roma

un convenio entre el papa y el rey de España, en virtud del cual Sixto V desposeía á la reina de Inglaterra, y daba su trono como feudo de la Iglesia á don Felipe. Todo esto revela el porqué Isabel y Felipe eran enemigos encarnizados, y se hostilizaban abiertamente sin necesidad de declararse la guerra.

El inglés Drake, saqueada Santiago en Cabo Verde, y arrebatada la artillería, hizo rumbo á Santo Domingo, echó gente en la boca del Aina, entró en la ciudad que da nombre á la isla, pues por descuido del presidente de la chancillería estaba indefensa, quemó ochenta casas, dos conventos de religiosos y dos de monjas, dió la ciudad al saqueo, y al cabo de un mes de posesion tranquila, dándole veinte y cinco mil ducados por rescate de aquellas ruinas, y tomada toda la artillería de la plaza largóse con viento próspero. Surgió luego en Cartagena de Indias, y aunque estaban prevenidos los habitantes y habían abierto fosos y trincheras, no les valió; que el inglés atrevido penetró en la ciudad á la fuerza, y saqueada, profanados y despojados los templos, y derribada la principal iglesia, hubiéralo entregado todo á las llamas, á no haberle dado por rescate el gobernador y el obispo ciento y diez mil ducados. No contento con tales presas, hizo un amago sobre la Habana; pero hallando al gobernador bien prevenido desistió de su intento, é ido á la Florida destruyó en San Juan el fuerte y el caserío, subió por el rio hasta San Agustin, dejó la fortaleza hecha escombros, pasó á la Virginia, y dada vuelta á la Jamaica, volvióse á su patria con doscientos cuarenta cañones, y un botin estimado en seis millones de reales, de los cuales la tercera parte fué repartida entre los soldados y los marineros. Valióle la diligencia para volver salvo á

Inglaterra. Habia el rey Felipe dado órden para que don Alvaro Flores Valdés, con diez y siete galeras y cuatro pataches en que iban tres mil hombres, fué en persecucion de aquel audaz aventurero. Mas no se dió Flores la actividad que su contrario, y llegó á las Indias Occidentales cuando la devastacion estaba consumada y el inglés se habia retirado. Encontró la ciudad de Santo Domingo casi repuesta de su quebranto, pero en Cartagena reinaba tal consternacion, que sus moradores querian abandonarla, por lo que Flores levantó en torno de la ciudad muchas fortificaciones, y dejó en ella un buen presidio.

No favoreció tanto la fortuna á los ingleses que en Flandes auxiliaban á los confederados. La primera operacion de Alejandro Farnesio fué encaminada contra la plaza de Grave; y sostenidas algunas refriegas con el conde de Hohenloe y el coronel Morris, púsose sobre ella y la abrió brecha; mas el jóven gobernador, baron de Hemmert, capituló á 7 de junio, saliendo con todos los honores de la guerra, capitulacion que le costó cara á Hemmert, pues los estados castigaron su cobardía con el último suplicio: que así, por querer salvar sin la honra la vida, perdió vida y honra. Púsose despues Farnesio sobre Venloo, aunque tuvo que sostener recias escaramuzas con Martin Shenck y su gente; pero, abierta brecha, capitularon los defensores muy en breve. Encaminóse en seguida Farnesio á la plaza de Nuis, ocupada por los estados, aunque pertenecia al elector de Colonia, y tambien capitularon á las primeras los sitiados; pero en el momento de firmarse la capitulacion, poseidos los soldados españoles de la sed de botin, escalaron la muralla, entraron á degüello, dieron la ciudad á saco, y la entregaron á las llamas, una vez hartos de sangre y apagada su

codicia: pues era muy comun entonces el ver á los príncipes, que, ansiosos de dar creces á su autoridad no sufrían el menor desacato ni aun las quejas de parte de sus desarmados súbditos, ser impotentes ante el desenfreno de la soldadesca, semejantes en esto á los emperadores del tiempo de la romana decadencia. La plaza de Rhinberg fué tambien embestida por Farnesio, mas tuvo que levantar el sitio para acudir al socorro de la de Zutphen, acometida por el inglés Leicester, contra quien tuvo que sostener sangrientos y no siempre afortunados encuentros. Tres fuertes de las cercanías de Zutphen quedaron en poder de Leicester, el cual á poco se fué al Haya é hizo un viaje á Inglaterra. Ya los confederados no podían sufrirle por su arrogancia y menosprecio de las leyes, comun achaque de los que se ven con poder para dictarlas.

En Madrid feneció este año el cardenal Granvela, que, aunque muy adicto al rey don Felipe, obró como pudiera su mas implacable enemigo, creandó en Flandes un espíritu de descontento público, que se trocó luego en iras de una nacionalidad ofendida. En Tarragona á 31 de mayo acabó sus dias el arzobispo don Antonio Agustín, cuyo saber pregona el orbe literario. Entendido en el derecho civil y en el canónico, en antigüedades sagradas y profanas, en bellas letras, en lenguas, y en historia eclesiástica: su correccion de Graciano, y otras obras suyas, han sido muy consultadas, y dado ser y fundamento á varios escritos posteriores. Veinte dias despues dió en Roma el último suspiro el esclarecido Martin de Alpizcueta, llamado el doctor Navarro, siendo de edad de noventa y cinco años. Mostró una grande integridad defendiendo al arzobispo de Toledo, Carranza, á pesar de haber visto concitadas contra él las iras

de los poderosos. Miráronle sus contemporáneos como un oráculo del derecho. Fué sacerdote, canónigo reglar de san Agustín, y penitenciario en Roma. Los mejores jueces en el particular han dicho que en materia de derecho tal vez no se presentará un caso de conciencia del cual no dé solución conveniente sus obras que andan impresas en seis tomos en fóleo. Estaba tan acostumbrado á dar limosna, que su mula se paraba luego que se acercaba á ella algun mendigo.

En Sevilla, por demasiada firmeza de carácter, y poca flexibilidad del cardenal arzobispo, tomaron cuerpo muchas quejas de la grey, con no pequeño detrimento de las cosas eclesiásticas, cuyo bien, como dice el analista de aquella ciudad ilustre, nace de la conformidad del pastor con sus ovejas.

En Nueva España comenzó con buenos auspicios y muy á gusto de todos su vireinato don Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villa-Manrique; pero luego se presentaron negocios arduos que le fueron malquistando. Con la audiencia de Guadalajara tuvo una grave controversia sobre asuntos de jurisdicción y gobierno, y llegó á términos de decidirse á mano armada. Afortunadamente hubo mediadores, y las autoridades entraron en armonía, pesaras de haberla quebrantado.

CAPITULO XXXII.—Grandes aprestos contra la Inglaterra. Año 1587.

Reinaba una grande actividad en los puertos de la península. Construíanse naves de alto bordo, cual jamás hasta entonces se hubiesen visto, y capaces de sostener el peso de una formidable artillería. Al mismo tiempo en Flandes, en Alemania, en el Milanesado, en Nápoles, en Sicilia, en

Portugal y en todos los reinos en fin de la monarquía, se hacian levass extraordinarias. Decian unos que se iba á acabar de una vez con los flamencos; otros que el armamento no podia ir encaminado mas que contra el turco. Y todos se iban muy fuera de lo verdadero: porque el blanco de los deseos del rey era la conquista de la Inglaterra, en que se habia convenido con el papa Sixto quinto. No todos los consejeros de Felipe aprobaban en esta parte sus planes. Idiaguez y Alejandro Farnesio decian que ántes era necesario prevenirse, ocupando los mejores puertos de Holanda con armada y con ejército, pues así podria hacerse en sazón oportuna la travesía. Y de otro modo, decian que era desguarnecer de defensores la península, para que pudiese conquistarla cualquiera, mientras peleaban en lejanas regiones sus mejores hijos. Pero la conquista de Portugal habia causado un vértigo al monarca español, y héchole perder parte de la prudencia que le caracterizaba; y creia que si aquel reino habia podido resistir pocos meses á sus tropas, no haria mayor resistencia la Inglaterra; y que si su escuadra habia destruido la armada turca, no le costaria mayor trabajo arrollar la de la Gran Bretaña, y mas cuando ningun príncipe estaba en el caso de poder contrariar sus designios; pues los estados marítimos del Norte eran insignificantes, la Alemania amiga de la España, y Francia andaba metida en revueltas intestinas. Pero le convenia á Felipe no dar la voz de alarma á la Inglaterra, y por tanto hizo correr la de que los aprestos se hacian, parte contra la Holanda, y parte para poner las Indias Occidentales á cubierto de un golpe de mano; y todavía llevó á mas alto punto el disimulo, haciendo entablar negociaciones de paz con la reina de Inglaterra, admitida la mediacion del rey

de Dinamarca : tratos que naturalmente fueron tan infructuosos, como vivos eran los deseos de que así lo fuesen. Pero Isabel no se hizo ilusión ni un momento, y determinada á echar el resto, y á jugar el todo por el todo, juntó armada, levantó hasta ochenta mil hombres en distintos cuerpos, hizo ejercitar en el manejo de las armas las milicias de su monarquía, y no guardó ninguna consideración á su rival aborrecido. Y á 18 de febrero, sabiendo que se maquinaba para sentar en el trono de Inglaterra á la reina de Escocia, María Estuardo, hízola degollar cruelmente, con pretexto de que conspiraba contra su vida, pero en realidad por católica, y por ser la única esperanza que en Inglaterra á los amigos del papa les quedaba. «Así perezcan todos los enemigos de la reina,» exclamó el magistrado que presidió á la ejecución de la sentencia. «Así perezcan todos los ídólatras enemigos del Evangelio», respondió el conde de Kent. Ambas imprecaciones iban dirigidas contra el rey de España, pues los protestantes llamaban ídólatras á los católicos, diciendo que daban más culto que al Redentor, á las imágenes.

En medio de sus grandes armamentos, no abandonaba el rey don Felipe sus ideas favoritas. Firme en el propósito de reunir en España preciosas reliquias, y habiéndole pedido el cabildo de la catedral de Toledo que interpusiese sus oficios para que esta ciudad poseyese el cuerpo de santa Leocadia, existente en el monasterio de San Gislén en Flandes, obtuvo Felipe un mandato pontificio para que los monjes que poseían aquellos venerados restos los entregasen con todos los documentos. Así lo hicieron, y el cuerpo por Italia vino á España, y el rey pasó por abril á Toledo con toda la real familia, para asistir á la traslación deseada.

Mientras presenciaba Felipe estas devotas ceremonias, el inglés Drake, con seis galeones y diez y nueve navíos, surgió en la bahía de Cádiz, sembró la alarma por toda la Andalucía, é incendió veinte y seis naves mercantes surtas en el puerto mismo. El duque de Medina Sidonia con suma actividad dió disposiciones para la defensa de Cádiz y de toda aquella costa. Pero hecho el insulto, y vistas las preven- ciones, alejóse Drake. El duque envió avisos á las costas de Portugal, á Canarias, á Indias y á la armada española, para que todos estuviesen prevenidos. Drake á su paso fué apresando ó quemando naves, hasta el número de ciento y dos galeones, y hecho un amago sobré las Azores, apresó en sus aguas el navío San Felipe, que venia con rico car- gamento de especería, y volvióse con el botin á Inglaterra.

La febril actividad de que en tal coyuntura dió muestras el duque de Medina Sidonia, tomóla el rey por prueba de una gran disposicion para el mando; y en este concepto fué pernicioso para la España, pues dió márgen á que Felipe confiase muy luego al duque un mando demasiado impor- tante y superior á sus fuerzas.

La audacia de aquel marino inglés espoleó el ánimo de Felipe para llevar adelante los aprestos con que contaba para tomarse de la Inglaterra una satisfaccion cumplida, y para ceñir una nueva corona. Habia pensado dar el mando de la armada á don Álvaro de Bazan, y el de las tropas á Alejandro Farnesio; y consistia su plan en hacer zarpar de las aguas del Tajo una poderosa armada, que fuése á jun- tarse en las mismas costas de Inglaterra con otra salida de Flandes.

En este país, el hambre y los contagios tenian en parte paralizadas las operaciones de la guerra. Agriados los áni-

mos entre holandeses é ingleses, habíanse vengado estos entregando á los españoles la plaza de Devente, y los fuertes tomados junto á Zutphen. No es fácil describir la exasperacion que este proceder causó en los ánimos de los confederados. Encomendaron el mando de todas sus tropas al príncipe Mauricio Nassau; y elevaron sentidas quejas á la reina de Inglaterra contra el mal comportamiento de Leicester y de los otros gefes. Pero Leicester tenia echadas hondas raíces en el afecto de su soberana, y todavía halló medio de justificarse y volver á Flandes con mando. Y fué á tiempo que Alejandro Farnesio habia puesto sitio á la plaza de Esclusa, echado un puente de barcas sobre el canal por donde podia recibir socorros de Flesinga, apoderándose del fuerte de Blanckenberg para impedir que los de Ostende la diesen auxilio, y tomado un reducto que habian hecho los sitiados para defender los aproches de la plaza. Acudieron el príncipe Mauricio, el conde de Hohenloe y Leicester para llamar la atencion de Farnesio, y obligarle á levantar el sitio, mas no pudieron conseguirlo: y los sitiados, hecha una brillante defensa, capitularon, y salieron con todos los honores de la guerra. Mientras esto pasaba, la plaza de Güeldres abria tambien á Farnesio sus puertas. Los confederados, en sus marchas y contramarchas, solo pudieron apoderarse de algunos puntos poco importantes. Ante la plaza de Hoogstrate hubo un encuentro en que quedó poco acreditada la pericia de Leicester; y viendo este vano gefe mas enconados contra él los ánimos de los flamencos, volvióse otra vez á Inglaterra.

En Nueva España, sufrió Felipe otra pérdida marítima. El inglés Cavendish, á dia 4 de noviembre, apresó en el puerto de Acapulco un rico galeon llamado Santa Ana,

procedente de Filipinas, cargado de seda y riquísimos géneros.

CAPITULO XXXIII. — La armada Invencible. Desastre marítimo. Año 1588.

Todavía, para ganar mutuamente algun tiempo mientras hacian aprestos bélicos, tuvieron Felipe é Isabel tratos de paz, y dieron su asentimiento para que en las cercanías de Ostende, en tiendas de campaña, tuviese lugar un congreso; mera fórmula con que cada parte creyó haber engañado á la contraria. Visto lo cual, Alejandro Farnesio previno en Niuport y en Dunquerque hasta diez y ocho navíos, y se ocupó en la construccion de muchas barcas chatas, de poco calado, y propias para trasladar á las opuestas costas en una noche hasta treinta mil infantes y cuatro mil caballos que al efecto tenia reunidos.

Atenta estaba la Europa, fija la vista en el espectáculo que en las costas de Inglaterra iban á presenciar las gentes. Sonaba tanto, y mucho mas de lo que era, el armamento hecho en los puertos españoles, que, muchos entre los extraños, y particularmente en Roma, dieron en llamar armada Invencible á la que en las aguas del Tajo se juntaba. Era en verdad poderosa, mas nó para merecer tal dictado, ni para llevar á cabo la conquista de un reino pujante y lleno de defensores entusiastas. Algunos han exagerado sus fuerzas, ya para demostrar á qué grado de poder habia llegado la España, ya tambien para significar el inminente riesgo que corrió la Inglaterra. El cuerpo de la armada constaba de ciento y quince naves, mayores y menores, bien artilladas y provistas de vituallas y pertrechos, y en ella se embarcaron veinte mil soldados, ocho mil doscientos cincuenta marineros, trescientos remeros y unos dos mil

voluntarios. Los cañones de la armada eran dos mil seiscientos cincuenta. Las vituallas para seis meses. Quedaron en los puertos de la península treinta y cinco naves de reserva y ocho mil hombres para acudir al refuerzo de la armada si era necesario. Felipe, hombre superior á su padre como hombre de cálculo y de gabinete, habia hecho todas las prevenciones convenientes para llevar adelante su empresa. La armada llevaba orden de cruzar el canal de la Mancha, dominarle, favorecer el desembarco del ejército de Flandes, y echar tambien en las islas Británicas su gente. Una cosa esencial le faltó al rey en el momento dado. Don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, héroe entre los mas ilustres marinos españoles, cayó enfermo y murió en Lisboa cuando de él mas necesidad tenia la España. Y casi al mismo tiempo bajó tambien al sepulcro el duque de Paliano, segundo gefe en cuya pericia descansaba la armada. Sintióse afectado Felipe hondamente al saber la pérdida de su mejor marino, y debió temblarle la mano al firmar al nombramiento de un nuevo gefe. Recayó este en el duque de Medina Sidonia, poco acostumbrado á surcar los mares, y se le dió por segundo á Recalde, práctico en el conocimiento de las aguas, y avezado á las lides marítimas.

Á 30 de mayo surcaba el Atlántico la temida armada; á 14 de junio doblaba el cabo de Finisterre; y el 19 la asaltó tan recia tormenta, que fué preciso que buscasen las naves en la Coruña y en otros puertos cercanos un asilo. Un mes perdieron reparándose, tanto que ya en Inglaterra, abultado el quebranto padecido, se creyó abandonada la expedicion por este año. Pero á 20 de junio se puso de nuevo Medina Sidonia en el mar, con rumbo al canal de la Mancha.

Llegado á él delante de Plymouth , á 30 de dicho mes , avistó , puesta en línea delante de la costa , á la armada inglesa , cuyo almirante era Effingham , y cuyo verdadero general era el temible Drake. Temian los ingleses un desembarco en Plymouth y estaban dispuestos á impedirle ; pero Medina Sidonia quiso ejecutar estrictamente las órdenes que llevaba , y pasó adelante. De esta manera dejó á retaguardia la armada inglesa , y se colocó entre ella y la holandesa , destinada á hacer frente á Alejandro Farnesio. Parecióles á los ingleses un plan estratégico lo que solo era efecto de la obediencia de su enemigo á los mandatos recibidos : siguieron por tanto á la armada española para que no diese contra la de lord Seymour que iba con la holandesa , la abrumase con fuerzas superiores , y reforzada luego y vencedora volviese caras á la británica. Eran las naves españolas mucho mas altas y ménos veleras que las inglesas ; y sus marineros ménos hábiles , ó por mejor decir , ménos bien dirigidos. Adelantábanse los ingleses sin perder de vista á sus contrarios , y en cuanto veían una nave rezagada echábanse sobre ella , maltratábanla y obligaban al grueso de la armada á volver caras ; pero entonces no hacian mas que disparar toda su artillería y alejarse , poco deseosos de medir sus fuerzas mientras fuesen inferiores. Esta táctica les fué beneficiosa , porque no todos los buques españoles pudieron navegar en cuerpo , y uno que mandaba Pedro Valdés , sufriendas algunas averías , rezagóse , y cayendo sobre él Drake , le apresó sin que hallase mucha resistencia , pues hizo en él cuatrocientos prisioneros. Venian en el buque cuarenta mil ducados que se perdieron. Tres dias se pasaron en continuas escaramuzas , adelantándose los ingleses como para venir á las manos , disparando , y huyendo en cuanto la

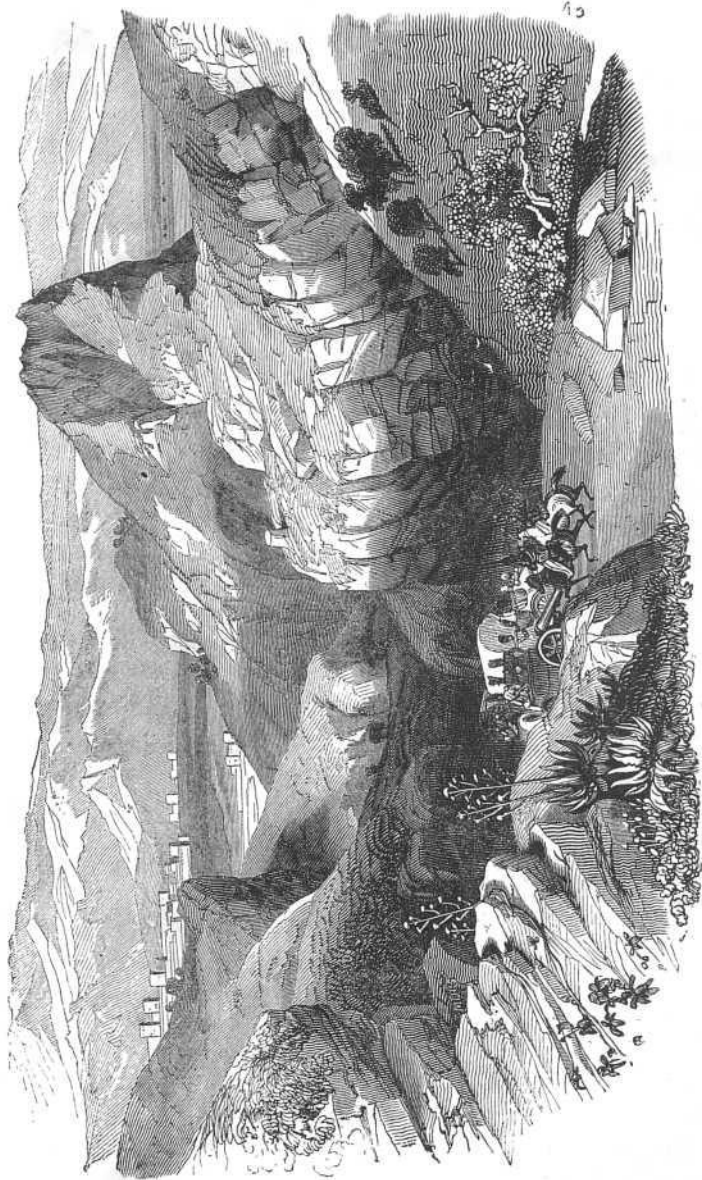
armada española se ponía en órden de batalla. El cuarto se atrevieron ya á embestir á la misma capitana española, seguros de que no iba en ella un Álvaro de Bazan; pero el duque de Medina Sidonia, aunque nó Bazan en la experiencia y en el genio, era español en el denuedo, y supo escarmentar al enemigo, hasta el punto de dar lugar á que se generalizase el combate, en el cual don Gaspar de Sosa con sus navíos hizo proezas, y de llevar en derrota á los ingleses al cabo de tres horas de un sostenido cañoneo. El dia quinto, que fué 3 de agosto, no dándose por vencidos los ingleses, ántes persistiendo en su tema de cansar á los españoles para que llegasen descalabrados á la vista de las naves de Seymour y de los holandeses, embistieron á la division de retaguardia. Tambien esta vez fuéron rechazados con alguna avería de su nave capitana. El sexto dia se echaron sobre un galeon y una urca rezagados, y fué necesario que acudiesen otras naves para salvarlos. Hízolo la capitana española, y viéndolo el almirante inglés fué contra ella y aun la quiso tomar al abordaje. Pero Medina Sidonia dió de su valor las mas altas muestras, que si á tales realzara la pericia, peligraba aquel dia la armada de Effingham y de Drake. Mal parada salió del lance la capitana inglesa, y se salvó por lo velera. Los españoles no pudieron dar alcance al enemigo fugitivo, y esta fué la coyuntura en que mas vivamente fué sentida en la armada la falta de un buen gefe superior marino.

Surgió Medina Sidonia en las aguas de Calais; en donde le permitieron los franceses comprar víveres, y perdió en ello un tiempo inestimable, por cuanto las dos armadas inglesas se juntaron, formando una de ciento treinta y cinco navíos, superior á la de los españoles. Procuró Medina Si-

donia tener noticias de Alejandro Farnesio, y supo que para pasar en barcas su ejército, solo esperaba que el canal de la Mancha estuviese desembarazado de buques enemigos, cosa que Medina Sidonia no creia muy fácil, por cuanto habia probado la fuerza y la audacia de una armada inferior á la suya, y ahora la veia llena de arrogancia, superior con la reunion de la armada de Seymour y de la holandesa. Anclada la armada española en las aguas de Calais, púsose á su vista la inglesa. Por la noche vieron los españoles en el mar unas luces extrañas que la corriente llevaba hácia ellos, y que iban tomando cuerpo á medida que se adelantaban, y fueron convirtiéndose en hogueras espantosas. Eran ocho barcas llenas de materias inflamables, que se iban encendiendo, abandonadas por los ingleses á merced de la corriente, seguros de que las llevaria á la línea de los españoles. La confusion en que pusieron á la armada del duque de Medina Sidonia es increíble. Los capitanes abandonaban los cables y las áncoras para alejar los navíos de aquellas llamas devoradoras; unos buques chocaban violentamente con otros, y algunos se acercaban á la costa á riesgo de perderse. Al amanecer, vista la confusion en que andaba la armada del rey católico, embistió con ella la inglesa, con no vista furia. Todo el dia duró el combate. Hugo de Moncada, viéndose aislado con la capitana de las galeazas, retiróse defendiéndose siempre, amparóse bajo el cañon de Calais, y murió con casi toda su gente. Salvóse el inspector Manrique, que por tierra se fué á Madrid á dar parte del descalabro. De la galeaza se apoderó el gobernador de Calais como abandonada en su puerto. Don Francisco de Toledo embistió con su navío por la espalda á los ingleses, y atrajo sobre sí el grueso de sus buques. Acudió

Diego Pimentel á su socorro y luego muchas otras naves. Ya en esto cada navío habia ocupado su puesto, y presentado los españoles la batalla; mas los ingleses no quisieron empeñar una accion decisiva que en aquellos momentos podia serles muy funesta, y se pusieron luego fuera de tiro. Los vientos y las corrientes llevaron el navío de Pimentel á Holanda, en donde fué apresado; y el galeon San Felipe tuvo la misma desgracia. Las dos escuadras habian quedado sobremanera quebrantadas, la española de una manera mas sensible, pues la inglesa pudo en breve repararse y ser reforzada. Obligado el duque á sostenerse en la mar, vió ya fracasado el proyecto de un desembarco, y viendo que por las corrientes, los vientos y los enemigos, no podia volver al canal de la Mancha, determinó dirigir al norte su rumbo.

La hora del desastre habia ya llegado. A 9 de agosto, dejando los ingleses treinta navíos para dominar el paso de Calais, fuéron con ciento y cuatro en persecucion de la armada española. Rompieron contra ella un vivo cañoneo, pero tambien se replegaron en cuanto vieron á los españoles en línea de batalla. Hallábanse estos en un mal paso, y era inminente el peligro de que diesen en unos arrecifes. Por fortuna cambió el viento; y la armada católica pudo salvarse y continuar su rumbo al norte para dar la vuelta á las islas Británicas. Tres veces se acercaron á ella los ingleses, y otras tantas viéndola puesta en batalla, se negaron á admitirla. Es decir, que se notó en los ingleses grande audacia para hostigar, impotencia para un lance decisivo, y en los españoles, valor para entrar en lid sangrienta, impotencia para obligar al enemigo á admitirla. Doblada la Escocia, iban á entrar los españoles en el canal de Irlanda,



ENTRADA DE LA VEGA DE GRANADA.

cuando el 20 de agosto una furiosa borrasca se tendió sobre ellos, separó á los navíos, arrojó algunos á la costa en que se hicieron pedazos, á otros en alta mar los echó á pique, doce pararon en las playas de Inglaterra, y sus tripulaciones fuéron hechas prisioneras; unos naufragaron en Escocia cuyo rey trató bien á los españoles y les procuró pasaje para Flandes, otros en Irlanda fuéron saqueados, alguno llegó á Dinamarca, Medino Sidonia pudo aportar con pocos en Santander, otros en San Sebastian, y el vicealmirante Recalde surgió con algunos en la Coruña. Tal fué el término de esta desastrosa campaña marítima. El mayor contrario que en ella tuvieron los españoles, fué la falta de un buen almirante, pues la violencia de los vientos y de las aguas fué igual para ellos y sus contrarios, y propia de aquellos procelosos mares. Treinta y dos navíos y diez mil hombres perdió Felipe, segun cuenta fidedigna de escritores españoles; ochenta navíos y quince mil soldados, segun exagerados relatos de los extraños. Algunos dieron la culpa del mal éxito á Alejandro Farnesio, pero van fuera de camino, pues las prevenciones hechas por Farnesio fueron tales, que si le auxiliara la armada, tal vez dieran en qué pensar á los ingleses. La mayor pérdida de esta jornada fué la de la nonbradía marítima, que pasó con creces á ser patrimonio de la Inglaterra, cuyos marinos dieron pruebas de poseer dotes excelentes, y de saber por mar cansar al enemigo, pelear con él ó alejarse segun les convenia. De este acontecimiento data la preponderancia marítima de la Inglaterra, como si años ántes la hubiesen arrebatado los españoles á los turcos en Lepanto para hacer de ella un fatal donativo á los ingleses; y desde entonces se ha visto que el semillero de los buenos marinos solo se encuentra allí en

donde los habitantes pueden respirar holgadamente, ensanchado el pecho, libres de sujeciones y de trabas. Holanda devolvió en esta ocasion á los ingleses toda la proteccion que de ellos habia recibido. Ingleses y holandeses celebraron con grandes demostraciones su triunfo y acuñaron medallas para eternizarle. Isabel dió la medida de su pasado temor, yendo en triunfo á la iglesia de San Pablo; pero un ministro de su culto la recordó la fragilidad de las cosas humanas, tomando por tema de su sermon aquello de « Si Dios no hubiese guardado la ciudad, en vano trabajado hubieran sus moradores. » Por lo demás para explicar el desastre, no es necesario achacarle entero á los elementos y menospreciar á los ingleses; ántes estos cumplieron con su deber no perdiendo de vista á las naves españolas hasta que las dispersó la borrasca, y defendiendo con teson la independencia de su patria. No deseamos para los españoles marinos otra gloria, sino que en un caso análogo sepan defender las costas de la península como defendieron las suyas los británicos.

Vacilaban los cortesanos españoles en dar el rey don Felipe tan triste nueva; pero la recibió sin inmutarse, diciendo que habia enviado la armada á combatir con los ingleses, nó contra los huracanes; y prohibiendo toda manifestacion de luto, como los antiguos griegos, hizo dar gracias á Dios porque no se habia perdido todo, y aun sabedor de que el duque de Medina Sidonia estaba muy acongojado, le escribió diciéndole que nó porque los elementos le habian sido contrarios habia caido de su gracia.

Conseguida esta ventaja, no se durmió en la victoria Isabel de Inglaterra. Antes habia pintado á los españoles como los hombres mas repugnantes, diciendo que llevaban en los

buques un tribunal del santo oficio y millares de instrumentos de tortura para acabar con los protestantes ó convertirlos al catolicismo ; ahora dijo que era preciso hacerles la guerra en Holanda para quitarles la última esperanza de visitar las costas inglesas. Envió allá con tropas á lord Willoughbi , el cual peleó bajo las órdenes del príncipe Mauricio , que iba dando muestras de ser un capitán de grandes recursos. A la sazón Alejandro Farnesio se adelantaba contra la plaza de Berg-op-zoom , precedido por el conde de Mansfeld ; pero se le anticipó Mauricio introduciendo en ella socorros. Unos habitantes fingieron querer entregarla , mas fué para cebar á los españoles , llevarlos á una emboscada y hacer en ellos un grande estrago. Farnesio levantó el sitio , y cayó sobre la plaza de Wachtendonck en donde hizo un terrible ensayo de las bombas recién inventadas , las cuales produjeron en los moradores tan gran espanto , que obligaron á los soldados á rendirse. Las enfermedades , y mas que ellas la falta de pagas , debilitaron á los españoles y diezmaron sus filas ; lo que engendró en el pundonoroso Farnesio una hipocondría que mas adelante le llevó al sepulcro.

Entre las naves de que constaba la armada española no hubo esta vez la de Doria. Algunos lo tomaron á desaire hecho por Génova al rey don Felipe. Ello fué que este año el duque de Saboya quiso apoderarse de Génova por sorpresa , y no pudiendo conseguirlo , se echó sobre el marquesado de Saluces y le ocupó ayudado de los españoles.

Sixto V dió contento sumo al rey , canonizando al venerable Diego de Alcalá , y fijando su fiesta á dia 13 de noviembre.

En Lisboa descubrió la Inquisicion los artificios de una

monja , partidaria del prior de Ocrato , llamada sor María de la Visitacion , que fingia tener en su cuerpo las llagas de Cristo , y puesta en oracion sobre dos chapines , parecia levantada del suelo ; y decia tener grandes revelaciones. Debieron de mediar algunas influencias, pues por todo castigo le fuéron impuestas algunas penitencias y la mudanza de convento. En la misma ciudad , á 31 de diciembre , feneció fray Luis de Granada , eminente en virtudes y en letras , las primeras de todos reconocidas , y pregonados sus lauros en las segundas por sus escritos celebrados de nacionales y de extranjeros.

En el Perú tres plagas afligian á los moradores ; el hambre , los terremotos , y los corsarios ingleses , cada dia mas pujantes y mas atrevidos. Las colonias portuguesas progresaban , y prometian al rey de España pingües frutos nacidos de la conquista de la Lusitania.

CAPITULO XXXIV.—Expedicion de los ingleses contra Lisboa. Año 1589.

No llamó mucho este año la atencion pública la campaña de Flandes. Algunas guarniciones inglesas continuaron desleales con los confederados , entregando algunas plazas á los españoles. La de Gertudemberg vendió la ciudad á Alejandro Farnesio , seducida por cierto Lanzavechia , á quien remuneró aquel caudillo dándole un gobierno. En tanto el conde de Mansfeld se veia paralizado en sus operaciones por la actividad del príncipe Mauricio y del conde de Hohenloe , sin poder venir á una batalla decisiva. En las márgenes del Rhin , en donde forma este rio la isla de Betuwio , habian los confederados levantando un fuerte , desde el cual Schenck hacia excursiones , é interceptaba convoyes de los españoles ; más una de sus tentativas fué desgraciada,

y siendo herido en un encuentro , murió á poco ahogado en un buque en donde habia buscado un asilo. El marqués de Varambon fué de orden de Farnesio á poner sitio á la plaza de Rhinberg ; pero Were , inglés y gefe de un cuerpo de confederados , le puso en derrota , y salvó la plaza. Alejandro Farnesio , que sostenia el grave peso de esta encarnizada guerra , continuaba cargado de pesadumbres por la escasez de dinero. En Courtray , uno de sus regimientos le negó la obediencia y entregóse al merodeo por falta de pagas.

El acontecimiento capital fué el pago de la visita hecha el año anterior á las costas de Inglaterra. Expedicion por expedicion. Pero , para salvar su amor propio en caso de una derrota , dijeron los ingleses que no lo hacian como principales interesados sino como meros auxiliares del prior de Ocrato. Solicitaba este á la reina de Inglaterra para que le protegiese y ayudase á recobrar en breves dias la Lusitania , exagerando el descalabro sufrido por Felipe , y pintando los apuros del español erario y el público desaliento. Algunos consejeros de la reina opinaban que era mas conveniente destinar la armada inglesa á interceptar las flotas españolas procedentes de Indias , que nó exponerla en las costas de Portugal para favorecer una empresa aventurada. No obstante esto , fué atendido el prior de Ocrato , y se hizo con él un convenio por el cual Isabel prometia ayudarle con ciento veinte navíos , diez y siete mil soldados y tres mil marineros. El prior prometió que si llegaba á Portugal , en ocho dias conquistaria el reino : que á los dos meses daria cinco millones de ducados por el gasto hecho , y un tributo anual de trescientos mil ; que Inglaterra y Portugal tendrian paz , alianza , y comercio mutuo ; que Lisboa vendria á ser un puerto inglés para el efecto de hacer

armada contra España, para lo cual ocuparían los ingleses en rehenes cinco fuertes, la torre de Belen entre ellos; y que á los ingleses les daría en Lisboa quince pagas y les concedería doce dias de saqueo, no tocando á los conventos é iglesias. Estas se dijo ser las condiciones, aunque algunos las creyeron abultadas por los españoles para animar á los portugueses á la resistencia.

A 13 de abril salió de Plymouth la armada inglesa compuesta de ciento veinte navíos bien artillados al mando de Drake, y veinte mil hombres cuyo gefe era Juan Enrique Noris; es decir, una armada tan formidable como la que el año anterior dieron en llamar la Invencible. Ninguna escuadra española detuvo á la inglesa, cuyos buques á 4 de mayo se pusieron á vista de la Coruña, con el objeto de llamar á esta parte el grueso de las tropas españolas para encontrar la plaza de Lisboa con ménos prevenciones. Echó Noris su gente en tierra, apoderóse del arrabal llamado la Pescadería, batió las murallas de la ciudad, y abierta brecha, dióla cuatro recias acometidas. En todas ellas fué rechazado; y hasta los niños y las mujeres demostraron que si la armada española habia dejado abiertas al extranjero las costas de la patria, no faltaban en esta pechos dispuestos á escudarlos y rechazar al enemigo. Mayor Fernandez Pita, heroína gallega, viendo muerto á su marido durante uno de los asaltos, arremetió contra un oficial inglés, derribóle cadáver, y arrancó de sus manos la bandera que pensaba clavar en la barbacana del muro. Perdidos mil hombres en las acometidas, retiráronse los ingleses á sus naves. Circuló la novedad por toda España, tomando mayor cuerpo y bulto á medida que se propalaba. Felipe mandó hacer aprestos, no solo para defender las costas de la

península, sino tambien para poner los presidios africanos á cubierto de un golpe de mano. Mas los mayores preparativos se hacian en Lisboa, pues hácia Portugal habia hecho rumbo la escuadra inglesa. Eligió Drake por punto de desembarco el pueblo de Peniche, y le efectuó sin oposicion y á su gusto. Ningun daño fué hecho á los habitantes; ántes el prior entró en el pueblo llevando en alto una cruz y una imágen de la Virgen y exhortando á los portugueses á que se levantasen para recobrar su perdida independencia. Lo mismo escribió á los cabildos de los pueblos; y quedándose con una escolta de dos mil hombres, adelantóse Noris con la demás gente la via de Lisboa. Sentíase en esta capital un hervidero profundo. A 29 de mayo, sabida la noticia del desembarco, hubo un amago de alteracion que no le gustó mucho al gobernador archiduque; sin embargo, tomadas por él y el conde de Fuentes algunas acertadas providencias, y concentradas tropas de distintos puntos, situáronlas en el puente de Alcántara, allí en donde el prior de Oerato habia perdido la corona. Pero á 31 de mayo, con la noticia de que Drake habia surgido con la armada en Cascaes, y de que Noris con el ejército se habia adelantado hasta Albalade, hubo una verdadera perturbacion en Lisboa. Espantados los moradores de los arrabales, metiéronse en la ciudad con lo mejor que tenían. Y los de dentro, participando de la consternacion, en alto grado contagiosa, no sabian á donde volverse; y las mujeres invadian los conventos de monjas, y hasta en los de los frailes se metian, sin que fuese posible hacerlas retroceder pintándolas la enormidad del escándalo. Fué preciso meter dentro de la ciudad el ejército para evitar que la entregasen los moradores al enemigo. El dia siguiente, primero de junio, pu-

siéronse los ingleses á vista de la ciudad , y se tirotearon algun tiempo con los de la muralla ; y dentro hubo un principio de alteracion promovido por el incendio , debido á la malevolencia , de los almacenes que estaban pegados al palacio del archiduque. Fortuna fué que se apagase luego. Adelantándose los ingleses , se apoderaron de los arrabales , á pesar de que incesantemente los hostigaba la artillería del castillo. Dentro no se oian mas que injurias á media voz contra los castellanos , y se notaba una como impaciencia para tomar una decision , en que luchaban indecisas la ira y el miedo. Acudió el prior al campo inglés , cuyo gefe intentó apoderarse de las iglesias de Loreto y de San Roque ; mas se lo impidieron con teson los españoles , y aun aislaron mas completamente el muro , derribadas algunas casas que á él estaban pegadas. Mas hicieron ; que para probar á los ingleses el poco miedo que les tenian , á ellos y á sus confidentes de Lisboa , hicieron una salida muy valiente , en que unos seiscientos hombres sostuvieron el ímpetu de todo el ejército inglés mas de una hora. Pero fué preciso ahorcar en la ciudad el mismo dia á tres confidentes del prior de Ocrato , y degollar á un fidalgo que le era adicto , para meter temor en los partidarios del pretendiente. La salida y los castigos surtieron todo su efecto ; pues viendo los ingleses que no se sublevaba la ciudad ni se entregaban los buques portugueses , sacando mal profeta al prior de Ocrato , decamparon de noche , y se alejaron el dia 4 de junio. Al principio , alegres los españoles fueron en seguimiento suyo ; mas luego entróles un recelo , temiendo no fuese la retirada una astucia para sacarlos al campo , y ensanchar los ánimos de los portugueses para sublevarse. Pero los ingleses no volvieron , antes fueron á Cascaes , en donde al

abrigo de su armada se rodearon de trincheras. El alcaide del castillo de Cascaes le rindió por haberle hecho creer su confesor que Lisboa estaba ya en poder de los ingleses: mas no por esto se creyeron seguros estos, pues sabian que continuamente iban llegando tropas á Lisboa; por lo que Drake y Noris, por mas que les instó el prior, comenzaron á reembarcar su gente el dia 13 de junio, sin haber hecho por mar ni por tierra ningun otro amago sobre Lisboa, como equivocadamente algunos han supuesto. Drake habia logrado apoderarse de muchas naves cargadas de trigo, y de algun ganado; y con 50 navíos fué á esperar las flotas de Indias, mientras Noris con setenta hacia rumbo á Inglaterra. No pudo Drake sostener la mar todo el tiempo necesario; y, por falta de víveres, volvióse á su patria. Este fin tuvo la expedicion inglesa, no menos numerosa y fuerte que la armada llamada Invencible, y como ella disuelta y diezmada sin resultados para la Inglaterra, aunque no tuvo que lamentar Isabel ningun naufragio. Entre los españoles se distinguieron en la defensa el conde de Fuentes, gefe del ejército, y don Alonso Bazan, general de las galeras. En los portugueses que se habian mostrado favorables al pretendiente hiciéronse algunos escarmientos: nó de mucho los que hubieran sido si el rey hubiese presenciado los sucesos.

Andaba á la sazón Felipe metido muy hondamente en los disturbios que agitaban la Francia. Fué de ello la causa el no tener Enrique III hijos que le sucediesen, y por tanto tocaba la sucesion á Enrique de Borbon, príncipe protestante. Muchos nobles franceses se oponian á que fuese heredero del trono, y formaron liga con el rey don Felipe, con el papa y el duque de Saboya, para que no reinase en

Francia un príncipe que no fuese católico. Eran gefes de la liga el cardenal de Borbon y el duque de Guisa, de quien procuró y logró el rey Enrique III deshacerse por la fuerza; motivo para que indignados los nobles sublevaran muchas ciudades, Paris en su número, á la cual el rey Enrique puso sitio. De ella salió un religioso dominico, pidió que le dejasen presentar al rey una demanda, diósele, y mientras la leía, matóle introduciéndole en el vientre un cuchillo envenenado. Mas como estaba en el campo Enrique de Borbon, al momento se hizo proclamar, no sin dar margen á una guerra civil sangrienta; pero Enrique, dice un religioso de la congregacion de San Mauro, con presentarse á oír misa, burló al saboyano, al papa y al rey Felipe, de quien se dijo que codiciaba tambien hacia tiempo el trono de Francia.

En Barcelona desde junio á diciembre picó una peste cruel, la cual en 20 de octubre habia arrebatado ya diez mil novecientas treinta y cinco personas. En 10 del mismo mes fué ajusticiado en la ciudad un francés porque sin ser médico curaba de la peste; los médicos no curaban, pero les valia el diploma. Pocas veces se vió mas lastimada en sus hijos aquella ciudad esclarecida.

En la Florida se acabó de reedificar la fortaleza y caserío de San Agustin, y se pusieron en defensa los presidios, como se hizo tambien en todo el seno mejicano por temor de los ingleses.

A Cuba fué de gobernador el maestro de campo Juan de Tejada.

CAPITULO XXXV.—Alejandro Farnesio en Francia. Año 1590.

Viéronse al presente las consecuencias de la liga hecha

por Felipe con los nobles y con los católicos franceses. Puesto Enrique de Borbon en campaña, redujo en breve tiempo la Normandía, y fué á poner cerco á la ciudad de Dreux. El ejército de la liga, recibido de Alejandro Farnesio un cuerpo auxiliar de dos mil quinientos caballos, acometió al príncipe francés con el mayor denuedo; pero Enrique, replegadas sus fuerzas y tomada una posicion excelente, puso en completa derrota á los católicos y á sus auxiliares. Ya fué necesario volver por el honor de las armas. Deseaba Felipe vivamente la corona de Francia, y aunque por el pronto veia en posesion de las fuerzas de la liga al cardenal de Borbon, no le disgustaba esto, pareciéndole que, como en Portugal, podia en Francia suceder á un cardenal en el trono. No opinaba como su amo el prudente Alejandro Farnesio, ántes creia que la pretension del rey habia de dejar el tesoro de la España exhausto de dinero, y las esperanzas de su monarca defraudadas. Sin embargo, recibidas órdenes terminantes, salió de Flandes á la cabeza de catorce mil infantes, diez mil segun otros, y tres mil caballos, con ánimo de hacer levantar el sitio de París al rey don Enrique. Los de la liga, en número de diez mil infantes y mil quinientos caballos, se juntaron con él á los pocos dias; y en 22 de agosto entró el ejército en Meaux, distante de París como treinta millas. Daba recelo á los franceses ver la hueste aguerrida que capitaneaba Farnesio, y no podian creer que Felipe enviase como cuerpo auxiliar y solo por el interés del catolicismo, un ejército en que venian la flor de sus soldados y su mejor caudillo. Pidieron pues á Farnesio que afirmase con juramento que no venia para conquistar la corona á favor de Felipe, sino para hacer levantar el sitio puesto á la capital de Francia. Tenia Enrique de

Borbon en torno de París veinte y cinco mil infantes y mil caballos ; y en la imposibilidad de sostener á la vez el cerco de una ciudad populosa , y de hacer frente á un enemigo formidable , prefirió levantar el sitio , y salir al encuentro de Farnesio. Entonces desplegaron todas sus facultades los dos generales mas hábiles de aquella época , impetuoso el francés , calmoso el español , y muy puesto el valor en su mas alto punto en entrambos. Avistáronse los dos ejércitos , y pareció inminente una batalla ; y aun Farnesio manifestó desearla yendo en busca de su contrario : mas de repente se detuvo , hizo un movimiento de flanco con suma pericia y acierto , y cayendo sobre la plaza de Lagmy combatióla á vista del enemigo , asaltóla y pasó su guarnicion á cuchillo. Fué muy celebrada esta jornada que abrió á Farnesio el camino para la capital francesa. En ella entró con sus huestes ; era la vez primera que las banderas españolas ondeaban en ella bajo el mando de un gefe digno de sostenerlas. Ocupada París , tomó Farnesio por asalto la plaza de Corbeil , y no pudo impedir que sus soldados , faltos de pagas , pusiesen á saco algunos pueblos de aquellas cercanías. Mientras estuvo en París procuró sondear los ánimos para ver si admitirian los parisienses una guarnicion española ; y viendo que se denegaban , conoció que para los planes de Felipe era lo mas oportuno dar tiempo al tiempo , para que , andando él , se debilitasen y consumiesen mutuamente en Francia los opuestos bandos. Volvióse pues la via de Flandes , recogido por fruto de la costosa empresa un cruel desengaño. Enrique le fué picando la retaguardia y acosándole sin descanso con el mayor encarnizamiento ; pero Farnesio , tan hábil como en la agresion en la defensa , hizo una de las mas bellas retiradas de que hablan las historias,

sin perder ni un soldado , siempre entero , amenazador é imponente.

La ausencia de tan bizarro caudillo habia sido fatal en Flandes. Ya ántes habia dado mucho que hacer el infatigable Mauricio , apoderándose por sorpresa de la plaza de Breda , asegurándola , é impidiendo al conde de Mansfeld que la pusiese sitio ; mas viendo sin fuerzas á sus contrarios , aumentó su actividad y sus esfuerzos , y se apoderó de muchas plazas.

No fué la expedicion de Farnesio la única que hizo entrar en Francia el rey Felipe. Á la Baja Bretaña envió cuatro mil quinientos hombres ; á Tolosa y Narbona cinco mil ; al Lenguadoc seiscientos caballos y mil infantes catalanes mandados por Hortensio Armengol ; y á las costas de la Provenza dispuso que fuésen sesenta navíos encomendados al duque de Saboya. Un donativo de seis millones y medio de reales , hecho por los reinos de Castilla , fué consumido tan pronto como cobrado. Al mismo tiempo , por si era conveniente mandar á Francia mas soldados , hizo Felipe alistar á todos los varones desde los diez y ocho á los cuarenta y seis años, en los lindes del reino, concediendo algunas exenciones á los alistados para tenerlos prontos á tomar las armas en sazón oportuna. Todo claros indicios , desconocidos solo por escritores cándidos , de que todos los deseos del monarca iban encaminados á convertir en patrimonio suyo el reino de Francia. A la sazón , dominado siempre de la misma idea , hizo la primera liga con la república helvética , queriendo hasta en esto obrar ya como lo hacian los reyes de la nacion vecina.

Todo esto lo veia muy claro el papa Sixto V , conociendo en su penetracion que el rey de España trabajaba por cuenta

propia , y nó únicamente por entronizar en Francia á un príncipe católico. Comenzó , pues , el pontífice á mirar con otros ojos á Enrique de Borbon , y á desear , mas bien que alejarle del trono , hacerle amigo de Roma. Mas no tuvo tiempo de ver cumplidos sus deseos , pues murió á 27 de agosto , dejando sentada en la reputacion de los hombres la fama de gran papa y de eminente príncipe : puede decirse que murió en el bufete , conforme con la máxima antigua de que es conveniente que muera de pié un soberano. Los que llaman dias nefastos á los de la semana en que hay una R, no deben ignorar que Sixto nació , entró fraile , fué hecho general de su órden , y cardenal , y papa en miércoles. A 15 de setiembre fué elegido, para sucederle, el cardenal Castaña ; llamóse Urbano séptimo , murió á los trece dias. A 5 de diciembre fué entronizado el cardenal Sfrondato , genovés ; se llamó Gregorio XIV , papa pio , muy casto y sobrio ; pero tuvo la desgracia de ser fácil y crédulo , y hecho juguete de la ambicion del rey Felipe renovó el anatema lanzado contra Enrique de Borbon , y dió órdenes para que ocho mil hombres fuésen á favorecer á la liga francesa y á las ciudades sublevadas.

El contagio de que el año anterior fuéron víctimas algunas ciudades de la península , extendióse en este á los campos y aldeas , y arrebató muchas víctimas. En Barcelona cesó á fines de abril.

— Por este tiempo un italiano renegado , ayudado de un español cautivo , tuvo medio de alzarse con dos galeras que le habian confiado los turcos, matando en una noche á trescientos sarracenos que las tripulaban , y dando libertad á trescientos cristianos. Túvose por una grande hazaña , cuando entró con las naves , haciendo salva , en el puerto de

Barcelona; aunque la circunstancia de haber en las galeras por valor de doscientos mil ducados, con que vino á gran riqueza el italiano, puso turbia una parte de su heroísmo.

A nueva España, reconocido por conveniente su tino y su experiencia, volvió de virey don Luis de Velazco; y luego dió providencias para atender á la seguridad por mar y tierra de aquel gobierno dilatado.

CAPITULO XXXVI. — Antonio Perez en Aragon. Alteraciones en Zaragoza. Naufragan en Aragon las libertades. Año 1591.

Antonio Perez, ministro que fué de estado del rey don Felipe, tuvo por estos tiempos la desgracia de llenar de su nombre la España. Hombre de vastos alcances, tenia tambien puesta la vanidad en muy alto punto, superior á su mérito, dado que era grande. Se le seguian causas por divulgacion de secretos de estado y cartas reservadas, por soborno, y por el asesinato de don Juan de Escobedo; pero los procedimientos eran extraños; primero se le habia preso rigurosamente, luego soltado ó poco ménos, dándole por cárcel su propia casa; y los herederos de Escobedo ya le hostilizaban vivamente, ya le daban treguas, se mostraban satisfechos, y luego rompian con nueva guerra: por lo que el vulgo, acostumbrado á creer que no se tuerce la justicia, sino ante la voz de los potentados, la dió en decir, que, por mas que en los escritos sonase otra cosa, las persecuciones de Perez tenian por fundamento los celos del rey don Felipe, nacidos de una doble intriga amorosa con la princesa de Eboli, una de las mas bellas damas de la córte. Al fin, trascurrido algun tiempo, habia recaido contra Perez una sentencia que le condenaba al pago de treinta mil ducados de multa, á reclusion por dos años, y luego

á destierro de la córte por ocho. Lleváronle á Tauregano, y como intentase escaparse, le volvieron á la córte. Nuevamente instaron en justicia, viéndole caído, los herederos de Escobedo, por lo que esta vez fué metido en mas dura cárcel; y puesto á cuestión de tormento, confesó que en efecto habia hecho dar muerte á Escobedo, pero que habia obrado obedeciendo á quien debia. Prusúmese que el rey deseaba de todos modos recobrar el mandato escrito, ó salvoconducto que habia dado á Perez, en órden á aquel asesinato; y viendo que ni por el tormento le soltaba su antiguo ministro, mandóle que, para justificarse, declarase cuanto en aquel caso supiese. No cayó Perez en el lazo, y en vez de presentar en autos los documentos, fingióse muy maltratado del tormento; y ayudado de su mujer Juana Coello, dotada de grandes alientos, huyó á Aragon con Gil Gonzalez, el alférez Mesa, y su amigo el genovés Mayorini. Así esplican autorizados escritores su fuga. Pero es bueno saber, que ya ántes habia manifestado Perez vivos deseos de ir á ampararse de los fueros aragoneses, como natural de aquel reino, para despues pasar á Francia; y debe tenerse presente que no era fácil que se escapase de la cárcel, y lo consiguió, y fuése á Aragon en derechura; y por fin, es conveniente no ignorar que el rey don Felipe, desde las últimas córtes de Monzon, se habia mostrado capital enemigo de los fueros aragoneses, que iba ahora á implorar el muy hábil ministro de estado. Y reunidas todas estas circunstancias, con lo misterioso de los anteriores procedimientos, resultará para esta fuga otro ambiente preñado de malas voluntades. Porque en realidad de verdad es repugnante creer que Aragon se suicidase precisamente por defender al ministro mas amigo en sus buenos dias de dar,

con ley ó contra ley , gusto completo á su amo. Uno de los fueros de los aragoneses consistia en entregarse uno al tribunal de la Manifestacion , ó sea al justicia mayor , para arrancar de manos de los jueces reales el conocimiento de su causa , y buscar así magistrados mas rectos ó mas benignos. Es lo cierto que , llegado Perez á Calatayud , acudió al remedio de la manifestacion ; y que , venida órden del rey para prenderle y efectuado así , lleváronle á Zaragoza , en donde entró apellidando « contra fuero , » voz que valia , para los aragoneses , tanto como pérdida ó quebranto de sus privilegios. De esta manera , el ministro , que durante muchos años se habia mostrado dócil servidor de un monarca que no respetaba , mas que cuando no podia pasar por otra cosa , las leyes primitivas de la monarquía , transformóse de repente , y sobre causa propia , en el mas entusiasta tribuno que existido hubiese : transformacion tan completa , y tan favorable á las secretas miras del rey don Felipe , que hubiera podido creerse que Perez desempeñaba el segundo papel para servirle tan bien como lo hizo con el primero. Decia á cuantos zaragozanos se le acercaban , que defendiesen el privilegio de la manifestacion , pues perdido este , podian darlos por perdidos todos ; y que desconfiasen de la junta llamada de los veinte , que si decia ser una cosa contraria al bien comun , debia tenerse por buena , y de ella afirmaba , que el rey la tenia minada y muy suya : y tambien les imbuía y recordaba , que el reino de Aragon solo por cien años habia admitido el santo oficio , y siendo pasados convenia quitarle ; y por fin aconsejaba , dicen , que se formase en república bajo la proteccion de la Francia. Metido en la cárcel de la manifestacion , sacáronle de ella los inquisidores , ya por instigacion suprema , ya porque

les pareciese que era Perez un grande enemigo suyo , y propenso al protestantismo , y acusábanle entre otras cosas de haber dicho en uno de sus arrebatos de ira , que no habia Dios si pasaban adelante contra él las venganzas de los poderosos. Para llevarle á la Aljafería , cárcel del santo oficio , fué necesario anteponerse al tribunal del justicia mayor , y dar la prerogativa de la manifestacion por hollada y vencida. Hízose así ; mas no es posible pintar el furor que se apoderó de los zaragozanos. A la voz de contrafuero y de libertad , pues al fuero daban este nombre , fuéron primero en busca del marqués de la Almenara , comisionado regio , y asiendo de él , lleváronle á la cárcel , aunque lleno de golpes y heridas , de que murió en breve. Iba acreciendo la alteracion , y llegaron á juntarse hasta seis mil hombres , que fuéron á la Aljafería para devolver á Perez á su cárcel primera. Espantados los inquisidores devuelven el preso ; trece letrados de la ciudad , á instancia de Perez , declaran que fué contrafuero haberle sacado de la manifestacion ; á esto responden los inquisidores con censuras ; los diputados del reino opinan ser las censuras otro contrafuero ; y uno de los cinco lugartenientes del justicia mayor es desterrado por haber dado su voto á favor de los inquisidores. Los síndicos de la ciudad escribieron al rey para que enviase gente á fin de evitar mayores daños , á lo que contestó que luego daria respuesta.

Y en efecto , aprestábase para darla , muy contento de que la casualidad ó una habilidad superior le hubiesen traído las libertades de Aragon al deseado campo de batalla , y fangoso terreno en que queria sepultarlas. Murió en esto el justicia mayor Juan de Lanuza , y sucedióle en el cargo un hijo suyo , del mismo nombre , aunque de pocos años y dé-

biles hombros para tan recios temporales. El virey, los jueces reales y los inquisidores reunidos, hecho algun alarde de fuerza, y pareciéndoles que enfriados los ardores del primer arranque, no era ya temible ningun alboroto; con gran solemnidad y aparato, y como si se preparasen para una fiesta, fuéron en masa á 24 de setiembre á sacar al preso de la cárcel de la manifestacion, y devolverle á los inquisidores. Hiciéronlo, y le entregaron junto con su compañero Mayorini, y á ambos los metieron en un coche. Pero de repente acude un tropel de gente armada, disparan á diestra é izquierda; y á los oficiales y caballeros, y á los familiares del santo oficio que resisten, los dejan cadáveres, y ponen en libertad á Perez y á su compañero. El clero, vista la sangre que corria, y la exaltacion de la gente, sacó en procesion las venerandas formas y las imágenes, y á duras penas pudo restablecer en la ciudad la calma.

El rey vió llegada su hora, y reunidos en Ágreda doce mil infantes y dos mil caballos, con pretexto de juntar gente para hacer entrada en Francia, puso aquella fuerza y una numerosa artillería al mando de don Alonso de Vargas: y y aunque vaciló al principio, luego dió órden terminante de que fuése contra Zaragoza. Y fué notable que los mas fieros promovedores de la alteracion se fueron ausentando y desapareciendo; y los buenos aragoneses, que habian sido espectadores de los alborotos, fueron los que clamaban diciendo que la entrada de las tropas en Aragon era el verdadero contrafuero. Del mismo parecer fué el justicia mayor, y decia que se apoyaba en las leyes que no habian sido derogadas; por lo que dió órdenes para rechazar á mano armada la fuerza. No fué obedecido. La juventud aragonesa, en cuyos brios hubiera podido descansar, peleaba por la

España, léjos de su patria. Las libertades de Aragon, minadas en sus cimientos, iban á desplomarse, levantando solo ruido y polvoreda. Muchos las aclamaban en alta voz, y por debajo de cuerda las vendian. Perez, encendió el fuego, huyó á Francia medroso de chamuscarse, sin aliento para dar la vida por los que por él habian expuesto las suyas. A don Alonso de Vargas, para ocupar la ciudad, le bastó mostrarse. Rotos y conculcados quedaron los fueros de los aragoneses. Aquellas instituciones venerables, objeto de la admiracion en su mayor parte de propios y de extraños, zapadas en todos sus baluartes, y combatidas con armas alevosas, perecieron, nó como las de Castilla en un campo de batalla, sino silenciosa y friamente. Vargas procuró tranquilizar los ánimos con palabras melosas, hasta que infundida confianza en las víctimas que deseaba haber á manos, las vió en su poder maniatadas. El justicia mayor fué preso de esta suerte, y ajusticiado sin formacion de causa, y su casa derribada, como para significar que en él se daba el golpe de gracia á la justicia.

« En recibiendo esta, habia escrito Felipe II á don Alonso de Vargas, prendereis á don Juan de Lanuza, justicia de Aragon, y tan pronto sepa yo de su muerte como de su prision; haréisle luego cortar la cabeza, y diga el pregon así: Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este caballero, por traidor y convocador del reino, y por haber levantado estandarte contra su rey; manda le sea cortada la cabeza, confiscados sus bienes, y derribados sus castillos y casas. Quien tal hizo que tal pague. »

El duque de Villahermosa y el conde de Aranda fueron presos y declarados inocentes, cruel sarcasmo, cuando en las cárceles habian muerto: de qué enfermedad, se ignora.

La ciudad de Teruel , que se habia apresurado á dar socorro á Zaragoza , llevó su buena parte en el castigo : en ambas ciudades , muchos fueron los ahorcados , mas los condenados al remo. Sin embargo , habíase publicado un indulto , á la manera de los de Flandes , perdonando á todos , menos á los que fuesen acusados. Un criado acusó á su antiguo amo don Juan de Luna ; y puesto este á cuestion de tormento , á cada dolor , porque le soltasen , fué calumniando á grandes y pequeños , y llevó muchas cabezas al cadalso.

En tanto perdía la España en Flandes las plazas de Blac-kemberg , Turhnout , Westerloo , Zutphen y Deventer , conquistadas por el príncipe Mauricio. Alejandro Farnesio en desquite , puso sitio á la de Knontcembraeger ; acudió Mauricio , destacó contra los españoles alguna fuerza , y lanzándose contra ella diez compañías de caballería , cayeron todas en una emboscada , y sucumbieron. No por esto quiso Farnesio levantar el sitio ; pero obligóle á hacerlo una órden terminante del rey que le mandaba prepararse para hacer nueva entrada en Francia. Súpolo Mauricio , y cayendo sobre las plazas de Hulst y de Nimega , apoderóse de ellas en breves dias : que así por ir Felipe á la caza de fantasmas en Francia , perdía en Flandes provincias enteras.

Los ingleses , suspirando siempre por la posesion de las flotas españolas de Indias , enviaron una armada á las Azores para esperarlas. Pero fué allá don Alonso de Bazan con sesenta naves , y se compuso de manera que los ingleses creyeron ver en él la deseada flota ; y al acometerle , cargó sobre ellos reciamente , apresó su capitana , destruyó algunos buques , y ahuyentado el resto , despejó el camino para que llegasen sin quebranto los convoyes de las Indias Occidentales : que fué un hecho de armas esclarecido.

En Ubeda , á 14 de diciembre , acabó sus dias el ilustre Juan de la Cruz , auxiliar de Teresa de Jesús en la reforma de los carmelitas , y dechado de virtudes cristianas , que le pusieron mas adelante en los altares.

El nuevo papa Gregorio XIV no tuvo largo pontificado , pues terminó su existencia á 15 de octubre. Catorce dias despues fué elevado á la tiara Inocencio IX , que no hizo tampoco mas que cruzar por el Vaticano , y dormirse en la paz del Señor , á 30 de diciembre : como si los pontífices , visto lo turbio de las ciénagas terrestres , las abandonasen presurosos por ir á donde enmudecen las iras , y son puros los ambientes.

CAPITULO XXXVII.—Nueva campaña de Francia á favor de la liga. Cortes de Tarazona.
Año 1592.

Alejandro Farnesio hizo nueva entrada en Francia con no menor ni menos aguerrido ejército que la vez pasada. A la verdad los negocios de la liga empeoraban en aquel poderoso reino , ya porque Enrique de Borbon poseia aquella flexibilidad de carácter que tan bien sienta en los gobernantes , y ya tambien porque los de la liga tenian que apoyarse en el extranjero para llevar adelante sus miras. Y Felipe , su auxiliar acérrimo , llevaba fijo el ojo en la convocacion de los estados generales , para que procediesen á la eleccion de rey bajo la presion moral de sus tercios , y aspiraba , ya que no pudiese ocupar la corona de Francia , desmembrarla al menos de la de Bretaña , que decia tocar á su hija la infanta doña Isabel Clara Eugenia , habida en su tercera esposa Isabel , hermana de los últimos difuntos monarcas franceses. Por lo que , de parte de la liga , no esperaban los franceses otra cosa que la pérdida de la nacionalidad

DESASTRE DE LA ARMADA INVENCIBLE.



á que eran tan afectos, ó ver hechas tirones las provincias de la monarquía. Juntóse Farnesio con los de la liga, formando un ejército de treinta y un mil hombres, los seis mil de caballería, y ocupó por punto de apoyo en caso de retirada la fortaleza de La Fere.

Tenia Enrique de Borbon puesto sitio á la importante ciudad de Ruan, y fué contra él Farnesio para salvar la plaza. El primer choque sostúvole el monarca francés en persona con parte de su caballería, pues se habia adelantado para reconocer por sí mismo el ejército de su contrario; pero fué arrollado y herido. Instaban los de la liga á Farnesio para que sacase partido de su ventaja; á lo que respondió que no podia creer que fuese un gran general, sino un mero capitán de lanceros el que habia sostenido aquella escaramuza. En esto los de Ruan hicieron una vigorosa salida para tener á raya los ímpetus de los sitiadores, y Farnesio pudo meter en ella un refuerzo de ochocientos hombres escogidos, mientras iba sobre la plaza de Rue á petición de los franceses. Restablecido Enrique de la herida recibida, estrechó mas fuertemente el sitio de Ruan, y ya fué necesario que Farnesio acudiese con el grueso de sus tropas. Hízolo, sin que Enrique se atreviese á hacerle frente, y libertada Ruan entró en ella poco menos que en triunfo. No se durmió sobre este lauro, antes hizo luego movimiento contra la plaza de Caudebec. Delante de ella, mientras daba sus disposiciones, una bala le entró por el codo, y por entre carnes fué corriéndose hasta el puño; causa de agudos dolores, así para la extracción como para las curas sucesivas: pero se mostró para resistir los sufrimientos físicos tan inmutable como para las pesadumbres que le venian acibarando la existencia. Rindióse Caudebec. Y Farnesio,

bien fuese un olvido , ó bien que á causa de su herida hubiese encomendado el caso á algun otro que fué remiso , ganada la ciudad , encontróse con que habia descuidado el asegurarse una retirada desde la posicion que ocupaba. Formaba esta una especie de península metida entre el Sena que es allí muy caudaloso , y da una vuelta para internarse en el Océano.

Enrique habia tomado posiciones y atrincherádose de una manera formidable para cerrar á Farnesio el único punto de salida que no fuese por agua. Conoció Farnesio lo difícil del trance ; pero tomando un partido , supo mostrarse digno de sí propio y de sus altos hechos. Entretuvo á Enrique con continuas escaramuzas y embestidas , dándole siempre á entender que se preparaba para acometerle ; y preparadas en tanto gruesas almadías , burló á su contrario en la noche del 20 de mayo , cruzando el Sena con todo su ejército : que así el genio y la sangre fria triunfan de los mas grandes obstáculos. Esta fué la última accion brillante de su gloriosa carrera , vivó resplandor que su estrella dió antes de eclipsarse completamente. De vuelta á Flandes , achacoso , débil y rendido , tuvo que atender á su salud , mientras Mauricio se apoderaba de las importantes plazas de Governen y Steenwick. Escribió al rey pidiéndole que se dignase concederle el retiro. Felipe le envió para sucederle en Flandes al marqués de Cerralbo , que tuvo la desgracia de morir en Palamós cuando iba á embarcarse para Italia ; y con la nueva nombró en su lugar el conde de Fuentes que ya habia ejercido en Portugal un mando importante : pero á Farnesio , á pesar del mal estado de su salud , mandóle entrar por tercera vez en Francia. Obedeció el general , aunque no podia ; y llegado á Arras dióle un accidente que pu-

só fin á sus dias. Así desapareció de la escena, cuando mas en ella prometia, uno de los mas grandes capitanes de aquel siglo tan fecundo en varones eminentes. En él no se supo quien fué superior, si el militar ó el hombre de gobierno, en ambas cosas aventajado gefe. Uno de sus mas puros títulos de gloria consistió, en cuanto de él dependia, en hacer adelantar siempre la fuerza al lado de la moderacion y la justicia, diciendo que la primera, aislada, pertenece á los brutos, y hermanada con la segunda y la tercera es un don de la divinidad enaltecido. Es inútil decir que el rey siguió rara vez ó casi nunca sus consejos. Por lo que aquel noble corazón se deshizo llegado apenas á los cuarenta y ocho años.

El contragolpe de la entrada de los españoles en Francia, se hizo sentir en Aragon y en Cataluña; pues Enrique quiso tambien llevar la guerra á España, amparando y armando á los aragoneses que habian abandonado sus hogares, y haciéndolos entrar en Aragon seguidos de algunos centenares de berneses. Internáronse por el valle de Tena y Santa Elena, y entrando en Viescas pusieron el pueblo á saco. No fué feliz la empresa, pues acudiendo gente de varios puntos fueron vencidos los expedicionarios, y presos muchos con sus caudillos don Diego de Heredia, don Juan de Luna, don Francisco Ayerbe, y don Diego Perez. Don Martin de Lanuza se salvó lanzándose por un despeñadero. Los gefes fueron decapitados; á los demás se dió garrote.

Otra expedicion de quinientos berneses hizo entrada por octubre en Cataluña, llegó á Vinza, retrocedió, y volviendo luego, apoderóse del castillo del Astagel, que luego recobraron los españoles.

—Tenia el rey dadas órdenes para que las córtes de Aragon

se reuniesen en Tarazona, presididas por el arzobispo de Zaragoza, hasta que fuese allá para cerrarlas. Como á preliminar de su viaje concedió perdon general, ejecutadas antes las sentencias capitales, exceptuando de él á Perez, á veinte personas que quedaban presas, á los moradores de Teruel y Albarracin que habian protegido á los zaragozanos, y á todos cuantos el santo oficio juzgase dignos de castigo: con lo que se entendió claro que se llevarian adelante los escarmientos con la mayor sevicia. Por Valladolid, Búrgos, el convento de Estrella, en donde estuvo enfermo unos dias, fué á Pamplona, y jurado el príncipe, y dadas disposiciones para acabar la construccion del castillo, encaminóse á Tarazona. Aprobó los capítulos de córtes que habia hecho redactar él mismo, y en que se anulaban las mas antiguas y equitativas franquicias, y recibió un servicio de setecientas mil libras aragonesas. Pesábanle ya al rey los años y las enfermedades, por lo que los cortesanos ponian mucha atención en los progresos del príncipe. Uno de ellos, el marqués de Denia, le habia entrado á este muy en gracia, y el rey le alejó de su lado, dándole un mando en provincias, á tiempo en que puso casa, y arregló la servidumbre del heredero de la corona.

En estas coyunturas los ingleses, atentos siempre á interceptar las flotas de Indias, apresaron un navío en que venia un rico cargamento. Pero Alonso de Bazan fué con sus naves contra siete navíos ingleses de los que habian hecho la presa, combatiólos, entrólos al abordaje y se apoderó de ellos, añadiendo un nuevo timbre á los preclaros servicios que llevaba ya hechos á su patria la sangre de los Bazanes.

En Barcelona publicaban los concellerses los bandos rela-

tivos á los contagios; mas el gobernador general de Cataluña pretendió que á él le tocaba la iniciativa en esta parte. Los concellers representaron al consejo real para probar que aquella jurisdiccion les competia; y se juntaron las tres salas para entender en ello. La tendencia del poder, destinada á transmitirse, consistia en ir concentrando en un foco todas las atribuciones y las potestades. Borradas ya las franquicias de Castilla, rotas y despedazadas las de Aragón, naturalmente debian las de Cataluña comenzar á ser el blanco de los tiros de los potentados, avanzando unas veces, y retirándose otras con cautela hasta ver las cosas en su punto, y llegado el momento de una agresion que tuviese éxito probable.

El dia 30 de enero habia sido elegido papa Clemente VIII.

Los corsarios ingleses, hecha una excursion al golfo de Méjico, apresaron algunos buques españoles.

El vireinato del Perú fué teatro de graves alteraciones. El establecimiento de la alcabala produjo un general disgusto. En Quito hubo serias revueltas, que al fin apagó con entereza y con prudencia don Pedro de Arana. A Chile tuvo que ir con fuerzas don Alonso de Sotomayor, y penetrar por la fuerza en el valle de Arauco, en donde levantó la fortaleza de San Ildefonso, y en el de Tucapel, en donde tuvo que sostener con sus indómitos moradores unas luchas encarnizadas.

CAPITULO XXXVIII. — Continúa Felipe favoreciendo á la liga francesa. Enrique de Bourbon hace inútiles sus esfuerzos. Año 1595.

Para el gobierno de Flandes no sabia Felipe de quién echar mano, despues de la dolorosa pérdida de Alejandro

Farnesio. Los generales que estaban al frente de las tropas pedían dinero para pagarlas, y por mas representaciones que hacian, les era imposible obtener fondos. El rey, metido en arruinadoras empresas, no hallaba dóciles como ántes á sus prestamistas de Italia. Y todos los tributos con que contaba, y las flotas que de las Indias Occidentales llegaban á los puertos de la península, bastaban apenas para añadir algun combustible á la hoguera encendida en Francia. El conde de Mansfeld recibió el mando interino de aquellas provincias, mientras se enviaba á ellas al archiduque Ernesto para gefe supremo. Tambien fué preciso que Mansfeld enviase á los de la liga francesa un cuerpo auxiliar de seis mil infantes y mil caballos, con cuyo socorro fué tomada la plaza de Noyon. Pero vueltas á Flandes las tropas españolas llegó al mas alto punto su indisciplina por falta de pagas. Todos los dias habia sublevaciones en los tercios; los soldados destituian á sus gefes, nombraban otros á su antojo, y renovaban el degradante espectáculo que presentaba como á esclavos de sus propios sayones á los que por ellos querian gobernar la tierra. Los pueblos que estaban por los españoles se veian, nó una sino repetidas veces saqueados, sin provocacion alguna, y peor tratados mil veces que los que habian resistido al yugo. Mauricio podia obrar á sus anchas. Puso sitio á la importante plaza de Gertundemberg, y ganóla á pesar de todos los esfuerzos hechos por el conde de Mansfeld para impedirselo. El mismo Mansfeld no fué feliz en el sitio que intentó sobre la de Crevecœur, pues Mauricio le desalojó de las posiciones que ocupaba, y obligóle á tomar la defensiva.

No fué solo con tropas de Flandes como socorrió el rey este año á los de la liga. A los capitanes guipuzcoanos, Pe-

dro de Zubiaur y Juan de Lizarza , mandóles que saliesen de Pasages con diez y seis navíos , para ir á amparar la plaza de Blaya , sita en la boca del Garona , á la que las huestes de Enrique de Borbon tenian puesto sitio. Zarparon á 14 de mayo , apresaron de paso cinco navíos mercantes ingleses , penetraron en el Garona , é hicieron levantar el cerco de la plaza. Seis navíos ingleses habian huido á vista de los españoles , subiendo el rio ; mas estos los persiguieron y empeñaron con ellos un mortífero combate. Viéndose la capitana inglesa reducida al último apuro , á vista de los espectadores franceses que llenaban las márgenes del Garona , quiso probar al mundo que los que no temen la muerte son invencibles , y pegado fuego al depósito de pólvora voló formando un momentáneo volcan , cuya ardiente lava destruyó completamente á dos de las naves españolas , cuyos defensores pudieron á duras penas salvarse. Los demás navíos ingleses se retiraron á Burdeos en medio del asombro que habia producido aquella gloriosa catástofe. Entonces , reunidas hasta diez y nueve naves de guerra , intentaron los franceses cortar á los españoles la retirada del Garona ; mas Zubiaur y Lizarza con las suyas rompieron con denuedo por entre sus enemigos , y abriéronse paso para Pasages. Todavía por el camino apresaron otra nave inglesa. Pero alejados los auxiliares de la liga , volvieron los de Enrique contra Blaya , y fué necesario que por segunda vez fué allí Lizarza , echase gente en tierra , sostuviese un encuentro en que perdieron los franceses mas de ochocientos hombres , y libertada la plaza se volviese , nó sin apresar ántes en el Garona una nave francesa.

En esto los de la liga se habian reunido en congreso , al cual envió Felipe como á representante suyo al duque de

Feria, con la pretension de que, abolida por los franceses la ley sálica, pusiesen en el trono á Isabel, infanta de España. Muy mal recibida y peor interpretada fué esta proposicion atrevida, viéndose por ella que nó el celo religioso sino el interés político habian hecho que sostuviese Felipe á los de la liga francesa. Mas no atreviéndose estos á dar al rey una formal negativa, le preguntaron que con quién casaria á su hija Isabel si era declarada reina de Francia. A lo que respondió, que con el duque de Guisa. Pero el de Mayenne, gefe de la liga, deseaba aquel honor para un hijo suyo: nuevo motivo de diferencias y de rivalidades que acabaron de dar al traste con los coligados. En esto fué cuando la abjuracion de Enrique de Borbon, sincera ó política, y su entrada en el gremio del catolicismo, acabó de romper los ya harto flojos nudos que enlazaban á los miembros de la liga. En vano Felipe mudó de resolucion diciendo que casaria á Isabel con el hijo del duque de Mayenne: el mal estaba hecho, y los principales gefes coligados, aunque en lo visible continuaban en sus puestos, secretamente tenian prometida ya su cooperacion al rey Enrique. Natural parecia que en los ánimos de los príncipes católicos, toda vez que por el catolicismo trabajaban, hubiese sido bien recibida la conversion del rey Enrique; mas no fué así, antes Felipe echó el resto viendo á punto de quedar desvanecidas sus mas lisonjeras esperanzas, y acudió á Roma diciendo que si Enrique habia abjurado no era por católico sino por indiferente á toda religion, atendiendo solo á afirmar en sus sienes la corona. A lo cual respondian los franceses que quien atendia solo á sus intereses era el rey católico, pues no era amigo de Roma sino en cuanto obraba el papa á su gusto, pues de nó le oponia las rega-

lías , y aun el mismo tribunal del santo oficio , convertido por él en policía general del reino. Clemente VIII estaba dudoso en el partido que tomaria , y por fin , consultados los cardenales , retardó dar la absolucion al rey Enrique hasta ver si era su abjuracion sincera. Pero como en tales marañas de los potentados , triunfa siempre el que da á tiempo golpes mas decisivos : y como el de Enrique era contundente , la opinion pública le dió por absuelto ; y así dejó burlados á todos sus enemigos. Grande fué la mortificacion que dió á Felipe este resultado ; monarca no tan negado como le han supuesto algunos , que por mero celo religioso prodigase tesoros inmensos y la sangre de sus súbditos para hacer felices á los franceses : queria en verdad ensalzar la religion , pero tambien avasallar la Francia, como habia proyectado avasallar la Inglaterra.

El ejército reunido en Aragon habia vuelto á principios del año á Castilla , dejado antes un numeroso presidio en la Aljafería , cuyo edificio , aunque asiento del santo oficio , quedó de esta suerte convertido en ciudadela : que así , por sus senderos naturales , vino á ser aquel tribunal una irresistible palanca para la conversion en leyes del reino de las voluntades del primer potentado. A la sazón los canónigos reglares de Zaragoza fueron secularizados , y el rey obtuvo del papa que , en la provision de las vacantes , ocho meses perteneciesen al pontífice , cuatro al monarca.

En Sevilla hubo una inundacion terrible , con ruina de edificios y gran destruccion de campos y ganados. Las monjas mínimas de Triana debieron ser trasladadas á la ciudad por el peligro que corrieron.

Un hijo de Muley Mahamet , rey desposeido de Marrue-

cos, se convirtió al catolicismo, y el rey Felipe le consiguió rentas, y le hizo grande de España.

CAPITULO XXXIX. — Va ganando terreno Enrique de Borbon. Mal cariz de las cosas de Flandes. El pastelero de Madrigal, y una de las hijas naturales de don Juan de Austria. Año 1594.

Otro cuerpo de tropas españolas al mando del conde de Mansfeld entró en Francia por Flandes. Constaba de doce mil hombres, con cuyo refuerzo el gefe de las tropas de la liga pudo apoderarse de la plaza de Chapelle. Desquitóse Enrique de Borbon echándose sobre la ciudad de Laon y obligándola á capitular. Habia dentro el hijo del duque de Mayenne, y aunque su padre era gefe de la liga, tratóle con una benignidad y buenos modos que abrió camino para que muchos nobles, depuesto el enojo, viniesen á rendirse ante quien de esta suerte sabia hacerse superior á las humanas venganzas. Las ciudades de Aix, Lion, Orleans, Bougers y otras se declararon por el vencedor generoso. Hízose Enrique ungir solemnemente en la catedral de Chartres, á tiempo que el estandarte de la liga se iba haciendo girones. París, en donde se hallaba el duque de Feria con mil españoles, abrió sus puertas al monarca, y aquellas tropas recibieron salvo-conducto y escolta para ir á la Fere. La cuestion quedaba ya resuelta, los católicos contentos, los nobles en su mayor parte sometidos: faltaba solo que el rey de España se hiciese cargo de los hechos, y dejase abandonada la partida. Enrique le hizo proposiciones de paz; á las cuales Felipe respondió que no podia acceder hasta tener noticia de que la absolucion hubiese salido de Roma; y al mismo tiempo renovó con mayor ahinco sus instancias para que el papa denegase al francés el perdon soli-

citado ; achaques y flaquezas de nuestra condicion , propios de grandes y pequeños. Entonces Enrique , hablando ya en nombre de la Francia , declaró abiertamente la guerra á la España.

Muchos cuidados tenian al rey Felipe en estado de no poder emprenderla con esperanzas de buen éxito. Los negocios de Flandes tomaban de cada dia un cariz mas triste. A 31 de enero habia el archiduque Ernesto entrado en Bruselas para tomar sobre sus débiles hombros el mando de aquellas provincias. Su principio de gobierno habia sido abrir tratos de paz antes de hacer sentir su pujanza ; por lo que los holandeses le contestaron « que preferian á la paz con Felipe la guerra con todos sus horrores , ya que la primera no les habia dado otros frutos que el patíbulo , y con la segunda habian conquistado la independendencia para sí y la seguridad de no ver á sus hijos uncidos al yugo de un tirano ; » respuesta arrogante que no hubiera estado en su punto á no saber los confederados que la España habia ya perdido sus mejores caudillos , y ellos por el contrario tenian en el príncipe Mauricio á un general ilustre. Echóse el gefe holandés sobre la plaza de Groninga , y aunque la defendió bizarramente su gobernador Verdugo , muy luego , formadas baterías , fué batida vivamente , y desmanteladas sus defensas ; y ántes que el archiduque Ernesto pudiese acudir á su socorro , capituló saliendo la guarnicion con todos los honores de la guerra , y entrando los moradores á formar parte de las Provincias Unidas. El 23 de julio tuvo lugar esta pérdida dolorosa para la España. A la sazón el Brabante continuaba siendo teatro de las mas repugnantes alteraciones de parte de las tropas. No bien los españoles y los valones , obtenidos sus atrasos , se habian apaciguado ;

cuando los italianos , aprendiendo en tal escuela , reclamaron asimismo á tiros sus pagas , y sublevados en número de dos mil hombres , apoderados de la ciudad de Sichen , y dados al merodeo que ejercitaban hasta al pié de los reparos de Bruselas , al fin fué necesario venir con ellos á las manos. Acometiólos don Luis de Velasco , mas no pudo destrozarlos , y solo consiguió que se replegasen hácia Tirlément , en donde permanecieron en inaccion un año entero.

En esta coyuntura , los turcos , naturales aliados del francés desde principios del siglo diez y seis , llamaron sobre la Italia la atencion del rey católico , é hicieron en la Calabria algunos desembarcos. La ciudad de Rijoles fué por ellos saqueada y luego entregada á las llamas : á cuya vista los ciudadanos , que la habian abandonado , no sintiéndose con valor para defenderla , volvieron furiosos , sufrido el daño , y cargando sobre los turcos derrotáronlos , y les hicieron buscar en sus naves un asilo ; que si el mismo denuedo hubieran tenido los rijoleses á sangre fria , no hubiera sido su patria pasto de la devastacion y del incendio.

Una desazon doméstica trajo en este tiempo apesadumbrado al rey don Felipe. Habia muerto en Toledo á 22 de noviembre el inquisidor general , cardenal y arzobispo don Gaspar de Quiroga. Deseaba vivamente el monarca que el archiduque Alberto se diese enteramente á la Iglesia ; por lo cual le nombró arzobispo de Toledo , y le llamó de Portugal , cuyo gobierno le estaba encomendado , para que viniese á la córte. Hizolo ; pero en ella , al lado de su madre la emperatriz viuda , manifestó pocos deseos de ver á su grey , y aun escasas disposiciones para ejercer las dignidades del estado eclesiástico. Interioridades de familia que pasan no pocas veces desaperecidas hasta que viene á darlas

relieve alguna imprevista circunstancia. Sin embargo Felipe, acostumbrado á romper por todo tratándose de realizar sus planes, llevólos adelante y pidió al papa las bulas convenientes.

Otro mas grave cuidado vino á afectarle. Entre los religiosos portugueses favorables al prior de Ocrato habia sido uno el agustino fray Miguel de los Santos, á quien Felipe, para alejarle de Portugal, le destinó de confesor á un convento de monjas de Madrigal, en el cual habia profesado doña Ana de Austria, hija natural de don Juan de Austria, habida en doña María de Mendoza. Era una jóven tan sencilla como bella. Vino á establecerse en Madrigal un Gabriel de Espinosa, expósito, tejedor de terciopelos en su primera mocedad, despues soldado alistado para ir á Portugal, y últimamente pastelero, que vivia abarraganado con una linda portuguesa en quien tuvo una niña. Los historiadores de aquellos tiempos cuentan estas malas amistades como cosa comun y ordinaria en aquellos dias. Era Gabriel de Espinosa agudo de ingenio, donoso en el hablar y muy travieso. Fray Miguel le habia conocido en Portugal, y le pareció hombre capaz de llevar adelante una trama biendispuesta. Abriósele manifestándole, segun unos, enteramente sus miras, y diciéndole que si sabia hacer el papel del rey don Sebastian, tenia camino abierto para ocupar un trono, y segun otros, dióla en decirle que se parecia á dicho príncipe, y en contarle la tradicion que le suponía errante por la península, y en afectar dudas de si Espinosa era real y verdaderamente el monarca suspirado. Y esta última esplicacion es mas creible. Ello fué que Espinosa, ya entrase de lleno en el complot, ya fuese víctima de un hombre mas ladino que él y de mas profunda travesu-

ra, vaciló primero, y entró despues en los planes del religioso, abandonándose al viento de la fortuna. Fray Miguel le hizo avistarse con sor Ana, que le recibió como á primo, y como á príncipe gallardo, con quien obtenida dispensa del pontífice, podia algun dia contraer matrimonio; y prendóse de él tan tiernamente, que le hacia continuos regalos, á él y á su niña, de manera que Espinosa pudo dudar en sus adentros si tenia en sí alguna prenda regia. La verdad era que sor Ana no habia entrado en el claustro por propia inclinacion, sino por hija natural de un hombre harto cercano á la familia reinante. En tal estado la trama, escribió fray Miguel con misterioso entusiasmo á sus amigos de Portugal, y algunos vinieron, se arrojaron á los piés de Espinosa, vieron á doña Ana, y tuvieron juntas muy secretas. Los propios que continuamente despachaba fray Miguel llamaron bastante la atencion en la villa. Comenzó el religioso á sentir la falta de dinero para llevar adelante sus proyectos; pero, llegándolo á entender sor Ana, dió sus mejores joyas al que llamaba su primo, para que fuése á Valladolid á venderlas, aprovechando la coyuntura de ser las ferias de san Miguel. Hízolo Espinosa; pero, puesto en Valladolid, y viéndose con dinero, no supo resistir á la tentacion de darse mucho tono, y hasta tuvo la flaqueza de enseñar á una cortesana las joyas que le quedaban. Y ella, ó receló que fuesen hurtadas, y quiso delatarle, ó tenia relaciones con don Rodrigo de Santillana, alcaide de córte, y contó á este lo que le pasaba. Y Santillana, magistrado celoso por un lado, y rival espoleado por el otro, fué en busca de Espinosa, recorrió muchas posadas, pues siempre dormia en una diferente, y al fin dió con él en altas horas de la noche. Preguntóle acerca de las alhajas, á que respondió que

pertenecian á sor Ana, de quien él era el criado; y mientras se averiguaba la verdad, se le puso preso. En esto un propio trajo á Espinosa cartas de sor Ana y de Fray Miguel; abriólas Santillana, y vió con asombro que trataban de majestad á aquel mancebo. Enviólas al rey, y este mandó reducir al momento á prision á sor Ana, á fray Miguel y á todos cuantos cómplices tuviesen. Llevado á cabo el mandato, comenzaron las investigaciones que dieron por resultado la explicacion que llevamos apuntada. El rey Felipe hizo que el nuncio del papa nombrase delegado para juzgar á sor Ana y á fray Miguel; é hizo recaer la comision en don Juan Llanos de Valdés su capellan de honor, y miembro del santo oficio. Espinosa en tanto fué trasladado á la Mota de Medina del Campo para tenerle mas cerca de Madrigal, en donde habian declarado casi todos los testigos.

A 4 de diciembre murió el primer obispo de Filipinas fray Domingo de Salazar, que habia estado en la Florida con don Tristan de Luna.

CAPITULO XL. — Castigase al pastelero de Madrigal. Campaña del conde de Fuentes. Enrique de Borbon es absuelto por el papa. Año 1595.

Seguia sus trámites la causa formada contra el pastelero de Madrigal, y contra fray Miguel de los Santos, y sor Ana de Austria. Al segundo habíanle trasladado á Medina del Campo, porque en sus declaraciones insistia en decir que tenia á Espinosa por tal rey don Sebastian real y verdaderamente, y no podian sacarle de este tema. Sor Ana se habia afirmado en lo mismo, añadiendo que si le trató con cariño fué por el parentesco que con él tenia. Que fué una confusion grande para los que entendian en el caso. El alcalde Santillana, por sí y ante sí solamente, lo que dió mucho

en que pensar, tomó declaración á Espinosa, y dicen que salió parado, pues el pastelero unas veces daba pruebas asombrosas de ser aquel monarca desgraciado, y otras como volviendo en sí y para llevar adelante un plan de misterioso disimulo, respondia con sarcasmo que no tenia padre ni madre conocidos, y que fingia ser el rey Sebastian para vivir á costa de fray Miguel y de sor Ana. Pero puesto delante de testigos para ratificarse en lo postrero, divagaba con tal estudio que hacia entrar la duda en los que le escuchaban; momentos hubo en que tomó el tono de majestad ofendida, y otros en que de palabra decia ser un mero pastelero, y lo desmentia con el gesto. Vuelto fray Miguel á Madrigal, llevaron tambien á Espinosa para carearle con él y con sor Ana. Otras personas fueron presas, ya por haber servido de propios al religioso, ya porque en sus deposiciones, ó no se explicaban bien ó eran mal interpretadas sus palabras sencillas. Al fin mandó el mismo rey Felipe, juez y parte en el asunto, que pusiesen á cuestion de tormento á fray Miguel y á Espinosa. Resistió el primero algun tiempo los mas agudos dolores, mas al fin porque le soltasen vino en decir que todo habia sido una farsa; y el segundo, sabida la confesion del primero, la ratificó en todo; con la diferencia de que preguntado el primero qué hubiera hecho de Espinosa una vez apoderado del reino, dijo que le hubiera muerto para entronizar al prior de Ocrato, y el segundo pareció significar que con fray Miguel y sin él hubiera reinado, una vez conseguida la corona. Llegado el caso de dar sentencia, ablandóse la justicia con sor Ana por ser quien era, y fué trasladada á un convento de Avila, de donde mas adelante olvidado el negocio, dicen que pasó de abadesa al de las Huelgas de Burgos. Creyeron algunos

que, perdonada sor Ana, y no habiendo llegado la trama á mayores, pudo el rey Felipe, ensanchado el pecho, haber indultado á dos miserables criaturas: pero en el corazón del monarca no cabia la grandeza del olvido; y aunque tuvo formada siempre muy alta idea de Dios, no pudo comprender jamás sus inmensas misericordias, si ya no se adopta la opinion de los que escriben que la general depravacion de costumbres de aquel siglo hacia necesarios los mas terribles é incesantes escarmientos. Espinosa fué condenado á ser arrastrado, ahorcado y descuartizado. Santillana hizo que un jesuita le insinuase la sentencia y luego se la notificase un secretario; pero entró en tal furor al oirla, que no parecia sino ser el propio rey don Sebastian que se quejaba de ser víctima de la mas atroz perfidia. Dijo que apelaba; y observándole que solo ante Dios apelar podia, respondió que esta era la apelacion que interponia. No se denegó á morir como buen cristiano; pero á lo mejor soltaba como ensimismado unas expresiones tan misteriosas y ambiguas, que á los mismos padres que le estaban auxiliando asombraban. Ejecutóse su sentencia á 31 de julio. Fray Miguel fué trasladado á Madrid, degradado, entregado al brazo secular, y ahorcado á 19 de octubre. Subió al patíbulo con cristiana resignacion y entereza.

En los Países-Bajos habia muerto tempranamente el archiduque Ernesto, sucediéndole en el gobierno el conde de Fuentes, que en realidad durante su mando habia sido ya gobernador de hecho. Habíase Fuentes mostrado muy dispuesto á resucitar la política del duque de Alba, y ya habia aconsejado y tenido parte en la publicacion de un edicto en que se mandaba matar á cuantos prisioneros se hiciesen, y llevar la guerra á sangre y fuego. Conmovióse el

país al saber que volvian á estar en boga unas detestables máximas que parecian ya echadas al olvido ; los nobles flamencos que servian en las filas de los españoles , hecha dimision , se alejaron ; los confederados amenazaron con terribles represalias ; y como tenian mas prisioneros que los españoles , acabó el edicto por ser solo un monumento vano , y muy negro , de la sevicia de sus redactores. Discípulo de Alba el conde de Fuentes tocante á la dureza , fuélo tambien en órden á la disciplina. Restablecióla en el ejército , y la puso en muy alto punto durante su mando. Luego tuvo ocasion en que dar muestra de sus talentos militares. Enrique de Borbon habia prohibido á sus súbditos todo trato y comunicacion con los españoles , y hecho alianza con los holandeses , quienes acometieron primero el Luxemburgo , y siendo rechazados por el cuerpo de tropas que allí mandaba Verdugo , llevaron la guerra al Brabante. En desquite llevó el conde de Fuentes sus tropas á la Picardía y se apoderó de Chatelet. Encaminóse en seguida á Ham , y un tal Gomeron , gobernador de la plaza , se la vendió en veinte mil escudos , y le prometió que su hermano Orvillers , que ocupaba el castillo , se lo venderia asimismo ; mas este , indignado , no quiso ; y Fuentes , lleno de ira , condenó á Gomeron al último suplicio : negra accion con que castigó una mas negra felonía. El conde se puso luego sobre la plaza de Durlens ; y aunque Villars á la cabeza de la infantería francesa quiso socorrerla , fué destrozado ; y los de la poblacion , que habian hecho una salida , volvieron á ella derrotados ; y estrechada la ciudad , ganóla Fuentes á viva fuerza , dia 31 de julio , pasando su guarnicion á cuchillo. Dirigióse entonces el conde contra la plaza de Cambray , defendida por tres mil seiscientos hombres , y á

pesar de ser difícil y aun arriesgada la empresa , batióla reciamente , y fué para él una fortuna que los habitantes desearan descartarse de la dominacion del gobernador que tenian , pues le abrieron las puertas con las condiciones que admitió gustoso de que los soldados no harian en la ciudad el menor daño , de que el arzobispo tendria jurisdiccion en la ciudad como antiguamente , y los habitantes conservarían sus privilegios de otros tiempos. Y mientras llevaba adelante esta campaña el conde de Fuentes , resistia en Flandes á los confederados el general Mondragon , que contaba ya noventa años , los cincuenta de servicios prestados en los Países Bajos : valiente y aun arrojado , sin que jamás hubiese recibido ni la mas leve herida. Sus servicios de este año fuéron los postreros. Con mucha prudencia y maestría supo resistir y tener á raya al príncipe Mauricio ; hizole levantar el sitio que á la plaza de Groll tenia puesto ; despues , junto al Lieppe , se mantuvo á su vista , atento á sus menores movimientos para desbaratarlos. Un dia destacó un cuerpo de soldados para que forrajeasen , dándole suficiente escolta ; mas luego , temeroso de que Mauricio les armase una emboscada , puso alguna caballería al abrigo de un bosque para cualquier evento. Sucedió como lo temia : cebóse Mauricio en la escolta de los forrajeadores ; pero sus soldados cayeron en la celada de Mondragon , y murieron en ella trescientos : terminando así dignamente su carrera el Nestor de los soldados españoles.

Otra campaña hizo contra los franceses , además de la del conde de Fuentes , don Luis de Velasco , dirigiéndose con diez mil hombres por el Franco Condado contra la Borgoña. Pero el mismo Enrique de Borbon fué contra él con mil ochocientos hombres escogidos , acometió su vanguardia,

é hízole cruzar el Saona y tomar posición junto á la ciudad de Gray. Allí intentó en vano sacarle de sus líneas, aunque para ello devastó el Franco Condado, por lo que se encaminó Enrique á las fronteras de Flandes; y fué á tiempo que obtuvo de Clemente VIII á 16 de setiembre, á pesar de las influencias y contrariedades del rey católico, la deseada absolución pontificia, que hizo publicar solemnemente en su reino, y acabó de esparcir hechos pedazos los cimientos de la liga.

La muerte del archiduque Ernesto, aunque circunstancia imprevista y dolorosa, vino á dar un sesgo muy diferente del que tenía al negocio del nuevo arzobispo de Toledo. El rey Felipe, que sabía aprovechar al vuelo las ocasiones, nombró al archiduque Alberto gobernador de Flandes, pensando dar un corte á lo del arzobispado, y le hizo depositario de los mas amplios poderes. Con ellos, á fines de agosto, por Barcelona, Génova, Saboya y la Lorena, se dirigió á los Países Bajos.

Llamaron este año la atención pública unos famosos hallazgos de antiguallas en las cercanías de Granada. En la cuesta llamada de Valparaiso, cavando unos campesinos hallaron una plancha de plomo en que se leía un aviso de existir por allí el cuerpo de un santo quemado. El arzobispo de aquella ciudad, don Pedro de Castro y Quiñones, hizo registrar las cuevas de aquellos contornos y fueron halladas otras dos planchas, parecidas á la primera; y en una se leía que estaba allí el cuerpo de san Meliton, ó Mesiton, martirizado por Neron; y en la otra se decía que, reinando el mismo emperador, habían sido martirizados san Tesifon y san Iscio. Hechas muchas excavaciones, descubrióse entre cenizas y carbon un esqueleto, una pierna y

un pié. Diéronse sobre esto los anticuarios un célebre combate, y levantóse una gran polvoreda. Unos ponian á las nubes el hallazgo; otros decian que era aquello una confusa mezclanza, hecha por algun ignorante muy ladino, ó por algun devoto muy tonto; de suerte que para dar treguas á los combatientes fué necesario esperar de Roma una decision que tardó ochenta y siete años, y fué contraria á los primeros. Imputóse la falsedad á don Luis Francisco de Viana Bustos, que habia defendido la importancia de aquellas supuestas antigüedades bajo el anagrama de Cecilio Santos Urbina y Dufusa.

A 25 de noviembre el papa declaró catedral la iglesia colegiata de Valladolid. Don Bartolomé de la Plaza fué su primer obispo.

El de Cuba, fray Antonio Diaz de Salcedo, visitó la Florida como parte, segun dicen, de su diócesis, mientras los religiosos franciscos procuraban bienquistarse con los indios para que entre ellos renaciese la antigua confianza que en los españoles tenian puesta.

En 5 de noviembre don Gaspar de Zuñiga, Acevedo y Fonseca, tomó posesion del vireinato de Nueva España.

Este año los holandeses, tanta era la seguridad que les inspiraba ya la independenciam de su patria, comenzaron á probar fortuna por mar contra las Indias españolas, aunque al principio no fueron muy afortunados.

CAPITULO XLI.—El archiduque Alberto llega á Bruselas. Toman los españoles la plaza de Calais. Sorprenden los ingleses la de Cádiz. Nuevo desastre marítimo. Año 1596.

Junto con los estragos del tiempo y de las enfermedades, iba experimentando Felipe los rigores de la suerte. Combatíanle por todas partes unos bravos temporales. Enemistado

con los holandeses y los ingleses que ya tenían fama de ser los mejores marinos, mal visto de los franceses que iban aprendiendo delante de los tercios españoles el arte de vencerlos, y por su inflexibilidad poco estimado de las demás naciones, conoció que comenzaba á serle gravosa la existencia, precisamente cuando iba á legar á sus sucesores un imperio robusto en la apariencia, mas débil en sus nervios, minado por las enfermedades, la deuda pública, resultado de empresas y guerras ruinosas y de la despoblacion debida á la dureza de los potentados, y hostigado incesantemente por enemigos encarnizados. Mirando Felipe tristemente al porvenir, procuraba que su hijo asistiese al despacho, inculcábale la laboriosidad, y tenia tambien el sentimiento de conocer que ese hijo no habia nacido para el gabinete, y pensó en casarle con una hija del archiduque Carlos. Al mismo tiempo, convencido ya de que su hija doña Isabel no llegaria á ocupar el trono de Francia, proyectó casarla, obtenida dispensa pontificia, con el arzobispo de Toledo, el archiduque Alberto, ya gobernador de Flandes, cediéndola la soberanía de los Países-Bajos. Mostrábase Alberto mas buen general que celoso prelado. Habia á 10 de febrero entrado en Bruselas, en donde el conde de Fuentes le hizo entrega del mando y partió para España. Muy luego pusieron los franceses á prueba la habilidad del archiduque. Reunido un poderoso ejército encaminóse el rey de Francia contra la plaza de La-Fere, sitióla, combatióla reciamente, y ganóla por capitulacion á 19 de mayo. No habia podido juntar el archiduque Alberto mas que diez y ocho mil infantes y tres mil doscientos caballos; y pareciéndole poca fuerza para salvar la plaza de La-Fere, siguió el consejo de un francés llamado Ron, y se echó sobre la importan-

te plaza de Calais. Adelantóse Ron , y se apoderó de dos fuertes, de los cuales el uno defiende la entrada del puerto y el otro los aproches de la plaza por tierra. Siguió Alberto con el grueso del ejército , y tomados por asalto los arrabales , y luego ocupada la ciudad á viva fuerza , obligó á los franceses á buscar en la ciudadela un refugio. En vano el rey de Francia , por medio del gobernador de Bolonia , hizo penetrar en la ciudadela trescientos hombres esforzados. Alberto dióla un asalto , y fué rechazado ; pero volviendo á la carga , penetraron sus soldados en el fuerte pasando su guarnicion á cuchillo. A la toma de Calais , que fué muy celebrada , siguióse á pocos dias la de Ardres , con lo que dió Alberto por terminada su primera campaña de Francia. Vuelto á los Países-Bajos emprendió la conquista de la isla y plaza de Hulst , rodeada de canales , cuyo territorio los holandeses habian inundado casi enteramente. Mas los españoles cruzaron el canal , rechazaron á los holandeses que los habian acometido con ímpetu , se fortificaron en la isla , y luego embistieron tan reciamente la plaza de Hulst , que obligaron á sus defensores á rendirse , dia 18 de agosto. No fueron tan afortunados los españoles en los lindes del sur de Flandes , en donde un cuerpo mandado por el marqués de Varambon fué completamente destrozado por los franceses.

Una expedicion inglesa vino á poner mal reverso á la fama ganada por los españoles bajo los muros de Calais. De-seosa Isabel de Inglaterra de llevar adelante sus planes contra el rey de España , entendióse con los holandeses y el rey de Francia , y puso en la mar una formidable escuadra compuesta de noventa grandes navíos , y otros tantos buques menores , parte ingleses , salidos de Plymouth y Douwres , á primeros del mes de junio , y parte de los puertos

de Holanda y de los de Francia. Era almirante de la escuadra lord Howard; gefe de los holandeses el conde Luis de Nassau; y general de todas las tropas de desembarco, que consistian en mas de veinte mil hombres, el conde de Essex. La armada hizo rumbo á Cádiz, á cuyas aguas llegó en los últimos dias del mes de junio, de fatal recordacion para la isla gaditana. En su bahía se encontraban diez y ocho galeras, ocho galeones, tres fragatas y treinta y seis navíos, ricamente cargados y á punto de zarpar para las Indias Occidentales. Todos estos buques fuéron colocados en la boca de la bahía para defender su entrada. Acometiólos la armada inglesa, y sostuvieron un desigual combate por espacio de tres horas; lucha desastrosa, cuyo término fué la destruccion completa de las sesenta y cinco naves españolas: unas fuéron ganadas al abordaje, otras vararon, otras flotaron abandonadas, y luego saqueadas por el enemigo, y entregadas á las llamas. Y aprovechando los ingleses el ardor del primer triunfo, metidos en lanchas comenzaron á echar desde luego mucha tropa en tierra, sin que les fuése opuesto otro obstáculo que la acometida de alguna gente advenediza, que se desbandó á los primeros tiros, y el esfuerzo de algunos valientes religiosos que sacrificaron su vida por la patria. Los gaditanos se refugiaron al convento de San Francisco unos, al castillo otros, y algunos al fuerte de San Felipe. Todos se rindieron al mismo dia, ó el siguiente. La ciudad fué entrada á saco, profanados los templos, destrozadas y hechas objeto de irrision las imágenes, y desnudados los hombres y las mujeres hasta que daban todas sus alhajas y metales preciosos. Al fin, consumada la devastacion, contuvo el conde de Essex el desorden y los excesos de sus tropas, castigando á uno de sus

soldados con el último suplicio. Hasta el día 16 de agosto permanecieron los ingleses dueños de la ciudad y de la bahía; y allegado dinero, géneros y metales, y embarcado un botín que algunos estiman en muchos millones de ducados, y dada la ciudad á las llamas, zarparon nuevamente para volver á Inglaterra con la presa. Todavía cinco dias despues desembarcaron en Faro, ciudad del Algarve, saqueáronla, diéronla á las llamas, y sembrada la consternacion en otros lugares, desaparecieron. Cádiz pareció haber quedado borrada del mapa. Fué necesario ofrecer privilegios y franquicias á los que la repoblasen y reedificasen, rehaciéndola con el tiempo de una pérdida calculada en veinte millones de ducados. Muchas poblaciones de la Andalucía se habian apresurado á enviar su contingente de tropas y á levantar milicias para acudir al socorro de los gaditanos, pero la sorpresa fué tan imprevista y la defensa tan breve, que ningun auxilio pudo llegar á tiempo. Jerez envió cinco compañías y treinta caballos; pero el corregidor del Puerto de Santa María se detuvo cuatro para la defensa de su pueblo, y solo una compañía entró en Cádiz. De Sevilla salieron setecientos arcabuceros y seiscientos caballos con que el duque de Medina Sidonia fué formando un cuerpo de ejército. Además determinaron los sevillanos á 30 de junio formar un batallon de veinte y cuatro compañías de infantería de milicia urbana, que muy en breve comenzaron á ejercitarse en el campo de la Tablada los dias festivos; y pensóse en perpetuar esta milicia, pues la antigua que tuvo la ciudad, debilitada por el tiempo y por el sitio de la península, necesitaba ya nuevas formas.

Sabidas tan tristes novedades, tomó esta vez el rey mas bien consejo de la ira que de la prudencia, é hizo apres-

tar una armada de ciento veinte y ocho navíos y catorce mil hombres, no ménos fuerte que la llamada Invencible; y se empeñó en que saliese á la mar por el mes de octubre. Acometióla un recio temporal á dia 27, dispersóla, y echó á pique cuarenta navíos, sin que sus tripulantes pudiesen salvarse: consumándose de esta suerte este año uno de los mas espantosos desastres marítimos de que se tiene noticia; si á él se agrega el sufrido en la bahía gaditana.

Y mientras esto pasaba en los mares y en las costas de la península, Drake con veinte y siete navíos habia pasado á las Canarias, sembrado en ellas la alarma, encaminándose á Puerto Rico en donde hizo un amago de desembarco, cebándose en las naves mercantes que encontraba, y al fin caido sobre la ciudad de Nombre de Dios, que ocupó y entregó al saqueo. Habian huido al principio los habitantes; pero vueltos en sí de la sorpresa, arremetieron contra los ingleses y les obligaron á reembarcarse. Drake hizo rumbo á Portobelo, que tambien puso á saco. Pero á la sazón diez-mó á los ingleses una enfermedad de cámaras, de manera que tuvieron que quemar cuatro buques por falta de tripulantes. El mismo Drake, terror de las naves españolas, y de los habitantes costaneros de la península, fué víctima del contagio. Continuó su sucesor en el mando recorriendo las Antillas; pero una armada española, compuesta de veinte y un navíos, salida de los puertos de España, al mando del almirante don Juan Gutierrez de Garibay, y del general don Bernardino de Avellaneda, siguió á la inglesa, acometióla, y la apresó dos navíos: y dispersada la armada inglesa, y víctima á la vez de las enfermedades, de la persecucion y de las tormentas, solo ocho navíos de los veinte y siete pudieron volver á Inglaterra. Avellaneda, ahuyen-

tados los ingleses , volvió á la península con un convoy en que venian cuatro millones de ducados. Panamá se vió tambien amenazada de un desembarco de ingleses. La Trinidad fué víctima de la rapacidad de tan molestos huéspedes. Otro inglés , Guillermo Parker, la víspera de Pascuas, echó gente ante Campeche , cuyos habitantes huyeron ; mas vueltos del espanto , dieron sobre el enemigo , y le obligaron á retirarse , aunque ántes saqueó un navío en que encontró cinco mil libras de plata en barras.

Si á este cúmulo de desgracias añadimos el cuadro desconsolador que ofreció la ciudad de Santander primero , y luego otros pueblos , y la misma córte , víctimas todos de una peste desoladora , tendremos una idea de la amargura que debió acibarar los últimos años de la existencia del rey Felipe. Ya deseaba firmar paz con Francia para quitarse de encima uno de sus enemigos ; y al efecto hizo inclinar al papa Clemente VIII á que enviase para tratar de ella como cosa de propio impulso , un legado á Francia y otro á España.

Las montañas situadas entre el Rio de la Plata y Charcas fueron este año teatro de los esfuerzos que hizo con éxito don Pedro de Ulloa para sujetar á los indios que se defendian en ellas , ayudados de la aspereza del terreno.

Por este mismo tiempo don Álvaro de Mendaña , y nó Mendoza , como dice erróneamente algun escritor caracterizado , hacia su segundo viaje al mar del Sur , esta vez acompañado de don Pedro Fernandez de Quirós. Ya en 1567 habia hecho Mendaña su primer viaje ; y la relacion antigua que de los dos existe escrita por el mismo Quirós , teniendo á la vista un manuscrito del piloto Hernan Gallego, merece ser consultada , pues establece y funda la prioridad

de dos siglos que llevaron los españoles á los ingleses y á los franceses en la exploracion del Océano Pacífico, y en el descubrimiento de la famosa Taiti.

A Cuba pasó de gobernador don Juan Maldonado Barriónuevo.

CAPITULO XLII. — Cómo trataba el rey á sus acreedores. Toma y pérdida de Amiens. Pérdidas en Flandes. Nuevo desastre maritime. Año 1597.

Varios historiadores nacionales mencionan otro corte de cuentas hecho este año por el rey don Felipe con sus acreedores; corte que estos hubieron de consentir para evitar mayores males. Dijoles el monarca, que habiendo sido víctima de sus usuras, pues en lo que le habian adelantado sobre las rentas del reino, habian hecho ganancias asombrosas, á lo que él habia tenido que consentir espoleado de la necesidad, era consiguiente que ahora se contentasen con no haber perdido el capital y evitar los castigos que por su codicia merecian. Esta manera de deshacerse de los acreedores no fué invencion del rey don Felipe: á los judíos se les trató antiguamente del mismo modo; y los bajás turcos habian dado ejemplo de idéntica interpretacion de la justicia. Pero como el rey necesitaba mas adelantos sobre las rentas, no pudo hallar quien se lo hiciese: poderoso estímulo para que desease terminar cuanto antes sus diferencias con la Francia por medio de un tratado de paz que los legados pontificios iban preparando.

Estando en estos preliminares, sucedió que un vecino de Amiens, desterrado de la ciudad, fué á Durlens y dijo al gobernador español de esta plaza Hernan Tello Portocarrero, que le seria fácil sorprender la de Amiens por el descuido y poca fuerza con que la tenian guardada los france-

ses. Asegurado Tello de la verdad de esta confidencia por medio de un emisario, avisó al archiduque Alberto, quien puso á sus órdenes hasta tres mil hombres sacados sin aparato de los presidios de las plazas cercanas. Salido de Durlens á 10 de marzo, hízose preceder por diez y seis soldados vestidos de aldeanos y cargados con sacos de nueces y cestos de manzanas, y detrás de ellos un carro cargado de heno. Estando en la puerta de Amiens, alguno de los de los sacos y cestos resbaló de intento, y provocando á risa á los de la guardia hizo que acudiesen á recoger las nueces y las manzanas esparcidas por el suelo. En esto el carro se detuvo naturalmente en la misma puerta impidiendo cerrarla, y sacando de entre el heno los soldados las armas que traian ocultas, y acudiendo la gente que tenia Tello apostada muy cerca, la ocupacion de Amiens y su saqueo fueron en breve tiempo consumados. Sintió vivamente el rey de Francia esta pérdida, y antes de dar oídos á ninguna proposicion de paz, quiso recobrar la plaza. Envió contra ella al mariscal Biron, y luego reunidas mas fuerzas él mismo fué allá para estrechar el sitio. Fué batida reciamente Amiens, y distintas veces asaltada; mas Tello la defendió con un valor y entereza grandes, rechazando las impetuosas embestidas de los franceses, haciendo continuas salidas y consiguiendo que ni un momento pudiesen las baterías enemigas acallar sus fuegos. Pero á 4 de setiembre, despues de una brillante defensa que duró seis meses, estando Tello en la muralla entróle una bala por debajo del brazo y le dejó cadáver: que fué para los sitiados una pérdida lamentable. Habia á la sazón el archiduque Alberto acudido al socorro de la plaza con veinte mil infantes y cuatro mil caballos; pero perdida una mo-

mentánea y fugaz coyuntura que se le ofreció para dar batalla al francés con esperanza de ventajas, ya no pudo venir con él á las manos y tuvo que retirarse á fines de setiembre : aunque algunos creen haber sido muy voluntaria su retirada , y para dar á Enrique en la toma de Amiens el gusto que apetecía antes de tratar de paces como deseaba el rey don Felipe. Ello fué que los de la plaza que habian elegido por gefe, muerto Tello , al marqués de Montenegro don Gerónimo Carrafa , capitularon consintiéndolo Alberto, obtenidos todos los honores de la guerra. Presenció Enrique la entrega de Amiens , y los oficiales españoles obtuvieron de él una especie de besamanos, en que les dijo muy satisfecho, que contaba muy en breve tenerlos por amigos.

El esfuerzo que hizo Alberto para acudir sobre Amiens con un numeroso ejército , fué funesto para los españoles en los Países Bajos. El príncipe Mauricio habia ya sostenido la campaña con ventaja. Reunidos ocho mil hombres y ochocientos caballos , habia caído sobre un cuerpo español de la mitad de aquella fuerza mandado por el conde de Varas ; replegóse este alarmado conociendo la superioridad del enemigo que tenia delante ; mas acosándole Mauricio , tuvo que dar batalla , en la que fué derrotado. Dos mil españoles quedaron en el campo ; Varas en su número , que así no pudo defenderse de los cargos que le fueron dirigidos como causador del desastre por su falta de pericia : cosa muy comun ensañarse con los muertos. Y si Mauricio, estando Alberto en Flandes consiguió tal ventaja , puédesse presumir lo que haria quedando poco menos que abandonado el país por la salida del archiduque. Apoderóse de Rhimberg , Meurst , Brevort , Groll y otras plazas , y por último de Linjen : con-

quistas , hechas en ménos de tres meses , que pusieron muy alta la reputacion militar de Mauricio , y llenaron de entusiasmo á los confederados. En su reconocimiento concedieron los estados al príncipe para sí y sus sucesores el señó de Linjen y todas sus dependencias jurisdiccionales.

Exhausto de fuerzas el monarca español , no podia resistir á un tiempo á tantos , tan activos y tan valientes enemigos. Hizo pues los mayores esfuerzos para llevar adelante un tratado de paz con la Francia , y ayudado de los legados de Clemente octavo , consiguió que , hecho por Enrique el nombramiento de plenipotenciarios , se juntasen con los suyos para pasar á un arreglo definitivo. Con Inglaterra por el contrario , no quiso el rey Felipe oír hablar de avenencia , nó porque le disgustase tratar de paz con los herejes , pues habia hecho alianzas hasta con los moros , y en las filas de sus ejércitos servian alemanes , la mitad herejes , sino porque tras de la serie de descalabros sufridos durante la guerra con los ingleses , conoció que era necesario esperar un temporal mas benigno ó algun suceso próspero para hacer la paz noblemente. Dispuso pues que el adelantado mayor de Castilla don Martin de Padilla saliese de la Coruña con una armada no inferior á la que un año ántes acaudillara el mismo jefe. Pero estaba de Dios que los armamentos hechos contra la Inglaterra fuesen á cual mas desgraciados y tuviesen un fin desastroso. Otra furiosa borrasca se desató contra la armada , dispersó sus buques , y sufridas grandes averías fuéron unos á parar á Santander , á Muros otros , la Coruña y Rivadeo. El mar protegía á los ingleses. Su armada , compuesta de noventa navíos , fué contra las Azores , y avistada la isla de San Miguel hizo un amago sobre Punta Delgada ; mas acudiendo allá las tropas de la isla cor-

rióse hácia Rostro de Can, y echada gente en tierra entraron los ingleses en Villafranca, saqueáronla, y recogido el botin se volvieron; y aun fué fortuna que abandonasen tan pronto la empresa, pues poco despues acertó á pasar frontero á la isla la flota de las Indias Occidentales, en que venia esta vez por valor de diez millones de ducados.

Cádiz se iba reponiendo con mucho trabajo de la pasada quiebra. En muchos pueblos, para no verse expuestos sin defensa á tales desgracias, se habian formado batallones de milicia dispuestos á ponerse en marcha al primer aviso. Los oficiales del de Sevilla pudo decirse que los nombraba la ciudad, pues esta solo proponia al rey un sugeto por plaza, y á favor del propuesto venian los despachos. La misma gracia le fué concedida á la ciudad de Jerez.

A 29 de diciembre acabó sus dias, en el convento de San Pablo de Sevilla, el venerable lego fray Pablo de Santa María, conocido con el bello y merecido dictado de padre de los pobres. En Valdepeñas el venerable Juan Bautista de la Concepcion dió fundamento y principio este año á los trinitarios descalzos.

En Nueva España, don Juan de Oñate fué á reconocer el rio del Norte que los indios llaman Alcahuaga; corrió la tierra con cincuenta caballos, llegó al Puaray, pasó á los Teguas, pobló el caserío de San Juan de los Caballeros que está en los treinta y siete grados de altura, y por fin en Nuevo Méjico reconoció las naciones de los tanos y de los pecuries.

En la Florida fueron desgraciados los padres franciscos. Fray Pedro de Corpa, porque reprendió á un indio cristiano diciéndole que vivia como un idólatra, fué asesinado; y dando en decir los indios que lo mismo lo perseguirian los

españoles por haber muerto á un religioso que á ciento , y añadiendo los partidarios de la idolatría que los padres los engañaban con promesas de bienandanzas que no se cumplian , no les dejaban mas que una mujer sola y perpetua , los daban á las oraciones para enervar su valor antiguo , llamaban hechiceros á sus antiguos sacerdotes , les vedaban el trabajo en ciertos dias , los reprendian é injuriaban en sermones dándoles nombres feos é impropios , y los espantaban con la idea de atroces martirios en los tiempos venideros , llegaron á excitar su ruda imaginacion en tanto grado , que furiosos arremetieron con los padres franciscos y les dieron por varios modos muerte violenta. El gobernador de la Florida , sabedor de ello , salió para castigar á los indios , seguido de buen número de soldados , y no pudiendo haberlos á la mano incendió todos sus maizales , taló sus campos , destruyó sus cabañas y les hizo buscar un refugio entre áridas peñas : por lo que muy en breve reinó entre ellos una hambre desoladora , de la cual muchísimos de ellos fueron víctimas , los mas sin haber contribuido á la mortandad de los religiosos.

CAPITULO XLIII.—Paz de Vervins. Cesion de los Países Bajos. Muerte del rey don Felipe. Opiniones sobre su carácter. Año 1598.

Todavía hubo algunas escaramuzas entre los españoles y los franceses ; en particular por marzo , abril y mayo , en el Rosellon , la Cerdaña y el valle de Aran consiguieron los catalanes algunas ventajas contra los que llamaban hugonotes de Francia. Pero en Vervins se habian reunido ya los plenipotenciarios de España y Francia , en los primeros dias de febrero , y vencidas con el buen deseo algunas dificultades , redactáronse de comun acuerdo los capítulos de

la paz suspirada. Fué el primero el que hablaba de la obligacion de restituir cada parte las plazas tomadas, inclusa la de Calais por parte de los españoles; y los demás fueron una especie de ratificacion solemne de la paz de Cambray. Fué publicada á dia 2 de mayo, jurada en París á 21 de junio, y en Bruselas á los cuatro dias. Inglaterra y Holanda habian hecho los mayores esfuerzos para estorbarla, y no pudiendo, establecieron sobre sólidos cimientos una alianza poderosa contra la española monarquía.

Felipe conocia que Flandes habia sido su carcoma, y deseaba librar de ella al heredero del trono, cediendo aquel país á quien pudiese vivir en él como soberano. Algunos de sus consejeros, el conde de Fuentes entre ellos, desaprobaban esta sesion por creerla contraria á la dignidad de España. Otros por el contrario decian que nada salvaria mas la dignidad de España como el impedir que sus tesoros y su sangre fuesen inútilmente prodigados y perdidos en lejanas tierras. Inclínose Felipe al último dictámen, y á 6 de mayo abdicó la soberanía de los Países Bajos á favor de su hija la infanta doña Isabel, y de su sobrino Alberto, archiduque, cardenal y arzobispo, entre otras condiciones con la de nombrar el rey de España los gobernadores de Amberes, Gante y Cambray, y de que muriendo Isabel y Alberto sin hijos, volveria Flandes á la corona de España. Para llevar la abdicacion á cabo, hizo el archiduque renuncia del capelo y del arzobispado, y obtuvo dispensa del pontífice para casarse con doña Isabel, nó sin asombro de la gente sencilla que veia tan fácilmente á los poderosos entrar en el cardenalato, ser arzobispos, y á lo mejor renunciar á la Iglesia, y casarse. Aceptada la abdicacion por las ciudades de Flandes que obedecian á la España, fué para las demás indife-

rente , pues se miraban ya como un país que habia sabido conquistar su independencia , y queria conservarla.

Íbansele agravando al rey sus achaques. Alormentábasele la gota , que unos creen haber sido en él una dolencia heredada , y otros que buscada por su pasion insaciable hácia el sexo. Sintiendo que le faltaban las fuerzas , quiso ser trasladado al Escorial , diciendo que deseaba ser llevado vivo á su sepulcro. Hiciéronlo así , y estando en su morada favorita , tomó para aposento una celda desde donde veia el altar mayor , y podia oir diariamente muchas misas , y presenciar desde la cama las ceremonias religiosas. Hincháronsele las manos , los piés y las rodillas ; subióle la gota al pecho causándole agudísimos dolores ; formósele una llaga en el pié izquierdo , otra en la mano derecha , y un absceso maligno en el muslo derecho , que fué necesario abrir con el hierro , mandando de él un hediondo pus en que se veian innumerables gusanos. Cincuenta dias permaneció de esta suerte , dando ejemplo de una resignacion grande , hablando con Dios en medio del exceso de sus dolores , ó dando órdenes para que diesen libertad á muchos presos que iba nombrando , ó para que devolviesen á otros los bienes confiscados , entre ellos á la mujer de Antonio Perez. Quiso tener á la vista , como su padre , el ataúd en que debia ser encerrado. Tres dias estuvo á veces sin poder conciliar ni un momento el sueño. Dispuso que rodeasen su cama de reliquias , de manera que á donde quiera que se volviese pudiese adorar alguna ; hizo por escrito su confesion general ; pidió al nuncio de su santidad la absolucion pontificia ; recibió el viático y repitió la confesion algunas veces ; y diósele la uncion á dia primero de setiembre. La infanta doña Isabel y el príncipe don Felipe no le abandonaron , y recibieron de su boca

aquellos tiernos consejos que fluyen naturalmente de la de un padre en aquel trance solemne. A un escritor concienzudo, y muy digno académico de la Historia, le ha parecido extraordinario que mediasen algunos dias entre la uncion dada al rey, y su muerte; pero echa en olvido que en aquellos tiempos no se esperaba como ahora á que estuviese enfermo en la agonía para darle aquel sacramento; Cervantes le hubiera suministrado un ejemplo, pues escribió su bella dedicatoria del *Pérsiles*, recibida la extremauncion, como él mismo dice. El rey habia pedido que le trajesen una cajita que tenia muy guardada, y de ella hizo sacar un crucifijo, unas disciplinas, y unas velas de la vírgen de Monserrate. El crucifijo, *Cárlos I*, al morir, le tuvo en sus manos; y con las disciplinas se azotó en San Yuste. A las tres de la mañana del dia 13 de setiembre hizo el rey encender una de las velas, tomóla con la izquierda, y asiendo del crucifijo con la derecha, dijo que ya era llegada la hora; y exhortándose á sí propio, sin perder los sentidos, sin anublársele la razon en la agonía, y sin estremecerse sus miembros, dió su alma al Eterno, en el año cuarenta y tres de su reinado, y en el setenta y uno, tres meses y algunos dias de su existencia. Pocos hombres han tenido una muerte mas serena, mas tranquila, ni mas cristiana.

En estas circunstancias están acordes todos los historiadores; no así en juzgar á este célebre monarca. Llámánle unos el *Séneca* de los monarcas, el nuevo *Trajano*, el católico *Constantino*, el justiciero *Severo*, el pio *Teodosio*, el famoso defensor de la fé. En general los escritores españoles no le escasearon los elogios, y defendieron constantemente su memoria por espacio de un siglo. Los escritores

católicos franceses , italianos y alemanes , se mostraron por el contrario en la generalidad censores suyos muy severos. Los protestantes pintan su vida llena de horrores y de crímenes atroces. Es necesario exponer brevemente estas opiniones , para que en vista de todas ellas forme el lector su juicio con entero conocimiento de causa. Compáranle unos en sabiduría , en prudencia , y en amor á las mujeres , con el autor del libro de los cantares ; otros con Calígula. Si persigue tenazmente á los turcos y á los herejes , dicen aquellos , que es porque en el fondo del corazon llevaba grabado el título de campeon de la iglesia ; á lo que observan otros que la Iglesia no necesita otros campeones fuera de la caridad y la dulzura , y que Felipe fué tal campeon cuando le plugo , pues tambien supo hacer alianzas con los sarracenos , y contar entre sus soldados los herejes á millares. Convienen los mas en que de los siete pecados capitales no conoció Felipe la pereza , ni la avaricia , ni la gula ; pero sí la lujuria que supo encubrir , la envidia que le llevó á desear mal á su hermano el austríaco , la ira que en él fué friamente concentrada y vengativa , y la soberbia que ocultó bajo la doble máscara del bien público y de una humildad religiosa ; y añaden que estos son los defectos que tuvo , inseparables de las humanas miserias. Bajo la dominacion de los Borbones la opinion pública varió en España con respecto á Felipe. En lo que atañe á su inclinacion al sexo , contáronse sus barraganas , y entre ellas se nombró una , Isabel de Osorio , con quien se le creyó en su juventud casado de secreto , y una Catalina Lenez , á quien se cree haber amado apasionadamente ; y entre sus comblezas hizose memoria de una doña Eufrasia , soltera , á quien estando en cinta de él , la casó con el príncipe de Asculi ; y

luego se habla de la celebrada princesa de Eboli , lindísima tuerta , á quien daba rienda suelta su marido Rui Gomez de Silva por no poder hacer carrera con ella por su gran desenvoltura. Y desde el momento en que los escritores españoles pudieron en el año vigésimo de este siglo expresar sus pensamientos sin prévia censura , dijo un esclarecido académico de la Historia que el rey Felipe en su vida privada se entregaba á los vicios sin remordimiento , y era de costumbres corrompidas. Los padres de la congregacion de San Mauro , graves en la expresion , y muy mirados en sus juicios , comparan á Felipe con Augusto , como á protector de las artes y del genio , con Tiberio por la política , con Vespasiano por el amor al trabajo , y con el emperador Cárlos V por la ambicion con que aspiraba á crear una universal monarquía ; y añaden que ninguno le igualó en la sangre fria y en la tranquilidad de ánimo con que vió acercarse su última hora , y que léjos de mostrarse temeroso de los juicios de Dios, que para él debian ser tan severos , dijo que veia abiertos los cielos , y murió pacífico como un justo que va á recibir el premio debido á sus virtudes. Lo dijimos ya , su muerte fué admirable ; pero no olvidemos que en sus últimos momentos mostró arrepentimiento sincero de sus pasados errores ; hizo soltar á muchos presos , y restituir bienes confiscados , y devolver la alegría á muchas familias que por él estaban sumidas en el llanto. Trátase de juzgar su vida. Dicen unos que los defectos de Felipe fueron fruto de la época en que reinó ; á lo que observan otros que esta es una apología falsa y muy gastada , y que tratándose de los defectos que nacen del corazon , este es grande ó es pequeño con entera independenciam de la época , y forma en todos tiempos hombres grandes ó bandidos. Ca-

recia Felipe de las prendas que conquistan el afecto, y poseía muchas cualidades para ser temido. Desde su niñez nadie se acordaba de haberle visto reír, ni llorar, ni entregarse al canto. Sus maestros y sus ayos decían de él que no había tenido infancia. Circunspecto, serio, sombrío, sus palabras eran á veces incisivas. Dícese que dos líneas suyas en que se mostró descontento de Bazan porque tardaba en zarpar con la armada Invencible, causaron la muerte á aquel héroe. Cuando le dirigían alguna arenga, media Felipe con la vista al orador, y frecuentemente le desconcertaba. No le disgustaban las salidas ingeniosas. Reprendiendo á un religioso porque había ocultado á un hombre á quien él perseguía, respondió que por caridad, á lo que Felipe, encogiéndose de hombros, dijo: «La caridad; pues si la caridad te movió, ¿qué le hemos de hacer?» En el despacho de los memoriales era breve, y algunas veces terrible y sarcástico. Recomendábanle por su prudencia á un pretendiente: «A otro, puso en el márgen, que ya tengo noticia de su Prudencia:» que este era el nombre de la dama del pretendiente. «Cuando no juegue», puso en la instancia de otro que pretendía ser obispo. No era dado á otra lectura que á la de los libros de devoción ó de ciencias exactas. Su librería particular, que se conserva en el Escorial, se componía enteramente de libros de rezo, ascéticos, y uno de agricultura. Tenaz en sus propósitos le faltó no pocas veces la flexibilidad con que su padre supo amoldarse á las circunstancias. Conservaba un índice de las personas que se distinguían en las armas, las letras, las virtudes, ó en el mando, y le consultaba para la provision de los destinos. Él era su propio ministro; los que llevaban el nombre de secretarios de su despacho no eran otra

cosa que los esclavos mas allegados á su persona. Muy amigo de solazarse con los humildes , trató siempre con grande aspereza á los grandes. Fué aplicado , laborioso , entendido , sagaz , pronto en la determinacion , y muy empeñado en llevarla adelante rompiendo por todos los obstáculos. Algunos le creen inferior á su padre en talento ; no fué , digámoslo así , tan hombre de mundo ; pero tuvo rasgos de magnanimidad de que tal vez no hubiera sido capaz Cárlos primero ; la determinacion de dar el mando del ejército al duque de Alba , con quien estaba sumamente disgustado , prueba una grandeza de alma que no tuvo Cárlos cuando delante de Argel pudo dar el mando de las tropas á Hernan Cortés , y no lo hizo. Felipe es bien seguro que no hubiera caido en el ridículo que sobre sí echó su padre cuando , llena de viento la cabeza , á su vuelta de Tunez , oyéndose llamar el africano , dió delante del papa rienda suelta á su furor contra la Francia. El talento de Felipe , aunque sombrío y tétrico , fué de primer orden : de otra manera no hubiera hecho á Roma juguete suyo , ni convertido en policía del reino bajo sus órdenes el santo oficio , ni sido en alguna manera sin nota de protestante el rey á la vez y el papa de las Españas. Pero si esto pudo hacerlo impunemente un talento de primer orden para el gobierno , era imposible que llevase adelante la temeraria empresa su débil hijo : y los papeles debian necesariamente trocarse , pasando el santo oficio á ser el rey , y este una palanca para gobernar aquel la monarquía. En prueba de que Felipe sabia avasallar su piedad ante su interés y sus voluntades , basta recordar el grito de reprobacion y de escándalo que levantó contra el cardenal rey de Portugal porque pedia al papa venia para casarse , y la facilidad con

que el mismo Felipe concedió á su sobrino el archiduque Alberto, cardenal y arzobispo de Toledo, la infante doña Isabel en matrimonio. Fué de mediana estatura y de valor personal escaso. Aspiró toda su vida á dar leyes á los países no católicos por medio de las armas, y á los católicos por medio de la poderosa influencia que en Roma tenia. Ante todo deseaba que fuese acatada su voluntad y declarada omnipotente. Con esta condicion se vanagloriaba de ser el primer servidor de la Iglesia, con tal que esta le mandase lo que él deseaba; de otro modo se valia contra Roma de las regalías de las consultas de los teólogos españoles, y del mismo santo oficio. De nadie admitia oposicion, de los grandes ni de los pequeños, de los preladados ni del pueblo, ni en nombre de la ley humana, ni en el de la divina: en él era la ley, la inquisicion, la magistratura.

En vano quiso Pio V el Santo resistirle en el asunto del arzobispo Carranza: Felipe dió largas al negocio, y consiguió bajo otro pontífice lo que de él recabar no pudo. Procedia esta tenacidad de Felipe, de que, creyéndose rey solamente por derecho divino, juzgábase al ménos puesto al igual de los pontífices, y por lo mismo cuando sus opiniones eran contrarias á las del papa, abroquelábase tras la opinion y los dictámenes, que nunca le faltaron á su gusto, de los teólogos peninsulares. Por esto creen muchos que si Carlos V fué fatal á Roma, por cuanto dejó arraigar en Alemania el protestantismo, Felipe lo fué dos veces mas, pues tomando á su cargo el papel de campeón de la Iglesia, con sus sevicias convirtió á la herejía los Paises Bajos, é hizo en ellos odioso el catolicismo: que tan temible es la personificacion en un hombre de todas las leyes y de todos

los derechos. Nace de ahí que, como encarnacion de todos los poderes sea mirado Felipe como único responsable ante la posteridad de todas las calamidades de su reinado. Opinan algunos que sus sevicias, dentro y fuera de la península, fueron motivadas por la espantosa é increíble relajacion de costumbres que entonces reinaba en España, y que hacia que nadie estuviese seguro ni en sus haciendas, ni en su vida, ni en su honra, de las asechanzas de un enemigo; otros por el contrario opinan que el envilecimiento de las gentes era una natural consecuencia de la revolucion que en este y en el anterior reinado se hizo en las leyes y en las costumbres de los pueblos para afianzar el despotismo de la gran monarquía, pues las gentes se acostumbraron á adorar por única reina del mundo á la fuerza, y á sola ella daban culto, ya doblándose ante los poderosos, ya levantándose arrogantes contra los humildes. De este reinado data el principio de la española decadencia; la guerra de Flandes, que costó inmensas sumas, fué en él promovida; la de los moriscos, mas ruinosa todavía, por haber sembrado la devastacion y la miseria sobre un país hermoso, fué en él provocada y dió sus tremendos frutos; la de Inglaterra, tan fatal para nuestra marina, fué buscada por la loca ambicion de querer conquistar las islas británicas; la de Francia reconoció una causa idéntica y fué un sumidero insondable para los tesoros de los españoles. San Quintín, Lepanto y la conquista de Portugal, fueron los tres grandes acontecimientos de este reinado; pero la paz que siguió al primero, infundió en los corazones una esperanza que luego enturbió el sesgo que tomaban los negocios en Flandes; pero la batalla de Lepanto, para la cristiandad dia de gloria, fué para Felipe un principio de ira y de envidia

contra su hermano , pero la conquista de Portugal , que pudo y debió haber hermanado á dos pueblos , no hizo mas que enemistarlos para siempre , haciendo sentir al uno todo el peso de la arrogancia del otro , y encendiendo en él los mas vehementes deseos de emanciparse. Al tiempo de su muerte dejó Felipe cargado de deudas el erario , mal parada la marina , y víctima la península de la mayor de las plagas , una despoblacion espantosa. Ni era posible que creciese el número de habitantes cuando apenas quedaban derechos para la familia , y cuando el mismo hogar doméstico estaba rodeado de esbirros , y no habia fé pública ni otra creencia superior á la del palo : ocho millones de habitantes escasos , de ellos cien mil en las cárceles , en el remo , en las hogueras , ó infamados por alguna sentencia , formaban toda la poblacion de esta desgraciada península , capaz de alimentar desahogadamente quíntuple número de moradores , y de ser convertida en un jardin ameno , cuando en su mayor parte no era mas que un erial inmenso infestado de bandidos. Ni se pensaba en aprovechar las aguas , ni en conservar siquiera los caminos. Algunos creen que la multitud de conventos fueron causa de la despoblacion de la España ; es un error : los conventos fueron el único refugio que tenian los hijos de familia en medio de una sociedad cuyo único dios era el hierro ; y en ellos se albergaba el último resto de la independencía y de la libertad de la patria ; los hombres pensadores , las almas inspiradas , los buenos escritores , los poetas , si no querian gemir como Cervantes en una cárcel ó morir en la indigencia , tenian que buscar el pan en la casa real , ó pedir un amparo á los claustros , postrer baluarte de las tradiciones nacionales contra el despotismo de los potentados : en ellos se custodiaban nues-

tras memorias , y de ellos salia la proteccion dada á nuestros artistas , ya por el príncipe , ya por los grandes. Bajo la inspiracion de los religiosos del Escorial , fué Felipe un decidido protector de las artes.

Fatal fué para la Iglesia el despotismo del siglo décimo-sexto ; un déspota separó la Inglaterra de Roma ; otro hizo paladear á la Alemania la libertad religiosa y la convirtió al protestantismo : y Felipe , queriendo matar con la espada la herejía , la dió en Holanda un trono , é impidió que la península se poblase de cristianos , es decir , que se desarrollase la poblacion , y alabasen á Dios cuarenta millones de hombres libremente , en vez de ocho millones á impulsos del látigo.

El testamento de Felipe era de fecha de 7 de marzo de 1594 , y á él añadió posteriormente algunas cláusulas. Léese en él que se ejecute una nota escrita en papel separado , la cual decia que se examinase el derecho con que España poseia la Navarra , y si hallaba ser malo , se restituyese al francés ó se diese equivalencia ; y no cabe duda que escribió esto Felipe para allanar la paz con Francia si él faltaba , aconsejando en algun modo que se diese al francés algunas plazas en los lindes de Flandes en cambio de sus derechos á la Navarra.

CAPITULO XLIV.—Apuntes sobre el estado social , artes y ciencias , durante el reinado de don Felipe segundo.

El censo de mil quinientos noventa y uno dió por resultado ocho millones doscientos seis mil setecientos noventa y un habitantes ; el clero secular y regular ascendia á trescientos sesenta mil trescientos ochenta y siete individuos. Cada año morian quemadas de ciento cincuenta á ciento se-

setenta personas; setenta y cinco, unos con otros, eran quemadas en estatua por no poder ser habidas, ochocientas sesenta eran condenadas á penas infamantes: esto por lo tocante al tribunal del santo oficio. Y si á este cuadro se agrega el número de los que eran encausados por los tribunales ordinarios, por las chancillerías, y por los jueces militares, tendremos el repugnante espectáculo de una nación casi despoblada, y sin embargo llena de criminales. Muy depravados eran los hombres, ó muy inicua la justicia. Es mas conveniente confesar lo primero. Tocante á la administracion de justicia, el monarca estaba mas alto que ella; ahórquese al justicia mayor de Aragon, decia, y era ahorcado sin formacion de causa; préndase á los instigadores del alboroto de Nápoles y sean ahorcados por las calles; esto mandaba y esto se cumplia; entiéndase solo conmigo el que ha preso al pastelero de Madrigal, dése á este impostor tormento hasta que confiese; esto decia y se efectuaba. Á veces se apelaba á los espadachines y bandidos para acabar con alguno, como sucedió con Escobedo, y Antonio Perez se creia libre de mancha con decir que el rey se lo habia mandado.

No se crea por esto que faltasen leyes en España; habíalas en abundancia, y algunas de ellas muy autorizadas y muy dignas; pero la teología escolástica habia invadido la jurisprudencia, y en ella no daba ya muestras de ser un gran talento sino el que sabia defender mas sutilezas, paradojas, y tesis sorprendentes; el profesor de Salamanca don Fernando Vazquez Menchaca se vanagloriaba de haber inventado setecientas, aunque atribuia á este prurito las tempestades en que naufragaba el derecho; y don Nicolás Antonio alaba al licenciado Bobadilla por que á los diez y ocho

años sostuvo muchas opiniones y tesis nuevas, y contrarias á las recibidas. A unos jurisconsultos de semejante índole fué encomendada la reunion en un código de todas las leyes del reino. El doctor Gúevara, y los licenciados Pedro Lopez de Arrieta, y Atienza, por muerte de los doctores Pedro Lopez de Alcocer y Escudero llevaron á cabo la Nueva Recopilacion publicada en 1567. Constaba de nueve libros divididos en títulos y leyes. Basta leer el índice de todos ellos para observar el desórden que en el todo reinaba. Trataba el primero de la religion, y era procedente con la opinion de que mandaba el rey como un delegado del Eterno, el segundo de los tribunales, sin cuya mediacion y sus sevicias estaban tan poco arraigadas en aquel siglo las creencias, que infaliblemente hubieran muerto: el tercero continuaba la materia de los tribunales, y entre sus títulos aparecian en extraña mezclanza otros relativos á albéitares, barberos, boticarios y herradores; el cuarto explainaba la práctica forense, del quinto no es posible leer el índice sin que asome la risa en los labios, porque allí se habla de casamientos, de luto, de la cera para los funerales, de los testamentos, mejoras, mayorazgos, herencias, donaciones, ventas, ordenanzas sobre fábrica de sedas y paños, pesos y medidas, gremios, adquisiciones, censos, casas de moneda, plateros, y tasa del pan en los mercados; el sexto casi supera al quinto en desórden, y mezcla el correo mayor con las córtes, los caballeros con los lacayos y criados, y los tribunales con los consejos para que á las yeguas no se les echen asnos garañones sino caballos de buena casta; el séptimo habla de los ayuntamientos, de los navíos, de los trajes, de los cereros, fabricantes de paño y de sebo, buhoneros, caldereros y pellejeros, el octavo de la legisla-

cion criminal, y era el mas ordenado, revelando la práctica grande que de él se hacia; y el nono se detenia en la hacienda, en la administracion, y en la provision de la casa real y de las tropas. Es decir que la jurisprudencia quedó en un estado de doble confusion del que ántes se lamentaba. Felipe dominaba sobre gentes diversas en idioma, en leyes, en usos y costumbres, y deseaba meterlas todas en un molde, no conociendo que esto era querer convertir las montañas en llanuras, ó los valles en cordilleras; y ya que entre sus libros conservaba el monarca uno de agricultura, debió aprender en él que cada tierra pide su peculiar abono y tiene su cultivo, y puesto que era tan dado á las costas de la Iglesia, en ellas debia aprender tambien que aunque todos los fieles veneran á Dios y respetan al sumo pontífice, á cada grey se le deja su obispo en calidad de padre, y á cada pueblo su patrono; y que unos pueblos son mas libres porque son mas valientes, y otros mas esclavos porque son mas tímidos ó mas corrompidos, por mas que todos sean cristianos.

Tocante al sistema económico, lo que dijimos al fin del reinado del emperador Cárlos puede aplicarse al presente; todo entraba en el reino, armas, tejidos, ropas; no se permitia que saliesen muchos frutos, ni el oro y la plata, y precisamente estos metales eran lo que con mas ímpetu desaparecia: de lo que se burlaba el citado Vazquez Menchaca, diciendo que la consecuencia nace de sus premisas, y que los extranjeros traian sus mercaderías, nó para que les diésemos en cambio otras que no teníamos, sino el oro y la plata que buscaban, pues así como los castellanos (á los habitantes de la corona de Aragon les estaba vedado) iban á las Indias Occidentales á traer frutos y géneros, y

pedir metales , con el mismo ánimo venian á la península los extranjeros. Nuestras leyes , pues , sobre la extraccion de la moneda son bien ridículas , decia Vazquez Menchaca, supuesto que se admite un antecedente contrario á ellas. La industria se queria reducir á ordenanzas gremiales; las primeras materias estaban cargadas de derechos; estancábase la sal ; acumulábanse en pocas manos tierras inmensas, abrumábase á los labradores con el mayor peso de los tributos , el comercio del reino estaba lleno de trabas, tasas y registros , y la propiedad de mil maneras sujeta y encadenada. Los soldados , como elemento indispensable allí en donde las leyes por sí solas no tenian autoridad ni fuerza , eran pagados tres veces mas que no lo son ahora ; y conociendo su importancia , en faltando la paga , ó no habiendo sobre de ella el botín , se sublevaban. Atendido el diferente valor de la moneda , las rentas del estado equivalian unos años con otros á quinientos millones de reales , y como no costaba mucho la recaudacion , pues las rentas pasaban de manos de unos arrendadores á las de otros , ni la contabilidad consumia casi nada , habia lo suficiente para mantener la España en esplendor á no haberse entregado el monarca á gastos y empresas ruinosas , no á las que podian redundar en beneficio público.

La única de que la posteridad no ha pedido cuentas á Felipe es la fábrica del Escorial , porque con ella favoreció las nobles artes : teatro de gloria abierto á los ingenios de la época. Carvajal , Navarrete , Barroso y Monegro , adornaban el monumento levantado por Juan de Toledo y Juan de Herrera. Aquel noble impulso dado á las artes debia producir sus frutos ; los grandes y las ciudades , siguiendo el ejemplo de las comunidades religiosas y el del monarca,

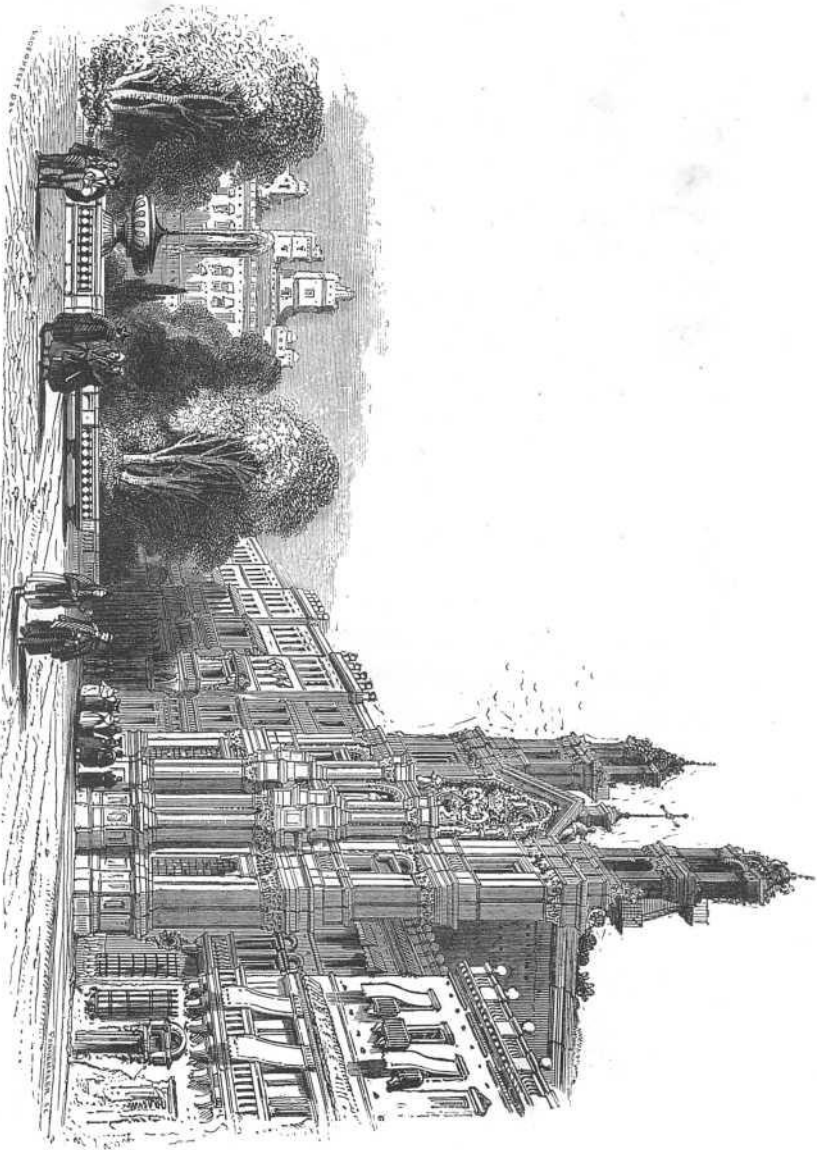
llamaban á los artistas, les encargaban obras costosas, excitaban su emulacion, los protegian y los alimentaban. Córdoba, Granada, Toledo y Valencia competian ya con la escuela madrileña, y Sevilla se preparaba para dar mas adelante con sus discípulos Velazquez y Murillo asombro al mundo.

Verdad es que las demás naciones se habian acostumbrado á recibir de España asombros. Teresa de Jesus , Juan de la Cruz , Lainez , Ribadeneira , Luis de Granada , Luis de Leon , Alpizcueta , Diego Covarrubias , Antonio Agustín , Francisco de Toledo , Arias Montano , muerto pocos meses antes que Felipe II , Florian de Ocampo , Garibay , Ambrosio de Morales , Gerónimo de Zurita , Mariana , Prudencio de Sandoval , Luis de Cabrera , Luis Carvajal y Mármol , Diego Hurtado de Mendoza , Francisco Sanchez llamado el Brocense , Pedro Simon Abril , Alfonso de Salmeron , Francisco Valles , médico del rey , y llamado el divino , Diego Gracian de Alderete , discípulo de Luis Vives , Juan Ginés de Sepúlveda , Antonio Perez , habian puesto las letras españolas en una altura , desde donde arrebatavan los aplausos de propios y de extraños. Cultivaban la poesía Fernando de Herrera , Luis de Leon excelente en ella y en la prosa , Luis de Góngora , llamado el corruptor del buen gusto , los hermanos Lupercio y Bartolomé de Argensola , Alonso de Ercilla , Valbuena , Jáuregui , y Juan Rufo. Al teatro sacaban de sus pañales , despues de Lope de Rueda , Rodrigo Alonso , Cristóbal de Virues , Francisco Avendaño , Luis Miranda , Juan de Timoneda , Juan de la Cueva , Andrés Rey-Artieda , Lupercio Argensola , y le vestian torpemente , hasta que viéndole Lope de Vega en tan mal estado , tomóle en brazos , acaricióle , jugueteó con él , dióle urbanidad , buenos modos , originalidad , viveza y arrogancia ,

ya que no pudo ó no quiso inculcarle reglas. Mateo Aleman, Juan de Timoneda, Juan Aragonés, Julian Medrano y Gil Polo, se daban á la literatura amena. Ninguno de estos escritores murió en la indigencia. Uno gemia en ella, que no hemos nombrado, que se ensayó en la poesía, en el drama, en la novela pastoral, como si á tientas fuese buscando entre los literatos un asiento, y pan para su familia. Habíase ensañado con él la mala suerte; soldado, fué en busca de la gloria, y perdió un brazo y cayó cautivo: empleado en recaudaciones, por un descubierto de dos mil reales le metieron en la cárcel de Sevilla; sus versos no eran leídos; sus comedias no eran aplaudidas; tenia ya cincuenta años, y habia visto formarse, crecer y marchitarse en torno suyo muchas reputaciones; la vida no tenia ya para él ilusion ninguna: y sin embargo en algo debia ocupar el tiempo; y viendo que imitando á los demás solo excitaba la sonrisa, quiso separarse de todos y en todo; creóse un tipo, y al tiempo de la muerte del rey don Felipe estaba escribiendo una obra, honor no solo de la España, sino del entendimiento humano. El mísero cautivo Miguel de Cervantes, el escritor al que menos incienso han dado sus contemporáneos, debia ser de todos ellos el mas célebre: que así muchas reputaciones gigantes caen anonadadas, mientras otras muy modestas en sus principios se levantan y se eternizan. El libro que continuaba por entonces siendo el mas leído, el mas buscado y reimpresso, era La Celestina; y esto viene en corroboracion de la inmoralidad de aquel siglo, del cual decia Cervantes que á una criada, de mil amos, no le salian cuatro buenos, pues los demás eran torpes y de antojos feos.

Lamentable era el estado en que dejaba Felipe II la mo-

CONVENTO DE LOS CARMELITAS EN CADIZ.



narquía. Su escasa poblacion, vendimiada por los errores y por las sevicias de los gobernantes, iba emigrando del centro á la circunferencia, acercándose á las costas, de donde pudo venir antiguamente. La España, por mas que le cueste al orgullo nacional el confesarlo, daba pasos colosales hácia su completa ruina; y el ardor de sus guerreros, la imaginacion de sus poetas, sus maravillas artísticas, y las obras maestras de sus mejores ingenios, resplandores deslumbrantes en medio de un caos, parecian los últimos destellos de una lumbré que se apaga. La obra de los reyes Católicos, mal sostenida, habia dado á los españoles claro nombre entre los extraños, miseria y abyeccion en casa. La gran monarquía quedaba cimentada; ya no daban sombra al trono los nobles; ya las córtés eran un nombre vano; hollados los fueros castellanos, anuladas las franquicias aragonesas, solo entre los vascongados y los catalanes subsistian los restos de las libertades patrias, para no sucumbir sin gloria. Carlos y Felipe habian ido mas allá de donde debieran, y colocaron el poder sobre un osario espantoso. Es necesario ser justos con sus débiles sucesores; no fué solo de estos la culpa si Francia, Alemania, é Inglaterra, doblaron su poblacion, y con ella su poder y sus riquezas, mientras la España se iba convirtiendo en un desierto.

LIBRO DÉCIMO.

LA DECADENCIA.

CAPITULO I.—Sube al trono Felipe III. Privanza del duque de Lerma.

AÑOS 1598 á 1600.

Veinte y un años tenia Felipe III cuando subió al trono. Su padre le conocia á fondo, y al bajar al sepulcro tuvo el

dolor de convencerse de que dejaba encomendadas las Españas á un inepto. En vano habia procurado vencer su indolencia, educarle con esmero, y acostumbrarle á las discusiones de un consejo compuesto de las personas mas ilustradas del reino; en vano le llamó á su lecho de muerte, le hizo presentes los deberes en que como rey iba á entrar, y le rogó vivamente que desoyese la voz de los cortesanos, y solo se rodease de personas sabias: nada fué bastante á cambiar la índole del mozo, ni á animar su espíritu con el ardor de las almas grandes, que no se enciende en donde no existe. Parecia que la Providencia queria probar la España con una nueva calamidad sobre las muchas que la afligian. Desde que la gloria de las expediciones lejanas habia hecho emigrar anualmente la flor de la juventud, ávida de laureles y del oro de las Indias, las riquezas naturales de la península habian sido despreciadas, abandonados los terrenos mas fértiles, y dadas al descuido las artes industriales. La monarquía, semejante á un árbol de tronco débil y enjuto, debia dar jugo á una copa inmensa cuyas ramas se estendian por una parte á Italia y á Flandes, y por la otra á entrambas Indias. Debia robustecerse á proporcion el tronco, ó era necesario que á impulsos de su propio peso se desplomasen las ramas. Pero del tronco debilitado se iban apoderando gradualmente las manos muertas. Este estado precario pudo sostenerse por algun tiempo merced á los esfuerzos y talentos de Carlos I y de Felipe II, á los raudales de oro del Nuevo Mundo, y á la enorme deuda de ciento cincuenta millones de ducados, con que el último de aquellos reyes dejó gravada la corona. Mas la ilusion que de aquellos esfuerzos heróicos se habia originado, se iba desvaneciendo con los torrentes de sangre derramada; el oro no habia

servido mas que para despertar nuevas necesidades aumentando el aparato de un lujo esplendoroso, y la inmensa deuda iba acrecentándose anualmente con intereses crecidísimos.

Nuevo camino era necesario que tomase el gobierno para poder sostener el gobernalle de la nacion, y dar á la nave un rumbo acertado. Murmuraban incesantemente los pueblos al ver el desórden de la hacienda real, los gastos exorbitantes de la córte, y la multitud de empleados, cuya inutilidad era evidente. La economía pues mas severa, así como la prudencia en las empresas lejanas, que tantos tesoros y sangre habian costado á la nacion, podian salvarla de su ruina. Por un momento estuvo la España en expectativa, esperando ver que rumbo tomaban los negocios públicos. Felipe III no permitió que durasen mucho tiempo la dudas de esa esperanza. Vivía en palacio don Francisco Rojas Sandoval, en grande intimidad con el jóven monarca. Era como éste indolente, pero de carácter dulce y afable, de modo, que á primera vista cautivaba las voluntades. Bajo este aspecto apacible, ocultaba una ambicion insaciable. Conociendo que en la córte el estado eclesiástico era el mas preponderante, procuró granjearse su estimacion, lo que logró con arte, y segun algunos, con hipocresía. Generalmente le creían hombre de conocimientos y de recursos. Tenia por paje á cierto don Rodrigo Calderon, que á su vez le habia cautivado la voluntad, viniendo por este medio á mandar en la del príncipe. Felipe, para librarse de la pesada carga del gobierno, determinó ponerla en hombros de Rojas, y en realidad fué Calderon el primer ministro. Rojas fué creado consejero de estado, duque de Lerma, y revestido de un poder tan absoluto, que se circuló orden á los tribunales para que acatasen y cumpliesen todo cuanto man-

dase en el nombre real. El descontento fué general y profundo.

Solo el clero tal vez no participó de él, confiado en las prendas de que creia adornado al de Lerma; pero muy pronto pudo volver en sí de su error. En lugar de hacer economías en el ramo de hacienda, que es el alma de todo estado bien constituido, aumentó profusamente los empleos, é hizo gastos tan excesivos como ruinosos. Con ocasion del casamiento del rey con Margarita de Austria, mandó celebrar fiestas con una magnificencia tal, que solo en regalos á los príncipes extranjeros gastó un millon de ducados, cerrando los oidos á los lamentos de los pueblos, y desconociendo el estado del erario.

El archiduque Alberto, que de los Países Bajos habia pasado á Alemania en busca de aquella princesa y traídola á España, casó con la infanta doña Isabel; y la partida de estos dos esposos para aquellas provincias, en parte sublevadas, fué motivo de nuevos y grandiosos sacrificios para lo presente, y de completo desvanecimiento de esperanzas para el porvenir.

La lucha sostenida en los Países Bajos era la mas ruinoso para el estado. La Francia y la Gran Bretaña nos hacian allí una guerra encarnizada, aquella con soldados, y esta con hombres, con recursos y talento. Además, los naturales del país odiaban á los españoles, porque á pretexto de hacer la guerra á unos herejes oprimian á los pueblos, apoyados los desórdenes de la soldadesca en la falta de pagas. La reina Isabel de Inglaterra, partidaria decidida del protestantismo, y mas que todo enemiga de la raza austro-española, auxiliaba á sus correligionarios con armas, con dinero y con consejos. Para el país, la guerra era de inde-

pendencia; para los soldados españoles era guerra de religion y de carnicería; para los jefes carrera abierta hácia la gloria ó el ascenso.

Felipe II, ántes de morir, habia hecho tratar en su consejo la cuestion de si convendria ceder la soberanía de los Países Bajos, que tan cara le costaba. Varios fueron y discordes los pareceres. Decian unos que seria mengua para la nacion, despues de tantos sacrificios, abandonar el campo, nó por generosidad ó por política, sino temblando ante una rebelion armada. Corroboraban este parecer los que miraban la cuestion por el lado religioso, y decian que era desdoro y grave falta de fé darse por vencidos de unos herejes. Opinaban otros, que ante todo, la cuestion debia mirarse bajo el punto de vista enteramente español; pintaban á la España en completo desórden, casi arruinada y exhausta de gente por el prurito de querer sostener una guerra desastrosa. Parecíales que la nacion no ganaba gloria entregando al saqueo pueblos indefensos, y obligando con las armas á mudar de religion á aquellos naturales. Creian que la declaracion de su independendencia, cimentada en una alianza con la España y en mutuas relaciones comerciales, daria con el tiempo buen fruto. Aquel monarca, cuyo talento y sagacidad se fundaban en la mas refinada astucia, pareció entrar en el plan de los que querian hacer de los Países Bajos un pueblo independiente: pero en sus adentros hizo sus reservas. Determinó el matrimonio del archiduque Alberto con la infanta doña Isabel, cediéndoles la soberanía de aquellos países, reversible á la corona en caso de no tener ellos sucesion. El proyecto era digno del que le habia concebido. Los infantes, mas bien que reyes de los Países Bajos, serian sus gobernadores en nombre de la España, sosteni-

dos con recursos y con soldados españoles. Si la Holanda, engañada con aquella apariencia de nacionalidad, volvía á la obediencia, el derecho de reversibilidad se hubiera ejercido pronto.

Era tal la exasperacion de los ánimos en aquellas provincias, que el proyecto de Felipe II, llevado adelante por su sucesor, engañó á muy pocos. En efecto, tenía visos de un disparate el querer hacer defender, á costa de torrentes de sangre española, una soberanía que se renunciaba en nombre de la España.

Los aprestos militares dirigidos por Mendoza, marqués de Guadalete, durante la ausencia del archiduque, se resentían mucho de la insubordinacion de las tropas. Aquel general procuraba conducir las al país sublevado, no tanto con ánimo de volverle á la obediencia, como para hacer vivir las tropas á espensas del país. Pasa el Mosa, se apodera de Horsaý sin resistencia, y embiste la plaza de Rhimberg; de esta es rechazado con pérdida, pero la casualidad le favorece. Un proyectil perdido hace saltar el almacén de pólvora con estrago horrendo, y falta de municiones la guarnicion, se rinde. La ciudad de Wesel envía regalos al vencedor, rogándole que no la hostilice. Es curiosa y digna de apuntarse la respuesta de Mendoza: manda á los habitantes abjurar el protestantismo, so pena del saqueo. La ciudad, mas política que el general, hace un simulacro de abjuracion, y por debajo de cuerda envía emisarios á Mauricio, general holandés. Rees y Emmerich abren las puertas al ejército español, mientras Mauricio reúne apresuradamente mil infantes y mil quinientos caballos para hacerle frente. Faltando en el ejército de Mendoza la disciplina de que entonces eran descuidados los caudillos españoles, se

entregaba la soldadesca á todo linaje de excesos que la hacian odiosa á los pueblos. No bien corrió la voz de que se adelantaba Mauricio, cuando de todas partes se levantaron enemigos contra los españoles, quienes tuvieron que retirarse perdiendo seis mil hombres y las plazas de Emmerich y Zevenaer. Entonces principió contra ellos la liga de los príncipes alemanes.

No arredró á Mendoza este contratiempo, ántes procuró rehacerse, y aparentando querer hacer un amago contra la plaza de Schenck, se dejó caer de repente sobre Bommel, y la embistió de recio. No pudo rendirla; pero en la misma isla en donde está situada, y en posicion segura que abre los pasos del Mosa y del Wahal, levantó un fuerte para tener siempre en jaque al enemigo. Inútilmente quiso oponerse Mauricio á su construccion, pues quinientos españoles rechazaron con gran pérdida á dos mil enemigos; y el fuerte de San Andrés quedó concluido, en estado de poder hacer una tenaz resistencia. Con esto las tropas de Mendoza, vengados ya los desastres anteriores, pudieron acudir en socorro de las de Westfalia amenazadas en Rhimberg y Rees por la liga alemana, que por esta vez fué derrotada. Esto sucedia mientras el archiduque Alberto gastaba en festines, en espléndidos regalos, y en las fiestas de la boda, el dinero destinado para cubrir las atenciones del ejército.

Entretanto el duque de Lerma apuraba su imaginacion y la de su paje, para dar á la España y á la Europa una idea grande de su capacidad administrativa. Hizo equipar una armada de cincuenta bajeles, y púsola al mando de don Martin Padilla, ordenándole que cruzase las aguas de Inglaterra para arruinar el comercio. Quiso la desgracia, otras veces ya fatal por el mismo estilo á los flotas españo-

las , que una tempestad la dispersase casi á la salida del puerto , frustrándose por esta vez los planes del ministro. Procuraba este al mismo tiempo popularizar al monarca haciéndole viajar por varias ciudades , entre ellas la de Zaragoza , desde algun tiempo resentida por el suceso de Antonio Perez , la que depuso sus iras y recibió con entusiasmo á los monarcas así que hubieron jurado la observancia de sus fueros. Estuvo tambien el rey en Barcelona , en donde fué jurado ; consta en el archivo de esta ciudad , que en 14 de julio de 1599 se dió un sarao magnífico á la reina , y merienda á las damas en la sala de la Lonja.

Dos navíos holandeses quisieron oponerse por este tiempo en las Indias á los establecimientos portugueses , pero no pudieron salir con su intento. En aquellas regiones remotas , prestó un señalado servicio don Andrés Hurtado de Mendoza , apoderándose de un fuerte levantado por el pirata Cagual , y entrando triunfante en Goa. A fines de 1599 , algunos pueblos de las Canarias fueron saqueados por los holandeses , quienes el año anterior habian hecho lo mismo con otros de las Azores.

Por setiembre del mismo año llegaron los archiduques á Bruselas , estando fija en ellos la atencion de la Europa. Marcó sus primeros pasos un desacierto político : tal fué el querer chocar abiertamente con los usos del país adoptando ellos y su servidumbre el traje español. Gastaron en magnificencia y boato las pagas que para el ejército traian , y parte de este , indignado al mismo tiempo por la cesion del país , se declaró en rebelion. Mauricio no desperdió la coyuntura ; acometió á un cuerpo de caballería española , le destrozó con pérdida de quinientos muertos , y se apoderó del fuerte de San Andrés , pasándosele mil doscientos hom-



CERVANTES.



bres que le guarnecian. Mal recibimiento y peor agüero para los archiduques. Pesarosos y alarmados determinan convocar en Bruselas los estados, pero en vano les piden auxilios, pues solo se avienen á cooperar con ellos en las vias de la pacificacion: negocio arduo y casi imposible. Las provincias unidas habian jurado sostener su independencia, y llevaban hechos ya sobrados sacrificios para volver á someterse á una dominacion que les era odiosa. Con todo, no podian ménos de admitir los preliminares de una negociacion para no cargar con toda la responsabilidad de una guerra encarnizada. Además, necesitaban ganar tiempo para abrir una nueva campaña con esperanzas de buen éxito. Otras negociaciones no menos importantes abria al mismo tiempo la córte de España para tratar de paz con la Inglaterra, cosa que hubiera herido de muerte á la Holanda, que en la Gran Bretaña cifraba toda su ventura. Pero los plenipotenciarios no pudieron entenderse y la guerra continuó con mas furia. Mauricio abrió la campaña con la toma de varios fuertes y con la recia embestida que dió contra Newport. Los archiduques se habian preparado; Isabel arengó vivamente las tropas en Gante, con un ardor varonil que las llenó de entusiasmo; y casi al paso de carga recobraron los fuertes perdidos. Era preciso socorrer la plaza de Newport, que se hallaba apurada; no vaciló un punto el archiduque, pero en vez de amenazar al enemigo, sin acometerle, segun opinion de los militares mas entendidos de su ejército, les presentó batalla. Dióse esta junto á Newport y es conocida con el nombre de batalla de las Dunas. Los tercios españoles hicieron prodigios de valor, pero en lo mas reñido del combate, cuando la victoria parecia sonreírseles, cayó mal herido el caballo del archiduque, cun-

dió la voz de que el príncipe había muerto, y se pronunciaron las tropas en retirada. Quedó Mauricio tan mal tratado con su triunfo, que tuvo que replegarse á Ostende; Alberto se fué á Brujas, reforzando ántes la guarnicion de Newport con dos mil quinientos hombres.

Llamaban entretanto la atencion de la Italia dos hechos importantes; la cesion del marquesado de Saluces hecha por la Francia á la Saboya, y los grandes aprestos militares que hacia el gobernador de Milan y cuyo objeto no se conoció hasta mas adelante. En Inglaterra la llamó, aunque por pocos días, el nacimiento del que debia reinar años despues con el nombre de Carlos I, grande ejemplo de ánimo varonil y de terribles infortunios. Otro acontecimiento dió márgen á mucho descontento en Madrid, y fué la órden publicada por el mes de diciembre de la traslacion de la córte á Valladolid. Motivóla la grande escasez que allí se experimentaba, singularmente por la falta de agua y de bosques, pues siendo así que la España es considerada por su suelo como un jardin, parece Madrid situada entre penínsulas áridos y pelados, como en medio de un desierto.

CAPITULO II. — Campaña de Flandes. Sitio de Ostende. Los hermanos Espinolas. Años de 1601 á 1603.

Si el año anterior no habia podido negociarse la paz con Inglaterra, en el de 1601 se llevó á efecto la ratificacion de la que anteriormente se habia hecho con la Francia en Vervins. Así se quitaba á la Holanda un aliado, si bien éste no dejó de favorecerla ocultamente.

Los pueblos de las costas españolas del Mediterráneo elevaban incesantemente sus clamores á la córte por las incursiones de los piratas berberiscos que desembarcaban casi

siempre de noche, saqueaban algun pueblo y se volvan cargados de botin y de cautivos. Salió á la mar contra ellos con siete galeras don Martin Padilla, dióles caza, limpió de ellos la mar, á la vuelta tuvo la buena suerte de avistar nueve navíos holandeses con quienes sostuvo una accion reñida, apresó cinco, y destruyó los demás.

En los Países Bajos eran varias las alternativas de la lucha. Mauricio, enemigo activo é incansable, se puso delante de Schenck, dirigióse contra Bois-le-Duc, pero no fué mas que un amago, pues revolvió contra Rhimberg, de cuya plaza se apoderó. Tornó contra Bois-le-Duc, y aunque esta vez fué de veras, tuvo que retirarse. Tanto para distraer al enemigo, como por ser intento ya de antemano resuelto y de cuyo logro pendian grandes esperanzas, cayó Alberto contra la ciudad de Ostende. Pocos sitios mas famosos que este nos ofrece la historia moderna. Está situada Ostende á orillas del Océano, sobre un terreno pantanoso, y ceñida por todas partes de canales, dos de ellos, los mas anchos, que partiendo del mar abren camino en las altas mareas á naves de grandes dimensiones. Habíala fortificado el duque de Alba, y completado sus defensas en Holanda. Divídese en ciudad nueva y vieja; esta mira al mar, de cuya bravura la defiende un dique fuerte; á aquella la escudan murallas y bastiones, además de los dichos canales y de un camino cubierto fortificado con reductos. Los militares la creian inexpugnable, dado que fuese bien defendida y que no la faltasen municiones y víveres. A la sazón estaba bien provista de todo, y la gobernaba el caballero Francisco Vere, uno de los generales mas notables de aquella época por su valor, su sangre fria, y sus conocimientos. La primera salida de los sitiados costó á los sitia-

dores mas de quinientos muertos en el campo. Pero el archiduque tenia todo el teson de un aragonés, y cuantos mas obstáculos se oponian á sus designios, mas se aferraba en ellos. Animaba á sus tropas con el ejemplo mas que con las palabras, y estrechó de tal manera el sitio, hostilizó tan vivamente la plaza, destruyó é incendió las obras avanzadas de la misma, que puso á Vere en conflicto. Envió éste á Alberto un parlamento, con ánimo de ganar tiempo, y logró lo que deseaba, pues mientras el archiduque estaba halagado en expectativa de la rendicion, aquel recibió socorros y reparó las obras que necesitaba.

Indignado Alberto por haber sido víctima de la astucia de su enemigo, mandó dar el asalto general en 7 de enero de 1602. Las tropas españolas se adelantaban con la mayor sangre fria, y la plaza se mantenia silenciosa, como si la hubiese abandonado el enemigo. De repente resonó una detonacion formidable y los sitiadores cayeron á centenares. Vere no habia dado la voz de fuego hasta verlos en la trinchera, y en vez de cañones habia hecho cargar morteros con metralla. Nada es comparable al horror de aquella carnicería, pero tampoco nada es superior al heroismo de que dieron muestra los tercios españoles despreciando el peligro. Por unos momentos no se obedeció á la disciplina ni se movieron los soldados por masas ó pelotones; escuchando solo la voz del valor personal se adelantaron contra la plaza como si fuese ya suya la victoria. Parecia que habian dado, no recibido, el golpe de muerte. A este paso, á pesar del grande estrago, era segura su victoria. Pero Vere era un enemigo fecundo en recursos. En un momento hace abrir los dos grandes canales, é inunda el foso, los puntos acometidos y gran parte de las cercanías. A tanto ímpetu no

era posible hacer frente, y les fué forzoso á los sitiadores retirarse. Dos dias despues, obedeciendo el archiduque mas bien á la ira que á la prudencia, quiso renovar la acometida, mas la tropa se negó indisciplinada, y para restablecer la subordinacion tuvo que hacer en ella un ejemplar señsible fusilando cuarenta de los motores y condenando á galeras á ciento cincuenta.

En la córte causaron una sensacion profunda estas noticias, porque los apuros eran demasiado grandes para poder enviar socorros. Los preparativos de Milan habian ocasionado no pequeños desembolsos, y fueron infructuosos, pues la escuadra aprontada en los puertos de Italia hizo rumbo contra Argel, y dispersada por una tempestad, tuvo que volver á Sicilia. Otra expedicion que habia sido dirigida hácia la Irlanda para apoyar la rebelion de los naturales contra la Inglaterra, aunque al principio logró afirmarse en el país apoderándose de la ciudad de Kinsal, con todo no pudo sostenerse en ella; y antes de perder todo el ejército creyó preferible el general don Juan de Aguilar obtener una buena capitulacion y volverse con las tropas á España, como lo efectuó.

La atencion general de la Europa solo estaba fija en el sitio de Ostende; este se habia convertido en bloqueo desde el desgraciado asalto del 7 de enero. Mauricio, para llamar la atencion de los españoles á otro punto, se puso sobre el Brabante. Acudió Mendoza con seis mil infantes y cuatro mil caballos, y además en Tienen recibió un refuerzo de ocho mil hombres que le trajo de Italia el marqués de Espínola. Mauricio, no creyendo prudente acometerlos, se echó de repente sobre la plaza de Grave y la rindió. Por mar hacia cruda persecucion á los holandeses,

apresándoles buques de guerra y de comercio, Federico, hermano de dicho marqués de Espínola.

Un hecho político notable por este tiempo fué la embajada enviada por la córte de España á Persia, para aliarse con ella contra los turcos, prometiendo hostilizarlos por todos los medios posibles. Otro hecho digno de mencionarse fué la posesion del marquesado de Final tomada por el gobernador de Milan conde de Fuentes en nombre de los reyes de España.

En la América septentrional don Juan de Oñate remataba la conquista de Nuevo Méjico, mientras en la meridional se gozaba de una paz profunda, domados ya los araucanos, gente brava, que los dos años anteriores se habian levantado en número de cinco mil, sorprendido la ciudad de Valdivia, saqueádola y quemádola.

Federico Espínola habia pasado á la córte para proponer, en nombre del marqués su hermano, un plan con el objeto de reducir á la obediencia á los Países Bajos. Otros cuidados aquejaban al gobierno. El pueblo gemia en la miseria, los proletarios se quejaban por la falta de trabajo y la escasez de alimentos, no podian cobrarse los pechos, y el erario estaba exhausto. Discutiáse en el consejo de Castilla qué remedio se pondría á tantos males, y ciegos ó alucinados los mas creyeron que todo procedia del dinero que se gastaba en alhajas de oro y plata para las iglesias y la grandeza: salió pues un edicto sobremanera difuso, prohibiendo fabricar vajillas y alhajas de oro y plata, así como la exportacion de estos metales á países extranjeros. El clero, la nobleza, la industria y el comercio pusieron á una el grito en las nubes, y el edicto caducó sin cumplimiento. Otro medio no menos fatal ideó el duque de Ler-

ma, tal fué el aumento de valor de la moneda de vellon. Para demostrar lo pernicioso de esta medida escribió Mariana el tratado «De Mutatione monetæ», que le valió persecuciones y encarcelamiento. En mal hora, pues, proponia planes que necesitaban grandes dispendios Federico Espinola. No obstante se adoptó todo cuanto propuso, y con esto salió á la mar con ocho galeras. Poco despues le perdió su espíritu emprendedor, si bien acabó sus días con gloria, pues habiendo avistado una escuadra holandesa superior en fuerzas, no vaciló en acometerla, y en lo mas reñido del combate fué herido mortalmente.

Sabedor de su muerte su hermano Ambrosio, renunció á prestar servicios por mar, y en el año de 1603 se presentó al archiduque brindándole con lo que valiese en los Países Bajos si le empleaba en el ejército de tierra. Continuaba el bloqueo de Ostende, pero las demás operaciones se resintieron de la sublevacion de tres mil infantes italianos y dos mil caballos que se pasaron á Mauricio, y por algun tiempo pusieron de su parte la ventaja.

Lo que en 1601 habia hecho don Martin Padilla contra los corsarios berberiscos, hizolo en 1603 el prior de la órden de San Juan don Diego Brochero, ahuyentando de las costas de España á los piratas. Para completar la semejanza con Padilla, habiendo salido á convoyar los galeones que venian de las Indias cargados de plata, en el cabo de San Vicente sostuvo un combate con la escuadra holandesa á la que apresó siete navíos. Mala suerte llevaban tambien los holandeses en las Indias orientales, pues los portugueses destruyeron muchos de sus establecimientos.

Pero el acontecimiento mas notable del año de 1603, fué la muerte de la reina Isabel de Inglaterra. Reinaba des-

de el año de 1558, y puede asegurarse que fué la que echó el primér cimiento de la grandeza marítima de aquel pueblo comercial. Resistiendo con todo su poder al de Felipe II, contrarestando con los esfuerzos del vicealmirante Drake los ímpetus colosales de la famosa escuadra titulada la «Invencible», apoyando con todas las fuerzas de la Gran Bretaña la sublevacion de las provincias unidas, auxiliando á Enrique IV de Francia, y aliándose con él para combatir la pujanza española, fué una influencia fatal para nuestra raza austríaca y para la nacion al cuidado de la misma encomendada. La decadencia española no data de la dominacion de Richelieu ni de la de Luis XIV: el golpe mas fatal que la dejó casi entumecida y desangrada le recibió de la reina Isabel de Inglaterra. Su muerte, tan sentida en Holanda, fué para la España una especie de respiro tras una lucha larga y desesperada. Y como si la Providencia, despues de muchos dias encapotados, quisiese conceder á la monarquía el alivio inesperado de un cielo sereno, no bien Isabel bajó al sepulcro cuando se vió asomar en los Países Bajos la divisa de un capitan famoso, de Ambrosio de Espinola, digno competidor del no menos ilustre Mauricio de Nasau.

CAPÍTULO III.—Ambrosio Espinola. Rendicion de Ostende. Años de 1604 á 1606.

Abrióse pues el año de 1604 con esperanza de mejores tiempos. El rey juntó córtes en Valencia, en donde despues del juramento de costumbre recibió un donativo de cuatrocientos mil ducados. Bien le necesitaba el erario segun eran los aprestos militares que en varias partes se hacian. El marqués de Santa Cruz salió de Nápoles con las galeras que mandaba, limpió de corsarios y piratas el Ar-

chipiélago , entregó al saqueo las islas de Patmos , Longo , Estache y Zante , así como la ciudad de Durazo en la Albania , y volvió á Nápoles con fortuna y con un rico botín.

La córte , á pesar de algunos prósperos sucesos parciales , conoció cuanto la importaba negociar la paz con Inglaterra , y mas en la presente coyuntura , cuando acababa de sentarse en el trono Jacobo I , poco amigo de los holandeses segun fama . No obstante esta circunstancia , sus ministros habian logrado hacerle firmar con Francia un tratado secreto contra la España : mas habiendo enviado el gabinete español de embajador á Lóndres al conde de Villamediana don Juan de Taxis , los negocios mudaron en breve de aspecto . Fué por entonces voz pública que este embajador , hombre de grande actividad y travesura , habia ganado con intrigas y dádivas el consejo británico ; pero aun con esto costó mucho firmar la paz , porque los plenipotenciarios ingleses querian que constase en uno de los artículos del tratado , que les seria permitido á los súbditos de la Gran Bretaña comerciar en las Indias españolas : ejemplo de proteccion digno de ser imitado . Por fin , se logró dejar pendiente este punto , y en 19 de agosto de 1604 , habiendo llegado á Lóndres el duque de Frias , condestable de Castilla , apoderado especial del gabinete español , se firmó la paz . Grande sentimiento causó en Holanda esta noticia , y en Ostende decayeron los ánimos de sus defensores . Por el contrario cobraronlos cada día mayores los españoles . Acabábase de dar el mando á Ambrosio de Espínola , gran soldado , que para captarse la benevolencia de los demás jefes , casi todos mas antiguos que él , los juntó en consejo , pidióles su dictámen como mozo que le necesitaba de los mas avisados , y con trato lleno de moderacion y entereza

se atrajo, si no su afecto, su respeto. Tocante á los soldados procuróse recursos haciendo el sacrificio de su propio patrimonio, y una vez los tuvo al corriente de sus atrasos, mandólos como hombre que tiene derecho á la obediencia. Tocó en ellos un resorte que rara vez deja de producir efecto: tal fué la emulacion que logró encender entre los españoles, italianos, alemanes y walones. Al poco tiempo de su mando consiguió acercar las tropas á la plaza de Ostende, poniéndolas á cubierto de sus fuegos, cosa que en mas de dos años y á pesar de reiteradas tentativas no se habia podido lograr. Conociendo Mauricio que se las habia con un hombre inteligente y resuelto, procuró llamar su atencion poniendo sitio á la ciudad de Esclusa cuya posesion queria conservar el archiduque. Defendíala el general Serrano, hombre de valor y pericia. Alberto mandó á Espínola que fuese á socorrerla; mas fué inútil cuanto se hizo para salvarla, pues la gente misma que de refuerzo se metió en la plaza, no sirvió mas que para consumir en pocos dias los escasos víveres que en ella habia; y por hambre tuvo que rendirse, aunque con todos los honores de la guerra.

Buscó Espínola un glorioso desquite acometiendo con ímpetu la parte vieja de Ostende en donde penetró, y embistiendo despues un reducto que á la parte nueva escudaba. En este asalto, unos tras otros fueron rechazados con grande estrago los tercios italianos y españoles, pero tras ellos se alojaron en la brecha los alemanes despues de haber volado á sus piés una mina que diezmó horribilmente sus filas. Era el último golpe que debia recibir Ostende; ya no era posible mas prolongada resistencia, y la plaza se rindió en 20 de setiembre. La mayor parte de sus habitantes emigraron á Esclusa. Muchos millones se gastaron

en esta empresa, y en tres años acaso murieron cien mil combatientes de entrambas partes; pero la obstinada resistencia de aquella plaza, si bien dió lustre á las armas españolas; de hecho salvó la independenciam holandesa, pues su constancia dió tiempo para afianzarse á las provincias unidas, mientras todos sus enemigos estaban concentrados en un punto desangrando en él sus cuerpos y su hacienda pública. Triunfante Espínola pasó á la córte de España, de donde volvió á los Países Bajos habiendo obtenido refuerzos y no escasos recursos pecuniarios.

Al comenzar el año de 1603, los estados de Holanda hicieron que Mauricio embistiese la plaza de Amberes, mas Espínola se lo impidió con hábil estrategia. Alargaba este las operaciones mientras le llegaban de España los esperados refuerzos. Venian estos en ocho buques, de los cuales solo cuatro aportaron en los Países Bajos, pues los restantes cayeron en poder de los holandeses, quienes cometieron la crueldad atroz de atar de dos en dos á los infelices soldados y de arrojarlos al mar. Suplieron en parte su falta otros refuerzos venidos de Italia y de Alemania. Pónese en movimiento Espínola; se apodera de Ordenzeel y Lingen, y amenaza la plaza de Maestrik. Envia un cuerpo de ejército para embestir la plaza de Wachtendouck. Acude para socorrerla Federico de Nasau, hermano de Mauricio, y es rechazado; viene el mismo Mauricio con tropas de refresco, y á su ímpetu cejan ordenadamente los españoles; en este apuro Espínola dió muestras de su inspiracion bélica; adelántase al socorro de su gente con seiscientos caballos y la mayos parte de los tambores de su ejército en las grupas, para dar á entender al enemigo que acudian al empeño todas las tropas.

Mauricio se retira, nó sin sufrir pérdidas considerables que le obligan á guardar la defensiva durante el resto de la campaña. En vano intentó entrar en Güeldres por sorpresa, pues halló una viva resistencia en donde pensaba entrar sin quebranto. Wachtendouck se rinde. Coronado con nuevos laureles vuelve Espínola á España, otra vez en demanda de socorros. No le favorecieron este año las circunstancias, pues el gabinete español, á pesar de que por el feudo de los Países Bajos estaba en ánimo de desangrar la España entera, encontrábase en grandes apuros pecuniarios. Sabíase que una tempestad furiosa habia sumergido casi enteramente la flota que debia llegar de América. Acudióse á los mas acaudalados comerciantes de Cádiz y otras ciudades, pero nadie quiso adelantar fondos, aunque se prometia el pago con los primeros que llegasen de las Indias. Solo cuando Espínola dijo que hipotecaba sus bienes, alcanzó los adelantos que deseaba. Volvióse por Italia, en donde estuvo unos dias enfermo de algun cuidado. A la sazón murió Clemente VIII, y fué su sucesor León XI, cuyo pontificado duró solo veinte y cinco dias. Sucedióle Paulo V.

En 8 de abril habia nacido en el real alcázar un infante que despues reinó con el nombre de Felipe IV. La córte volvió á trasladarse á Madrid. Llamó la atencion en las costas africanas la brusca arremetida de los moros contra Tánger y Arcilla, como tambien el denuedo con que fueron rechazados. En nuestros mares acaeció la quema de diez y nueve buques holandeses hecha por don Luis Fajardo en las salinas de Arraya. El marqués de Villafranca don Pedro de Toledo apresó en el estrecho de Gibraltar once corsarios turcos. En las Indias orientales los portugueses se apoderaron del reino del Pegú; los holandeses embistieron con furia la

ciudad de Malaca , de donde fueron rechazados por Mendoza , á quien prestó muy oportunamente auxilio don Martin Alonso de Castro , virey de Goa.

Con la noticia de la enfermedad de Espínola , y mas por la voz que cundia de su muerte , dábanse por bien librados los holandeses á principios de 1606 , de modo que habian descuidado hacer grandes preparativos para la campaña de la primavera. Cogióles pues de sorpresa la nueva de la llegada repentina de Espínola á Bruselas , con dinero para pagar las tropas y con anuncios de refuerzos. Mauricio se vió obligado á guardar la defensiva como lo habia hecho á fines de la campaña anterior. Espínola se apoderó sin grandes obstáculos de las plazas de Lucken y Groll. Acometió despues la de Rhimberg , que varias veces habia sufrido la alternativa de la conquista durante la guerra , y tambien la rindió , aunque no sin grandes pérdidas y derramamiento de sangre. En vano probó Mauricio á recobrar á Groll , pues acudiendo al reparo Espínola , le ahuyentó. Tambien el honor de esta campaña fué para el general genovés.

Por entonces la Italia estuvo á punto de arder por las graves diferencias suscitadas entre el papa y la república de Venecia , á causa de haber prohibido esta las donaciones á favor de los eclesiásticos. Llegó la cuestion al punto de poner el sumo pontífice entredicho en los estados de la república. En 15 de setiembre nació en Madrid el infante don Carlos. En las Indias occidentales eran de ver los pasos que los franceses é ingleses daban , aquellos en sus establecimientos del Canadá que databan de 1604 , y estos con el acta de 2 de noviembre de 1606 en la cual Jacobo primero hace concesion de varios terrenos , primer origen de las colonias inglesas en América.

CAPITULO IV.—Combate marítimo con los holandeses. Treguas con Holanda. Expulsion de los moriscos. Años de 1607 á 1610.

Los holandeses aumentaban cada dia su poder marítimo, y en el año de mil seiscientos siete, habiendo equipado una escuadra mas numerosa que las anteriores, hicieron sufrir pérdidas considerables al comercio español, y en las aguas mismas de Gibraltar destrozaron casi enteramente una armada española de veinte y una naves. Los dos almirantes que mandaban entrambas flotas murieron en la pelea, que fué en extremo reñida. Este golpe le fué muy sensible al gabinete español porque le amenazaba de muerte en lo mas vivo, pues no teniendo expeditas las vias marítimas ya no era dable poner confianza en la periódica llegada de los convoyes de América cargados de plata. Ni la mucha sangre derramada, ni los sentidos clamores de la miseria pública habian podido conmover al gobierno; pero el temor de la inminente interceptacion de los convoyes le hizo estremecer. De aquí nacieron los vivos deseos de paz con las provincias unidas, deseos que el archiduque Alberto sentia acaso mas vivamente que la corte. Espínola los aprobaba, nó porque temiese que en la continuacion de la lucha se marchitasen sus pasados laureles, sino porque creia que aquella guerra, inflamada por principios religiosos y sostenida por un pueblo lleno de bravura que habia jurado morir por su independenciam, era interminable, aun dado que el fuego de la rebelion no se propagase á la parte sumisa de los Países Bajos. Enviáronse pues dos comisionados para entablar una negociacion conciliadora. Negáronse á tratar los holandeses si ántes no se reconocia su independenciam. Ney, general de los franciscanos, nuevo apoderado envia-

do por Alberto , propuso que se pasase por encima de la cuestion , diciendo en las negociaciones que se trataria con los estados generales de Holanda como con un pueblo libre. La noticia de estos preliminares llenó de júbilo á los holandeses , pues hacia cuatro años que duraba la guerra , cada dia sostenida con nuevo furor y encarnizamiento. Los ministros protestantes no podian volver en sí de su asombro al eco de aquella gran novedad , y alarmaban á sus correligionarios diciendo que todo eran asechanzas de la España para recabar con astucia lo que por la fuerza no habia podido conseguir. Moviéronse á una la Francia , la Inglaterra y la Dinamarca como para tratar de una gran cuestion que á todos interesaba , y enviaron embajadores á la Haya para asistir á las conferencias entabladas. Habia costado mucho determinar á los estados de Holanda á que enviasen plenipotenciarios. Oponiase á este paso Mauricio , diciendo que el deseo de paz era en los españoles fingimiento y artificio ; que era marcada la segunda intencion con que procedian , pues , amortiguado en el ocio el espíritu belicoso de los holandeses , los cogierian al fin desprevenidos abrumándolos con fuerzas preparadas bajo la sombra de una paz mentirosa. Impugnaba al príncipe holandés Barneveldt , hombre en letras y en elocuencia eminente , quien sostenia que la España habia obrado con ellos , nó solapada sino muy abiertamente ; que despues de haber probado su valor les daba la mano de amigo ; que era sobremanera peligroso rechazar una proposicion de paz , y mas cuando venia de parte de quien podia dar la última sancion á su independenciam á tanta costa comprada ; y por último que las siete provincias unidas se habian levantado en masa , nó para hacer eternamente la guerra á la España , sino para obtener de ella lo

que la justicia de su causa demandaba. Lo que una vez obtenido ú ofrecido, si se rechazaba, no estaria la justicia de parte de la Holanda. Los estados adoptaron esta opinion y enviaron sus plenipotenciarios al Haya.

Juntáronse en 1608 las córtes de Castilla y de Leon, que hicieron un gran donativo al rey, y estando presentes los procuradores de las ciudades, la grandeza y el clero, en 13 de enero, en San Gerónimo del Prado se juró por heredero de la corona al príncipe don Felipe. A poco llegaron noticias de que en la América meridional habia sido conquistada la provincia de Taracocias y agregada al Perú. Súpose tambien que los araucanos, tribu brava nuevamente sublevada, habian sido derrotados por Navarrete con muerte de su general. En esta guerra dió mucho que hablar de sí Catalina Arauso, guipuzcoana de ánimo grande, que vestida de soldado siguió los azares de la guerra y obtuvo por su valor el grado de alférez. El holandés Blens embistió la ciudad de Mozambique, de donde fué rechazado, y al volver á Europa murió con muchos de los suyos queriendo probar fortuna contra el fuerte de Mina, que fué denodamente defendido por Melo. No obstante estas hostilidades parciales, continuaban las negociaciones en la Haya, por cuyo motivo las operaciones de los dos ejércitos beligerantes seguian lánguidas y con flojedad para no derramar la sangre inútilmente.

En 9 de abril, habiéndose ántes trasladado los plenipotenciarios á Amberes, se concluyó en esta ciudad un tratado, llamado la tregua de doce años, entre Holanda, Flandes y España, con garantía de la Francia y la Inglaterra. Reconociase en el primer artículo por libres é independientes las provincias unidas. La monarquía española respiró por

unos dias en calma, y pudo volver su atencion á los corsarios y piratas moros que habian hostigado sin cesar sus navés y destruido su comercio haciendo presas considerables. Para escarmentarlos salió de Cádiz don Luis Fajardo con doce navíos, apresó de paso un pirata riquísimo, embistió á una armada turca en frente del fuerte de La Goleta, la destrozó, y dió la vuelta á Cádiz cargado de grandes riquezas. Por este tiempo fué destronado Muley, rey de Fez, de Marruecos y Sus, y acudió á España implorando auxilios, que le fueron otorgados con condicion de entregar la plaza de Larache. Salió para África con varias galeras españolas, y en 20 de noviembre se presentaron á vista de aquella ciudadela, y la tomaron sin resistencia. Muley habia cumplido su palabra; solo faltaba que los españoles se atuviesen á lo ofrecido: pero Muley fué asesinado en su tienda, dicen que por un moro.

Entramos en el acontecimiento mas memorable, no solo del año de 1609, sino tambien de todo el reinado de Felipe III: tal fué la expulsion de los moriscos decretada por edicto firmado en el Escorial en 11 de setiembre de dicho año. Abrió el clero español las primeras páginas de este famoso proceso que tanto dió que hablar al mundo. Quejábanse continuamente de que nada podian la persuasion ni la dulzura, la actividad ni los sermones de los párrocos para mantener en el rebaño católico á unos hombres infieles, obstinados en el error, incorregibles, traidores al rey y á la patria, que tenian inteligencias con los piratas enemigos, y les daban la mano en sus incursiones; suplicaban por tanto que el rey se dignase expelerlos de sus dominios como yerba mala y ponzoñosa. Estas súplicas apoyadas por altos personajes llamaron vivamente la atencion del monarca,

y se discutieron en consejo de estado las medidas que era conveniente adoptar.

La palabra expulsion no era nueva en España. Entre los privilegios concedidos á los moradores de Barcelona leemos uno del rey don Jaime I de Aragon , otorgado en 1265 , en el que se decreta la expulsion de dicha ciudad de todos los mercaderes lombardos , florentinos , senenses y luquenses. En 1492 fueron expelidos los judíos , aunque dándoles tiempo para permutar sus bienes muebles y raices por frutos y géneros del país , pues no se les permitió llevar consigo oro , ni plata , ni moneda. En 1501 se decretó la expulsion de todos los moriscos de los reinos de Castilla y de Leon , exceptuando los cautivos , que eran mirados como propiedad particular : se les mandó salir precisamente por los puertos de Vizcaya , y se les prohibió ir á otros puntos de España , de África y de Turquía. Este edicto no comprendió á los moros menores de catorce años ni á las moras menores de doce. Tampoco se les permitió llevar oro ni plata , y solo sí muebles ó géneros. De estos edictos aparece que la política de aquellos tiempos se encaminaba á hacer desaparecer las razas hostiles , no amalgamándolas con las fieles , sino destruyéndolas. En una ley de 1502 leemos que ningun moro convertido puede traer armas , y se le conmina con la pérdida de los bienes y con la muerte. En otras de 1526 y 1549 se dice á los moros convertidos que no piensen igualarse con los CRISTIANOS VIEJOS. El mismo legislador sancionaba el uso de unos apodos y distintivos que debian constantemente enconar unos contra otros los ánimos de los vasallos. No obró de esta suerte Carlos III cuando á fines del siglo XVIII equiparó con todos sus demás súbditos á los convertidos descendientes de los judíos

mallorquines, y les abrió el camino á todas las carreras y honores. Mas en aquella época eran otras las circunstancias y otras tambien las ideas por las cuales se regian los gobernantes. La mayor parte de los moros de Castilla y de Leon habian quedado acorralados en Vizcaya. Entregados á la industria, á la agricultura, y al comercio se enriquecian diariamente; una ley de 1560 les prohibe tener esclavos á semejanza de los demás señores. Otra ley del mismo año les veda usar su idioma, y fulmina penas contra los sastres que les vistan al estilo oriental. Varios establecimientos de baños árabes existian todavía en Granada y en otras ciudades del reino, y eran muy concurridos; otra ley del mismo año los manda cerrar. Por último, en 1572 se mandó llevar un registro y lista general de moriscos, como para contar las víctimas y las riquezas que á la rapacidad podian ofrecer.

Bueno es tambien, antes de formar opinion, apuntar bajo qué principios han procedido en sus colonizaciones los varios pueblos. En la América española puede asegurarse que no ha habido sistema fijo. Los conquistadores destruian las razas vencidas y al mismo tiempo se amalgamaban con ellas por medio del consorcio: allí es donde ha habido mas cruzamiento de razas. Además encontraron pueblos semi-civilizados que se prestaban sumisos al yugo cerrando el campo á la destruccion airada, y como en el cruzamiento de razas la parte mas numerosa lleva la ventaja, ha sucedido que al emanciparse Méjico y el Perú han dominado las razas mejicana y peruana, y la raza española ó no se encuentra ó es muy insignificante. Por el contrario en las colonias inglesas. La idea dominante de los llamados plantadores americanos ha sido siempre la de no mezclarse con

los naturales , la de irlos acorralando por grados y destruyendo sus selvas y sus guaridas , la de conservar pura la raza blanca , y no amalgamarla jamás con la cobriza. Así al emanciparse los Estados Unidos no son indios los que se han emancipado , sino ingleses. Y es sabido cuanta superioridad tiene sobre aquellos esta raza. En nuestros días están fluctuando los franceses sobre cual de los dos sistemas de colonizacion adoptarán en la Argelia ; conocida es la opinion del mariscal Pugeaud , que queria trasladar allí la raza francesa por medio de colonias militares ; otros quieren afrancesar los árabes , cosa cuya consecucion , atendida la marcha de los sucesos humanos , se tendria á milagro. Es natural pues que la España se encontrase en la misma alternativa de destruir la raza vencida que abrigaba en su seno , ó bien de amalgamarla con la vencedora. Esto último presentaba dificultades grandes y casi insuperables , de manera que no es extraño que los legisladores adoptasen el primer sistema que á la vez favorecia las miras ambiciosas de los gobernantes y de sus allegados. En suma , pudo existir una razon de estado para la expulsion de los moriscos ; y como es sabido que las razones de estado no atienden á la justicia ó injusticia de los medios sino á la consecucion del fin , resultó decretada por ella una de las mas grandes iniquidades de que hace mencion la historia , tanto antigua como moderna.

El edicto de expulsion contiene algunas frases en las que es preciso parar la atencion. Cuando en 1492 se expulsó á los judíos , dióseles un tiempo de respiro para que entrasen y saliesen del reino , y permutasen sus bienes muebles y raices por otras cosas que se les permitia exportar. Entonces Isabel la Católica trataba solo de expulsar , nó de sacar un

partido material y bajo de la expulsion. En el edicto de 1609 se lee que salgan del reino todos los moriscos, hombres, mujeres y niños, pero que sus bienes raíces queden para la hacienda del rey. Y sin embargo de que parece quererse borrar hasta el nombre y la memoria de los moriscos, se exceptúa del edicto á los esclavos para no perjudicar á los cristianos viejos, sus dueños. Tratábase pues no solo de expulsar á los moriscos, sino, y acaso principalmente, de apoderarse de sus haciendas. Isabel obró en 1492 como verdadera reina; el duque de Lerma obró como un tirano ávido de oro, con sed insaciable. Para formarse una idea de la parte que cupo á los principales personajes que anduvieron en el despojo, bastará saber que el rey regaló ciento cincuenta mil ducados al conde y á la condesa de Lemos, y trescientos cincuenta mil al duque de Lerma y á su hijo.

Los moriscos, hechos el blanco de la persecucion popular, obedecen el mandato, y en fin de setiembre llegan trescientos mil á Denia, uno de los puertos que se les habian destinado para embarcarse. No habia bastantes naves prevenidas, y solo cuarenta mil infelices pudieron embarcarse, casi todos viejos, niños y mujeres. En otros puertos sucedió lo mismo. Viéndose solos los hombres robustos, unos se juntaron en el valle de Allora, y eligieron por rey á Furigi, moro rico; algunos se dividieron en bandos y entregaban los pueblos al saqueo; otros, de la costa, eligieron por rey á un molinero llamado Millini, y fuéron á buscar un refugio en las montañas agrestes, que circundan el valle de Alahuar. Teníalos ciegos el furor; sin armas ni municiones, no les valieron las inteligencias de que les acusaban con los árabes y los corsarios turcos; tuvieron que rendirse y fueron expulsados. Espectáculo miserable.

Registrábanlos antes de embarcarse de un modo insultante, particularmente para las mujeres, pues no se les permitía embarcar alhajas, ni dinero, ni letras de cambio; robábanlos en las naves los marineros, como á gente feroz abandonada del cielo y á la que era meritorio atormentar; habíase escogido para el embarque la estacion mas borrascosa del año, de suerte que la mayor parte perecieron sepultados en el mar, y los pocos que llegaron á salvo á las regiones africanas fueron robados y asesinados como malos moros: aquí los mataban y robaban como á malos cristiano. Desgracias tanto mas deplorables cuanto no pocos incautos creyeron que eran asesinados en nombre de una religion toda paz, humanidad y dulzura. Invóquese enhorabuena una razon de estado buena ó mala, pero nunca se mezcle el nombre santo de Dios con las atrocidades y miserias de la humana flaqueza.

Mientras el gobierno español procuraba por estos medios destruir los pocos elementos de vida que en la nacion habia encontrado, y dar un golpe de muerte á la agricultura, el monarca francés meditaba grandes proyectos para reunir á los demás reyes de Europa en alianza contra la casa de Austria y la monarquía española. Era Enrique IV un enemigo tanto mas temible, cuanto desde mucho tiempo guardaba enconada la saña contra los que se habian opuesto mas resueltamente á su dominacion y reinado. Pero en el tiempo mismo en que tenia en su mente designios vastos para establecer una especie de equilibrio europeo, dió al mundo un espectáculo atroz el regicida Francisco Ravallac, que le esperó en la calle, y le dió de puñaladas en su mismo coche. Puesto en el tormento, no se recabó del miserable asesino sino la confesion de que hacia mas de un

año que andaba buscando coyuntura para acabar con Enrique IV, porque era defensor de los protestantes. Sucedió este atentado en 14 de mayo de 1610. Llegó la noticia á la córte de España, que á la sazón estaba en la villa de Lerma, en donde nació á 24 de mayo la infanta doña Margarita de Austria, y se envió á París al duque de Ferrara don Gomez Suarez de Figueroa, para dar el pésame á la reina viuda, y al tierno hijo de Enrique, que le habia sucedido en el trono con el nombre de Luis XIII.

En las islas Filipinas el dia 24 de abril tuvo lugar un combate reñido entre don Juan de Silva y una escuadra holandesa, de la que fueron apresados algunos navíos. Conviene saber que en aquellas remotas regiones no debia empezar la tregua con Holanda sino un año despues de haber principiado en España.

CAPITULO V.—La doble boda. Disturbios en Italia. Años de 1611 á 1615.

Por el mes de abril de 1611 el enviado español en París creyó obtener un triunfo recabando lo mismo que la regenta de Francia deseaba ardientemente: el arreglo del doble matrimonio entre la infanta Isabel de Francia y el príncipe de Asturias de una parte, y el del rey Luis de Francia con la infanta Ana de España de otra. Deseábalo la de Médicis para tener un apoyo contra algunos nobles de su mismo reino que amenazaban su poder, y para demostrar á los protestantes franceses que su imperio habia acabado. Anhelábalo no ménos vivamente Felipe III para desarmar á una córte enemiga. Convinieron al mismo tiempo en firmar alianza, que fué defensiva, pero nó ofensiva: á esto último se opuso tenazmente María de Médicis, pues no era su ánimo ensanchar su dominacion sino conservarla. En 22 de setiem-

bre nació el infante don Alonso , á quien se llamó el Caro porque su nacimiento costó la vida á su madre : él mismo solo vivió un año. Por mar no se mostraba ya tan ceñuda la fortuna. Don Juan Fajardo apresó varios corsarios rocheleses y turcos ; Silva otros cuatro de Marruecos ; Lara rindió dos de esta misma nacion , en los cuales encontró tres mil preciosos volúmenes árabes ; el marroquí ofreció por su rescate setenta mil ducados ; mas no queriendo soltar por ellos los muchos cristianos que tenia cautivos , precio puesto por el gobierno español , los libros se llevaron al Escorial. En Italia una nube política amenazaba tormenta. Carlos Manuel , duque de Saboya , se habia sentido con bríos para levantar el estandarte de la independencia italiana , aprovechándose del desgobierno en que la córte española estaba sumergida. Al efecto habia firmado un tratado secreto con Enrique IV , y ahora , muerto éste , y cambiando de política la regenta , se veía hecho el blanco del furor de los españoles. Conoció que para emprender solo su empresa atrevida necesitaba tomar un respiro , por lo que envió á Madrid á su hijo para hacer pleito homenaje. A la sazón fué desolada Constantinopla por una peste terrible. En otra nacion , hasta este dia olvidada en un extremo de la Europa , subia al trono un héroe á quien conoceremos despues con el nombre de Gustavo Adolfo.

En el año de 1612 se ratificó la doble boda , con renuncia de los derechos que por tales matrimonios pudieran vindicarse sobre ambos tronos , y aunque el contrato no se firmó ni consumó hasta tres años despues , anticipóse la pública manifestacion de alegría con grandes fiestas , arcos triunfales , iluminaciones y todo linaje de regocijos. Hasta en Sicilia se recogió mucho dinero para las fiestas : pero el

duque de Osuna, hombre de un talento superior, y de no menor originalidad, que allí mandaba, le destinó en un arranque filantrópico para la dotacion de muchas doncellas, circunstancia que por los visos que tenia de desaire á la majestad real, que demanda siempre gran pompa, no la echaron sus enemigos en saco roto. La marina española no escaseó tampoco este año sus triunfos, pues delante de La Goleta quemó una escuadra de once velas turcas, y en un desembarco hecho en Chireli de Berbería vengó las atrocidades de los piratas enemigos con otras no menores. En el Brasil los portugueses se defendian resueltamente contra los ingleses y holandeses. En 20 de enero habia pasado á mejor vida el emperador Rodolfo II, y le sucedió su hermano Matías, nó sin alguna influencia española.

En el año de 1613, mientras las galeras de Nápoles apresaban siete buques turcos, y perseguian ó encerraban en sus guaridas á los numerosos corsarios y piratas, el duque de Saboya, maduros ya sus planes, pretendió la posesion del Monferrato, entró en él á mano armada, ocupó militarmente casi todas sus plazas, y con artificios é intrigas diplomáticas obtuvo la cooperacion secreta de la Francia, entretuvo á la España con amenazas de alianza con la Francia, al papa con la de unirse á los herejes, y á Venecia con dar auxilio á los turcos.

Puso sitio á Niza, pero en ella se estrelló por entonces, pues acudiendo el gobernador de Milan se lo hizo levantar.

Indignado Felipe III mandó al gobernador de Milan que enviase un embajador á Turin con orden de intimar al duque de Saboya que dejase de mover disturbios en Italia y de hostilizar al duque de Mantua. Oyó Cárlos Manuel la em-

bajada con marcadas muestras de descontento, y por toda respuesta mandó salir de sus estados al embajador español. Una vez tomada una resolución tan atrevida, se movió con su ejército contra varios pueblos del Milanesado, que entregó al saqueo, sin que bastasen á impedirlo treinta y tres mil hombres de tropas españolas aguerridas. El monarca español publicó un manifiesto en el que desposeia solemne y airadamente de su ducado al de Saboya. No se dió éste por vencido, ántes contestó con otro manifiesto, afirmando que nunca habia dependido de la España. El secreto de su animacion y arrojó consistia en las reyertas que, aliándose secretamente con Mauricio Nasau, habia logrado encender en Alemania para llamar vivamente por aquel lado la atención de la España. El marqués de Brandeburgo y el conde Palatino andaban en encendida discordia sobre la posesion de aquel marquesado. Mauricio tomó el partido del marqués, ya porque éste era protestante, y ya tambien porque deseaba agregar amistosamente sus estados á la Holanda. En contra, la España tomó el partido del conde, solo porque era católico. Fueron curiosas las operaciones militares en las márgenes del Rhin, pues Espínola y Mauricio, cada uno al frente de un ejército numeroso, huian de hostilizarse mutuamente para no faltar á la tregua, y al propio tiempo se echaba cada uno contra distintas plazas, apoderándose de ellas casi sin resistencia. De esta suerte se repartieron el país. A Espínola le tocaron principalmente las plazas de Orsoy y Wesel, quedando por entonces así las cosas. Por mar continuaba próspera la fortuna, pues aunque los turcos lograron momentáneamente desembarcar en Malta, fueron arrojados de la isla por tropas españolas con pérdida de muchas galeras. A cinco leguas de Tanger don Luis Fajardo

derrotó á los sarracenos , y tomó posesion del pueblo de Mármora.

A principios de 1615 anhelaban los españoles tomar alta venganza del duque de Saboya por el terror que habia esparcido en el Milanésado. Viniendo á las manos los dos ejércitos , dióse la batalla de Asti , famosa por la circunstancia de haber sacado de ella lauro y ventajas el duque de Saboya , que fué vencido. En ella dió pruebas de ser un gran capitán , tranquilo é inspirado en lo mas horrible de la carnicería. De resultas se firmó la paz entre los dos ejércitos con garantía de la Francia y de Venecia. Felipe III no podia dar crédito á tan sorprendente noticia , y en el primer arranque de cólera relevó del mando al marqués de Hinojosa , que habia dirigido las operaciones militares , y envió para sucederle al marqués de Villafranca. Otros acontecimientos llamaban la atencion pública. En 18 de octubre celebróse en Burgos el matrimonio de Luis XIII de Francia con la infanta de España , y en 9 de noviembre en Burdeos el del príncipe de Asturias con la infanta de Francia. En medio del rio Vidasoa , con una magnificencia extraordinaria, fuéron canjeadas poco despues las dos princesas. El primer efecto ostensible de tales matrimonios fué la negativa dada por Luis XIII al duque de Saboya , que le reclamaba socorros ; el segundo efecto secreto de los mismos fué que los socorros negados abiertamente al sáboyano , le fuéron concedidos por debajo de cuerda : consecuencia natural de los enlaces regios hechos con la mira de ligar la política de dos distintas naciones. Además el duque de Saboya, mirado desde la batalla de Asti como el verdadero y digno adalid de la nacionalidad italiana , obtuvo sin grande esfuerzo de Venecia , con la cooperacion de la diplomacia francesa , un au-

xilio de tropas y una consignacion de setenta y dos mil ducados mensuales para llevar adelante la guerra.

CAPITULO VI.—Guerra en Italia. Persecucion de los piratas. Dictamen del consejo de Castilla sobre la despoblacion de España. Caída del duque de Lerma, Años 1616 á 1619.

El marqués de Villafranca habia logrado hacer entrar en sus miras al duque de Nemours con la esperanza de que le tocarian los despojos del de Saboya. Consultando el nuevo campeón mas bien sus deseos que sus fuerzas, acudió al llamamiento con seis mil hombres de mala índole. Echáronse estos contra los habitantes del valle de Sizeri, y los saquearon sin compasion. Mas luego que hubieron llenado su codicioso afan de botin, desbandáronse, y abandonaron al de Nemours; éste tuvo que implorar la generosidad del saboyano, cuyo carácter caballeroso no se desmintió en esta circunstancia, pues pudiendo vengarse del que le habia agraviado, prefirió volverle á su amistad y confianza. Movióse por su parte el marqués de Villafranca con treinta mil hombres, con ánimo de embestir la plaza de Vercelli; mas cerradas las avenidas de la misma por el duque de Saboya, contentóse aquel con entregar al saqueo el Piamonte. En represalias Cárlos Manuel anduvo recogiendo botin en el Monferrato. Venida la primavera, el español embistió la plaza de Sangermano, y la ganó. Además, con hábiles maniobras pudo burlar la vigilancia del duque de Saboya, y echándose repentinamente sobre su retaguardia cogióla desprevenida, la tomó armas y bagajes, y la hizo perder mucha gente entre muertos y prisioneros. Mientras esto pasaba en Italia, se ilustraba en los mares de Levante don Francisco de Ribera, quien á mediados de junio salió de Nápo-

les con cinco galeones y un patache, en que iban mil mosqueteros y seiscientos marineros, y dió caza con estas tan escasas fuerzas á casi todas las marítimas de que disponian los turcos. Contra ellas sostuvo en tres dias consecutivos tres combates, en los cuales les mató mas de tres mil hombres, y les destrozó cincuenta galeras. No menor lauro que Ribera adquirió don Manuel de Meneses, embarcado en la nave de San Julian, la que, separada de un convoy por un recio temporal, resistió sola durante dos dias las recias acometidas de cuatro piratas ingleses. Estos huyeron con pérdida de doscientos hombres y su gefe. Quedó tan mal tratada la nave vencedora, que Meneses la mandó dar fuego en la playa de un islote habitado por indios salvajes.

Á pesar de las continuas victorias obtenidas en los años anteriores contra los corsarios y los piratas, continuaban estos en 1617 infestando los mares y paralizando el comercio. De nuevo contra ellos se obtuvieron triunfos señalados, pero con no menor ímpetu otra vez volvieron á la carga: parecida esta obra de destruccion á la de los amantes de Penélope, diríase que una mano oculta se entretenia en deshacer lo que con tanto valor y derramamiento de sangre se habia conseguido. El secreto de una piratería organizada en tan ancha esfera y cada año renaciente sobre sus mismas ruinas, no puede encontrarse sino en la proteccion decidida de algunos gobiernos que, á imitacion del turco, la alentaban en sus empresas, proteccion que segun veremos mas adelante la otorgaron no pocas veces los delegados de príncipes cristianos. Viva y porfiada continuaba la lucha promovida por Carlos Manuel en Italia. Deseoso de vengar la rota sufrida en la anterior campaña, se echó sobre Crevalcor, se apoderó de ella, y destruyó un cuerpo de dos mil trescien-

tos españoles que iban á socorrerla. El marqués de Villafranca , activo é infatigable , embistió la plaza de Vercelli , y la rindió despues de una ténaz resistencia. En seguida entró en Soleri , en Feliciano , en Anona , y amenazaba poner en apuros al saboyano , á quien por un momento pareció haber abandonado la Francia. No duró mucho esta apariencia de abandono , pues acudiendo el general Lesdiguieres con catorce mil hombres , recobró en union del duque alguna de las plazas conquistadas por Villafranca , y se cebó en ellas pasando á cuchillo sus guarniciones hasta el número de cinco mil hombres. El gobernador de Milan tuvo que retroceder replegándose hácia Pavía , en donde prometió que evacuaria la plaza de Vercelli , y cumpliria las estipulaciones de Asti , si Cárlos Manuel licenciaba sus tropas. Las reclamaciones de la Francia para que aquel tratado se cumpliese , y su formal declaracion de que otra cosa no consentiria , pusieron otra vez un término á aquellas diferencias.

Al principiar el año de 1618 era igual al de los anteriores el espectáculo que ofrecian nuestros mares ; una lucha siempre nueva y siempre igual contra los piratas. El intrépido Cosla , con pocas fuerzas españolas , entró en los Dardanelos , y apresó muchas galeras del sultan á la vista misma de Constantinopla y con gran consternacion de sus habitantes. Mientras tanto en el Océano ganaba laureles inmarcesibles el vizcaíno Vidazabal apresando veinte navíos de guerra turcos que venian de saquear las islas Canarias. Destruyó tambien muchos corsarios. Contenta la córté de Madrid con estas ventajas , y deseosa de correr bien con la Francia , enviaba reiteradas órdenes al marqués de Villafranca para que hiciese la entrega de Vercelli y pusiese tér-

mino á los conflictos con el saboyano. Antes de obedecer el marqués buscó mil efugios, y por fin lo hizo á despecho como hombre que llevaba segunda intencion. Por aquel tiempo él, el duque de Osuna, y Bedmar, embajador español en Venecia, iban á una, y formaban en Italia un triunvirato deseoso de dirigir los negocios públicos, y de oponerse á lo que ellos llamaban necesidades del duque de Lerma.

Con la idea de aumentar el poder de la monarquía, y de dar engrandecimiento al nombre español, creian servir á su patria derramando la sangre mas noble en aquellas lejanas tierras, y frecuentemente comprometian su dignidad y su reputacion. El odio de los tres se encaminaba principalmente contra los sostenedores de Cárlos Manuel, de los cuales, si no el mas poderoso, era al ménos el mas decidido la república de Venecia. El duque de Osuna dió acogida en los puertos de Nápoles á los piratas armados contra ella, no conociendo que esos mismos piratas, puestos en alta mar, tan enemigos eran del comercio español como del veneciano, si les parecia rica la presa. En vano el papa y la Francia reclamaban en favor de Venecia; en vano el mismo Felipe III mandaba al duque de Osuna restituir las presas: el duque se apoderaba de los cargamentos y restituia solo los buques. Tal es la índole de los gobiernos débiles, que sus mismos delegados los desobedecen y desprecian. De esta suerte, tirando de un lado los generales y diplomáticos, y aflojando de otra el duque de Lerma y sus allegados, solo adelantaba en una cosa la monarquía, y era en el camino de su descrédito. Osuna y Villafranca iban á caer sobre Venecia, con intento de hacerla desaparecer del mapa, precisamente en el momento mismo en que Feli-

pe III firmaba con ella un tratado de paz. A estas circunstancias se refiere lo de la famosa conjuracion de Venecia por San Real.

Siendo á la sazón escaso en España el comercio interior, y perseguido de piratas el marítimo, como queda dicho, aumentábase extraordinariamente la pública miseria, y en la esterilidad de los campos descubríanse por instantes mas marcadas las huellas de la despoblacion. Las córtes que este año se juntaron pedian entre otros remedios que no se permitiese la fundacion de nuevos conventos, pues en ellos se buscaba solo un asilo contra la miseria con gran pérdida de brazos para la agricultura. Felipe III, deseoso de mas lato informe, pidió dictámen al consejo de Castilla.

Dióle éste extensamente en el siguiente año de 1619. Daba por causas de la miseria pública la grande carga de los tributos que se hacia insoportable, las donaciones hechas por el tesoro que debian revocarse, el prurito de los grandes y de los ricos de querer vivir en la córte con gran magnificencia, cuando con el oro que en ella derramaba podian dar animacion á las artes en sus pueblos; el lujo extraordinario en los trajes, y consiguiente corrupcion y afeccion de costumbres. Para que este mal halle debido remedio «es necesario, decia el consejo, que vuestra majestad empiece la reforma en vuestra real casa... el número de criados y las raciones que consumen son dos terceras partes mas que en tiempo de vuestro augusto padre... el tributo es debido á los reyes para la sustencion necesaria y nó para la voluntaria.» Añadia el consejo que debia animarse la agricultura y favorecerse; que no se debian dar licencias para fundar nuevas religiones, y que ninguno en ellas fuese admitido á profesion hasta los veinte años.

Vacilaba el rey en tomar resoluciones que le parecían trascendentales, y además le tenía receloso y enfermizo la misma ociosidad de ánimo y de cuerpo en que desde su juventud yacía sepultado. Un vago presentimiento parecía anunciarle su fin cercano; en estas circunstancias resolvió pasar á Portugal para hacer reconocer y jurar en Lisboa por sucesor suyo al príncipe de Asturias. Allí convocó córtes para el día 18 de julio; y en 29 de setiembre salió para regresar á Madrid. Al llegar á Casarrubias, pueblo sito no muy léjos de la córte, se sintió malo de cuidado; hizo que le trajesen el cuerpo de san Isidro, y luego que le hubieron entrado en su aposento parecióle que se aliviaba; de suerte que, recobrado pocos días despues, pudo trasladarse á la córte. Los médicos opinaron que era mortal su dolencia, no obstante aquel momentáneo alivio. Una especie de revolucion en sus afectos particulares traía tambien inquieto al monarca. La privanza del duque de Lerma se habia ido enfriando por grados desde el año de 1617, y cesó en el actual enteramente. La red con que tenia el duque cercadas las avenidas del palacio real se habia vuelto contra él mismo, y muchos que le debian la fortuna le habian abandonado. Tratábase el de Lerma con mas magnificencia que el mismo rey. Su principal hechura, Calderon, creado conde de Oliva y marqués de Siete-Iglesias, rayaba tan alto en magnificencia como el mismo duque. Era Calderon un hombre vano, violento, orgulloso, que se creó con su aspereza enemistades implacables, las cuales de rechazo caian sobre Lerma, á pesar de que el trato de éste era afable y cortésano. Para asegurarse en el poder, habia el omnipotente ministro nombrado confesor del rey al padre fray Luis Aliaga, porque, aunque probo, carecia de la profundidad de talen-

to necesaria para dirigir una intriga. Puso además al lado de Felipe III al duque de Uceda, su hijo, cortesano sin talento. Desde el momento que éste gozó de la familiaridad del monarca, el egoismo pudo mas en él que la sangre, y constituyóse en rival de su mismo padre. Miserable fué el espectáculo que entonces ofrecieron los salones de palacio. La turba de cortesanos dividida entre el padre y el hijo, procurando uno á otro derribarse cual si fuesen mortales enemigos. Un rey débil, asistiendo á la batalla, cuyos despojos de él y de su erario debian salir, triunfasen unos ú otros. Esta lucha tuvo sus vicisitudes. Lerma llamó en su ayuda á su sobrino el conde de Lemos, jóven de talento y arrogancia, pero altanero é imperioso por demás. Tambien logró captarse el afecto del monarca. Entonces se templaron todo género de armas. Acusábase al de Lerma de haber desbarrado en todos los negocios que se le habian confiado; la tregua con Holanda habia sido torpemente otorgada; la guerra contra el duque de Saboya impolíticamente promovida; las rentas públicas se habian empeñado; el erario estaba exhausto, y la miseria y el descontento público habian llegado á su colmo. Conociendo el duque de Lerma por los tiros certeros de sus enemigos que la cuestion se enconaba, manifestó al rey lo que ya en otras ocasiones le habia insinuado, proponiéndose buscar una retirada honrosa para un caso desgraciado; díjole pues que su vocacion religiosa era decidida, y logró obtener el capelo de cardenal. Creyó que la púrpura le daria nuevo realce á los ojos de Felipe, mas en esto se equivocó, pues desde entonces el rey manifestó á las claras el desvío que hacía su persona sentia, de manera que el último artificio de privado para sostenerse, fué el que le derribó. Esta guerra intestina

y palaciega no transpiró mucho fué del radio de la córte, de modo que el público creyó que la caída del ministro no habia sido sino un simulacro : convenio político entre padre é hijo para entrar éste con apariencias de novedad en la sucesion del ministerio y de la privanza , como en efecto sucedió. El hilo se rompió esta vez , como casi siempre acontece , por la parte mas delgada. Calderon , el único que se habia mantenido fiel privado , y cuyos delitos , si alguno cometió , eran los mismos de su protector , fué la víctima expiatoria escogida por los enemigos de aquel , para herirle en lo mas vivo del corazon sin matarle. Acusáronle de hereje , de brujo , de envenenador de la reina , muerta años ántes , y levantando contra él un proceso mónstruo le sepultaron en un calabozo. En aquel triunfo de un hijo contra su padre pasó desapercibida una circunstancia muy notable. El duque de Uceda sucedió en todos los destinos y empleos á su padre , ménos en uno , el de ayo del príncipe de Asturias. Este destino , la llave del porvenir de la España , tan envidiable atendida la dolencia de Felipe III , recayó en la persona de don Baltasar de Zúñiga , sabio lleno de honradez. ¿ Fué esta eleccion efecto de la casualidad , ó bien fué la primera ventaja obtenida en palacio por una nueva voluntad que deseaba entronizarse ? Fácil es dar respuesta á esta pregunta diciendo que aquel sabio era tio de un jóven , amigo del príncipe de Asturias , jóven á quien mas adelante conoceremos con el nombre de conde duque de Olivares.

Un cometa trajo este año revuelta y espantada á la plebe , la que decia que el rastro de fuego anunciaba grandes desolaciones y sangrientas guerras. La realidad pareció por esta vez dar la mano y corroborar el terror de los necios. Sin necesidad de cometa alguno formábase en la Ale-

mania un nublado destinado á estallar en estrepitosa tormenta, para sumir á muchos pueblos en los desastres de una lucha encarnizada, conocida con el nombre de guerra de los treinta años, en la que debia tener su participacion la España. Tuvo principio en la muerte del emperador Matías, acaecida el día 20 de marzo, y á quien le fué dado por sucesor, puesta en movimiento la influencia española, á Fernando II, nieto de Fernando I. En esta eleccion vieron los protestantes alemanes una señal de guerra y se apresuraron á sostenerla. Los bohemios sublevados niegan la obediencia á Fernando II, llaman bajo sus banderas á todos los protestantes alemanes, y eligen emperador á Federico V, elector palatino.

CAPÍTULO VII. — Va un ejército español á Alemania. Muerte de Felipe III. Años de 1620 y 1621.

En el año de 1620 un aliado temible acudió en auxilio del elector palatino. Era el príncipe de Transilvania que penetró en Hungría, se hizo coronar rey, y juntándose con el conde de Thorn, que en union con el de Mansfeld peleaba por Federico, pasó el Danubio y se encaminó directamente al mismo corazon del Austria. Tocábale á la España socorrer al emperador Fernando II, su hechura, que tal es la ley de los que se entrometen en cuestiones ajenas. El oro y la sangre de la empobrecida España se derramaron este año por un honor y una causa que no eran suyos. Sacáronse ocho mil hombres de los Países Bajos, y se mandaron á Alemania. Al mismo tiempo dióse á Espínola orden de invadir el Palatinado con treinta mil hombres.

El papa miró esta guerra como una cruzada, pues en ella los protestantes hacian alianza con los turcos, y favo-

reció á Fernando con socorros pecuniarios. Merced á este auxilio y al de otros príncipes católicos pudo éste juntar un poderoso ejército del que nombró generalísimo al duque de Baviera. La Polonia no se hizo sorda al llamamiento pontificio, antes envió diez mil cosacos que saquearon la Moravia y fuéron á juntarse con Bucquoy, que servia á las órdenes de Fernando. Ostensiblemente permanecian neutrales la Francia y la Inglaterra, pero no dejaron de enviar socorros al elector palatino. Los príncipes protestantes de Alemania trataron de oponerse á Espínola, y levantaron un cuerpo de veinte y ocho mil hombres que pusieron al mando del marqués de Anspach. Este permanecia en Oppenheim, de cuya plaza queria apoderarse Espínola. Al intento amenaza la de Francfort, sale Anspach para socorrerla, y revolviendo Espínola sobre sus pasos, embiste y se apodera de Oppenheim. Fué un movimiento feliz y oportuno, que dejó burlado al gefe protestante. Por su parte Fernando con el grueso del ejército movióse rápidamente. Se apoderó de la Lusacia, de Glogaw en la Silesia, del Austria baja, y de Lintz en la alta: de esta por asalto. En Pilsen no pudo entrar por astucia del conde de Mansfeld, y se dirigió á Praga en donde los bohemios y Federico su gefe le esperaban en posicion casi inexpugnable. Ninguna lo es para el valor entusiasta. Allí donde se creian inatacables fueron acometidos los bohemios con el mayor arrojó, y sucumbieron. Tomó la fuga el elector palatino, y la victoria fué completa para los católicos. Solo manchó en parte sus laureles la villana accion de los cosacos, que se cebaron inhumanamente en cinco mil bohemios rendidos, y los asesinaron.

Esta campaña redundó toda en honor de las armas espa-

ñolas, que fueron bastantes á sostener en el trono á Fernando segundo y á destruir por un momento las esperanzas de la liga protestante. Entretanto alcanzaba en Italia una señalada ventaja el duque de Feria incorporando á las posesiones de la corona la Valtelina, país que facilitaba las comunicaciones entre el Austria y el Milanesado. Sus habitantes, sojuzgados anteriormente por los grisonos protestantes, sufrían impacientes el yugo, y cansados al fin se sublevaron, entregaron al degüello á sus opresores, y acudieron al gobernador de Milan en demanda de amparo. Inútilmente intentaron despues los suizos su reconquista. Otro cambio ruidoso dió pábulo á los rumores en Italia, y todavía mas en España. El duque de Osuna fué revelado bruscamente del gobierno de Nápoles, el cual se concedió al cardenal Gaspar de Borja. Acusábanle de inobediencia al gobierno, de desprecio hácia la persona del rey, á quien llamaban el gran tambor de la monarquía; decían sus enemigos que nunca hacia ostentacion de otras armas que de las propias, y afirmaban que queria alzarse con la soberanía de Nápoles. Perdióle mas bien que la originalidad de su carácter la causticidad de su lenguaje. Vino á España, en donde el rey le recibió con frialdad y aun con muestras de disgusto. Por este tiempo los turcos se acercaron con siete galeras á las costas de Granada, en donde hicieron un desembarco, y embistieron la villa de Adra. Despues de muchos asaltos entraron en ella con pérdida considerable, mas nó en el castillo que defendían bizarramente los habitantes animados por don Luis de Tovar. Acudió gente á su socorro, y los moros buscaron su salvacion en la fuga despues de haber costado su empeño la vida á seiscientos de su gente mas aguerrida. La salud de Felipe III seguía declinando

visiblemente , y no se hacia ilusion acerca de su estado , ántes , considerando cercana su hora , hacia entrar en su consejo al príncipe de Asturias para acostumbrarle á la gravedad de los negocios.

Desde el mes de febrero de 1621 , casi no le dejó un momento la fiebre , y su cuerpo se fué cubriendo de pústulas. Acabó sus dias en 31 de marzo , despues de veinte y tres años de reinado , hallándose en los cuarenta y tres de su edad. Tuvo cuatro hijos y tres hijas. Cinco le sobrevivieron , tres varones y dos hembras : Felipe , que le sucedió , el infante don Carlos , don Fernando el cardenal , doña Ana , reina de Francia , y doña María que lo fué de Hungría. Afable con todos , tierno y piadoso , tuvo las virtudes de un hombre honrado , nó las altas cualidades y los talentos de un rey. Durante su reinado , las ruedas del carro de la monarquía siguieron el impulso que habian recibido en tiempo de Felipe II , impulso que los generales y diplomáticos de la época apoyaban y sostenian. En su tiempo ilustraron las letras y la poesía , Mariana , Molina , Rivadeneira , Lope de Vega y Cervantes. En la legislacion de este período una de las disposiciones mas notables es acaso un testimonio del grado de corrupcion á que habia llegado la córte : tal es la pragmática de 1614 , en la que se fulminan penas severas contra los que por sí ó por terceras personas , con dádivas ó con promesas , intentaban obtener empleos de gobierno , oficios de justicia , prelacías , dignidades , y demás oficios y beneficios seculares y eclesiásticos. A tal extremo habia llegado el escándalo , que los mismos que le habian abierto las puertas de palacio , tuvieron que hacer el simulacro de cerrárselas por escrito para dar satisfaccion á la vindicta pública.

Este año murió también el pontífice Paulo V, y le sucedió en el pontificado Gregorio XV.

CAPITULO VIII.—Sube Felipe IV al trono. El duque de Olivares. Años de 1621 á 1624.

Diez y seis años contaba Felipe IV cuando entró á reinar: mozo sin experiencia, de escasos estudios y ningun talento. Y eso que el horizonte político se iba anublando por momentos. En Alemania la guerra estaba encendida; con la Holanda se acababa la tregua; en Francia se levantaba un hombre fatal para la casa de Austria, Richelieu; y en Italia la chispa de la Valtelina amenazaba encender mas los ánimos contra la dominacion española. La Francia por medio de su embajador en Madrid, y de otro extraordinario que envió para este caso especial, solicitaba abiertamente la restitucion de aquel país á los grisonos. Cedió la España ante una actitud tan resuelta, y en 25 de abril de 1621, se firmó un tratado para llevar á cabo aquella restitucion deseada, con tal que sus naturales pudiesen seguir libremente la religion católica. Para hacer frente á tantas dificultades, un nuevo favorito, hombre osado, levantaba la cabeza en el palacio real. Era este Gaspar de Guzman, conde duque de Olivares, que á poco de la muerte de Felipe III intrigó para que fuese preso el duque de Osuna y destituido el de Uceda en calidad de pariente de aquel. Osuna murió hidrópico en la cárcel tres años despues, sin ser oido en defensa. Para dar al vulgo un espectáculo de vindicta pública, que siempre le agrada cuando recae en hombres encumbrados, permitió Olivares que en 21 de octubre fuese ajusticiado, despues de haber sufrido el tormento, el infeliz don Rodrigo Calderon. El ministerio de estado le hizo recaer en la persona del bien reputado don Baltasar de Zúñiga, quien aconsejó

desde luego la convocacion de córtes. Estas á su vez aconsejaron (y se llevó á efecto) la restitucion á la corona de las enajenaciones hechas por el duque de Lerma , pues estando exhausto el patrimonio real , no era posible continuar la guerra. Los bohemios y sus aliados no desistian de su intento. La Silesia habia vuelto al dominio de Fernando II. Bucquoy se apoderó de Presburgo , de Tirnau , y otras plazas sitas en las márgenes del Danubio , y despues puso sitio á Neuhasel. Acuden doce mil húngaros y transilvanos , socorren la plaza , ahuyentan á los sitiadores , y en la refriega muere Bucquoy. Á pesar de esta ventaja no pudieron los húngaros recobrar la plaza de Presburgo. En Holanda se hacian grandes aprestos militares. La tregua de los doce años , firmada en el de 1609 , tocaba á su término , y solo por influencias de Francia y de Inglaterra , prorogóse hasta el 3 de agosto. Las galeras españolas fueron las primeras que dieron la señal del rompimiento , apoderándose de cuatro bajeles mercantes holandeses , mientras Contreras hacia levantar el sitio de Mármora á los moros y holandeses coligados.

El estampido lejano del cañon resonaba en la córte para animar al duque de Olivares á afirmarse en el poder. Desterró á Huete al padre Aliaga , y nombró inquisidor general en lugar suyo á Pacheco , obispo de Cuenca. Separó á casi todos los que habian tenido parte en el anterior gobierno ; en los ministerios , en palacio , en los vireinatos y gobiernos puso gente de toda su devocion y confianza. Estas mudanzas tenian lugar en 1622. Para acallar las murmuraciones de la plebe , publicó un escrito contra la administracion de los duques de Lerma y Uceda. Echábales en cara el haber permitido á la Francia que tomase cartas en

la cuestion de la Valtelina; deciales que la liga italiana contra los españoles á sus errores se debia; acusábales de tener parte en las maquinaciones del duque de Osuna, de haber dejado exhausto el erario, sin galeras la marina, y sin pagas el ejército. Grande fué la sensacion que produjo este escrito, y mas prometiendo Olivares en el epílogo, que haria grandes economías y corregiria no menores abusos. Al efecto, nombró un nuevo consejo de personas sabias é íntegras con latas fæcultades, quien mandó que todos cuantos hubiesen intervenido en la administracion pública, desde el año de 1603 hasta el de 1621, manifestasen los bienes con que habian entrado al servicio del estado, y los que poseian cuando de él salieron, con el fin de conocer los que con malas artes habian sido adquiridos. De esta suerte llenaron el tesoro las restituciones, merecidas muchas, injustas otras. Creyóse generalmente que Olivares era un hombre profundo, cuando no era mas que un ambicioso que con intencion dañada recurria á la adulacion y á la travesura. Llamaba el Grande á Felipe IV, el cual tomaba el epíteto de veras: no hay mas que decir del ministro y del monarca. Para subir de punto la grandeza de que tan gratuitamente dotaba al príncipe, le aconsejó la guerra, por cuyo medio se aumenta aquella á costa de la sangre y del llanto de los pequeños. Diéronse las órdenes convenientes á los generales. El príncipe de Transilvania habia firmado un tratado cediendo al imperio la corona de Hungría, mas le duró poco el sosiego, por ser hombre de un carácter ardiente é inconstante. Espínola salió á campaña contra los holandeses, y les tomó las plazas de Gennep, Meurs y Julier. Los españoles que estaban al mando de Tilli, ganaron á los protestantes la reñida batalla de Binfen ó Hailbron.

Mansfeld perdió en una accion dos mil hombres , y en otra Brunswich seis mil. El palatino tuvo que huir á la Alsacia baja y despues á Holanda , á donde acudieron tambien sus generales. Rindiéronse sus plazas de Heidelberg y Manhein , y solo le quedó la de Frakendal. Al fin de la campaña , obtuvo alguna ventaja el príncipe de Orange , logrando hacer levantar á Espínola el sitio de Berg-om-zoom. Por este tiempo murió casi de repente en la córte el digno don Baltasar de Zúñiga , con lo que entró á dominar exclusivamente y sin estorbos el conde duque. Inútilmente reclamaba la Francia el cumplimiento del tratado para la restitucion de la Valtelina á los grisones , y conociendo que se daban largas al asunto , intrigó para formar con el de Saboya una liga poderosa para arrojar de Italia á los españoles.

En los primeros meses de 1623 , acudieron la Francia y la España al sumo pontífice , y convinieron en entregarle en depósito las fortalezas de la Valtelina , mientras se arreglaban aquellas diferencias. Para la toma de posesion , envió el papa á su hermano el duque de Fano , con mil quinientos infantes y quinientos caballos. Este arreglo no impidió que la Francia , Venecia y Saboya firmasen un tratado para sostener en campaña cuarenta y cuatro mil hombres , hasta haber obtenido la restitucion de la Valtelina á los grisones. No debia tardar en juntárseles otro aliado poderoso. El rey Jacobo de Inglaterra deseaba y pedía con instancias la mano de la infanta de España doña María para Cárlos , su hijo y sucesor. El conde duque hizo concebir al enviado británico unas esperanzas que él mismo no tenia , por no atreverse á pasar por encima de los escrúpulos pueriles que se oponian á aquel enlace reclamado imperiosamente por la política. Animado Jacobo , envió al príncipe Cárlos á Madrid ,

en donde permaneció siete meses sin obtener mas que promesas y respuestas evasivas. Lleno de indignacion el monarca inglés le mandó volver á Londres, y de amigo que era de la España se convirtió en enemigo, que entró de corazon en la liga que contra la casa de Austria se urdía. Primera negociacion encomendada al conde duque, y llevada por él torpemente á un desastroso remate. No permanecian ociosas las escasas fuerzas marítimas españolas, pues derrotaron á una escuadra argelina que intentaba hacer un desembarco en España, y dejaron en mal estado cerca del fuerte de la Goleta á otra armada turca. Los moros que trataron de embestir una de nuestras plazas en África, fueron rechazados. Mauricio, que en los Países Bajos intentó apoderarse de Amberes, sufrió un descalabro, pues un recio temporal hizo estrellar contra las rocas seis de sus buques de guerra. Sobre el rio Berkel, el general Tilli derrotó al duque de Brunswich, causándole una pérdida de diez mil hombres, cuatro mil de ellos prisioneros. Entretanto Fernando II y el príncipe de Transilvania concluian una tregua que debia mas adelante convertirse en un tratado de paz.

Era natural que las ventajas conseguidas por las tropas españolas en el norte de Europa excitasen los celos de las potencias que en esta lucha no tenian otro interés que el de evitar que por ella viniese á tierra el equilibrio de los poderes. España era el blanco de la comun envidia á pesar de las causas de decadencia que la minaban sordamente. Solo un soberano le era edicto, Urbano VIII, que sucedió en el pontificado á Gregorio XV. En contra acababa de entrar en el palacio del rey de Francia, como alma de su consejo, el célebre cardenal de Richelieu, nombre de recordacion infausta para la casa de Austria. Político profundo, hábil,

audaz ó disimulado segun las circunstancias , toda su existencia pública la consagró á la realizacion de dos objetos que supo enlazar con maestría y llevar á cabo á un tiempo mismo. Tales fueron , robustecer el poder real y llevar la guerra que devastaba el interior de la Francia , al exterior , para dar en union con otros estados un golpe de muerte á la preponderancia austriaca. A este hombre oponia el gabinete de Madrid una de las mas grandes nulidades que hayan tenido jamás en sus manos las riendas del poder : el conde duque. Merced á los desaciertos de éste y á la política de aquel , la Inglaterra concede á la Holanda socorros pecuniarios y la deja levantar en su país seis mil hombres. Por su parte la Francia firma alianza con la Holanda , la presta dos millones y doscientas mil libras, y la permite tambien hacer levás de gente en sus provincias. Además el cardenal revuelve enteramente la Suiza , envia emisarios á todos los cantones , y logra que estos levanten tropas , y por medio de un golpe de mano se apoderan de la Valtelina arrojando á los pontificios de los fuertes que ocupaban. A estas circunstancias , azarosas para el gobierno español , se añadian las eternas hostilidades marítimas de los moros. En 1624 se acercaron con seis gruesas naves de guerra á las costas de Sicilia , y hubo de salir el mismo virey de Nápoles para escarmentarlos. Embistiólos, pero murió al principio de la accion. Sin embargo don Francisco Manrique, uno de sus tenientes , sostuvo el honor del pabellon español haciendo volar la capitana de las naves berberiscas y apresando las restantes. Cerca de Arcilla perdieron los moros otras cinco naves. No fuimos tan afortunados en América en donde una flota holandesa se apoderó de San Salvador y la entregó al saqueo , y otra se echó sobre Lima y la

dejó asolada. Desde el 8 de febrero hasta el 19 de abril la corte estuvo ausente de Madrid y recorrió las Andalucías, pues Olivares seguía el sistema ya anteriormente ensayado de distraerla y divertirla para tenerla constantemente sojuzgada. Entre tanto el príncipe de Gales, Carlos de Inglaterra, por la torpeza del gabinete español pedía por esposa á María infanta de Francia con íntima satisfacción del político Richeliéu. El sumo pontífice quiso oponerse á la celebracion de este enlace, como lo habia hecho anteriormente en Madrid su antecesor. Quejóse pues de que se llevase adelante, y al mismo tiempo representó contra la ocupacion de la Valtelina, en cuya ocasion, lo mismo que en la anterior, parecia que la Francia apoyaba contra los católicos á los protestantes: mas á tales quejas respondió el atrevido cardenal que tenia bien marcada la línea que separa el poder espiritual del temporal, y que no dejaria de obtener la alianza inglesa por medio de un matrimonio, ni de oponerse al engrandecimiento de los españoles en Italia por medio de la guerra. Todo se conjuraba para que esta fuese terrible y duradera. Olivares buscaba en todas partes recursos para sostenerla. Las cortes de Madrid, reunidas este año, le ofrecieron doce millones de ducados. Además exigieronse al duque de Lerma considerables sumas á título de restitution de bienes mal adquiridos.

CAPITULO IX.—Campana de Italia. Grandes inundaciones. El rey en Barcelona. Años de 1625 á 1627.

De resultas murió Lerma de pesar en 18 de mayo de 1625. Este año los franceses en union con los suizos acabaron de arrojar de la Valtelina á las tropas pontificias. Algunos políticos genoveses, cuyo país amenazaban Francia y Sabo-

ya, aconsejaron al gobierno español que á la liga francesa opusiese otra apoyada por la misma Italia. Adoptando el consejo firmóse alianza entre España, Toscana, Parma, Módena, Génova y Luca para sostener en pié de guerra un ejército de treinta mil hombres en la península itálica, y por mar una flota de noventa galeras con veinte mil hombres de desembarco. Hízose al mismo tiempo un llamamiento al patriotismo de las varias provincias de España, y se recabó que casi todas ofreciesen un contingente para sostener un ejército de ciento diez y ocho mil hombres y por mar setenta y dos navíos y diez galeras. La grandeza del reino prometió contribuir con novecientos mil ducados. El clero se obligó á sostener veinte mil hombres en campaña. La casa real enajenó muchas alhajas para dar ejemplo de desprendimiento. La mayor parte de estos ofrecimientos no pasaron de ser alardes de fuerza para imponer á los enemigos de la casa de Austria y hacerles desistir de su intento. Pero fué preciso venir á las manos. El duque de Saboya se puso en movimiento con veinte y siete mil hombres, gran parte franceses; se apoderó de Aqui y de otras plazas del ducado de Mantua, y luego entró en Nuovi, en Campo, en Mazona y en Gavi. Resentido Felipe IV mandó secuestrar los bienes de todos los franceses residentes en España. Al cabo de tres semanas, en 2 de mayo, el gabinete francés tomó una resolución análoga con respecto á los bienes que en Francia poseían los españoles y los genoveses. En vano el papa quiso arreglar estas diferencias. El duque de Saboya y el condestable francés su auxiliar, continuaban adelantando siempre, y se apoderaron de casi toda la república de Génova exceptuando la capital y la plaza de Saboya. En tan apurada coyuntura, dieron un digno ejemplo de amor á la

patria los comerciantes genoveses domiciliados en otros países. Todos enviaron á su nacion socorros en dinero; los avecinados en España por valor de siete millones de oro, equivalentes á ochenta y cuatro millones de reales. Con tanta abnegacion, que honra á los naturales de aquel país libre, su república no podia sucumbir, y fué error de Richelieu el acometerla. Acudió á su socorro el marqués de Santa Cruz con una escuadra, que ahuyentó á la francesa; al mismo tiempo el duque de Feria bajó de Milan con veinte y cinco mil hombres y reconquistó la plaza de Aquil. Sublévase el país en masa contra los piamonteses y franceses, que en muchos puntos son degollados sin compasion, y Génova recobra el país perdido. La campaña acabó favorablemente para la liga hispano-italica. Asimismo terminó bien la de Flandes apoderándose Espínola de Breda en 25 de mayo. Un mes ántes habia muerto su famoso rival el célebre Mauricio, á quien sucedió su hermano Federico Enrique de Nasau. En 6 de abril habia pasado igualmente á mejor vida Jacobo I de Inglaterra, á quien sucedió su hijo Carlos I, dos años ántes amigo, ahora enemigo de la casa de Austria. Uno de los primeros actos de su reinado fué enviar contra Cádiz una armada de ochenta velas que se apoderó de la torre del Puntal. Recobróla no sin mucha sangre el duque de Medina Sidonia, gobernador de la plaza, y en la expedicion perdió el inglés treinta velas. En la ciudad de Méjico ocasionó grande conmocion y disturbio la órden dada por el virey de sacar violentamente de un convento de dominicos á un criminal que en él habia buscado asilo. El arzobispo excomulgó al virey; y amotinóse la plebe incendiando el palacio de aquella autoridad militar. Fué necesario que la córte enviase inmediatamente un nuevo virey pru-

dente, echando tierra sobre aquella diferencia grave y trascendental por lo que tuvo de escandalosa.

El año de 1626 fué muy triste para la España. Cayeron lluvias y nieves abundantes que motivaron inundaciones desastrosas. En Salamanca, el Tormes derribó quinientas casas y doce iglesias. En Sevilla el Guadalquivir en cuarenta dias de crecida destruyó tres mil casas. Siguióse á estas desgracias la del hambre que padecieron varias provincias, y la de graves enfermedades motivadas por la infeccion de las aguas detenidas. El rey fué á Barbastro en donde reunió las córtes de Aragon que ofrecieron costear un cuerpo de dos mil hombres por espacio de quince años. Trasladóse despues á Monzon, en donde reunidas las córtes del reino de Valencia le prometieron sostener en campaña mil hombres por el tiempo que los necesitase. Durante su permanencia en Monzon se avino á restituir la Valtelina á los grisones con condicion de que estos no estorbasen á los católicos el ejercicio de su culto, y de que serian arrasados la mayor parte de los fuertes de aquel país. De este modo logró Richelieu su principal objeto, quedando acordados los preliminares de paz entre España y Francia. Pasó por último el rey á Barcelona, en donde Olivares, desconocedor del carácter catalan, de quien siempre se logró todo con buenos modos y cariño, y muy poca cosa á la fuerza, trató á las córtes del principado con arrogancia, y no pidió, sino exigió imperiosamente que se sirviese al gobierno con gente. Conocian los catalanes que las guerras sostenidas en lejanas regiones no hacian mas que despoblar la España de gente buena; además estaban agitados los ánimos por las calamidades públicas; recelábase en la ciudad de las relaciones con Italia, pues en Palermo se habia declarado peste y se temia por

momentos que se introdujese en la poblacion que tantas veces por ella habia sido diezmada, y á todos estos motivos de descontento añadíanse las quejas por la impunidad con que numerosos piratas berberiscos infestaban los mares y destruian el comercio; por todo lo cual las córtes no se avinieron á conceder gente mas que para una campaña. Felipe IV, influido por Olivares, se indignó y abandonó precipitadamente la ciudad. Esto fué el principio de un desacuerdo fatal entre el monarca y sus mas laboriosos súbditos, desacuerdo que ocasionó mas adelante calamidades sin cuento á la nacion entera. En 5 de marzo ántes de salir de Barcelona habia ratificado el rey el tratado de Monzon, hecho juguete del cardenal francés que necesitaba tiempo para acabar con las facciones interiores de la Francia. Este año se vió amenazada la casa de Austria por un ejército de ochenta mil hombres con que habian socorrido Suecia, Dinamarca y Holanda á los protestantes. Mas derrotáronlos los imperiales en las jornadas de Dessau y de Lutter.

— Dos circunstancias hicieron notable el año de 1627. Una fué la destitucion de varios gobernadores de lejanas provincias á quienes exigió Olivares crecidas multas por sus abusos de autoridad; castigo en que bajo los deseos de dar satisfaccion á la vindicta pública se ocultaba la insaciable codicia del juez. Fué la segunda la creacion de milicias urbanas destinadas á defender las costas, á las que incesantemente amenazaban los holandeses y los piratas berberiscos. Richelieu estaba enteramente ocupado en el sitio de la Rochela, última trinchera de los descontentos, y para no temer nada por parte de la España firmó con ella un simulacro de alianza al parecer dirigido contra la Inglaterra, y que no fué mas que un ardid para ganar tiempo.

CAPITULO X. — Espinola en Italia. Años de 1628 á 1650.

Conociendo el duque de Saboya la torcida política de Richelieu y que iba á quedarse solo contra la España ofendida, procuró aliarse con ella con idea de apoderarse de una parte del Monferrato, objeto de sus deseos, mientras tomaba posesion de la otra el gobernador de Milan. Rápido en la ejecucion de sus designios, se apoderó de Alba, de Moncalbo y de Pontestura, en tanto que los españoles se adelantaban para poner sitio á Casal. Este plan no podia llevarse á cabo sin tener entretenido á Richelieu, por cuyo motivo Olivares favoreció secretamente á los sublevados de la Rochela para que opusiesen una tenaz resistencia. Hiciéronlo así en efecto; pero á pesar de su denodada defensa tuvieron que rendirse en 2 de noviembre de 1628: y desde este momento, libre ya de enemigos interiores el cardenal ministro, pudo volver todos sus esfuerzos con direccion á la Italia. La sombra de alianza galo-hispánica quedó instantáneamente disipada. Un ejército francés al mando de Gaston, duque de Orleans, se movió camino de Saboya.

El conde duque, sabedor de estas novedades, dispuso que Espinola fuése á tomar el mando del ejército de Italia. Grande fué el ánimo que cobraron los holandeses viendo que se les quitaba de delante un enemigo tan temible. Favoreciéndoles igualmente la nueva reyerta entre España y Francia, hicieron en 1629 los mayores esfuerzos por mar y por tierra. Una escuadra suya hizo rumbo al mar de las Antillas y apresó una flota española que venia de Méjico con ocho millones. Por tierra se apoderaron sus ejércitos de Bois-le-duc y de Vesel. En las Indias no pudieron lograr que el rey de Achem se apoderase de Malaca, pues le derrotó don Nuño

Alvarez Botello. Lo mas vivo de la guerra pasaba en Italia, hácia donde se dirigian todos los pensamientos y miradas. Luis XIII y Richelieu, envanecidos con la toma de la Rochela, se encaminaron á Italia con un ejército de veinte y seis mil hombres. En el desfiladero de Suza les opuso el duque de Saboya dos mil setecientos hombres que no pudieron resistir la primera embestida de los franceses. De resultas el saboyano, tan pronto aliado como enemigo, firmó la paz con Francia. En Suza fué donde Richelieu supo renovar la liga antigua entre Saboya, Venecia y Mantua, liga á la que ahora dió su asentimiento el papa, enemigo de que se despojase al duque de Mantua. Esta liga debia aprontar cuarenta mil hombres. No bien llegó á oídos de los españoles la defeccion del saboyano, cuando levantaron presurosamente el sitio que tenían puesto á Casal. Espínola desde Milan se aprestó á invadir el Monferrato. Vacilaba el duque de Saboya entre la alianza de dos estados grandes y mutuamente encarnizados. Conocia que por sí solo era impotente, y pugnaba para que su decision en favor de uno ó de otro no le acarrease una completa ruina. Infundíanle respeto los franceses, guiados por su animoso monarca. De otra parte, llegábanle noticias de que el emperador de Alemania acababa de enviar dos cuerpos de ejército para auxiliar á Espínola. Sabia que éste y su hijo Felipe invadian el Monferrato, y se iban apoderando de varias plazas fuertes. Constábale asimismo, que los imperiales habian ocupado casi sin oposicion los estados del duque de Mantua. El éxito era en verdad dudoso, pero como la balanza de la guerra parecia inclinarse del lado de los españoles, el saboyano se decidió de nuevo por ellos.

La peste, que en la campaña anterior habia detenido la marcha de los beligerantes, tambien en 1630 se hizo sentir

cruelmente. Pero, á pesar de sus estragos, el monarca francés y el cardenal ministro se apoderaron de la plaza de Piñerol, pérdida que el saboyano sintió extremadamente; en seguida tomaron las plazas de Chamberí, de Annezy y de Romilli, y en los desfiladeros de Veillane pusieron en completa derrota á diez y ocho mil piamonteses. Profundamente afectado, al llegar á su noticia este descalabro, no tardó en morir de dolor el duque de Saboya. Fué capitán de nombradía, bravo y arrebatado en el campamento, afable en palacio, político de recursos, pero de un carácter por demás veleidoso. Sucedióle en el ducado su hijo Víctor Amadeo. Este, para vengar el desastre de Veillane, arremetió contra la plaza de Villadeati, y pasó á cuchillo toda la guarnicion francesa. Ayudáronle no poco en la empresa los imperiales, quienes además alcanzaron una señalada ventaja, pues habiendo tenido que levantar el sitio de Mantua por los estragos de la peste, se apoderaron de ella por sorpresa: ventaja que deslustraron entregando la ciudad por espacio de tres dias al mas repugnante saqueo. Espínola en tanto tenia vuelta toda su atencion contra la plaza de Casal. Apoderóse ántes de las fortalezas que en sus cercanías se encuentran, y el dia 23 de mayo se presentó á su vista con veinte y cuatro mil hombres, sin arredrarle la peste que diezmaba sus filas. Varias y famosas fueron las vicisitudes del sitio; pero hé aquí, que en lo mas empeñado cae enfermo y muere Espínola, nó de resentimiento por no haber podido tomar la plaza, como cuentan las biografías francesas, sino de dolencia que se creyó ser la peste que asolaba el país. Célebre caudillo, español por adopcion, como Colon, aunque genovés de nacimiento, puede asegurarse que la mayor parte de la gloria militar que cupo á los reinados de Felipe III y de Felipe IV,

sobre sus hombros la sostuvo. Muerto él, un enviado del papa puso fin momentáneamente á las reyertas de las potencias europeas en Italia. Llamábase Mazarini, nombre que llegó mas adelante á ser famoso. El nuevo arreglo no apagó el concono que ardia en el pecho de Richelieu contra la casa de Austria. Volviendo los ojos á todas partes en busca de elementos de destruccion, detúvolos en la persona de Gustavo Adolfo, el leon del Norte, que se preparaba á hacer la guerra al emperador.

CAPITULO XI. — Gustavo Adolfo. Incendio en Madrid. Como gobernaba el conde duque. Años de 1651 á 1655.

En Bernwald á 23 de enero de 1631, concluyó con él un tratado, por el que se obligaba el sueco á sostener en Alemania un ejército de treinta y seis mil hombres, los seis mil de caballería, y en cambio prometió Richelieu pagarle anualmente seiscientas diez y seis mil libras tornesas, con condicion de que no fuesen molestados los católicos, cuya país ocupase. Así el ministro francés se escudaba contra las quejas de Roma, presentando su alianza con la Suecia como una proteccion dispensada al catolicismo. Abrió la campaña Gustavo Adolfo, apoderándose de la plaza de Jena. Reuniéronse los protestantes en Leipsick, y se prepararon á auxiliarle con todo su poder. El alzamiento se iba haciendo general, y las poblaciones en que habia guarnicion de imperiales hervian en deseos de sublevarse. El emperador dió las órdenes mas terminantes á sus generales. Tilli, uno de ellos, tomó por asalto la ciudad de Magdeburgo, que acababa de declararse por Gustavo, y la entregó al saco y al degüello. A los niños, á los ancianos, á los mismos ministros católicos, que de rodillas imploraban su clemencia, respondiéles

que la sangría debía ser abundante para calmar al pueblo amotinado. Treinta años que duró la guerra de Alemania parecen pocos para apagar el enardecimiento que tales horrores causaban. Una consecuencia de ellos, fué el levantamiento del duque de Sajonia contra el emperador. Adelantóse Tilli contra él, y le tomó el castillo de Leipsick. Acude Gustavo al socorro del sajón, y en 7 de setiembre, en Dieben, á nueve millas de Leipsick, se dió la batalla de este nombre, en la que fueron derrotados los imperiales con pérdida de cuatro mil muertos, siete mil prisioneros y veinte y dos cañones. Victorioso Gustavo, no se durmió sobre sus trofeos. Entra en la Franconia, toma el castillo de Wirteburgo, y pasa á cuchillo ochocientos imperiales. Maguncia le abre las puertas, y al nombre de Gustavo Adolfo, llenas de terror las ciudades y sus guarniciones, se rinden sin resistencia. Vivamente alarmado el emperador llamó para tomar el mando de su ejército al general Walstein, único hombre capaz, si era posible el intento, de oponer un dique al torrente del Norte. Al mismo tiempo no cesaba de escribir á la córte de España pidiendo socorros y el aumento de las legiones que la misma en Alemania sostenía. Pero Felipe IV estaba entretenido en públicos regocijos. Las diversiones, los espectáculos magníficos, eran una necesidad de su existencia, necesidad de que ninguna circunstancia le hacia prescindir. En 7 de julio, un incendio horroroso habia destruido gran parte de la plaza Mayor de Madrid: pero en 5 de agosto, sobre las ruinas humeantes, en presencia de la córte, se corrieron en ella toros y cañas. Óyense en mitad del espectáculo tristes clamores, y corre la voz de que se renueva el incendio. Huye desfavorida la gente; las heridas y aun las muertes son muchas; pero la diversion continúa al son de

los aplausos cortesanos. Llega la noticia de que una escuadra española de noventa buques, montados por unos seis mil hombres, había sido destruida enteramente por una flota holandesa: más no por esto se suspenden los bailes y los espectáculos en palacio. Contento Olivares con saber que el tratado de Casal se había renovado con restitucion de las plazas tomadas, excepto la de Piñerol que quedó en poder de la Francia, decia que el gran Felipe IV tenia ya asegurada la posesion de la Italia.

Dinero necesitaba el conde duque para hacer frente á tantos desastres y para sostener tanta magnificencia. Convocó córtés de Castilla y Leon á pretexto de hacer jurar por heredero de la corona al príncipe don Baltasar Carlos, que soto tenia tres años; mas en realidad solo fué para pedirles considerables subsidios. Respondieron las córtés que no podian concederlos para que se derramase inútilmente y sin gloria la sangre española en Alemania. La convocacion fué hecha en 7 de marzo de 1632. Sabedor Olivares de la respuesta dada, aconsejó al rey que hiciese un viaje á Cataluña para acabar las córtés en ella comenzadas seis años ántes. Hízolo así Felipe y entró en Barcelona á primero de mayo. La respuesta que obtuvo de las córtés catalanas fué casi igual á la de las de Castilla y Leon, porque el escándalo y la indignacion pública eran grandes en la nacion entera. Inútil es decir cuánto subió de punto con esta negativa el odio que alimentaba el conde duque contra el principado. Restituido el rey á la córte, al poco tiempo murió su hermano el infante don Carlos, príncipe de grandes esperanzas y por ello blanco de la aversion de Olivares que acababa de excluirle de los consejos de la corona. Así pudo seguir mas libremente el ministro la senda trazada. Entretenia los ocios del rey con

placeres no siempre dignos de la majestad real. Hacéale intolerable el manejo de los negocios públicos, pintándosele desabrido por demás y enojoso. A la sazón llega á la córte la nueva de la dimisión que hacia de la soberanía de los Países Bajos la archiduquesa, viuda, que los gobernaba desde la muerte de Alberto acaecida en 1621. El encono que contra la dominación española dormía en el pecho de aquellos naturales, se despertó con la noticia de que iban á ser incorporados nuevamente á la corona. En todas las ciudades y hasta en los pueblos ménos considerables se conspiraba abiertamente para proclamar la independencia del país, á imitación de la Holanda. Esta república, no bien tuvo noticia de aquellas sordas maquinaciones, puso en movimiento un ejército que se apoderó de Venloó y de Ruremonda, destrozó á veinte mil alemanes que acudian al socorro de Maestrick amenazada, rindió esta plaza, y luego las de Limbourg, Vere y Orsoy. Mientras tanto sus escuadras se apoderaban de las posesiones portuguesas en las Indias, de otras en África, y apresaban un convóy portugués que venia de la China cargado de grandes riquezas. En medio de tan dolorosas circunstancias, en Madrid un maestro de baile pensionado cobraba íntegramente, mientras que los oficiales del ejército de mar y tierra no podían conseguir los considerables atrasos de sus pagas. Y sin embargo recibían continuamente órdenes terminantes para alejarse del seno de sus familias é ir á pelear bajo las órdenes de extraños caudillos en el norte de la Europa. Allí Gustavo Adolfo continuaba siendo el terror de los imperiales. Matóles dos mil hombres en Steineau, y los arrojó de Breslau y de Coblenz. No fué tan feliz contra Valstein cerca de Nuremberg y Burgstat, de donde fué rechazado, mas se vengó echán-

dose sobre Tilli, á quien derrotó completamente en las márgenes del Lech. Entró despues en la Baviera, saqueó los pueblos y tomó la plaza de Ausburgo. De Ingolstad le rechazó el hijo de Tilli, fresca todavía en su memoria la pérdida de su padre, muerto en el combate de Lech. El general Walstein, postrera esperanza del imperio en aquellos dias calamitosos, sin oponerse de frente á Gustavo, equilibraba en parte sus triunfos moviéndose por otro lado y tomando las plazas de Leipsick, de Praga, y las de casi toda la Bohemia. Para traerle á un empeño, penetró Gustavo en la Suabia, se derramó por ella como una plaga, y acudiendo Walstein, cerca de Lutzen disputó á los suecos una de las mas famosas batallas de aquella larga y deplorable guerra. Perdiéronla los imperiales dejando en el campo doce mil muertos; pero perdiéronla tambien los suecos por haber muerto en ella Gustavo Adolfo, genio emprendedor y terrible, que á concederle el cielo mas larga vida, acaso hubiera dejado huellas profundas. Como consecuencia de su victoria ganaron los suecos las plazas de Leipsick y de Weimar, casi toda la Silesia, Ingolstad, Colmar y toda la Suabia. Al replegarse las tropas españolas que auxiliaban á los imperiales, entregaron al elector palatino la plaza de Frankendal.

Cristina, hija de Gustavo Adolfo, sucedió en el trono á su padre, muy niña todavía. En esta ocasion los generales suecos sostuvieron dignamente el prestigio del ejército y la dignidad del trono. No cesaron las hostilidades, pues Richelieu se obligó á entregar á los protestantes un millon anual de libras tornesas para que continuasen con ardor la guerra. La liga se apoderó de Paderborn. La plaza de Lansberg fué asaltada y saqueada por los suecos. Rindieron ade-

más la de Heidelberg, y en Hamelen derrotaron á los imperiales matándoles cinco mil hombres y apresándoles dos mil quinientos y la artillería. Las plazas de Hamelen y Osnabruc fueron el premio de esta nueva victoria. Walstein, activo é infatigable, á pesar de los desastres anteriores, opuso á estas ventajas la batalla de Steinau en que derrotó á los suecos; en seguida recobró á paso de carga la Silesia, Olaw, Francfort del Oder y todo el Brandenburgo. Así andaban las cosas en Alemania, haciendo en ella pobre papel las tropas españolas por falta de buenos generales que las dirigiesen. La misma falta se hacia sentir en Holanda. En ella el estatuder, príncipe de Orange, obtenia cada dia nuevas ventajas. Embistió y rindió la plaza de Rhinberg, defendida por guarnicion española. Murió por este tiempo, año de 1633, la archiduquesa gobernadora de los Países Bajos, y el conde duque nombró para sucederle al cardenal infante don Fernando. Desvanecidas las esperanzas que aquel ministro habia puesto en las córtes para obtener de ellas subsidios, recurrió al clero y á la nobleza. De aquel obtuvo diez y nueve millones: pero en vez de destinarlos, como tenia ofrecido, para tener el ejército corriente de pagas, los sepultó en el Buen Retiro para hermostearle, y para divertir á Felipe IV. No fueron este año tan tristes como en los anteriores las novedades de las Indias, pues el portugués Almeyda recobró para la España la parte de la isla de Ceilan de que se habian apoderado los holandeses, y redujo aquellos naturales á la obediencia.

CAPITULO XII. — Ganan los españoles la batalla de Norlinga. Continúa la guerra en los Países Bajos y en Italia. Años de 1634 á 1636.

Vióse en el año de 1634 uno de los tristes ejemplos de

las miserias mezcladas con las humanas grandezas. Walsstein, general ambicioso y de carácter indómito, fué asesinado en Egra de orden del emperador. Sospecharon unos que queria apoderarse del trono de Bohemia, otros que del imperio, y los mas creyeron que la ruina de un hombre tan afamado fué la obra de una emulacion pérfida. Vengóse el emperador manchándose. No por esto se dió treguas á la lucha en Alemania. Junto á Norlinga, sitiada por el ejército imperial y á cuyo socorro acudieron los suecos, se dió una batalla célebre por la completa derrota que estos sufrieron, y digna de mencion especial por haber asistido á ella con diez y ocho mil españoles el cardenal infante don Fernando, llamado por el rey de Hungría cuando de Milan se dirigia á Bruselas. Trescientos estandartes, ochenta cañones, cuatro mil prisioneros, ocho mil suecos tendidos en el campo de batalla, la rendicion de la plaza de Norlinga, y la completa ocupacion de la Baviera y del ducado de Wurtemberg fueron el fruto de aquel triunfo conseguido por la liga católica con una escasa pérdida de dos mil hombres. El terror de que poco antes estaban poseidos los imperiales, pasó á los vencedores de Lutzen, mudanza que en gran parte se debió al denuedo con que pelearon los españoles en los dos dias que duró la batalla. Cuando el cardenal infante y sus tropas llegaron á Bruselas, recibióles el pueblo en triunfo y les aclamó libertadores de la Alemania. El corazon se ensancha al contemplar el vivo resplandor que daba la agonizante gloria militar española. El marqués de Leganés y el conde de Galas fueron los generales que mas nombre adquirieron en esta campaña. No decayó de ánimo Richelieu con la noticia de la derrota de los suecos, antes procuró renovar alianza con la Holanda, obli-

gándose á poner á su disposicion un cuerpo de ejército y á pagarla un subsidio anual de trescientas mil libras tornesas. En 21 de diciembre un ejército francés pasó el Rhin, socorrió á los suecos sitiados en el castillo de Heidelberg, é hizo rendir las armas á seis mil imperiales. Antes de la llegada del cardenal infante á Bruselas, y mientras se le esperaba, gobernó interinamente los Países Bajos el marqués de Aitona, que puso sitio á la plaza de Maestrick, é hizo levantar al príncipe de Orange el de Breda. El gobierno español para contrarrestar los esfuerzos marítimos de los holandeses equipó una fuerte escuadra, cuyo mando fué dado al marqués de Santa Cruz. Era éste genovés, y por haberle admitido sin permiso de su república, fué destituido de la nobleza de su país: en cambio abrióle sus palacios la española.

El primer acontecimiento memorable de 1635 fué la ocupacion de Filisburgo que el conde de Galas tomó á los franceses por sorpresa. Richelieu en tanto revolvía la Europa entera para hacer á la vez la guerra al Austria en Alemania, en Italia y en Flandes. En 8 de febrero convirtió en perpetua, ofensiva y defensiva, la alianza que con Holanda tenia hecha, obligándose ambas partes á no firmar la paz hasta haber arrojado á los españoles de los Países Bajos. Negoció en Italia otra liga semejante. Solicitó á la Inglaterra para que se uniese á su causa, aunque inútilmente, porque Carlos I andaba ocupado en la lucha intestina con su pueblo, lucha fatal para los súbditos y el monarca. Era el plan de Richelieu penetrar en Flandes con un ejército de treinta mil hombres, en el Palatinado con otro de veinte y cuatro mil, dirigir doce mil hombres al centro de la Alemania, ocupar con catorce mil la Valtelina, y tener en jaque al Milasena-

do con doce mil. Estando en sus preparativos llególe la nueva de que los españoles habian ocupado la ciudad de Tréveris y preso al elector , que ántes se habia puesto bajo la proteccion de la Francia. Maduros ya sus planes , no vaciló en asirse del pretexto que se le ofrecia , é hizo declarar la guerra á la España. Puso en movimiento el ejército que tenia destinado á reunirse con los holandeses. Con solo trece mil hombres , fuerza muy inferior á la de los franceses , quisieron los españoles impedir aquella reunion ; temeridad que pagaron con una derrota harto trascendental en los principios de una guerra. Dióse la accion en país de Lieja , junto á un lugar llamado Avein. Cuatro mil ochocientos hombres perdieron en ella los vencidos , y lo que es mas la reputación en la anterior campaña adquirida. Reunidos ya los franceses y los holandeses acometieron la plaza de Tirlemont y la entregaron al saqueo , al degüello y á los mas abominables excesos. Para justificar la determinacion del gobierno francés publicó Richelieu un largo manifiesto , al que respondió Olivares con otro : ambos llenos de quejas , de mutuas acusaciones y de invectivas. Con decir aquel que queria acabar con la dominacion austríaca en Europa , y este defenderla , habian concluido. La campaña que tan bien habia principiado para la Francia , tuvo remate muy opuesto á sus miras por falta de una buena administracion militar , pues en todas partes se encontraron sus ejércitos sin víveres , y el llamado galo-holandés tuvo que levantar el sitio puesto á Lovaina. Por este tiempo , tomado el mando del ejército , despues de la batalla de Avein , condújose el cardenal infante con gran prudencia y fática , y logró apoderarse por sorpresa del fuerte de Skeink , cuya guarnicion pasó á cuchillo. No fué mas feliz en Alemania el cardenal

ministro. En Italia obtuvo que los duques de Saboya y Parma se le uniesen , aquel con ánimo vacilante , y este por enemistad personal con el gobernador de Milan , duque de Feria. Apoderáronse de Villata y Gandía , y pusieron sitio á Valencia del Pó , mas tuvieron que levantarle , pues la defendió bien el marqués de Celada , y la socorrió oportunamente don Cárlos de Coloma. Retiráronse precipitadamente los sitiadores á Brema , en donde levantaron una ciudadela que mas adelante fué de mucho estorbo á sus enemigos. Mejor fortuna tuvieron las tropas francesas en la Valtelina , pues la ocuparon con astucia y ardimiento , y derrotaron tres veces á los imperiales , en Lubin la primera , luego en Bormio , y por fin en el paso de Valpetin. En vano acudieron los españoles al socorro de sus aliados , pues en Morbegno , despues de un sangriento combate , fueron deshechos , quedando dueños los franceses de aquel disputado país. La escuadra , que segun dijimos habia equipado la España en el año anterior , salió á la mar al mando del duque de Fernandina y del marqués de Santa Cruz , y se apoderó de las islas de Santa Margarita y de San Honorato , llamadas de Lerins , situadas cerca de Canas y Antivas en la costa de la Provenza.

En reemplazo del duque de Feria fué nombrado gobernador de Milan el marqués de Leganés , quien dió principio á la campaña de Italia en 1636 derrotando á los franceses en Vespola. Rehechos mas adelante con auxilios recibidos del duque de Saboya y del de Parma , tentaron de nuevo la suerte de las armas , y junto al Tesino sostuvieron en 22 de junio una batalla reñidísima y muy nombrada en Italia. Retiráronse del campo de batalla los españoles pero sin perder cañones ni bagajes , á vista de un enemigo muy su-

perior en fuerzas. Los franceses quedaron dueños del campo, pero tuvieron que replegarse pocos días después sin que les hubiese dado ventajas la victoria. Por elección del marqués de Leganés dirigió en la batalla las tropas don Martín de Aragón, hijo natural del duque de Villahermosa. No era en Italia donde se había puesto el mayor empeño. Richelieu condiciaba para la Francia la posesión del Franco-Condado, camino para la Italia que la España quería cerrar al francés. Para distraer á Richelieu de aquel intento, penetraron los españoles en la Picardía, y en ella obtuvieron señaladas ventajas apoderándose de las plazas de Chapelle, Catelet y Bouchain, y derrotando en varios encuentros á los franceses. En seguida pasaron el Soma, tomaron las plazas de Ro-va y Corbia, ocuparon todo el país que entre aquel rio y el Oise se encuentra, y llenaron de consternacion por tercera vez en el espacio de un siglo á la capital de la monarquía francesa. Richelieu llamó al pueblo á las armas, y envió al príncipe de Condé orden terminante de que levantase el sitio de Dole y enviase tropas para la defensa de la primera ciudad del reino. No fué Richelieu sino Holanda quien esta vez salvó á París. Aquella república puso en movimiento un ejército de veinte mil hombres contra los Países Bajos, y alarmado el cardenal infante mandó á los tercios españoles internados en Francia que no se alejasen mucho de la frontera. De este modo Richelieu tuvo tiempo de reunir cuarenta y ocho mil soldados al rededor de París amenazada, y recobró las plazas de Roya y de Corbia. En la Borgoña hizo el conde de Galas con un ejército de treinta mil combatientes otra diversion contra la Francia, y se apoderó de Mirabeau; mas le fué forzoso retirarse de San Juan de Laune, valientemente defendida por los franceses. Otras

incursiones se hicieron por la España en país enemigo, una por el virey de Navarra, que tuvo mala suerte, contra San Juan de Pié de Puerto, y otra por el almirante de Castilla que pasó el Vidasoa, se apoderó de San Juan de Luz, Sibourre y Socoa, y llenó de conflicto y de espanto la ciudad de Bayona. Entretanto en Alemania, á pesar de que la guerra con los suecos continuaba encarnizada y vivamente sostenida, apremiado el emperador por sus dolencias, reunió la dieta en Ratisbona, la que reconoció á su primogénito por rey de romanos, quedándole de esta suerte asegurada la sucesion al imperio.

CAPITULO XIII.—Continúa encendida la guerra por mar y por tierra. Años de 1657 á 1659.

Con efecto, muerto el emperador en 8 de febrero de mil seiscientos treinta y siete, sucedióle su hijo con el nombre de Fernando III. A la sazón quiso infructuosamente el papa interponer su mediacion entre los soberanos europeos. Enconados los ánimos de todos ellos, y ardiendo sus ministros en deseos de destruccion y de exterminio, no era posible pensar en la paz. Anhelaba Richelieu vengar los pasados descalabros. Otro sufrió y de muchas consecuencias al abrirse la nueva campaña. Viendo los grisones que la Francia no les restituia la prometida posesion de la Valtelina, aliáronse secretamente con la España, y acercándose al país tropas imperiales por un lado, y españolas por otro, se sublevaron en masa y ahuyentaron ó destruyeron á los franceses. El primer resultado de este acontecimiento fué que, viéndose el duque de Parma sin apoyo, firmó un tratado de páz con el gobernador de Milan. Desbaratados en parte por tan

imprevisto suceso los planes del cardenal ministro, dejó por entonces abandonada la partida en Italia, y concentró todos sus esfuerzos para recobrar las islas de Lerins, acometer los Países Bajos por la Picardía y la Champaña, y redondear la Francia por la parte de la Alsacia y del Franco-Condado. La escuadra que destinó á la reconquista de aquellas islas hizo de paso un desembarco en la de Cerdeña, en donde entregó á las llamas y al saqueo la ciudad de Oristan. Acometió despues la isla de Santa Margarita, y merced á los socorros recibidos de la Provenza, rindióla en 5 de mayo tras de una lucha reñida. Recobró en seguida la de San Honorato mal defendida por su gobernador don Juan Tamayo. Envanecido Richelieu dió al momento órdenes para activar la campaña de Flandes. Un ejército francés se puso sobre Landreci y la rindió, tomó la plaza de Maubeuge y en 20 de setiembre recobró la de Chapelle. Contaba escaso número de tropas el cardenal infante para contener de una parte á los holandeses y de otra al francés; con todo se apoderó de Ruremonda y de Venloo y luego se echó sobre la plaza de Maubeuge para recobrarla. Dióla una vigorosa acometida; pero tuvo que desistir del intento porque la defendia Turena, nombre claro en los fastos militares de la Francia. Al fin de la campaña la abandonaron voluntariamente los franceses. Hízose memorable en el sitio de Landreci don Álvaro de Viveros que con una compañía de artillería resistió á mil cuatrocientos enemigos, á quienes llenó de entusiasmo pues solo sucumbió matando. El cardenal de la Valette le regaló una rica espada y un tahalí como prenda de su admiracion, y dejóle en libertad. Mientras esto pasaba, el príncipe de Orange estrechaba con ahinco el sitio puesto á la plaza de Breda. Otro ejército francés

mandado por Chatillon se apoderó de varias plazas del Luxemburgo , Villaina entre ellas , Terte , Ivoy y Danvilles. Dos sorpresas le dieron los españoles en aquel ducado , una contra un cuerpo de artillería que acuchillaron ó rindieron , y otro contra la plaza de Ivoy que entregaron á las llamas : ambas de noche y efectuadas con arrojo y bizarría. Un tercer ejército francés, al mando del duque de Longueville , conquistó á los españoles en el Franco-Condado las plazas de Santa Mousa , Bleterans y otras muchas , sin que pudiese socorrerlas el duque de Lorena , porque un cuarto ejército enviado por Richelieu al mando del duque de Weimar derrotó á los alemanes en las cercanías de Gys , y los desalojó de San Loup , de Beaune y de Lura. Al comenzar el invierno los españoles, que anteriormente habian penetrado en Guiena , la abandonaron disminuidos por las enfermedades contagiosas , y temerosos del hambre que los amenazaba. En el Languedoc tomó la ofensiva el gobierno español haciendo penetrar en él con trece mil hombres al duque de Carmona y al conde de Cervellon , que pusieron sitio á Leucata. Fué bien defendida , y socorriéndola el duque de Halluin trabó con los sitiadores un combate sangriento en que los derrotó y obligó á retirarse con pérdida. Solo en Italia alcanzó algunas ventajas el marqués de Leganés , apoderándose de Niza de la Palla en el Monferrato y sosteniendo dos choques con el duque de Saboya en Araza y Monbaldon. Fuéron las últimas acciones de guerra en que se halló Victor Amadeo , pues en 7 de octubre murió de un cólico violento ; en 15 de setiembre habia muerto el duque de Mantua : ambos dejando sucesores menores de edad , y las dificultades de una regencia.

Al principiar el año de 1638 el ejército francés del Lu-

xumburgo sitió la plaza de Saint-Omer, mas acudiendo los españoles introdujeron socorros en la plaza, batieron á los franceses en varios encuentros, y les obligaron á levantar el sitio. Por otra parte el cardenal infante destrozó enteramente al ejército holandés, impidiéndole sostener la campaña. Rehechos los franceses se echan sobre la plaza de Caletet, la toman por asalto y pasan su guarnicion á cuchillo. El duque de Weimar, despues de muchas acometidas rechazadas con valentía, toma por hambre la plaza de Brisach, último baluarte que quedaba á los imperiales en la Alsacia. En Italia el marqués de Leganés se apodera de Brema, pone sitio á Vercelli, llave entonces del camino de la Saboya al Milanesado, y en 5 de julio la rinde sin que basten á impedirselo los combinados esfuerzos de Francia y de Saboya. Pero el mas memorable acontecimiento de este año fué la expedicion del príncipe de Condé contra Fuenterrabía. Pasa Condé el Vidasoa, dispersa en sus márgenes un cuerpo de dos mil españoles, toma el campo de Figuer y el puerto de Pasages, y amenaza de cerca aquella plaza. Una escuadra española de catorce galeones y cuatro bajeles mayores intenta socorrerla; pero la flota francesa la acomete en 22 de agosto en la rada de Guetaria, destroza todos sus buques ménos uno, y la ocasiona una pérdida de cuatro mil hombres. Entonces dió Condé varias embestidas á la plaza, todas bizarramente rechazadas, y lo tenia dispuesto todo para darla el golpe de gracia en 8 de setiembre, cuando el 7 del mismo mes el marqués de Mortara con seis mil españoles le acomete en sus reales, le toma á viva fuerza un reducto, penetra en sus líneas, y ahuyenta sus tropas, tomándoles bagajes y artillería: fué un terror pánico, en que las sombras del miedo engrandecen el peligro.

El cardenal ministro , tanto mas decidido contra la casa de Austria , quanto mas fuertes eran los descalabros que experimentaba , reunió en 1639 tres ejércitos para dirigirlos contra Flandes , reforzó el de Weimar contra la Alemania y el Franco-Condado , aumentó el de Italia , destinó otro contra el Rosellon al mando de Condé , y equipó dos escuadras , destinada una al Océano y otra al Mediterráneo. El general Piccolomini y el cardenal infante aunaron grandes esfuerzos para oponer en Flandes una tenaz resistencia. Hicieron levantar á Feuquieres , general francés , el sitio de Thionville , derrotándole á vista de sus muros , con pérdida de bagajes , de artillería y municiones de boca y guerra. Luis XIII embistió en persona la plaza de Hedin ; á pesar de esto resistió muchas acometidas , y su guarnicion se retiró con todos los honores de la guerra. Chatillon se apoderó nuevamente de Ivoy. En Alemania murió , jóven todavía , pues contaba apenas treinta y seis años , el duque de Weimar , temido de los imperiales. En Italia , con objeto de dividir los ánimos de sus enemigos , envió la córte de España al príncipe Tomás de Saboya y á su hermano el cardenal , cuñados de la duquesa viuda , para que , secundando al marqués de Leganés , procurasen quitar á la Francia el apoyo de los piamonteses. Las ciudades de Ast , Saluces , Coni y otras muchas los aclamaron sus libertadores ; levantóse por ellos casi toda la Saboya abandonando á la duquesa regente que admitia en algunas ciudades guarnicion francesa para su defensa. Chives , Tiers , Moncalier , Ivrea , Verrue , Moncalbo , Pontestura y Trino abren sus puertas á Leganés ó al príncipe , quienes por último intentan apoderarse de Turin , penetran en ella de noche por sorpresa y conivencia , y obligan á la regente á refugiarse casi desnuda

á la ciudadela. En tales circunstancias el nuncio del papa logró que firmasen los beligerantes una tregua de dos meses y medio : pero concluida que fué volvieron con nuevo furor á las hostilidades. El príncipe de Condé entretanto talaba y saqueaba el Rosellon , género de guerra vandálico , y sitió la plaza de Salsas. El conde de Santa Coloma , virey del principado de Cataluña , pedia incesantemente auxilios. Llenos de entusiasmo los catalanes le enviaron diez mil voluntarios ; Barcelona le presentó seiscientos jóvenes resueltos mandados por el valiente don Antonio Oms , todos vestidos , armados y pagados á costas del principado. A los pocos dias un destacamento de estos voluntarios , bisoños pero denodados , derrotó y puso en fuga una division francesa , muy superior en número , matándola doscientos hombres y cogiéndola muchos prisioneros. A pesar de este ejemplo de denuedo el virey no quiso acometer á los franceses , y Salsas se rindió no muy valientemente defendida. Cuando al conde de Santa Coloma le llegaron los refuerzos esperados , acometió el campo de los franceses , los desalojó de él despues de un disputado empeño , cuya gloria fué toda debida á los tercios catalanes , y puso cerco á Salsas para recobrarla. Hacia la guarnicion frecuentes é impetuosas salidas siempre rechazadas. Volvió Condé con veinte mil hombres , ya la mayor parte tropa de refresco y acreditada , y el virey , fortificado su campo , le esperó á pié firme. Acometiéronle los franceses en el llano de Castelvell , mas fueron rechazados con pérdida de sus mejores soldados , combate memorable por el arrojo de los acometedores y la serenidad de los acometidos : fué en primero de noviembre. No obstante esta derrota , que no le dejaba esperanzas de socorro en mucho tiempo , el gobernador de la plaza solo

en 23 de diciembre capituló , y por hambre. Tristes fuéron para la España los acontecimientos marítimos de este año. La escuadra francesa del Océano hizo un desembarco en Laredo, en las costas de Vizcaya , saqueó la villa y apresó un galeon armado. La flota holandesa mandada por el almirante Tromp empenó en 18 de setiembre un combate con la española , y volviendo á los dos dias á las manos con ella la derrotó junto á las costas de la Gran Bretaña y á presencia de la escuadra inglesa que tambien disparaba contra la española, doble mérito en la resistencia del vencido, y rebaja de gloria de parte del vencedor. Estaban llenos de orgullo los marinos holandeses porque sus escuadras habian conquistado á los portugueses tres provincias del Brasil , y quitádoles otras ricas posesiones en África, conquistas debidas al valor del conde Mauricio de Nasau, deudo del príncipe de Orange. Envió contra él Felipe IV una escuadra de cuarenta y seis buques de guerra con cinco mil hombres de desembarco. Tuvo la desgracia de llegar á San Salvador diezmada por un contagio que la arrebató en breve tiempo tres mil hombres. Con todo no decayó de ánimo el conde de la Torre que la mandaba. Para resistir el ímpetu habia la compañía inglesa de las Indias equipado en guerra cuarenta y un buques , cuyo mando dió al almirante Looff. Las dos escuadras se buscaron con igual empeño. En las costas del Brasil , cerca de Olinda, sostuvieron un combate en el que murió el almirante holandés y del que se retiraron maltratados los españoles. Rehiciéronse en los puertos mas cercanos, y á los pocos dias, volviendo á la mar, sostuvieron tres combates á cual mas encarnizados , los dos de suerte indecisa , pero el último fatal á la escuadra española , que quedó completamente deshecha. Solo seis navíos

volvieron á España de la numerosa flota de sus puertos salida.

CAPITULO XIV. — Grandes alteraciones en Cataluña. Revolucion de Portugal.

Año de 1640.

Este año abrieron los franceses la campaña en Italia. Harcourt se apoderó de Busque, Dronner, Reyel y Brodet. El marqués de Leganés sitió la plaza de Casal, pero acudieron los franceses á socorrerla mandando Turena su caballería; tres veces acometieron con ímpetu, y otras tantas fueron rechazados; pero volviendo á la carga por cuarta vez rompieron la línea, derrotaron á los sitiadores, les tomaron bagajes y artillería, y les causaron una pérdida de seis mil hombres entre muertos y heridos. Cobrando nuevo brio los vencedores fuéron á sitiár la ciudad de Turin en donde se habia encerrado el príncipe Tomás con un cuerpo de ejército. Ganoso de venganza el marqués de Leganés acude en pos de los franceses, sienta los reales no muy léjos de los suyos y los envuelve enteramente. Harcourt demostró en esta ocasion ser hombre de sangre fria y de recursos, á bien que le secundaban hombres de recursos y de génio. Presentó dos frentes, ambos hábilmente fortificados, uno frontero á la plaza, y otro mirando al marqués de Leganés. A un mismo tiempo rechazó recias embestidas de una y otra parte. El sitiador estaba sitiado á su vez, mas no por esto dejaba de contener al enemigo en el campo y de hostilizar vigorosamente la plaza: fué uno de los espectáculos grandiosos que de vez en cuando ofrecen las artes militares. El hambre iba á medias entre el sitiador y el sitiado. Por fin capituló el príncipe Tomás, saliendo la guarnicion con todos los honores de la guerra. Otro sitio célebre de esta campaña, aunque no tan memorable, fué el de Arras. Reuniéronse para

poner cerco los tres ejércitos franceses destinados contra Flandes. Acudió también contra los sitiadores un ejército español, el del cardenal infante; pero siendo los enemigos mucho más numerosos, fué rechazado en la desesperada embestida que dió contra su campo, y el gobernador de la plaza tuvo que rendirla. El príncipe de Orange no hizo por este tiempo cosa de provecho, pues aunque dados dos asaltos se apoderó del fuerte de Nasau, tuvo que abandonarle, y amenazando después sucesivamente el fuerte de Hults y la plaza de Güeldrés, hizole levantar ambos sitios el cardenal infante. Todos los generales españoles pedían al gobierno refuerzos, todos clamaban que sin ellos la gloria de las armas españolas quedaria en breve marchita. Respondióles el conde duque que nada les faltaria, y para cumplir su promesa trataba á las provincias del reino como país conquistado, y las exigia nuevos y extraordinarios tributos. Era general el descontento, y no resonaba en la nacion entera más que un grito de indignacion contra el ministro que á sus ambiciosas miras sacrificaba las haciendas y las vidas. Preguntábanse los españoles á qué venian tantas y tan interminables guerras; qué grande interés nacional las dictaba; porqué se exigian tributos tan crecidos, y se enviaba la juventud á morir lejos de la patria agotándose su poblacion y sus recursos. El ministro, apegado á las empresas militares, se hacia sordo al clamor público, trataba á los súbditos con altanería, y desoia las más justas representaciones. Agrió especialmente á Felipe IV con los habitantes de las dos más ricas é industriosas provincias de la monarquía, Portugal y Cataluña. En vez de hacer olvidar á aquel reino su perdida nacionalidad, protegiendo su marina en la que fundaba sus antiguas glorias, y dándola de este modo á conocer que nada habia per-

dido de su grandeza formando con la España un cuerpo, enemistóse con su nobleza permitiendo que su habla y aun su nombre fuesen objeto de sarcasmo. Olivares se reía de los portugueses. A los catalanes los miraba, nó con risa, con odio profundo. La risa y el odio contra él y ¡cosa sensible! contra la España se volvieron. Desde las últimas córtes de Cataluña, á cuyos diputados trató de una manera indecorosa, se declaró la guerra entre el ministro y el principado: guerra de pluma, primero, de representaciones concertadas y de respuestas orgullosas, que se elevó á escritos en que tras del respeto del trono apuntaba la saña contra el ministro, y á los que contestaba éste con nuevos desabrimientos y desaires, hasta que por último agriándose la disputa se convirtió en armada reyerta. Siempre habia sido Cataluña muy considerada de sus reyes, quienes no podian olvidar que un hijo de un conde de Barcelona vino á ser legítimo rey de Aragon, y que á un nieto de un rey de Aragon le tocó por sangre el trono de las Españas reunido. El condado de Barcelona reputábase ser la mas preciosa joya de la corona real; por tanto procuraban los reyes conservar y aun aumentar las franquicias de aquellos naturales, quienes con lealtad y sacrificios correspondian á las bondades del monarca. El principado era en el siglo xvii un país libre metido en una monarquía absoluta cuyo soberano, mas bien que su señorío, tenia su protectorado. Barcelona, su capital, conocedora de las instituciones de Venecia, Génova y otras ciudades libres de Italia, marítima como ellas y entregada al tráfico, era á su ejemplo entusiasta por sus libertades, y nunca consintió que se torciese siquiera el sentido de sus privilegios, dándoles otro escatimoso. Cuando Olivares manifestó en las córtes de Cataluña ser conveniente

que el rey impusiese contribuciones segun su voluntad, levantaron los diputados un grito de oposicion diciendo que si tal valiese serian ellos, nó ciudadanos ni hombres, sino esclavos, sujetos en persona y en haciendas al capricho de un individuo. Quejáronse al rey de la insolencia del conde duque, diciendo que las córtes no podian tratar con quien, abusando de su real nombre, se portaba con ellas indecorosa y tiránicamente; pero las quejas no llegaban al monarca sino envueltas en las injurias del ministro. Tenia éste en su mano el medio de hostilizar continuamente á sus adversarios. Los gobernadores militares de Cataluña estudiaban al parecer la manera de mortificar á los naturales y de dar gusto al ministro. Por algun tiempo el combate se libró en este terreno, creciendo con las humillaciones el rencor de los ofendidos. Pareció que con la guerra del Rosellon debian darse treguas ambas partes para combatir al comun enemigo. No fué así. En vano los catalanes acudieron á la defensa del país, valientes como todo pueblo que conoce sus derechos y los estima; la ciega animosidad de Olivares se desataba en invectivas contra ellos:—No sufra V. E., escribia el ministro al general del ejército, que haya un solo hombre en la provincia, capaz de trabajar, que no vaya al campo; ni ninguna mujer que no sirva para llevar sobre sus hombros paja, heno y todo lo necesario para la caballería y el ejército. — Que la tropa tenga buenas camas, añadia; si no las hay, no debe repararse en tomar las de la gente principal de la provincia, porque vale mas que ellos duerman en el suelo. Si faltan gastadores para los trabajos del sitio, y los paisanos no quieren venir á trabajar, oblíguelos V. E. por la fuerza llevándolos atados siendo necesario. — Estilo de conquistador bárbaro y triunfante. Concluida la campaña, cuan-

do se entregaban los pueblos á la alegría del triunfo, vino órden de Olivares de alojar el ejército á costa del país, procurando que los soldados fuesen siempre superiores al paisanaje del pueblo en donde estuviesen alojados, órden abiertamente opuesta á una ley del principado, pero que no obstante fué llevada á cabo rigurosa é inmoderadamente. Sufrian los oprimidos, pero entre sus sentidas quejas asomaba ya la amenaza. No sabia el ministro de donde sacar recursos para mantener el ejército, y halló ocasion favorable para vengarse atrocemente de la desventurada Cataluña. Mandó que las tropas se mantuviesen á costas del principado. Era hacerle apurar hasta las heces la copa de la venganza. La exaltacion de aquellos infelices moradores, cuyo entusiasmo en defender la patria se pagaba con ingratitud tan negra, llegó al colmo. De seguro no hubiera hecho mas el ejército francés, si hubiese entrado triunfante en Cataluña. Las tropas, conocedoras de las órdenes superiores y del espíritu que las dictaba, exigian imperiosamente su cumplimiento, y como se opusiesen á ello los naturales, originábanse de ahí sangrientas pependencias. Faltándole al soldado el freno de la cordura de sus gefes, talaba los campos, se apoderaba de la fruta apenas madura, de los ganados, y de las mismas haciendas de sus patronos, no perdonando su honor ni aun su vida. Entre otras tropelías un escuadron de caballería quemó vivo á don Antonio Fluviá en su misma quinta. Resonó en todas partes un clamor unánime de venganza. En Santa Coloma de Farnés prurumpieron los habitantes en insultos contra los soldados. Al momento se envió allá á un cierto Monredon, alguacil real, hombre altanero, que llevó consigo un tercio de tropas. No bien entró en la poblacion, cuando hizo públicas amenazas de un general castigo. Alarmado el vecindario entero buscó

un refugio en la iglesia. Monredon manda pegar fuego á las casas abandonadas , y empieza á herir y saquear , nó con ira justiciera , sino con frenesí feroz. Crece el valor del vecindario con la desesperacion ; salen los habitantes como fieras , embisten á la tropa , traban una lucha sangrienta , acorralan á Monredon y los suyos en una casa , y sin compasion los queman vivos. Escenas horrorosas como esta se repiten en varios pueblos. Para vengar otro desacato cometido en Riu de Arenas contra los soldados , acudió un tercio numeroso y aguerrido , profanó la iglesia , robó los vasos y joyas sagradas , arrojó por el suelo el Pan de Dios , y entregó el templo á las llamas. El resplandor de estas inflamó el ánimo de los vecinos , y convirtió en leones á unos hombres timoratos y pacíficos. Tambien embistieron al tercio , que debió su salvacion á una precipitada fuga. La lucha tomaba ya un carácter religioso. El clero desde el púlpito hacia resonar las bóvedas de los templos con imprecaciones contra los sacrilegios de la soldadesca. Imposible era que no tuviese echadas hondas raices un mal cuyos ayes eran por tantas bocas repetidos. En aquellos tristes dias el nombre de soldado valia tanto como el de hereje , impío y ateo. Acudíase á los tribunales con repetidas y justas quejas que , pasando por la curia , tomaban mayor cuerpo y un aspecto mas espantoso. El virey , conde de Santa Coloma , prohibió que de ellas conociesen los tribunales , reservándose hacer justicia : pero , cerrando el camino á la voz del oprimido , dió movimiento á sus acciones. Quejóse la nobleza del principado enviando por diputado ante el virey á don Francisco Tamarit. Quejóse el clero enviando para que manifestase sus clamores al canónigo don Pablo Clarís. Quejóse el consejo de ciento , haciéndose representar por don Fran-

cisco de Vergós y don Leonardo Sierra. Abrian al virey la puerta postrera de la legalidad y de la paz, pero en vez de oírlos y de calmar su indignacion, entregó á los cuatro á los tribunales, desacierto funesto que mereció la aprobacion del conde duque. La juventud catalana, que temerosa de la tropa habia huido de los pueblos, vagaba por las montañas, ponía emboscadas á los destacamentos, y á su sombra se formaban cuadrillas de foragidos que eran á la vez el azote de los soldados y de los campesinos. Miserable era el espectáculo que presentaba la sin ventura Cataluña, tan injustamente tiranizada y aborrecida. Entonces se vió patente en la práctica la sentencia de un sabio: — Cuando tan vivamente se le hace sentir al pueblo la servidumbre, toma una resolucion extrema. — Parece que la sociedad vuelve á sus mantillas, y á pesar de todos los instintos de cordura y de templanza, pudiendo mas en los ánimos el sentimiento del agravio que la voz de la prudencia, determina emplear contra la fuerza la fuerza. Faltaba solo una coyuntura que no tardó en presentarse. Desde muy antiguo acudian por junio á Barcelona bandas de segadores para contratar con los propietarios sobre la próxima siega. Acercábase la fiesta del Corpus, y el virey, temeroso de algun desman, hizo presente á los consellers que convenia negar la entrada en dicha festividad á aquella gente bulliciosa. Respondieron los consellers que semejante negativa en vez de calmar los ánimos los pondria mas furiosos, añadiendo que la política y la prudencia aconsejaban no poner trabas á los contratos para la recoleccion de las mieses, cosa de primera necesidad para un pueblo. Insistió vivamente el virey, mas solo obtuvo que la ciudad armase compañías para recorrer las calles y conservar el orden. Amaneció el 7 de

junio, día de la festividad del Corpus; y á las primeras horas de la mañana entraron en la ciudad de dos á tres mil segadores, que juntándose en corrillos proferian amenazas á media voz, y miraban con saña á cuantos acertaban á pasar y eran conocidos por castellanos. Casualmente un alguacil vió mezclado entre aquella turba á un prófugo de la justicia, en cuya busca hacia tiempo que andaba. Arremetió á él imprudentemente, y tomando los segadores la defensa de su compañero trabóse una sangrienta refriega. Tal fué la chispa que inflamó el combustible hacinado pérfidamente por Olivares. Desde este momento todo fué confusion y desórden. Un tiro escapado ó disparado por la guardia del virey fué la primera llamarada del incendio. Las compañías que la ciudad habia armado, en vez de contener el alboroto, animaban con la voz á los amotinados al tiempo mismo que los amenazaban con el gesto. Por todos los ángulos de la ciudad resonaba un grito de venganza, que era repetido con frenesí cuando caian heridos ó moribundos los que la voz pública ó acaso una enemistad traidora señalaba por enemigos de los catalanes. Heríase sin compasion y con una sed de sangre al parecer insaciable. Las casas de los que querian defenderse eran entregadas á las llamas, y los cuerpos de los defensores bárbaramente arrastrados y mutilados. Hasta del sagrado de los templos se arrancaban las trémulas víctimas que la piedad tenia escondidas. Día de recordacion horrenda cuyas lamentables desgracias debieron haber caido una á una como plomo hirviente sobre la cabeza del ministro que las motivara. Batallando el virey entre los impulsos justicieros y su natural clemencia, oyendo al pié de sus balcones los gritos de la plebe que pedía su cabeza, y viendo el rojo fulgor de las llamas, per-

dió la serenidad necesaria para hacer frente al peligro. Intentó huir por Atarazanas con ánimo de embarcarse. Mas desde la ciudad habian alejado á tiros las galeras. Vióse abandonado en la playa , y rendido de cansancio , lleno de congoja , delirante , cayó sin sentido en las rocas de San Beltran. Encontráronle en tal estado algunos amotinados que andaban en su busca , y le cosieron á puñaladas. Es fama que se cebaron en un cadáver , pues la voz pública afirmó que de las heridas no habia salido sangre. Mientras pasaba casi aislada esta deplorable escena , otra de distinto carácter distraia momentáneamente la atencion del populacho. En la casa del marqués de Villafranca , general de las galeras , entregada al saqueo , encontróse un reloj que daba extraño movimiento á una figura de mico. Maravillada la plebe creyó ser cosa diabólica el artificio , y tomando de ahí pié los mas avisados para calmar con una diversion aquella fiebre de carnicería , idearon llevar la máquina en procesion por las calles , colocada en la punta de una pica , hasta el tribunal de la Inquisicion , en donde la muchedumbre fanática acusó de artes diabólicas al marqués. Entreacto de risa tan frecuente en las cosas humanas en medio de las grandes conmociones trágicas. Contribuyó tambien á sosegar los ánimos el haber sacado de la cárcel y llevado en triunfo hasta sus casas con grandes aclamaciones á los diputados y consellers presos algunos dias antes. Pero lo que mas calmó la irritacion pública fué la misma enormidad del atentado al difundirse por la ciudad la noticia de la muerte del virey. Si de antemano hubiese habido un plan trazado ; si se hubiese conocido otra descendencia de los condes de Barcelona , fuera de la que en el trono de las Españas se sentaba ; en fin , si en los momentos en que

la efervescencia popular estaba en su mayor altura , se hubiese presentado un hombre de arrojo y de talento , asombra el calcular las complicaciones de funestas consecuencias que amenazarán á la monarquía entera. Pero la conmocion no fué efecto de ninguna combinacion premeditada: fué solo un estallido de la indignacion pública por tanto tiempo alimentada y comprimida. Con la muerte del virey , como si sintiese el pueblo haber traspasado todos los límites de la venganza , y entrado en los de una profanacion nefanda , quedó consternado y mudo de asombro : tan distante estaba de la completa desmoralizacion y falta de respeto al poder de que le acusaba el conde duque. Los consejeros mandaron hacer magníficas exequias al virey , y ofrecieron seis mil escudos á quien descubriese al matador. El veguer tomó el mando de la ciudad , no como autoridad nueva é intrusa , sino conforme á las leyes del Principado en ausencias del virey ó gobernador. Es decir , que Barcelona se habia sublevado , y sin embargo estaba sometida , y enviaba diputaciones á la córte pidiendo olvido de lo pasado y justicia para el porvenir , y apresurábase ella misma á indagar los crímenes en su seno cometidos para castigar acaso á sus mismos hijos. Repitiéronse en varios pueblos , singularmente en donde habia tropa alojada , escenas semejantes á las de Barcelona. A esta ciudad miráronla siempre los catalanes como la joya del Principado , y tomaron por suyo cualquier insulto á ella hecho. A la voz de—*via forasomaten*—levantábanse en masa las poblaciones , y se echaban furiosas contra los soldados. En Tortosa el pueblo se apoderó del castillo , desarmó á la tropa , y dejóla libre para salir de la provincia , exigiéndola antes juramento de no volver á Cataluña. A los gefes buscábalos la plebe con en-

carnizamiento y los sacrificaba. En aquella poblacion dió el clero un señalado ejemplo de piedad. Recorrió las calles llevando en procesion el Santísimo , y debajo del palio ponía á cubierto de la furia popular á las víctimas perseguidas. Al gefe del destacamento , su nombre Monsuar , cubierto con la capa sagrada , salvóle el sacerdote que llevaba á Dios. Detúvose la muchedumbre , descubrióse la cabeza , y se postró. En Olot unos tres mil sublevados acometieron á un tercio numeroso , quien abandonando la poblacion los persiguió hasta Gerona con ánimo de entrar en la ciudad ; no pudo lograrlo porque el pueblo estaba sublevado , y huyó por San Felio de Guixols á Blanes hostilizado siempre por el paisanaje. Algunos dias despues , reuniendo el tercio con otro no menos numeroso y con destacamentos de varios pueblos , entregó al saqueo y á las llamas una multitud de poblaciones , entre ellas Palafurgell , Rosas , Castelló de Ampurias y Calonge. Entretanto llegaba á Madrid la noticia de la sublevacion de Barcelona. Grande fué el asombro que causó en los ánimos de los hombres reflexivos que veian abierta á los piés de la monarquía una honda sima : pero no fué menor la ira que encendió la novedad en el pecho de Olivares. Sublevados los pueblos , y enteramente desorganizado el ejército , debió el ministro refrenar por el pronto los impulsos de su cólera , y mientras preparaba fuerzas para llevar adelante sus miras de exterminio , nombró virey del principado al duque de Cardona , catalan muy respetado y de dotes eminentes. En Barcelona fué acatada su autoridad , mas no obedecida ; en el resto del principado ni obedecida fué ni acatada. Sucediáanse los movimientos populares en los pueblos subalternos. Una sentencia de excomunion que fulminó el obispo de Gerona

contra dos tercios , á quienes declaraba herejes y sacrilegos , aumentando la exasperacion de la plebe , dió á la revuelta toda la exaltacion de una cruzada religiosa. El cuerpo de ejército que , segun llevamos dicho , retrocedió desde Blanes para el Rosellon saqueando muchos pueblos , llegó en fin á las puertas de Perpiñan. La ciudad , apoyada en sus fueros y privilegios , y mas confiada en su justicia y en sus fuerzas de lo que la prudencia aconsejaba , se negó á dar alojamiento á los soldados y les cerró las puertas. El marqués Xeli , gobernador del castillo , se las hizo abrir disparando contra la ciudad hasta seiscientas bombas y balas que arruinaron la tercera parte del caserío , dando entre sus ruinas sepultura á los mas inocentes moradores : linaje de victoria en que lo fácil del triunfo da al laurel un color repugnante. Orgullosos los tercios entraron en la poblacion rendida , y saquearon las casas que los proyectiles habian respetado. Al otro dia la ciudad quedó casi desierta. Espanto daba ver á las familias , mezclados con los pobres los ricos , huir con sus hijos y sus mujeres , y abandonar con llanto y con imprecaciones todo cuanto poseian. Luego que el duque de Cardona supo estas nuevas , se encaminó á Perpiñan é hizo encarcelar á Arce y Molas , gefes de los tercios autores de tantas desgracias , los mismos excomulgados por el obispo de Gerona. Desaprobó tan prudente conducta el implacable Olivares , cosa que fué tan sentida del duque de Cardona , hombre pundonoroso , que enfermó de congoja , y murió á los pocos dias. El conde duque nombró para sucederle en el vireinato al obispo de Barcelona , sabio y virtuoso anciano , poco útil para semejante cargo : mientras tanto continuaba el ministro haciendo grandes preparativos para abrumar al principado con todo el

peso de su cólera. Para allegar gente á toda costa mandó desguarnecer las plazas de Portugal (sin tener en cuenta el estado de este reino), las de Galicia, de las provincias Vascongadas y las de Aragon; hizo juntar las dos quintas partes de las milicias de Murcia, las Andalucías, Extremadura, Leon y Castilla, además de las de las islas Baleares. Aumentó el ejército del Rosellon con tercios del de Italia: congregó todas las provincias de España con llamamiento de guerra; cerró la puerta al camino de conciliacion propuesto por los hombres de mas prudencia y garantías, y resolvió llevar al colmo la exasperacion de los pueblos ofendidos. Nombró general del ejército expedicionario al marqués de los Vélez. Viendo los catalanes desvanecidas las esperanzas de un generoso olvido, aprestáronse para la defensa, fortificaron la plaza de Barcelona, se apoderaron del puesto militar de Atarazanas abundantemente provisto de armas y de municiones, levantaron cuerpos de infantería y caballería, y en fin juntaron córtes y en ellas decidieron llevar al último trance la defensa y no consentir que los humillase el conde duque. Tambien enviaron comisionados al rey de Francia, quienes de vuelta á Barcelona, junto con otro nombrado por el Cristianísimo, firmaron un convenio por el cual se obligaba Cataluña á resistir la dominacion de Felipe IV y no volver á su obediencia sin intervencion de la Francia, y esta en cambio prometia auxiliar á Cataluña con seis mil infantes y dos mil caballos. En esto, llegado á Zaragoza el marqués de los Vélez escribió á la diputacion de Cataluña, que en calidad de nuevo virey nombrado por su majestad se dirigia á Barcelona con un ejército. Respondióle la diputacion que con ejército ni sin él no seria recibido. Vínosé por fin á las manos. Por con-

nivencia de parte del vecindario entró el ejército real en Tortosa, y en vez de mostrarse clemente con los que depuesto ya el rencor le abrian las puertas, formó proceso á los gefes de la sedicion pasada y los condenó al patíbulo. De este modo la sumision de aquella ciudad que pudo haber sido el primer paso para la pacificacion, fué una bandera de sangre enarbolada para infundir aun á los mas timoratos el valor de la desesperacion. El pueblo de Illia, situado en un llano de la Cerdaña, dió contra el ejército real del Rosellon el primer ejemplo de un denuedo, que fué presagio de la larga y porfiada resistencia que el país preparaba. Púsose sobre él don Juan de Garay con cinco mil hombres y una fuerza respetable de caballería y artillería, intimóle la rendicion, á la que contestaron los vecinos diciéndole que pagaria caros los horrores cometidos en Perpiñan. Dióle dos asaltos, ambos resistidos con un brío incomparable por unos moradores casi inermes; y con la noticia de que se acercaban los franceses tuvo que replegarse. Al saber estas novedades y alarmado por otra parte con los rumores del público descontento que en Portugal se manifestaba, quiso Olivares tentar los medios conciliatorios proponiéndose en sus adentros no cumplir ninguna de cuantas promesas hiciese. Escribióle el marqués de los Vélez que con maña apartase al clero del número de los conjurados, y que de seguro Cataluña se sometería. Llamó pues al nuncio de su santidad y pidióle con instancia que pasase al principado para sosegar los ánimos, mas el nuncio se negó á hacerlo alegando que su ministerio y sus instrucciones le impedian tomar parte en reyertas de familia. Por debajo de cuerda logró el ministro que la ciudad de Zaragoza enviase comisionados á Barcelona con el carácter de medianeros; pero nada alcan-

zó por este camino ; en fin escribió á la diputacion , que el rey consentiria en sacar las tropas del principado , si consentia Barcelona en la construccion de dos fuertes uno en Monjuí y otro en la Inquisicion que dominasen la ciudad ; tampoco logró su intento : tarde era ya para llevar una transaccion á buen término. Por tres puntos se preparaba el de los Vélez á invadir la Cataluña ; por el llano de Urgel, por Tortosa y por la costa , en donde debia efectuar un desembarco el ejército del Rosellon. Para resistir á tantas fuerzas la diputacion casi no contaba mas que con la popular efervescencia. Esperaba de un momento á otro tres regimientos franceses , y fundaba todas sus esperanzas en el somaten general , es decir , en la resistencia del personaje sin armas en su mayor parte y sin la menor disciplina. Con grande aparato entró el marqués de los Vélez en Tortosa. Hizo en ella un simulacro de la jura en los fueros establecida , y á poco envió contra Cherta un cuerpo de ejército que la entregó á las llamas. Al mismo tiempo que las casas ardian y que los soldados recorrian los pueblos dándolos al saqueo , publicaba el general un edicto prometiendo perdon á cuantos se sometiesen : promesa que desmentian aquellas llamas y aquellas depredaciones. La misma suerte que á Cherta le cupo al infeliz pueblo de Perelló. Adelantóse el ejército real hasta el Coll de Balaguer , y apoderándose fácilmente de este paso mal fortificado y defendido , derramóse como un torrente por el campo de Tarragona. Ya en esto habian llegado á Barcelona los tres regimientos franceses y mil ginetes , y con ellos el caballero Espenan , célebre por la defensa de la plaza de Salsas , el cual marchó á encerrarse en la de Tarragona amenazada por Vélez. Este, llevando por delante las horcas, se echó sobre el pueblo

de Cambrils. Antes en el Hospitalet habia hecho ahorcar á nueve campesinos. Cambrils resistió con empeño, y para reducirle fué necesario hacer uso de la artillería. Capituló viendo el estrago, pero en el momento de salir de ella sus defensores, fueron traídoramente acometidos y acuchillados por la caballería de los sitiadores. No satisfecho Vélez con tal atrocidad si hemos de dar crédito á fidedignas memorias, aquella misma noche hizo ahorcar á los gefes que habian capitulado. A los que él llamaba incautos y seducidos condenóles á galeras. Estos castigos de índole tan bárbara y esta falta de palabra de honor de parte de un virey, estaban diciendo á los catalanes á voz en grito que mas les cumplia morir con las armas en la mano que no ser pasados á cuchillo y tratados como fieras despues de sometidos. Formáronse partidas de campesinos que en nombre de la patria y de la religion se iban poco á poco acostumbrando á las fatigas de la guerra. Una de ellas capitaneada por el guerrillero San Pol, se metió en Aragon por la parte de Lérida, y en Tamarit sorprendió á algunos tercios de Navarra á quienes acuchilló ó hizo prisioneros. Otra, al mando de cierto Copons, se apoderó de la villa de Orta y de su guarnicion. Conoció el marqués de los Vélez que era tiempo de probar un golpe contra la ciudad de Tarragona en donde tenia confidentes que preparaban á su favor los ánimos. Apoderóse antes de los puntos fortificados de Salou y Villaseca, y por último se acercó á aquella plaza. Espenan, que en ella gobernaba, viendo que no llegaban los socorros que la diputacion le tenia prometidos, que el pueblo se inclinaba á favor del ejército real por preferirle al extranjero que en su seno alimentaba, y convencido de que sus escasas fuerzas no podian cubrir las mu-

rallas, capituló con todos los honores de la guerra, y dirigióse á San Felio de Llobregat, en cuyo punto debia reunirse el somaten general. Acercábase á su fin el año de 1640, tan fecundo en males para nuestra monarquía sin ventura. No eran solo los catalanes quienes desde el advenimiento de Olivares al poder sufrían impacientes su yugo. El reino de Portugal alimentaba un vivo rencor contra aquel ministro y contra todo cuanto llevaba el nombre de español. Desde su forzada incorporacion á la corona, que llevó á cabo Felipe II, obedecía con la mayor repugnancia, quejábase continuamente de los vireyes, pedia con instancia la observancia de los fueros concedidos y jurados por los reyes, no consentía en enviar diputados á las córtes fuera de Portugal reunidas, y clamaba contra los excesivos tributos que le sepultaban en la ruina y la miseria. Respondia á todo Olivares que á los súbditos les tocaba obedecer, que la pompa régia necesitaba recursos para sostenerse, y que tomasen á gran favor el que les fuesen pedidos auxilios cuando podian serles tomados: especie de cortesía en la depredacion, que, representando la misma época, pinta bien Lesage en las primeras páginas de su Santillana. Para el conde duque no habia mas razon poderosa que la fuerza, y solo por ella podia convencérsele. Vasconcelos, lugarteniente suyo en Portugal y su imitador en la arrogancia, trataba al clero con desabrimiento, á la nobleza con orgullo y al pueblo con tiranía de baja índole. Casi públicamente por levísima culpa hizo rapar la cabeza y la barba á un hombre honrado, y reprendiéndole esta accion en pleno consejo el arzobispo de Braga, amenazóle con el destierro, y en desprecio de sus palabras envió á aquel inocente á galeras. Eligiendo por norma al ministro, decia que su voluntad era

la ley, y tomando de él ejemplo sus subordinados, hacian respetar y cumplir hasta sus menores y mas extravagantes deseos: condicion triste á la que están sujetos los pueblos en donde á la ley se sustituye el capricho de los gobernantes. Sabedor el ministro de las públicas murmuraciones á que tales actos daban coyuntura, pensó sofocarlas enviando contra Cataluña á la nobleza y á las tropas portuguesas, evitando así que en su país formasen un núcleo de apoyo para el descontento público. Grande y general era este en las poblaciones. Todos los portugueses tenian fija la atención en un descendiente de su antigua familia real, en el duque de Braganza quien para no despertar los recelos del conde duque, ni ambicionaba mandos, ni deseaba ocasiones de darse á conocer, y llevaba una vida ocupada en continuas fiestas y cacerías. Ofreciósele el gobierno de Milan y le rehusó; llamósele para un rango superior en la corte, y se excusó con su pobreza; mandósele recorrer las costas de Portugal para atender á su defensa, y al mismo tiempo dábale á la escuadra española orden de prenderle, mas la Providencia le salvó esta vez para sus fines, pues una furiosa tormenta dispersó las naves. Por último nombrósele general de todas las tropas de Portugal con orden de visitar sus plazas, y secretamente se mandó á los gobernadores de las fortalezas que le sujetasen si se les presentaba coyuntura: pero el sagaz duque entró en ellas tan bien acompañado y tan sobre sí, que pareciendo entregarse se cautelaba. Pinto, secretario y confidente suyo, dirigia con gran política sus planes sin comprometerle, y alimentaba en los pechos de la nobleza, del clero y de la plebe la esperanza de un porvenir mas halagüeño si confiaban en el descendiente de sus príncipes. El día 12 de octubre reu-

nió á los portugueses mas respetables, y concertó con ellos los medios para poner en el trono al duque de Braganza. La ocasion no podia ser mas oportuna. El ejército estaba ocupado contra Cataluña, la mayor parte de las plazas desguarnecidas, el pueblo amenazador en su descontento. Alarmado el conde duque y furioso además porque Braganza no habia caido en sus manos, le dió orden terminante de presentarse en la córte. Eludióla enviando allá á un mayordomo con encargo de hacer grandes compras y de preparar una casa magnífica para recibirle, y ganó de esta suerte el tiempo necesario para asegurar el buen éxito de la conjuracion. Llevóse esta adelante con tanta actividad y sigilo, que ni aun por indicios pudo descubrirse á pesar de ser tan crecido el número de los conjurados, y que por decirlo así, tomaba en ella parte todo un pueblo. Una madre, la condesa de Atougia, armó por sus propias manos á sus dos hijos, diciéndoles:—«Id á pelear por la patria.» En donde de esta suerte hasta el amor maternal enmudecía ante el amor de la patria, ya no es maravilla encontrar en las mismas masas conjuradas tanta discrecion y reserva. Sábado dia primero de diciembre, á las ocho de la mañana, dióse en Lisboa el grito de—Libertad y Juan IV de Braganza.—Vasconcelos fué asesinado en su misma casa, arrojado por una ventana su cadáver y arrastrado por las calles, la tropa castellana desarmada, y la vireina, duquesa de Mantua, presa en su palacio. El tribunal supremo establecido en Lisboa encabezó el mismo dia sus decretos en nombre del nuevo rey. A la vireina la hicieron firmar orden de entregar la ciudadela, orden que obedeció al momento su tímido gobernador. Del mismo modo obtuvieron los conjurados la posesion de los fuertes de Almada,

Belen, San Antonio y Cabeza Seca. Por lo demás fué tratada la vireina con todo decoro , y cuando se la permitió restituirse á Madrid obtuvo todos los honores que eran á su rango debidos. El nuevo rey que á la sazón se hallaba en Villaviciosa , no bien supo la noticia del buen éxito de la conjuración cuando se puso en camino de incógnito , y á su tránsito por varios pueblos fué testigo de la repetición de las aclamaciones dadas á la independencia del país. Fué recibido en la capital con un entusiasmo difícil de explicar. Lisboa era ya suya , lo mismo que todo el reino , que en pocos dias completó el general levantamiento. Solo una fortaleza le quedaba al ejército español , y era la de San Juan , situada en la boca misma del Tajo , y cuya guarnición se negó á entregarse resistiendo á la fuerza con un denuedo y sangre fría heroicos. Mas su gobernador Fernando de la Cueva , tan valiente contra los proyectiles , fué cobarde contra el oro , y la vendió. En la plaza de Palacio , el dia 15 , fué coronado Juan IV con la mayor magnificencia. Antiguamente solo tratamiento de alteza se daba á los reyes de Portugal : al nuevo rey diósele y tomó el de majestad. La revolución fué tan completa como verdadera. La España tuvo el dolor inmenso de verse separada de un pueblo magnánimo , mas que nunca grande en el dia de la separación : y separado , nó por pecados de Castilla , sino por la fatal torpeza de un ministro que se habia propuesto hacer del pueblo castellano , jamás el hermano , siempre el opresor de los demás pueblos de la monarquía. A un pueblo hermano , injusticia grande hubiera sido negarle la mano de hermano ; á un pueblo opresor , con ira se le pagó y con odio implacable. Consternada quedó la villa de Madrid con tan terrible novedad. Olivares , llevando la risa en los labios y la

vergüenza en el corazón, se presentó al monarca español y le dijo:—Traigo á vuestra majestad una agradable noticia.—¿Cuál?—La de haber ganado un ducado y bellísimas tierras.—¿Cómo es?—Porque el duque de Braganza ha perdido la cabeza, y dejándose coronar rey de Portugal por la plebe se ha hecho confiscar sus bienes que quedan reunidos á la corona.—Es preciso poner remedio, contestó Felipe IV:—y durmió aquella noche con la misma impasibilidad de siempre. Poco eran para dormir las circunstancias. En el ejército enviado contra Cataluña había gran número de portugueses que á la primera ocasion desertarian sin remedio; las posesiones portuguesas de las Indias era natural que siguiesen el ejemplo de su metrópoli primitiva, y le siguieron. Además de esto el irreconciliable enemigo de la España, Richelieu, estaba siempre en atalaya, y sabia hábilmente aprovecharse del increíble desgobernio en que á la España tenia sumergida Olivares. Veia á la nacion rival de la Francia luchar con dos heridas casi mortales recibidas de mano de sus mismos hijos, y trabajaba sin descanso para abrumarla con el peso de enemistades exteriores.

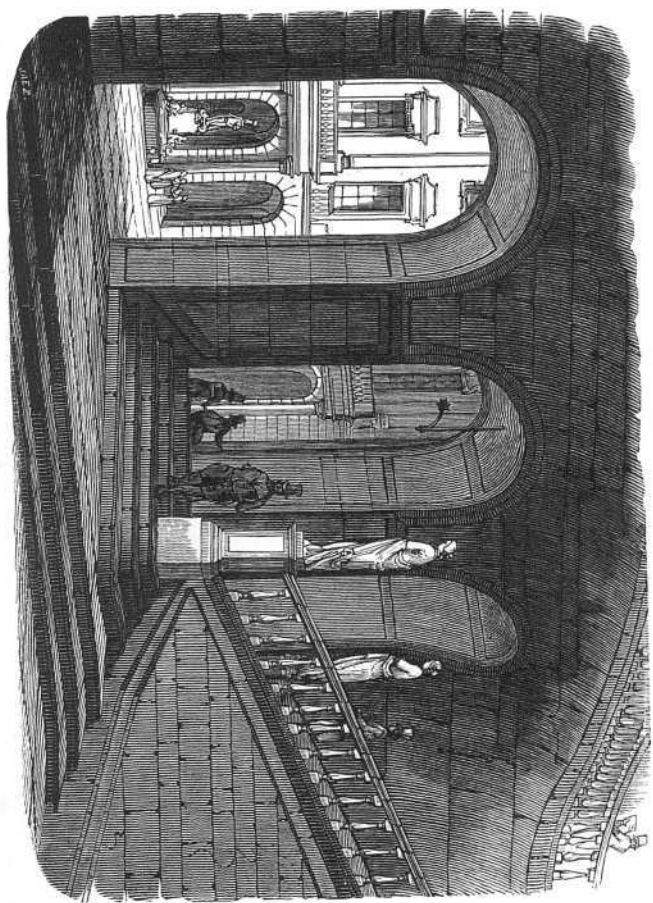
CAPITULO XV.—Campana del marqués de los Vélez. Batalla de Monjuí. Afírmase en Portugal la nueva dinastia. Año de 1641.

Escribia frecuentemente el conde duque al marqués de los Vélez que activase su marcha de Tarragona para Barcelona con todo el grueso del ejército, á fin de acabar de un golpe con la rebelion catalana. La diputacion del principado, con el objeto de retardar la marcha del ejército real por todos los medios que sus escasos recursos le ofre-

cian, hizo fortificar la villa de Martorell, donde se cruzaba el Llobregat por medio del puente del Diablo, ántes de la construccion del de Molins de Rey, que hoy se encuentra cuatro millas mas abajo. En apurado trance se veía aquella autoridad á quien obedecian ciegamente los catalanes. En virtud de la capitulacion de Tarragona, habíase el caballero Espenan retirado á Francia con sus tropas, sin que los ruegos de las poblaciones ni los deseos de los gefes sublevados fuésen bastantes á hacerle detener en Martorell. El de los Vélez, á quien esta partida dejaba en mas soltura, se atrevió por fin á salir de Tarragona. En su marcha fué constantemente hostigado por bandas sueltas que le interceptaban los convoyes en medio de un país quebrado y montañoso. Veinte dias puso en el camino de Tarragona á Barcelona. Entró sin oposicion en Villafranca del Panadés; á viva fuerza apoderóse del pueblo de San Sadurní, y se puso sobre Martorell. A retaguardia, en el pueblo de Constantí, habia establecido sus hospitales, y tenia en custodia mas de trescientos prisioneros. Una partida de campesinos, al mando de don José Margarit, á favor de una rápida marcha sorprendió de noche aquel punto y rescató los prisioneros: heroicidad en que hubo mezcla de barbarie, porque en el degüello de la guarnicion, caliente todavía la sangre de Cambrils, no fuéron respetados cuatrocientos heridos y enfermos que en los hospitales yacian. A pesar de este descalabro, el general marqués hizo acometer por tres partes, una de ellas una eminencia mal defendida, la villa de Martorell, y apoderándose de ella pasóla á saco y á cuchillo. Adelantándose siempre arrojó á los catalanes del pueblo de San Feliu de Llobregat y del de Esplugas, y amenazó á la misma capital del principado que se contaba

pocos dias ántes tan segura con el auxilio de la Francia. Ántes de ponerse sobre ella tomó consejo de los gefes del ejército real, y de comun consentimiento se acercó hasta el pueblo de Sans, media milla distante de aquella ciudad. Desde allí escribió á la diputacion acompañándola una carta del rey, y prometiendo olvido de lo pasado y clemencia con los rendidos. Mas fuéle contestado que el ejemplo de Cambrils daba la medida del cumplimiento de sus promesas, y que solo retiradas las tropas entrarían en tratos amistosos. A pesar de esta orgullosa respuesta, no era muy afianzada, ántes sí rodeada de angustias y difícil por demás la situacion de los barceloneses. La fortificacion de Monjuí estaba en mal estado, los ánimos decaidos con los sucesos adversos, y discordes en lo que debía practicarse. En tal conflicto, temerosos de encontrar tras de la clemencia de Felipe IV las iras del ministro, eligieron por conde de Barcelona al rey de Francia, reunido para ello un consejo de doscientas personas que representaba todos los estamentos. En 22 de enero de 1641 firmóse el tratado, al tiempo mismo que Vélez se preparaba á dar una fuerte acometida, contando para ello con un numeroso y aguerrido ejército. Faltando víveres, conveníale al marqués dar un golpe de mano, y el dia 23 de enero dió la señal de la embestida. Situada Barcelona á la orilla del mar, y al pié de una de las pocas montañas perfectamente aisladas que en el globo se encuentran, defiéndela y la amenaza de continuo el fuerte de Monjuí levantado en aquella cumbre, y al que á la sazón guarnecia el paisanaje. Ganado Monjuí, vese en su falda dominada la ciudad, necesariamente avasallada ó destruida. El general de las tropas reales quiso pues apoderarse á toda costa de tan interesante punto. Confió esta arriesgada em-

PATIO DEL CONSULADO EN BARCELONA.



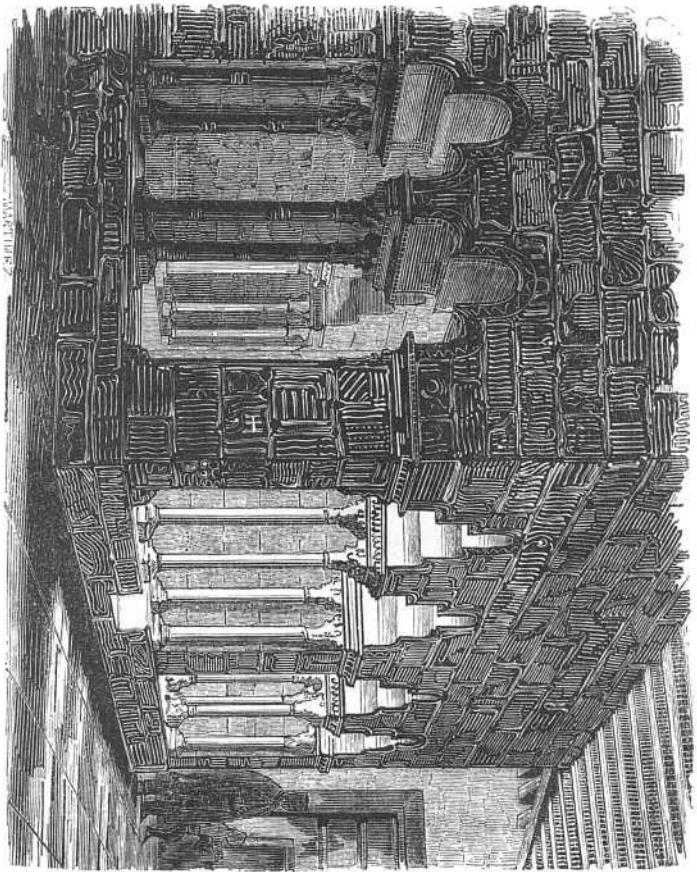
presa al marqués de Torrecusa dándole una division de gente escogida. Debíale secundar Garay acometiendo la ciudad por la parte de San Antonio , mientras el duque de San Jorge , hijo de Torrecusa , apoyaria entrambos movimientos , acorralando á los enemigos con la caballería que á sus órdenes tenia. Convenientemente colocada la artillería, debia de continuo disparar contra los baluartes y los muros para despejarlos de defensores. Cuando desde la ciudad se vió que las tropas reales asomaban por la Cruz-cubierta , mientras otros subian la cuesta de Monjuí , grande fué por unos momentos el movimiento y la gritería. Mas no se oyeron lamentos ni sollozos. En breve rato las murallas aparecieron coronadas de defensores , todo indicios de una terca y animada resistencia. La poca fuerza de caballería con que podian contar los de la ciudad , situáronla muy oportuna y ventajosamente, fuera de la puerta de San Antonio, algunos hábiles oficiales franceses que daban direccion al indómito denuedo de los moradores. Las disposiciones tomadas de una y de otra parte , mas que para asalto y defensa de dos plazas parecian propias de una batalla : nombre adecuado que en efecto se dió á esta accion sangrienta. Del puesto avanzado de Santa Madrona y San Ferreol fuéron desalojados los catalanes á los primeros tiros. Subia Torrecusa la ladera de la montaña animando á su hueste con la voz y con el ejemplo , mientras su hijo despejaba con la caballería el llano. Las arremetidas de este valiente jóven eran arrogantes y arrojadas : circunstancias de que pensaron sacar partido los defensores viendo que aquel valor rayaba ya en lo temerario. Al efecto destacaron una partida de mosqueteros para secundar á su caballería que en los afueras maniobraba. Avanzaba ésta como para provocar al de San Jorge ,

mas luego volvía riendas para acribillar al duque y á su gente con el fuego de la mosquetería y con el de los baluartes y murallas. Renovóse distintas veces la estratagema, y siempre la caballería real era rechazada dejando rastros enrojecidos. Amostazado el gefe castellano pidió á Garay doscientos mosqueteros en que apoyar sus acometidas: mas Garay, que no podía aprobar unos movimientos ni un arrojito que dejaban en inacción sus baterías, se negó á dárselos. Encendido en cólera el mozo, arremetió contra la caballería enemiga sin que esta vez le detuviese el fuego de la mosquetería ni el de la plaza. Pero si á él y á los mas esforzados no detuvo, no así á los que detrás venian que cayeron ó huyeron desbandados. No por esto cejó San Jorge, y envuelto por la caballería enemiga, luchando como un héroe, cayó herido mortalmente, y á su lado sus mas valientes capitanes. Funesta y muy frecuente consecuencia de un denuedo temerario. Mal parados por este lado los acometientes, oíase no obstante muy vivo el ataque á Monjuí, llevado adelante con la mayor obstinacion y bravura. Torrecusa, cual si tratase de tomar unas sencillas líneas de defensa y nó de asaltar altas murallas, no llevaba ninguna de las prevenciones en tales casos acostumbradas, y al llegar junto al mismo foso, viendo el estrago que en su gente descubierta causaba un enemigo bien parapetado, pidió á toda prisa escalas. Allí fuéron sacrificados centenares de víctimas por una imprevisión vergonzosa de los gefes. Pero sin hacer alto ni en lo imposible, la vanguardia se presentó al asalto con un valor y sangre fria admirables. En esto dispararon de la fortaleza un pedrero con acierto tan funesto, que á la vez cayeron muertos ó heridos los mejores soldados. Los momentos eran preciosos, y la ansiedad grande.

Animada la ciudad con la rota de San Jorge, envió de refuerzo á Monjuí dos mil mosqueteros, gente escogida entre los mas ágiles y vigorosos, que luego treparon por la parte del mar con increíble lijereza. El ejército real habia probado á interponerse entre la ciudad y Monjuí para impedir el socorro, pero fué rechazado con nuevo estrago por los fuegos certeros de la plaza. Llegado el refuerzo á la cumbre, resonó en la fortaleza un clamoreo entusiasta de mal presagio para los sitiadores. Estos, con brio extraordinario, volvian á la carga sin arredrarles la gran dificultad de la empresa. Al cabo de seis horas de este obstinado ataque, llegó á Torrecusa la noticia de la muerte del duque de San Jorge su hijo, y olvidando ante el dolor paternal lo que á su patria debia, entregóse al llanto y á un amargo desconsuelo. Los defensores de Monjuí, muy numerosos ya, saliendo de repente, cayeron sobre los huestes reales y las desbarataron. Todo fué en ellas confusion y desorden, arrojándose unos sobre otros, arrastrando á los valientes los cobardes, precipitándose á pelotones por despeñaderos y torrenteras, y muriendo casi todos miserablemente. No se necesitaban armas para acabar con ellos; los palos bastaban y las piedras. Ellos mismos abatian sus gloriosas banderas, y cubiertas de polvo las pisaban. Si el marqués de los Vélez en aquellos momentos de desolacion y carnicería no hubiese encargado la direccion á Garay, gefe prudente y de recursos, todo el ejército hubiera sido arrastrado en la deshonrosa fuga, y perecido sin remedio. Garay formó las tropas dando cara á los fugitivos, y á medida que llegaban al llano, íbalos formando en retaguardia. Así salvó el resto de las tropas; mas no salvó el honor de las banderas, mancillado por el conde duque que

mandó llevar á cabo un ataque temerario, por Vélez que consintió en dirigirle, por unos gefes que consultaron mas que á la prudencia á un valor arrogante, perdiendo la vida sin utilidad para la patria, y en fin, por el caudillo que en lo mas vivo del trance se acordó de su sangre, mas que de los estandartes á su honor confiados. Reunida junta de gefes, se resolvió la retirada á Tarragona y se efectuó poniendo en el camino solo dos dias. Vélez pidió el retiro, y en su lugar fué nombrado don Federico Santa Coloma. Este descalabro fatal costó á la patria largos años de una guerra encarnizada, y tal vez la pérdida de Portugal, pues hizo por el pronto imposible todo grande esfuerzo para someterle. Afirmábase Juan IV en su posesion, y fué desde luego reconocido por los soberanos enemigos de la casa de Austria. Juntó córtes, en las que juró la observancia de los fueros, y de las que obtuvo el reconocimiento de su hijo Teodosio por sucesor á la corona; dió órdenes para el pronto equipo de una escuadra, firmó tregua de diez años con la Holanda, y alianzas con Inglaterra y Francia, y envió embajadores para solicitar de la santa Sede su reconocimiento. Y nó por los negocios exteriores olvidaba los interiores, pues hizo fortificar en muy poco tiempo la ciudad de Lisboa, y reparar las obras de las demás plazas del reino. El entusiasmo público facilitaba recursos en hombres y en dinero; excepto los ancianos y los sacerdotes, todos los portugueses eran soldados, todos sin distincion se adiestraban en los militares ejercicios. Por el pronto su guerra con la España se limitaba á incursiones fronterizas, en las que se armaban unos á otros emboscadas, talábanse los campos y se saqueaban los pueblos; resabios tristes de las guerras con los moros. Por la parte de Mérida, adelantóse el español Mon-

CLAUSTRO DE SAN PABLO DEL CAMPO EN BARCELONA.



terrey hasta poner sitio á la plaza de Olivenza. Abrió brecha y la dió tres asaltos, mas todos los rechazó con brio el portugués, y aunque otra vez volvió aquel á la carga, le sucedió lo mismo, perdiendo infructuosamente ochocientos hombres. Afortunados fueron tambien los portugueses en la acometida que dirigieron contra la villa de Valverde, de la que se apoderaron sin que fuese bastante á impedirselo la viva resistencia opuesta por mil y cien españoles que la guarnecian. Por la frontera de Galicia, el marqués de Tarrasa entró en Portugal, en donde saqueó é incendió tres pueblos. Sedientos de venganza los portugueses entraron en Galicia, incendiaron mas de cincuenta pueblos, é hicieron sentir á sus habitantes todos los horrores de la guerra: abominable certámen de barbarie, que acabó de abrir entre los dos pueblos una insondable sima. Viendo Olivares que por la fuerza no podia recobrar el reino de Portugal, se entendió secretamente con algunos descontentos, entre ellos el arzobispo de Braga, para tramar en Lisboa una nueva conjuracion que destruyese los efectos de la primera. Procuróse el auxilio de los judíos, que eran en Lisboa numerosos, y prometieron pegar fuego al palacio, y luego asesinar al nuevo rey. Entraron en el complot algunos nobles descontentos, y parte del alto clero. El marqués de Ayamonte, gobernador de una de las plazas fronterizas, recibió para remitir á Olivares, con el sello de la inquisicion, un pliego abultado. Era el marqués algo pariente de la reina de Portugal, circunstancia que le hacia temer por la pérdida de su destino en el ejército. Entrando en sospechas, abrió el pliego que contenia todos los secretos de la trama, y en vez de dirigirle á Olivares, le envió al duque de Braganza. El marqués de Villareal, deudo de la familia real, el duque de Camina y

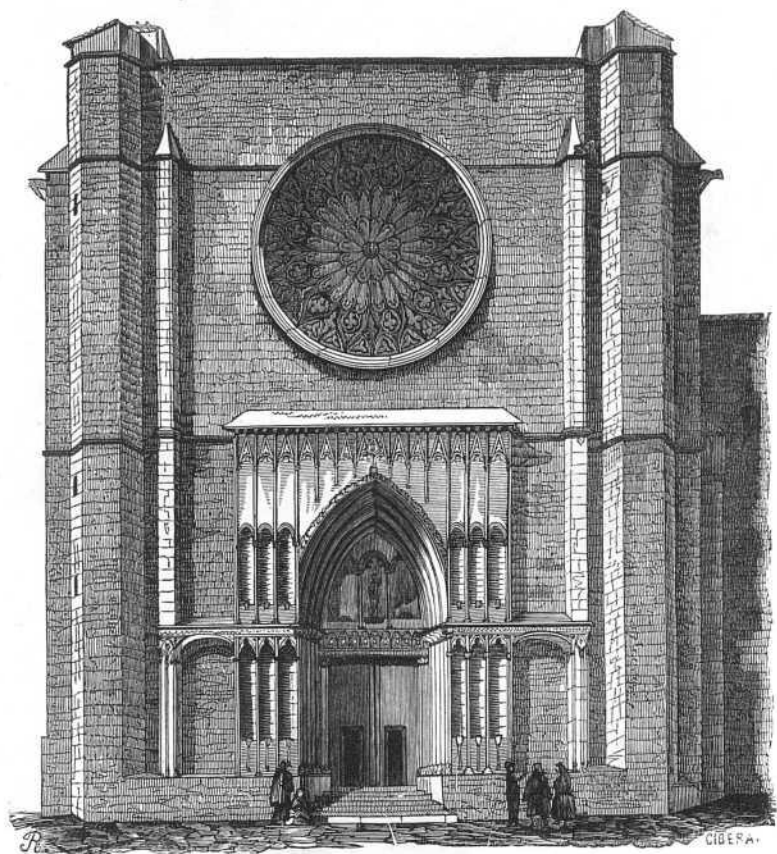
cuatro conjurados mas, fueron condenados al último suplicio; á los obispos comprometidos se les redujo á prision. En ella murió á poco el arzobispo de Braga, dicen que de enfermedad. El marqués de Ayamonte, que de este modo acababa de salvar la vida al rey de Portugal, perdió poco despues la suya en el patíbulo. Conjuróse con el duque de Medina Sidonia para sublevar las Andalucías, y declarar en ellas independiente á ese vástago de los antiguos Guzmanes. Descubriólo uno de los conjurados, informando de todo al conde duque; y éste, que era pariente del de Mesina Sidonia, le salvó obligándole á postrarse á los piés del rey: el marqués de Ayamonte pagó por los dos. Llamando así la atencion de los españoles las grandes conmociones que desgarraban su seno, ya nadie pensaba en las empresas exteriores, y sin embargo no dejaba de derramarse sangre española en las llanuras de Flandes y en las campiñas de Italia. Allí los franceses pusieron sitio á la plaza de Aire, y despues de muchos prodigios de valor de una y otra parte, la rindieron. El cardenal infante puso empeño en reconquistarla, y la sitió obstinadamente sin que pudiesen distraerle los franceses, acometiendo otras plazas. Aire se recobró, mas no entró en ella el cardenal infante, pues ántes murió de enfermedad, con sentimiento de cuantos admiraban sus bellas prendas y su carácter. En Italia, Turena y Plessis, se apoderaron de Moncalvo, que tambien fué recobrado despues, y puestos en seguida sobre Ivrea, con hábiles movimientos el príncipe Tomás les hizo levantar el sitio: pero tomaron las plazas de Mons y Revel al acabarse la campaña. Grandes eran los esfuerzos que hacia la Francia para dar á la España golpes repetidos. Envió á Cataluña once mil hombres con el general La-Motte, que puso sitio á Tarra-

gona, casi único punto del principado que le quedó al ejército real despues de la batalla de Barcelona. Al mismo tiempo hizo que una escuadra bloquease aquel puerto enemigo. Pero la plaza fué socorrida por otra escuadra española, y el francés, para no molestar á los catalanes, tuvo que hacer incursiones en Aragon, á fin de procurarse recursos. Deshonróle la que hizo contra Tamarite, pues habiendo entrado y sido recibido como amigo, trató á los moradores con atroz barbarie. Otro ejército penetró en el Rosellon, y se apoderó de Elna. Torrecusa, á quien se habia confiado el mando de las tropas por aquella parte, concertóse con el marqués de Mortara, gobernador del Rosellon, con el objeto de ocupar el paso de Zanjon, y combinar las operaciones necesarias para hacer frente al nuevo enemigo.

CAPITULO XVI. — Se apoderan los franceses de Perpiñan. Año de 1642.

Opúsose el francés á su reunion; pero despues de un encuentro reñido la efectuaron, y á pesar de ser inferiores en fuerzas al enemigo, y de ser dirigido este por excelentes generales, no dudaron en acometerle y le derrotaron. De resultas, perdieron los franceses la plaza de Santa María del Mar, la de Argeles y gran parte del Rosellon. Torrecusa introdujo víveres y municiones en Perpiñan, y se situó en Colliure para tener fáciles comunicaciones con la escuadra española. Brezé, general francés, recibidos refuerzos, reconquistó á Santa María, y en seguida se dirigió á Barcelona, en donde juró en calidad virey nombrado por el rey de Francia. No permanecia en tanto ocioso el ejército real que dejamos encerrado en Tarragona. Oportunamente socorrido salió á campaña, destrozó dos compañías enemigas en el Plá, entró en Alcober por capitulacion, resistió en Villalonga á los fran-

ceses con fuerzas inferiores, tomó á viva fuerza el pueblo de Constantí, y luego los de Altafulla, la Torre den Barra, Vendrell y Tamarit. El marqués de Hinojosa que le mandaba, esforzábese en hacer olvidar con actos de clemencia la condicion dura del de Vélez. Llegáronle de Aragon nuevas tropas mandadas por el marqués de Povar, y ambos gefes no supieron entenderse para bien de la patria, ántes se trataron con desdeñosa indiferencia, y aun con aspereza. Funestos fueron los resultados de esta falta de buena inteligencia y armonía. Povar llevaba orden de Olivares de pasar al Rosellon, cruzando todo el país enemigo. Salió de Tarragona con seis mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos, dirigióse por Villafranca del Panadés, vadeó el Llobregat al pié del Monserrate, y encaminóse por el Vallés, tres leguas distante de Barcelona, tierra adentro. Para llamar la atencion del enemigo y cubrir tan peligrosa marcha, debió Hinojosa, como tenia ofrecido, acometer el Coll de Cabra, y no lo hizo. Ausente ya Povar, recibióse en Tarragona contraorden de Olivares para que aquel se detuviese. Hinojosa que á la acometida se prestara, si á su disposicion se ponian cien caballos, confió esta fuerza á un espía, que la puso en manos del general enemigo. Echóse éste sobre uno de los tres cuerpos en que Povar traia dividida su gente, el que rechazó con brio dos acometidas. Muy luego supo Povar que el puente de San Celoni estaba ocupado y defendido, y vió las alturas coronadas de tiradores, que incesantemente le molestaban las tropas. Determinó volverse ántes que los soldados pereciesen de hambre, que ya se dejaba sentir, y de fatiga. En retirada, hostilizado siempre, llegó á seis leguas de Tarragona, y entrada la noche quiso tomar el Coll de Santa Cristina para evitar el encuentro de los franceses; mas,



SANTA MARIA DEL PINO EN BARCELONA.

engañado por guias traidores , al amanecer se vió cercado de enemigos y tuvo que rendirse. Si esta pérdida dolorosa fué culpa, como algunos opinan , del marqués de Hinojosa , nombre muy odioso mereceria tan ruin venganza ; pero es muy probable que en la desgracia tuvo gran parte la poca capacidad de Povar para dirigir un cuerpo de tropas respetable. Con tal ventaja orgullosos los franceses tomaron la ofensiva en el Rosellon y en Cataluña. En aquel condado se apoderaron de Argileres casi sin resistencia , y de Colliure despues de la mas honrosa y obstinada defensa. En el principado el general francés La-Motte se puso sobre Tortosa con ocho mil hombres divididos entre las dos márgenes del Ebro, que atraviesa la ciudad ; pero sus habitantes se defendieron con heroísmo dejando tendidos en la brecha ochocientos enemigos , y obligando á La-Motte á retirarse. Nuevo engaño le esperaba en Tamarite. Este pueblo al que tenia ya irritado por su perfidia del año anterior , se defendió de él con un valor increíble , y aunque redujo sus casas á escombros y cenizas , no pudo rendir á los habitantes que habian buscado un refugio en la iglesia , y en la torre de la misma. Viendo tanta terquedad , adelantóse hasta Monzon cuyo castillo se le rindió por hambre , á causa de haber admitido en él imprudentemente su gobernador mas de cuatro mil habitantes. Conoció La-Motte que en Aragon no podia sublevar los pueblos como se habia prometido , y volvióse á Lérida. Por este tiempo la escuadra francesa que se hallaba en Barcelona, con noticia de haberse avistado por aquellas aguas la española, salió á la mar ; pero en vez de conseguir un triunfo sufrió una derrota completa , con pérdida de nueve bajeles y de dos mil hombres. Encarnizada guerra se hacian España y Francia en el principado , pero no era la intencion

de Richelieu apoderarse de él, sino del Rosellon, para que los Pirineos fuesen los naturales lindes entre las dos naciones. A fin de animar á sus generales, y de darles á conocer la importancia de la empresa, hizo que Luis XIII se acercase al Rosellon. Felipe IV se puso tambien sobre la raya de Cataluña. Ganada Colliure moviéronse los franceses contra Perpiñan con veinte y seis mil hombres, y la cercaron para reducirla por hambre, pues Luis XIII deseaba que la posesion de aquel pueblo no anduviese mezclada en el ánimo de sus habitantes con el recuerdo de escenas de destruccion y de sangre. La guarnicion llegó á alimentarse de animales inmundos, y hasta de cueros. Por fin, en 29 de agosto capituló, encontrando en ella los franceses un material inmenso en armas y en municionss, recuerdo ya lastimoso de las pasadas grandezas. Con esta ocupacion y la del fuerte de Salces, conseguida en breve, quedó el condado del Rosellon en poder de la Francia. Dolor intenso sintió Felipe IV al saber esta noticia; dolor que se aumentó á poco con la pérdida de la batalla de Lérida, mal dirigida por el marqués de Leganés que acababa de ser nombrado general de Cataluña, y que sepultó en aquellos campos sus pasados laureles. Entoncés comenzó el rey á querer enterarse de lo que pasaba en la monarquía. De Italia eran desastrosas las nuevas, porque Richelieu habia reconciliado á la duquesa de Saboya con sus dos cuñados, y declarándose á una contra la España se apoderaron de Crescentino, de Niza de la Palla y de Tortona: de esta con mucho derramamiento de sangre por la intrepidez de sus defensores. De Flandes eran algo mas lisonjeras las noticias, pues los españoles se apoderaron de Lens y de Basee, y en Honnecourt derrotaron completamente á los franceses. Hubieran podido sacar partido grande

de esta victoria, á no mediar funestas rivalidades entre los gefes, y órdenes no ménos funestas de Olivares de que pasase parte del ejército á Alemania. En las fronteras de Portugal no era guerra lo que se hacia, eran correrías de salvajes, de destruccion sedientos y de carnicería. Talábanse lo mismo que en el año anterior los campos, incendiábanse las mieses, se entregaban los pueblos á las llamas, y ni el sexo se respetaba, ni las edades, ni los infortunios, enconando así mas el odio que los dos pueblos se profesaban por desgracia. Esparcióse por toda Europa una voz que en unas partes infundió desaliento y en otras grandes esperanzas: tal fué la muerte de Richelieu, hombre de estado de vastos conocimientos, de miras profundas, tan ilustre para la Francia como fatal para la España. Cuando subió al poder encontró el reino con sus fuerzas convertidas contra sí propio, y supo volver su furor y su arrogancia contra los extraños, é hízole adquirir en Europa una colosal preponderancia: vivo contraste con Olivares cuya administracion desastrosa dirigió contra los españoles sus propias iras, y fué encaminada á que unos contra otros los súbditos de una misma monarquía se aborreciesen mas que al extranjero.

CAPITULO XVII. —Caída del conde duque. Desastre de Rocroy. Años de 1643 y 1644.

Recordando Felipe IV el estado en que su padre le dejó la monarquía, y comparándolo con el de postracion y ruina en que ahora la veia sumergida, no pudo mirar ya con el mismo afecto de ántes á su ministro favorito. Habíase éste granjeado con su altanería no solo la enemistad secreta de los cortesanos, sino hasta el odio abierto de la misma reina, que le acusaba de haberla hecho perder el amor del

rey abriéndole el camino de licenciosas intrigas. Llorosa púsose delante de su regio esposo, y presentándole el príncipe Baltasar le dijo: —¿Sabeis el patrimonio que para ese vuestro hijo prepara Olivares? la ruina de la monarquía y la miseria. —Unió sus esfuerzos á los de la reina la duquesa de Mantua, y pintó al monarca con vivos colores el fatal desgobierno que abrió las sendas á la revolucion de Portugal. Hasta la misma ama del rey doña Ana de Gúevara, á quien él estimaba mucho, hablóle con varonil entereza y le manifestó que todos los males públicos traian su origen de la funesta nulidad del conde duque. A tantos ruegos, y mas que á ellos cediendo Felipe á su conviccion propia, en 17 de enero de 1643 escribió á Olivares diciéndole que estaba satisfecho de sus servicios, pero que tomando en consideracion los deseos de sus súbditos queria dirigir por sí mismo los negocios y le concedia permiso para retirarse como lo tenia solicitado. No bien se hizo pública la novedad, cuando se reunieron gentes esperando que el rey saliese de palacio, y victoreándole decian: Olivares te hacia pequeño; hoy comienzas á ser grande. —Retiróse á Loeches, para acabar su vida en el olvido, aquel hombre vano que nunca debió haber salido de él. Por unos dias pareció que respiraba la nacion con mas holgura. Dejábase ver alegre y esperanzada la nobleza, á la que tanto humillara Olivares. Recobraban los tribunales y los consejos su antigua forma. Todos los corazones tomaron expansion placentera ante la posibilidad de un porvenir mas honroso. Mas luego se vió que nó en un dia eran para curadas las hondas úlceras de la monarquía. A Richelieu habia sucedido en el gobierno de Francia el cardenal Mazarino que continuaba la ejecucion de los planes de aquel y hacia preparativos grandes para

activar la guerra en Cataluña , proteger á los portugueses y arrebatarlos la Italia y Flandes. En el principado los españoles sitiaron la villa de Flix , pero Laval , su gobernador , la defendió con denuedo y dió tiempo á La-Motte de meter socorros en la plaza y de acometer á los sitiadores derrotándolos con pérdida de setecientos hombres , de los estandartes y todo el material de guerra. Decaía la moral del soldado por falta de buenos gefes. Felipe IV determinó pasar á Aragon , y nombró general á don Luis de Silva , quien tuvo no poco que hacer para reunir un ejército , infundir esperanzas al soldado , y poner remedio á las deserciones que hasta en masa se efectuaban. Hacia el fin de la campaña recobró la plaza de Monzon , pero no fué feliz contra el Cabo de Quiers de donde el francés le obligó á retirarse descalabrado. Continuaba en Portugal la guerra de incursiones. Por la parte de Olivenza tuvieron en ellas fortuna los portugueses , pues rindieron de nuevo la villa de Valverde y se apoderaron de Albufeira , la torre de Legia, Almendral , Alconchel y su castillo , Fegeira de Vargas , y Villanueva del Freno , y entregaron los míseros pueblos al pillaje y á las llamas. De Badajoz tuvieron que retirarse escarmentados. Por la parte de Beira entró Abranches pasándolo todo á sangre y fuego , y aunque no pudo apoderarse del castillo de Abergoria , impidió que el duque de Alba rindiese la plaza de Almeida. Una de sus correrías la llevaron los españoles hasta Valdemula , pero les fué forzoso replegarse mas que de paso , y en la escapada fueron perseguidos hasta Ciudad-Rodrigo. En Italia , al cabo de cuatro meses de un sitio bien dirigido , recobró el ejército español la plaza de Tortona , ó por mejor decir , su castillo , pues la ciudad la habian abandonado los franceses. El príncipe

de Saboya, aliado de estos, entró en Turin, en Ast y en Pontestura, aunque le secundaron muy poco los franceses que debian auxiliarle. La flojedad de los movimientos de estos en el Piamonte fué debida á la enfermedad de Luis XIII, que traia muy desasosegados á sus ministros, y que le condujo al sepulcro en 14 de mayo, dejando el trono á Luis XIV, que no contaba todavía cinco años, y por regenta á su madre. Luis XIII no fué rey de gran talento, pero supo rodearse de hombres eminentes, emplearlos en el ser vicio de la Francia, y seguir constantemente sus consejos. Con su muerte no quedaron paralizados los preparativos de guerra. Tres generales españoles, Melos, Alburquerque y Fuentes, se habian puesto en movimiento desde Flandes para amenazar la Champaña y acometer la plaza de Rocroy. Contra ellos envió la regenta veinte mil hombres al mando de un jóven de veinte y dos años; pero este jóven era el duque de Enguien, despues príncipe de Condé. Avistó á los españoles situados en una eminencia cuya vertiente daba á un llano, y frontero al enemigo en otra eminencia que formaba tambien declive hácia la misma llanura, puso sus tropas en órden de batalla. Alburquerque mandaba la izquierda española contra la derecha francesa dirigida por Condé; Melos la derecha de aquella contra la izquierda enemiga acaudillada por Hopital, y Fuentes guardaba con la infantería española el centro contra Espenan, que mandaba la francesa. En medio de un silencio imponente, y en tales casos poco acostumbrado, ocupó cada cuerpo el puesto señalado. Pasaron en órden de batalla la noche del 18 al 19 de mayo. Alburquerque ocupó con mil mosqueteros un bosque que tenia delante. Sobre ellos cargó Condé al amanecer del 19, y aunque se defendieron bien, desalojólos con el número.

Siguiendo su buena suerte rodeó por entrambos lados el bosque, y llevó muy luego en derrota á toda la division de Albuquerque. Melos, por el contrario, rechazó á Hopital, le deshizo y le persiguió. Ambas alas derechas triunfaban, mientras en el centro se mantenía por ambas partes reñida la pelea. Entonces se vió que en igualdad de circunstancias la prevision y el genio triunfan. Perseguía Melos la izquierda francesa, pero de repente dió contra una reserva de antemano ventajosamente colocada por Condé. Acosaba éste á la izquierda española y ninguna reserva le hizo frente; dió la vuelta al centro español sin tocarle, y revolviendo sobre la derecha de Melos triunfante, la puso entre dos fuegos, acribillóla y la deshizo. Quedaba el centro español compuesto de aquella famosa infantería que desde los tiempos del rey Católico y del Gran Capitan nunca enseñó la espalda al enemigo. Obedecia formada en cuadro, colocada la artillería en el centro, al conde de Fuentes, veterano, muy enfermo de la gota, pero que acallando los dolores del cuerpo ante la voz del honor, llevado en andas recorría las filas, y las animaba. Tres veces, reunida toda su gente, acometió Condé á aquella muralla viviente, y tres veces fué rechazado con estrago. A la cuarta acometida murió Fuentes, y aquella infantería tan renombrada sucumbió. Sesenta estandartes, doscientas banderas, veinte y cuatro cañones, ocho mil muertos y seis mil prisioneros, esto perdió la España; pero mil veces mas que esto perdió con desvanecerse la fama que de invencibles sus tercios tenían. Esta fué la batalla de Rocroy. Melos salvó los restos del ejército. Victorioso Condé tomó la plaza de Emery, la de Barlemont, la de Maubeuge, la de Binch, y en 18 de junio puso sitio á la de Thionville. Cara le costó su adquisicion, pues en las ar-

remetidas y asaltos, heroicamente rechazado, perdió la mayor parte de su ejército. En 22 de agosto, después de un mes de trinchera abierta, reducidos los defensores á una tercera parte de su número, se rindieron con todos los honores de la guerra. Condé, ocupados algunos pequeños fuertes, y rendida la ciudad de Creq, encaminóse á París en donde fué recibido casi en triunfo. En este año de infortunios tampoco fué tan feliz como en el anterior nuestra escuadra del Mediterráneo, pues en las aguas de Cartagena fué destrozada por la francesa con pérdida de dos bajeles, un galeon, ciento sesenta cañones y mil quinientos hombres.

Al principiar el año de 1644 abriéronse en Munster negociaciones para entablar la paz, pero fueron inútiles, pues ni la Francia quería ceder sus conquistas, ni podía la España consentir en su abandono. Continuó la guerra con furor. Don Felipe de Silva, en los mismos campos de Lérida, años ántes testigos de una derrota, venció al francés La-Motte, matándole dos mil hombres, haciéndole mil quinientos prisioneros, y tomándole los bagajes y la artillería. De resultas rindiósele por hambre la plaza de Lérida, y el rey, que iba con ejército, entró en ella el día 7 de agosto. En vano para vengarse embistió La-Motte por tierra la ciudad de Tarragona, mientras una escuadra lo hacia por mar: inútiles fueron trece acometidas y un asalto general, é infructuosos siete mil cañonazos: perdidos tres mil hombres, y lleno su campo de heridos, retiróse terriblemente escarmentado. Entretanto afianzaba Portugal su independéncia. Tanger se declaraba á su favor, y con la flota que cargada de riquezas llegó del Brasil, equipábase en Lisboa fuerzas navales y armábanse tropas para amenazar á Castilla. Entraron estas

á viva fuerza en Montijo y en Membrillo, y talaron comarcas enteras, mientras Torrecusa con tropas españolas hacia lo mismo en territorio portugués. Las fuerzas de que disponia el gefe español no bajaban de siete mil, seiscientos hombres, y las portuguesas de ocho mil. Vinieron por fin á las manos. Maltratados igualmente salieron de la batalla ambos ejércitos, pues perdieron arriba de novecientos hombres cada uno entre muertos y heridos; pero Torrecusa se apoderó de la artillería y bagajes del portugués. En Madrid y en Lisboa se cantó casi á un tiempo el TEDEUM por la victoria que ambos gefes se atribuian. En Flandes por este tiempo perdía España la Gravelina, Rebus y Hennuyen, que tomaron los franceses, y Sas de Gante, que cayó en poder de los holandeses; en Italia el príncipe de Saboya se apoderaba de Pouson y Santa Ya. La estrella española, que años ántes daba brillo á toda la Europa, iba eclipsando por momentos su luz, pálida ya y temblorosa. A Urbano VIII sucedió en el pontificado el papa Inocencio X.

CAPITULO XVIII. — Continúa con furor la guerra. Procura el rey disipar su melancolia.
Años 1645 á 1647.

Las plazas de Vandreval, Gúesla, Dringuen, Armen-tiers y otras varias, aunque algunas despues de una honrosa resistencia, cayeron en poder de los franceses en 1645. El duque de Lorena, auxiliar de los españoles, derrotó á los holandeses que acudian en apoyo del ejército francés, pero perdió la plaza de la Motta. Los españoles tomaron la de Montcassell y reconquistaron la de Mardic, y algunos pequeños fuertes, con lo que se hubiera equilibrado la campaña si en Rouest y Alsig no hubiese sido sorprendida una division española que perdió

ocho estandartes , diez y nueve banderas , mil doscientos caballos , y seiscientos prisioneros. En Italia el príncipe Tomás se hizo dueño de las plazas de Vignano y la Roca , y en 19 de octubre ganó la batalla de Mora , en la que perdieron los españoles dos mil hombres. Mas no pudo aprovecharse de la victoria , de suerte que recobrados sus enemigos , reconquistaron la plaza de Roca. Para hacer frente á tan repetidos descalabros recurrió Felipe IV al patriotismo de sus vasallos. A fines del año anterior , por muerte de la reina acaecida en 6 de octubre , habíase restituido á Madrid , mas en 11 de marzo volvió á salir para Aragon y Valencia en cuyos reinos juntó córtes , y pidiólas auxilios : ofreciéronle las de Valencia dos mil hombres , pagados y equipados. Pero mientras en ambas provincias hacia preparativos para la próxima campaña , el general francés Plessis-Praslin se apoderó de Rosas , y otro general de la misma nacion , Harcourt , se hizo dueño de Balaguer destrozando ántes una division española á la que hizo perder dos mil hombres. No obstante esta ventaja , Harcourt tuvo que retroceder á Barcelona en donde le fué forzoso castigar con el último suplicio á los autores de una conjuracion encaminada á entregar la ciudad á Felipe IV. Dirigíala la baronesa de Albes , que quedó impune , haciendo las gracias de la mujer olvidar los intentos de la conjurada. En los lindes de Portugal , el marqués de Leganés , sucesor de Torrecusa en el mando , reunidos quince mil hombres , taló las cercanías de Olivenza y de Villaviciosa , y se apoderó de la plaza de Telená , pero tuvo que volverse de Badajoz cuyas inmediaciones entregaban los portugueses al saqueo. Entretanto las posesiones que tenian estos en el Brasil é Indias Orientales se defendian tenazmente de la rapacidad de los holandeses.

En 22 de febrero de 1646 el rey reunió córtes en Madrid á fin de tratar de los medios mas adecuados para reducir el reino de Portugal y el principado de Cataluña. Formáronse dos ejércitos, uno contra Cataluña cuyo mando se dió al marqués de Leganés, y otro contra Portugal, mandado por Dulinguen. Este pasó el año en preparativos y correrías. El de Leganés recobró en las cercanías de Lérida una buena parte de sus perdidos laureles, pues cayendo de improviso sobre los franceses que sitiaban aquella plaza los dispersó y puso en vergonzosa fuga. Tambien este año siguió el rey al ejército, pero en Zaragoza tuvo el dolor de perder al príncipe don Baltasar, su hijo único, por lo que, á su vuelta á la córte, entregóse á las diversiones á fin de disipar, segun decia, su negra melancolía. No le hicieron abandonar sus frívolos pasatiempos las noticias que de Flandes le llegaban. Courtray, Bergues-San-Winoc, Mardic nuevamente, Furnes, Dunquerque despues de trece dias de trinchera abierta, y Logvi, habian caido en poder de la Francia. Pero en Italia pareció que las armas españolas daban un destello de su antigua gloria. Los franceses con una escuadra al mando de Breze y con un ejército dirigido por el príncipe Tomás, habian caido sobre la Toscana y puesto sitio á Orbitello; pero la escuadra española destruyó á la francesa con muerte de su almirante; y una salida que de aquella plaza hizo don Carlos de la Gatta, mientras acudian á su socorro las tropas del virey de Nápoles, desconcertó enteramente á los sitiadores, y les hizo levantar el sitio, perdida la mitad de la gente. Otra expedicion probaron los franceses contra la isla de Elba, en donde se apoderaron de Piombino y de Portolongone, y luego desembarcaron cinco mil hombres en las tierras del duque de

Módena , que acababa de declararse aliado suyo. Acometieronlos los españoles al mando del condestable de Castilla y del marqués de Serra , y en un país montuoso , muy cerca de Bozolo , diéronles la batalla de este nombre , peleando ambas partes con el mayor encarnizamiento , y los derrotaron completamente.

Con estas noticias creyó la córte española que ya volvian los antiguos días de prosperidad y de ventura. Concertó el rey nuevas nupcias con doña Mariana de Austria , hija del emperador don Fernando III , y ni un día dejó de entregarse á todas las diversiones y solaces , propios mas de la juventud que de la edad madura. Cansado de dirigir por sí mismo los negocios , encargólos á don Luis de Haro , ministro de condicion apacible pero de cortos alcances. Desmoralizada la córte con el licencioso ejemplo del monarca , ocupábase solo de públicos regocijos. De los amores con cierta cómica , llamada la Calderona , años antes habia Felipe IV tenido un hijo á quien por imitacion llamó Juan de Austria , y creyendo que seguiria el ejemplo del que primero así se apellidó , nombróle en 1647 generalísimo de las fuerzas navales , sin que á estas se las diese direccion ninguna. Tampoco se la dió , ó dándosela fué mala , á los ejércitos de tierra. Impunemente hacian los portugueses correrías por las provincias fronterizas , y sin obstáculo preparaban fuerzas navales para resistir en los mares próximos á los españoles , y en los mas remotos á los holandeses. En Italia salvóse la plaza de Cremona , no por esfuerzos de los generales españoles , sino por rivalidades suscitadas entre los franceses. En Cataluña , para donde la córte de Francia acababa de nombrar general al príncipe de Condé , salvóse tambien Lérida de caer en manos de éste ,

no porque ningún general español se lo impidiese , sino por la sabia y heroica defensa de Brito , gobernador de aquella plaza , por las arrojadas salidas que constantemente hizo , y por las obras que destruyó de los sitiadores reduciéndolos al extremo de levantar el sitio : desaire de la fortuna que por mucho tiempo empañó la reputacion de Condé , principiado como habia el sitio con grande arrogancia , haciendo dar la vuelta á las murallas al son de músicas militares. La atencion del gobierno español no estaba fija en la península por mas desgracias que en su seno amenazasen á la España ; tenía la toda embebida en Flandes , causa de tantos males para la monarquía. Firmó con el emperador un tratado para que éste enviase á aquel país tropas auxiliares , y á tenor de la condicion que para ello exigió , nombróse virey de toda la comarca al archiduque Leopoldo con facultades casi ilimitadas. Dió éste comienzo á sus operaciones con la reconquista de Armentiers y la ocupacion de Landreci y de Comines , mientras se apoderaban los franceses de Basee , Kenoque , Nieufdan , la Esclusa , Lenz y Dixmuda : esta última plaza recobróla luego el archiduque. Era el modo de guerrear de aquel tiempo en que , sin resultado decisivo , frecuentemente una misma plaza era ganada , perdida y reconquistada durante una misma campaña.

CAPITULO XIX. — Paz con Holanda. Masaniello. Grandes descalabros. Años de 1648 á 1650.

Fecundo fué en acontecimientos el año de 1648. Prevaleció en los consejos de Felipe IV la opinion de los que deseaban á toda costa la paz con Holanda. En Munster á 30 de enero , ratificóse un tratado , en virtud del cual quedaba reconocida por la España la independenciam de aquel país , y

se dió por libre para entrambas naciones el comercio de las Indias. De este modo , con grandes sacrificios , se quitó á la Francia un aliado. Vengóse el cardenal Mazarino firmando paz con el Austria , con exclusion de la España , y pugnando para arrebatár á esta sus mejores países en Italia. Fomentando el descontento , en gran parte justo de los sicilianos y de los napolitanos , dió márgen á que estallasen sublevaciones alarmantes en Palermo y en Nápoles. Allí , si tomó la sedicion algun incremento , fué no poca parte debido á la debilidad del marqués de los Vélez , que á los primeros gritos se puso á salvo en las galeras. Mas sereno ya , volvió á la ciudad , pasada la borrasca , que fué breve. No así la de Nápoles , en donde la imaginacion entusiasta del pueblo fué dirigida por un jóven pescador llamado Masaniello , quien encaminó la plebe á que insultase al virey , saquease muchos edificios públicos y particulares , y se entregase á unas atrocidades nefandas. El pescador que acaudillando las masas asesinaba á unos pacíficos moradores , fué á su vez asesinado por sus mismos secuaces. Sucedióle y tuvo el mismo fin el conde de Torralto , hasta que puesto un tal Genaro á la cabeza de los sublevados , eligieron el territorio de Nápoles en república , y nombraron dux al duque de Guisa. Acudió éste al llamamiento , y fué aclamado con estrépito ; pero le duró poco la soberanía , pues cerca de Capua , en 6 de abril , reunidas las tropas del virey con las que de su escuadra desembarcó don Juan de Austria , derrotaron al nuevo dux y le prendieron. Reembarcadas luego las tropas sostuvieron un encuentro con la escuadra francesa que acudia para proteger al de Guisa , y la ahuyentaron con pérdida de seis gruesas naves. La noticia de esta doble victoria llegó á Madrid mezclada con la triste

pérdida de Tortosa, que no siendo oportunamente socorrida por Melos, fué tomada por asalto y entregada á un horroroso saqueo por el general Schomberg, que en el vireinato de Cataluña habia reemplazado al príncipe de Condé. Este pasó á Flandes, en donde se hizo dueño de Ipres, y en las alturas de Lens dió una batalla al archiduque. Hallábase éste descuidado porque llevaba por delante en retirada al enemigo, cuya retaguardia habia roto y dispersado: pero Condé volvió caras cuando menos aquel lo pensaba, y le acometió por todas partes con ímpetus tan fuertes, que ni la primera ni la segunda línea pudieron resistirle. Perdidos ocho mil hombres, treinta y ocho cañones, el bagaje y muchos estandartes y banderas, salvóse el archiduque con el resto de las tropas. Á consecuencia de esta desastrosa batalla hubiera la España perdido sin remedio las provincias de Flandes, á no sobrevenir las turbaciones que encendieron en Francia una nueva guerra civil, por haberse declarado el parlamento y los tribunales contra Mazarino. Si en los íntimos consejos de Felipe IV se hubiese oído la voz de algun hombre de genio y de políticos recursos, aprovechada aquella diversion que facilitaba su mas encarnizado enemigo, presentábase tal vez ocasion de recobrar parte de lo que en los últimos años habia perdido la monarquía. Pero este hombre no existia, y la córte tampoco estaba en aquellos dias para ocuparse de extraños negocios. No eran favorables este año las nuevas de Italia. En las márgenes del Po las tropas españolas acababan de sufrir una derrota en que perdieron dos mil hombres, y Cremona estuvo á punto de caer en manos de los franceses victoriosos. Y no era este descalabro lo que mas tenia desasosegados los ánimos en Madrid: conturbábalos sobremanera el

descubrimiento de una conspiracion fraguada en el seno mismo de la córte. Algunos generales, entre ellos el teniente general don Cárlos Padilla, y varios nobles, en cuyo número se contaban el duque de Híjar, y el marqués de la Vega de la Sagra, formaron el proyecto de reunir de nuevo las coronas de España y Portugal por medio del casamiento de la infanta doña María Teresa con el príncipe Alonso, heredero del trono portugués. Hay probabilidades de que este plan fué manifestado públicamente; pero viendo sus autores que para su realizacion legal era un obstáculo insuperable la voluntad de Felipe IV, concibieron algunos de ellos el proyecto de asesinar al rey cuando estuviese en la caza. Una carta escrita por Padilla al marqués su hermano, que se encontraba en el ejército del Milanésado, descubrió el abominable intento. Mas solo se supo á medias. Hiciéronse prisiones, dióse tormento á cuantos nobles y plebeyos se sabia que abogaban por aquel proyecto de reunion, resonaron por muchos dias los tribunales con los alaridos de los inocentes cuyos miembros eran destrozados sin obtenerse confesion ninguna, y por fin llevóse al patíbulo á don Cárlos de Padilla, culpado, y al marqués su hermano, en comun sentir inocente. Al duque de Híjar condenáronle á prision perpétua, y á pagar diez mil ducados, sufrida antes la tortura. El gobierno, para demostrar públicamente que desechaba toda idea de transaccion con los portugueses, envió á la frontera nuevas fuerzas acaudilladas por el marqués de Leganés. Poco feliz fué en una expedicion que con once mil hombres intentó contra la plaza de Olivenza: perdidos en la acometida sus mejores soldados, tuvo que retirarse á Badajoz. Con buena estrella llevaban los portugueses adelante la obra de su in-

dependencia, pues no solo resistieron á la España, sino que destruyeron una fuerte expedicion dirigida por la Holanda contra el Brasil, y luego reconquistaron el reino de Angola.

En 1649, consternada la Europa, supo la decapitacion de Cárlos I, rey de la Gran Bretaña, condenado á muerte por el parlamento: regicidio que el gefe de los parlamentarios Cromwell llevó á cabo con una osadía que espanta; y bañado en sangre real, tiró por el suelo la corona y el manto de armiño del decapitado, pero se sentó en su trono. Década de revoluciones y trastornos. Pareció que la rebelion, en Barcelona nacida, y con la rota de Monjuí asegurada, recorria la Europa para producir en Francia devastaciones, en Italia horrores, en Portugal el entronizamiento de una nueva rama real, y en Inglaterra la ruina de una antiquísima estirpe. Ardía la Francia en encarnizadas guerras civiles, y entretanto los españoles la quitaban las plazas de San Venan, Ipres, y La-Motta-aux-Bois. Nápoles ofrecia á don Juan de Austria una corona, que rehusó noblemente; y para sofocar los intentos de rebelion, el virey, conde de Oñate, inundaba el reino en sangre. Los lindes que de España á Portugal dividen, continuaban siendo teatro de una lucha de exterminio, en que las llamas acababan lo que el hierro perdonaba. Y Barcelona, cuna al parecer de tan grandes convulsiones, pasados los primeros arranques de la ira, pugnaba por volver al estado normal, único en el que los pueblos encuentran aquella parte mínima de bienandanza que para esa deleznable vida nos ha deparado el cielo. García, gefe de las tropas españolas en el principado, confiado en las disposiciones de aquellos naturales, hizo contra la ciudad un amago que no tuvo éxito por la vigilancia de

los franceses. A la sazón la córte, de donde salió la chispa que en Barcelona habia inflamado un volcan, se entregaba á públicos regocijos hechos con una magnificencia asiática. En 7 de octubre casó Felipe IV con la archiduquesa de Austria.

No ménos deplorables ejemplos que el anterior ofreció el año de 1650. Revolcábase la Francia en el cieno de diarias revueltas, y sus generales, Turena al frente, no se avergonzaban de implorar el auxilio de los extranjeros contra su misma patria. La conquista de algunas plazas, hecha por los españoles, á esta defeccion fué debida. No obstante, el archiduque, tomada la de Rhetel, sufrió en accion campal un fuerte descalabro. La Inglaterra, erigida en república, levantaba muy en alto su nueva enseña, y Francia, España, Suecia, monarquías, la saludaban á la par de Venecia y Holanda, repúblicas. Cromwell envió de ministro plenipotenciario cerca de la córte de España á Ascham, uno de los que votaron la muerte de Carlos I; y al poco tiempo de su llegada le asesinaron cinco partidarios de los Estuardos. Fueron presos, y Cromwell obtuvo de un país altamente monárquico satisfaccion cumplida, haciendo enviar al patíbulo á un vengador de un regicidio: verdad es que la venganza solo á las leyes, ó á Dios compete. Barcelona, y con ella Cataluña, llamaba en secreto á los castellanos, depuesto ya el antiguo odio, porque los franceses trataban al pueblo, nó como aliado sino como esclavo, abrumándole con el peso de excesivos tributos. Aprovechando tan feliz coyuntura el marqués de Mortara, general de las tropas españolas, nuevamente nombrado, se hizo dueño de Flix, Mirabete, Balaguer, y por fin de Tortosa, mientras la escuadra española apresaba cuatro grandes naves francesas.

CAPÍTULO XX. — Sitio y rendición de Barcelona. Continúa la campaña de Cataluña.

Años de 1651 a 1655.

En 1651, aumentado el ejército del marqués de Mortara hasta el número de once mil hombres, se puso sobre Barcelona mientras por mar la bloqueaba estrechamente don Juan de Austria. Defendíala don José Margarit, aunque sin contar ya con el entusiasmo de los habitantes, sino solo con la militar pericia, y con las tropas y los socorros de la Francia. Rechazó con brio muchas y muy fuertes acometidas. Escasos fueron los socorros que pudo enviarle la Francia, encendidos cada día mas los ánimos con renacientes discordias. En vano para calmarlas mandó la regenta poner en libertad al príncipe de Condé y á su hermano, á quienes tenia asegurados. No bien se vió libre Condé, cuando (acción fea y de mal ejemplo) se alió con los españoles y facilitóles un desembarco en Burdeos y la ocupacion de algunas plazas en aquellas cercanías, mientras por la frontera de Flandes ocupaba otras el archiduque. El príncipe europeo que mas noblemente se portó en esa época de grandes escándalos fué el rey de Portugal. No vaciló un momento en dar asilo en sus puertos, conforme al derecho de gentes, y en defender á una escuadra inglesa declarada en favor de los Estuardos, contra otra armada por Cromwell, que al mando de Black la perseguía. En venganza apoderóse éste de un convoy que del Brasil venia cargado de grandes riquezas. Sensible golpe fué ese para Portugal: pero á pesar de esto resistía en la frontera, y rechazaba los esfuerzos de los españoles, y en entrambas Indias hacia cara á la Holanda. A la verdad no la hacia la España muy viva guerra, ocupada en sacar el partido posible de las intestinas discordias de la

Francia y en recobrar parte de lo perdido en Flandes , en Italia y en Cataluña. En Flandes el archiduque tomó las Gravelinas , la plaza de Dunquerque tras de una obstinada defensa , y últimamente reunido con Condé , se hizo dueño de Rhetel y de San Meneout. En Italia el marqués de Caracena quitó á los franceses la plaza de Casal , y confió al duque de Mantua su custodia. En Cataluña llevóse adelante con vigor el sitio de Barcelona , y no pudiendo socorrerla la escuadra francesa , capituló en 13 de octubre de 1652 , despues de quince meses de asedio. Este resultado fué en gran parte debido á las buenas disposiciones de sus moradores , circunstancia que hizo muy necesaria una amnistía completa , aconsejada ya por la política , y la confirmacion de los privilegios de que ántes gozaba el principado. La mayor parte de los gefes del movimiento de 1640 habian muerto ya , y los pocos que quedaban buscaron en Francia un asilo.

Conseguido este feliz resultado , recobróse muy luego casi toda la Cataluña. Inútilmente hicieron los franceses un esfuerzo , y reunidos nueve mil hombres , hecho ántes un llamamiento á las pasiones tumultuosas , entraron de nuevo en el principado , abastecieron la plaza de Rosas , ocuparon San Felío de Guixols , Ripoll , Castelló de Ampurias , y el valle de Aran , y pusieron sitio á Gerona : los catalanes , excepto la gente acostumbrada al mar vivir , víctimas de sus vejaciones , eran ya enemigos suyos. Defendióse de ellos tenazmente la ciudad de Gerona , y siendo oportunamente socorrida por don Juan de Austria , retiráronse los sitiadores mas que de paso al Rosellon. Nuevo descalabro tuvieron los franceses con la pérdida de la batalla de la Roqueta , ganada contra ellos y los piemonteses por los españoles en Italia en 23 de setiembre de 1653. Solo en su mismo reino

obtuvieron algunas ventajas, recobrando las plazas de Burdeos y de Bourg, y desconcertando en la raya de Flandes los planes del archiduque.

Tampoco fué afortunado éste en el sitio que en 4 de julio de 1654 puso á la ciudad de Arras, pues impetuosamente acometido por los franceses, perdió muchos cañones, las naves que le secundaban, y lo mas escogido de su gente. Con todas estas ventajas ufano el francés volvió nuevamente á la carga en Cataluña, pero teniendo por enemigos á los mismos campesinos, no logró, despues de grandes esfuerzos, mas que la toma de Puigcerdá, de Urgel y de algun fuerte poco considerable. Tambien probaron de nuevo fortuna en Italia. Equiparon una escuadra al mando del duque de Guisa, á quien imprudentemente acababa de dejar en libertad la córte española, y se apoderaron de Castelmare. Pero acudiendo con la mayor actividad el virey de Nápoles, los derrotó y puso en tal conflicto, que á duras penas pudieron reembarcarse. El reino de Portugal continuaba siendo invadido por fuerzas inferiores, invasiones que eran fácilmente rechazadas, y que de rechazo atraian sobre la España otras con llanto inacabable de los pueblos fronterizos. Juan IV tuvo por este tiempo el dolor de saber que la Holanda se habia apoderado de casi toda la isla de Ceilan, cuyas producciones eran para su pueblo un manantial de riquezas.

Movióle esto á dar en 1655 los pasos mas eficaces para firmar paz con las Provincias Unidas, cosa que esta república deseaba tambien para asegurar la conquista de Ceilan, con lo que no fué difícil entablar los preliminares, y el portugués pudo con mas ahinco dedicarse á rechazar las acometidas de la España. Esta potencia, vergüenza da el decirlo, en quince años no habia hecho ningun esfuerzo grande para recobrar

un reino tan hermoso, confiada ciegamente en que firmada la paz general, pocos dias le bastarian para reducirle. Algunas fuerzas escasas penetraron en aquel país, y saquearon la villa de Paradella y muchos pueblos del Duero; pero los portugueses devastaron las tierras de Semill, las de los Carvajales y de Tamora. Unos á otros armábanse emboscadas y lazos traidores. Soárez, gobernador de Salvatierra, dijo al español Sande que le entregaria la plaza si en ella entraba con su gente disfrazada, uno á uno. Creyóle Sande, pero á medida que entraba aquella gente engañada, Soárez la hacia matar, y á Sande, metido en un cañon, á la voz de fuego, le hicieron volar hecho pedazos. Resístese la pluma á servir de intérprete á la historia describiendo atrocidades tan horrendas. Por este tiempo, varia y vacilante volvía á declararse la suerte de las armas en Cataluña, pues si don Juan de Austria se apoderaba de Solsona, de Berga y de otras plazas del interior de la provincia, los franceses se hacian dueños de Castelló, de Cadaqués y de algunos castillos pequeños hácia la costa. Además, en las aguas de Barcelona la escuadra española sostuvo con la francesa un combate indeciso tocante á la pérdida material, pero de buenos resultados, porque, rechazada la segunda, impidióse en Barcelona un movimiento que la misma debia apoyar. En Italia las plazas de Regio y de Corregio cayeron en poder de las armas españolas. En Flandes continuaba la guerra de sitios. Turena, acaudillando á los franceses, le puso á las plazas de Catelet y de Landreci, y las rindió. La plaza de Condé y la de San Guillain tuvieron la misma suerte. El príncipe de Condé con los españoles no pudo recobrar la plaza de Quesnoy. A la sazón, en el Mediterráneo y en el Océano, fijáronse las miradas de la Europa en el nascente poder ma-

rítimo de la Inglaterra. Mazarino, haciéndole codiciar las colonias españolas, habia atraído á Cromwell á su alianza, y una escuadra británica mandada por Black hacia ondear en el Mediterráneo el pabellon de su república, persiguiendo á los piratas berberiscos y amenazando las costas españolas en Italia, mientras otra, mandada por Pen, se puso sobre las Antillas mayores, que le rechazaron, y se apoderó de la Jamaica, para no abandonarla ya mas. En 7 de abril, reunidas córtes en Madrid, habia sido reconocida y jurada por princesa de Asturias la infanta doña María Teresa, en quien la Francia tenia puestas ulteriores miras deseando su enlace con Luis XIV. Mas no debia ser duradera la presuncion de heredera de la corona, que tanto hizo codiciar su mano. En Roma, muerto Inocencio X, sube Alejandro VII al pontificado.

CAPITULO XXI. — Va don Juan de Austria á Flandes. Intentan los portugueses apoderarse de Badajoz. Años de 1656 á 1658.

El archiduque gobernador de los Países Bajos, mal avenido con sus generales y poco feliz en sus expediciones, hizo renuncia del mando, y el gobierno español nombró para sucederle á don Juan de Austria. En 1656 emprendió éste el viaje por Italia con cuatro galeras, de las cuales tres cayeron en poder de un corsario, y salvóse en la cuarta por lo velero de la nave. Pasando por Milan, encaminóse hácia Bruselas en donde fué recibido con entusiasmo. Supo muy luego que Turena embestia con un ejército francés la plaza de Valenciennes. Los españoles se defendieron con denuedo, y dieron tiempo al de Austria y á Condé para acudir en su socorro. Bien concertado el plan de acometida, los sitiados abrieron las esclusas, inundaron el campo de

los sitiadores, separaron la division de Turena de la de su segundo La Ferté, y éste con cuatro mil hombres cayó en manos de los españoles, cuya embestida fué irresistible. Necesitó Turena hacer uso de toda su pericia y de todos los recursos de su genio para salvar los restos del ejército francés. Despues de esta accion memorable recobraron los españoles la plaza de Condé, pero Turena rindió la de Chappelle. Los hábiles movimientos de los generales durante esta campaña excitaron la admiracion de los militares mas entendidos. No eran tan bien dirigidas las tropas españolas en Italia. Sin embargo de esto derrotaron al duque de Módena, que nuevamente se habia declarado el año anterior en favor de la Francia. Acudió á su socorro un ejército de esta nacion, y puesto sitio á la plaza de Valencia del Pó, obligóla á rendirse. En 6 de noviembre de este año murió don Juan IV, rey de Portugal, político profundo, que supo gobernar con moderacion sin que turbase su mente clara el tránsito del vasallaje á la soberanía. Durante la menor edad de su hijo Alfonso VI, que apenas contaba trece años, dejó la regencia encomendada á la reina, española esforzada y de talento. Juan IV habia resistido á los españoles, y preparado nuevos medios de resistencia. La córte portuguesa sobre este dolor tuvo tambien el de saber que los holandeses se habian apoderado de Colombo, único punto que ya á Portugal le quedaba en la isla de Ceilan. Mas vivo fué el sentimiento que este año tuvo la córte española. Dos flotas cargadas de riquezas, que se hacen subir á cerca de cien millones de duros, cayeron en poder de los almirantes ingleses y sirvieron para armar nuevas escuadras que hicieron á las españolas cruda guerra, y para encender los ánimos de los habitantes de la Gran Bretaña en deseos de re-

correr y de dominar los mares que con tan inestimables tesoros les brindaban.

Black persiguió con encarnizamiento otra flota española que huyendo su encuentro buscó un refugio en la bahía de Santa Cruz de Tenerife. Hízose dueño de ella á pesar del fuego de la plaza , é incendió las naves. Esta fué la postrera hazaña de aquel almirante de recordacion funesta para los españoles. Dolorosa impresion hicieron en el ánimo de Felipe IV estas irremediabiles desgracias , porque contaba con aquellos socorros para pagar sus ejércitos. En el de Italia desertaban los soldados para no perecer de hambre y de miseria ; por tanto los generales españoles que le mandaban no pudieron llevar adelante el sitio de Valencia del Pó , ni impedir que cayesen en poder del enemigo los fuertes de Varas y de Novi. Inactivo permanecia el de Cataluña por la misma falta de recursos. El de Flandes , mandado por don Juan de Austria y por Condé , á costa de grandes sacrificios del país púsose en movimiento , recobró la plaza de San Guillaín é hizo levantar á Turena el sitio de Cambray , mas no pudo apoderarse de Calais ni de Ardres , ni impedir que el enemigo , recibido un auxilio de seis mil ingleses , se hiciese dueño de Montmedi , de San Venant y de Mardic. El de la raya de Portugal fué el único que recibió refuerzos y auxilios , deseoso el gobierno de sacar partido de las dificultades que al gobierno del vecino reino presentaba una regencia femenil. El duque de San German se puso con catorce mil hombres sobre la plaza de Olivenza. El conde de San Lorenzo salió de Elvas con cuatro mil portugueses , y en el camino se le juntaron dos mil doscientos mas. Presentóse á la vista de aquella ciudad amenazada , mas no se atrevió á embestir á los sitiadores. Para llamar su atencion se dirigió

contra Badajoz y la embistió con denuedo , pero fué rechazada su mal dirigida empresa , y volvióse á Jurumena , de donde habia salido. Escribíale Saldaña, gobernador de Olivenza, que le socorriese, ó de otro modo le seria forzoso rendir la plaza, mas ni esas consideraciones le movieron á dar ningun paso contra las líneas del duque de San German. Encaminóse por el contrario contra Valencia de Alcántara, de donde fué rechazado como de Badajoz. Olivenza se rindió en 30 de mayo. Casi todos sus habitantes emigraron para no permanecer bajo la dominacion de los españoles. Estos se echaron en seguida sobre el fuerte de Mourao y le rindieron despues de una bella defensa. Tales pérdidas, muy sentidas de la regenta, hiciéronla quitar al conde de San Lorenzo el mando, y dárselo á Vasconcelos, gefe distinguido, que en Campo Mayor sostuvo contra los españoles un choque muy reñido, y en 30 de octubre recobró el fuerte de Mourao. En 28 de noviembre nació el infante de España don Felipe Próspero. Desde entonces el rey dejó de oponerse al matrimonio de la infanta doña María Teresa con Luis XIV de Francia, circunstancia que facilitó el camino para la paz.

Pero mientras se arreglaban sus preliminares continuaba la guerra con empeño. En Flandes puso Turena el colmo á su reputacion con la conquista de Dunquerque hecha en 23 de junio de 1658 con auxilio de los ingleses á quienes fué entregada. Al socorro de la plaza habian acudido don Juan de Austria y el príncipe de Condé; pero Turena los acometió ántes que hubiese llegado toda su infantería y la artillería, les hizo dos mil prisioneros, les mató otros tantos soldados, y al rumor de la victoria se le rindieron Bergues, Dixmuda, Furnes, Gravelinas, Oudenarde, Medina é Ipres. Consternada quedó la España al saber tan funestas

novedades. Deplorables fueron tambien las nuevas de Italia. El duque de Módena con los franceses pasó el Adda , y atravesadas treinta leguas de país enemigo , cayó sobre la plaza de Mortara , la rindió , salvó nuevamente la plaza de Valencia del Pó , y se hizo dueño de la Lomelina , territorio fértil del Milanesado. Poco despues , muerto el duque en Santia , los franceses mandados por Navalles impidieron al ejército español la conquista de Bersello. Las noticias de Cataluña fueron insignificantes , pues los movimientos del ejército se habian reducido á meras correrías. No así las de Portugal. La regenta habia firmado con Inglaterra un tratado de amistad y estaba en camino de firmar otro con Holanda , y teniendo vuelta ya toda su atencion hácia la España , determinó que Vasconcelos cayese sobre Badajoz. Salió de Elvas en 12 de junio con diez y siete mil hombres , veinte cañones y dos morteros. Situada Badajoz á orillas del Guadiana , sírvela de atalaya á la otra parte del rio el fuerte de San Cristóbal , sentado en una eminencia , fuerte que por medio de un puente comunica con la ciudad. Seis mil hombres defendian la plaza y el castillo. En 23 de junio quiso Vasconcelos cortar la comunicacion entre la ciudad y el fuerte , mas sus tropas hubieron de retirarse escarmentadas. En 15 de julio , hechas las líneas de circunvalacion , vino á esta márgen del Guadiana para acometer la plaza por la parte que mira á Castilla. Despues de una tenaz resistencia se hizo dueño del fuerte de San Miguel. Obtenido este resultado , estrechó el sitio con nuevas líneas á pesar de las vigorosas salidas que los sitiados hacian de continuo. Grande fué la alarma que en Madrid causó la noticia del peligro que aquella plaza corria. Deseaba la nobleza que el rey saliese á su frente para escarmentar á los portugueses , y por fin el pú-

blico clamor recabó que el ministro don Luis de Haro saliese con direccion á Mérida , en donde se daban órdenes para reunir un ejército. No fué necesario este para salvar á Badajoz. Dióla Vasconcelos dos acometidas generales, y ambas veces fué rechazado con pérdida considerable. Viendo esto , y que picaba en su campo un contagio mortal, ántes de exponerse á perder todo el ejército , levantó el sitio , cosa que tomó la regenta muy á mal hasta el punto de destituir á aquel gefe y hacerle prender. A don Luis de Haro en tanto aclamábanle los aduladores libertador de Badajoz y restaurador de la monarquía , y desvanecido con el humo del incienso cortesano determinó caer sobre Elvas con todas las tropas, que ascendian á diez y nueve mil hombres. Púsola sitio, que fué largo, duro por demás y trabajoso. Generales fueron este año las correrías y devastaciones en toda la frontera de Portugal. Por la parte de Galicia hubo dos encuentros sangrientos , indeciso el primero , pero triste para los portugueses el segundo. Consecuencia inmediata de este fué para ellos la pérdida del castillo de Lambella. Conseguidas ambas ventajas , el marqués de Viana puso sitio á la plaza de Monzao. En 13 de setiembre , sin embargo del estruendo de las armas que en casi toda la Europa resonaba , halló eco grande la noticia de la muerte de Cromwell , acaso el único gefe de partido que subiendo al poder ha sabido olvidar sus principios , haciéndose gefe de la nacion , pensando solo en el engrandecimiento de la patria , y obteniendo de esta suerte la estimacion de los que ántes eran sus mas encarnizados enemigos. Asentó la piedra primera de la preponderancia inglesa en el continente. En él la educacion y el nacimiento nada fueron : el genio lo fué todo. En la edad de cuarenta años nadie le conocia , y al cabo de

poco tiempo habia dado ya, horror primero, y luego grande admiracion al mundo.

CAPITULO XXII. — Paz con Francia. Continúa la guerra con Portugal. Años de 1659 á 1661.

Animada continuó en 1659 la lucha en Portugal. El conde de Castañeda con diez mil quinientos portugueses y siete cañones acudió al socorro de la plaza de Elvas, cuyo sitio estrechaba cada dia mas don Luis de Haro. El estruendo de la artillería anunció á los sitiados el socorro, y á él contestaron con una salva real. Opinaba Haro que era preciso salir al encuentro del enemigo, pues constaba el ejército español de unos diez y siete mil hombres. A este parecer del ministro se opusieron los generales y determinaron defenderse dentro de las líneas. Terrible fué la acometida de los portugueses. En poco tiempo arrollaron y deshicieron el ala izquierda de los españoles. En la derecha de los mismos opúsoles el duque de San German una resistencia la mas obstinada, causándoles casi toda la pérdida que en esta jornada tuvieron, que fué de dos mil muertos: pero herido gravemente el duque, declaróse completa la victoria en favor de los portugueses. Entre prisioneros, muertos y heridos, cuatro mil hombres perdió el ejército español, además del bagaje, las tiendas y un material grande en armas, en artillería y en provisiones de boca y de guerra. Un clamor de entusiasmo resonó en Portugal, y otro de indignacion y de ira contestó á él en España. Desde este dia las correrías, invasiones, talas y saqueos fronterizos, hasta con frenesí se hicieron; imposible era ya volver á hermanar los dos pueblos. Triunfante entró Castañeda en Elvas y en Lisboa, mientras Haro huía á Badajoz y se restituía á Madrid

en donde la excesiva bondad del rey procuraba hacerle olvidar su rota y su vergüenza. Mas feliz fué el marqués de Viana, pues no solo se apoderó á viva fuerza del castillo de Monzao, sino tambien de Salvatierra y del fuerte de Portella. Otra mision encomendó Felipe IV á su ministro, mision nó ya de guerra, sino pacífica. Habíase enviado á Francia al marqués de Pimentel con encargo de consentir en la boda de la infanta doña María Teresa con Luis XIV, y luego de dado este paso, de una y otra parte se envió orden de suspender las hostilidades. En la isla de los Faisanes, sita en medio del rio Vidasoa, siendo comisionados, por España don Luis de Haro, y por Francia el cardenal Mazarino, se abrieron las conferencias para tratar de la paz. Duraron desde el 23 de agosto hasta el 17 de noviembre, y de ellas resultó el tratado llamado de los Pirineos, comprendido en ciento veinte y cuatro artículos. Los veinte y dos primeros versaban sobre asuntos comerciales. En el veinte y tres se estipulaba aquella deseada boda. Renunció la infanta todos sus derechos á la corona: renuncia que mas adelante enmudeció ante la fuerza. Convínose en los demás artículos que la Francia restituiria las conquistas hechas en Flandes y en Italia, que no daria auxilios á Portugal, que las plazas de Vercelli y de Juliers serian entregadas, aquella al duque de Saboya, y esta al de Neubourg; que el príncipe de Condé seria reintegrado en sus bienes y derechos; y en fin que la España renunciaba toda pretension á la Alsacia, y además cedia Conflans y una parte del Artois, y el inestimable condado del Rosellon. Los Pirineos debian en adelante formar la valla eterna que aislase la España del resto de la Europa. El sol de Austria se ocultaba entre aquellas cordilleras cubiertas de nieve, y para dar á

su vez luz al mundo, á tenor de los arcanos de la Providencia, elevábase el de la raza borbónica. El duque de Lorena, despojado de sus estados, fué repuesto en ellos. Para los catalanes publicóse un olvido completo, y continuó el principado en el goce de sus privilegios. Una córte en Europa tembló al saber la noticia de esta paz: fué la de Portugal. Conociendo la regenta que no tenia fuerzas suficientes para resistir á todo el poder de la España, ofreció que pagaria á esta potencia un feudo anual de un millon, y por último se contentaba con la soberanía de los Algarbes y del Brasil. Despreció con arrogancia una y otra proposicion el gobierno de Madrid, que desconocia el abismo que entre España y Portugal mediaba. Obstinado en quererlo todo, no obtuvo nada. La regenta hizo un llamamiento al honor de su pueblo, y el reino de Portugal se levantó como un solo hombre.

La boda cuya negociacion habia puesto fin á la lucha europea, celebróse en la frontera, adonde acudieron con toda magnificencia, entre públicos regocijos, los reyes de España y Francia. Fué además memorable el año de 1660 por el restablecimiento de la monarquía en Inglaterra. A Cromwell habia sucedido su hijo, quien ambicionando mas un pacífico retiro que las glorias engañosas del poder, renunció á él. Aclamado en su lugar el general Monk, conoció que para su patria no habia salvacion mas que en el llamamiento de su legítimo rey, y tuvo la grandeza de alma de aclamar al hijo de Carlos I y coronarle con el nombre de Carlos II. Las naturales condiciones de esta reintegracion consistian en un olvido general y absoluto de lo pasado: y desgraciadamente no cumplió con ellas el nuevo rey. Apresuróse el gobierno español á enviarle una embajada,



que no tardó en comprar un tratado de paz con la cesion de Dunquerque y de la Jamaica. Otro tratado se firmó tambien con el duque de Módena ; de suerte que pudo volverse contra Portugal toda la atencion de la España. Pasóse sin embargo el año en preparativos de guerra , en limpiar los mares de piratas , sobre todo de los flibusteros , compuestos de la hez de varias naciones , que á favor de la lucha entre los grandes pueblos habian buscado un asilo en las Antillas.

En el año de 1661 murieron los ministros que habian firmado la paz: en 9 de abril finó Mazarino, artificioso, sabio, tenaz en sus proyectos, de quien recibió el último golpe la preponderancia austríaca; dejó bienes inmensos, segun fama hasta ochocientos millones de reales, prueba de que no fué la integridad su fuerte. Don Luis de Haro, sobrino de Olivares, que le siguió tras de las conferencias al sepulcro, solo tuvo virtudes negativas; no fué guerreador, no fué cruel, no fué vengativo, no fué desatento con nadie, no fué opresor de los pueblos, solo una cosa fué y en grado eminente, adulator consumado. Sucediéronle Sandoval, Castrillo y Medina de las Torres. Felipe IV habia hecho venir de Flandes á don Juan de Austria, y puesto á la cabeza de quince mil hombres, le mandó entrar en Portugal, mientras por mar amenazaria sus costas el duque de Veraguas. Vencieron y maltrataron á la escuadra, nó los portugueses, las tempestades. En 13 de junio desde Badajoz se puso don Juan de Austria en movimiento. Tenian los portugueses descuidada la plaza de Aronches, y la tomó, y puso en buen estado de defensa. Pero incesantemente escribia á la córte que con tan poca gente era imposible emprender la reconquista del reino. Para ocupar el tiempo dirigióse contra



el castillo de Alconchel y le rindió. Por la parte de entre Duero y Miño tuvo este año poca fortuna el marqués de Viana. Con doce mil hombres puso sitio á Valencia del Miño, pero por un fatal descuido no ocupó la eminencia de Villar-Sururgeira, que se encontraba entre la plaza y su campo, y hechos en ella fuertes los portugueses le obligaron á levantar el sitio, y aun pusieron sus tropas en fuga vergonzosa. Por la parte de la provincia de Beira el duque de Osuna se apoderó de Valdemula y del castillo de Albergoria, y con el saqueo que dió á varios pueblos, atrajo en su retirada igual suerte sobre otros muchos de España. La regenta de Portugal habia obtenido del gobierno inglés que le permitiese hacer en las islas británicas una leva de diez mil hombres y dos mil quinientos caballos, y con este auxilio y el del conde de Schomberg y otros gefes, que, no pudiendo avenirse con la paz que les habia dejado sin ocupacion acudieron á ofrecerle sus servicios, resistió este año tenazmente. Además, al fin de él, á pesar de todos los esfuerzos que hizo la España para impedirlo, obtuvo la alianza íntima de la Inglaterra por medio del matrimonio de Cárlos II con doña Catalina, hija de la regenta de Portugal á quien se dió en dote la ciudad de Tanger y dos millones de cruzados. Este matrimonio puso el sello á la independencia portuguesa, colocándola bajo la proteccion de la Gran Bretaña. En primero de noviembre murió el infante don Felipe Próspero, pero el dia 6 del mismo mes, el nacimiento del príncipe don Cárlos enjugó el llanto de los reyes, y dispizó las alarmas de la monarquía.

CAPÍTULO XXIII.—Conato de regicidio. Batalla de Estremoz. Muerte de Felipe IV. Años de 1662 á 1665.

Recientes todavía esos motivos de tristeza y de alegría, llenó de espanto á Madrid la noticia de una nueva tentativa de regicidio, afortunadamente descubierta á tiempo. Dirigióla el primogénito de don Luis de Haro, marqués de Liche, furioso porque en vez de llamarle á él al ministerio, habia el rey preferido á Sandoval, cardenal arzobispo de Toledo, al conde de Castrillo y al duque de Medina de las Torres, segun llevamos apuntado. Valióse de gente pagada, y en una mina, debajo del teatro del Retiro, hizo colocar algunos barriles de pólvora, con intencion de pegarles fuego cuando en él estuviese el monarca. No permitió la Providencia que tan gran maldad se consumase. Los cómplices subieron al patíbulo, mas el rey quiso perdonar al autor: magnanimidad que, ejercida en gente principal, con exclusion de la plebeya, produce en el vulgo mal efecto. Sirvió esta vez para encender en el ánimo del mozo un ardiente deseo de servir á su rey y á su patria, como lo hizo con valor en la guerra de Portugal. Esta, recibidos refuerzos, llevábala adelante don Juan de Austria acompañada de deplorables devastaciones. Los portugueses, al mando del marqués de Marialva, reunieron sus fuerzas delante de Estremoz. Viéndolos don Juan de Austria bien atrincherados, y juzgando temeridad el acometerlos, echóse sobre el castillo de Borda y le rindió, ahorcando á su gobernador y á dos capitanes. Dirigióse enseguida contra la plaza de Jurumena, y aunque acudió el ejército portugués, hízose dueño de ella. Entretanto el duque de Osuna, á la cabeza de una division española, entró en Escalona, y el arzobispo de Santiago pene-

tró con otra en Portela y Castel-Lindoso. A la sazón, cansada ya la regenta de luchar constantemente con las malas inclinaciones de su hijo, se retiró á un convento, abandónándole el libre ejercicio del poder.

Desde luego nombró general de sus tropas al conde Villafior, quien, siguiendo los consejos de Schomberg, no quiso abandonar la posición de Estremoz. En 6 de mayo de 1603, púsose nuevamente Juan de Austria en campaña, y encaminándose contra la ciudad de Evora, se apoderó de ella, y trató á sus vecinos con una suavidad y dulzura de que ninguna muestra diera en la anterior campaña. Conseguida esta importante ventaja, envió fuerzas contra Aleázaro-Sal, villa cercana á Setubal. Extraordinaria alarma causó en Lisboa esta noticia; y no se calmó el público alboroto, hasta haberse manifestado al pueblo que se había enviado á los generales la orden para acometer al ejército español. Con efecto, púsose desde luego Villafior en movimiento contra don Juan de Austria. Dirigía las marchas de los portugueses Schomberg, hábil general, que con bien meditada estrategia desbarató los planes del caudillo español. Al mismo tiempo una sublevación de Evora, solo á fuerza de sangre apaciguada, hizo difícil la situación de los españoles. Huía su jefe de dar una batalla decisiva; pero en 8 de junio, encontrándose en las alturas de Ameixial, que dominan el valle al que por su angostura se da el nombre de Canal, no pudo ya evitarla. Había colocado en dicho valle la caballería, y un bagaje compuesto de más de dos mil carros, y vióse en la necesidad de defenderle, pues le hostigaban los portugueses desde las opuestas alturas. A la caída de la tarde, hizo general la acción. En vano don Juan hizo en ella prodigios de valor; en vano los es-

pañoles pelearon con encarnizamiento grande , dejando cadáveres mas de cinco mil portugueses : animados éstos con el ejemplo de la infantería inglesa , y bien dirigidos por Schomberg , y aguijoneados por el deseo de la independencia de su patria , volvieron muchas veces á la carga con ímpetu creciente , y al fin triunfaron. Riquezas inmensas , dos mil carros , nueve piezas de artillería , estandartes y banderas , mil cuatrocientos caballos , gran número de prisioneros y no menor de muertos , esto perdió la España en tan funesta batalla , y perdió la esperanza de sujetar al reino de Portugal. Dicen que entre los muertos se contó al marqués de Liche : otros escritores solo le hacen prisionero , añadiendo que mas adelante sirvió á Cárlos II en calidad de virey de Nápoles. Schomberg se aprovechó de la victoria recobrando varias plazas perdidas. Por la parte de Beira el duque de Osuna rechazó con seis mil hombres la acometida de doble número de portugueses : débil compensacion de la pérdida de aquella batalla. Dióse impropriamente á dicha jornada el nombre de batalla de Estremoz.

Cobrados nuevos bríos , abrieron los portugueses la campaña de 1664 con la expugnacion de Valencia de Alcántara. Defendióla con esfuerzo poco comun su gobernador don Juan de Ayala Mejía , rechazando un asalto con grande estrago del enemigo ; mas una bomba que incendió su almacen de pólvora , le obligó á rendirse. El duque de Osuna sitiaba en tanto la plaza de Castel-Rodrigo. Dióla un asalto que fué vigorosamente rechazado. Entonces Magalães acudió con los portugueses al socorro de la plaza , y fué tan feliz en su acometida , que rompió las líneas de los sitiadores , y los puso en completa derrota. Mil doscientos españoles , entre ellos el hijo del duque de Osuna , que-

daron tendidos en el campo; perdióse la artillería y el bagaje, y un depósito grande de pertrechos. Estas desgracias repetidas, la pérdida consiguiente de algunos fuertes y el abatimiento del soldado, eran cosas que tenían muy afligido á Felipe IV. De todo daba la culpa á don Juan de Austria, pues la reina y su confesor el padre Nithard, que muerto Haro tenían ganada toda la confianza del rey, eran enemigos declarados de aquel general, é impedían siempre que le fuesen enviados socorros. Prefirieron dárselos al emperador para auxiliarle contra los turcos que le amenazaban con la guerra. Agriaron de tal modo á don Juan, que dejó el mando y se retiró á Consuegra. El duque de Osuna fué tambien separado del ejército, y se nombró para dirigirle al marqués de Caracena.

Pidió éste que una escuadra acometiese por mar á Lisboa, mientras él, decia, iria á embestirla por tierra. Habian llegado algunas tropas de Italia, Flandes y Alemania, todas compuestas de veteranos, y se pusieron á sus órdenes. En los primeros dias de mayo de 1665 llegó á Badajoz, y en 22 del mismo mes, hechos los preparativos, se puso en movimiento con quince mil infantes, seis mil quinientos caballos, catorce cañones y dos morteros. Dirigióse contra Villaviciosa. Marialva, general portugués, acudió contra él. Furiosa y encarnizada batalla se dieron los dos ejércitos el dia 17 de junio. Ocho horas duró la accion. Tuvieron los portugueses dos mil muertos y otros tantos heridos: los españoles cuatro mil muertos é igual número de prisioneros, y perdieron con la batalla toda la artillería, muchos estandartes y el bagaje. —Hágase la voluntad de Dios,—exclamó Felipe IV al saber tan triste nueva, y cayó sin sentido. Su salud, hacia dos años quebrantada, no

pudo resistir á tantos contratiempos , y mas cuando se supo que tampoco habia sido feliz la escuadra á tanta costa armada en Cádiz , y destinada contra Portugal. En 12 de setiembre dióle una disenteria mortal , que acabó con él á los seis dias , siendo de edad de sesenta años y medio , en el cuarenta y cuatro de su reinado. De su primera mujer solo le sobrevivió la infanta doña María Teresa , casada con Luis XIV. De la segunda sobrevivióle Carlos, su sucesor , y una hija , que mas adelante casó con el rey de Hungría. Fué trasladado su cuerpo al panteon del Escorial , magnífica morada de los reyes muertos , terminada pocos años antes. Hijos naturales tuvo siete ; conocido , solo don Juan de Austria. Su cabeza y su carácter fueron débiles , pero su corazon fué excelente , y aun magnánimo , como lo probó con el marqués de Liche y con los duques de Hija y de Medina Sidonia. Jamás se imploró en vano su clemencia. Los males de la monarquía , mas que de él , vinieron de los ministros , que á su sombra reinaron con despotismo. De todos modos , su reinado es de recordacion funesta en los anales de la monarquía. En él perdió la España la consideracion y el respeto con que antes era mirada en Europa. La falta de buenos generales y de hombres políticos , y la buena cosecha que de ellos tuvo la Francia , fueron circunstancias que contribuyeron sobremanera á producir tan lamentable resultado. Amortiguóse la literatura española al mismo paso que la gloria de las armas. Calderon y Moreto dieron de ella los últimos destellos; en pos acudieron á afearla la afectacion y el gongorismo. Cuadro desconsolador. La nacion que habia dado leyes á la Europa, aquella cuyo idioma era estudiado con afan entre los demás pueblos, cuya diplomacia era citada como modelo, cuyos guerreros eran la admi-

ración de sus mismos enemigos , y cuyas leyes protectoras de la sociedad y de los intereses de los pueblos llevaban algunos siglos de ventaja sobre otras de distintos países , que hoy se llaman dechado de civilización , yacía en una postración increíble , como ensimismada , buscando las causas de tan deplorable decadencia. Los intereses de la deuda pública absorbían la tercera parte de las rentas , y la exacción de nuevos impuestos y el recargo de los antiguos , eran los únicos medios de que echaban mano los ministros , convirtiendo aquella postración en una larga y congojosa agonía.

CAPÍTULO XXIV. — Sube Carlos II al trono. Paz con Portugal. Los nithardistas y los austríacos. Años de 1665 á 1668.

Cárlos II tenía apenas cuatro años cuando le hizo proclamar su madre , á quien Felipe IV dejó encomendada la tutoría del menor , y la gobernación del reino. Divídese , pues , naturalmente la dominación de Cárlos II en dos reinados , el de la madre y el del hijo. Mientras se está formando el carácter de éste , observemos el de aquella que tanto influyó en la marcha de los negocios públicos. En punto á nacionalidad , era austríaca de nacimiento , y continuaba siéndolo por amor , sin que bastase á españolizarla la consideración de que su esposo , sus hijos y sus súbditos eran españoles. Enviaba continuamente socorros pecuniarios al emperador , y dejaba carecer de ellos á los ejércitos españoles que en la península peleaban por el honor de la patria. Sus inclinaciones ó su temperamento la hacían olvidar á veces el decoro , y llevar sobrado léjos las flaquezas del sexo. Era su confesor y su protegido el padre Nithard , alemán , á quien elevó á la dignidad de inquisidor general. En

su testamento habia Felipe IV nombrado un consejo de gobernacion con voto consultivo , mas para nada le consultó la gobernadora. Enemistada con don Juan de Austria , alejóle de la córte ; y mirando el pueblo al desterrado como una víctima del odio de aquel extranjero , nació de ahí una desavenencia lamentable entre el poder y los súbditos , que agravó los males de la monarquía.

Hacíanse preparativos para continuar la guerra de Portugal , pero el año 1666 se pasó en las acostumbradas correrías. En Campo Mayor y en las cercanías de Badajoz fué derrotada una division portuguesa , dejando quinientos prisioneros. Prado , en la raya de Galicia , y Costa , en los lindes de Beira , rechazaron las incursiones de los españoles : pero nada detuvo la de Pantoja en el terreno portugués de Tras-os-montes. Entretenida la córte de Portugal en la boda del rey con la princesa de Nemours , no pensaba en reforzar sus tropas. Además , desde la muerte de la reina viuda , acaecida en 17 de febrero , habíanse agriado las disensiones anteriores entre el rey don Alfonso y su hermano don Pedro. Habíase éste granjeado el afecto de la nobleza y la estimacion pública , y recientemente supo conquistar el cariño de su propia cuñada , para que entrase mas adelante en sus planes. Ambas córtes , pues , la española y la portuguesa , estaban metidas en una ciénaga de disensiones de familia , y miraban la guerra como cosa secundaria. Viendo la Francia que el gobierno español no se encontraba en estado de oponerse á sus ambiciosas miras , bajo el pretexto de que no habia pagado la córte de Madrid el dote á su mujer , preparó un ejército de ochenta mil hombres para tomar en compensacion la Flandes y el Franco Condado. Hizo examinar la cuestion por jurisconsultos , y sabida

de antemano su respuesta , sin esperarla tenia ya dadas órdenes terminantes á sus generales. Así fué , como la paz buscada en un matrimonio dió origen á otra guerra nacida del matrimonio mismo. Fuera de estos preliminares de lucha, fué memorable el año por la defensa que en los presidios de la costa de África hicieron ciento cincuenta valientes españoles contra cuatro mil moros, á quienes rechazaron. En 13 de setiembre acaeció el voraz incendio que redujo á cenizas una tercera parte de la ciudad de Lóndres.

De las amenazas , pasó Luis XIV á las hostilidades. Dividido su ejército en tres cuerpos , se apoderó de Charleroi , Bergues , Furnes , Ath, Armentiers, el fuerte de San Francisco , Tournai , en donde entró Luis en triunfo , Dovai , Courtrai , Oudenarde y Alost , plazas casi todas desprevenidas por la imprevision de la córte de Madrid. De Lila se apoderó tambien , pero despues de una obstinada defensa hecha por Croy , su gobernador. Poca resistencia pudo oponer á tan numeroso ejército la division de seis mil españoles que mandaba Marcin. Sin embargo de esto, sostuvo contra los franceses un choque sangriento , en el que les hizo perder mil hombres , á pesar de serles incomparablemente inferior en fuerzas. Recobró tambien la plaza de Alost , mas Turena volvió á reconquistarla. Luego que llegaron á Madrid tales noticias , manifestó claramente la gobernadora la idea, á lo que se cree sugerida por su confesor , de acuerdo con sus correligionarios de Lisboa , de firmar la paz con Portugal , reconociendo su independencia, para volver toda su atencion contra la Francia. El medianero de aquel reconocimiento era Cárlos II de Inglaterra , y la negociacion se seguia con lentitud y secreto. Mas no fué posible acabarla con quien se habia comenzado , pues lleno de indignacion

el pueblo de Lisboa contra Alfonso por sus excesos, se sublevó, destituyóle, y coronó en su lugar á don Pedro su hermano. La propia esposa acusó de impotencia al destronado, lo que fué acabar de destronarle con el ridículo, y declarado nulo el matrimonio, casó con el nuevo rey don Pedro, poniendo tierra con un escándolo sobre pecados anteriores. Por este tiempo murió en Roma Alejandro VII, y fué elegido papa Clemente IX.

Con don Pedro, pues, firmó paz la córte de Madrid en 13 de febrero de 1668, al cabo de 27 años de una encarnizada lucha. Gloria fué para Portugal obtenerla; mengua para la España otorgarla. Restituyéronse mutuamente los dos pueblos las plazas conquistadas, excepto Ceuta que quedó para la España. Ratificado este fatal convenio, pudo la gobernadora volver su atención contra la Francia. Un ejército de esta potencia, al mando del príncipe de Condé, acababa de invadir el Franco Condado, y de hacerse dueño de Besanzon, Salins, Dol, Gray y de todo el país en menos de cinco semanas. Alarmadas la Inglaterra, la Holanda y la Suecia, visto el incremento que tomaba la Francia, y la ambición de su rey mozo, habían ofrecido su mediación para poner un término á tan rápidas conquistas. Difícil era una avenencia, atendidas las exorbitantes pretensiones de Luis XIV. Pero conociendo éste que por el momento, ante la actitud de aquellas tres potencias, le era forzoso ceder algo, en Aquisgran á 2 de mayo firmó un tratado, por el que le cedía España gran parte de Flandes con muchas de sus mejores plazas, entre ellas Lila, Oudenarde, Armentiers, Courtrai, y Charleroi, y en cambio restituía Luis las del Franco Condado para écharse sobre ellas en mas oportuna coyuntura. Conocida del gobierno español su intencion

torcida , trató éste de reforzar el ejército de Flandes , y para mandar la expedicion nombró á don Juan de Austria , que en la península por su gran popularidad le daba sombra. En la Coruña , estando para hacerse á la vela , supo el austríaco que don José Malladas , aragonés , uno de sus confidentes en Madrid , habia sido preso á altas horas de la noche , y ahorcado antes del amanecer : dicen que de órden de la misma reina , recelosa siempre de que todo el mundo conspiraba contra ella y en favor del austríaco. Abandonándose éste á la cólera , que es muy mala consejera , determinó no salir de España. Fingióse enfermo , y conociendo la córte que era un pretexto , nombró en su lugar gobernador de Flandes al condestable de Castilla , y á él le confinó á Consuegra. Al poco tiempo , noticiosa la gobernadora de que el austríaco conspiraba por medio de sus partidarios en la córte , mandó gente para prenderle. No lo consiguió , pues quitándose don Juan la máscara de sumision , en una carta escrita á la reina pidióle que echase de la córte al padre Nithard , y se rebeló abiertamente. Desacato á la legítima autoridad , que acaso aprendió en la intimidad con el príncipe de Condé , pero ejemplo funesto para la monarquía. Sin duda la nacion no podia estar contenta de la gobernadora ni de su protegido ; pero debe confesarse , que estando en sus manos depositado el poder , naturalmente debia recelar del austríaco , como hijo conocido de Felipe IV , puesto frente de un hermano suyo , niño de cuatro años. Y si mala senda eligió Condé declarándose contra la regenta de Francia y el cardenal Mazarino , accion deplorable fué tambien del austríaco , que dividió á los españoles en dos bandos. Ni le era dado pretextar para su defensa las calamidades de la patria , pues es la mayor de to-

das la falta de obediencia en los magnates y en cuantos en su mano tienen medios de resistir á la autoridad. Teníalos grandes don Juan. Andaba pues revuelto y dividido el reino en nithardistas y en austríacos. En esta lucha, el consejo de Castilla no apoyó abiertamente á su reina, porque conociendo sus miembros el carácter de don Juan, y que con sus muchos partidarios le era fácil suscitar una sangrienta guerra civil, opinaron que era urgente aconsejar una transacción. Congojosas eran las circunstancias. Don Juan se había hecho fuerte primero en Jaca, y luego en Flix; en seguida había pasado á Barcelona, y últimamente se encaminaba á la córte por Zaragoza, en donde hizo entre vítores entusiastas una entrada triunfal.

CAPITULO XXV. — Va don Juan de Austria contra Madrid. Alianza con Holanda y Austria. Años de 1669 á 1672.

Triste por demás fué el año de 1669. No había en la córte ni un soldado, y don Juan de Austria se adelantaba hácia ella con doscientos caballos, trescientos infantes y además mucha gente suya familiar armada. Érale muy inclinado el pueblo y se mostraban síntomas de sedición alentados con el ejemplo de un hombre que pasaba por príncipe de la sangre. La grandeza, el ayuntamiento, el presidente del consejo de Castilla, el mismo nuncio del papa, conociendo los males que amenazaban á la monarquía, pidieron con instancia que obedeciese á su reina; pero él á unos no se dignó contestar, y á otros dijo categóricamente que antes debía dársele satisfacción y despedir al padre Nithard. La gobernadora, visto que el uso de la fuerza le era imposible, probó el camino de la dulzura y le escribió muy atenta y cortesmente: mas contestó lo dicho, y el día 23 de fe-

brero, acercándose á Torrejon de Ardoz, tres leguas distante de la capital, puso su gente en batalla. La soldadesca que mandaba venia tan insolente que amenazaba en alta voz con entregar la villa de Madrid al saqueo: circunstancia que á no mediar el ódio inveterado del pueblo contra el padre Nithard, hubiera convertido en entusiasmo á favor de la reina el afecto que á don Juan se profesaba. En 25 de febrero hubo de ceder aquella ante el vasallo altanero, y derramando lágrimas firmó el decreto que la separaba de su confesor, quien en efecto salió del reino. Poco perdió este con perderle, pero la moral pública recibió un sacudimiento terrible por el modo con que fué ajada la autoridad suprema. Entonces el rebelde austríaco, semejante á un hidrópico que cuanta mas agua le ofrecen mas sed tiene, ya no se contentaba con la separacion de aquel aleman, sino que pedia la destitucion del presidente del consejo de Castilla, y la del marqués de Aitona, y el alivio de la nacion, y la provision de los empleos en personas sabias, y en fin todo cuanto pide quien lo pide todo. Quiso la reina calmarle con nuevas humillaciones, y llegó á tanto su orgullo, que exigió que la palabra real fuese garantida por el nuncio en nombre del papa. En tan azarosas circunstancias, por demasías, no del pueblo sino de un príncipe, conoció la reina que era preciso crear un regimiento para guardia de la persona del rey, que hasta entonces habia estado confiada solo al amor de los súbditos. Nuevas quejas y reclamaciones del austríaco siguieron á aquella creacion que desbarataba acaso sus mas secretos planes. Permanecia en Guadalajara sin dejar su actitud amenazadora. Para alejarle en parte satisfecho, nombróle la reina virey de Aragon, que fué dar nuevo pábulo á su ambicion loca.

Recibido allí y festejado como á rey , tratábase y exigia que le tratasen como á tal. Deplorable enseñamiento que nos dan las humanas flaquezas y miserias. Con tal ejemplo en Valencia se sublevó el paisanaje dando gritos sediciosos y fué preciso sujetarle por la fuerza. Tambien fué este año necesario reducir la isla de Cerdeña alborotada , lo que hizo con entereza y aun con rigor el duque de San German. Ocupado el gobierno español en disturbios de índole tan grave , no podia volver su atencion á las Antillas en donde los filibusteros eran el azote del comercio , y entregaban muchos pueblos al saqueo : en Portobello principalmente saciaron su sed de oro y de rapiña. Murió en Roma Clemente IX y sucedióle Clemente X.

Mirábanse unas á otras en 1670 las potencias europeas , meditando en la calma de la paz las probabilidades de una nueva guerra. Ojo avisor clavaron por algunos dias en la España , cuyo rey fué acometido de una grave enfermedad que puso sus dias en peligro ; pero restablecióse , y por esta parte quedó cerrada la puerta á una lucha general. Para abrirla , como lo deseaba , necesitaba la Francia disolver la triple alianza. Intrigó á este fin en Lóndres y obtuvo que de ella se separase el monarca inglés , que pecaba muy de frívolo en sus cosas. Tambien envió agentes á Suecia y logró el mismo resultado. Ambas ventajas habíalas obtenido con el oro. Quedaba sola la Holanda , contra la cual Luis XIV queria emplear las armas y conquistarla.

Conociendo esta potencia el grave peligro en que el aislamiento la dejaba , procuró aliarse con el Austria y con la España , supliendo con otra triple alianza á la disuelta. Interesadas estaban todas tres potencias en oponer un fuerte dique á la invasion desmedida de la Francia , y no fué difi-

cil entenderse para sentar los preliminares de un mútuo concierto. Trabajó Luis XIV en disolver esta alianza como lo habia hecho con la primera. Envió á reponer en el trono de Portugal al destronado Alfonso á fin de encender de nuevo la guerra entre aquel país y la España : pero nada obtuvo. Así pasó el año de 1771. Hiciéronle tristemente memorable un incendio en el Escorial, que consumió preciosísimos manuscritos griegos y árabes, un huracan devastador que en Cádiz echó á pique sesenta naves y destruyó muchos edificios, y por fin en las Antillas las marítimas empresas del filibustero Morgan que renovó los saqueos de Portobello y Panamá, y que, apoderado de la isla de Santa Catalina, hizo sentir á sus habitantes todos los horrores de una guerra salvaje.

Antes que la alianza entre España, Austria y Holanda acabase de anudarse enteramente, el impetuoso Luis XIV con un poderoso ejército de doscientos mil hombres, dividido en tres cuerpos, se arrojó contra la última de aquellas tres potencias. Mas de cuarenta fortalezas, entre ellas Utrech Overisel y Güeldres, le abrieron las puertas, llenos de espanto sus defensores; la rica y orgullosa Amsterdam estuvo á punto de postrarse á los pies del vencedor y de pedirle gracia. Pero éste imponia condiciones duras, y entonces las miradas de los republicanos se volvieron hácia el príncipe de Orange, mozo que apenas contaba veinte y un años, pero de grande aliento y esperanzas. Habló á sus conciudadanos con el fuego que inspira el entusiasmo patrio, y desvaneciendo el espanto, en su lugar hizo nacer el heroísmo. La Holanda era ya insojuzgable. Reconviendo algunos al príncipe de Orange que cómo veria impasible la ruina de su patria, que era inminente continuando la guerra, respondió: — Para no verla me sepultaré entre sus escombros. — Acomete la plaza de

Vaerden con gente todavía mal disciplinada, y tiene que levantar el sitio, pero logra llamar la atención del enemigo. Pide socorros al gobernador español de Flandes, conde de Monterrey, quien le envia seis mil hombres, y con ellos, y veinte y cinco mil holandeses, divide el ejército francés haciendo marchas y contramarchas, ya acometiendo una plaza, ya encaminándose hácia otra, y últimamente embistiendo de recio la de Charleroi. Era amenazar la llave de todas las conquistas hechas durante la campaña de Luis XIV. Acudió éste con el grueso de sus tropas; el príncipe de Orange tuvo que levantar el sitio: pero la Holanda estaba ya salvada. Quejóse altamente el monarca francés de que los españoles hubiesen socorrido tan eficaz y oportunamente á los holandeses; pero á sus quejas contestó sin rodeos la córte de Madrid, que ningun artículo de la paz de Aquisgran impedía á la nacion española el dar socorro á los pueblos con quienes estaba unida en alianza. A la sazón el almirante holandés Ruyter, secundando por mar los generosos esfuerzos del príncipe de Orange, acometió á las escuadras enemigas, las deshizo, introdujo un convoy riquísimo de Indias en los puertos de su patria, y salvó las ciudades marítimas de la república. Al mismo tiempo que ésta sufría tan furiosas embestidas exteriores, pasaba por una revolucion interior trascendental con el restablecimiento del estatuderato en la persona del de Orange.

CAPITULO XXVI. — Guerra con Francia. Se envian plenipotenciarios á Nimega.

Años de 1673 a 1675.

No solo dirigió Luis XIV quejas á la España sino tambien al emperador, porque hacia preparativos de guerra y concitaba contra él los ánimos de los príncipes de Alemania; mas

tampoco logró separarle de la Holanda. Solo la Inglaterra se habia declarado en favor de la Francia , nó porque le conviniere el engrandecimiento de esta potencia , sino para humillar la marina holandesa que le hacia sombra. Luis XIV , á la cabeza de un ejército mas numeroso que el pasado , se puso sobre Maestrick , que en el Brabante holandés es la plaza mas importante , situada en las márgenes del Mosa. Sus defensas eran buenas y la guarnecian seis mil hombres valerosos , además del paisanaje armado. Pero dirigia á los sitiadores el ingeniero Vauban , que por sí solo valia tanto como un ejército. Por primera vez en las acometidas de una plaza hizo uso de las paralelas y plazas de armas , y á pesar de una resistencia denodada rindióse Maestrick al cabo de trece dias de trinchera abierta. Mil doscientos hombres perdieron los sitiados , y tres mil los sitiadores. Ocupóla el monarca francés en 29 de junio de 1673. Esta conquista acabó de decidir contra él la nueva alianza. En 30 de agosto renovóse en el Haya la liga entre la España , el imperio y la Holanda. El primer paso de las fuerzas coligadas fué la reconquista de Naer , á la que siguió en breve la ocupacion de las provincias conquistadas por los franceses , debilitados éstos por las guarniciones puestas en muchas plazas. Por mar proseguia Ruyter su gloriosa carrera. Tres combates sostuvo , y en todos ellos desbarató los esfuerzos coligados de Francia é Inglaterra. El primero tuvo lugar frente de Schonveld en 7 de junio. Etrées mandaba los buques franceses ; el príncipe Roberto los ingleses. La lucha fué larga y destructora. Las tres escuadras salieron de ella en muy mal estado , y tuvieron que retirarse para reparar sus averías. Los otros dos no fueron tan sangrientos ; pero es lo cierto que los franceses no pudieron llevar

á donde deseaban el ejército expedicionario que habian embarcado al mando de Schomberg. Conocida la declaracion de guerra de la triple alianza, hubo en la frontera de Cataluña algunas escaramuzas, y hasta intentaron los españoles apoderarse del Boló, mas impidióselo el general francés Bret rechazándolos en un combate de que él mismo salió herido. Tambien hubo vivas hostilidades en el Franco-Condado, y resultaron en perjuicio de la España, pues los habitantes del país, recibidos auxilios de los suizos, se declaraban abiertamente en favor de la Francia. Revolvíalo todo esta potencia para procurarse partidarios. En Lisboa dirigia ocultamente una conjuracion para reponer en el trono á don Alfonso, pero fué descubierta, y algunos incautos lo pagaron con la vida.

Dijimos que la Inglaterra por el oro se habia separado de la primera triple alianza; por el oro firmó tambien paz con la Holanda á principios de 1674, recibiendo de ella trescientas mil libras esterlinas, negociacion llevada adelante con sigilo desde fines del año anterior. El monarca inglés ofreció á Luis XIV su mediacion para tratar de la paz, proposicion á la que negando riendas á su enojo se avino el francés enviando plenipotenciarios á Colonia. Pero mientras que con esta pública demostracion se acallaba el clamor de los pueblos, enemigos de la guerra, tocábanse por debajo de cuerda todos los resortes que debian enconarla. Echóse Luis XIV sobre el Franco-Condado que tanto codiciaba. Perma, Gray, Vesoul y otras plazas le abrieron las puertas casi sin resistencia. Solo las de Besanzon y Dol la opusieron. Daban guarnicion á la primera tres mil españoles. Defendiéronse con bazarria, y aun obstinadamente, pero Vauban los redujo á tal aprieto en quince dias, que el gobernador pidió capitula-

cion. Concediósele Luis si quedaba la guarnicion prisionera. Indignése esta al saberlo, é hizo una salida arrojándose contra los franceses, nó para vencerlos, sino para morir. No dieron los españoles cuartel ni le pidieron: todos murieron, pero cada muerte costó á los franceses mas de una vida. El resto de los defensores, hecho fuerte en la ciudadela, obtuvo la capitulacion que merecia, la salida con todos los honores de la guerra. La guarnicion de Dol capituló asimismo con honor despues de una mediana defensa. Siguió á la sumision de estas plazas la de Salins, Fauconey, Lur y Luxeuil, de manera que en poco mas de un mes habia España perdido aquella hermosa provincia. En Flandes el príncipe de Condé á la cabeza de cuarenta mil hombres aguerridos debia oponerse al de Orange que estaba al frente de setenta mil, entre españoles, holandeses y alemanes, gente casi toda bisoña. Avistáronse los dos ejércitos junto al pueblo de Senneff, deseosos ambos generales de venir á las manos. Doce horas pelearon sin descanso, y hasta á la luz de la luna continuó la batalla, que terminó á las once de la noche en el pueblo de Say. Veinte y cinco mil hombres quedaron muertos en el espacio de una legua: triste prueba del encarnizamiento increíble con que se peleó. De una y otra parte hubo además muchos heridos y buen número de prisioneros. Expusiéronse ambos príncipes á los mayores peligros, ambos tomaron por suya la victoria, ambos ganaron laureles á tan inestimable costa comprados, ambos se retiraron para rehacerse, y ambos en fin volvieron á buscarse; aunque mas prudente ya Condé, hecha la prueba del teson de su enemigo. Este amenazó la plaza de Oudenarde, pero revolviendo luego sobre la de Grave obligó á su gobernador á capitular despues de una bella defensa que costó á los sitia-

dores seis mil hombres. Igualmente animada fué la lucha en las márgenes del Rhin en donde Turena con solo veinte mil hombres rechazó á los imperiales muy superiores en fuerzas, y sirvió de escudo al Franco-Condado, ya francés, á la Lorena, la Alsacia y los Tres Obispados. Marchitó sin embargo no poca parte de sus laureles la devastacion que permitió en el Palatinado; haciéndose instrumento de la ira de unos ministros que quisieron vengar con públicas calamidades privadas injurias. En el Rosellon obtuvo el ejército español algunas ventajas. El duque de San German tomó el castillo de Bellegarde, y fingiendo una retirada atrajo entre unos desfiladeros al enemigo, y le hizo perder tres mil hombres, entre ellos el hijo de Schomberg. Dióse á este encuentro el nombre de batalla de Morellas. El duque no pudo aprovecharse de esta victoria, y aun le fué forzoso mantenerse á la defensiva todo el resto de la campaña, porque el gobierno le quitó la mayor parte de las tropas para enviarlas á Sicilia. Habíase sublevado Mesina, capital de esta isla, en parte porque los vireyes trataban á sus habitantes con dureza, y en parte tambien por el oro que en ella derramó la Francia. Vióse el rey en los mayores apuros y tuvo que abandonar la ciudad. Dióla despues un asalto, no bien hubo recibido refuerzos de Cataluña, mas fué rechazado con gran pérdida, alentados los sitiados con socorros que les envió la Francia.

Complicóse en 1675 la lucha europea. La Francia obtuvo la alianza de Suecia, y el emperador la cooperacion de Dinamarca, del Brandemburgo y de la casa de Brunswick para hacer frente al nuevo enemigo. Abrió Luis XIV la campaña con la toma de Dinant, de Huis, de Limburgo y últimamente de Tuhin. El príncipe de Orange solo tomó la plaza

de Binch, pero impidió á los enemigos que obtuviesen mas ventajas, y mas de una vez les presentó batalla que siempre rehusaron. Condé, que mandaba á los franceses, recibió orden de pasar al ejército de Alemania que acababa de quedar sin gefe por muerte de Turena. Gloria grande habia conseguido éste en las márgenes del Rhin resistiendo á Monteculi, general de los imperiales, contrario digno de él, y cuya celebridad no era inferior á la suya. Precavido el imperial y muy sobre sí era al mismo tiempo astuto y rápido en aprovecharse de cualquier descuido del enemigo. Prudente y consumado gefe el francés evitaba los lazos que le tendia su contrario, y aunque nunca pudo burlar su vigilancia, tampoco cayó en el menor mal paso. Pero cerca de Achenheim y no muy lejos de Estrasburgo, mientras estaba observando las posiciones de los alemanes, una bala de cañon le dejó cadáver, dia 19 de julio. Luis XIV quiso que fué debate sepultado en el sepulcro de los reyes de Francia, y en verdad lo merecia, pues pocos generales han reunido tan brillantes cualidades con tan poca ambicion, y han sido tan útiles á su patria. Con su muerte, mientras llegaba Condé, obtuvo el ejército imperial algunas ventajas. En Cataluña limitóse el general francés Schomberg á recobrar Bellegarde, á defender sus convoyes contra los miguelotes y somatenes del país que le hostigaban incesantemente, y á exigir contribuciones de algunos pueblos del principado, á fin de pagar sus tropas. Honróle esta campaña como hombre político, pues no consintió que fué debate talados los campos, y hasta permitió las siegas, y no negándole las contribuciones ningun mal hacia. Al pueblo de Ampurias que se las negó, y se defendió, dióle al saqueo. Como militar poca resistencia se le opuso, pues casi todas las tropas españolas regulares

habian sido enviadas á Mesina. Los habitantes de esta ciudad , continuando en su rebeldía , habian reconocido por rey al monarca francés. Este envió allí una escuadra , la cual despues de un sangriento combate alejó á la española y desembarcó en Mesina al duque de Vivona en calidad de virey por la Francia. Permaneció Vivona inactivo por algunos meses , hasta que por fin se movió contra Angousta y Lentini, que rindió, quitando á los españoles una parte del país que todavía les estaba sujeto. Alarmado el gobierno español concertóse con la Holanda para que Ruyter entrase en el Mediterráneo con una escuadra , y en Barcelona embarcase á don Juan de Austria con tropas para reconquistar la Sicilia. De esta suerte la reina alejaba tambien al austríaco , temerosa de que le llamase á la córte su hijo , que en 9 de noviembre iba á entrar en los quince años y gobernar por sí mismo el reino. Conociéndolo don Juan , en vez de seguir la senda de gloria que le trazaba aquella reconquista , dió largas á su partida hasta que , llegada aquella fecha y recibidas cartas del rey muy amistosas , dejó que el holandés partiese solo. Dos borrascas dispersaron las naves de Ruyter , mas estas tenian órden de hacer rumbo hácia Melasso , y allí reunidas animaron de tal suerte á los españoles , que al momento acometieron y rindieron el fuerte de Ibisso. Por este tiempo interpuso el rey de Inglaterra su influjo para obtener la paz general , y vencidas algunas dificultades logró que todas las potencias beligerantes enviasen plenipotenciarios á Nimega.

CAPITULO XXVII. —Continúa la guerra. Entra don Juan de Austria en la corte.

Años de 1676 y 1677.

No por esto cesaron las hostilidades. Luis XIV á la ca-

beza de cincuenta mil hombres y acompañado de excelentes generales acometió las plazas de Condé y de Bouchain, se hizo dueño de ellas, contuvo la guarnicion de Cambray, que era numerosa y hacia frecuentes salidas, y se puso sobre la plaza de Aire que tambien rindió. Su enemigo el príncipe de Orange cayó sobre la plaza de Maestrick, á la que daban guarnicion cuatro mil franceses á las órdenes del general Calvo. Impetuosas fuéron las embestidas, y desesperada la resistencia. Tomáronse y perdiéronse varias veces los baluartes, y cuando se recobraban, de repente volaba una mina y los vencedores perecian á centenares. Al fin Schomberg, á quien Luis XIV enviaba para socorrer la plaza, hizo levantar el sitio. Entonces el príncipe de Orange en vez de retirarse revolvió por donde vino el francés, y le puso en conflicto cortándole las comunicaciones con la Francia. Schomberg salió del paso, dando hábil y prontamente un rodeo, y de esta suerte salvó su ejército. Otros pequeños fuertes, entre ellos los de Bouillon y Livick, cayeron en poder de los franceses. En los linderos de la Alsacia el duque de Lorena, sucesor de Montecuculi, que se habia retirado, y el mariscal de Luxemburgo, sucesor del príncipe de Condé, que atormentado de la gota dejó el mando, tuvieron un encuentro reñido é indeciso, y el francés tomó la plaza de Filisburgo. El mariscal Navalles, que habia reemplazado á Schomberg en el ejército francés del Rosellon, reunidos quince mil hombres, entró en el Ampurdan por el Pertús, mas no se atrevió á embestir las pocas tropas españolas que en Gerona se encontraban. Los migueletes catalanes, ágiles y activos, tipo primitivo del incansable guerrillero, le hostigaban de tal modo cayendo ya sobre su vanguardia, ya picándole las espaldas, ya amenazando su mismo centro,

que le ponian en confusion extrema. Pensó hacerles la guerra con iguales armas, y para ello levantó una partida de ochocientos migueletes que le auxiliasen; pero aquellos, que tenian de su parte el país, llevaban siempre la ventaja. Al fin, cansado de luchar con un enemigo que en todas partes le hostigaba y en ninguna le hacia frente, volvióse Navalles á Pérpiñan. Además el gobierno francés habia reducido su ejército enviando tropas á Sicilia. Seriamente se empeñaba en esta isla la lucha. Ruyter con su escuadra cerró á los franceses el Faro. Duquesne, célebre almirante francés, le presentó batalla, y admitida, por ambas partes se peleó con indómita bravura, pero la victoria no quedó por ninguna. Amenazáronse de nuevo, pero de repente Duquesne, aprovechando un viento favorable, en vez de pasar el Faro dió la vuelta á la Sicilia, y se metió en el puerto de Mesina. Sitiaban esta ciudad por tierra los españoles, y Ruyter acudió por mar. Animados los sitiados con la llegada de Duquesne hicieron una salida y derrotaron á los sitiadores. Al mismo tiempo Duquesne dejó el puerto, y á nueve millas de Angousta, en el golfo de Catana, salióle al paso la escuadra de Ruyter y diéronse un nuevo combate de los mas destructores de que por mar hay ejemplo. Rotas entrambas piernas, herido en la cabeza, y padeciendo crueles dolores, Ruyter se hizo sostener y no cesó de dar órdenes en medio de aquella escena de devastacion y de sangre. Destrozadas ambas escuadras, la de Ruyter retiróse á Siracusa, y la francesa poco despues á Mesina, las dos á repararse. A los ocho dias, en 29 de abril de 1676, murió el almirante holandés. Modesto en la paz, grande é intrépido en la guerra, irreparable pérdida fué su muerte para la Holanda; la posteridad ha escrito su nombre en primera

línea entre los mejores marinos de todos los siglos. Muerto él, quedó la escuadra holandesa sin jefe, y ella y la española fuéron incendiadas por brulotes franceses en Palermo el día 2 de junio, perdiéndose con ellas cinco mil hombres y setecientos cañones. De esta suerte pudo impunemente la Francia socorrer á los mesinenses y tomar muchos fuertes de la isla, Merilli entre ellos, Laomina y Scaletta. A la sazón en Roma, muerto Clemente X, subió al pontificado Innocencio XI. ¿Qué hacia en tanto la córte de Madrid, llegando por momentos noticias de tan sensibles pérdidas? Dividida en dos partidos, el de la reina y el del austríaco, hacíanse ambos una incansable guerra palaciega en la que el torrente de mutuas injurias suplía al derramamiento de sangre. Triunfaron al fin los austríacos, y el mismo rey escribió á don Juan de Austria llamándole á la córte.

Púsose en camino con regio acompañamiento y con ostentacion solo propia de un soberano. Detúvose en Hita, y por medio de sus partidarios en la córte logró que de noche el rey saliese de palacio, se trasladase al del Retiro, y desde allí diese órden á su madre de no apartarse sin su permiso de la regia morada. De este modo dió comienzo al ejercicio de la soberanía con un público escándalo, y un desacato á la misma naturaleza. Tambien alcanzó don Juan que se decretase prision y conduccion á Filipinas contra don Fernando de Valenzuela, jóven de buenas prendas corporales, aficionado á la poesía, y de talento claro y despejado, que de paje del duque del Infantado habia subido á favorito de la reina. Protegióle el padre Nithard, y cuando éste fué extrañado reemplazóle en la confianza de la reina. Llamábanle el duende de palacio porque todas las noches entraba en él. Por él sabia la reina cuanto en la córte pasaba. Aca-

so esta intimidad se elevó á mayores, como la pública voz y las sátiras y aun las caricaturas de aquel tiempo lo dan á entender. Pero el hijo debió ser el primero en respetar las flaquezas de la madre; y don Juan, si realmente corria por sus venas sangre real, no debió ignorar que el primer deber de un caballero es correr un velo tupido sobre la vida privada de una mujer. Solo ante Dios, nó ante su hijo ni ante el austríaco, debia la reina dar cuenta de sus acciones familiares. Públicamente no fué Valenzuela digno de censura; y si en alguna imprudencia se deslizó, las obras públicas con que hermosteó la capital y dió ocupacion á los indigentes, y el cuidado con que procuró su abastecimiento, le hacen mas recomendable que á don Juan su necia vanidad y la criminal insolencia con que á los ojos del vulgo desvirtuaba el prestigio del poder real. Dia 23 de enero de 1677 entró don Juan en el palacio del Retiro. A los pocos dias confinó á la reina madre á Toledo, hizo degradar á Valenzuela, y desterró al duque de Osuna, al almirante de Castilla, al príncipe de Stílano, á los marqueses de Mondejar y de Mansera, á los condes de Humanes y de Aguilar, y á otras personas bien conceptuadas. La venganza era su norte, nó la gloria de su patria, y ni pensaba en enviar socorros á los soldados que por ella combatian. Y no era porque la guerra hubiese menguado, ántes mas encendida que nunca continuaba. Por el mes de febrero púsose Luis XIV sobre la plaza de Valenciennes. Contaba en ella con muchos confidentes y partidarios, quienes, dejando un postigo abierto al abandonar en tropel una media luna acometida por el enemigo, dieron á éste entrada en la plaza. Tres mil setecientos hombres quedaron prisioneros de guerra. Conseguida esta ventaja el monarca francés puso cerco

á Cambray y envió al duque de Orleans contra la plaza de San Omer. Los defensores de Cambray, para no acarrear la ruina de la ciudad, la rindieron á los pocos dias y se retiraron á la ciudadela. El príncipe de Orange acudió al socorro de la de San Omer, y en los campos de Monte Casal provocó á una batalla á los franceses. Fuéle por esta vez adversa la fortuna. Desde luego vió en derrota su izquierda sin poderla rehacer; en el centro rechazó dos veces al enemigo, pero á la tercera embestida le fué forzoso ceder el campo; y en la derecha se peleó mas tiempo, pero últimamente se declaró la victoria en favor de la Francia. Dos mil muertos y otros tantos heridos tuvo el francés, tres mil muertos y dos mil quinientos prisioneros los aliados, y perdieron quince piezas de artillería, muchos estandartes, las provisiones y el bagaje. No tardó en capitular San Omer con todos los honores de la guerra. Tambien los obtuvo la guarnicion de la ciudadela de Cambray despues de una animosa defensa que dejó admirado al monarca francés, quien hizo grandes elogios de su gobernador don Pedro Zabala. No se dió por vencido el príncipe de Orange con estas pérdidas. Rehechas sus tropas y juntados cincuenta mil hombres, hizo correr la voz de que iba contra Maestrick, y se echó sobre Charleroi. Pero acudiendo contra él con fuerzas superiores el mariscal de Luxemburgo, tuvo que retirarse. Tomó por fin la plaza de Binch, y los franceses la de San Guillain. Continuaba en el Rosellon mandando las tropas francesas el mariscal de Navalles, contra quien envió don Juan de Austria á Cataluña al conde de Monterrey, que le hacia sombra en la córte. Dióle el mando de las tropas destinadas ántes contra Sicilia, que constaban de once mil quinientos hombres. Púsose el conde en movimiento contra el

mariscal francés , que con ocho mil ocupaba en los Pirineos y punto de Coll de Bañols una posicion excelente , la que nunca quiso abandonar por mas que le provocaban. Valióle la prudencia , pues no solo rechazó á sus enemigos y les hizo quinientos prisioneros , sí que tambien dejó de ellos mil tendidos en el campo. Sin embargo , descalabrado con una baja no menor de mil quinientos hombres entre muertos y heridos , aunque pernoctó en el campo de batalla , declaróse el dia siguiente en retirada. Mientras así se deramaba la sangre en los campos de batalla , continuaban en Nimega las conferencias para la paz , y adelantaban poco porque diariamente cada plenipotenciario recibia instrucciones nuevas , segun eran ó nó favorables los sucesos de la guerra á quien las daba. Este año , creyendo los moros que ocupada la España en sangrientas guerras y en familiares y desastrosas rencillas era favorable coyuntura para apoderarse de Oran , reciamente la embistieron , mas defendióla su gobernador tan bizarra y felizmente , que escarmentados se retiraron con una pérdida considerable.

CAPITULO XXVIII.—Liga entre España , Inglaterra y Holanda. Muerte de don Juan de Austria. Casamiento de Carlos II. Años de 1678 y 1679.

Un casamiento cambió en 1678 el aspecto de la guerra. El rey de Inglaterra acababa de dar su sobrina en matrimonio al príncipe de Orange , y cediendo á las instancias de éste , apoyado en el voto del parlamento , formó liga con España y Holanda contra la Francia , é hizo equipar ochenta naves con treinta mil hombres de desembarco. El francés no dormia. Al abrirse la campaña amenazó á un tiempo las plazas de Luxemburgo , Namurs , Mons é Ipres , y con un

numeroso ejército cayó sobre la de Gante. El defensor de esta don Francisco Pardo hizo inundar las cercanías, levantó milicias y mantuvo en constante alarma á los sitiadores; pero la guarnicion casi entera acababa de salir pocos dias ántes para reforzar las otras plazas amenazadas: indiscrecion que le obligó á capitular. La misma suerte tuvieron los defensores de Ipres. En 9 de mayo, vencidas muchas dificultades é irresoluciones, el monarca inglés declaró abiertamente la guerra á la Francia. El príncipe de Orange, mientras le llegaban los refuerzos prometidos, limitóse á frustrar con continuos movimientos los designios del enemigo, mas no pudo evitar la sorpresa de Leaw, plaza de buenas defensas, entre Lovaina y Lieja situada. El conde de Monterrey seguia dirigiendo en Cataluña las tropas españolas contra el mariscal de Navalles que mandaba en el Rosellon á los franceses. Navalles tomó la ofensiva. Hizo ademán de amenazar las plazas de Rosas y Gerona, mas de improviso echóse sobre Puigcerdá. La defensa sobre ser hábil fué heroica. Dirigíala su gobernador llamado Sancho. En 15 de mayo, encontrando Navalles una inesperada resistencia, hizo minar el bastion por donde intentaba acometer. Voló la mina, pero en vez de hacer estrago en los sitiados, hiciéronle las ruinas entre los sitiadores, matándoles unos ciento sesenta hombres. Fresco todavía el estrago, se dió un asalto que fué rechazado; y tras de la brecha, por la actividad de los sitiados, apareció un nuevo bastion bien guarnecido. Nuevas minas ensancharon las brechas y con nuevas defensas las cerraban. Acudió el conde de Monterrey, y llegó hasta una legua y media del campo francés. Conociendo Navalles que eran preciosos los instantes, hizo volar otra mina, y dió un asalto

general. También le rechazó con grande estrago aquella guarnición intrépida. Si en este día Monterrey se hubiese atrevido á acometer, pasáralo mal el ejército francés; pero no lo creyó oportuno, ántes se retiró dejando abandonados á tan bizarros defensores. Capituló entonces el digno gobernador, y obtuvo todos los honores de la guerra. La retirada de Monterrey atribuyéronla algunos á la noticia de la aparición de una escuadra francesa en las aguas de Barcelona. Acercóse en efecto Duquesne al puerto de esta ciudad, y á pesar del fuego de la plaza incendió un navío de línea en él surto. La escuadra francesa recogió este año las tropas de su nación que en Sicilia habia, dejando la isla abandonada, pues conoció Luis XIV que no le seria posible sostenerla contra los esfuerzos reunidos de las escuadras inglesa y holandesa. Esta última no obstante perdió cuatro gruesas naves en un encuentro que sostuvo contra la francesa. Ni habian sido en esta campaña mas felices por tierra los holandeses. El mariscal de Luxemburgo embistió con buen número de tropas la plaza de Mons. Presentóse batalla el príncipe de Orange, y dióse encarnizada y cruel. Siete mil hombres quedaron tendidos en el campo sin que ninguno alcanzase la victoria. La noche misma en que se acababa de derramar tanta sangre, llególe al príncipe de Orange la noticia de que la república habia firmado la paz. Si de antemano lo sabia, como los autores afirman, tampoco lo ignoraba el francés, y sin embargo no dejaba entrar en la plaza ninguna clase de vituallas, y era deber del príncipe impedir que se rindiese mientras llegaba de oficio aquella noticia. La paz, en que los príncipes europeos no pudieron convenir de mancomun, firmáronla privadamente, primero la Holanda, despues la España, y así los demás. Por ella

perdió la nacion española gran parte de Flandes, el Franco-Condado, Valenciennes, Condé, San Omer, Cambray, Ipres, Werwik y otras plazas. La Francia dió la ley á la Europa. La casa de Borbon tenia ya á sus piés á la de Austria. Eran pasados aquellos hermosos dias en que una palabra de mando proferida en Madrid resonaba hasta en los lindes remotos de las naciones del norte: el gabinete español solo tenia ahora voz para dirigir ó contrarestar palaciegas intrigas. Don Juan de Austria entretenia á Carlos II hasta con juegos, y le tenia avasallado. No se sabe como fué que llegó á las manos del rey mozo un retrato de una sobrina del rey de Francia, hija de su hermano el duque de Orleans, é inflamó su corazon una pasion que hasta entonces no habia sentido. De dia y de noche no tenia pensamientos sino para esta imágen seductora. Don Juan, á quien no le pesaba esta inclinacion, con el fin de estórbar que el rey casase con una archiduquesa austriaca, segun lo tenia proyectado su madre, envió comisionados á la córte de Francia para proponer aquel enlace.

Recibiólos muy bien el monarca francés, y en 9 de agosto de 1679 se celebró por poderes el matrimonio en Fontainebleau. Casi al mismo tiempo que llegaba á Madrid esta noticia se supo tambien que la flota de las Indias Occidentales habia arribado felizmente á Cádiz conduciendo treinta millones, que fué doble alegría para la córte. No disfrutó de ella don Juan de Austria, que en 7 de setiembre enfermó de mucha gravedad. Habia creído que con el matrimonio real conservaria su influencia, y veia que sus enemigos, por ser aquel enlace época natural de gracias, habian conseguido volver á la córte, y que el mismo confesor que habia dado al rey se le declaraba contrario. Apo-

deróse de él una negra melancolía que á los diez dias le condujo al sepulcro , en 17 de setiembre , siendo de cincuenta años de edad. Varios son los pareceres acerca de este hombre célebre. El mas razonado dictámen divide su existencia en dos partes. Hasta la muerte de don Felipe IV su conducta , mas ó menos acertada , mas digna fué de encomio que de vituperio. Despues , ó por malos consejos, ó ya por sobras de ambicion , hízose acreedor á las mas justas censuras. Acabó sus dias católica y resignadamente nombrando al rey por su heredero , y legando sus joyas á entrambas reinas. Dejó una hija natural , que entró en religion. Muerto él , no estando ya comprimidos en el ánimo del rey los impulsos de la sangre , fuése á Toledo , en donde entre lágrimas y sollozos estrechó á su madre en sus brazos. En 3 de noviembre llegó la nueva reina á las márgenes del Vidasoa. En medio de vítores y de las aclamaciones de los pueblos por donde pasaba , siguió hasta Quintanapalla , pueblo nueve millas distante de Búrgos , en donde el rey la esperaba. En 2 de diciembre hizo su entrada en Madrid. Acostumbrados desde mucho tiempo los cortesanos á las miserables intrigas , rodeáronla desde luego , y con demostraciones engañosas procuraban sacar partido de su inexperiencia. Pareció que con esta boda debia cesar momentáneamente al menos todo motivo de disension entre España y Francia. No fué así. Tardando la España en entregar al francés el obispado de Lieja , prometido por la paz de Nimega , Luis XIV hizo entrar siete mil caballos en tierra de Flandes , hasta que el duque de Villahermosa , que allí mandaba , hubo hecho entrega de la plaza de Charlémont en compensacion de aquel obispado , segun estaba tambien convenido. Hízose este recurso á la fuerza mien-

tras alegre la España con la noticia de la boda se entregaba á públicos regocijos.

CAPITULO XXIX. — Calamidades públicas. Se apodera el francés de varias plazas en Flandes. Años de 1680 á 1685.

Celebráronse con la mayor suntuosidad las fiestas nupciales. En 13 de enero de 1680 hicieron los regios esposos una entrada solemne en Madrid desde el Retiro , en donde permanecian; preparados antes, para recibirlos, arcos triunfales , ricas colgaduras , y fachadas magníficamente adornadas. Solícito andaba el enjambre de cortesanos para influir en la eleccion del nuevo ministerio cuyo nombramiento se esperaba con vivo deseo. Dos pretendientes se disputaban el puesto. Uno era el condestable de Castilla , hombre de mucho talento y de vastos conocimientos pero duro de trato é imperioso : otro era el duque de Medinaceli , dotado de grande penetracion y luces naturales , suave de condicion , pero hasta lo sumo indolente. Despachaba entretanto interinamente los negocios don Gerónimo Eguía , palaciego astuto y flexible , que suspiraba por convertir su interinidad en posesion permanente. Ayudábanle , con la mira de conservar sus respectivos destinos , el confesor del rey y la duquesa de Terranova , camarera de la jóven reina ; pero luego de todas partes resonó un público clamor contra la incuria con que miraba Eguía la administracion del reino ; y contra la pragmática monetaria que poniendo arreglo á la moneda la hizo desaparecer por algun tiempo con llanto y desesperacion de muchas familias : volviéronse contra él ambos auxiliares , y triunfó la influencia del duque de Medinaceli , que era á quien mas se inclinaba el rey. Nombróle pues gefe del ministerio. El primer acto de

su administracion fué decretar destierro contra el presidente de Castilla , sacrificándole débilmente al resentimiento y á los clamores del nuncio de S. S. : verdad es que en la determinacion influyó no poco la política , á fin de contentar á la córté pontificia á la sazón que Francia amenazaba las posesiones españolas en Italia. Por este tiempo un comerciante llamado Marcos Diaz presentó al duque de Medinaceli dos memorias en que ofrecia probar graves abusos en el manejo de los caudales públicos , y proponia algunos remedios que le parecian oportunos. Pero , viniendo de Alcalá á Madrid , acometiéronle unos enmascarados , le molieron á palos , y le dejaron sin sentido , en tal estado , que á pocos dias murió. Hubo con este motivo tristes y graves alborotos. Quejábase altamente el pueblo del mal gobierno , y pedia un alivio á sus males. Grandes eran estos en varios sentidos. Cebábase la peste en Málaga y varias ciudades de la Andalucía. Siguióse á ella el hambre. Sintiéronse en algunos puntos espantosos terremotos. En casi todos los estados españoles de Italia no era posible transitar por causa de bandidos , y en Nápoles principalmente , reunidos en grandes bandas , daban los pueblos al saqueo: y su dispersion costó mucha diligencia y tiempo. En las Antillas continuaban los flibusteros siendo el azote del comercio. En Buenos Aires , sobre asuntos de linderos , tenían los españoles serios debates con los brasileños , debates que mas adelante hicieron indispensable una buena demarcacion de fronteras. Ningun bien habia producido , ningun resultado positivo dado una liga de pura ceremonia que con Inglaterra la España hizo.

Solo si dió mas avivacion al mal reprimido encono de la Francia. Esta potencia , en virtud de un tratado con el du-

que de Mantua, se bizo dueña de la ciudad de Casal, amenazando el Milanésado; y á tenor de las disposiciones de los tratados de Munster y de Nimega ocupó la ciudad de Estrasburgo, amenazando así al imperio. Además, como consecuencia de la paz de Nimega, exigió de la España y obtuvo el condado de Chiney. Trataba á todas las córtes, y en particular á la de Madrid, con una arrogancia sin mesura. Por miserables riñas entre los ribereños del Vidasoa demandaba á la España una reparacion solemne. Envió en 1681 á las aguas de Mallorca una escuadra con la pretension extravagante de que la isla respondiese de las embarcaciones tomadas á los franceses por corsarios mallorquines, cuando ya se sabia la conclusion de la paz; y diciéndole el capitán general que aquellos no habian hecho mas que defenderse de otras naves franceses que los acometian, prorumpió el almirante francés en fieros que felizmente no pasaron de palabras desconcertadas.

Nuevas calamidades afligieron á la monarquía en 1682. Exhausto el erario, el convoy de América que con ansia viva se esperaba fué sumergido por una tempestad horrosa, pereciendo la tripulacion entera; inundóse casi toda la Flandes, rotos los diques que allí han de contener incessantemente los esfuerzos de las aguas. En Sicilia, restituida ya á la obediencia de España, otra grande inundacion destruyó la ciudad de Terroriza; los piratas argelinos no dejaban en sosiego el comercio del Mediterráneo por mas que este año los escarmentó Duquesne bombardeando la ciudad; y á todo este cúmulo de desgracias añadíase la mas deplorable todavía, de que diariamente iba convenciéndose la nacion española de que cuanto mas adelantaba en edad Cárlos II mas niño era.

Aprovechándose Luis XIV de las calamidades que á la triste España trabajaban , á pedazos íbala arrancando las lejanas posesiones que mas codiciaba , codicia que iba en aumento cuanto mayores eran las concesiones que se le hacian. En 1683 reclamó el condado de Alost con amenazas de tomarlo á viva fuerza si se le negaba. Acababa la España de concluir con la Suecia , la Holanda y el imperio una nueva liga , y confiado en ella negóse á aquella pretension injusta. Entonces el monarca francés hizo entrar tropas en aquel condado , en territorio de Gante y en otros lugares ; con mala fé motivó reyertas entre los destacamentos limítrofes , y bajo pretexto de que la España habia roto las hostilidades envió un ejército contra la plaza de Courtrai. Hallóla desprevenida , pero aun con esto le costó cara su rendicion por la brillante defensa que hizo su gobernador. Sin resistencia entró despues en la Dixmuda. En seguida publicó Luis un manifiesto en el que á la violacion de todos los derechos añadia la insolencia del que á sabiendas los conculca. No podia la España consentir tanta humillacion y vilipendio. En 26 de octubre declaró la guerra al francés. Dando este paso contaba el gobierno con diez y seis mil hombres con que debia auxiliarle la Holanda en Flandes , y con catorce mil que habia prometido la Suecia ; pero ninguna de las dos naciones dió cumplimiento á lo ofrecido. De otra parte el imperio , en guerra incesante con los turcos , que llegaron á las mismas puertas de Viena , no podia auxiliar á la España como en otras circunstancias lo habia hecho. Varias muertes y nacimientos famosos hemos de apuntar en este año. Alfonso VI de Portugal , murió en su destierro , y su hermano , que hasta entonces por decoro se habia contentado con el título de regente , tomó sin oposicion el de rey. En 30 de julio pasó

á mejor vida María Teresa, infanta de España y esposa de Luis XIV. En 6 de setiembre sucumbió el gran ministro de este soberano, acaso el modelo de ministros por su integridad y su saber, Colbert. En 19 de diciembre nació don Felipe, duque de Anjou, que por los decretos de la Providencia debia sentarse en el trono de España, tan pobre ya y tan desgobernada. Continuaban arrancándola ricas presas en el golfo mejicano los piratas filibusteros: en Veracruz entró con mucha gente desalmada uno, holandés, que saqueó la ciudad y se retiró con más de diez millones.

CAPITULO XXX. — Defensa de Gerona. Sitio de Luxemburgo. Defensa de Genova. Intrigas en la corte. Años de 1684 á 1686.

Ignorábase á principios de 1684 por qué parte acometería el francés la península. Sus preparativos eran contra Navarra, pero fué un amago; el golpe le dió contra Cataluña. El mariscal Belfonds entró por la Junquera á la cabeza de un ejército bien provisto de gruesa artillería y de gran copia de proyectiles. Encaminóse contra Gerona. Junto al Báscara tuvo un encuentro con las pocas fuerzas españolas que habia en el principado, las que no pudieron impedirle el paso, y llegó á las puertas de aquella poblacion. Mas de veinte sitios, memorables todos en la historia, habia sufrido esta ciudad famosa, y en todos ellos habia añadido nuevos laureles á su corona. Esta vez no podia faltar á sus gloriosos antecedentes, y aunque la España parecia humillada, no se humilló Gerona. Belfonds la combatió con empeño, abrióla brecha por dos partes, apoderóse de una media luna, dió un asalto general, y á pesar del fuego sostenido de los sitiados llegó hasta el centro de la ciudad, en medio de la plaza pública. Cuando creia haber

triunfado, de repente se le echa encima el paisanaje armado, y con valor extraordinario le detiene, hace en sus mejores tropas una carnicería espantosa, le ahuyenta, le persigue, y le obliga á levantar vergonzosamente el sitio. Los gerundenses salvaron el principado. Pero Belfonds demostró talento en su retirada; mantuvo disciplinado su ejército, y en las márgenes del Ter escarmentó á las tropas españolas que envalentonados le iban á los alcances. Tambien en Flandes tomaron los franceses la ofensiva. Con numeroso ejército cayeron sobre el Luxemburgo, plaza que por ochocientos mil escudos habia la España cedido al príncipe de Chimay, quien se encerró en ella dispuesto á defenderla á todo trance. Sita en lo alto de una escarpada roca, á las defensas de su posición y á las que la da el rio Alsitiz que la rodea, juntaba las ventajas de una buena fortificación y las que se encuentran en los alientos de una guarnición, aunque poco numerosa, intrépida. Vauban hizo montar contra ella tres baterías de treinta y siete cañones y además una de morteros, sin que bastasen á impedirselo todos los esfuerzos de los sitiados en las numerosas salidas que hicieron. El fuego fué horroroso. Las balas abrieron una brecha considerable, y las bombas destruyeron la mayor parte de los edificios de la plaza. Mas no se arredraron los defensores. Desmontada su artillería, trabajaban en reponerla; desplomada una batería, levantaban otra. Mas de cincuenta mil balas y de siete mil quinientas bombas dispararon contra ellos los sitiadores. Pero, ante el formidable ejército francés, podian prolongar la lucha, mas nó evitar una catástrofe. Despues de veinte y cinco dias de trinchera abierta obtuvieron por capitulación salir por la brecha misma con armas, con bagajes, con cuatro cañones y un mortero, desplegadas las banderas y el tambor ba-

tiente. Al saber la rendicion de esta plaza que abria á la Francia el camino de la Holanda, esta potencia firmó la paz que aquella le ofrecia. Entonces, abandonada la España á sus escasas fuerzas, hubo de acceder á una tregua de veinte años que Luis XIV le propuso. A ella se avino tambien el emperador, vuelta toda su atencion contra la Turquía. Inquieto siempre el monarca francés, y aguijoneado por una ambicion insaciable, volvió sus miras contra Génova, república que reconocia el protectorado de la España. Bajo pretextos poco dignos de un gran rey envió contra aquella ciudad una escuadra al mando de Duquesne, quien la hizo disparar mas de trece mil bombas, y no pudo obtener su sumision. Ardian unos edificios, venian abajo otros con estruendo, pero guiados por Doria los genoveses resistieron heroicamente, y la escuadra enemiga se retiró desairada, con la vergüenza de haber cometido sus gefes una inútil barbarie. Sin embargo, en el senado de la república, para impedir un nuevo acto de vandalismo de parte del francés, prevaleció la opinion de que el dux fuéase á París, para contentar con este homenaje la pueril vanidad de Luis XIV. Entretanto continuaba la córte de Madrid ocupada en intrigas de antecámara. La reina jóven, descontenta de su camarera, encontraba mil dificultades para reemplazarla dignamente. La indolencia del duque de Medinaceli se iba haciendo proverbial. Causaba la peste grandes estragos en Córdoba, Granada, Sevilla, y gran parte de la Extremadura. La pública miseria empezaba á hacerse sentir de las mismas clases elevadas. Cierta dia, asustado el confesor del rey con los públicos clamores, negó la absolucion á su regio penitente hasta que pusiese remedio á los desórdenes que en la administracion pública causaba la desidia de Medinaceli. Conster-

nado el monarca lo contó al mismo ministro acusado. Poco trabajo le costó á éste persuadir al rey que el confesor, por espíritu de intriga, se mezclaba en cosas que no le incumbían. El confesor fué separado. Y como él y la camarera de la reina se sostenían mutuamente, á su caída siguió la de ésta, á quien reemplazó la duquesa de Alburquerque. No duró mucho el triunfo de Medinaceli. Las aduanas no rendían; los impuestos ni aun á medias se cobraban; vendíanse los empleos, pero á precio vil, porque los sueldos no se pagaban; instaban á todas horas los acreedores del estado: en fin la reina viuda, que hasta entonces habia protegido al ministro, abandonábalé ya á su suerte, visto que era tan tan pobre su habilidad que aun á ella la dejaba sin cobrar sus asignaciones.

Viendo Medinaceli la tempestad que sobre su cabeza se formaba, conjuróla en 1685 haciendo dimision de su destino. Sucediéronle el conde de Oropesa, hombre de integridad reconocida, y el marqués de los Vélez, hábil hacendista. Dedicáronse ambos á reformar los gastos, á suprimir destinos, á rebajar los sueldos y á anular las pensiones que de una manera escandalosa habian sido prodigadas. En órden á los aranceles encontraron un completo desórden, y dedicáronse á fijar la clase de mercaderías que no debia admitirse en el reino, y publicaron sabios reglamentos, para favorecer el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio. Solo á una cosa no se atrevieron, y fué á proponer economías en los gastos inmensos de la casa real. Al propio tiempo enviaron instrucciones á los diplomáticos españoles cerca de las córtés extranjeras para que hiciesen entender lo mucho que convenia formar una liga para hacer frente á la tiránica dominacion de la Francia. De ello esta-

ban convencidas todas las potencias del continente. Pero la Inglaterra, nó por la voluntad de los ingleses y de su parlamento, sino por la de su monarca, que recibia una subvencion de Luis XIV, giraba en el sistema político á manera de un satélite de la Francia. Acababa de morir Cárlos II y hábale sucedido su hermano con el nombre de Jacobo II. El duque de Monmouth, hijo natural del difunto rey, se sublevó y llegó á reunir cinco mil hombres. Perdida una batalla, cayó en manos de los que le perseguian; y sin compasion hizole decapitar su mismo tio.

El ministro español residente en Lóndres procuró rodear al nuevo rey y hacerle entender cuán peligrosa era para su propio reino la dominacion absoluta de la Francia, pero daba respuestas evasivas. Otro tanto hacia la Holanda cuando se la tocaba la misma cuerda. El papa, enemistado con la córte de Versalles por diferencias concernientes á las regalías de la corona, entró mas fácilmente en los planes de los diplomáticos españoles. El imperio, la Suecia, la Baviera y otros estados de Alemania los secundaron igualmente, y en 29 de junio de 1686 se formó la liga llamada de Ausburgo, que por entonces fué secreta. Imperiosa y sañuda seguia mostrándose la Francia. En cumplimiento de los reglamentos de hacienda habian sido presos y castigados dentro de las fronteras de España algunos contrabandistas franceses que querian vender por entonces á escondidas lo que ántes públicamente: al momento Luis XIV hizo reclamar su libertad y la devolucion de lo que les habia sido confiscado; satisfaccion extraña y degradante que le fué negada. Entonces la escuadra francesa, poniendo en uso de potencia á potencia unos procedimientos hasta entonces solo conocidos en la piratería, se presentó delante de Cádiz, apresó dos galeones,

y amenazando con el bombardeo, exigió de la ciudad medio millon de escudos para indemnizar á aquellos contrabandistas. Y la nacion española y su gobierno callaron y sufrieron. El imperio no podia á la sazón favorecer á la España, ántes necesitaba auxilios para oponerse á la Turquía. Con efecto, la reconquista de la plaza de Buda en la Hungría habia costado á los imperiales, mandados por el duque de Lorena, mucho tiempo y sangre. Carlos II no podia mirar con indiferencia la suerte del imperio, de quien tenia esperanza de recibir mas adelante eficaces auxilios. Desde las reconvenções de su confesor habia el rey cambiado enteramente. Dedicábase ahora con asiduidad á los negocios, animado de los mejores deseos: pero su débil cabeza no le permitia hacer sobre ellos ninguna observacion profunda, y su voluntad carecia de la fortaleza necesaria para llevar adelante la extirpacion de unos males inveterados.

CAPITULO XXXI. — Los nuevos ministros. Muere la reina sin sucesion. Cásase nuevamente el rey. No cesa la guerra con Francia. Años de 1687 á 1689.

No obstante, entrado su gobierno en el buen sendero, perseveraba en él á pesar de las desgracias que afligian á la monarquía. Mas de treinta mil personas sepultadas en Nápoles entre ruinas por los terremotos; Lima y otras poblaciones de la América meridional destruidas por la misma causa; acometidas serias de los moros en las posesiones de África, principalmente en Oran, en donde armaron una emboscada al gobernador, en la que, hecha una salida y peleando valerosamente, pereció él con la mayor parte de la guarnicion: circunstancias eran estas capaces de desalentar á los gobernantes; pero Oropesa y Vélez imperturbables no cejaron en la marcha emprendida. Lograron en 1687 que el duque de

Saboya se declarase á favor de la liga de Ausburgo. El imperio acababa de alcanzar un triunfo señalado contra Soliman en la batalla de Darda ó Mohari, y abierto nuevo camino de seguridad para el porvenir, podia ya dirigir parte de su atencion contra la Francia. Habia esta potencia investigado el secreto de Ausburgo, y se preparaba para una nueva guerra.

Deseábala ardientemente el príncipe de Orange para que ocupada con otros enemigos no pudiese Francia oponerse á los grandes designios que él tenia. Habia su padre contraido matrimonio con la hija de Cárlos I de Inglaterra, de cuyo matrimonio nació él. Ocupaba el trono de Inglaterra Jacobo II con cuya hija habia casado el príncipe. El yerno ambicionaba para su mujer y para sí la corona del suegro. Sabia que el parlamento y en general todos los protestantes estaban descontentos de Jacobo, ya porque era católico, ya tambien porque carecia de aquel carácter de grandeza que obliga á los súbditos á acallar sus quejas. General fué la conjuracion en favor suyo. Armada una fuerte escuadra con catorce mil hombres desembarcó en Torbai y nadie le opuso resistencia. Jacobo solo trató de salvar la vida, nó el honor ni la corona, y fué á buscar en Francia un asilo. El parlamento y la Inglaterra con él declaró roto el pacto entre el monarca y sus súbditos, y vacante el trono: consumóse sin derramamiento de sangre una revolucion de consecuencias las mas trascendentales. Las discusiones del parlamento inglés, á manera de cátedra inmensa de derecho público, fueron oidas de toda la Europa y dejaron sembrados en los ánimos unos principios cuyo desarrollo mas adelante advertiremos. Luis XIV ya en los principios de 1668 habia descubierto los planes del príncipe de Orange y avisado á Jacobo II: mas el monarca inglés se sonrió con desprecio y esta

sonrisa le costó un trono. El imperio todavía ocupado en acorralar á los turcos á quienes nuevamente habian derrotado sus tropas en la Bosnia, y además dedicado á preparativos hechos en las márgenes del Rhin para acometer á la Francia, quedó lleno de asombro al saber tan gran novedad, mas no hizo oposicion á ella. La España, que habia enviado embajadores á Cromwell, ni mas ni ménos que á Carlos II, no hizo caso del cambio, y continuó tambien por su parte los preparativos contra el francés. Hacíalos principalmente en Cataluña. Incesantemente se enviaban fuerzas á esta provincia, y como en continuo tránsito de tropa es imposible contener todos los excesos, fué necesario enviar allá de virey al conde de Melgar, hombre conciliador y prudente que calmó la irritacion que volvia á apuntar entre los catalanes por algunas demasías del soldado. No esperó el rey de Francia á que le declarasen la guerra: en 3 de diciembre de 1688 declaróla á la Holanda. En pocos dias sus tropas tomaron la plaza de Filisburgo, y luego se hicieron dueñas de Manhein, Spira, Squirá, Wormes, Oppenheim, Tréveris y Frankendal.

En 12 de febrero de 1689 murió sin sucesion la reina de España doña María Luisa. En 15 de junio casó de nuevo Carlos II por poderes con María Ana hija del elector palatino. A fines de enero habia ya la dieta de Ratisbona declarado á Luis XIV enemigo, no solo del imperio, sino tambien de la cristiandad, por haber dado auxilio al turco. Por marzo, pedidas ántes sobre el movimiento de tropas en Cataluña explicaciones que le fueron negadas, la Francia declaró la guerra á la España. Habíase el monarca francés preparado por mar y por tierra. Una escuadra suya sostuvo ventajosamente con la inglesa un reñido encuentro,

hizo en Irlanda un desembarco de tropas para armar á los partidarios de Jacobo , y á la vuelta , junto á Ouessant, apresó diez naves holandesas. Su ejército de Flandes, puesto al mando de Humieres, no fué muy feliz. En Bossu y en Gerpines tuvo dos encuentros con los aliados, y de ambos salió muy mal parado. En Cataluña redújose toda la campaña á la toma y á la reconquista de una plaza. El duque de Noalles á la cabeza de un ejército francés se encaminó contra Camprodon ; y hecha poca defensa el gobernador del castillo le rindió. Esto sucedió por mayo. Entrado el mes de junio , púsose en movimiento al mando de Conflans y de Villahermosa un ejército español compuesto de diez y seis mil infantes y cinco mil caballos. Viéndose inferior Noalles, se fué retirando al Rosellon , y los españoles se dirigieron hácia Camprodon para reconquistar el pueblo y el castillo. Noalles, reunidos presurosamente diez mil quinientos hombres y siete cañones , acudió á su socorro. Salidas vigorosas pero sin fruto hizo el gobernador de la plaza ; el campo español presentaba á los sitiados un buen atrincheramiento artístico ; y contra Noalles dábale una natural y profunda trinchera la corriente impetuosa del Ter que á los dos ejércitos separaba. Sin embargo , dió el francés una recia acometida , pero en ella perdió ochocientos hombres y no pudo romper la línea. Entonces de concierto con el gobernador de la plaza , dejando minadas las fortificaciones y la mecha encendida, retiráronse de noche los franceses, abandonando todo cuanto no pudieron recoger con premura. Al amanecer habian ya volado las minas , y desde el campo español continuaban todavía disparando contra la plaza : con tanto sigilo ejecutó Noalles su retirada. Por este mismo tiempo, algunos esfuerzos de los moros para hacerse dueños

de las fortalezas españolas en África solo sirvieron para dar gloria á las guarniciones de Melilla y de Alarache que los escarmentaron. En particular los defensores de esta última plaza se hicieron dignos de recordacion por haber resistido á mas de diez y seis mil hombres, con que por mar y por tierra los acometió el mismo rey de Fez secretamente instigado por la Francia. Grandes preparativos hacia esta potencia para la próxima campaña, interesado Luis en dar realce á las armas de su nacion que este año no habian salido muy airosas. Organizaba cinco grandes ejércitos: uno destinado á las márgenes del Rhin, otro á Flandes dirigido por el general de Luxemburgo; el tercero al Rosellon reforzando el de Noalles; el cuarto al mando de Catinat, destinado contra el duque de Saboya; y en fin el quinto, mandado por Boufflers, á las márgenes del Mosela, para tener á raya al elector de Brøndemburgo. Aliados y franceses hacian al propio tiempo considerables armamentos navales; de suerte que todo presagiaba una récia campaña.

En Roma, á Inocencio XI sucedió en el pontificado Alejandro VIII.

CAPITULO XXXII. — Campaña de Flandes. Llega la nueva reina á Madrid. Rendicion de Urgel. Sitio de Mons. Fiestas en Madrid. Años de 1690 y 1691.

El mariscal de Luxemburgo pasó el Sambra, y en Fleurus, á primero de julio de 1690, avistó á los aliados que venian contra él mandados por el príncipe de Valdeck. La posicion de éste era excelente. Para acometer su derecha debian los franceses dar un gran rodeo exponiéndose á ser separados: por esto descuidó el príncipe esta ala, y llevó toda su atencion sobre su centro y su izquierda. Por el contrario los franceses dirigieron su empeño contra el ala que

él juzgaba inatacable , y fácilmente la rompieron y dispersaron. En la otra estuvo algun tiempo indecisa la victoria , pues la caballería española contuvo muchas veces el ímpetu de los franceses y aun les cortó una division entera ; pero reforzados éstos , tuvo que retirarse. La infantería , que formaba el cento de los aliados , aunque envuelta enteramente , trazó el cuadro y se defendió con una obstinacion pocas veces vista ; ni las cargas de la caballería enemiga , ni la metralla que la acribillaba , ni las acometidas de la infantería francesa , alentada con la victoria de las alas , pudieron nada contra aquel baluarte viviente : solo la muerte pudo derribarle , pues todos los que le formaban , ménos ochocientos , perecieron. Catorce mil hombres perdieron los franceses , entre ellos cuatro mil prisioneros , que fuéron cortados por la caballería de los aliados. Estos tuvieron seis mil muertos , siete mil prisioneros y gran número de heridos , y dejaron en poder del enemigo toda la artillería y un material considerable. Rehiciéronse los aliados á una legua de Bruselas , y se pusieron de nuevo en campaña : tambien tuvo necesidad de rehacerse el francés , mas no se atrevió á dar nueva batalla , y dedicóse á talar los campos , á romper las esclusas para inundarlos , y arruinar bárbaramente el país. Los mismos y aun mayores excesos cometieron los ejércitos franceses en las márgenes del Mosela y en Alemania : mas de cincuenta pueblos redujeron á cenizas en Colonia. En los estados del duque de Saboya el general francés Catinat tomó por asalto las plazas de Cahors y de Rumilli , entró sin resistencia en Chamberi y en Ancecy , y puso sitio á la de Saluces. Acudió el saboyano con los refuerzos de España y Austria recibidos , entre ellos cuatro mil alemanes mandados por él despues tan famoso príncipe Eugenio :

pero Calinat le derrotó en las lagunas de Stafarde , haciéndole perder cuatro mil hombres y la artillería. Saluces , Villafranca y otras plazas abrieron sus puertas al vencedor. El gobernador de Milan envió cuatro mil hombres al vencido , y los alemanes siete mil , de modo que á poco se puso nuevamente en campaña con veinte mil hombres. Mas no pudo impedir que Catinat entregase al saqueo y á las llamas los pueblos de Azcui , Borjes , Bibiana y Lucerna , y se apoderase en fin de la plaza de Suza ocupando toda la Saboya ménos la ciudad de Montmelliant. Visto se está que este año tenian todos los generales franceses órden de adoptar medidas atroces , y que por tanto , obrando con ferocidad , eran instrumentos , nó de su propia ira , sino de la barbarie de su gobierno. En Cataluña se limitaron sus tropas á entrar en San Juan de las Abadesas , en Ripoll y otros seis pueblos ; y en exigir ruinosas contribuciones de los del llano de Vich : mas luego que acudió contra ellos el duque de Villahermosa con doce mil hombres , huyeron de empeñar una accion general y se retiraron. Por mar cerca de Dieppe los franceses derrotaron á los holandeses ; pero Luis XIV tuvo el dolor de ver de nuevo fugitivo en Francia á Jacobo II , que acababa de ser vencido en Irlanda. Entretanto los pueblos de la península se entregaban á las fiestas y regocijos por el matrimonio real : la nueva reina habia desembarcado en el Ferrol ; y en 22 de mayo , ratificada ántes la boda celebrada el año anterior por poderes , hizo en Madrid una entrada triunfal.

Recientes todavía estos motivos de alegría , llegaron á la córte noticias alarmantes del principado , pues Noalles , situado en Mont Luis , habia enviado una division para sitiarse la plaza de Urgel y menazaba el reino de Aragon , pa-

sando por la alta Cataluña. El nuevo virey , duque de Medina Sidonia , pedia incesantemente tropas y auxilios para oponerse al francés. No pudo evitar que Urgel se rindiese en 9 de junio de 1691 , y que muchas partidas enemigas se derramasen por Aragon , haciendo estragos en los pueblos. Por último , reforzado convenientemente , por medio de un amago que hizo contra el Rosellon , obligó al francés á revolver sobre sí y juntar sus partidas. Continuaba Luis XIV dando á sus generales orden de hacer la guerra con furor salvaje , para que sufriendo grandes calamidades los pueblos de los aliados clamasen por la paz. La escuadra francesa recibió este año orden de bombardear , no de combatir. Hizo estragos en la ciudad de Barcelona , en donde arrojó mas de ochocientas bombas , casi todas de dos quintales , que arruinaron mas de cien casas. Siguiendo la costa , hizo lo mismo en Alicante. Pero cuando avistó la escuadra española , que contra ella hacia rumbo , no quiso esperarla y huyó vergonzosamente. En Flandes era donde se daban los golpes mas ruidosos. El príncipe de Orange , ya Guillermo de Inglaterra , habia pasado al Haya para dirigir la guerra contra los franceses. Estos hacian grandes esfuerzos para apoderarse de la plaza de Mons , que defendia el príncipe de Berghes , con una guarnicion decidida. Abierta trinchera y colocadas las baterías , los sitiadores disparaban incesantemente contra la plaza. De noche ofrecian un triste y miserable espectáculo las llamas que devoraban los edificios públicos. Sin embargo los franceses , con alegría salvaje , al amanecer se acercaban á la ciudad , y al son de las músicas militares celebraban aquel estrago. Y luego , continuando el fuego , no solo bombas disparaban , sino balas rojas , de suerte que la ciudad se veia arder por

muchas partes. Defendióse la guarnicion todo quanto le fué posible , rechazó muchas acometidas , y únicamente cuando la poblacion ya solo presentaba escombros y sus defensas se desplomaban por todas partes , capituló obteniendo todos los honores de la guerra. Adelantábase Guillermo á su socorro con un ejército numeroso , mas no llegó á tiempo , y poco despues , dejando el mando al príncipe de Valdeck , volvióse á Inglaterra. El mariscal de Luxemburgo ocupada la plaza de Hall , tuvo en 18 de setiembre un encuentro con la retaguardia de Valdeck , mas no fué accion general como suponen algunos historiadores , ni salieron los franceses bien librados de la escaramuza. En las márgenes del Rhin , ocupados los imperiales en la guerra con los turcos , á quienes vencieron nuevamente en la batalla de Baden , no pudieron oponer grandes fuerzas á los franceses ni impedir que viviesen á costa del país y le devastasen. En el Piamonte apoderóse Catinat de Benasque , Savigliana , Villafranca , Niza y su ciudadela , de Lucerna , y en fin de Villainé y Carmañola. Contra la plaza de Coni se estrelló , pues el príncipe Eugenio le hizo levantar vergonzosamente el sitio. España y Alemania habian enviado considerables socorros al duque de Saboya , de manera que pudo juntar cuarenta y cinco mil hombres , con los que recobró la plaza de Carmañola , y obligó al francés á abandonar las de Sosano , Savigliana y Saluces , mas no pudo impedir que Catinat y Hoguelette se hiciesen dueños de la ciudad y del castillo de Montmelliant. Por este tiempo Luis escribió al saboyano invitándole á hacer con él la paz , ya que tan mal le habia ido con la guerra ; mas el duque le respondió que habia dado su palabra á los aliados , y la sostendria sea cual fuere el resultado de la lucha. La córte

española, sin hacer caso de los azares de la guerra que habian sido favorables á la Francia, se entregaba nuevamente á las diversiones y á las fiestas. Los ministros no se habian atrevido á poner el dedo en la verdadera llaga del estado. La hacienda pública no podia prosperar sin que el monarca arreglase sus gastos á un presupuesto: pero la casa real era un torrente de liberalidades que á uno y otro lado repartia pensiones y donativos; dejando al poco tiempo enjuto un cauce que podia haber hecho producir grandes frutos en el reino. Al conde de Oropesa sucedió en la administracion el de Melgar: fué cambiar un nombre, porque ni la prudencia ni la honradez no bastaban si antes no se tomaba aquella resolucion atrevida. Este año las noticias marítimas anduvieron mezcladas de alegría, y de tristeza, condicion comun de los humanos sucesos. La guarnicion de Ceuta en pocos dias apresó á los franceses tres fragatas con seiscientos cuarenta mil reales y otros socorros destinados á los moros; la de San Sebastian, en una salida en corso, les apresó tres navíos y dos fragatas de guerra; las galeras de Nápoles, un navío y dos tartanas; en la isla Española en fin no solo fueron rechazadas las acometidas de los franceses, sino que sufrieron una completa derrota, y fueron puestos á contribucion los pueblos que de ellos dependian. Pero gran parte de la flota que venia de las Indias se perdió, quedando sepultados en el mar ocho millones. En Roma, muerto Alejandro VIII, le sucedió Inocencio XII.

CAPITULO XXXIII.—Campanas de 1692 y 1693.

Superiores á los de los años anteriores habian sido los preparativos para la campaña de 1692. El ejército francés de Flandes, mandado por el mismo Luis XIV, acometió

la plaza de Namur , y la rindió , y al poco tiempo su castillo. Obtenida esta ventaja , el mariscal de Luxemburgo se puso en movimiento con un numeroso ejército en busca de Guillermo , que nuevamente estaba á la cabeza de las tropas de los aliados. Entre Steinkerque y la calzada que conduce á Warette vinieron á las manos. El terreno es muy quebrado , por cuyo motivo tuvo la batalla grandes alternativas , pues era cada barranco una nueva trinchera que debian asaltar los que avanzaban. Siete horas duró la accion , y siempre con el mayor empeño. Los dos ejércitos se atribuyeron la victoria. Expuestos los franceses desde el principio á un vivísimo fuego de metralla , y no pudiendo hacer jugar su artillería hasta el fin de la jornada , tuvieron mayor pérdida material , á saber , cerca de diez mil hombres muertos ó heridos y un gran número de prisioneros. Solo seis mil hombres perdieron los aliados , pero replegáronse , dejando en poder del enemigo diez cañones. Guillermo se apoderó despues de Furnes y de Dixmuda sin que bastasen los franceses á impedirselo , y cubrió la plaza de Charleroi que ellos amenazaban. Contraria suerte tuvo el ejército imperial de las márgenes del Rhin. Sufrió una derrota en Spirebach , y no pudo impedir que se apoderase el enemigo de Phorshein , hiciese levantar el sitio que las tropas de Hesse tenian puesto á Hebernbourg , y devastase el Palatinado. En cambio prosperaron en Italia las armas de los aliados. Destinó el duque de Saboya diez y seis mil hombres para observar á Catinat y contenerle , y de sus restantes tropas formó dos cuerpos para caer con ellos sobre el Delfinado. Apoderóse á viva fuerza de la plaza de Guillestro y de la de Embrun , dió al saqueo la de Gap , que encontró abandonada , é hizo sentir á muchos pueblos re-

presalias crueles por el trato que daban los franceses á los del Palatinado. En Cataluña y en el Rosellon continuaban haciéndose la guerra el duque de Medina Sidonia y el de Noalles. Hizo el español un amago para entrar en el Rosellon, mas se detuvo en la frontera, teniendo sin duda orden de no aventurar el último ejército que cubria la península, y el de Noalles no pudo internarse en el principado por haber sido enviado al Delfinado parte de su ejército. Crecidos gastos habia hecho este año el rey de Francia para equipar una numerosa escuadra destinada á amenazar las costas de la Inglaterra, y á escoltar el transporte de un ejército expedicionario en el que debia ir Jacobo II en persona. Pero en La Hogue los ingleses y holandeses, juntadas fuerzas navales casi dobles, en 29 de mayo derrotaron completamente á la flota francesa, haciéndola perder el imperio del mar que por espacio de algunos años, por medio de repetidos triunfos, habian conquistado Duquesne y Tourville. Desde esta famosa batalla naval, á nadie ha cedido la Inglaterra el predominio que adquirió en los mares. Andaba entretanto solícito el gobierno español buscando recursos para hacer frente á los gastos que tantos ejércitos ocasionaban. Circulaba ya por la córte en voz baja, y muy luego de vecino á vecino llegó hasta las extremidades del reino, una noticia muy triste para el porvenir: desconfiábase enteramente de que Cárlos II tuviese sucesion; y sobre los desastres de una guerra de nacion á nacion, las pasiones y los opuestos intereses preparaban otra mas fatal y deplorable, la civil. El elector de Baviera, el archiduque Cárlos, y en acecho el monarca francés recibian diariamente noticias recónditas del palacio de Madrid, y se preparaban para hacer valer sus pretensiones.

El francés deseaba además vengar en 1693 la rota de La Hogue y la devastacion del Delfinado: reforzó pues con actividad extraordinaria sus ejércitos y sus escuadras. El de Noalles acometió en Cataluña la plaza de Rosas, mientras por mar la bloqueaba Etrées, y en pocos dias se hizo dueño de ella y de su castillo. Nada emprendió contra él el duque de Medina Sidonia, á pesar de que contaba con fuerzas superiores, y le dejó volverse tranquilo y victorioso al Rosellon. En Flandes continuaba aumentando su celebridad el mariscal de Luxemburgo. Púsose sobre la plaza de Huy, y la rindió; la misma suerte tuvo la de Picard. Guillermo en tanto ponía á contribucion algunos pueblos del Artois. Para atraerle á un encuentro, dirigióse el mariscal contra la plaza de Lieja. Acudió Guillermo, y avistáronse los dos ejércitos en Nerwinda, en donde se dieron una de las mas sangrientas batallas de esta guerra. El pueblo de Nerwinda fué distintas veces tomado y recobrado con un encarnizamiento poco comun; hiciéronse en él prodigios de valor, y si al cabo los franceses lograron su posesion completa, nó á su valor sino á su grande superioridad numérica lo debieron. Perdido el pueblo, aunque resistieron todavía los aliados, y en particular una de sus alas en que la caballería española contuvo constantemente al enemigo, dió Guillermo la órden de retirada. Casi toda la artillería y un material considerable cogieron los franceses, pero nunca les fué posible romper á Guillermo en su habilísima retirada, ni aun hacérsela precipitar. La pérdida en hombres fué casi igual por ambas partes, pero al poco tiempo consiguieron los franceses como fruto de la victoria la toma de Charleroi. El ejército francés de las márgenes del Rhin solo se dedicó á la toma de la plaza de Heidelberg, y luego á devastar el país, segun lo tenia

ya por costumbre. En el Piamonte, los dos ejércitos, el aliado y el francés, habian sido reforzados con tiempo. El de Saboya hizose dueño de varios fuertes, San Jorge entre ellos, Mirándola y Turine, mas no pudo recobrar la plaza de Piñerol aunque hizo disparar contra ella mas de cuatro mil balas y otras tantas bombas, pues acudiendo Catinat al socorro de los sitiados, entré Marsalla y Chisona derrotó al saboyano, cogiéndole veinte y cuatro cañones, mas de cien estandartes y banderas y muchos prisioneros. Siete mil hombres entre muertos y heridos perdió el francés en esta sangrienta jornada. La ventaja que obtuvo fué la conservacion de la plaza de Piñerol y poner por algun tiempo á contribucion casi todo el Piamonte. Pero al fin de la campaña, incesantemente hostigado por el paisanaje, con quien le habian enemistado sus tropelfas, se retiró á Brianzon. La escuadra francesa apresó á la sazón gran número de naves mercantes inglesas y holandesas, parte de un convoy procedente de Indias y cuyo valor fué calculado en treinta y seis millones de libras esterlinas. Desbarató además por entonces una expedicion que preparaban los ingleses contra la Francia. Deseando vengarse, bombardeó el inglés la plaza de San Maló. En las Indias los holandeses arrojaron de Pondichery á los franceses. En África Luis XIV continuaba animando á los moros y auxiliándolos para que acometiesen las plazas españolas. Con veinte mil caballos y seiscientos camellos se pusieron los de Mequinez sobre la plaza de Oran, y á pesar de las descargas de metralla que recibian á cuerpo descubierto, llegaron hasta el foso. Solo despues de perdidos cuatro mil de su gente se retiraron desbandados. Calamidades de otro género tuvo que deplorar la España. Ciento cincuenta mil habitantes perecieron en los

terremotos de Sicilia desde el 9 al 20 de enero. Siracusa, Noto, Catana, ciento cuarenta pueblos y siete ciudades quedaron casi reducidos á escombros. En Méjico sublevaronse con furor ciego los indios, y quemaron varios edificios, por una imprudente medida del virey que les prohibió hacer uso del pulche, que era su bebida favorita: revocado el edicto se apaciguó el tumulto. Madrid continuaba siendo el centro de grandes intrigas. Los cardenales Portocarrero y Córdoba, el conde de Aguilar y el marqués de Villafranca trabajaban para que el rey eligiese por heredero al hijo segundo del emperador; la reina madre y Oropesa opinaban en favor del elector de Baviera; y algunos intrigaban ya secretamente para que recayese la herencia en algun individuo de la casa real de Francia.

CAPÍTULO XXXIV. — Los franceses se apoderan de Gerona. Venta de destinos públicos.

Envia el frances refuerzos á su ejército de Cataluña. Años de 1694 á 1696.

Era esta circunstancia un poderoso incentivo para que Luis XIV hiciese con mas vigor la guerra en la península. Así tendria puesto ya un pié en el trono que tanto codiciaba. Reforzó el ejército de Noalles hasta hacerle constar de treinta mil hombres, los seis mil de caballería, los cuales en 15 de mayo de 1694 se pusieron en movimiento por la Junquera. Desde Perpiñan habia Noalles enviado gruesa artillería y morteros á Rosas, y él mismo pasó á este punto en donde se avistó con Tourville que mandaba la escuadra. Diez y nueve mil hombres, los cuatro mil de caballería, le opuso el duque de Escalona en las márgenes del Ter, mas no pudo impedirle el paso, y aun el ejército español hubiera sido enteramente destruido si la caballería no hubiese cubierto denodadamente su retirada. A pesar de esto perdió

en la acción tres mil hombres , los pertrechos y el bagaje. Noalles, de concierto con Tourville , dirigióse contra Palamós , plaza que era entonces mas importante que en el dia, y en donde se habia encerrado una guarnicion de tres mil hombres. La poblacion fué tomada por asalto y pasada á cuchillo. La guarnicion, retirada en el fuerte, capituló. Encaminóse luego el francés contra Gerona. No la acometió esta vez por la parte del llano , sino por los fuertes que cubren su parte alta. En 22 de junio fué tomado el fuerte de Capuchinos , y en seguida acometidos los del Calvario y Condestable , y abierto un gran boquete en la muralla. Desde Palamós habia Noalles hecho correr la voz de que iba contra Barcelona , de manera que Escalona destinó sus mejores tropas y gefes para defenderla , y dejó descuidada la plaza de Gerona. Además , los naturales de esta ciudad creían imposible una acometida por la parte alta de la misma. Y si á esto se agrega la cobardía del gobernador que en ella mandaba , no se extrañará que capitulase á pesar de los deseos de la poblacion. Tan opuesta estaba ésta á rendirse , que cuatro mil de sus habitantes , armados para defenderla , prefirieron abandonar la ciudad y salir á campaña, ántes que quedarse bajo la obediencia del enemigo. Agradablemente sorprendido quedó Luis XIV con esta inesperada nueva , y al momento envió á Noalles el título de virey de Cataluña. Al contrario decayeron mucho de ánimo los catalanes. Dirigióse el francés contra Hostalrich , y sin oponerle la menor resistencia rindiéronse amedrentados sus defensores. Lo mismo hicieron los de Corbera y Castellfolit , como si la pérdida de Gerona hubiese llenado de un pánico terror á los españoles. En vano hizo su general un esfuerzo para recobrar la plaza de Hostalrich , pues bastó la aproximacion

de las tropas francesas para ahuyentarle. Sin duda Noailles hubiera en aquellos dias caído sobre Barcelona, mas supo que la escuadra aliada habia impedido á la francesa acercarse á ella, y abandonó por entonces el proyecto. En Flandes pasaban los ejércitos el tiempo en continuos movimientos, marchas y contramarchas, pero tan activamente ejecutadas y con tanto acierto conducidas, que ni Guillermo pudo coger en el mas leve descuido á los franceses, ni el mariscal de Luxemburgo aprovecharse de ningun mal paso dado por los aliados. En el Rhin no hubo mas que un encuentro que fué favorable á los franceses. En el Piamonte, el duque de Saboya, á pesar de que mandaba cuarenta mil hombres, y de que Catinat tenia fuerzas muy inferiores, no hizo cosa de provecho, meditando ya sin duda en sus adentros las condiciones de una nueva alianza con la Francia. No descuidaba esta potencia el facilitar cada año nuevos auxilios á los moros, de suerte que pusieron sitio á las plazas de Ceuta y de Melilla; pero encontraron en ellas gobernadores dignos del puesto que ocupaban. No fueron felices los ingleses en un desembarco que probaron contra la Bretaña francesa, y tuvieron que retirarse descalabrados. En su retirada, al pasar frente de alguna ciudad francesa, la bombardeaban.

Alarmada la córte de Madrid con las pérdidas en Cataluña sufridas, afanábase por reunir gentes y dinero. Recurrió á los empréstitos y solo obtuvo insignificantes socorros. Vendió el empleo de virey de Méjico y lo mismo el del Perú por cinco millones de reales cada uno; camino abierto para la venta de destinos menores, que duró mucho tiempo. Exigió de los grandes que mantuviesen en campaña cien hombres cada uno, que era volver á los tiempos feudales, y los ca-

balleros uno. Pidió socorros á los aliados, y le prometieron quince mil hombres los alemanes, y tres mil Guillermo. Podía con estos refuerzos prometerse algun resultado, porque el ejército francés tuvo á principios de 1695 unas pérdidas que difícilmente se rehacen. El célebre mariscal de Luxemburgo, rival de Condé y de Turena en la fama, murió en 4 de enero. Noalles, por graves enfermedades, tuvo que retirarse del servicio. A éste sucedió el duque de Vendoma, contra quien envió el gobierno español al marqués de Castañaga. Procuró éste animar al paisanaje para emprender la guerra de guerrillas, que siempre fué fatal á los franceses, y puso cerco á las plazas de Castellfolit y Hostalrich. Acudiendo Vendoma, le obligó á levantar el sitio despues de un reñido combate, y demolió las fortificaciones de aquellas plazas, y además las de Palamós que dudaba poder defender, teniendo el español en su ayuda á la escuadra aliada que apareció por aquellas aguas en busca de la francesa. En el Océano, otra escuadra de los aliados daba á conocer á los habitantes de algunas ciudades marítimas francesas que los bombardeos que años ántes habia hecho ejecutar Luis XIV caian ahora de rechazo sobre sus mismos súbditos. En Flandes, al mariscal de Luxemburgo habia sucedido Villeroy en el mando del ejército francés, quien por falta de refuerzos hubo de guardar la defensiva, y no pudo impedir que Guillermo cayese sobre Namur, de cuya plaza y castillo se apoderó despues de una vigorosa defensa, encontrando en ella ciento veinte cañones, ocho morteros y muchos pertrechos. En vano para llamar la atencion de los aliados se puso Villeroy sobre Bruselas, y disparó contra ella tres mil bombas y mil doscientas balas rojas, pues hubo de retirarse, y únicamente le quedó el bárbaro placer de

haber destruido y reducido á cenizas muchos edificios. Solo algunas escaramuzas dieron por resultado los movimientos de los ejércitos del Rhin. En el Piamonte, contenido el duque de Saboya por la presencia de seis mil alemanes y otros tantos españoles que en su ejército contaba, no se atrevia á declararse abiertamente á favor de la Francia, y obtuvo la rendicion de la plaza de Casal con la condicion, ántes ya sabida, de entregarla al duque de Mantua. Entretanto los moros, sin arredrarles el estrago que en sus desordenadas huestes hacia la metralla, continuaban estrechando las plazas de Ceuta y de Melilla y dándolas repetidos asaltos: cansados al fin de perder tanta gente, convirtieron las acometidas en un bloqueo.

En 1696 manifestó claramente el duque de Saboya sus intentos. Convino en dar su hija en matrimonio al duque de Borgoña, y apartándose de los aliados, firmó paz con los franceses, y aun los auxilió hasta obtener la neutralidad de la Italia. Este pensamiento feliz mereció el asentimiento de todos los príncipes de Italia, cansados ya de la guerra. La alianza se iba desmoronando. Los ejércitos franceses de Flandes y del Rhin habian tomado posiciones para conservar la defensiva, y sin embargo que sus enemigos eran numerosos, no se atrevieron á acometerlos. Unicamente en la península queria Luis XIV tomar la ofensiva, porque veia acercarse por momentos la crisis que habia columbrado, y de la que esperaba sacar partido. Reforzó el ejército de Vendoma haciendo entrar en Cataluña hasta veinte y ocho batallones, treinta escuadrones y mucha gruesa artillería. Los socorros que de sus aliados habia obtenido en España estaban á las órdenes del príncipe Darmstad. A los migueletes catalanes habia Vendoma opuesto otros franceses, que organizó en

poco tiempo. Cerca de Hostalrich se abrió la campaña con un encuentro favorable á los franceses. Adelantáronse estos hasta el Tordera, y aun sus avanzadas llegaron hasta Calella, pero despues, faltos de víveres, retrocedieron á Vidreres y Gerona, y por último al pié de los Pirineos. Esperaba Vendoma la escuadra que debia traerle socorros, y secundar un movimiento contra Barcelona, mas no habiéndola avistado, tuvo que abandonar el plan contra aquella capital como habia sucedido ya dos años ántes. Además algunas galeras españolas se habian apoderado de muchas barcas francesas cargadas de municiones para Vendoma, sin las cuales no pudo hacer nada. Vengóse exigiendo veinte mil escudos de los pueblos de San Felío de Guixols, Tossa y Lloret, porque no le avisaron que por aquellas aguas andaban las galeras. Ceuta y Melilla se vieron por algun tiempo libres de los moros que las sitiaban, quienes no cedieron de su empeño hasta que en las muchas acometidas hubieron perdido quince mil hombres. Una ceguedad que tan cara les costaba hizo creer que tenian secreto tratado con alguna potencia que les obligaba á no desistir de aquel intento. En 16 de mayo murió la reina madre á la edad de setenta y un años. Por setiembre los temores que la salud de su hijo inspiraba tuvieron en consternacion á la España entera. Recibió Carlos II el Viático, parece que firmó testamento nombrando por sucesor al hijo del elector de Baviera, é hizo traer á su cuarto los cuerpos de san Isidro y de san Diego: no recobró la salud, pero sí en parte las fuerzas, para dar á su país un respiro, y á las potencias europeas tiempo de prepararse para un evento previsto.

CAPITULO XXXV. — Sitio y capitulacion de Barcelona. Muerte de Carlos II.
Años de 1697 á 1700.

A principios de 1697 todas las potencias beligerantes habian aceptado la mediacion de la Suecia para arreglar sus diferencias, y enviaron plenipotenciarios á Riswick; mas no por esto cesaron los preparativos de guerra. Ciento veinte mil hombres tenia el francés en Flandes al mando de Villeroy, Catinat y Buflers, y pusieron sitio á Ath. Acudieron Guillermo y el elector de Baviera con un ejército de cien mil combatientes, mas no pudieron evitar la rendicion de la plaza: esta fué la única accion memorable de la campaña de Flandes. En las márgenes del Rhin, los imperiales rindieron un cuerpo de caballería francesa y tomaron la plaza de Ebernbourg. En Cataluña, aumentado el ejército francés hasta el número de treinta mil hombres, los cinco mil de caballería, y destinada á recorrer sus costas una escuadra de ciento y cincuenta velas y treinta galeras, Vendoma se puso en las márgenes del Besós, y en Badalona recogió de la escuadra sesenta cañones de grueso calibre, veinte y cuatro morteros y un gran repuesto de municiones. Ocupó en seguida los pueblos de San Martin y de Sarriá y luego el puestó de Capuchinos, poco distante de Barcelona. Hizo abrir trinchera, frontero al baluarte de San Pedro, y colocadas las baterías, á pesar de las vigorosas salidas de los sitiados, principió el fuego contra la plaza. Bombardeábanla por mar las treinta galeras, y por tierra las baterías, de manera que era grande la consternacion de los habitantes, pues siendo muy altas las casas, y muy estrechas las calles, casi ningun tiro dejaba de hacer grande estrago. Defendíala el príncipe Darmstad con doce mil hombres, y además cua-

tro mil ciudadanos armados, al mando de un conseller. Acudió á su socorro el virey Velasco con doce mil hombres, la mitad somatenes, y acometió el cuartel general de los sitiadores que estaba en Sarriá; pero fué rechazado; y aun pocos dias despues Vendoma le dió una sorpresa en su mismo cuartel de San Felío, y cogiendo desprevenida su gente, la dispersó. En tanto las tropas del sitio volaron una mina de debajo del bastion de la puerta Nueva, y abrieron en él un boquete de cerca diez toesas, apoderadas ya del camino cubierto y llegadas al foso despues de largos y sangrientos combates. No cesaban los sitiados en sus salidas, que ejecutaban con la mayor bizarría. Diez mil hombres llevaba ya perdidos el francés en 22 de julio cuando hacia treinta dias que estaba abierta la trinchera. Siete obstinados combates costó la posesion de los baluartes de San Pedro y de la puerta Nueva, siendo perdidos, recobrados y vueltos á perder en medio de una espantosa carnicería. En 27 de julio se hallaban en poder de los sitiadores. Habia cumplido la guarnicion con todos los deberes que el valor y aun el heroismo ordenan. No era posible resistir mas tiempo si no se queria arruinar enteramente aquella ciudad hermosa, tan reciamente por mar y por tierra combatida. Firmóse la capitulacion en 10 de agosto. La guarnicion salió por la brecha con treinta cañones, seis morteros, desplegadas las banderas, y fué á juntarse con las tropas del virey á la otra parte del Llobregat. Tres mil quinientos hombres costó á los defensores, quince mil á los franceses, este memorable sitio. La noticia de tan sensible pérdida llegó á Madrid casi al mismo tiempo que la del saqueo de la riquísima ciudad de Cartagena de Indias que llevó á cabo Pointis con una escuadra francesa. Resístese la pluma á escribir los efectos de

la cobardía del gobernador que allí mandaba. Sin necesidad, instado únicamente del miedo, firmó una capitulación en que obligaba á todos los habitantes á entregar su oro, plata y piedras preciosas, y por la que toda clase de riquezas quedaban á merced del sitiador. Ni los palacios se perdonaron, ni las cabañas, ni los templos, ni aun las campanas de las torres. Fué un saqueo de nueva especie sin peligro por parte del que lo ejecutaba: todos acudieron sumisos á presentar sus tesoros como ofrenda debida. A las nuevas de tan deplorables pérdidas siguió la de la conclusion de la paz. Por ella restituía la Francia sus conquistas desde la paz de Nimega, excepto unas ochenta aldeas que en los Países Bajos quedaban agregadas á los territorios franceses en Charlemont y Maubeuge. En 8 de octubre ratificó la España este tratado, llamado la paz de Riswik. Generoso se mostró en él Luis XIV con la España, mas esta generosidad era solo para captarse la voluntad de Carlos II, y lograr que hiciese testamento á favor de su familia. La esposa de Carlos trabajaba al contrario en favor del Austria, y obtuvo que Darmstadt fuese nombrado virey de Cataluña, el príncipe de Vaudemont, gobernador de Milan, y de Flandes el elector de Baviera. Con esto pensó la reina asegurarse la posesion de los tres principales gobiernos de la monarquía, y no hizo mas que agriarse con los grandes de Madrid que los pretendian y tomaron muy á mal que fuesen concedidos á extranjeros.

El año de 1698 se pasó enteramente en intrigas. El marqués de Harcourt, embajador de Francia, y su mujer se captaban con atenciones y regalos la benevolencia de la grandeza española. Por entonces en 11 de octubre, reunidos en el Haya plenipotenciarios de Holanda, de Francia y

de Inglaterra, convinieron en una reparticion de la España en que se daba parte de ella á todos los pretendientes, y no se contentaba la ambicion de ninguno. Indignóse al saberlo Cárlos II, y protestó contra tan escandaloso tratado. Decaian visiblemente sus fuerzas, y se apoderaba de su ánimo la tristeza. Hizo reunir una asamblea de jurisconsultos para que examinasen detenidamente á quien tocaba la sucesion del reino. Varios fueron los pareceres. Fundábase la casa de Austria en tratados cuya validez, tocante á puntos de sucesion, era puesta en duda. Opinaban otros que la renuncia hecha por la hermana del rey, esposa que fué de Luis XIV, era nula por haberse hecho sin consentimiento de las córtés, y que por tanto los descendientes de la casa real de Francia, no como á tales, sino como á sucesores de la rama austríaca, debian heredar el trono de España. Otros en fin afirmaban que en caso de ser válida la referida renuncia, el mejor derecho era el de un hijo del elector de Baviera, descendiente de otra hermana del rey que ninguna renuncia hizo, opinion á la que se inclinaban los mas imparciales.

En 6 de febrero de 1699 murió el último de los tres que aspiraban á la sucesion de Cárlos, á saber, el hijo del elector de Baviera. Quedaron solas, frente á frente, Austria y Francia. Urdian los partidarios de ésta las mas torpes y ridículas intrigas. Valiéndose del padre Diaz, confesor del rey, dieron á entender á éste que estaba hechizado, y aun le hicieron exorcisar, como para darle á entender que todos sus males le venian de conjuros de los austríacos, que en tal estado le tenian para sus malos fines. Indignada la reina, hizo desterrar al confesor. Entonces aquellos hombres poco escrupulosos compraron gente soez

y baja, á la que hicieron recorrer las calles de Madrid, dando desaforados clamores contra los que al decir suyo engañaban al rey. Con esto querian significar al conde de Oropesa y al almirante de Castilla, y obtuvieron que el débil y asustadizo monarca firmase contra ellos decreto de destierro.

Muerto uno de los pretendientes, caducaba la reparticion hecha en el Haya. En 3 de marzo de 1700 firmaron otra en Lóndres los plenipotenciarios de las mismas potencias que hicieron la primera. El emperador no quiso acceder á ningun convenio, diciendo que toda la monarquía española tocaba á su rama, segun el testamento de Felipe IV. Ninguna avenencia era posible con tales pretensiones. En tanto la nacion, sobre cuya suerte se formaban estos planes, yacia en el mas profundo letargo, desconociendo sus derechos y sus mismas leyes primitivas. Sin recordar los antecedentes de varias elecciones de príncipes, sin traer siquiera á la memoria las actas del parlamento de Caspe, permitia que los extranjeros tratasen de su dominacion como de la posesion de un inmenso baldío, y no daba ningun paso para que se reuniesen las córtes de los reinos, único tribunal competente para decidir tan grave controversia. Doblada la cerviz, esperaba en silencio que la pusiesen el yugo. Sin embargo, difícil hubiera sido que las córtes de las varias provincias no hubiesen discordado, anticipando la guerra civil, en vez de alejarla. Inclinábase el rey en favor del Austria, y hubo momentos en que preguntó ansioso por el archiduque Carlos, y manifestó deseos de tenerle á su lado; pero el emperador no se lo envió y perdió la España. El rey iba perdiendo por momentos las pocas fuerzas que le quedaban: y viendo el embajador francés que se acercaba el trance, presentóle una

memoria amenazadora de su córte, y al mismo tiempo instó tan vivamente Portocarrero, que Cárlos, recibidos los sacramentos, en 2 de octubre, firmó el testamento que le presentaron estendido, en el que nombraba por sucesor al duque de Anjou, en su defecto al duque de Berry su hermano, á falta de éste al archiduque de Austria y por último al duque de Saboya, con la cláusula de que nunca la corona de España pudiese juntarse con la de Francia ni con la de Austria. Nótese que el testamento fué cerrado; que la enfermedad del rey le daba continuos desfallecimientos, de manera que pocas veces estaba enteramente en sí, y por último que el cardenal que anduvo en él fué el mismo que no vaciló en valerse del reprobado medio de fingir hechizos y simular conmociones populares para el logro de sus intentos, y no se extrañará que, pasado por tales tamicas, aquel documento parezca sospechoso. En 29 de octubre nombró el rey un consejo de gobierno, compuesto de las personas adictas á la raza borbónica, y en primero de noviembre murió, siendo de edad de treinta y nueve años. Hombre de bien, desgraciado desde la infancia, la corona fué para él un martirio. Conociendo los que le rodeaban la debilidad de su carácter, hiciéronle el juguete de sus pasiones, impresionaron vivamente su imaginacion febril, y le arrastraron al sepulcro entre aficciones continuas y congojas. Período de tristezas y de miserias es su reinado en la historia de la monarquía. Consumian las intrigas palaciegas todas las horas de los gobernantes. En la guerra, en la diplomacia, en la hacienda, en la literatura, en todas partes faltaban hombres. Ya el pabellon español no inspiraba ningun respeto por mar ni por tierra. El único nombre ilustre que hubo en la literatura, Solís, que, quitados al-

gunos lunares , escribió una obra maestra por su estilo , hubo de buscar inspiraciones en los gloriosos hechos del reinado de Carlos I. La dinastía austríaca se despedía de la España , dejándola exhausta de poblacion y de recursos , pobre de industria y de comercio , y puesta á contribucion de los contrabandistas franceses , ingleses y holandeses. Las posesiones lejanas solo servian para enriquecer á unos vireyes codiciosos , y para despoblar la península. Los habitantes de esta que sentían arder en su pecho un corazon brioso , emigraban á lejanas tierras en busca de la gloria , y mal conducidos , solo un sepulcro léjos de la patria encontraban. Muchos políticos creyeron que la raza española habia dejado de existir. Mucho tiempo despues , en ocasion solemne , tuvo la Europa lugar de convencerse de que era el letargo de la España el del sueño , nó el de la muerte.

Por este tiempo , muerto Inocencio XII , subió al pontificado Clemente XI.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO NOVENO. (a)

LIBRO NOVENO.

FELIPE SEGUNDO.

	PAGINA.
PRÓLOGO.	3
CAP. I. Principia el reinado de don Felipe. Guerra con el papa. Año de 1556.	5
— II. Nueva guerra con el francés. Batalla de San Quintin. Paz con el papa. Año 1557.	11
— III. Nuevas calamidades públicas. Campañas de Italia y de Flandes. Tratos de paz. Año 1558.	18
— IV. Paz con el francés. Tercer matrimonio de don Felipe. Descontento en Flandes. Felipe vuelve á España. Sacrificios humanos. Córtes de Toledo. Año 1559.	25
— V. Expedición deplorable de Zerbi. Viene de Francia la reina. Jura del príncipe. Año 1560.	34
— VI. Aprestos contra el moro. Crece en Flandes el descontento público. Año 1561.	41
— VII. Alteraciones en Flandes. Pérdida de una escuadra. Enfermedad del príncipe. Año 1562.	46
— VIII. Dase principio á la fábrica del Escorial. Llamamiento de los principes alemanes. Gloriosa defensa de Oran, del fuerte San Miguel, de Mazalquivir y de Melilla. Año 1563.	51
— IX. Aprestos contra el turco. Toma del Peñon de Velez. Revolucion de Flandes. Año 1564.	62
— X. Grande armamento del turco contra Malta. Socórrrenla los españoles. La reina va á ver á su madre. Año 1565.	70
— XI. Aprestos contra Flandes. Cuestion de los moriscos. Piali en el Abruzzo. Año 1566.	78
— XII. Pasa á Flandes el duque de Alba. El principe don Carlos. Continúa, agriada ya, la cuestion de los moriscos. Año 1567.	87
— XIII. Prision y muerte del principe don Carlos. Muerte de la reina Isabel de la Paz. Lo que de estas muertes se opina. Crueldades del duque de Alba; rebelion de Flandes. Edicto en que se provoca á los moriscos; rebelion de los mismos. Año 1568.	97
— XIV. Continúan las alteraciones de los moriscos. Negocios de Flandes. Año 1569.	119

(a) ADVERTENCIA.

Suplicamos á nuestros suscritores que no encuadernen la obra hasta tenerla completa, que será dentro tres meses, pues en las últimas entregas recibirán, junto con los índices, la pauta para la colocacion de las láminas. Con dichos índices pensamos poder imprimir asimismo las listas de señores suscritores si llegan á tiempo. Todo aumento y revision que se haga en la segunda edicion se imprimirá por separado, y se dará gratis á los suscritos á ésta que presenten un talon que irá estampado en la última página del tomo décimo.

CAP. XV.	Fin de la guerra social provocada contra los moriscos. El rey Felipe pasa á cuartas nupcias. Año 1370.	148
— XVI.	Muerte de Aben Aboo. Don Juan de Austria es nombrado general de la liga formada contra los turcos. Batalla de Lepanto. Año 1371.	177
— XVII.	Segunda campaña marítima contra el turco. Nuevas y mas sangrientas alteraciones en Flandes. Año 1372.	195
— XVIII.	Rendicion de Harlem. Requesens va de gobernador á Flandes. Don Juan de Austria entra en Tunez y desobedece á su hermano. Año 1373.	204
— XIX.	Pérdida de Tunez y de la Goleta. Pérdida del Middelburgo. Infructuoso sitio de Leide. Año 1374.	210
— XX.	Pretensiones de don Juan de Austria. Un mónstruo marino. La galera el Sol, en que iba Cervantes, es apresada. Campaña de Flandes. Año 1375.	217
— XXI.	Muere Requesens, gobernador de Flandes. Es nombrado por sucesor suyo don Juan de Austria. Muerte del arzobispo Carranza. Vistas del rey con don Sebastian de Portugal. Año 1376.	221
— XXII.	Tratos con los flamencos, y nueva maraña. Concordia con Marruecos. Treguas con el turco. Procura Felipe frustrar los proyectos de Portugal. Año 1377.	226
— XXIII.	Dos mil españoles acompañan al portugués en su jornada á Africa. Fin desastrado de la expedicion. Campaña de Flandes. Asesinato de don Juan de Escobedo. Muerte de don Juan de Austria. Año 1378.	230
— XXIV.	Cuestion sobre la sucesion al trono de Portugal. Alejandro Farnesio en Flandes. Prision de Antonio Perez. Año 1379.	237
— XXV.	Ocupacion del reino de Portugal. Año 1380.	242
— XXVI.	Los estados de Flandes declaran desposeido al rey Felipe. Entra este en Portugal. Descalabro en la isla Tercera. Año 1381.	251
— XXVII.	Tentativa de asesinato contra el príncipe de Orange. Derrota don Alvaro de Bazan la armada del prior de Ocrato. Reforma del calendario. Año 1382.	256
— XXVIII.	Nuevas alteraciones entre los confederados flamencos. Muerte del duque de Alba. Conquista don Alvaro de Bazan la isla Tercera. Año 1383.	260
— XXIX.	Muerte del príncipe de Orange. Sitio de Amberes. Jura del príncipe don Fernando. Año 1384.	264
— XXX.	Córtes de Monzon. Alteraciones en Portugal y en Nápoles. Rendicion de Amberes. Año 1385.	267
— XXXI.	Pragmática sobre los tratamientos. Drake en las Indias Occidentales. Campaña de Flandes. Año 1386.	275
— XXXII.	Grandes aprestos contra la Inglaterra. Año 1387.	280
— XXXIII.	La armada Invencible. Desastre marítimo. Año 1388.	285
— XXXIV.	Expedicion de los ingleses contra Lisboa. Año 1389.	294
— XXXV.	Alejandro Farnesio en Francia. Año 1390.	300
— XXXVI.	Antonio Perez en Aragon. Alteraciones en Zaragoza. Naufragan en Aragon las libertades. Año 1391.	305

ÍNDICE.

575

CAP. XXXVII.	Nueva campaña de Francia á favor de la liga. Córtes de Tarazona. Año 1592.	312
— XXXVIII.	Continúa Felipe favoreciendo á la liga francesa. Enrique de Borbon hace inútiles sus esfuerzos. Año 1593.	317
— XXXIX.	Va ganando terreno Enrique de Borbon. Mal cariz de las cosas de Flandes. El pastelero de Madrigal, y una de las hijas naturales de don Juan de Austria. Año 1594.	322
— XL.	Castígase al pastelero de Madrigal. Campaña del conde de Fuentes. Enrique de Borbon es absuelto por el papa. Año 1595.	327
— XLI.	El archiduque Alberto llega á Bruselas. Toman los españoles la plaza de Calais. Sorprenden los ingleses la de Cádiz. Nuevo desastre marítimo. Año 1596.	333
— XLII.	Cómo trataba el rey á sus acreedores. Toma y pérdida de Amiens. Pérdidas en Flandes. Nuevo desastre marítimo. Año 1597.	340
— XLIII.	Paz de Vervins. Cesion de los Países Bajos. Muerte del rey don Felipe. Opiniones sobre su carácter. Año 1598.	345
— XLIV.	Apuntes sobre el estado social, artes y ciencias, durante el reinado de don Felipe II.	356

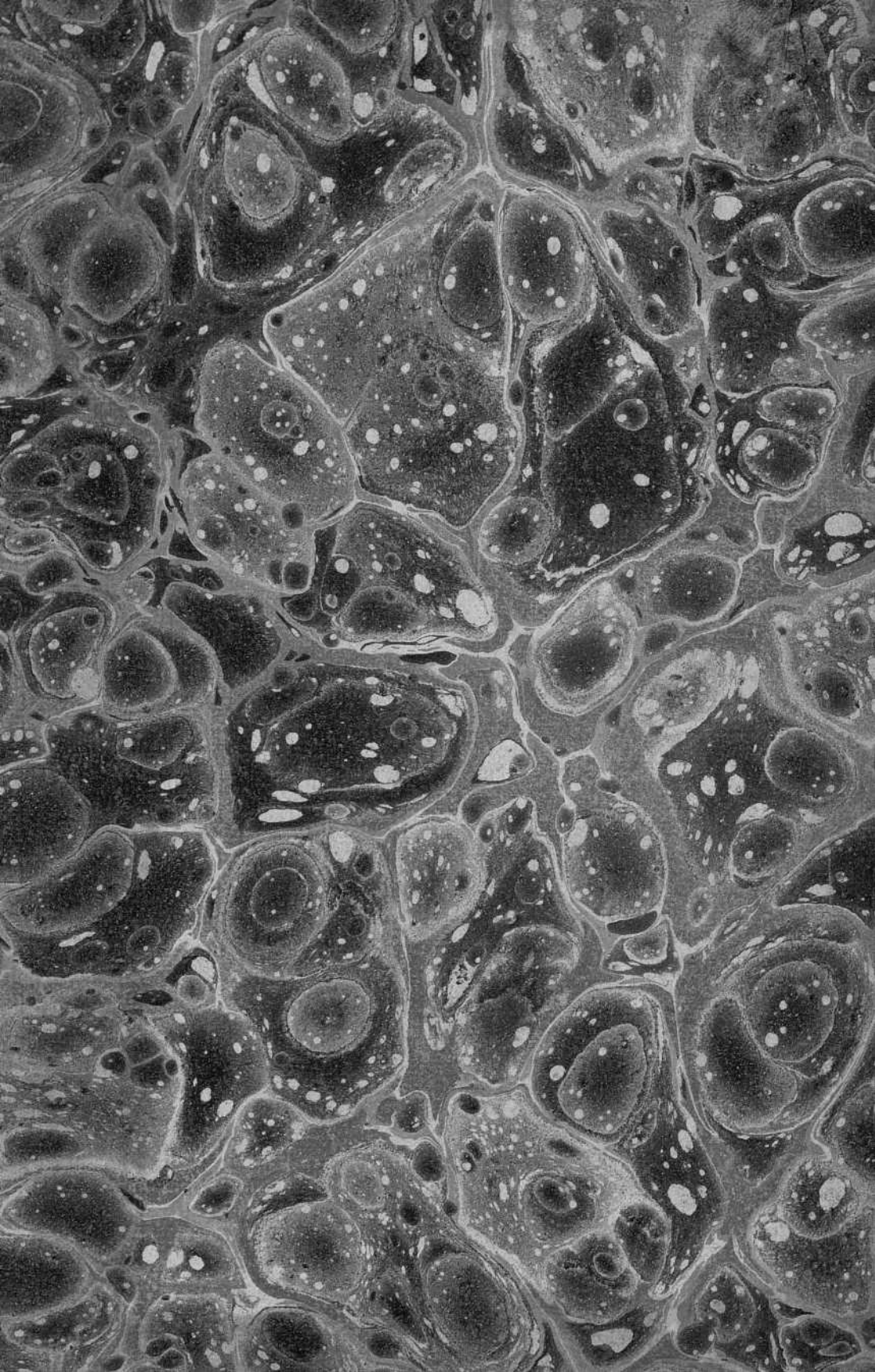
LIBRO DÉCIMO.

LA DECADENCIA.

CAP. I.	Sube al trono Felipe III. Privanza del duque de Lerma. Años 1598 á 1600.	363
— II.	Campaña de Flandes. Sitio de Ostende. Los hermanos Espínolas. Años de 1601 á 1603.	372
— III.	Ambrosio Espinola. Rendicion de Ostende. Años de 1604 á 1606.	378
— IV.	Combate marítimo con los holandeses. Treguas con Holanda. Expulsion de los moriscos. Años de 1607 á 1610.	384
— V.	La doble boda. Disturbios en Italia. Años de 1611 á 1615.	393
— VI.	Guerra en Italia. Persecucion de los piratas. Dictámen del consejo de Castilla sobre la despoblacion de España. Caída del duque de Lerma. Años 1616 á 1619.	398
— VII.	Va un ejército español á Alemania. Muerte de Felipe III. Años de 1620 y 1621.	406
— VIII.	Sube Felipe IV al trono. El duque de Olivares. Años de 1621 á 1624.	410
— IX.	Campaña de Italia. Grandes inundaciones. El rey en Barcelona. Años de 1625 á 1627.	416
— X.	Espinola en Italia. Años de 1628 á 1630.	421
— XI.	Gustavo Adolfo. Incendio en Madrid. Como gobernaba el conde duque. Años de 1631 á 1633.	424
— XII.	Ganan los españoles la batalla de Norlinga. Continúa la guerra en los Países Bajos y en Italia. Años de 1634 á 1636.	429

CAP. XIII.	Continúa encendida la guerra por mar y por tierra. Años de 1637 á 1639.	435
— XIV.	Grandes alteraciones en Cataluña. Revolucion de Portugal. Año de 1640.	442
— XV.	Campaña del marqués de los Vélez. Batalla de Monjuí. Afírmase en Portugal la nueva dinastía. Año de 1641.	462
— XVI.	Se apoderan los franceses de Perpiñan. Año de 1642.	471
— XVII.	Caida del conde duque. Desastre de Rocroy. Años de 1643 y 1644.	475
— XVIII.	Continúa con furor la guerra. Procura el rey disipar su melancolía. Años 1643 á 1647.	481
— XIX.	Paz con Holanda. Masaniello. Grandes descalabros. Años de 1648 á 1650.	483
— XX.	Sitio y rendicion de Barcelona. Continúa la campaña de Cataluña. Años de 1651 á 1653.	491
— XXI.	Va don Juan de Austria á Flandes. Intentan los portugueses apoderarse de Badajoz. Años de 1656 á 1658.	495
— XXII.	Paz con Francia. Continúa la guerra con Portugal. Años de 1659 á 1661.	501
— XXIII.	Conato de regicidio. Batalla de Estremoz. Muerte de Felipe IV. Años de 1662 á 1663.	506
— XXIV.	Sube Carlos II al trono. Paz con Portugal. Los nithardistas y los austriacos. Años de 1665 á 1668.	511
— XXV.	Va don Juan de Austria contra Madrid. Alianza con Holanda y Austria. Años de 1669 á 1672.	516
— XXVI.	Guerra con Francia. Se envían plenipotenciarios á Nimega. Años de 1673 á 1675.	520
— XXVII.	Continúa la guerra. Entra don Juan de Austria en la corte. Años de 1676 y 1677.	526
— XXVIII.	Liga entre España, Inglaterra y Holanda. Muerte de don Juan de Austria. Casamiento de Carlos II. Años de 1678 y 1679.	532
— XXIX.	Calamidades públicas. Se apodera el francés de varias plazas en Flandes. Años de 1680 á 1683.	537
— XXX.	Defensa de Gerofa. Sitio de Luxemburgo. Defensa de Génova. Intrigas en la corte. Años de 1684 á 1686.	541
— XXXI.	Los nuevos ministros. Muere la reina sin sucesion. Cásase nuevamente el rey. No cesa la guerra con Francia. Años de 1687 á 1689.	546
— XXXII.	Campaña de Flandes. Llega la nueva reina á Madrid. Rendicion de Urgel. Sitio de Mons. Fiestas en Madrid. Años de 1690 y 1691.	550
— XXXIII.	Campañas de 1692 y 1693.	555
— XXXIV.	Los franceses se apoderan de Gerona. Venta de destinos públicos. Envía el francés refuerzos á su ejército de Cataluña. Años de 1694 á 1696.	560
— XXXV.	Sitio y capitulacion de Barcelona. Muerte de Carlos II. Años de 1697 á 1700.	566

cg-241 ce-07 9/8







ESPAÑA

LIBROS

G 31155